Curso 2010/11
HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES/17
I.S.B.N.: 978-84-15287-73-5

MARÍA MELANIA HERNÁNDEZ GARCÍA

Las creencias de niños y adolescentes sobre el divorcio y sus efectos

Directora
BEATRIZ TRIANA PÉREZ

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

SOPORTES AUDIOVISUALES E INFORMÁTICOS
Serie Tesis Doctorales

Este trabajo ha sido posible gracias a la concesión de una beca de "*postgraduado para la realización de tesis doctorales*", a través de la Dirección General de Universidades e Investigación del Gobierno de Canarias, con cofinanciación del Fondo Social Europeo.

Al principio los niños aman a sus padres;
pasado un tiempo los juzgan; rara vez, si ello ocurre, los perdonan.
(Oscar Wilde)

AGRADECIMIENTOS

Tras finalizar este trabajo de investigación, ha llegado el momento de mostrar mi gratitud a todas las personas que, directa o indirectamente, han contribuido a que este trabajo de investigación fuera posible. A muchas de ellas ya he podido expresarles lo mucho que me han ayudado durante todo este proceso, pero todavía quedan algunas a las que, bien por timidez, por pudor o porque simplemente no se ha dado el momento propicio, no he tenido la oportunidad de hacérselos saber.

Por ello, me gustaría empezar por las personas responsables de que yo esté en este mundo, mis padres. A ellos deseo agradecerles mi gratitud más infinita, por su apoyo incondicional; por su preocupación en todo momento por mi bienestar, tanto físico como mental; y por su actitud comprensiva, aceptando mis prolongadas ausencias, y mis continuos "ahora no puedo…estoy con la tesis", que tantas veces han escuchado. Mamá, papá, gracias por el esfuerzo que habéis hecho, en todos los sentidos, para que yo pudiera llegar hasta aquí y por no dudar en ningún momento de que finalmente conseguiría alcanzar mi objetivo. Simplemente, papá, mamá,… gracias por ser los mejores.

A mi hermano, Zebenzui, porque sin su existencia, mi infancia hubiera sido más triste, mi adolescencia más aburrida y mi vida actual más vacía. Gracias hermanito por estar ahí y por "regalarme" tantos gestos de cariño y de cuidado, porque aunque sutiles, siempre los he captado a la perfección.

Al resto de mi familia, tíos/as, primos/as y abuelas. Por los ánimos que me han dado para que siguiera adelante, y por todo el afecto que he sentido de cada uno de ellos. A ustedes primitas, Gema y Coro, por seguir tan de cerca el desarrollo de este trabajo, mostrar continuamente vuestro interés en el mismo y por la preocupación por saber cómo me sentía en cada momento. A mi tía Carmencita, por mostrarme su apoyo y expresarme siempre el deseo de ver realizado esta meta. A mi tía Julia, por quererme y preocuparse por mí como si fuese una hija más, y por no escatimar en nada con tal de verme contenta y feliz. A mi tío Jose, por valorar mis capacidades como creo que nadie lo ha hecho nunca, infundando en mí la confianza y la seguridad que tantas veces perdí. Y a ti también tío Cándido, por demostrarme que a veces las palabras sobran, y que con un solo gesto o una mirada, ha bastado para hacerme sentir que siempre estás ahí.

Gracias por tu generosidad infinita, y por hacerme sentir, cuando estoy contigo, la persona más especial del Universo. Y por último a ti abuela, por dejar que este último año tu casa fuera la mía y por cuidarme tanto como cuando era niña. Gracias por las risas que hemos compartido y por contagiarme con tu especial sentido del humor. En definitiva abuela, gracias por hacerme la vida más fácil.

Y por supuesto, a mis queridísimas amigas, Guaci y Marta. Lo que en un principio solo fue una relación de compañeras de despacho cuando éramos becarias, poco a poco aquella relación dio pasos agigantados hacia una bonita amistad. A ti Guaci por aportarme tu serenidad y tu gran sentido común siempre que lo necesité, y por tantas horas de charlas compartiendo nuestras penas y alegrías. Gracias Guaci por tu apoyo, y sobre todo por quererme como soy. A ti Martita, por venirte a Tenerife y permitir que te conociera, porque mis años en la facultad nunca hubieran sido lo mismo sin ti. Por tantos y tantos cafés, por intentar arreglar conmigo el mundo, aunque más bien lo que hacíamos era desarreglarlo, y por tener siempre tiempo para mí por muy liada que te encontrases. A ambas les debo disculpas por las decenas de llamadas que nunca llegué a hacer, y por mis ausencias en tantos momentos importantes porque al final ya no tenía tiempo para nada. Así que gracias por ser comprensivas y saber perdonarme. Chicas, ¡las quiero!

A mis también queridísimas Marga y Marina, porque aunque muy distintas entre sí, cada una me ha aportado lo mejor de sí misma. A ti Marga te agradezco todas las vivencias que hemos compartido, tanto académicas como personales, y por dejar que descubra esa esencia tan especial que hay en ti. Al final como tú decías "todo sale", y ahora que he llegado hasta aquí, te tengo presente recordando tus palabras. Y a ti Marina, mil gracias por estar siempre dispuesta a echarme una mano en todo lo que he necesitado, y porque a pesar de tus múltiples compromisos, siempre me has dejado claro que puedo contar contigo para lo que sea. Gracias por ser como eres y por brindarme ese corazón de niña pequeña que deja traslucir una bondad infinita.

Y a ti Patri, ¿qué te puedo decir que ya no sepas? No tengo palabras suficientes para agradecerte lo que has hecho por mí en todos estos años. Te agradezco enormemente tu amistad sincera, respetuosa e incondicional. Gracias por "aguantar" mis quejas, y mis "derrumbes" cuando las cosas se torcían, por tener siempre el hombro preparado para dejar ahí mis lágrimas, por tu sonrisa perpetua que tanto llenaba mi alma

cuando más desconsolada me sentía, y porque cuando todo iba bien, siempre fuiste la primera en alegrarte y en repartir abrazos a diestro y siniestro. Por enseñarme, con tu ejemplo, que "el que la sigue la consigue" y que la actitud que se tenga ante la vida es una de las claves para no sobre-vivir, sino para vivir, que no es lo mismo. Gracias amiga por ser como eres,…que bueno haberte conocido.

También deseo expresarle a Juan Gómez, lo bonito que fue haberlo conocido. A pesar de no encontrarse ya entre nosotros físicamente, siempre tendré un recuerdo especial de él. Por sus sabios consejos en materia de investigación (precedidos de su amplia experiencia), por su cariño, y lo más importante, por dejar en sus hijos lo mejor de él.

A ti Lila, por encontrarme siempre una cara amable en la Facultad, por confiar siempre en mis posibilidades y por transmitirme la seguridad de que todo iba a salir bien. Y por supuesto, a ti Miguel, por acompañarme en mi "proceso", por ir a mi lado agarrándome la mano, ayudándome a caminar segura de mí misma y con paso firme, y por soltármela cuando ambos nos dimos cuenta de que yo ya podía seguir sola. Siempre formarás parte de mi vida, siempre estarás en mi corazón.

A mis compañeros/as de despacho, Sonia P., Iván, Sonia B., Bea, Miriam y Andrés, por ayudarme cada vez que tenía una duda metodológica, lingüística o me bloqueaba con la estadística. Agradezco, especialmente a Sonia y a Bea, quienes siempre me mostraron que eran algo más que simples compañeras de trabajo, dándome su afecto y su comprensión. Igualmente a Yurena, Laura, Brígida y Morerba, a quienes conocí en esta Universidad, y a quienes también agradezco su apoyo y el compartir tantos momentos inolvidables.

A los profesores/as, Mª Luisa Máiquez, Elena Conde, Maribel Simón, María Suárez, Esperanza Ceballos, José Tomás Bethencourt, Carmen Capote y Mª Dolores Hernández, por sus múltiples muestras de cariño, sobre todo en los últimos meses, los cuales suelen ser los más estresantes. A Juan A. Hernández y a Juan Camacho, por resolverme las dudas metodológicas y estadísticas, y por supuesto, agradecer a Mª José Rodrigo, sus palabras de apoyo, su cariño y sus incesantes ánimos para que acabara este proyecto.

Deseo también hacer una mención especial a mi directora de tesis, Beatriz Triana. Agradecerle primeramente la dedicación y la seriedad con la que ha dirigido este

trabajo, aspectos para mí fundamentales para garantizar un mínimo de calidad en cualquier trabajo que se precie. Sin duda, agradecerle su generosidad por el tiempo que ha invertido en la orientación, supervisión y mejora de este trabajo, así como por aportar sus conocimientos académicos y sus elocuentes sugerencias, enriqueciendo aún más si cabe el texto. Y por supuesto, Beatriz, te doy mil gracias por todo lo que me has enseñado todos estos años trabajando a tu lado, y no solo me refiero al aspecto más académico, sino también al personal; por la infinita paciencia que has tenido conmigo cada vez que me bloqueaba y "no veía nada", paralizando por momentos el trabajo; por tu comprensión ante mis limitaciones académicas, y por dirigir esta tesis hasta el final y no desfallecer en el intento, a pesar de los años transcurridos. Gracias por tu firmeza y constancia, porque sin esas cualidades tengo por seguro que el resultado final de esta tesis no sería el mismo. De todo corazón, gracias.

Por último, agradecer a los colegios e institutos que nos abrieron sus puertas el interés que mostraron por este estudio, facilitándonos en todo momento el espacio y el tiempo que requeríamos para poder acceder a la información que nos aportaron sus alumnos/as. Del mismo modo, agradecer también la colaboración de los alumnos/as de psicología y psicopedagogía que participaron en la investigación, y al resto de participantes que colaboraron de manera desinteresada en beneficio de la misma.

En definitiva, gracias a todos/as por contribuir en la consecución de esta meta, porque a pesar de que en muchos momentos ésta se hizo dura y cuesta arriba, nunca perdí la ilusión por aprender, crecer como profesional, y como no, también como persona.

ÍNDICE

Presentación…….. 1

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO

Capítulo 1. La familia española y su evolución actual……..... 9

1.1. Introducción……... 11

1.2. Breve recorrido hacia la España social actual…… 12

1.3. Diversidad de hogares y su representatividad en la sociedad española actual……. 19

1.4. Reflexión final…… 23

Capítulo 2. Efectos de la ruptura de la pareja en los progenitores……. 29

2.1. Introducción……... 31

2.2. Efectos comunes en los progenitores tras la ruptura…….. 34

2.3. Efectos diferenciales en los progenitores tras la ruptura según el rol custodio asumido o asignado……. 44

2.4. Reflexión final…… 52

Capítulo 3. Efectos de la ruptura de la pareja en los hijos…….. 59

3.1. Introducción……... 61

3.2. Principales efectos en los hijos tras la ruptura parental……. 66

3.3. Variables que mediatizan los efectos del divorcio en los hijos…….. 94

3.3.1. Efecto modulador de la capacidad cognitiva……..... 94

3.3.2. Efecto modulador del sexo…….. 96

3.3.3. Efecto modulador del nivel educativo familiar…… 99

3.4. Otros efectos a considerar…….. 99

3.5. Reflexión final…… 101

Capítulo 4. La construcción del conocimiento social…… 107
4.1. Introducción……... 109
4.2. Principales modelos que explican la construcción del conocimiento social.. 110
4.2.1. La construcción del conocimiento según la Epistemología Genética de Jean Piaget……. 110
4.2.2. La construcción del conocimiento según el enfoque Socio-Histórico de Vygotski…… 114
4.2.3. La construcción del conocimiento basado en Dominios de Conocimiento……. 118
4.2.4. La construcción del conocimiento como un Proceso Dinámico…….. 121
4.2.5. La construcción del conocimiento según el enfoque de la Cognición Social: Las Teorías Implícitas…… 122
4.3. Aproximación al análisis de algunos contenidos sociales…….. 127
4.4. Reflexión final…… 132

SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS EMPÍRICOS

ESTUDIO 1

LAS CREENCIAS EXPLÍCITAS SOBRE LOS EFECTOS DE LA RUPTURA FAMLIAR EN LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Capítulo 5. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño…… 139
5.1. Objetivos e hipótesis…….. 141
5.2. Método……... 143
5.2.1. Participantes..... 143
5.2.2. Instrumentos..... 145
5.2.3. Procedimiento…….. 147
5.3. Diseño……. 149

Capítulo 6. Resultados del Estudio 1…… 153

6.1. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en los hijos tras la separación de los padres……. 155

6.2. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en los hijos tras la separación de los padres……. 171

6.3. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja……... 191

6.4. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja……... 203

6.5. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja…….. 216

6.6. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja…….. 225

Capítulo 7. Discusión del Estudio 1…… 243

ESTUDIO 2

LA EXPERIENCIA PERSONAL DE RUPTURA FAMLIAR Y SU INFLUENCIA EN LA REPRESENTACIÓN DE LOS EFECTOS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS

Capítulo 8. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño……..... 263

8.1. Objetivos e hipótesis…….. 265

8.2. Método……... 269

8.2.1. Participantes……. 269

8.2.2. Instrumentos……. 271

8.2.3. Procedimiento……..... 274

8.3. Diseño……. 276

Capítulo 9. Resultados del Estudio 2……. 281
9.1. Otras características a destacar de la muestra de estudio……... 283
9.2. *Frecuencia real de los cambios* vividos por los participantes tras la ruptura parental……. 289
9.2.1. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura* parental sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes..... 290
9.2.2. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes..... 291
9.2.3. Estudio del efecto de las variables independientes sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes… 295
9.3. *Grado en que los participantes se han visto afectados* por los diferentes cambios experimentados tras la ruptura parental…….. 304
9.3.1. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre el *Grado de afectación* de los cambios señalados por los participantes..... 306
9.3.2. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el *Grado de afectación* de los cambios señalados por los participantes..... 307
9.3.3. Estudio del efecto de las variables independientes sobre el *Grado de afectación* de los cambios en los participantes……... 313
9.4. Relación entre la *Frecuencia de ocurrencia* real de los cambios señalados por los participantes y el *Grado de afectación* de los mismos…….. 322
9.5. Las *Creencias Implícitas* acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos…….. 324
9.5.1. Estudio del efecto de las variables independientes en las *Creencias Implícitas* de los participantes sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos..... 326
9.5.2. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura* parental sobre la *Creencia Implícita* de los participantes de familias separadas…….. 340

9.5.3. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Creencia Implícita* de los participantes de familias separadas…… 341

9.6. Relación entre las creencias implícitas sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos y la frecuencia real de ocurrencia de dichos efectos…… 343

9.7. Relación entre las *Creencias Implícitas* sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos y el *Grado de afectación percibido* de dichos efectos …… 345

9.8. Las *Creencias Explícitas* sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos…….. 347

9.8.1. Estudio del efecto de las variables independientes sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en *la Creencia Explícita*..... 349

9.8.2. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura* parental sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en la *Creencia Explícita*…….. 360

9.8.3. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en la *Creencia Explícita*……. 360

9.9. Estudio de la relación entre la *Creencia Explícita* y la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios vividos tras el divorcio en los participantes de padres separados…….. 361

9.10. Estudio de la relación entre la *Creencia Explícita* y el *Grado de afectación* de los cambios vividos tras el divorcio, según los participantes…… 363

9.11. Análisis comparativo de las *Creencias Explícitas* e *Implícitas* de los participantes sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos, según la *Experiencia personal de ruptura familiar*……. 364

Capítulo 10. Discusión del Estudio 2…….. 369

10.1. Sobre las características de la muestra de estudio…… 371

10.2. Sobre la Experiencia de ruptura familiar de los participantes, su Grado de afectación, y el influjo de las variables exploradas……. 379

10.3. Sobre las Creencias Implícitas y Explícitas de los participantes acerca de los efectos de la ruptura parental en los hijos y su relación con la Experiencia de ruptura familiar……. 402

Capítulo 11. Discusión final……. 423

Capítulo 12. Conclusiones……... 443

Capítulo 13. Referencias……..... 451

Capítulo 14. Anexos……. 503

Anexo A……..... 505

Anexo B……. 507

Anexo C……. 509

Anexo D…… 513

Anexo E……. 515

Anexo F……. 517

Anexo G…… 519

Anexo H…… 525

Anexo I……. 527

Anexo J……. 529

Anexo K…… 531

Anexo L……. 535

INDICE DE TABLAS

Tabla 1. Frecuencia de divorcios y separaciones en Canarias y en el resto del país, entre 1999 y 2009……... 16

Tabla 2. Frecuencia y porcentaje de participantes adscritos a cada nivel de las distintas variables independientes utilizadas en el estudio……. 143

Tabla 3. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en los hijos tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran… 156

Tabla 4. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres*?..... 159

Tabla 5. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos de los hijos tras la separación de sus padres?*, y tamaño de los efectos alcanzados……... 160

Tabla 6. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*……... 162

Tabla 7. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en los hijos tras la ruptura, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran..... 171

Tabla 8. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*..... 174

Tabla 9.Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*, y tamaño de los efectos alcanzados…….. 175

Tabla 10. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*……... 177

Tabla 11. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en el progenitor custodio tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran…… 191

Tabla 12. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*..... 193

Tabla 13. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados…….. 194

Tabla 14. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*…… 196

Tabla 15. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en el progenitor custodio tras la separación, encontrados en la entrevista abierta, y algunos ejemplos que las ilustran……. 203

Tabla 16. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*..... 206

Tabla 17. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados…….. 207

Tabla 18. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*……... 209

Tabla 19. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en el progenitor no custodio tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran…… 216

Tabla 20. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*..... 218

Tabla 21. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados…….. 219

Tabla 22. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*…… 221

Tabla 23. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en el progenitor no custodio tras la separación, encontrados en la entrevista abierta, y algunos ejemplos que las ilustran……. 225

Tabla 24. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*..... 228

Tabla 25. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados…….. 229

Tabla 26. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*……... 231

Tabla 27. Frecuencia y porcentaje de participantes adscritos a cada nivel de las diferentes variables independientes utilizadas en el estudio……... 270

Tabla 28. Promedio de ocurrencia y desviaciones típicas de los cambios vividos tras la ruptura parental obtenidos en la Frecuencia de ocurrencia según los participantes…… 289

Tabla 29. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual* sobre la frecuencia de ocurrencia de los cambios tras la separación, y tamaño de los efectos encontrados…….. 292

Tabla 30. ANOVAs significativos en los análisis realizados con la variable dependiente *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios…….. 296

Tabla 31. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios vividos tras la ruptura parental, obtenidos en el Grado de afectación según los participantes…… 305

Tabla 32. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el *Grado de afectación de los cambios* tras la separación, y tamaño de los efectos encontrados…….. 308

Tabla 33. ANOVAs significativos en los análisis realizados con la variable dependiente *Grado de afectación* de los cambios tras la separación…….. 314

Tabla 34. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Grupo de edad*……. 315

Tabla 35. ANOVAs significativos y promedios de afectación y desviaciones típicas, según el *Grupo de edad*, de aquellos participantes en los que *algún progenitor ha rehecho su vida afectiva*…….. 316

Tabla 36. ANOVAs significativos y promedios de afectación y desviaciones típicas, según el *Sexo*, de aquellos participantes en los que *algún progenitor ha rehecho su vida afectiva*…….. 317

Tabla 37. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Nivel educativo familiar* del participante……. 317

Tabla 38. Correlaciones bivariadas y grado de significación entre las puntuaciones dadas por los participantes sobre la *Frecuencia real de ocurrencia* de cada cambio/efecto y las puntuaciones sobre el *Grado en que les han afectado*…… 323

Tabla 39. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los diferentes cambios/efectos en los hijos tras la ruptura parental, según los participantes… 325

Tabla 40. ANOVAs significativos en los análisis realizados con la variable dependiente *Creencia Implícita de ocurrencia* de los cambios en los hijos tras la ruptura……..... 327

Tabla 41. ANOVAs significativos y promedios de ocurrencia atribuidos a los distintos cambios/efectos de la separación en los hijos, según la *Experiencia personal de ruptura parental* del participante…… 329

Tabla 42. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Grupo de edad*…… 330

Tabla 43. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Sexo*…… 331

Tabla 44. ANCOVAs significativos con la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre la *Creencia Implícita* respecto a los efectos de la ruptura parental en los hijos, y tamaño de los efectos encontrados……... 340

Tabla 45. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual* percibido sobre la *Creencia Implícita* respecto a los efectos de la ruptura parental en los hijos, y tamaño de los efectos encontrados…… 341

Tabla 46. Correlaciones bivariadas entre la *Creencia Implícita de ocurrencia* y la *Frecuencia real de ocurrencia*, de cada cambio o efecto evaluado por los participantes de familias separadas……. 343

Tabla 47. Correlaciones bivariadas entre la *Creencia Implícita de ocurrencia* y el *Grado de afectación* de cada cambio o efecto vivido, según los participantes cuyos padres se han separado…….. 345

Tabla 48. Porcentaje de citación de cada tipo de cambio/efecto nombrado por los participantes en la entrevista abierta……... 347

Tabla 49. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿cuáles con los cambios positivos y negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*, y tamaño de los efectos alcanzados…… 350

Tabla 50. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos, según la *Experiencia personal de ruptura parental*……..... 351

Tabla 51. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos según el *Grupo de edad*…… 352

Tabla 52. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos según el *Sexo*……..... 353

Tabla 53. Correlaciones bivariadas entre las *respuestas dadas a la entrevista abierta* y la *Frecuencia real de ocurrencia* de los cambios vividos tras el divorcio….. 362

Tabla 54. Correlaciones bivariadas entre las *respuestas dadas a la entrevista abierta* y el *Grado de afectación* de los cambios vividos tras el divorcio……... 363

Tabla 55. Porcentaje de participantes que responden a cada modalidad de respuesta, en cada cambio explorado, y grupo con mayor porcentaje según la *Experiencia personal de ruptura familiar*…….. 366

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres?*……... 157

Figura 2. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres?,* según el *Grupo de edad*.……..……. 161

Figura 3. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica]*, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*...…… 164

Figura 4. Promedio de mención de la categoría [*Maduran antes]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes…… 166

Figura 5. Promedio de mención de la categoría [*Mejoran su relación con el progenitor custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes…… 167

Figura 6. Promedio de mención de la categoría [*Se hacen más independientes]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes..……..…….. 168

Figura 7. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé / no contesta]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 169

Figura 8. Promedio de mención de la categoría [*Se sienten mejor emocionalmente]*, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*…….. 170

Figura 9. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé /no contesta]*, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*……. 170

Figura 10. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?* …….. 172

Figura 11. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*, según el *Grupo de edad*…….. 176

Figura 12. Promedio de mención de la categoría [*Sufren problemas emocionales]*, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*……..... 180

Figura 13. Promedio de mención de la categoría [*Reducen el contacto con el progenitor no custodio],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…….. 180

Figura 14. Promedio de mención de la categoría [*Se enfrentan a nuevos conflictos],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*……..... 181

Figura 15. Promedio de mención de la categoría [*Surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 182

Figura 16. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia familiar de ruptura familiar*……... 183

Figura 17. Promedio de mención de la categoría [*Tienen problemas de carácter y comportamiento]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*……. 184

Figura 18. Promedio de mención de la categoría [*Se enfrentan a cambios en sus dinámicas y rutinas],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo*……..... 185

Figura 19. Promedio de mención de la categoría [*Reducen el contacto con el progenitor no custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*..... 186

Figura 20. Promedio de mención de la categoría [*Surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*…….. 187

Figura 21. Promedio de mención de la categoría [*Se sienten culpables por la separación]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 187

Figura 22. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 188

Figura 23. Promedio de mención de la categoría [*Tienen problemas de carácter y comportamiento]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 189

Figura 24. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?* …….. 192

Figura 25. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?,* según el *Grupo de edad*. .....…… 195

Figura 26. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé / no contesta],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura personal*……. 198

Figura 27. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 199

Figura 28. Promedio de mención de la categoría [*Tiene mayor libertad e independencia]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes…… 200

Figura 29. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé / no contesta],* según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*…… 201

Figura 30. Promedio de mención de la categoría [*Tiene mayor libertad e independencia],* según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 202

Figura 31. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?* …… 204

Figura 32. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?,* según el *Grupo de edad*.....……. 208

Figura 33. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta según la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 210

Figura 34. Promedio de mención de la categoría [*Sufren mayor estrés y responsabilidades],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…….....…….. 211

Figura 35. Promedio de mención de la categoría [*Sufre problemas emocionales],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 212

Figura 36. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 213

Figura 37. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé / no contesta],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 214

Figura 38. Promedio de mención de la categoría [*Sufre problemas emocionales],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo*……. 215

Figura 39. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?* …… 217

Figura 40. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?,* según el *Grupo de edad*.....…… 220

Figura 41. Promedio de mención de la categoría [*Ninguno],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 223

Figura 42. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica]*, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 224

Figura 43. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?* …… 226

Figura 44. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?,* según el *Grupo de edad*.....…… 230

Figura 45. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta, según la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 233

Figura 46. Promedio de mención de la categoría [*Sufre problemas emocionales],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 235

Figura 48. Promedio de mención de la categoría [*Deja de ser importante para sus hijos],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…… 236

Figura 49. Promedio de mención de la categoría [*Idiosincrásica],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*……. 237

Figura 50. Promedio de mención de la categoría [*Surgen conflictos con la ex pareja],* según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*…….. 238

Figura 51. Promedio de mención de la categoría [*No lo sé / no contesta],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes……. 239

Figura 52. Promedio de mención de la categoría [*Cambia de domicilio, hábitos y rutinas],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes…… 240

Figura 53. Promedio de mención de la categoría [*Sostiene menos contacto con sus hijos],* según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*..... 241

Figura 54. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*He tenido problemas de carácter y comportamiento]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 294

Figura 55. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Me he enfrentado a nuevos problemas]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……..... 294

Figura 56. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Me he vuelto más independiente],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo*…… 298

Figura 57. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*He pasado más tiempo sólo]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*……. 299

Figura 58. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem *[Me he vuelto más independiente],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo*……. 299

Figura 59. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem *[Mis padres son más autoritarios],* según el *Grupo de edad* y el *Sexo*…….. 300

Figura 60. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Siento menos admiración por mis padres]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.....……... 301

Figura 61. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Me he aislado de mis compañeros]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*…….. 301

Figura 62. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*He adquirido nuevos vicios]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……... 302

Figura 63. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Me he sentido menos querido]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……... 302

Figura 64. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*He tenido problemas de adaptación a los cambios]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 303

Figura 65. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem [*Me he vuelto más independiente]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*……. 304

Figura 66. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*He sentido que soy diferente a otros]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* …….. 310

Figura 67. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he sentido molesto con jueces y otros]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* …… 310

Figura 68. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he enfrentado a nuevos problemas]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* ……... 311

Figura 69. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*He sentido que se me quiere menos*,] según el *Grupo de edad* y el *Sexo* …… 311

Figura 70. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he unido mucho al progenitor custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 312

Figura 71. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he aferrado a los estudios]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*…….. 318

Figura 72. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*He mejorado mi relación con el custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 319

Figura 73. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he aferrado a los estudios]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……... 320

Figura 74. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*He mejorado mi relación con el custodio]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*… 321

Figura 75. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem [*Me he vuelto más independiente]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*…….. 321

Figura 76. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Pasan más tiempo solos]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad*……. 332

Figura 77. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se vuelven más independientes]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad*..……. 332

Figura 78. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Evitan el maltrato]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Sexo*……. 333

Figura 79. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se aíslan de sus compañeros]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Sexo*…… 334

Figura 80. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se vuelven más egoístas y caprichosos]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 335

Figura 81. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se aferran a los estudios]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*.....…… 336

Figura 82. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Sus padres son más autoritarios]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*…….. 337

Figura 83. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se vuelven más maduros]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 337

Figura 84. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Adquieren nuevos vicios]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*……. 337

Figura 85. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Se vuelven más egoístas y caprichosos]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*…… 338

Figura 86. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Mejoran la relación con el no custodio]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*… 339

Figura 87. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Tienen mejor economía que antes]*, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*…… 339

Figura 88. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem [*Rechazan más el matrimonio]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* ……... 342

Figura 89. Promedio de mención del cambio [*Se enfrentan a nuevos problemas]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad* ……. 354

Figura 90. Promedio de mención del cambio [*Tienen dificultades en la relación con el no custodio]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad* .....……..…….. 355

Figura 91. Promedio de mención del cambio [*Se sienten mejor emocionalmente]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*…. 356

Figura 92. Promedio de mención del cambio [*Tienen problemas de carácter y comportamiento]*, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*…….. 356

Figura 93. Promedio de mención del cambio [*Tienen dificultades para aceptar la ruptura]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* …….. 357

Figura 94. Promedio de mención del cambio [*Se vuelven más independientes]*, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*…….. 358

Figura 95. Promedio de mención del cambio [*Reducen el contacto con el progenitor no custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*…….. 359

Figura 96. Promedio de mención del cambio [*Reducen el contacto con el progenitor no custodio]*, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*…….. 359

Presentación

Presentación

El número de estructuras familiares no convencionales se ha incrementado considerablemente como consecuencia, entre otros aspectos, del aumento de las separaciones y divorcios que se vienen produciendo últimamente en España, y especialmente en Canarias. Esta realidad tiene efectos relevantes en la adaptación de los miembros de la familia y en la dinámica relacional que se establece entre ellos. Los cambios acaecidos en la familia y en las distintas modalidades que la representan, no pasan inadvertidos para la sociedad en general, la cual elabora sus propias creencias al respecto. Esas concepciones autoatribuidas afectan no sólo al procesamiento de la información sobre dichas realidades, sino también, a la conducta del ser humano cuando entra en contacto con las mismas.

Así, se sabe que las creencias que tienen las personas sobre su entorno, sobre las relaciones con los demás, y sobre los valores y normas que regulan el funcionamiento de su sociedad, influyen en la adaptación que muestran en dicho contexto. Por ello, el grado en el que se adaptan las personas que se enfrentan a una ruptura familiar (tanto de forma directa, como indirecta), dependerá de cómo vivan esa circunstancia y las creencias asociadas a dicha experiencia, teniendo en cuenta la diversidad de contextos, culturas y sociedades en las que se mueven (Barrett y Buchanan-Barrow, 2005).

Haciendo un repaso por la literatura, es bastante frecuente encontrar referencias de investigaciones que destacan diferentes efectos de la separación y/o divorcio sobre los miembros de la familia. No obstante, son escasos los estudios realizados a nivel nacional, a pesar del aumento de las familias no convencionales que se ha producido en España, fruto del incremento de las rupturas familiares llevadas a cabo en las últimas décadas. Pero si de lo que hablamos es de las creencias que tienen las personas sobre la realidad de la ruptura familiar, la búsqueda de información al respecto se vuelve aún menos exitosa. De ahí que el objetivo central de esta tesis doctoral sea poder explorar dichas creencias a través de la aportación de distintas generaciones, con el fin de conocer los contenidos que aglutinan, y si éstos recogen las experiencias positivas y negativas que ocurren realmente, o por el contrario, si se guían más de estereotipos socialmente construidos. Estas creencias o representaciones se analizarán en su doble vertiente, explícita e implícita. Además, también se explorará si la elaboración de dichas creencias se ve influida por el efecto de una serie de variables que se someten a estudio.

Así, la información recabada nos permitirá conocer hasta qué punto distintas generaciones se hacen eco de los cambios sociales que se han producido en España en las últimas décadas, sobre la realidad del divorcio. Pero, además, dicha información puede ser relevante para los profesionales que trabajan con familias separadas/divorciadas, porque aportan datos de cómo interpretan, y por tanto, cómo se posicionan ante dicha realidad, lo que afectará a su conducta. Esta información es importante que se tome como guía previamente a cualquier intervención.

Pues bien, los contenidos de esta tesis se estructuran en dos bloques. El primero recoge información relativa al marco teórico, y se organiza en cuatro capítulos que fundamentan la base teórica de esta investigación. El primer capítulo, titulado *La familia española y su evolución actual*, hace un breve recorrido sobre los principales cambios que han acontecido en nuestra sociedad, hasta la fecha actual, que han contribuido a su transformación y a lo que hoy puede entenderse como familia, desde su amplia diversidad. Por ello, también se describen las estructuras y organizaciones familiares más destacadas en nuestro país, además del modelo más tradicional.

El segundo capítulo, titulado *Efectos de la ruptura de la pareja en los progenitores*, recoge los principales cambios y/o efectos que experimentan tanto los padres como las madres tras el divorcio y/o separación, y las principales investigaciones que han analizado dicha circunstancia en relación con el tipo de rol que les toque desempeñar a cada progenitor en relación con la custodia de los hijos. Además, se reflexionará también sobre la heterogeneidad de resultados encontrados en función de la variabilidad metodológica utilizada y las variables independientes exploradas en los distintos estudios.

El tercer capítulo, titulado *Efectos de la ruptura de la pareja en los hijos*, recopila los principales cambios y/o efectos que experimentan los hijos tras la ruptura familiar, encontrados en múltiples investigaciones que se han hecho eco de esta realidad. Dichas investigaciones, tal y como se verá más adelante, sirven de guía para justificar algunos de los resultados encontrados en esta investigación. De nuevo, se reflexionará también sobre la heterogeneidad de resultados encontrados y sobre las posibles variables que pueden afectar en los mismos.

El cuarto capítulo, titulado *La construcción del Conocimiento Social*, ofrece una breve, pero fundamental descripción de los modelos teóricos que han tratado de explicar cómo construyen las personas el conocimiento social. En dicho capítulo se hace una

mención especial al enfoque de la Cognición Social, que soporta el análisis de las creencias, tema que será objeto de estudio en esta tesis con referencia a un contenido concreto que es el de los efectos del divorcio en los miembros de la familia. Además de ello, se presenta también una recopilación de diversos estudios que exploran la construcción de determinados contenidos de índole social, y las variables que influyen en la construcción de dicho conocimiento.

El segundo bloque recoge la parte empírica de esta tesis doctoral, que se divide en dos estudios. El primero de ellos corresponde al estudio exploratorio de *las Creencias Explícitas sobre los efectos de la ruptura familiar en los miembros de la familia*. La información que aglutina recoge, inicialmente, el *planteamiento del problema*, presentándose así los objetivos generales y específicos que guían el estudio y las hipótesis iniciales de las que se parte. Seguidamente, se presenta el *método* que se ha seguido en la investigación, con información relativa a la muestra participante, los instrumentos de medida y el procedimiento llevado a cabo para la recogida de información. A continuación se expone información sobre el *diseño del estudio*, apartado en el que se describen aspectos relevantes que ayudarán a entender los resultados obtenidos, el procedimiento llevado a cabo para su análisis, y la organización de los mismos para su exposición. Seguidamente se desarrolla un nuevo apartado en el que se presentan los principales *resultados del Estudio 1*, en base a los diferentes contenidos analizados. En este sentido, señalar que primero se presentan los resultados referidos a la creencia explícita sobre los cambios y/o efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos, para seguir con el progenitor custodio y por último con el progenitor no custodio.

Por último, en el apartado de *discusión del Estudio 1*, se debaten los resultados más significativos encontrados, revisando su grado de concordancia con las hipótesis inicialmente planteadas y respecto a otras investigaciones relacionadas con el tema realizadas por otros autores.

En el segundo estudio se explora *la Experiencia personal de ruptura familiar y su influencia en la representación de los efectos del divorcio en los hijos*, y se organiza de forma similar a los apartados comentados para el primer estudio. Esto es, se inicia también con el planteamiento del problema y los objetivos e hipótesis que se persiguen, para seguir con la presentación del método, de los resultados obtenidos, y por último, de la discusión de dichos resultados. Señalar que los resultados se presentan organizados a

su vez en diferentes bloques. En el primero de ellos se analizan algunas características relevantes de la muestra participante en el estudio, que pueden facilitar la contextualización de dicha muestra participante, y además, relacionarse con algunas variables dependientes exploradas. En un segundo bloque se presentan los resultados referidos a la Experiencia personal de ruptura familiar de los participantes, su Grado de afectación, y el influjo de las variables exploradas sobre ambos tipos de variables dependientes. Y en un tercer bloque se analizan las Creencias Implícitas y Explícitas de los participantes acerca de los efectos de la ruptura parental en los hijos, y la influencia de determinadas variables exploradas sobre los contenidos a estudiar, finalizando con el análisis del grado de concordancia existente entre ambos tipos de creencias.

También se presenta un nuevo capítulo que recoge una breve *discusión final* sobre los resultados obtenidos en esta tesis doctoral, así como respecto a las principales *conclusiones* que se derivan de éstos, resaltando también las principales limitaciones del trabajo que se presenta, así como algunas de sus fortalezas.

Por último, en el apartado de *referencias* se recoge la bibliografía revisada en relación con el tema de estudio, y en el apartado de *Anexos* se presentan los instrumentos utilizados para recabar la información.

1ª PARTE: MARCO TEÓRICO

Capítulo 1. La familia española y su evolución actual.

Capítulo 2. Efectos de la ruptura de la pareja en los progenitores.

Capítulo 3. Efectos de la ruptura de la pareja en los hijos.

Capítulo 4. La construcción del Conocimiento Social.

Capítulo 1. La familia española y su evolución actual

1. La familia española y su evolución actual

1.1. Introducción

En este capítulo se profundizará en el análisis de la familia española y los rasgos que la caracterizan en el momento actual. Así, la familia es vista como el pilar fundamental que sustenta una sociedad, y además, como el primer agente de socialización de los individuos (Rodrigo y Palacios, 2003). En el seno de la familia es donde las personas aprenden las normas sociales y las reglas de interacción con los demás, preparándose para salir al exterior y formar parte del entramado social. En esta labor contribuye también de forma significativa la escuela. Además, las experiencias que proporcionan la familia y la escuela, en interacción con los rasgos aportados por la herencia genética que reciben, marcan de manera significativa la forma de ser de los individuos. De ahí la importancia de que estos contextos, y en especial la familia, ofrezcan un marco experiencial que optimice las posibilidades de desarrollo de las personas que crecen en ellos.

Por otra parte, hay que asumir que la familia es el contexto a partir del cual se promueven las principales transformaciones sociales (Iglesias de Ussel, 1998). Ello implica que existen en su interior fuerzas contrarias. Unas son las responsables de generar tendencias hacia la consolidación de los avances y cambios que se producen en una sociedad, motivados por los factores económicos, políticos, científicos e ideológicos, que se transmiten de forma intergeneracional. Otras fuerzas son las que impulsan el cambio social, promoviendo actuaciones que pretenden buscar soluciones a las nuevas necesidades que surgen en relación con la adaptación de sus miembros.

Para entender la situación actual y las características relativas al marco familiar en las que crecen las nuevas generaciones, es necesario dedicar un breve espacio en el que se analicen los principales cambios a los que se ha visto enfrentada la familia española durante el periodo comprendido entre finales del siglo XIX y la actualidad, y los factores que los han promovido. En este sentido, es necesario hacer un repaso del pasado para poder entender lo que ocurre hoy. Estos aspectos se tratarán en el apartado siguiente.

Posteriormente se realizará una descripción algo más pormenorizada de las diferentes estructuras que componen la sociedad española actual, poniendo especial hincapié en lo que se refiere a aquéllas derivadas de la ruptura familiar, que son objeto de análisis en este trabajo de investigación. Se finalizará el capítulo con un último apartado de reflexión sobre el concepto de diversidad familiar necesario para promover un concepto de familia que se ajuste en mayor grado a la realidad que se vive en la sociedad española en la actualidad.

1.2. Breve recorrido hacia la España social actual

Los cambios políticos y económicos que se han ido sucediendo en España han estado fuertemente relacionados con el rumbo que ha tomado la familia española hasta convertirse en lo que es hoy en día. Iniciaremos el recorrido recordando el fracasado movimiento del régimen de la Restauración de 1875, que tenía como objetivo llevar al país hacia un sistema democrático. La consecuencia de dicho fracaso fue la sucesión de conflictos políticos y tensiones sociales que se encadenan dando lugar a diferentes periodos, como el surgimiento de la dictadura encabezada por Primo de Rivera, al que le sucede posteriormente un nuevo cambio con la Segunda República. En ese momento la Constitución, junto con la separación del Estado y de la Iglesia, modificó las leyes sobre el ámbito familiar, lo que supuso un cambio significativo de derechos relevantes en ese periodo, que perduraron poco tiempo por las disputas y conflictos que desembocaron en la Guerra Civil Española. Tras ésta, se instaura el régimen encabezado por Francisco Franco que duró cerca de cuarenta años, y que de nuevo modificó el modelo de familia, dotándola de una visión más tradicional (Iglesias de Ussel y Meil, 2001).

Durante el periodo franquista, la Iglesia empieza a ocupar un papel relevante en la organización del país, que repercute en gran medida en la legislación familiar, oponiéndose, por ejemplo, a algunos cambios significativos que fueron introducidos durante la Segunda República, como la concesión del divorcio, la posibilidad del matrimonio civil o la incorporación de la mujer al mundo laboral, entre otros. Este último factor se veía como el principal causante de la crisis familiar que se apreciaba en ese momento. A todo ello se suma también la penalización de los anticonceptivos y del

adulterio, o la prohibición de la igualdad entre hombres y mujeres (Iglesias de Ussel y Meil, 2001).

Será a partir de la década de los sesenta cuando se empiezan a producir cambios importantes como los que se señalan a continuación: una mayor permisividad respecto a las relaciones sexuales antes del casamiento, lo que favorece los embarazos prematrimoniales, y de manera indirecta, incrementa el número de matrimonios; la posibilidad de elegir libremente la pareja, primando los sentimientos de las personas antes que las imposiciones familiares ya preestablecidas; una mayor participación de la mujer en la sociedad, especialmente en el mundo laboral; mayor igualdad entre el hombre y la mujer, que repercute en una mayor colaboración del hombre en tareas de cuidado y educación de sus hijos; etc. Así, según Iglesias de Ussel (1998), se pasa de una familia tradicional a una familia moderna, fundamentada principalmente en los miembros de la familia nuclear. El paso hacia una sociedad más democrática supuso que se afianzaran algunos de estos cambios acontecidos durante el periodo de transición, y además, que fueran surgiendo otros nuevos a los que la sociedad española se ha ido adaptando con el paso del tiempo.

Concretamente, en el último cuarto del siglo XX es cuando se consigue alcanzar por fin un sistema democrático estable y además, una europeización de España, lo que le lleva a la aplicación de nuevas políticas sociales, dando lugar a una sociedad más moderna que se traduce en la apertura a nuevas ideas, una mayor tolerancia hacia el pluralismo y la diversidad, y una concepción más laica. Tal como señalan del Campo y Tezanos (2008), dos hitos relevantes impulsaron esos importantes cambios. Por un lado, la aprobación de la Constitución Española de 1978, y por otro, la incorporación de España a la Unión Europea en 1985. Poco a poco dichos cambios irán afectando a la institución familiar, a su dinámica y a los miembros que la componen (Alberdi, 1999; Meil, 1999). Nos detendremos brevemente en el análisis de los principales rasgos que caracterizan a la sociedad española actual que han tenido importantes consecuencias en las familias, y dejaremos para un apartado posterior el análisis estructural.

La primera característica que merece la pena comentar es la caída de la natalidad. Según De Miguel (1998), a partir del año 1976 empiezan a disminuir los nacimientos, siendo los lugares más industrializados quienes tienen las tasas de natalidad más bajas. El factor económico tiene responsabilidad sobre este cambio, y

también el hecho de que se creen centros de orientación familiar y se permita la difusión de los métodos anticonceptivos.

También la incorporación de la mujer al mundo laboral, cambio significativo especialmente a partir de ese periodo, hace más difícil que pueda atender simultáneamente al ejercicio profesional y al cuidado de los hijos, especialmente en una sociedad que debe esforzarse todavía mucho para favorecer la conciliación familiar. Con ello las parejas empiezan a decidir el número de hijos que quieren tener y el momento para tenerlos, atendiendo a sus propios deseos y necesidades (Iglesias de Ussel y Meil, 2001). Así, la tasa bruta de natalidad (por cada 1000 habitantes) fue de 18,76 en 1975, bajando en 1990 a 10,33, con un ligero aumento en el año 2008 hasta llegar al 11,38. En Canarias el descenso es todavía más evidente siendo la tasa de natalidad en 1975 de 22,31, en 1990 de 12,54, y en 2008 incluso inferior, de 9,99 (INE, 2009). Ello tiene como consecuencia el progresivo envejecimiento de la población.

Este hecho se relaciona con la tasa de fecundidad, que fue de 2,86 hijos por mujer como media en 1975, de 1,23 hijos en el año 2000, y de 1,46 en el 2008 (INE, 2009). No obstante, y tal como señala Del Campo (2008), ese pequeño aumento observado en los últimos ocho años se debe a las mujeres inmigrantes, ya que aportan el 16,4% del total de los nacimientos en España. En comparación, los países europeos con las tasas más altas de fecundidad son Irlanda, Francia, Noruega y Finlandia (1,93; 1,91; 1,83 y 1,80, respectivamente). La más baja corresponde a Italia con una media de 1,29 (Del Campo, 2008). En lo que se refiere a los datos de la Comunidad Canaria, también ha habido una disminución significativa, pasando de 3,20 hijos de media en 1975, a 1,48 en 1990 y a 1,20 en el 2008 (INE, 2009).

Como acabamos de comentar, la progresiva incorporación de la mujer en el mundo profesional va a tener importantes repercusiones en el número de hijos, y en la dinámica y estructura que caracteriza a las familias. Así, desde 2001 hasta 2007, los datos muestran un aumento en el porcentaje de ocupación laboral de las mujeres que va del 37,32% en el año 2001 al 42,21% en el segundo trimestre del 2007. También se produce un descenso del paro en dicho periodo. Sin embargo, y aunque España mostró una tendencia a la baja desde 1997 al 2003, a partir de ese año las mujeres españolas se encuentran a la cabeza respecto al porcentaje de paro (15,8%) en comparación con el resto de países europeos, siendo Irlanda y Reino Unido quienes presentan un menor porcentaje (4%) (Solé, 2008).

Otro cambio importante es la emancipación de los jóvenes a edades más tardías. Varios son los factores relacionados con este cambio. Por un lado, la situación económica, que limita las posibilidades de acceso de los jóvenes al mercado laboral, y por otra parte, el mayor nivel de cualificación exigido actualmente para poder alcanzar dicha meta. También repercute el tipo de oferta laboral a la que pueden acceder, ya que, en la mayoría de los casos, se trata de trabajos temporales escasamente remunerados, incompatibles con el hecho de realizar compromisos económicos exorbitados para la compra de una vivienda, o incluso, para acceder de forma holgada a un alquiler.

Otro cambio a destacar es la disminución de los enlaces matrimoniales. Los datos recogidos en el INE indican que en España el número de matrimonios por cada 1000 habitantes era en 1975 de 7,60, en 1995 de 5,10 y en el 2008 de 4,23. Estos datos reflejan una disminución de los matrimonios a medida que van pasando los años (INE, 2009). A nivel europeo, los datos ofrecidos por Euroestat (2006, cit. en Del Campo, 2008) muestran que Chipre (7,2) y Dinamarca (7,0) son los países con las medias más altas de matrimonios, mientras que Eslovenia (3,3) y Bélgica (4,1) presentan las medias más bajas. En lo que se refiere a Canarias, en 1975 la tasa de nupcialidad era de 7,71, de 5,23 en 1995 y de 3,09 en el año 2008, observándose un decremento todavía mayor frente a los datos nacionales (INE, 2009). También ha cambiado la forma o el rito que eligen las personas a la hora de casarse. Durante la época del franquismo la única forma que tenían los individuos de hacerlo era a través de la unión religiosa. Sin embargo, cada vez son más las parejas que se casan por lo civil, alcanzando el 46,03% en el año 2007 (INE, 2007). Otras también optan actualmente por constituirse como parejas de hecho.

El factor económico, en relación con la búsqueda de empleo y su estabilidad, y paralelamente, el retardo en la emancipación de los jóvenes, retrasa no sólo el momento en el que se producen las uniones formales de las nuevas parejas, sino también la llegada del primer hijo, que es otro elemento diferenciador. Así, la edad media en la que la mujer se convierte en madre por primera vez era de 24,15 años en 1980, y en el 2007 se sitúa en los 31,09 años. En Canarias los datos muestran que se ha pasado de ser madre a los 23,56 años en el año 1980, a los 32,33 años en el 2007 (INE, 2009).

Otro cambio decisivo es la posibilidad de romper la relación establecida mediante el divorcio, lo que origina estructuras familiares que ofrecen modelos adaptados de relaciones parento-filiales (v.g., las familias monoparentales por ruptura y

las familias reconstituidas). Esta realidad se abordará con más profundidad en los siguientes capítulos. Así, fue a partir de 1981, con la entrada en vigor de la Ley del divorcio, cuando las parejas vieron la posibilidad de acabar con un matrimonio cuando, por diversas circunstancias, éste había dejado de funcionar. La relevancia de dicha ley es la legalidad que confiere a la ruptura, ya que posibilita una mayor aceptación de tal condición dentro de la sociedad.

En este sentido, el aumento en el número de divorcios ha sido vertiginoso en los últimos diez años. Según Del Campo (2008), en la actualidad se produce una separación cada tres segundos. En la siguiente tabla se puede observar de manera más detallada dicho aumento en la última década, tanto a nivel nacional como en la Comunidad Canaria.

Tabla 1**.** Frecuencia de divorcios y separaciones en Canarias y en el resto del país, entre 1999 y 2009.

Año	Divorcios		Separaciones	
	Total	Canarias	Total	Canarias
1999	36.101	2.548	58.137	3.709
2000	37.743	2.311	61.617	3.496
2001	39.242	2.760	66.144	4.208
2002	41.621	2.818	73.567	4.491
2003	45.448	3.061	76.520	4.783
2004	50.974	3.393	81.618	4.997
2005	72.848	4.461	64.028	3.810
2006	126.952	7.637	18.793	969
2007	125.721	7.682	11.581	514
2008	110.036	6.473	8.761	327
2009	98.359	5.667	7.680	270

(*) Datos extraídos del INE (Instituto Nacional de Estadística) de 2010

Observando los datos del INE (2010) se aprecia, a nivel nacional, un aumento considerable en el número de divorcios, obteniéndose actualmente una cifra algo inferior al triple de lo observado en el año 1999. Aunque, es a partir del 2007 cuando se observa un ligero descenso, produciéndose en 2009 un 10,6% menos de divorcios respecto a 2008. Algo parecido ha ocurrido también en la Comunidad Canaria. En general, el proceso de separación ha disminuido en ambos casos, especialmente porque ya no es necesario pasar por el tránsito de la separación para finalizar el matrimonio.

Así, la reforma del Código Civil de 2005 (15/2005), que modifica la Ley del Divorcio de 1981, trata de suplir algunas deficiencias de dicha ley, intentando simplificar y agilizar los trámites burocráticos para la disolución del matrimonio legal, lo que actualmente se conoce como "divorcio exprés" (Cea, 2007). De esta manera, España se convierte en el tercer país europeo con más tasa de divorcio (71%), superado solo por Francia (73%) y Bélgica (76%) (Del Campo y Rodríguez-Brioso, 2008).

Otro cambio que refleja la mayor flexibilidad hacia nuevas formas de entender la familia, junto con la mayor aceptación del divorcio, se deriva de la aceptación legal de las parejas homosexuales. Si anteriormente el divorcio había sido el punto de mira de todas las críticas y reticencias ante el cambio social, ahora lo es la legalización de las parejas del mismo sexo. En el año 2000, Holanda fue el primer país que aprobó la ley del matrimonio homosexual y la adopción de niños (siempre que la pareja llevara más de tres años juntos y que los niños adoptados fueran nacionales). España, a su vez, es el tercer país en legalizar dicho matrimonio (junto a Bélgica y los Países Bajos) y en otorgarle al matrimonio homosexual el estatus de familia y los mismos derechos y tratamientos jurídicos que las parejas heterosexuales. Todo ello a través de la reforma de la ley (13/2005), de los artículos 44, 66 y 67 del Código Civil, que se hizo en el año 2005 (Del Campo, 2008). En otros países europeos como Alemania, Noruega, Dinamarca, etc., las personas homosexuales pueden casarse pero no tienen los mismos derechos que el resto.

Dicha reforma supuso un llamamiento a la libertad y a la tolerancia (Cea, 2007). No obstante, todavía hoy se percibe un gran rechazo social (y evidentemente religioso) hacia las uniones homosexuales, quizás porque el ser gay o lesbiana en España estuvo penalizado hasta 1978, hasta que en la Constitución se ratificó, en el artículo 14, el derecho a la no discriminación por razón personal o social (Del Campo y Rodríguez-Brioso, 2008).

Así, y según los datos ofrecidos por el INE, se han censado casi 10.500 parejas homosexuales, con una relación aproximada de casi dos parejas de hombres por cada pareja de mujeres (INE, 2004). Sin embargo, no todas las parejas homosexuales deciden casarse. Por ejemplo, en Bélgica, en los primeros seis meses en los que se reguló el matrimonio se casaron 139 parejas (4,7% de los matrimonios), y en España, durante el 2005, se produjeron 1.275 matrimonios del total de 209.125 matrimonios contraídos. En el año 2007 la cifra alcanzó alrededor del 1,50% de los matrimonios realizados en

España. En relación con el sexo de los contrayentes, comentar que de los matrimonios realizados en ese mismo año, la relación es aproximadamente de dos matrimonios entre varones por uno entre mujeres (INE, 2007).

No obstante, aunque cada vez las personas homosexuales tienen menos pudor o miedo para revelar su orientación sexual, las estadísticas al respecto son imprecisas por el secretismo que aún impera hoy en nuestra sociedad sobre el tema de la homosexualidad (Del Campo, 2008).

Otro aspecto a destacar es la llegada masiva de inmigrantes a nuestro país, lo que ha favorecido la convivencia con familias de otras culturas, o también la unión entre españoles con personas extranjeras. Esto constituye un fenómeno social que está influyendo sobre el área económica y cultural de España. Así, en 1978 tan sólo vivían en España 158.347 extranjeros, aumentando en 1990 hasta los 407.647 y en 2008 hasta cerca de los 5 millones. España acoge al 44,7% de los inmigrantes que llegan a Europa, seguida de Francia, Gran Bretaña e Italia (Del Campo, 2008). El hecho de los reagrupamientos familiares ha disparado estas cifras. De esta manera se espera que en el 2010 la población inmigrante alcance el 14,2% (6.733.281 de inmigrantes) de la población española, aumentando hasta el 27,4% en el 2015 del total de residentes afincados en España (Tezanos, 2008).

Por otra parte, el aumento de la esperanza de vida ha dado lugar a una mayor longevidad de la población. Este hecho, junto con la reducción de la natalidad, contribuye al envejecimiento de la población española, aspecto de gran preocupación política y social en la actualidad. Así, a principios de los años 70, el 8% de la población pertenecía al grupo de edad de mayores de 65 años. Ya en el año 2005 el porcentaje aumentó algo más del doble, con un 16,6% (INE, 2005). Los porcentajes en Europa son muy parecidos a los que se dan en España, siendo Italia y Alemania los países que más se ajustan a dichas cifras. Las predicciones futuras son que la sociedad española seguirá envejeciendo según vayan pasando las décadas, alcanzando la población mayor de 65 años la cifra del 20,8% de la población total en el año 2025, y del 30,8% en el 2050 (Del Campo, 2008).

Todos estos cambios han tenido importantes repercusiones en la sociedad española y en la estructura interna de las familias que la componen. Así por ejemplo, se observa también un aumento de los hogares unipersonales en la actualidad (Del Campo

y Rodríguez-Brioso, 2008). La variedad de hogares y su especificidad la analizaremos en el siguiente apartado.

1.3. Diversidad de hogares y su representatividad en la sociedad española actual

Los factores comentados en el apartado anterior han dado lugar no sólo al aumento de los hogares en España, sino también han contribuido a su diversidad. En este apartado trataremos de reflejar dicha pluralidad.

Un modelo de hogar es el compuesto por una pareja sin hijos, que obtuvo una representación aproximada del 21,5% del total de los hogares en el año 2007 (INE, 2007). Los planteamientos más hedonistas, o incluso el esfuerzo que se dedica al ejercicio profesional, han llevado a algunas parejas a desestimar la posibilidad de tener hijos. Por otra parte, se han incrementado los problemas de fertilidad en muchas parejas, llevándoles a asumir de forma no voluntaria el modelo de familia sin hijos.

La segunda modalidad que señalaremos es la de los hogares unipersonales, cuyo incremento es quizás el más significativo en nuestro país. España pasó de tener un 10% de hogares unipersonales en 1991, a tener alrededor del 18% en el año 2007 (INE, 2007). Al comparar a España con otros países europeos, ésta se encuentra con porcentajes inferiores a Dinamarca (36,3%), a Alemania (32,4%) o a los Países Bajos (30,8%), y por el contrario, se sitúa por encima de Portugal (12,7%) (Del Campo, 2008).

Para Jurado (2008), el incremento acaecido durante los últimos años responde a hechos como, por ejemplo, al aumento de los ancianos viviendo en hogares unipersonales debido a su mayor esperanza de vida, y además, a la independencia económica que les supone tener una pensión; al aumento de las personas divorciadas y/o separadas; y también al incremento de aquéllas que se mantienen solteras y han alcanzado su independencia económica. No obstante, todo ello tiene que ver además con un cambio de valores que se observa especialmente en las nuevas generaciones, primándose ahora más la autonomía, la independencia, y la realización y el crecimiento personal, por encima de muchos otros compromisos que han sido fundamentales en

otras épocas, como la búsqueda de una relación permanente o la atención incondicional a los hijos y a los mayores.

Así, el vivir solo se ha convertido en una alternativa cada vez más presente en la sociedad española. Lo que en décadas anteriores podía haber estado mal visto al existir mayor presión familiar y social para que tanto hombres y mujeres se casaran, ahora se ha convertido en una opción más, independientemente de la experiencia vivida (la convivencia en solitario como bienestar propio) o como causa de ella (por divorcio, viudedad, etc.). Comentar, además, que entre las personas que viven solas hay más hombres que mujeres en los grupos de edad de 16 a 34 años y de 35 a 64. Respecto a las personas de 65 años o más que viven solas, su porcentaje ha aumentado casi un 50% entre los dos últimos censos, siendo mayor la proporción de mujeres frente a la de los hombres (Del Campo y Tezanos, 2008).

Siguiendo el análisis de los tipos de hogares, la familia nuclear, compuesta por una pareja con algún hijo, o varios, es el modelo familiar que predomina en España después de las parejas sin hijos y los hogares unipersonales. Esta organización familiar supone casi el 17% del total de los hogares (INE, 2007). Cabe señalar que cuando hablamos de parejas con hijos, no nos referimos tan sólo a agrupaciones formadas por un hombre, una mujer y sus hijos biológicos, sino que también se englobarían a las familias adoptivas o a las homoparentales encabezadas por dos adultos.

En este sentido, muchas parejas, o incluso, adultos en solitario, optan por la adopción. Así, la decisión de adoptar a algún menor puede responder a múltiples motivaciones, como por ejemplo, tratar de ser padres cuando se tiene problemas para concebir o problemas con el embarazo; por querer ser padre o madre y no tener pareja; por una mayor concienciación de la necesidad que tienen muchos niños que se encuentran en situaciones en las que no se cubre adecuadamente sus necesidades básicas y emocionales, etc. La adopción, si bien ha existido siempre, se hace hoy en día más representativa, especialmente por el impulso que en los últimos años ha tenido en nuestro país la adopción internacional, contribuyendo este hecho a un mayor intercambio cultural dentro de la propia sociedad española.

Otro modelo de organización familiar cada vez más frecuente es la familia monoparental. Esta se puede originar motivada por una multiplicidad de causas como la muerte de de uno de los miembros de la pareja, por una ruptura familiar, por la emigración de uno de los progenitores, por la decisión personal de la mujer de ser madre

soltera, o también de un hombre o de una mujer a través de la adopción (Iglesias de Ussel y Meil, 2001). Estas últimas causas son bastante novedosas si se tiene en cuenta el rechazo que sufrían las madres solteras en la sociedad española hace escasas décadas. En el 2005 el porcentaje de hogares de este tipo alcanzaba cifras del 9,7% de la totalidad (Del Campo y Tezanos, 2008). Concretamente, la ruptura familiar es quizás el factor prioritario que impulsa hoy en día este tipo de organización familiar, estando encabezada dicha estructura principalmente por una mujer, por ser ésta quien recibe, en la mayoría de los casos, la custodia de los hijos tras la ruptura. Concretamente, en la actualidad el 87,6% de los núcleos monoparentales de separados o divorciados están compuestos por una madre y sus hijos (Jurado, 2008).

Otra forma de organización familiar que se deriva de los casos de separación y/o divorcio son las llamadas familias reconstituidas. Su composición más común es la formada por una pareja en la que uno de sus miembros aporta al nuevo hogar hijos de un matrimonio anterior. No obstante, existe mayor variedad dentro de este modelo familiar, como cuando el padrastro o la madrastra tienen hijos biológicos con los que no conviven salvo en el periodo de visitas, cuando ambos cónyuges aportan hijos al matrimonio, cuando la nueva pareja también tiene hijos comunes, etc. Según Meil (1999), los países europeos con la tasa más alta de segundos matrimonios son Bélgica, Holanda, Alemania y Austria. En España, a pesar del aumento de divorcios, el índice de reconstituciones sigue siendo bajo comparado con el de otros países europeos, al igual que los porcentajes de segundas nupcias y de convivencia fuera del matrimonio. Así, según los datos del INE (2004), el 4% de las familias españolas eran reconstituidas. En la actualidad dicho porcentaje se ha ido incrementando paulatinamente. De esta manera se pasó de 12.410 uniones en segundas nupcias en el año 2000, a 23.293 en el 2008, en el caso de los hombres; y de 10.624 a los 20.342, en el caso de las mujeres (Prades, 2009).

Como se puede observar, distintos tipos de hogares pueden presentar diferencias de género. Así, y en general, los datos muestran que las situaciones de monoparentalidad están más asociadas al sexo femenino, debido entre otros aspectos, al hecho de tener que quedarse mayoritariamente a cargo del cuidado de los hijos. Ello dificulta la posibilidad de volverse a casar (Jurado, 2008). Por el contrario, los hombres tienden más que las mujeres a realizar dicha reconstitución, ya que tan sólo un pequeño porcentaje opta a la custodia de sus hijos, o lo hace de manera compartida.

Otro modelo a citar son los hogares formados por la familia nuclear y uno o varios miembros más, con los que puede existir o no vínculos sanguíneos. A nivel europeo este tipo de familias es poco numeroso. En España, en 1970 la tasa de estos hogares era de un 5,8% y en 1991 tan sólo de un 1,1%. Señalar, además, que en el 2001, en el 4,4% de los hogares conviven tres generaciones y en el 0,1%, cuatro generaciones o más (INE, 2004). No disponemos de datos más actualizados al respecto.

Debido a las altas tasas de inmigración en nuestro país, otra de las organizaciones familiares que se han venido desarrollando son las compuestas por españoles y extranjeros. Según los datos del Ministerio de Justicia e INE (2007), en cinco años se han multiplicado por catorce los matrimonios entre españoles y extranjeros, pasando de 756 uniones en 2001 a casi 11.000 en 2005 (sobre todo en Madrid y Cataluña). De estos enlaces, cuatro de cada diez fueron bodas entre hombres españoles y mujeres extranjeras, en su mayoría iberoamericanas, mientras que las mujeres suelen unirse más con hombres marroquíes (INE, 2005).

Por último, cabe citar un modelo, que si bien es aún poco representativo en nuestra sociedad, nos parece interesante citar. Es el LAT (Living- Apart- Together) que constituye otra forma de organización social en la que cada miembro de la pareja vive en hogares separados, aunque comparten su vida afectiva y personal. Estas siglas (acuñadas en Holanda) significan "Vivir- Juntos- Separados" (Cea, 2007). Este tipo de relación se suma a las otras alternativas que hemos comentado anteriormente y que son el fruto de diversas circunstancias que se pueden dar en la pareja. Por ejemplo, los problemas económicos pueden frenar las posibilidades de enfrentar la convivencia conjunta de una pareja, por no tener capacidad para afrontar ni tan siquiera un alquiler; el hecho de tener hijos de relaciones previas, que pueden condicionar la relación de la pareja en caso de llegar a convivir conjuntamente; la decisión voluntaria de elegir ese tipo de relación para no perder totalmente la independencia y la libertad personal; etc. (Alberdi, 1999). Respecto a las estadísticas de este tipo de organización familiar, por el momento no contamos con dichos datos.

Como se ha expuesto aquí, la sociedad española se organiza en una amplia variedad de hogares, cada uno de los cuales conlleva su propia idiosincrasia en cuanto a su composición y dinámica interna.

1.4. Reflexión final

La pluralidad de hogares coexistentes que se ha plasmado en el apartado anterior refleja el importante cambio social que se ha producido en nuestro país en las últimas décadas. En general, dichas estructuras no son nuevas, pero se hacen más visibles en nuestra sociedad una vez que gozan del amparo legal, y se benefician de un importante cambio de valores que acontece desde hace algunos años en España. Ello contribuye a su proliferación y representatividad.

En estos cambios han contribuido factores de diversa naturaleza entre los que destacan los cambios políticos, económicos, sociales y el estado de bienestar y salud de los españoles. Todos ellos generan importantes efectos no sólo en la estructura de los hogares, sino lo que es aún más importante, en su propio funcionamiento interno y en su conexión con el exterior, proporcionando tanto ventajas como inconvenientes. Así por ejemplo, el aumento de la longevidad en nuestro país tiene como consecuencia el aumento en el número de ancianos a cargo de las familias. De forma tradicional la principal cuidadora de los mayores ha sido la mujer. Sin embargo, su incorporación en el mundo profesional limita sus posibilidades para ejercer dicha función adecuadamente, viéndose la necesidad de buscar nuevos apoyos, a veces externos. A pesar de que la sociedad española se ha caracterizado por la atención y cuidado de sus mayores, en la actualidad existe una mayor demanda de servicios asistenciales y centros que se encarguen o contribuyan a alcanzar tal objetivo.

Lo mismo ocurre en relación con el cuidado de los hijos o en la atención del hogar. El trabajo extradoméstico de la mujer ha supuesto la necesidad de una mayor participación por parte de los varones en la mayoría de las funciones tradicionalmente femeninas. No obstante, y a pesar de que en la actualidad se haya avanzado mucho respecto al tema de la igualdad entre el hombre y la mujer, el hecho de que las mujeres ocupen un puesto activo en el mercado laboral, en la sociedad y/o en el ámbito educativo, no ha significado que el hombre comparta con ella al 50% muchas de sus funciones. Ello ha supuesto que la mujer debe buscar estrategias para afrontar los nuevos retos, como por ejemplo, reduciendo su periodo laboral o buscando puestos de trabajo que le permitan tener más flexibilidad, contratando un servicio doméstico, reduciendo el número de hijos a tener, etc. (Jurado, 2008).

Esta menor capacidad temporal para la dedicación a la familia, las dificultades económicas para afrontar con holgura un relativamente alto estado de bienestar, un planteamiento más hedonista que persigue el bienestar personal a veces más allá de otros compromisos, todo ello, junto con otros factores, ha generado una importante reducción de la natalidad en nuestro país, lo que ejerce efectos en la relación entre los miembros de la familia. Así, muchos hogares están constituidos por una pareja sin hijos, o cuando se tienen, en ocasiones se toma la decisión de tener tan sólo uno. Esto puede tener consecuencias sobre los hijos, ya que a pesar de que se pueda pensar que la relación con los iguales en las guarderías o en los colegios puede suplir la ausencia de los hermanos, éstos son una importante fuente de apoyo para ellos. Por ejemplo, la presencia de hermanos se hace especialmente recomendable ante circunstancias como un divorcio entre los padres o la muerte de algún familiar cercano, ya que les ayudará a sentirse más apoyados psicológicamente (Abbey y Dallos, 2004; Arranz y Olabarrieta, 1998).

Razones económicas también han facilitado otro cambio importante en la sociedad, con importantes repercusiones culturales. Nos referimos a la llegada de inmigrantes a nuestro país en busca de una oportunidad laboral, lo que ha favorecido el contacto con personas de otras culturas, o también la unión entre españoles y extranjeros. Ello constituye un fenómeno social que está influyendo sobre el área económica y cultural de la sociedad y de las familias de nuestro país (Tezanos, 2008). Así, la sociedad va cambiando hacia una mayor diversidad de costumbres y culturas diferentes venidas de otros continentes. Sin embargo, este hecho también está trayendo otro tipo de problemas como el racismo y la no aceptación de costumbres alternativas, tanto para los españoles como para los propios inmigrantes que deben hacer esfuerzos para llegar a adaptarse a su nuevo país de residencia.

Los cambios legales también tienen importantes repercusiones en la sociedad actual. Tómese como ejemplo el caso de las parejas homosexuales. En décadas anteriores hubiera sido impensable que este tipo de uniones pudieran ser legales y por tanto, aceptadas socialmente. Quizás por ello muchas personas se resisten aún a considerarlas como núcleos familiares, incluso en el caso de profesionales del ámbito psicológico. Tal como señala Golombok (2006), para los hijos puede ser más sencillo descubrir y aceptar la orientación sexual de los miembros con los que comparte su entorno familiar, frente a la sociedad, gran parte de la cual sigue viendo con cierto

rechazo a estas estructuras familiares. Qué duda cabe que el grado de aceptación que se muestre hacia ellas viene determinado por variables como las creencias religiosas, la generación de pertenencia, el nivel de estudios y/o los ideales políticos que se tengan. Sin embargo, hoy en día, y con la aprobación de la Ley propuesta por el Gobierno, este tipo de modalidad familiar se va asentando cada vez más en nuestro país. Así, y respecto a otros países, España, después de Holanda y Dinamarca, es el país que muestra mayor tolerancia ante los derechos de estas parejas (Cea, 2007; Meil, 1999).

Otra importante ley merece especial mención, y es la Ley del Divorcio de 1981 (30/1981) (Gómez-Granell, 2004). Dicha ley contribuyó a que muchas parejas infelices pudieran separarse y reorganizar sus vidas. Los efectos positivos y negativos de la ruptura de pareja se recogen en los múltiples estudios que han investigado sobre el tema. Sabemos que una separación ejerce efectos sobre todos los miembros de una familia, y está asociada a múltiples desequilibrios en la vida de las personas que viven dicha experiencia, siendo los hijos unos de los grandes afectados. En este sentido, es necesario que los padres cumplan adecuadamente con sus funciones parentales, y que asuman plenamente que la relación de pareja se ha terminado, pero no así sus obligaciones parentales. Además, los padres que se han separado pueden volver a rehacer sus vidas, lo que enfrenta a los miembros de la familia a nuevas transiciones, exigiendo nuevos retos para alcanzar dinámicas relacionales adecuadas.

Pues bien, múltiples factores como los hasta ahora señalados son los responsables de la transformación que ha sufrido la sociedad española en los últimos treinta años, tanto en lo que se refiere a la composición de los hogares, como también a las estructuras que reflejan el concepto de familia de los españoles. Así, hoy no se puede hablar de "familia" sino de "familias", en el sentido de que ya no se entiende esta forma de organización como única y estable, sino que se le atribuye un carácter flexible con el fin de poder responder a los cambios a los que se ha enfrentado la sociedad en los últimos años. Por tanto, algunas definiciones pueden no responder a la complejidad que hoy en día debe englobarse en dicho concepto. Sirva de ejemplo la definición que apuntan Iglesias de Ussel y Ayuso (2008): *"La familia puede definirse como un grupo social constituido por personas vinculadas por la sangre, el matrimonio o la adopción, caracterizado por una residencia común, cooperación económica, reproducción y cuidado de la descendencia"* (p. 426).

En palabras de Musitu y Cava (2001), intentar tener un concepto claro de la familia se hace más complicado a medida que va pasando el tiempo y se van creando distintas estructuras y formas alternativas de familia. Por ello, los autores anteriormente citados (Iglesias de Ussel y Ayuso, 2008) también reconocen afirmaciones como la siguiente: "*la familia constituye una institución social viva, que se encuentra en un continuo proceso de cambio y transformación, tanto desde el punto de vista interno como externo"* (p. 428).

Por tanto, los modelos familiares actuales se diferencian bastante de los existentes en décadas anteriores. Así, ya no es necesario que una pareja se case para que formen una "familia"; en los hogares no siempre hay dos adultos que se encarguen del cuidado de los hijos, y cuando los hay, éstos no tienen por qué ser heterosexuales; las separaciones y divorcios se multiplican y las personas pueden volver a formar nuevas organizaciones familiares; ya es difícil encontrar familias numerosas; etc. Sin embargo, y a pesar de todo ello, el modelo tradicional de familia nuclear (v.g., un hombre y una mujer con hijos) sigue siendo el más representativo para gran parte de la sociedad española (Hernández, Triana y Rodríguez, 2005; Simón, 2000). Esto mismo ha ocurrido en otros países. Por ejemplo, en un estudio realizado en Suecia por Trost (1990) con 1.500 sujetos, el 98% de ellos reconocía a la familia nuclear como el modelo más típico, a pesar del alto porcentaje de familias no convencionales existente en dicho país en esos años. Ulich (1993, cit. en Simón, 2000) observó el mismo resultado en diversos países latinoamericanos.

Así, tal y como expone Gimeno (1999), la familia ideal está compuesta por "realidad" y por "utopía", entendiendo que generalmente hay un intento de aproximar la familia que tenemos al ideal de familia social, es decir, a lo que nos gustaría tener o lo que consideramos que tiene mayor aprobación social. Ello puede suponer que cuanto más se distancie un modelo familiar del que se considera prototípico, mayor valoración negativa puede obtener (Triana y Piñero, 2010).

Se entiende que cuanto mayor presencia en nuestra sociedad tengan las estructuras familiares no convencionales (v.g., las monoparentales, las reconstituidas, las homoparentales, etc.), mayor aceptación tendrán. Por ello es más correcto y necesario que se elimine el término de "familias desviadas" cuando se alude a ellas, y se utilice otros como el de "diversidad familiar" (González, 2009; López, 2007; Simón,

Triana y González, 1998). Esta nueva terminología garantiza que se las considere desde un punto de vista más normalizado y menos patológico.

El gran problema al respecto en la sociedad española es que las transformaciones que han acontecido se han hecho de una manera intensa y rápida, donde la imposición de la ley ha precedido sin duda alguna a la concienciación de la sociedad, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros países, que han necesitado casi un siglo para aceptar y adaptarse a los cambios (Del Campo y Tezanos, 2008). Este hecho hace que el cambio del concepto de "familia" se haga más difícil, y que la aceptación hacia otras formas familiares se lleve a cabo de una manera más lenta. Aún así, se hace imprescindible la flexibilidad mental de la sociedad en general hacia estas nuevas configuraciones familiares para llegar a aceptar la diversidad y la heterogeneidad de nuestro entorno.

Por todo ello, uno de los objetivos de nuestro estudio se basa en explorar las creencias que tienen las nuevas generaciones respecto a los efectos positivos y negativos del divorcio y la separación, con el fin de conocer hasta qué punto su representación mental se hace eco de la verdadera idiosincrasia de esta realidad, o por el contrario, se guían de estereotipos sesgados a favor del modelo de familia tradicional. Ello nos dará pistas respecto a la imagen que la sociedad sigue teniendo en relación con los modelos de familias no convencionales, especialmente en relación con la monoparentalidad producto de una ruptura familiar.

Capítulo 2. Efectos de la ruptura de la pareja en los progenitores

2. Efectos de la ruptura de la pareja en los progenitores

2.1. Introducción

Teniendo en cuenta la evolución de las tasas de separación y divorcio que se han producido en España en las últimas décadas, resulta hoy en día extraño que alguien no conozca o no tenga alguna experiencia cercana (si es que no lo ha experimentado en primera persona) de familiares, amigos o conocidos que se hayan separado o divorciado de sus parejas. Tales circunstancias han llevado a pensar a algunas personas que la familia, como institución, se encuentra en peligro de extinción. No obstante, y como se señaló en el capítulo anterior, a pesar de los cambios que acontecen actualmente en los hogares españoles, la familia sigue siendo una institución altamente valorada en nuestra sociedad (Del Campo, 2008). De cualquier modo, el incremento en el número de rupturas familiares ha llevado a muchos autores a ahondar en el estudio de las causas que promueven dicha realidad, así como en el análisis de los efectos que genera sobre la dinámica familiar y en la adaptación de quienes viven dicha experiencia de forma tanto directa como indirecta.

En general, la pareja que toma la decisión de separarse ve afectada su relación ya mucho antes de la ruptura. Los proyectos que un día elaboraron en común y los elementos por los que llegaron inicialmente a admirarse y a amarse, pueden cambiar con el tiempo, y no tener suficiente entidad para mantener y dar continuidad a la relación. Así, las causas por las que las parejas ponen fin a su relación pueden ser múltiples. Se nombran como posibles justificaciones la finalización del amor, la falta de comunicación y los conflictos en la pareja, la infidelidad, etc. (Emery, 1999; Hetherington y Kelly, 2005). Al igual que existe variedad de causas que pueden ser argumentadas, también son múltiples los posibles efectos positivos y negativos que pueden derivarse de una ruptura, tanto en lo que se refiere a los miembros de la pareja que se separa, como respecto a su descendencia, si la hubiera.

En lo que se refiere a los adultos que se separan, algunos cambios y/o efectos son comunes para ambos, independientemente de su sexo o del tipo de rol que les haya tocado asumir respecto a la custodio de los hijos. Otros cambios generan cierta especificidad según de quién se trate. De cualquier modo, resulta difícil establecer categorías discretas a la hora de organizar las posibles consecuencias de una ruptura

sobre los miembros de la pareja, ya que los efectos no suelen darse de manera aislada. Por el contrario, los cambios suelen venir relacionados entre sí, afectando a su vez a los distintos subsistemas que componen la estructura familiar.

Así por ejemplo, cuando existen hijos producto de la relación que se rompe, se ha de determinar qué tipo de custodia se va a asumir. Si alguna parte no estuviera de acuerdo con la opción establecida, encontraremos importantes efectos de tipo emocional, lo que a su vez dificultará la relación posterior entre los miembros de la expareja. Ello incluso podrá tener repercusiones en la relación con los hijos. En este sentido, el divorcio no implica tan sólo la ruptura conyugal. Conlleva un importante cambio en el estilo de vida de quienes pasan por tal circunstancia, de modo que dicha experiencia se vivirá de forma particular según sean las causas y la manera en la que se haya llevado a cabo la ruptura, las características de cada individuo, el grado de aceptación con que enfrentan los distintos miembros de la familia dicha ruptura, las circunstancias económicas que se viven a posteriori, las posibilidades de apoyo con que se cuente, etc.

La realidad que vive una pareja que se ha separado de mutuo acuerdo no tendrá los efectos devastadores que una pareja que se separa por medio de un proceso contencioso. Las disputas por la custodia de los hijos -si los hubiera-, por el régimen de comunicación, por la pensión alimenticia, por el reparto de bienes, etc., provocan una mayor crispación y por tanto, un menor entendimiento entre los adultos que se separan. Esta realidad prolonga en el tiempo el duelo derivado de la ruptura, y genera numerosas batallas jurídicas que deben resolverse en los juzgados. En el 2007, de los 130.897 divorcios llevados a cabo, 80.633 fueron por mutuo acuerdo y 50.264 sin dicho acuerdo (INE, 2007). Ello supone que cada vez más se opta por la vía del acuerdo. No obstante, no se puede obviar la cifra significativa de familias que viven la ruptura de manera traumática y los efectos que ello puede conllevar.

La nueva Ley del Divorcio de 2005, que surge de la necesidad de reformar la antigua Ley de 1981, pretendía, entre otros aspectos, facilitar la tramitación burocrática y evitar la inculpación del otro, pero aún más importante, quería hacer partícipes a ambos padres del cuidado de los hijos, dando la posibilidad de la existencia de la coparentalidad (Cea, 2007). Según Cantón, Cortés y Justicia (2007), antes de que se implantara la custodia conjunta en España, lo más común es que a la mujer se le diera la custodia exclusiva de los hijos. Hoy en día todavía se le sigue atribuyendo

mayoritariamente la custodia a la madre, aunque el número de padres con la custodia ha aumentado considerablemente. En este sentido, los datos del INE (2009) muestran que del total de divorcios del año 2008, la madre sigue siendo el progenitor custodio por excelencia (50.800) frente al padre (2.444). La custodia compartida también sigue siendo minoritaria (5.716) frente a la custodia materna.

Según Poussin y Martin (2005), la custodia compartida requiere de un esfuerzo mutuo de ambos padres. Conlleva además colaboración y compromiso para resolver las cuestiones referidas a los hijos, en beneficio especialmente de éstos. Sin embargo, esta opción no siempre resulta una tarea fácil. Los conflictos y los sentimientos negativos entre ambos progenitores pueden conllevar que en muchas ocasiones la toma de decisiones se torne difícil y tortuosa. Por ello se hace necesario del apoyo de especialistas que ayuden y asesoren durante el proceso de ruptura. De esta manera, la mediación familiar se convierte en una alternativa al litigio judicial, invitando al consenso y a la negociación, en beneficio tanto de los hijos como de la pareja que se separa (Fernández y Godoy, 2002). No obstante, todavía hoy muchas familias se enfrentan a rupturas difíciles sin decidir optar por este tipo de apoyo, renunciando al beneficio que podría proporcionarles.

A la luz de estos datos, no podemos obviar que los cambios tras la ruptura imprimen realidades bastante diferentes a cada progenitor según el tipo de rol que le corresponda asumir, y según se asuma éste de forma voluntaria o involuntaria. Además, según las circunstancias particulares de cada ruptura, ésta se puede convertir en una espiral de problemas, o por el contrario, puede suponer el final de un sinfín de dificultades, desencuentros y situaciones estresantes, lo que supone una liberación y un "volver a empezar". Sea como fuere, y tal como apuntan Wallerstein y Blakeslee (2003), el divorcio es el fin de una relación, pero también va a significar el comienzo de una nueva etapa para quienes lo viven.

En definitiva, el divorcio se convierte en un importante proceso de cambios para los miembros de la familia. En los siguientes apartados de este capítulo se comentarán los principales efectos positivos y negativos que suelen experimentar los miembros de la pareja que rompe. Aunque ya se señaló anteriormente que de forma natural muchos de los cambios suelen venir asociados entre sí, intentaremos organizar la información en categorías discretas que destaquen los ámbitos más significativos de cambio. Se presentan primero aquellos cambios o efectos inherentes a la propia situación de

separación, que suelen ser bastante comunes para ambos miembros de la pareja, y se tratan en un apartado posterior otros efectos o cambios que, en la mayoría de los casos, suponen realidades diferentes según el rol custodio asumido por cada progenitor.

2.2. Efectos comunes en los progenitores tras la ruptura

En este apartado se revisarán los efectos que suelen experimentar los adultos tras romper su relación, independientemente del rol asumido en relación con la custodia de sus hijos. Dichos efectos tienen que ver con tres importantes ámbitos como son los cambios emocionales, los cambios en el soporte económico familiar y los cambios en la relación con la expareja. A continuación se pasan a comentar cada uno de ellos.

Cambios emocionales

Muchas personas se niegan a creer que el matrimonio se ha roto definitivamente y llegan a mostrar actitudes incomprensibles para mantener una relación que ha finalizado. Por ello utilizan el chantaje, muestran actitudes de victimismo, ponen obstáculos en lo referente a cualquier decisión legal, etc. (Fernández y Godoy, 2002). Algunos estudios han mostrado que los hombres son menos propensos a iniciar la ruptura que las mujeres. Incluso, parece ser más habitual que sean ellos quienes expresen posteriormente su deseo de reanudar una relación con su ex esposa, frente a las mujeres (Zeiss et al., 1980, cit. en Guttmann, 1993).

De cualquier modo, una vez que la ruptura se convierte en un hecho, muchos factores van a actuar como mediadores en el tipo de emociones que experimentan los miembros de una pareja que se separa, y en la intensidad con que dichas emociones se manifiestan. Entre ellos cabe citar las posibles causas que motivan la ruptura; el tiempo previo de convivencia que llevaba la pareja; si se es o no la persona que solicita la ruptura por vía judicial; si se desea o no la ruptura; según sean los cambios que se deban afrontar y la valoración coste-beneficio que la persona haga al respecto; en el caso de tener hijos, según sea el tipo de rol custodio que cada cual deba asumir y la satisfacción personal al respecto; etc. También algunos autores afirman que las experiencias

emocionales tienden a variar dependiendo del sexo del progenitor (Arendell, 1995; Kitson y Holmes, 1992). No obstante, es difícil establecer el peso de cada uno de los factores anteriormente señalados, especialmente por la interdependencia con la que afectan.

Los numerosos cambios económicos, de domicilio, de responsabilidades, de rutinas, en las relaciones sociales, etc. a los que se enfrentan los miembros de la pareja tras la ruptura, van a generar importantes efectos sobre sus emociones, pudiendo provocar algún tipo de problema psicológico relevante, o incluso, algún trastorno de la personalidad (Ellis, 2000, Johnston y Campbell, 1993; Wallerstein y Lewis, 2005). Así, algunos separados se quejan de que no pueden comer, ni dormir, ni concentrarse en las tareas cotidianas o en el propio trabajo (Guttmann, 1993). Los síntomas de bloqueo, las crisis nerviosas y la preocupación constante suelen ser también efectos bastante comunes, especialmente en el caso de las madres separadas o divorciadas (Dennis, Parker, Coltrane, Blacher y Borthwick-Duffy, 2003; Kurtz, 1995; Lorenz, Simons y Chao, 1996). Todo ello va a tener importantes repercusiones sobre la salud de los separados, tanto a nivel físico como mental. Los conflictos también pueden llevarles a situaciones de abuso drogas y/o alcohol, sobre todo en los dos primeros años después de la separación. No obstante, esta última circunstancia suele venir asociada a problemas de adicción que se daban ya previamente a la ruptura (Hetherington y Kelly, 2005).

A nivel emocional, la mayoría de hombres y mujeres separados/divorciados informan que el sentimiento más fuerte y evidente es el de tristeza y depresión. La depresión, en las figuras que ejercen la custodia (normalmente las madres), es una emoción muy común debido a la sobrecarga de tareas que deben afrontar y a la reducción del contacto social tras la separación, por la falta de tiempo y/o por las dificultades económicas (Hilton, Desrochers y Devall, 2001; Hilton y Kopera-Frye, 2006). También los conflictos a posteriori con la ex pareja, y los sentimientos de rabia e ira, pueden derivar en un estado depresivo. Este es el caso de aquellas mujeres que no deseaban o esperaban la ruptura, de aquéllas que se sintieron relegadas afectivamente por terceras personas, o también de aquéllas que sufrieron humillaciones o fueron maltratadas durante el período de vida en común (Wallerstein y Kelly 1980).

Otras madres pueden llegar a temer que sus ex parejas las chantajeen o las acosen durante el proceso de negociación respecto a la custodia de los hijos, lo que les lleva a vivir en un estado de constante agonía y ansiedad (Kurtz, 1995). En los casos

más críticos, algunas mujeres viven situaciones extremas sintiéndose atemorizadas y sufriendo altos niveles de ansiedad por temer que sus ex parejas las puedan maltratar, o incluso llegar a asesinarlas tras la ruptura (Hardesty, 2002; Walker, Logan, Jordan y Campbell, 2004). Por desgracia, algunas de dichas mujeres llegan a sufrir acoso y abusos sexuales por parte de sus ex parejas (DeKeseredy, 2006), o también encuentran la muerte engrosando los casos de violencia de género cada día.

En relación con los progenitores no custodios (normalmente los padres), la depresión suele derivarse de los numerosos cambios a los que se enfrentan tras la ruptura (v.g., en sus rutinas diarias, cambio de domicilio, añoranza de sus hijos, frustración por tener que mantener con ellos un contacto intermitente, menor poder adquisitivo, etc.). En ocasiones, el detrimento económico les puede llevar incluso a regresar de nuevo al hogar de sus padres. Por todas estas razones, no es extraño que en algunos estudios se haya encontrado que la experiencia del divorcio representa una crisis psicológica más fuerte para los hombres que para las mujeres por tener que enfrentar un mayor número de cambios de forma implosiva (Poussin y Martin, 2005).

No obstante, señalar que cuando el sujeto no custodio es la madre, ésta suele sentir también intensos sentimientos de soledad, culpabilidad, depresión y más específicamente, de rechazo social, tanto si ha tomado voluntariamente la decisión de ceder la custodia, como si se ha visto obligada a ello (Paskowicz, 1984, cit. en Guttmann, 1993). En España, es difícil tener información sobre el tema, especialmente teniendo en cuenta el escaso número de madres no custodias existentes y la escasez de estudios que aborden el análisis de su situación familiar (Granado et al., 2009).

Junto con la tristeza y la depresión, también es bastante común encontrar en los separados un claro sentimiento de soledad tras la ruptura. Aunque lo puede experimentar tanto el sujeto custodio como el no custodio, esa sensación de vacío lo experimenta más esta última figura. Por tanto, es algo más común encontrar dicha emoción en los padres que en las madres. Así, el alejamiento de la pareja y de los hijos es muy duro para los padres no custodios, quienes sienten que se ha resquebrajado parte de su identidad (Stewart, Copeland, Lane, Malley y Barenbaum, 1997). La sensación de pérdida suele ser mayor en relación con los hijos (Hilton y Kopera-Frye, 2006). En casos extremos, este estado de desorientación puede incluso provocarles miedo a permanecer solos tras el divorcio (Clavel, 2003).

En ocasiones, otros sentimientos confluyen a la vez que los de soledad y tristeza. Algunos hombres y mujeres separados se sorprenden al reconocer que siguen sintiendo añoranza y afecto por su expareja, independientemente de que ésta les haya dejado. Ello indica que no han aceptado la finalización de la relación (Sbarra y Emery, 2005). Sienten la necesidad de pensar en su expareja, piden información sobre lo que hace, ponen excusas para llamarla o fuerzan algún contacto con ella (Hetherington y Kelly, 2005). Esta realidad suele ocurrir en un pequeño porcentaje. Ello les produce sentimientos encontrados, ya que fluctúan entre la nostalgia y el enfado, esto es, entre el amor y el odio. Incluso, algunos llegan a tener encuentros posteriores a la ruptura que les llevan a mantener relaciones sexuales esporádicas en los primeros momentos tras la ruptura (Clapp, 2000). Esto no hace más que prolongar el duelo de la separación. Lo más saludable es que, si la separación va a ser definitiva, los miembros de la pareja renuncien el uno al otro, generando la separación emocional entre ellos. El principal problema ocurre cuando el proceso de separación emocional no se vive a la misma velocidad o no es compartido en el tiempo, porque el que no esté preparado psicológicamente sufrirá más, y/o dificultará en mayor grado la toma de decisiones y las posibilidades de adaptación posteriores. En este sentido, qué duda cabe que el hecho de que la pareja que se separa tenga descendencia, dificultará en mayor grado la posibilidad de romper con el pasado para construir por separado un nuevo futuro (Fischer, DeGraaf y Kalmijn, 2005).

También se pueden observar otras emociones más positivas. En este sentido, muchas madres, tras la incertidumbre de la ruptura, se sienten felices y orgullosas al conseguir la custodia de sus hijos y poder así mantener un intenso contacto con ellos. Por desgracia, en ocasiones dicha expresión de felicidad refleja también la alegría por haber ganado la batalla a su ex pareja, después de haber pasado un periodo de duros litigios (Maccoby y Mnookin, 1993, cit. en Hetherington y Kelly, 2005; Poussin y Martin, 2005). El problema es que en estas circunstancias quienes más pierden son los hijos, que se ven envueltos en un conflicto de lealtades promovido por sus progenitores.

Algunos separados también informan haber experimentado una sensación de libertad inmediatamente después del divorcio. No obstante, una vez transcurrido un poco de tiempo, sus sentimientos cambiaron hacia la depresión, ansiedad o apatía (Guttmann, 1993). Esta experiencia es más común en aquellos padres que han vivido de manera intensa su rol parental antes de la separación, a quienes les frustra intensamente

el tener que enfrentar un contacto intermitente con sus hijos tras la ruptura. Como se comentó anteriormente, lo que más añoran suele ser el contacto con sus hijos, y no tanto la relación con su ex-pareja (Hilton y Kopera-Frye, 2006).

Respecto a la adaptación personal y a la estabilización de las emociones, algunos autores señalan que ésta suele darse al final del primer año de haberse producido la ruptura (Clapp, 2000). Para otros autores, tras el sentimiento de libertad y felicidad, pueden surgir dudas de si fue o no acertada la decisión de separarse, con la consiguiente preocupación por el futuro, siendo alrededor del segundo año cuando se empieza a sentir cierto bienestar emocional (Hetherington y Kelly, 2005). De cualquier modo, las características del periodo post-separación influirán en gran medida en la rapidez con la que se consigue la adaptación posterior y la regulación emocional.

Pero la separación no tiene por qué ser vista como una experiencia especialmente negativa para los progenitores. Por ejemplo, Cohen, Klein y O´Leary (2007) observaron que entre los sujetos que estaban depresivos por importantes conflictos de pareja, se recuperaron antes y/o se redujeron más dichos síntomas en aquéllos que se separaron o divorciaron frente a los que mantuvieron la convivencia. Así, las personas con conflictos matrimoniales pueden vivir el divorcio como una situación más de alivio que de dificultad.

En la misma línea, Hetherington y Kelly (2005) y Morgado, Jiménez y González (2007) encontraron que las madres también pueden experimentar otros cambios positivos como sentir mayor satisfacción consigo mismas por alcanzar mayor autonomía, sentirse más maduras y experimentar un mayor crecimiento personal al hacer cosas que nunca se hubieran imaginado que podían hacer ellas solas. También parece que el hecho de asumir la custodia de los hijos ayuda a superar los momentos de mayor depresión tanto para las madres como para los padres custodios, a pesar de los problemas asociados a la vivencia de la ruptura (Hilton y Kopera-Frye, 2006).

Otro factor que repercute positivamente en la adaptación a la ruptura es el grado de apoyo recibido. En este sentido, las madres custodias que reciben un mayor apoyo de sus familiares (v.g., vivir en el hogar de sus padres, obtener de ellos más ayuda instrumental y/o económica), presentan menos problemas emocionales que las que viven solas con sus hijos, mostrándose más felices y con mejor salud, ya que reparten sus responsabilidades con el resto de la familia extensa (Hetherington y Stanley-Hagan, 2002).

Cambios en el soporte económico familiar

Otro efecto importante a destacar como consecuencia de la separación o el divorcio es la reducción de la economía familiar, aunque el grado del efecto depende del poder adquisitivo del núcleo familiar que rompe, o de la disponibilidad económica con la que cuentan los miembros que se separan.

Muchos autores han tratado el aspecto de las diferencias económicas entre los hogares biparentales y los monoparentales (Ackerman, D´Eramo, Umylny, Schultz e Izard, 2001; Arendell, 1995; Morgado et al., 2007; Ozawa y Yoon, 2003). Centrándonos en la condición de monoparentalidad, cuando quien enfrenta el hogar es una madre separada o divorciada, el problema suele ser aún más significativo. Por un lado, sabemos que las mujeres no conviven en igualdad de condiciones con los hombres ni en lo económico ni en su presencia en el mercado laboral (Solé, 2008). Uno de los factores que más influye en esta diferencia es el hecho de la maternidad, ya que todavía hoy muchas mujeres dejan sus trabajos de forma voluntaria, y en algunas ocasiones de forma obligada, para dedicarse al cuidado de los hijos. Otras reducen su jornada laboral, lo que conlleva también la reducción de sus ingresos (Bandera, 2005).

Si a ello le añadimos la condición de la separación o el divorcio, nos encontramos, en la gran mayoría de las ocasiones, con una clara disminución en el nivel de vida de la mujer (Kurtz, 1995). Considerando que las mujeres suelen ocupar trabajos peor pagados, que muchas de ellas no reciben el apoyo económico que les correspondería de sus ex parejas, que en su mayoría suelen asumir la custodia de los hijos y/o que no siempre salen beneficiadas en el reparto de las propiedades, muchas mujeres siguen quedando en desventaja respecto al hombre tras la separación matrimonial (Sandfield, 2006).

Según Arendell (1995), el 40% de las mujeres divorciadas pierden más de la mitad de sus ingresos familiares, mientras que menos del 17% de los hombres viven esta pérdida. Otras investigaciones similares indican que las mujeres divorciadas tienen altas posibilidades de caer en la pobreza (Duncan y Hoffman, 1985, cit. en Guttmann, 1993; Meil, 1999; Solé, 2008). Así, en muchos casos, las madres custodias pierden la parte de las ganancias que aportaba el otro miembro; deben cubrir los gastos legales durante el proceso del divorcio; deben enfrentar con menos recursos los gastos por el

mantenimiento de los hijos y el suyo propio, asumiendo un nivel de vida inferior respecto al del hombre, etc. (Arendell, 1995; Everett, 1991; Sandfield, 2006).

Para muchas mujeres, las dificultades económicas por las que pasan durante el divorcio se convierten en una experiencia negativa que afecta a su bienestar psicológico, debiendo a veces enfrentar decisiones y cambios significativos en su vida y en la de sus hijos para paliar dicha situación (Arendell, 1995; Hilton y Devall, 1997; Kurz, 1995). Evidentemente, cuantos más cambios deban enfrentar, más efectos tendrán éstos sobre su estado emocional y sobre la adaptación que muestren ante su nueva circunstancia vital. No obstante, y tal como se comentó anteriormente, muchas mujeres cuentan con el apoyo de la familia y de los amigos, tanto a nivel económico como en relación con el cuidado de sus hijos, lo que en muchas ocasiones, sobre todo en la primera etapa de la ruptura, suele ser fundamental para evitar grandes desequilibrios (Hilton y Desrochers, 2000; Jiménez, González y Morgado, 2005; Stewart et al., 1997). Para algunas, la solución a los problemas económicos llega cuando se vuelven a casar. No obstante, las mujeres son menos propensas al matrimonio si las comparamos con los hombres, ya que pasan más tiempo solas y tienen menos disponibilidad temporal para desarrollar su vida afectiva y de ocio (Maclean, 1991, cit. en Sandfield, 2006). También parece haber actualmente cierta tendencia al disfrute de la nueva libertad alcanzada tras la ruptura, valorándose dicho aspecto más como un beneficio que como un coste en el caso de las mujeres, mientras que los hombres se inclinan más a repetir la experiencia del matrimonio (Prades, 2009).

Se podría decir que tener un trabajo mejor pagado o unas mejores condiciones laborales, podría ayudar a las madres custodias a enfrentar mejor la ruptura. Además, la obtención de mayores ingresos para no vivir situaciones de dificultad económica, aumentaría la autoestima de estas mujeres, haciéndolas sentir más competentes, lo que les lleva a enfrentar las nuevas circunstancias familiares de una manera menos estresante. Por esta razón, muchas optan por intentar mejorar sus vidas tratando de formarse mejor con el objetivo de obtener mayores oportunidades laborales y mayor seguridad económica (Hetherington y Kelly, 2005). De cualquier modo, el ejercicio laboral también puede ser un obstáculo para estas madres ya que pueden sentirse ahogadas entre las demandas del trabajo y las numerosas responsabilidades familiares, sobre todo para aquéllas que tienen peor situación económica después de la separación (Stewart et al., 1997).

También para los hombres la ruptura supone un cambio en su poder adquisitivo. Si bien, como se comentó anteriormente, todo depende de la disponibilidad económica de cada caso. Algunas investigaciones indican que los progenitores no custodios experimentan un incremento en sus ingresos, porque gastan menos en sus hijos (Furstenberg y Cherlin, 1991). Otros autores observaban esta situación siempre que el sujeto custodio aportara no más del 20% de los ingresos (McManus y DiPrete, 2001, cit. en Cantón et al., 2007). No obstante, en la mayoría de los estudios los resultados señalan una pauta diferente, mostrando que muchos hombres no tienen recursos económicos suficientes para afrontar con holgura parte de los gastos del hogar custodio, y el suyo propio, especialmente cuando tienen hijos de otras relaciones (Kurtz, 1995). En este sentido, parece lógico el resultado encontrado por Sorensen y Zibman (2001) quienes observaron que cuanto menor es el nivel educativo del padre y menores sus ingresos, mayores probabilidades existen de que incumplan con el pago de las pensiones. Por el contrario, Meyer (1999) observó que los padres con altos ingresos económicos estaban más a favor de cumplir con el pago acordado tras la separación.

De cualquier modo, está claro que el grado de acuerdo con los gastos depende de cómo vivan los progenitores no custodios otras decisiones tras la ruptura. Así, los hombres que veían poco a sus hijos, se quejaban de por qué debían pagar tanto por una familia que ya no tenían, ya que eran ellos los que tenían que dejar el hogar familiar (Kitson y Holmes, 1992). También se escuchan comentarios referidos a no poder participar de las decisiones importantes sobre sus hijos, y sin embargo, tener la obligación de mantenerlos (Demo, 2000); o por qué tener que mantener dos casas con un solo sueldo, ya que ello les impide vivir con cierta comodidad o incluso les limita la posibilidad de volverse a casar (Clavel, 2003; Guttmann, 1993).

Evidentemente, estos reclamos no tienen fácil solución, ya que se enfrentan a la vez intereses no siempre compatibles al tratar de velar por una mejora de la economía de los hogares familiares y la búsqueda del bienestar de todos y cada uno de los miembros del núcleo familiar roto, ello sin obviar la protección de los menores de estos hogares.

La relación con la ex pareja

La ruptura no siempre garantiza la desaparición de los conflictos entre los adultos que se separan. Hay parejas que siguen manteniendo una relación difícil años después del momento en que se produjo la separación, prolongando en el tiempo el sufrimiento que ésta conlleva. Otros, por el contrario, consiguen resolver las dificultades con la separación.

Así, Emery (1994) observó dos posibilidades de relación entre los miembros de la pareja que se separa. Por un lado, unos desarrollaban una postura cooperativa, intentando negociar, resolver los problemas y evitar los conflictos. Por el contrario, otros presentaban posturas enfrentadas e incompatibles, donde una de las partes quiere sostener una relación más estrecha, mientras que la otra trata de evitar la comunicación y el intercambio. No obstante, existe una tercera posibilidad, que es la de las parejas que deciden mutuamente no mantener ningún tipo de relación, aunque esta postura es menos probable cuando existen hijos comunes de la relación que se rompe.

Evidentemente, cuando hay hijos de por medio, la falta de acuerdo respecto a cómo debe enfrentar la pareja la relación tras la ruptura, va a ser una importante fuente de conflicto. Otros factores también van a influir, como la intromisión en la toma de decisiones de las personas cercanas a la pareja separada, o sus comentarios partidistas y las críticas destructivas sobre alguno de ellos. Más importante aún es el grado de acuerdo que muestren los miembros de la expareja respecto a la toma de decisiones en temas tan relevantes como es el reparto económico y de bienes, cómo se estructura la custodia de los hijos o el régimen de comunicación con ellos, entre los aspectos más relevantes (Fischer et al., 2005).

En general, y como ya se ha comentado, los padres varones no suelen obtener la custodia de sus hijos después de la ruptura. Normalmente deben dejar el domicilio y mudarse a otro lugar (Asher y Bloom, 1983, cit. en Guttmann, 1993). Muchos se quejan también de que sus ex esposas no comparten información relevante sobre sus hijos, lo que puede disminuir su presencia en la vida de ellos, y la importancia que éstos dan a su rol parental (Dominic y Schlesinger, 1980, cit. en Guttmann, 1993). Otros autores destacan que un gran número de padres temen que sus hijos interpreten la separación física como una falta de preocupación o desinterés hacia ellos, lo que se puede agravar aún más si sus ex parejas intentan poner a sus hijos en su contra (Everett, 1991;

Guttmann, 1993; Rojas, 2008). En algunas ocasiones, estos temores son tan sólo miedos injustificados o irracionales. En otras, la realidad deja entrever que algunas madres impiden, a través de diversas argucias, que los padres vean a sus hijos y se impliquen en su desarrollo con total normalidad (Arendell, 1995; Dowling y Gorell, 2008). No obstante, también ocurre que algunos padres varones pueden llegar a utilizar el momento de las visitas para controlar a sus ex parejas y enterarse de la vida de éstas, dejando en un plano secundario el reencuentro con sus hijos (Poussin y Martin, 2005).

Así, son muchos los padres que se sienten impotentes y muestran mucha rabia ante el hecho de que el propio sistema los convierte, según palabras de Bandera (2005), principalmente en "*padres económicos*". Lo que es evidente es que cuando la relación entre ambos padres es poco conflictiva, es más probable que el padre siga manteniendo contacto frecuente con los hijos y que se implique en la vida de éstos (Hetherington y Stanley-Hagan, 1999). Ello redunda en una buena adaptación de sus hijos y de ellos mismos. Por desgracia, algunos padres y madres no llegan a diferenciar el rol de expareja y el parental. Cuando esto ocurre y la comunicación es intermitente o escasa, puede llegar a resultar imposible tomar acuerdos y cooperar en beneficio de los hijos. Según Maccoby y Mnookin (1993, cit. en Hetherington y Kelly, 2005), tan sólo un tercio de las parejas cumplían los acuerdos sobre pensiones, custodia de los niños y régimen de visitas acordados ante el juez.

En España, con la crisis económica actual, se observa que cada vez son más los hombres separados que solicitan en los juzgados una reducción de la pensión estipulada para cubrir los gastos de sus hijos, teniendo en cuenta que muchos se encuentran en paro o han tenido que cambiar de trabajo y cobran un menor sueldo (Mucha, Hernández y González, 2009). Además, aunque los autores anteriormente citados afirman que muchos padres no cumplen con las visitas acordadas, según Niñerola (2009, cit. en Salamanca, 2009), en España son ya muchos los padres que quieren un reparto igualitario en el tiempo que se les concede para estar con sus hijos, más allá de los fines de semana alternos y días festivos.

Todo ello muestra cierto grado de insatisfacción con las medidas tomadas tras la ruptura, que condicionan la vida y el bienestar de los implicados. Por desgracia, en muchas ocasiones, los conflictos entre los padres hacen que se olviden de velar por el bienestar de sus hijos, actuando de manera egoísta y en beneficio exclusivo de los

intereses del adulto. Cuando ello ocurre, se observan importantes repercusiones negativas en la adaptación de los distintos miembros de la familia que se rompe.

2.3. Efectos diferenciales en los progenitores tras la ruptura según el rol custodio asumido o asignado

En esta ocasión el análisis se centrará también en tres importantes áreas de cambio en las que la experiencia vivida por el progenitor custodio y el no custodio suele ser diferente. Concretamente, se analizará en este apartado el grado de estrés y de responsabilidad percibida, la vida social y afectiva, y la relación parento-filial vivida por cada progenitor tras la ruptura, atendiendo a su experiencia como custodio o no custodio.

Grado de estrés y de responsabilidad percibida

Algunos autores señalan que el asumir el rol custodio de los hijos aporta a quien lo ejerce una razón para vivir y seguir hacia adelante, a pesar de lo dura que puede llegar a ser la situación y la crisis que esté pasando (Kitson y Holmes, 1992; Weiss, 1975). No obstante, muchas personas divorciadas, especialmente mujeres, cambian su estilo de vida y se enfrentan a un mayor número de responsabilidades como consecuencia de asumir la custodia no compartida de sus hijos, convirtiéndose en cabezas de familia en sus respectivos hogares (Guttmann, 1995). En España, tal como se señaló anteriormente, esta realidad la vive un 87,6 % de las mujeres separadas y tan sólo el 13,4% de los varones (Jurado, 2008). Tras la ruptura, el progenitor custodio, ya sea la madre o el padre, deberá tomar las decisiones del día a día, desde cubrir las necesidades básicas de alimentación, cuidado y protección de sus hijos, hasta estar al tanto de su rendimiento escolar, de sus actividades extraescolares y de ocio, y otras decisiones relevantes de orientación educativa, lo que conlleva altas dosis de estrés para quien ejerce dicho rol. Esta saturación de tareas hace que muchas veces protesten por tener que asumir excesivas responsabilidades para una sola persona. Además, hay que

considerar que no todo el mundo está preparado para enfrentarse a dicha situación, ni psicológica, ni física ni económicamente.

La excesiva sobrecarga de tareas, junto con determinadas circunstancias propias de una ruptura, pueden repercutir negativamente en la adecuada ejecución de los roles parentales. Así, Hetherington, Bridges e Insabella (1998) encontraron que durante el año siguiente al divorcio, las madres custodias suelen cuidar menos a sus hijos, son menos sensibles a sus necesidades, los apoyan menos en las tareas escolares y presentan más dificultades para mantener la disciplina. Ello repercute en que sus hijos se muestren más agresivos y desobedientes, lo que las hace sentir más deprimidas y enfadadas por la situación, deteriorando aún más su labor educativa. Otros autores obtienen resultados que van en la misma línea, encontrando que el estrés de la madre se relaciona con un menor apoyo al hijo, lo que se asocia a su vez con problemas en su conducta (Pett, Wampold, Turner y Vaughan-Cole, 1999; Pruett, Williams, Insabella y Little, 2003; Vandervalk, Spruijt, DeGoede, Meeus y Maas, 2004). Además, según Amato (2003), las madres separadas, comparadas con las madres de familias intactas, pasan menos tiempo con sus hijos y tienen más conflictos con ellos. Estos hechos hacen necesario mejorar las pautas educativas, intentando que sean consistentes, y que dichas madres utilicen estrategias educativas más apropiadas y menos coercitivas para conseguir un efecto beneficioso sobre los hijos, especialmente si éstos se encuentran en una etapa tan comprometida como es la adolescencia (Zhou, Bray, Kehle y Xin, 2001).

Para paliar en cierto modo la sobrecarga de estrés, muchos progenitores custodios tienen la suerte de contar con la ayuda de la familia más cercana o de amigos quienes les pueden brindar apoyo tanto emocional, instrumental como financiero. Por ejemplo, en el estudio de Tietjen (1985, cit. en Guttmann, 1993), los padres de madres separadas se prestaban con frecuencia a cuidar de sus nietos, razón por la que dichas madres se mostraban muy agradecidas. No obstante, también podría ocurrir lo contrario, y es que el progenitor custodio llegue a sentirse incómodo si la ayuda supone que dichas figuras de apoyo se inmiscuyen excesivamente en la rutina diaria de la familia o en la educación de los hijos.

Cuando el progenitor custodio es el padre, también se siente abrumado por las exigencias de la vida familiar, y puede compartir muchas de las experiencias anteriormente comentadas (Hetherington y Kelly, 2005). No obstante, normalmente los padres no suelen ser el sujeto custodio, por tanto, las responsabilidades más inmediatas

son las de su propia supervivencia. Según Kitson y Holmes (1992), los varones recién divorciados suelen llevar una vida más caótica (v.g., rara vez hacen la comida, duermen lo suficiente o se van a la cama a la misma hora). También suelen mostrar dificultades con las tareas domésticas como hacer la compra, la colada, limpiar o hacer la comida. Ello les lleva a pensar que el nuevo hogar es un caos, hasta que van acostumbrándose a las nuevas circunstancias. En este sentido, Walzer (2008) señala que la experiencia del divorcio lleva a los progenitores varones a cambiar su percepción de rol de género, ya que deben acometer nuevas funciones que en ocasiones eran desempeñadas de forma prioritaria por la expareja. Así, para aquellos padres que delegaban en la madre la atención y cuidado de los hijos durante su convivencia en común, supondrá un nuevo cambio el tener que ejercer ahora dichas funciones durante el periodo de comunicación con sus hijos.

Por tanto, muchos padres varones desempeñan nuevos roles en la relación con sus hijos, o intensifican su desempeño en pequeños periodos. No obstante, hay que destacar que en muchas ocasiones suelen tener más recursos para salir airosos de la situación, como por ejemplo, suelen tener más dinero para pagar a alguna asistenta doméstica (Krantzler, 1975, cit. en Guttmann, 1993), o también, suelen contar con un importante apoyo por parte de su familia extensa.

Vida social y afectiva tras la ruptura

La nueva etapa que comienza tras la ruptura puede llevar a los miembros de la pareja hacia un redescubrimiento personal. Si bien se enfrentarán a algunas consecuencias negativas, la separación también puede ser la oportunidad para vivir experiencias positivas, como llegar a conocer a otro tipo de gente, ampliar su conocimiento en algún campo o realizar actividades novedosas para ellos (Hetherington y Kelly, 2005). Qué duda cabe que diversos factores influirán en el grado en que se pueda optar a dichas experiencias positivas, que tienen que ver con la vida social y afectiva de los separados. Por ejemplo, según Kalmijn y Broese van Groenou (2005), las diferencias en la integración social dependen de los recursos que tengan las personas (v.g., disponibilidad temporal para el ocio, disponibilidad económica, número de apoyos en las tareas de responsabilidad con los hijos, etc.).

En cualquier caso, hay muchas razones para esperar que la vuelta a la vida de soltero/a no sea tan fácil como parece (McKenry y Price, 1991). Por ejemplo, los amigos en común, con el tiempo, tienden a dividirse, ya que perciben un conflicto de lealtades que dificulta que se pueda mantener el mismo grado de contacto con ambos miembros de la pareja rota (Broese van Groenou, 1991 cit. en Kalmijn y Broese van Groenou, 2005). Por otra parte, a veces es profundamente doloroso para los separados mantener las mismas actividades y rutinas sociales que se compartían antes con la pareja, ya que ello refuerza el sentimiento de soledad y tristeza, especialmente en el periodo próximo a la ruptura (Morgan, Carder, y Neal, 1997, cit. en Kalmijn y Broese Van Groenou, 2005). Por ello, la persona separada puede intentar buscar nuevas amistades en otros círculos sociales. De cualquier modo, lo que suele ocurrir es que tanto el progenitor custodio como el no custodio, tarde o temprano necesitará entrar en contacto con otras personas en busca de su realización social y/o afectiva (Albeck y Kaydar, 2002).

La realidad muestra que las mujeres divorciadas desarrollan una participación social menor que las casadas. Una de las razones es que tienen menos recursos después del divorcio y menos tiempo libre (Kalmijn y Broese Van Groenou, 2005). En ocasiones, y para poder cubrir sus numerosos gastos, especialmente si tienen hijos a su cargo, llegan a trabajar más horas de las realizadas anteriormente (Castells, 2009).

Sin embargo, el tener que salir de su casa para trabajar, incrementa sus oportunidades para conocer a gente nueva y hacer amigos, aunque dichas relaciones no siempre se fortalecen si no se dispone de un tiempo mínimo para el ocio.

La responsabilidad de cuidar a los hijos es otro factor importante que condiciona la adaptación social y personal. Por esta razón, el progenitor custodio, normalmente las madres, disponen de menos tiempo y energías para poder desarrollar su vida social, especialmente cuando tienen hijos pequeños y no cuentan con muchos recursos de apoyo (Cantón et al., 2007; Kalmijn y Broese van Groenou, 2005).

También los problemas de salud o de estado de ánimo pueden limitar las oportunidades para el contacto y la participación social. Una buena salud está relacionada con un extensa red social, mientras que tener problemas de salud incrementa el apoyo y el contacto con los familiares (Van Tilburg y Broese van Groenou, 2002). Así mismo, muchas personas, inmediatamente después de separarse, manifiestan no tener ganas de salir, bien porque no saben cómo desenvolverse desde su

nuevo rol de soltería, o porque no se sienten con fuerzas para iniciar nuevas relaciones sentimentales con nuevas parejas (Clapp, 2000). También puede ocurrir que algunas mujeres perciban cierto rechazo por parte de las parejas de sus amigos, especialmente cuando éstos muestran actitudes recurrentes de apoyo hacia ellas (Weiss, 1975).

La separación también tiene efectos significativos en la vida social y afectiva de los progenitores no custodios, normalmente los padres. Tras la ruptura, se hacen conscientes de que vuelven a estar solos, por lo que muchos suelen hundirse y pierden el sentido de sus vidas. Otros, por el contrario, reaccionan con una actitud más positiva intentando volver a encontrar su lugar en el mundo, y para ello se preocupan por desarrollar redes sociales fuera del ámbito familiar (Stewart et al., 1997). Ello no les libra muchas veces de los sentimientos de exclusión, desarraigo y finalmente de pérdida, ya que son numerosos los cambios a los que se enfrentan tras la ruptura, especialmente en lo que se refiere al contacto con sus hijos o al cambio de domicilio (Guttmann, 1993).

La ayuda de amigos y familiares y sus muestras de apoyo y cariño parecen amortiguar los efectos del impacto del divorcio. Así mismo, la mayor disponibilidad temporal para su vida social y de ocio facilitará que los no custodios reinicien antes que los custodios las relaciones sociales (Albeck y Kaydar, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Kalmijn y Broese Van Groenou, 2005). Ello les ayudará a superar la soledad y a reponerse de la depresión, lo que aumentará las posibilidades de conocer a nuevas amistades (Clapp, 2000). Las mayores oportunidades de intercambio social también tendrán repercusiones respecto al inicio de nuevas relaciones afectivas. En este sentido, la mayoría de los hombres desean mantener una relación sentimental estable, puesto que lo ven como algo imprescindible para su propia felicidad y autoestima. Quizás por ello muestren una mayor propensión a volverse a casar frente a las mujeres, tal como se señaló en el capítulo anterior (Prades, 2009).

Relación parento-filial tras la ruptura

Otro de los aspectos que puede llegar a cambiar tras la ruptura de la pareja es la relación parento-filial. De nuevo, numerosos factores pueden estar confluyendo en dicha realidad. Cuanto más cambios se tengan que enfrentar, y más negativamente se vivan

éstos, mayores dificultades se observarán en las relaciones entre los diferentes miembros de la familia que rompe. Así, por ejemplo, los problemas emocionales del progenitor custodio, como puede ser sufrir una depresión, afectan directamente a la relación que establece con sus hijos, por ser la persona que sostiene una relación más intensa con ellos. Este hecho se relaciona con problemas de conducta en los hijos, con independencia del nivel educativo o del nivel de ingresos (Clarke-Stewart, Vandell, McCartney, Owen y Booth, 2000; Whiteside y Becker, 2000).

Además, no es lo mismo enfrentar una ruptura con una custodia compartida, que con una custodia en exclusiva, ya que el que asuma el rol custodio gozará de ciertos privilegios respecto al grado de contacto que sostendrá con sus hijos, a diferencia de quien deba asumir el rol no custodio.

De este modo, cuando el progenitor custodio (normalmente las madres) se enfrenta con una actitud positiva respecto al desempeño de su rol parental, a pesar de las dificultades que conlleve la ruptura, es más probable que desarrolle buenas relaciones con sus hijos. También las características intrínsecas que subyacen a sus relaciones tendrán importantes consecuencias. Por ejemplo, Amato (2003) y DeGarmo, Forgatch y Martínez (1999), entre otros autores, encontraron que cuando las madres basan sus relaciones en el afecto, la comunicación, el apoyo o la supervisión constante, los hijos dan muestras de mejores niveles de adaptación tras la ruptura. También la edad de los hijos en el momento de la ruptura puede afectar. Así, Riggio (2004) encontró en su estudio que la separación de los padres estaba asociada a una mejora en la calidad de la relación entre los hijos mayores (de 18 a 32 años) y sus madres, frente al resto de los grupos de edad.

También Hetherington (1989) encontró que las madres custodias daban un rol más activo a los hijos, promoviendo su autonomía, lo que fomentaba que fueran más independientes y responsables. El estudio muestra dicha demanda de autonomía como un factor favorecedor de la relación parento-filial. Las madres se mostraban más satisfechas con la relación que tenían, sobre todo con sus hijas, en comparación con las madres que vivían en un hogar intacto.

Arditti (1999) destaca otro factor que media en la calidad de la relación materno-filial, y es el tiempo pasado desde que se produjo la ruptura, encontrando una mejora en la relación entre ambos a medida que pasa el tiempo. Así, en uno de sus estudios con participantes universitarios, éstos decían tener buena relación con la madre y que

valoraban el esfuerzo que ellas hacían. No obstante, algunos autores han observado que la mejora de dicha relación depende de la concordancia entre el sexo del progenitor custodio y el del hijo, ya que la calidad de la relación de las madres con los hijos varones se deterioraba y con las hijas mejora con el tiempo (Hetherinton, 1989; Riggio, 2004).

Pero no siempre la relación entre el progenitor custodio y sus hijos mejora tras la ruptura. Las tareas del hogar, el cuidado de los hijos, y el trabajo extradoméstico, pueden hacer que se vivan grandes dosis de estrés y de nerviosismo, que pueden llegar a trasladarse a las relaciones con sus hijos. Así, aplicar prácticas educativas inadecuadas como el hecho de abusar de conductas coercitivas, la inseguridad en la toma de decisiones, la falta de afecto y comunicación, la falta de límites para con sus hijos o la ausencia de disciplina, pueden acarrear numerosos problemas en los hijos (Carlson, 2006; DeGarmo et al., 1999; Hetherington, 2003; Hetherington et al., 1998; Simons y Asociados, 1996; Vandervalk, Spruijt, DeGoede, Larsen y Meeus, 2008). Recordar que la puesta en práctica de pautas educativas poco adecuadas es más común durante el primer año tras la ruptura (Hetherington et al., 1998; Vandervalk et al., 2004), tal como se señaló anteriormente en el apartado en el que se valora el grado de estrés y de responsabilidad percibida para los progenitores.

Igualmente, Wolchik et al. (2000) encontraron que cuando el custodio siente culpabilidad ante los hijos por enfrentarles a la ruptura, ello correlaciona con un ajuste negativo de los mismos a la nueva situación familiar. También puede ocurrir que algunos hijos culpabilicen a la madre de la situación y muestren un claro rechazo hacia ella, que se manifiesta a través del incumpliendo de las normas, o sobrepasando los límites impuestos por ella (Koerner, Wallace, Lehman, Lee y Escalante, 2004). Así mismo, puede ocurrir que el custodio provoque situaciones incómodas para los hijos, por ejemplo, cuando les somete a un conflicto de lealtades, o cuando hace comentarios despectivos hacia el otro progenitor (Fernández y Godoy, 2002; Kenyon y Koerner, 2008). Estas situaciones suelen generar importantes consecuencias negativas que dificultan la adaptación posterior. Así, muchos estudios han relacionado los conflictos de los padres con problemas en los hijos. Al respecto, El-Sheikh, Buckhalt, Cummings y Keller (2007) encontraron que los problemas entre los progenitores hacían que los hijos tuvieran más inseguridad emocional, aspecto que a su vez influía en otras áreas como en el sueño y el fracaso académico.

En lo que se refiere a las relaciones de los progenitores no custodios (principalmente los padres) con sus hijos, muchos estudios destacan la reducción del contacto entre ellos, especialmente en los casos en que la custodia no es compartida por ambos progenitores. Tal es así que algunos autores consideran este cambio como el efecto, tras el divorcio, de mayor impacto en la vida de los padres (Asher y Bloom, 1983, cit. en Guttmann, 1993; Everett, 1991; Kelly y Emery, 2003).

Tras la ruptura, muchos padres tienen serios problemas para poder ver a sus hijos con la frecuencia que a ellos les gustaría. Demo (2000) encontró que un 25% de una muestra de hijos de familias separadas no mantiene ningún contacto con el padre, un 27% lo ve semanalmente, y un 33% pasa largos periodos con él. También en el estudio de Morgado et al. (2007) encontraron que, uno de cada cinco niños no mantenía ningún contacto con el padre, aunque un tercio de los participantes tenía contacto con el padre cada quince días, seguido en menor porcentaje, de quienes lo veían semanalmente. En este sentido, podemos observar situaciones contrapuestas ya que en algunos casos el padre desaparece de la vida de sus hijos tras la separación, y deja de tener contacto con éstos (Cabrera, Tanis-LeMonda, Bradley, Hofferth y Lamb, 2000). En otras situaciones, por el contrario, los padres pueden llegar a descubrir e impulsar su rol paternal (King, 2006). En el segundo caso, los padres pueden llegar a implicarse en aspectos fundamentales para sus hijos como es proporcionándoles apoyo instrumental (v.g., apoyo escolar, alimentación, soporte económico, etc.); apoyo emocional (v.g., siendo accesible para ellos, respondiendo a sus necesidades, comunicándose con ellos, etc.); y desarrollando funciones de cuidado y de supervisión del bienestar de sus hijos (Pons-Salvador y Del Barrio, 1995).

Si es la madre el progenitor no custodio, el grado de contacto también disminuye, pero, en general, suele ser superior al observado en el caso de los padres varones. Por ejemplo, en el estudio de Emery (1999), el porcentaje de contacto de las madres no custodias es casi el doble en comparación con los padres que viven la misma circunstancia.

De cualquier modo, son muchos los factores que pueden influir en el grado de contacto que mantiene el progenitor no custodio con sus hijos tras la separación. Por ejemplo, los contactos entre el padre y sus hijos disminuyen cuando la madre vive con una nueva pareja (Thomson, Hanson y McLanahan, 1994); cuando es el padre quien reconstituye su situación familiar (Bray y Berger, 1993; Maccoby, Buchanan, Mnookin

y Dornbusch, 1993); cuando los progenitores sostienen una mala relación tras la ruptura (Arendell, 1995; Fischer et al., 2005); si el padre cambia el lugar de su residencia y ve condicionado el contacto por la distancia (Cabrera et al., 2000; Demo, 2000); si tiene la sensación de no tomar decisiones en el cuidado de sus hijos (Bandera, 2005); etc. Además, la edad y el sexo de los hijos también pueden afectar en los contactos establecidos. Por ejemplo, en un estudio se observó que los padres visitan más a los hijos que a las hijas, y más si son escolares o adolescentes, que cuando son más pequeños (Seltzer, 1991).

No obstante, el grado de contacto de los padres separados, a pesar de verse reducido, puede llegar a ser mayor que en otras situaciones familiares. En este sentido, McKenry, McKelvey, Leigh y Wark (1996, cit. en Morgado, 2008) encontraron que los padres separados se comunican más y visitan más a sus hijos que los padres solteros que no han vivido nunca con éstos, o los que tienen una nueva pareja.

Por último, otro factor a destacar es el grado de cooperación en el cuidado de sus hijos durante el periodo previo a la ruptura, ya que cuanto mayor haya sido éste, mayor grado de contacto suele sostener el padre con sus hijos y más fuerte será la relación que mantengan tras la ruptura (Sobolewski y King, 2005). Ese contacto mantenido en el tiempo puede beneficiar en gran medida la adaptación del progenitor no custodio, ya que los padres que invierten tiempo con sus hijos tienden a estar menos depresivos, muestran sentimientos de mayor competencia parental, muestran mayor autoestima y felicidad, y se adaptan mejor después del divorcio (Stewart, 2003).

2.4. Reflexión final

Como se ha venido señalando en el capítulo, el divorcio es un proceso complejo que causa profundas alteraciones en casi todas las áreas de la vida de quien lo experimenta. Así, la ruptura provoca importantes efectos en los miembros de la familia, produciendo cambios en la dinámica familiar y en las rutinas cotidianas, problemas con los hijos y/o con los miembros de la familia extensa, cambios en la vida social y afectiva, problemas económicos, pero sobre todo, cambios en las emociones que se ponen en marcha a lo largo del proceso de separación. Todos estos cambios van a demandar la reestructuración de numerosas relaciones para alcanzar cierto grado de

equilibrio personal (v.g., con la persona que ha dejado de ser tu pareja, con las personas que han dejado de ser tu familia política, con los amigos que no siempre se van a mantener fieles a la permanencia de la relación, y aún más importante, en lo que se refiere a la relación con los hijos). Todos estos cambios relacionales provocan a su vez cambios en la identidad personal. Por ello, la persona que se separa debe reelaborar de nuevo su identidad, atendiendo ahora al nuevo estilo de vida que lleva tras la separación.

Tal como señala Clapp (2000), la separación es entonces sinónimo de cambio, reajuste y reorganización para la persona, con el estrés que eso suele conllevar. Sin embargo, Rodríguez (2003) destaca que dicho evento tiene también importantes connotaciones positivas, tal como queda reflejado en la siguiente afirmación:

> Un divorcio no tiene por qué ser visto como un peligro de desintegración familiar, ya que también puede ser una oportunidad para crecer; especialmente si la crisis inicial se resuelve satisfactoriamente y se pasa a otra etapa, es decir, si se aceptan los cambios (p. 23).

Esta última idea es especialmente relevante, ya que la persona puede intentar dejar atrás el pasado para darse una nueva oportunidad, o puede, por el contrario, fijarse en dicho pasado, prolongando un duelo que no le permitirá adaptarse a su nueva situación familiar. En estas ocasiones no queda claro si es más perjudicial la ruptura o la convivencia mal avenida. Además, es importante que los adultos asuman que la ruptura supone el cese definitivo de la relación en la pareja, pero no respecto a las obligaciones de atención y cuidado de sus hijos, que deben permanecer. Este hecho no es siempre fácil, y en ocasiones se les utiliza para seguir haciendo daño al excónyuge, o simplemente se abandona el ejercicio parental. Cuando ello ocurre, difícilmente se logra que los miembros de la familia alcancen adecuados niveles de adaptación tras la separación.

La complejidad también se observa si atendemos a la gran variedad de efectos y cambios que acontecen tras la ruptura, entre los que se observan aspectos tanto positivos como negativos, en lo que se refiere al ámbito personal, social y económico. Qué duda cabe que dentro de estos cambios se observan, tal como se ha señalado en los apartados anteriores, aspectos comunes que van a compartir ambos miembros de la pareja, como

los problemas emocionales, los cambios en sus hábitos, en el trabajo, en sus relaciones sociales, etc. Sin embargo, también surgen cambios específicos asociados principalmente al tipo de custodia que se ejerce respecto a los hijos. Así, parecen observarse rasgos específicos en los custodios como es el mayor estrés y responsabilidad en la atención a los hijos, o el menor tiempo disponible para la vida social y para poder rehacer su vida afectiva, compensado por la mayor proximidad y contacto con sus hijos, lo que puede facilitar la fortaleza de dicha relación. Por su parte, los progenitores no custodios ganan en libertad y oportunidades para el ocio o para llegar a rehacer su vida afectiva, pero tienen que enfrentar cambios más significativos respecto a las rutinas diarias, y aún más importante, pierden la oportunidad de mantener un contacto más continuado con sus hijos, lo que puede provocar un enfriamiento en la relación con éstos.

Por tanto, la experiencia del divorcio se vivirá de forma distinta en función del rol que a cada uno le toque asumir respecto a la custodia de los hijos, salvo que se opte por una custodia compartida. Evidentemente, el efecto de esta variable se puede confundir con otra como es el género del progenitor, ya que en nuestra cultura mayoritariamente las madres son las figuras custodias y los padres las no custodias. No obstante, incluso cuando se invierte esta realidad, se pueden observar algunas especificidades vinculadas al género, que tienen un importante influjo cultural. Tómese como ejemplo el hecho de que las madres no custodias suelen mantener un mayor contacto con sus hijos, lo cual beneficia la adaptación de éstos posteriormente a la ruptura (Emery, 1999; Gunnoe y Hetherington, 2004; Hawkins, Amato y King, 2006).

En este sentido, es importante destacar el papel que juega la cultura en relación con la ruptura familiar. La sociedad en general (médicos, profesores, medios de comunicación, etc.) trata de forma distinta a la figura custodia según sea el padre o la madre, y lo mismo ocurre en relación con la figura no custodia (Arendell, 1995). De hecho, existen claras expectativas en la sociedad sobre quién debe ejercer de sujeto custodio y quién de sujeto no custodio. Por ejemplo, las actitudes de la sociedad hacia las madres no custodias son bastante negativas, independientemente de las razones que le hayan llevado a no asumir dicho rol (Guttmann, 1993). Por el contrario, se ve como algo normal que los progenitores no custodios sean los padres varones. Ello contribuye a consolidar el estereotipo que les define como figuras menos implicadas para con sus hijos, e incluso, como figuras ausentes en la vida de éstos (Kitson y Holmes, 1992).

Evidentemente, muchos padres varones tienden a cumplir con las expectativas socialmente establecidas, porque han internalizado el papel prioritario de las madres en la vida de sus hijos. Por su parte, la mayoría de las madres reclaman la custodia de los hijos por haber internalizado también ellas el papel que la cultura les adscribe como principal cuidadora de los mismos. Por ello, una gran parte de la sociedad sigue sin entender y compartir el reclamo de un porcentaje considerable de padres que exigen poder tener mayor presencia en la vida de sus hijos, o de madres (aunque esta realidad aún hoy es minoritaria) que deciden ceder voluntariamente hacia su pareja la custodia de sus hijos. Aunque la cultura imprime dificultades para el cambio de mentalidad, la realidad es que cada vez son más los hombres que se implican en la relación con sus hijos y en el hogar, y que luchan por sus derechos como padres queriendo asumir sus obligaciones como tales más allá de la ruptura. Por tanto, la imagen de los padres como *figura ausente* o *desertor* anteriormente comentada, deja de ser cada vez más algo generalizable (Rojas, 2008).

La mayor presencia de los padres varones en la vida de sus hijos puede responder quizás, como señala Lamb (1999), a un cambio de visión por parte de la sociedad respecto a la capacidad que poseen para ejercer adecuadamente las funciones de atención y cuidado de sus vástagos. Este cambio de mentalidad se está produciendo en las últimas décadas, y se observa principalmente en las personas de nivel educativo medio-alto. Además, la incorporación de la mujer al mundo laboral también se relaciona con la necesidad de búsqueda de apoyos para enfrentar las tareas parentales, especialmente en los casos de ruptura. Todos estos factores, junto con la aprobación de la Ley 15/2005 que promueve algunos cambios respecto al divorcio, han contribuido a la aparición de un mayor porcentaje de solicitudes de custodias compartidas, donde ambos progenitores se hacen cargo, de manera más o menos igualitaria, del cuidado y de la educación de sus hijos (Juby, Bourdais y Marcil-Gratton, 2005).

Así, la coparentalidad requiere de una serie de requisitos, como respeto mutuo, colaboración, buena comunicación y un compromiso por parte de ambos padres para resolver las cuestiones relevantes referentes a sus hijos (Poussin y Lamy, 2004). Según Cantón et al. (2007), los padres que muestran más satisfacción con la custodia compartida, generalmente solían tener una buena relación y comunicación previo a la ruptura, respecto a la educación y al cuidado de sus hijos. Por lo tanto, dicha colaboración se amplía al periodo post-separación. Este modo cooperativo de enfrentar

la función parental va a beneficiar altamente a los hijos (Bandera, 2005; Everett, 1991; Sobolewski y King, 2005). Así, lo ideal será que los progenitores se adapten pronto a la situación y se esfuercen por buscar el equilibrio emocional para todos los implicados, al mismo tiempo que mantengan sus funciones parentales con el fin de atender a las necesidades de sus hijos y velar por su bienestar. Aún así, la determinación del tipo de custodia sigue siendo un tema polémico todavía hoy, ya que en la mayoría de los casos el sujeto custodio sigue siendo la madre y el no custodio el padre.

A pesar de ello, y tal como se comentó en este capítulo, cada vez son más los padres que asumen en la actualidad la custodia de sus hijos, bien de manera compartida o bien en solitario. Además, muchos son conscientes de la importancia de mantener su presencia en la vida de sus hijos, aunque no tengan la custodia. Esta realidad permite que se les siga considerando como importantes referentes para sus hijos, especialmente en lo que se refiere a los varones, lo que facilita los procesos de identificación con dicha figura, viéndose menos afectada la identidad de los hijos como efecto de la ruptura.

Además del rasgo de complejidad anteriormente comentado, una segunda característica que define el divorcio es su gran heterogeneidad, ya que cada persona vive y se adapta a dicha circunstancia de manera particular según hayan sido sus experiencias al respecto. Así por ejemplo, si la ruptura se lleva a cabo a través de un proceso de comunicación y búsqueda de consenso entre las partes implicadas, y se cuenta con importantes fuentes de apoyo, los efectos negativos se reducen, la situación se hace más llevadera, y la adaptación posterior llega con mayor rapidez. Por el contrario, si el proceso supone enfrentarse a un ambiente cargado de tensión y de confrontación continua, si no se cuenta con importantes apoyos, a lo que se pueden sumar los problemas económicos y las disputas dentro de los principales contextos sociales que se ven implicados, el tránsito se hará mucho más penoso y generará más costes que beneficios para quienes vivan esa experiencia (Palacios, 2000, cit. en Cantón, Cortés y Justicia, 2000).

Lo ideal sería que si se opta por la ruptura, que ésta sea en verdad una solución a una situación insostenible. La separación debería ser entonces el inicio de una nueva vida, con nuevas motivaciones y proyectos de futuro, dejando atrás los problemas y los momentos interminables de discusión y pelea (Wallerstein y Blakeslee, 2003). Para ello los adultos que se separan deben diferenciar claramente el rol de pareja que deja de existir, del rol parental que debe mantenerse tras la ruptura ya que ese vínculo no se

extingue. No obstante, enfrentar adecuadamente una ruptura no significa que no se tengan que afrontar numerosas pérdidas y situaciones dolorosas ligadas a los importantes cambios que ello supone, especialmente durante el periodo próximo a la separación. La frustración por no haber podido mantener intacta la relación, el cambio en el nivel de vida tras la separación, y las emociones negativas de soledad, angustia o depresión, son un alto precio que hay que pagar por la ruptura. No obstante, si la transición se consigue pasar sin añadir nuevos e importantes focos de conflicto, y si se cuenta con el apoyo de personas cercanas y queridas, es probable que el duelo por la ruptura pase pronto y que las personas consigan adaptarse con cierta rapidez a su nueva realidad vital.

Sin embargo, este objetivo no siempre resulta tarea fácil, sobre todo cuando los padres mantienen una relación conflictiva durante el proceso. De ahí la importancia de buscar ayuda en los profesionales de la mediación familiar, quienes guiarán a las partes con el fin de intentar promover la negociación de acuerdos, tratando de tomar las decisiones más acertadas en beneficio de todos los miembros, y más especialmente en lo que se refiere a los hijos (Martínez de Murgia, 1999; McKay y Maybell, 2006).

Por otra parte, las fuentes de apoyo tanto formal como informal también son una importante ayuda para mejorar las circunstancias de los miembros de la pareja que se separa, siempre que se presten a colaborar y no entorpezcan las deliberaciones para alcanzar los acuerdos (Coleman, 1988). Concretamente, la familia, y también los amigos, suelen aportar apoyo económico, un hogar donde poder quedarse, ayuda en el cuidado de los hijos, apoyo emocional, etc. (Wang y Amato, 2000). Como se comentó anteriormente, los progenitores que cuentan con el apoyo de personas significativas, ya sean familiares o amigos, presentan un mejor ajuste emocional y viven mejor la experiencia de la separación, lo que incluso llega a favorecer la relación que sostienen con sus hijos (DeGarmo et al., 1999; Dennis et al., 2003; Hetherington y Stanley-Hagan, 2002).

Así, el divorcio se convierte hoy en día en un evento cada vez más común. La sociedad debe adaptarse a dicha circunstancia promoviendo no sólo cambio en las leyes, sino lo que es más importante, cambios en la forma que tiene la sociedad de ver la realidad familiar y las expectativas que genera respecto a las figuras parentales, otorgándoles a ambos, madres y padres, la relevancia que tienen para los hijos. De no ser así, difícilmente se conseguirá paliar la especificidad de experiencias, con sus

aspectos positivos y negativos, asociados a cada figura custodia o no custodia. Así mismo, se requiere un cambio de mentalidad para evitar que muchos hijos de familias separadas sigan experimentando la sensación de haber perdido una figura relevante en su vida que tanto tiene que ver con su propia identidad. Sin duda, y aunque los cambios en nuestra sociedad se van produciendo lentamente, esperamos que con el tiempo se vayan aproximando las funciones del padre y de la madre en pro de la adaptación de sus hijos.

Capítulo 3. Efectos de la ruptura de la pareja en los hijos

3. Efectos de la ruptura de la pareja en los hijos

3.1. Introducción

En el capítulo anterior se expuso que cuando la pareja decide romper la relación, la familia se ve inmersa en una serie de cambios que ejercen importantes efectos sobre sus distintos miembros. Así, la vida cotidiana de la familia se altera, tanto para los progenitores como para los hijos. En este capítulo se va a profundizar en los principales efectos observados en los hijos de las familias separadas, tras la ruptura. Es difícil determinar con exactitud cómo van a vivir los hijos la separación de sus padres y cómo se van a adaptar ante dicha experiencia, ya que son muchos los factores que van a influir al respecto. Sin embargo, y como se verá a lo largo de este capítulo, existen algunos efectos, tanto positivos como negativos, que pueden ser algo más comunes a las distintas situaciones. Profundizaremos en ellos en los apartados siguientes, así como en el análisis de algunas variables que pueden mediar en la aparición de dichos efectos, o en el grado en que éstos se manifiestan.

Antes de pasar a desarrollar dicho tema, y siguiendo los modelos citados en los trabajos de González (2009) y Morgado (2008), se presentarán brevemente algunos de los principales modelos y teorías que explican por qué surgen determinados efectos positivos y negativos en los hijos tras la ruptura de sus progenitores.

La primera aproximación parte de la *teoría del déficit*, que compara la estructura monoparental por ruptura con la tradicional biparental, entendiendo que la primera se encuentra en desventaja, por lo que se esperaba que los hijos que crecen en dichas familias presenten necesariamente problemas psicológicos. Esto es así porque se asume que la falta de un progenitor, normalmente el padre, lleva consigo consecuencias negativas para los hijos (Amato, 1987; Bengoechea, 1992; Seltzer, 1991).

Desde el *modelo del ciclo vital* se analizan los efectos no como algo puntual que se produce en el momento próximo a la ruptura, sino medido a través del tiempo. Esto es, teniendo en cuenta tanto los efectos a corto plazo como a largo plazo (Hetherington, 1992). Así, y como señala Amato y Booth (1996) y Sun y Li (2001; 2002), tras la ruptura de los progenitores, los hijos tienen que adaptarse a las nuevas circunstancias y a los múltiples cambios que deben enfrentar, lo que les genera diversidad de efectos de

tipo emocional y conductual. Con el paso del tiempo, el grado de adaptación que alcancen los hijos va a depender de múltiples factores (v.g., de la relación entre los excónyuges, del apoyo que reciban de sus padres y del resto de la familia, de los recursos económicos de los que disponga la familia, etc.). De esta manera, las consecuencias de la separación parental no serán las mismas al principio de la ruptura que cuando ya haya pasado un tiempo (Hetherington y Stanley-Hagan, 2002). También, y desde este modelo teórico se ha analizado la transmisión intergeneracional de los efectos, encontrándose relación entre el divorcio de los abuelos y determinados efectos en sus nietos, lo que demuestra que dicho evento puede afectar a dos generaciones futuras (Amato y Cheadle, 2005).

Otras investigaciones se basan en el *modelo ecológico sistémico* de Bronfenbrenner (1987), y tienen en cuenta la influencia que recibe el niño de los diferentes contextos de desarrollo y de las relaciones entre las variables que forman parte de dicho proceso. Los autores que se sitúan en este modelo consideran imprescindible estudiar el fenómeno en toda su complejidad, atendiendo tanto a variables relacionadas con los propios hijos, como a otras que pertenecen a su contexto más inmediato, y las que pueden estar influyendo de manera más indirecta, como las de corte más cultural (Hetherington y Stanley-Hagan, 2002; Kurdek, 1981).

Así, desde la *teoría general de sistemas* se entiende que el ser humano es un sistema abierto, que se ve influido por factores tanto internos al individuo como externos a él (Rodrigo y Palacios, 2003). De esta manera, se tienen en cuenta las características individuales del niño (v.g., su edad, su sexo, su temperamento, etc.), como también el contexto familiar, el escolar, el social y el cultural en el que se integra (Hetherington, 1989; 1999; Kelly y Lamb, 2003; Kurdek, 1981; Wang y Amato, 2000). Entre las variables referidas al sistema familiar (microsistema, en términos de Bronfenbrenner) para ver su influjo en los efectos del divorcio en los hijos, se ha explorado el ajuste emocional del progenitor custodio (Wang y Amato, 2000) o la frecuencia de los contactos y el tipo de relación que mantienen con el no custodio (Kelly y Lamb, 2003), entre otras. En relación con el exosistema se ha investigado el posible influjo de los recursos económicos de la familia, del nivel educativo de los progenitores, del apoyo social y familiar con el que cuentan, etc., sobre los efectos encontrados en los hijos (Hetherington, 1999; Wang y Amato, 2000). Por último, en relación con el macrosistema, relacionado con el efecto de la cultura, se han explorado

las creencias que comparte la sociedad sobre el divorcio o el grado de aceptación social de las familias separadas/ divorciadas y cómo dicho grado de aceptación se ve influido, por ejemplo, por la legislación que impera en cada país (Breivik y Olweus, 2006; González y Triana, 1998; Kapinus, 2004).

De esta manera, el modelo ecológico sistémico se postula como uno de los marcos teóricos más importantes a la hora de analizar el ajuste y adaptación de los hijos ante el divorcio de sus padres, pero quizás también como uno de los más difíciles de abordar a nivel empírico, por la complejidad que entraña.

Otro modelo es el de *estrés y afrontamiento*, que tiene en cuenta las estrategias de afrontamiento que tienen los diferentes miembros de la familia ante las situaciones de estrés, como es el divorcio. Desde dicho modelo, se entiende que los efectos en los hijos dependen de las estrategias o habilidades que tengan para enfrentar la nueva situación (Bandura, 1999). Así, autores como Sandler, Tein, Metha, Wolchik y Ayers (2000) encontraron en un estudio que el uso de estrategias de afrontamiento disminuye la posibilidad de que los hijos tengan problemas de ajuste psicológico. En la medida en que perciban que son capaces de afrontar la situación, pondrán en marcha más estrategias de afrontamiento, y se sentirán más seguros ante las situaciones estresantes. Al respecto, el apoyo recibido por los agentes implicados en el proceso de ruptura, es visto como uno de los factores que están implicados en el menor o mayor estrés percibido de la situación. Así, Amato (1993) encontró que cuanto más apoyo den los progenitores a sus hijos tras la ruptura conyugal, éstos desarrollan más habilidades cognitivas y sociales que les ayudan a afrontar las situaciones de estrés provocadas por la situación de separación. En definitiva, el modo en que los hijos viven la ruptura de sus progenitores va a depender, en gran medida, del estrés con el que experimenten la situación y de los recursos personales y sociales de los que disponen a su alrededor (Hetherington y Kelly, 2005).

Un modelo alternativo, pero que guarda cierta relación con el anterior, es el *modelo de resiliencia*, que entiende el divorcio como una transición familiar que supone una cierta vulnerabilidad de las personas que lo viven de cerca, quienes están sujetas a factores de riesgo y de protección. Desde hace unos años hasta la actualidad, son muchos los investigadores que están usando este modelo para analizar la experiencia de la ruptura (Chen y George, 2005; Criss, Pettit, Bates, Dodge y Lapp, 2002; Emery, 1999; Hetherington, 1999; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999; Petterson y Albers,

2001; Sandler, Wolchik, Davis, Haine y Ayers, 2003). Desde este modelo, lo que se intenta es identificar los factores de protección que predicen, en cierta manera, la resiliencia de las personas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que no todas las personas viven las mismas circunstancias y no las afrontan de la misma manera, por lo que se puede entender la resiliencia como un proceso cambiante y dinámico (Masten, 2001). De esta manera, los factores de riesgo, de vulnerabilidad y de protección, van cambiando con el paso del tiempo. Por ejemplo, se cree que hay niños que son más vulnerables a la ruptura familiar que otros, aunque los efectos negativos se pueden reducir dependiendo del apoyo emocional que le aporte el progenitor (Ackerman, Izard, Schoff, Youngstrom y Kogos, 1999). También, Kelly y Emery (2003) analizaron los factores de riesgo tras la separación, teniendo en cuenta variables como el tipo de comunicación entre los miembros de la familia, la frecuencia de los contactos entre el progenitor no custodio y los hijos, la calidad de las relaciones, el ajuste psicológico de los progenitores, etc. Otros estudios inmersos en este modelo se han centrado en analizar no sólo las variables relacionadas con la familia, sino también otras que pueden actuar como factores protectores, como es el caso de la relación de los hijos con sus iguales (Hetherington, 1989) o la posibilidad de disponer de servicios de apoyo como la mediación familiar (Emery, Kitzmann y Waldron, 1999).

En relación con este modelo, también se han desarrollado estudios que analizan de qué manera los conflictos parentales afectan a los niños, con el fin de identificar los factores de protección y de vulnerabilidad que mediatizan los efectos del divorcio. En este sentido, y relacionado con la teoría del aprendizaje observacional, algunos autores afirman que si los hijos observan a sus padres interactuando de manera agresiva y violenta, aprenderán de ellos que esa es la mejor manera de relacionarse (Cantón et al., 2007).

Por otro lado, *el modelo cognitivo-contextual* asumido por Grych y Fincham (1990) aporta una nueva interpretación, y ésta es que el niño intenta comprender las causas del conflicto y busca estrategias para afrontar el estrés que ello supone. De esta manera, y según Cantón et al., (2007), "*el afrontamiento con éxito reducirá el afecto negativo, mientras que si resulta ineficaz se mantendrá o incluso aumentará su estrés"* (pp. 33).

Según esta teoría, las atribuciones que hacen los niños de los conflictos dependerán de la capacidad cognitiva que tengan, por lo que las distintas estrategias de

afrontamiento se irán ampliando con la edad. Esto tiene gran importancia, ya que dependiendo del momento evolutivo en el que se encuentre, el niño podrá atribuir la responsabilidad de lo que está pasando a sí mismo (sobre todo cuando se es más pequeño) o a causas externas a él. Además, según la perspectiva cognitivo contextual, dependiendo de las atribuciones que hagan los niños y de las estrategias de afrontamiento que hayan adquirido, éstos tendrán una mejor o peor adaptación.

Aunque para Grych y Fincham también el componente afectivo juega un papel importante en los momentos de afrontamiento por parte del niño, *la teoría de la seguridad emocional* de Davies y Cummings (1994) considera que la seguridad que les proporcionan los padres a los hijos a nivel emocional, cobra un papel fundamental en las reacciones que puedan tener éstos ante un conflicto parental. Dicha teoría se basa en la importancia del afecto, del apoyo y en la disponibilidad de los progenitores para con los hijos. Señalar que se ha encontrado que la seguridad emocional de los hijos puede variar según el momento evolutivo en el que se encuentren (Cummings, Schermerhorn, Davies, Coeke-Morey y Cummings, 2006).

Como hemos podido comprobar, son muchos los modelos y teorías que explican los posibles efectos que tiene el divorcio sobre los hijos y de qué manera afecta dicha realidad en su adaptación. No obstante, hay un claro consenso a la hora de considerar que la separación y las consecuencias que tiene este acontecimiento, es uno de los mayores factores de estrés que pueden vivir los hijos. Ello se hace aún más significativo durante el primer año después de la ruptura de la pareja (Castells, 2009).

La mayoría de las investigaciones centran su interés no sólo en analizar los efectos del divorcio que se observan, sino también en saber qué factores pueden estar modulando dichos efectos, como por ejemplo, dependiendo de la etapa evolutiva en la que se encuentran los hijos, el sexo al que pertenecen, el grado de conflicto en el que se han visto inmersos, el tipo de relación que mantienen con sus padres, etc. Sin duda, la edad, y más concretamente, la capacidad cognitiva correspondiente a la etapa del desarrollo en la que se encuentran los hijos, es una de las variables más exploradas, con el fin de buscar aquellos momentos del desarrollo en el que los hijos se pueden ver más afectados por dichos acontecimientos.

Pasaremos a describir a continuación los principales cambios o efectos encontrados en los estudios que analizan la ruptura parental y sus consecuencias en los

hijos, para comentar posteriormente algunas variables que pueden mediar en su aparición y/o en el grado en que afectan en la adaptación de los mismos.

3.2. Principales efectos en los hijos tras la ruptura parental

Cambios en el clima y en el bienestar del hogar

Cuando tras la ruptura se establece un buen ambiente familiar y una relación adecuada entre los distintos miembros de la familia, es menos probable que el divorcio tenga importantes consecuencias negativas sobre los hijos (Chen y George, 2005; Hetherington y Stanley-Hagan, 2002; O'Connor, Caspi, Defries y Plomin, 2000). Además, algunos estudios como por ejemplo el de Strohschein (2005) con un grupo de niños canadienses, encuentra que el divorcio puede ser positivo para los hijos al mejorar el clima familiar, ya que dejan de estar expuestos a los conflictos y a las tensiones familiares. No obstante, algunos estudios señalan que, respecto a sus iguales de familias intactas, los menores de familias divorciadas perciben su entorno familiar significativamente menos unido y más conflictivo (Stone y Hutchison, 1992, cit. en López, Meléndez y Rice, 2000). Esto es más común durante el periodo próximo a la ruptura, que es cuando se enfrentan numerosos cambios que repercuten en el estado de bienestar percibido, y se despliegan muchas emociones que se viven de forma intensa.

Una de las principales dificultades a la que se enfrentan los hijos es tener que vivir alternadamente con sus padres, y no poder hacerlo con ambos a la vez. Algunos niños reaccionan mal ante tantas idas y venidas, y para muchos esta situación termina por convertirse en algo cansino y angustioso (Poussin y Martin, 2005).

Otro cambio se convierte ahora en un elemento especialmente relevante que mediatiza el bienestar de la familia tras la ruptura, y es la economía de la que se dispone. Una familia que antes de la separación gozaba de una buena situación económica, no se verá igualmente afectada que otra que tiene que sumar los problemas económicos a los numerosos factores de estrés que se viven tras la ruptura. Así, para muchos niños la separación de sus padres supone pasar de una vida previsible, ordenada y económicamente segura, a otra amenazada por las dificultades económicas, el caos y la incertidumbre (Hetherington y Kelly, 2005). Ello puede conllevar un cambio de

domicilio, de barrio o incluso de ciudad, si el progenitor custodio se ve en la necesidad de cambiar de hogar por razones relacionadas con el trabajo o con la nueva economía. Así, muchas familias se pueden mudar a barrios más pobres que pueden tener colegios y servicios de peor calidad. En este sentido, Koerner et al. (2004) observaron que las chicas solían estar más preocupadas por lo que escuchaban de sus madres respecto a los problemas financieros, frente a los chicos.

Además, un progenitor solo es menos solvente económicamente, por lo que, en general, tiene que dar a los hijos una vida más modesta y sin tantos caprichos (Ellis, 2000; Emery, 1999; Greif, 1997; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005). Incluso, en ocasiones, el cambio de residencia puede enfrentar a los hijos a contextos de mayor riesgo según donde se encuentre el nuevo hogar y las características de los iguales con los que se pueda relacionar en su nuevo entorno (Arendell, 1995; González, 2000; Guttmann, 1993).

Ya se ha comentado que es la mujer la que normalmente se encarga de la custodia de los hijos. No todas trabajan fuera de casa cuando se produce la separación, y muchas se ven obligadas a buscar un puesto de trabajo para poder hacer frente a los gastos que ahora tienen que cubrir. Ello tiene repercusiones en la disponibilidad que tienen los hijos para acceder a su progenitor custodio, y en el estado anímico con el que éste se enfrenta a su labor parental. Por ello, las pautas educativas que aplican los custodios no son siempre las más adecuadas. Por ejemplo, pueden ser escasas las muestras de afecto y apoyo que necesitan los hijos, lo que favorece la aparición de importantes problemas en ellos como reacción a estas deficiencias (Hetherington y Clingempeel, 1992; Jackson, Brook-Gunn, Huang y Glassman, 2000).

Así, autores como Morrison y Cherlin (1995) afirman que los problemas de tipo económico pueden predecir problemas de conducta en los hijos durante el primer año tras la separación, aunque esta realidad parece asociarse más al caso de los chicos que de las chicas. Según Amato y Keith (1991), el nivel socioeconómico de las familias influye también sobre el aspecto cognitivo y social de los hijos, ya que cuando se controla esta variable, apenas existen diferencias entre los hijos de familias intactas y separadas. Del mismo modo, el control de la dificultad económica reduce la probabilidad de que los hijos tengan problemas en la escuela, o incluso la aparición de embarazos en las adolescentes (McLanahan, 1999, cit. en Hetherington, 1999; McLanahan y Sandefur, 1994, cit. en Cantón et al., 2007). No obstante, Kelly (2003)

encontró que las diferencias en relación al logro académico se reducían con la mejora económica, pero no desaparecían totalmente.

Estos resultados ponen de manifiesto la importancia de la economía familiar en la dinámica y adaptación de los miembros de la familia tras la ruptura. Por ello, no es extraño que Sun y Li (2009) hayan observado que los efectos del divorcio repercuten más en las familias con un mayor número de hijos que en las familias más pequeñas, puesto que en el primer caso la economía se resiente de forma más significativa y se reducen los recursos.

Efectos emocionales

Son muchas las emociones que se ponen de manifiesto en los hijos tras la ruptura familiar, especialmente cuando los padres se centran en sus problemas y se olvidan de que los hijos también perciben el conflicto y sufren los cambios. A continuación se comentan las manifestaciones más comunes que se suelen observar en estos casos.

El miedo es una de las reacciones más frecuentes en los hijos. Pasan de un contexto más o menos estable y confortable construido por sus principales figuras de apego, a otro contexto menos fiable y predecible promovido también por dichas figuras. Por ello, la reacción más natural ante estas circunstancias es el miedo, especialmente por la incertidumbre de lo que acontecerá en el futuro. Algunos autores señalan que existen distintos tipos de miedo dependiendo de la capacidad cognitiva que posean los hijos (Wallerstein y Blakeslee, 2003; Wolchik et al., 2000). Así por ejemplo, Fernández y Godoy (2002) afirman que los niños en edad preescolar pueden presentar miedo a ser abandonados por el progenitor custodio, a no volver a ver al progenitor no custodio y que éste ya no les quiera, a quedarse sin casa y sin comida, etc. Otros autores señalan el temor de los hijos a que ambos padres desaparezcan de sus vidas, por lo que no quieren ir al colegio o a la guardería (en el caso de los niños más pequeños) para no separarse de ellos; temer ser separados de sus hermanos; o incluso llegan a tener miedo de poder ser maltratados (Castells, 2009; Ellis, 2000; Emery, 1999; González, 2000; Greif, 1997; Hetherington y Kelly, 2005; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999; Kurdek y Berg, 1987; López et al., 2000; Wallerstein y Blakeslee, 2003). Comentar que el miedo a un

posible abandono por parte de un progenitor es también bastante común cuando éste ha rehecho su vida afectiva (Visher y Visher, 1983, cit. en Kurdek y Berg, 1987) porque los hijos piensan que el afecto por la nueva pareja de su padre o madre, o por los hijos de éstos, les va a desplazar de la vida de dicho progenitor. Este temor se puede apreciar también en hijos de mayor edad.

La comprensión de que sus padres se han separado y que han dejado de quererse puede llevar a los hijos a creer que también dejarán de quererlos a ellos. Por ello, es importante que se les transmita claramente y se les demuestre que la relación parento-filial nunca se va a romper. Esta percepción de abandono afectivo puede hacer surgir una nueva emoción, que es la sensación de tristeza y depresión, a veces más común en el sexo femenino (Davies y Lindsay, 2004; Yates, Dodds, Sroufe y Egeland, 2003). Así, la falta de uno de los progenitores en la vida diaria del hijo y la añoranza de la familia tal y como estaban acostumbrados a tenerla antes, les genera inicialmente un estado de shock, muy parecido a la pérdida o muerte de un ser querido, que luego da paso a un estado de inmensa tristeza (Lamb, Chuang y Cabrera, 2005; Poussin y Martin, 2005; Thompson y Amato, 1999). Al respecto, Conger y Chao (1996, cit. en Simons y Asociados, 1996) observaron que el nivel más alto de depresión lo sufrían los adolescentes de padres divorciados, mientras que el nivel más bajo lo padecían aquéllos que vivían en familias intactas cuyos padres tenían una alta puntuación en satisfacción matrimonial. Sin embargo, Laumann-Billings y Emery (2000) encontraron que los participantes de familias divorciadas mostraban pocos síntomas de depresión, pero sí altos sentimientos de angustia respecto al divorcio de sus padres. No obstante, en muchas ocasiones varios síntomas como éstos pueden venir asociados. Por ejemplo, el estrés familiar tras la ruptura se suele relacionar con un mayor grado de apatía por parte de los hijos (Cantón et al., 2007).

Así, los estados de angustia y de estrés suelen ser bastante comunes, especialmente tras la ruptura. Destacar que la falta de comprensión de la realidad circundante, la mala comunicación con los padres o una explicación tardía de la ruptura, pueden provocar un alto nivel de estrés y de confusión en los hijos, afectándoles en el modo en que se adaptan a su nueva condición familiar (Barnes, 1999; Chen y George, 2005; Størksen, Røysamb, Holmen y Tambs, 2006). Incluso se ha observado que los hijos mayores que no residían en el hogar familiar cuando se produjo el divorcio, también experimentaron ansiedad y angustia cuando uno de los padres se fue del hogar,

ya que ello supone un importante cambio en su marco de referencia (Schwartz y Kaslow, 1997, cit. en Kenny, 2000). Según Pons-Salvador y Del Barrio (1995), la aparición de la ansiedad en los niños está más relacionada con el tipo de interacción que sostienen los padres entre sí y con la frecuencia de las visitas del progenitor no custodio, que con el cambio de la estructura familiar tras la separación.

Otros indicadores que se relacionan con manifestaciones de ansiedad y depresión encontradas en preadolescentes de padres separados son la percepción de tristeza en la madre, los nuevos problemas que se derivan de la ruptura (v.g., cambio de vivienda, falta de recursos económicos...) y la falta de apoyo, tanto de la familia más inmediata, como de los amigos, etc. (Karevold, Røysamb, Ystrom y Mathiesen, 2009). Así, y en cuanto a si la adaptación de los padres se relaciona con la de los hijos, algunos estudios como por ejemplo el de Størksen et al. (2006) con un grupo de adolescentes noruegos, encontraron que los síntomas de ansiedad y depresión de los hijos disminuyen cuando se controlan los efectos de la depresión y la ansiedad de los padres.

Qué duda cabe que el tránsito de la ruptura altera la dinámica familiar y las relaciones que se dan dentro de los distintos subsistemas, entre ellas, las que se establecen entre padres e hijos. Ello hace que muchos hijos no se sienten adecuadamente cuidados o apoyados por sus padres durante la separación, viendo que estos últimos están más centrados en sus problemas y más alejados de ellos. Esta circunstancia promueve una nueva emoción, muy vinculada a la tristeza, y es la sensación de soledad. Los hijos pueden sentirse solos en multitud de situaciones, como cuando llegan a casa después del colegio y comprueban que no hay ningún adulto esperándoles, o cuando, a pesar de que éste se encuentre en el hogar, no dispone de tiempo y/o ganas de interactuar con ellos. En ocasiones, el custodio puede pasar menos tiempo con los hijos porque debe buscar un trabajo, aumentar su jornada laboral para obtener mayores beneficios económicos, asumir mayores responsabilidades respecto a las tareas del hogar y del cuidado de los hijos, o simplemente, no sentirse con ánimos para la comunicación con ellos (Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997). Por otro lado, la ausencia del progenitor no custodio refuerza aún más este sentimiento, por lo que los hijos pueden llegar a sentirse abandonados por sus padres. Por cualquiera de estas razones, mucho hijos de estructuras separadas se vuelven más solitarios con el tiempo y se aíslan voluntariamente incluso de sus compañeros (Hetherington y Kelly, 2005).

Ya se ha comentado que muchos de los hijos que viven una situación de ruptura familiar no entienden o se sienten confusos ante los cambios que ahora deben enfrentar. El deseo de entender o buscar una explicación a lo que está sucediendo lleva a muchos de ellos a desarrollar interpretaciones erróneas como es el hecho de sentirse culpables de la ruptura. La culpa surge de la creencia de que ellos son el centro de todo, producto normalmente de sus limitaciones cognitivas. Por tanto, es más habitual encontrar dicha reacción en los niños y niñas que se encuentran en la etapa preoperacional, algo menos en los de la siguiente etapa, y muy rara vez en los de mayor edad (Cantón et al., 2007; Ellis, 2000; Hetherington y Kelly, 2005; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999; Kitson y Holmes, 1992; Kurdek y Berg, 1987; Poussin y Martin, 2005). Al respecto, Laumann-Billings y Emery (2000), con una muestra de noventa y nueve estudiantes de 18 a 20 años cuyos padres estaban separados, encontraron que tan sólo un 2% de la muestra total se sentía culpable de los problemas de sus padres, siendo capaces de atribuir la separación a otros factores externos a ellos.

Señalar, además, que la aparición de la culpabilidad suele ser más habitual cuando los progenitores se refieren a los hijos en sus discusiones (Grych y Fincham, 1993), lo que les lleva rápidamente a inferir que son los culpables de las disputas, por carecer de perspectivismo y no tener una visión más compleja de las relaciones sociales. Ello ha llevado a algunos niños a pensar que si se hubieran portado mejor, si hubieran estudiado más, o si no se hubieran ido ese día de casa para jugar con sus amigos, quizás hubieran podido evitar la pelea definitiva que causó el divorcio de sus padres. Por ejemplo, Wallerstein, Lewis y Blakeslee (2001) encontraron que los niños de su estudio se culpaban por haber sido desobedientes, justificando así el hecho de que sus madres estuvieran todo el día fuera de casa.

El sentirse responsables de la ruptura de sus padres puede llevar a los hijos a sentirse con el deber de reconciliarlos. Por esta razón, algunos hijos hacen todo lo posible para producir un acercamiento entre los padres, pudiendo incluso enfrentarlos a situaciones conflictivas con el propósito de que haya un contacto entre ellos. Por ejemplo, González (2000) observó que niños mayores de seis años podían llegar a inventarse determinadas enfermedades para intentar unir a sus padres. También pueden pensar que el hecho de que sus padres cooperen respecto al cuidado de sus hijos o que mantengan contacto para resolver las cuestiones cotidianas referente a ellos, es una prueba de que van a volver a estar juntos (Dowling y Gorell, 2008; Fernández y Godoy,

2002; Greif, 1997; Kenny, 2000). La fantasía de que la familia volverá a estar unida como antes es algo también común en muchos niños pequeños (Rodríguez, 2003), precisamente porque su capacidad cognitiva no les permite interpretar de forma objetiva la realidad, y se guían más por sus propios deseos. Otras interpretaciones no siempre correctas relacionadas con las limitaciones cognitivas de los hijos pueden ser el culpar al progenitor que tiene la custodia de la ruptura; el negarse a ver al progenitor no custodio por culparle a él de la separación; o creer que mejorando su comportamiento personal, sus padres se reconciliarán (Kurdek y Berg, 1987; Laumann-Billings y Emery, 2000).

El deseo de reconciliación está relacionado con el hecho de negar la situación de ruptura y de no aceptarla. Es un mecanismo de defensa mediante el cual el niño intenta obviar aquello que le produce dolor, como es la separación de sus padres. Para ello deben inventar explicaciones sin ningún fundamento real que justifiquen los hechos a los que se enfrentan. Por ejemplo, pueden explicar la ausencia de uno de los progenitores por el hecho de que está haciendo alguna tarea fuera de casa y que pronto volverá (Rodríguez, 2003). Según la autora, en estos casos los niños no están mintiendo de forma consciente. Tan sólo tratan de eludir el dolor o el enfado que les produce la situación. Este efecto se puede observar también en niños mayores, para los que la negación de la situación sirve para transformar y adaptar lo que ocurre a sus necesidades, a pesar de saber diferenciar entre lo que es mentira y lo que es verdad.

Por otra parte, cuando los conflictos y el odio bloquean la capacidad de los padres para tomar decisiones que beneficien a sus hijos, es el juez quien toma la responsabilidad legal de asegurar el bienestar de los menores. Se tome la decisión que sea, los hijos, especialmente los pequeños, no van a sentirse bien con la decisión, puesto que lo que realmente quieren es que sus dos progenitores sigan juntos y que la familia no se rompa. Por ello es normal que se sientan enfadados también con quienes deciden en contra de sus propios deseos. Además, la situación les hace sentir también confusos, porque no siempre llegan a comprender que personas ajenas a ellos tengan más potestad que sus padres para gobernar sus intereses y su propia vida (Poussin y Martin, 2005).

Qué duda cabe que las emociones hasta ahora expuestas (v.g., miedo, ansiedad, tristeza, culpabilidad, soledad, etc.) y las experiencias de cambio que deben enfrentar los hijos tras la separación de sus padres, van a dañar su autoestima. Ello va a provocarles sentimientos negativos que irán desapareciendo con el tiempo, siempre y

cuando las experiencias posteriores a la ruptura supongan una mejora del clima familiar. En este sentido, los hijos de familias separadas que se siguen enfrentando a altos niveles de conflicto familiar, muestran bajos niveles de autoestima a largo plazo, por lo que la calidad de las relaciones familiares parece jugar un papel importante en su adaptación personal (Amato, 1986; Barnes, 1999; Bishop, 1989, cit. en Everett, 1992; Cantón, Corté y Justicia, 2002; Hetherington, 1999, 2003; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999; Whiteside y Becker, 2000). Así, aunque el divorcio de los padres no tiene por qué convertir a sus hijos en enfermos mentales, hay estudios que demuestran que éstos acuden más al pediatra o al psiquiatra que el resto (Kurdek y Berg, 1987; Pryor y Rodgers, 2001; Zill, Morrison y Coiro, 1993). En relación con el tema, Mardomingo (1987, cit. en Caballed, Comellas y Mardomingo, 1998) observó que el 30% de los sujetos cuyos padres estaban divorciados necesitaban tratamiento antes de llegar a la adolescencia, frente al 10% de los que vivían con ambos padres. Además, antes de ser adultos, el 40% de la muestra explorada recibió algún tipo de psicoterapia.

Por último, señalar que también puede ocurrir que la ruptura traiga consigo la experiencia de emociones positivas. Así, algunos autores encuentran en sus investigaciones que los hijos se sienten aliviados y mejor emocionalmente cuando han vivido situaciones altamente conflictivas y sus padres se divorcian, que cuando sus padres siguen juntos (Hanson, 1999; Morrison y Coiro, 1999; Strohschein, 2005). También, hay casos en los que los hijos han sufrido en primera persona el maltrato o el abuso por parte de alguno de sus progenitores. Si fuera por parte del progenitor no custodio, la ruptura les ofrece la oportunidad de distanciarse de dicha figura. En estos casos los hijos sienten alivio y tranquilidad al saber que este progenitor ya no volverá a convivir con ellos en el mismo hogar (Rojas, 2008). De hecho, en los hogares donde se da el maltrato entre los adultos, es más probable que los hijos también lo sufran (Ellis, 2000). Por tanto, evadir la situación de maltrato favorece la reducción de los problemas de comportamiento de los hijos y favorece su ajuste emocional (Davis y Cummings, 1994). No obstante, también puede ocurrir el fenómeno contrario, ya que Afifi, Boman, Fleisher y Sareen (2009) encontraron que la experiencia de divorcio en situaciones de alto conflicto puede incrementar la probabilidad de sufrir abusos, e incluso, la probabilidad de suicidios en los hijos.

Problemas de comportamiento

Durante el proceso de separación y tras la ruptura definitiva de la pareja, los hijos pueden llegar a mostrar importantes cambios en su comportamiento. El enfado y la angustia que sienten puede llevarles a manifestarse crispados con el mundo y con todos los que están a su alrededor. Por tanto, no es extraño que las primeras reacciones de tipo disruptivo se observen en los contextos más inmediatos en los que participan. Por ejemplo, dentro de sus hogares, desobedeciendo a sus padres (Emery, 1999; González, 2000; Greif, 1997; Kitson y Holmes, 1992; Poussin y Martin, 2005; Wallerstein y Blakeslee, 2003) o mostrando rechazo o enfado hacia el progenitor no custodio (Adler y Archambault, 1990, cit. en Kenny, 2000; López et al., 2000); o dentro del ámbito escolar, presentando problemas en la relación con sus profesores y compañeros del colegio (Fernández y Godoy, 2002; Kenny, 2000; Laumann-Billings y Emery, 2000; Lee, Beauregard y Bax, 2005). Al hilo de este último aspecto, Hetherington y Kelly (2005) observaron que los adolescentes varones pueden llegar a convertirse en lo que ellas denominan "*abusones incompetentes*", que se dedican a agredir a otros niños pero sin alcanzar el éxito dentro del grupo de iguales, o en "*abusones competentes*", cuando sí se hacen populares dentro del grupo.

De cualquier modo, diversas variables pueden intervenir en la aparición de estos efectos, especialmente en lo que se refiere a cómo se lleva a cabo el proceso de ruptura. En función de ello podemos encontrar hijos que responden pasivamente, con calma e incluso con alegría ante la nueva situación familiar, mientras que otros exhiben graves problemas de comportamiento que pueden incluir actitudes autodestructivas, robos o conductas violentas (Greif, 1997). Normalmente, este tipo de reacciones aparecen en hijos cuyos padres están tan centrados en sus problemas que se olvidan de que sus hijos los necesitan y requieren de su atención (González, 2000). En estos casos no es extraño encontrar que estos menores muestren mayores niveles de agresión y desorden en la conducta frente a los hijos de familias intactas (Grych y Fincham, 1992; Laumann-Billings y Emery, 2000; Long, Slater, Forenhand y Fauber, 1988; Zill et al., 1993). No obstante, en otros estudios no se han encontrado dichas diferencias (Greenberg y Nay, 1982, cit. en López et al., 2000). Probablemente, la variable que afecta en la aparición de estos comportamientos no es el hecho en sí mismo de la ruptura parental, sino más bien el tener que enfrentarse al conflicto entre los padres. Por ello, cuando la separación

supone el final de las disputas, no tienen por qué observarse más problemas de comportamiento que los observados en familias intactas.

También la edad en el momento de la ruptura puede afectar a los resultados. Así por ejemplo, en el estudio de Burt, Barnes, McGue e Iacono (2008), la asociación entre el divorcio y la aparición de conductas delincuentes en los hijos se daba tan sólo cuando estos últimos se encontraban en la etapa de la adolescencia, pero no con hijos de menor edad.

Otro tipo de efecto no deseado es la posibilidad de adquirir nuevos vicios tras la ruptura parental como forma de abstraerse de la realidad y buscar nuevas sensaciones. Normalmente este resultado se deriva de la reducción de atención parental que reciben los hijos, lo que puede llevarles a relacionarse con otros adolescentes que presentan conductas disruptivas o desviadas, y que pueden estar en contacto con el mundo de las drogas y/o del alcohol (Amato y Keith, 1991). Estos hechos pueden impulsar la aparición de problemas de comportamiento y de adaptación social (Doherty y Needle, 1991; Forehand, McCombs, 1992; Greif, 1997; Hetherington y Kelly, 2005; Pryor y Rodgers, 2001; Rodríguez, 2003; Wallerstein et al., 2001). En relación con el tema, D`Onofrio et al. (2006) encontraron que los problemas en el matrimonio no estaban asociados con problemas de alcohol o de fumar cigarrillos en los hijos, pero la experiencia de la separación parental antes de los 16 años sí que se asociaba a tales vicios. Por su parte, Gil, Vega y Biafora (1998) encontraron en un estudio longitudinal que los adolescentes de familias intactas tenían menores índices de consumo frente a los de familias separadas. También Farrell y White (1998) encontraron que el grupo de iguales con comportamientos disruptivos se relacionaba con el consumo de drogas, pero esta relación estaba mediatizada por la estructura familiar, siendo los hijos de familias separadas quienes presentaban mayores índices de consumo frente a los hijos de familias intactas. Investigaciones más recientes como la de Thompson Jr., Lizardi, Keyes y Hasin (2008) encuentran también relación entre pertenecer a una familia separada y los problemas de alcohol en los hijos, a lo que se suma además el consumo de drogas y alcohol por parte de los padres, incrementando aún más las probabilidades de problemas de adicción en los hijos.

Tal como señala González (2000), la falta de atención y seguridad por parte de los padres hace que estos menores busquen protección y apoyo en algún amigo especial

o en el grupo de iguales. Por desgracia, muchos de ellos no tendrán muchas posibilidades para encontrar un nuevo equilibrio en sus vidas.

Problemas académicos

En el apartado anterior se comentó que la ruptura familiar puede generar importantes cambios en el comportamiento de los hijos, lo que se pone claramente de manifiesto tanto en el ámbito familiar como en el escolar. Por ello no es extraño que los maestros de escuelas informen que, aproximadamente dos terceras partes del alumnado cuyos padres se separan, muestran grandes cambios de adaptación en la escuela tras dicho evento (Castells, 2009; González, 2000). En un primer momento los cambios pueden llevar a manifestar más problemas de tipo internalizante y externalizante, pero con el tiempo, si se mantiene el conflicto familiar, también tendrán importantes repercusiones en sus notas (Lansford et al., 2006).

Así, son numerosos los estudios que muestran que los niños y los adolescentes de familias divorciadas muestran más problemas académicos que los de familias intactas (Amato y Keith, 1991; DeGarmo et al., 1999; Emery, 1999; Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997; Grych y Fincham, 1992; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Kitson y Holmes, 1992; Linder, Stanley-Hagan y Brown, 1992; Simons y Asociados, 1996; Størksen et al., 2006). Incluso se han encontrado efectos en hijos de mayor edad. Por ejemplo, McLanahan y Sandefur (1994, cit. en Dowling y Gorell, 2008) analizaron datos de 5 naciones diferentes respecto a los índices de fracaso en los jóvenes, y encontraron que el riesgo de abandono de los estudios universitarios se daba dos veces más en hijos de familias divorciadas que en los de familias intactas. No obstante, en algunos casos, cuando se observa el tamaño de los efectos al comparar los resultados obtenidos por los hijos de ambos tipos de familias, se comprueba que éstos son pequeños (Amato y Keith, 1991).

La principal razón de la desadaptación escolar es la crisis que viven los hijos a la hora de enfrentar los numerosos cambios derivados de la ruptura, que se puede ver acrecentada si la ruptura se caracteriza por un alto nivel de conflicto entre los progenitores. Por ello es bastante común observar en los hijos de familias separadas altas tasas de ansiedad e impulsividad, falta de atención y de concentración, que hagan

comentarios irrelevantes, que promuevan enfrentamientos con sus compañeros y profesores, etc., lo cual interfiere en sus logros académicos y en su aprendizaje (Kenny, 2000).

Varios factores van a influir en los efectos que se observen en cada caso. El principal de todos es el grado de compromiso de los padres para intentar que la ruptura afecte lo menos posible a sus hijos. Ello supone enfrentarles al menor grado de conflicto posible tras la ruptura. En estos casos los efectos se reducen y la adaptación a la nueva condición familiar se acelera. Cuando ello no ocurre, lo normal que se observe es una clara reducción de la atención y supervisión parental cuyos efectos negativos alcanzan también el ámbito académico. Así, tanto el conflicto parental como el divorcio en sí mismo, reducen la atención y el apoyo que promueven los padres hacia sus hijos, lo cual dificulta que haya un buen ambiente de tipo académico en el hogar, una constante supervisión de las tareas académicas y una buena comunicación con el colegio (Forehand, McCombs, Long, Brody y Fauber, 1988).

Por otra parte, la figura del maestro o tutor puede ser relevante para servir de apoyo a estos niños y adolescentes durante el tránsito de la ruptura, ya que podría ocurrir que éstos busquen en la escuela a un padre/madre idealizado/a en un momento de gran desorganización en su vida personal (Castells, 2009). Por ello, algunos chicos y chicas dirigen su interés hacia los logros académicos, por ser el contexto formativo el que presenta una mayor coherencia y un mayor feed-back positivo en respuesta a sus esfuerzos. De cualquier modo, el nivel educativo familiar es una de las variables que más parece influir en el rendimiento académico de los hijos. En este sentido, Rodgers y Rose (2002) encontraron que los hijos de familias con un nivel educativo alto presentan un mayor rendimiento académico, independientemente de si están separados o no. También Fischer (2007) encontró que un alto nivel educativo en la madre influye en una mejora académica en los hijos, ya que ofrece mayor apoyo en las tareas escolares.

Otra variable que parece estar mediando en los efectos del divorcio y los resultados académicos es el nivel de ingresos familiar. Por ejemplo, McLanahan y Sandefur (1999, cit. en Hetherington, 1999) encontraron que los hijos de familias separadas tienen menor rendimiento académico que aquéllos de familias intactas, pero sólo cuando los ingresos de los primeros son inferiores que los de los segundos. En este sentido, el nivel económico se puede relacionar con una menor motivación en los hijos

hacia las tareas escolares por carecer de los estímulos y apoyos necesarios para abordarlas con éxito (Mulholland et al., 1991, cit. en Morgado, 2008).

Cambios en la relación con los progenitores

En el capítulo anterior ya se empezaron a esbozar las consecuencias de la separación de los padres en la dinámica familiar, y en especial en lo que se refiere a la relación parento-filial. Aquí se retomará de nuevo el tema, por la importancia que tiene en la vida de los hijos.

El principal cambio en las relaciones con los progenitores se relaciona con el tipo de custodia por la que se opte. Si ésta fuera compartida, los hijos mantienen un alto grado de contacto con ambos progenitores, con los beneficios que ello conlleva. Señalar que normalmente se opta por esta opción cuando el grado de conflicto familiar es bajo o inexistente. En estos casos, tal y como señalan Braver y Bauserman (2002, cit. en Braver, Ellman y Fabricius, 2003), los hijos muestran mejores niveles de adaptación personal (v.g., en las relaciones familiares, en su autoestima, en su adaptación emocional y comportamental, etc.) y mayor grado de aceptación de la condición familiar, frente a los que están sólo bajo la custodia de un progenitor.

De cualquier modo, ya se ha señalado que en España, igual que en otros muchos países, la custodia recae mayoritariamente en la madre. Ello va a suponer una reducción considerable en el contacto que sostienen los hijos con el progenitor que no recibe la custodia, normalmente el padre varón (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Buchanan, Maccoby y Dornbusch, 1996; Ellis, 2000; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Moxnes, 2003). Esta circunstancia, junto con el resto de los cambios que deben afrontar tras la ruptura, es muy estresante para los hijos (Kelly, 2003). Aún así, muchos menores cuyas madres tienen la custodia, sobrellevan bastante bien el divorcio cuando consiguen ver frecuentemente a sus padres no custodios. Así, Whiteside y Becker (2000) observaron que las relaciones entre los progenitores no custodios y sus hijos mejoraban cuanto más contacto existía entre ellos, ya que se daban más situaciones de comunicación, hacían más actividades juntos y compartían más experiencias vitales. No obstante, el grado de beneficio promovido por dicha relación dependerá de que los conflictos entre los progenitores sean de baja intensidad y de que

el padre custodio se encuentre emocionalmente estable (Amato y Gilbreth, 1999; Braver et al., 2003; Carlson 2006; Dunn, Chen, O`Connor y Bridges, 2004; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999).

Mantener el contacto facilita, por tanto, la adaptación de los hijos, ya que la mayoría de ellos desea seguir viendo a sus progenitores no custodios por considerar que son figuras importantes y significativas para ellos. Por esta razón, muchos hijos de familias divorciadas/separadas describen la reducción del contacto como el aspecto más negativo del divorcio (Pryor y Rodgers, 2001). El problema es que en algunas ocasiones la separación se hace más extrema, ya que algunos padres no sólo se separan de su pareja y abandonan el hogar conyugal, sino que también abandonan a sus hijos y pierden el contacto con éstos para siempre. En un estudio realizado por Braver y O`Connell (1998), dos años después de la ruptura, entre el 18 y el 25% de los hijos de familias separadas no tenía ningún contacto con el progenitor no custodio, es decir, con el padre, y tan sólo entre el 20 y el 30% lo veía una vez en semana.

Los efectos derivados de la reducción y/o pérdida de contacto con el progenitor no custodio son variados y pueden generar importantes secuelas, dependiendo de cada caso. Por ejemplo, un hijo puede interpretar la partida del progenitor de la casa erróneamente, pensando que ya no le quiere o que ya no se interesa por él. Ello puede hacer que se sienta enfadado y resentido hacia dicho progenitor, pero también que se sienta abandonado y deprimido. Estos sentimientos, junto con la experiencia de la ruptura familiar, pueden llevar a los hijos a perder la confianza en los miembros adultos de la familia, y con ello, a aprender también a desconfiar de la gente adulta en general. Esta desconfianza se hace más significativa en relación con el progenitor no custodio, llegando incluso a desidealizarle (Castells, 2009; Fernández y Godoy, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Poussin y Martin, 2005). Este hecho se puede agravar aún más cuando el progenitor no custodio reside lejos de donde lo hacen sus hijos, porque se complican aún más las posibilidades de contacto.

Al respecto, Braver et al. (2003) encontraron que en los casos de lejanía física del progenitor no custodio, era más probable que los hijos recibieran menos apoyo financiero de su parte. Además, en dichas situaciones los hijos se mostraban más preocupados por el apoyo que éstos les pudieran dar; manifestaron mayor hostilidad en sus relaciones interpersonales; sufrieron más angustia por la ruptura de sus padres; percibían que el apoyo emocional proporcionado por sus padres era escaso;

consideraban que no eran buenos modelos de identificación; y percibían de forma negativa la relación que existía entre ambos progenitores. También percibían que tenían importantes problemas emocionales, y manifestaban un grado considerable de insatisfacción con su vida. En este sentido, también Kurdek y Berg (1987) comprobaron que cuanto peor es la imagen que tienen los hijos respecto al divorcio de sus padres, peor concepto tienen de la relación que sostienen con ellos.

Otros trabajos también muestran nuevos efectos relacionados con la reducción del contacto con el progenitor no custodio. Margaret Brinig (2005, cit. en Bandera, 2005), en un estudio realizado con una muestra de 20.000 menores de secundaria, de los cuales 3.000 eran hijos de divorciados y vivían con sus madres, encontró que el escaso contacto (pocas veces en el año) mantenido por los hijos con sus padres varones incrementaba la probabilidad de que sufrieran una depresión, e incluso, que los hijos manifestaran miedos irracionales a morir jóvenes. Por el contrario, los hijos que sostenían un contacto más o menos frecuente (varias veces a la semana o al mes), tenían menos probabilidad de padecer algún problema adictivo que los que apenas se relacionaban con sus padres.

Otro efecto de la pérdida de contacto con el progenitor no custodio se refiere al hecho de carecer de un modelo con quien identificarse. Por ejemplo, algunos autores afirman que la ausencia de la figura paterna afecta al desarrollo psicosexual de los hijos, especialmente en los varones, a la hora de desarrollar su identidad masculina. Ello podría tener consecuencias en su ajuste social y en las futuras relaciones sentimentales que establezcan (Buchanan et al., 1996; Fernández y Godoy, 2002; Guttmann, 1993). Asumir esta afirmación de manera tan drástica significaría negar el efecto del contexto social circundante de los hijos, en los que se exponen a numerosos modelos masculinos y femeninos que contribuyen a dicho desarrollo. Lo que sí es cierto es que los padres son figuras relevantes para los hijos, y que actúan como importantes modelos para ellos. Por ejemplo, Stamps, Booth y King (2009) encontraron que los hijos de ambos sexos mostraban una participación similar, a nivel cuantitativo, en actividades compartidas con el progenitor no custodio. Pero a nivel cualitativo, los chicos compartieron más actividades socialmente adscritas a su sexo con sus padres (v.g., practicar determinados deportes), lo que les llevaba a percibir una relación más estrecha con sus padres frente a las chicas. No obstante, recordar de nuevo que los padres no son la única fuente de influencia para el desarrollo de la adscripción sexual de los hijos.

Otras variables pueden modular también el grado de contacto que sostienen los hijos con el progenitor que se va del hogar, además del tipo de custodia elegida o designada, de la relación que sostienen sus padres tras la separación, o del grado de lejanía física entre los hogares en los que viven los padres y los hijos. Se analizarán a continuación nuevos factores aún no comentados.

El primero de ellos es la relación que sostienen los hijos con el progenitor que ejerce la custodia. Kenyon y Koerner (2008) encontraron que los hijos que sostienen una relación intensa con sus madres y se identifican fuertemente con los sentimientos de éstas, son más susceptibles de tener una pobre relación con sus padres cuando sus madres hablan mal de ellos después de la separación.

Además, el tipo de relación establecida entre padres e hijos antes de la ruptura también va a marcar, en cierto modo, la pauta que se observará posteriormente. Así, cuando la relación entre el padre y los hijos era buena antes de la separación, es muy probable que ésta siga siéndolo tras la ruptura (Greif, 1997).

También puede ocurrir que los hijos, con el paso del tiempo, vayan distanciando su contacto con sus progenitores no custodios, especialmente al llegar a la adolescencia, periodo en el que la relación con los iguales empieza a competir con el tiempo disponible para el cumplimiento del régimen de visitas (Poussin y Martin, 2005; White, Brinkerhoff y Booth, 1985, cit. en López et al., 2000). Ello puede debilitar el lazo afectivo que tenía con éste, a pesar del esfuerzo que hacen muchos padres por mantener la relación.

Otro factor relevante es el hecho de que sus padres vuelvan a rehacer sus vidas con otras personas y a formar otra unidad familiar. Por ejemplo, Guzzo (2009) encontró que los padres varones veían menos a sus hijos cuando las madres tenían una nueva pareja estable, si éste vivía en la misma casa y si la nueva pareja se comprometía con el cuidado y las actividades de los hijos. Esto podría deberse al hecho de que los padres se sienten más incómodos con la presencia de esta nueva figura en la vida de sus hijos. Por otra parte, Zill et al. (1993) analizó el comportamiento de los hijos que vivían con las parejas de sus padres. Si residían con la madre y la pareja de ésta, el grado de contacto con el padre biológico no se relacionaba con los problemas de comportamiento que presentaban los hijos. Sin embargo, si residían con el padre y su nueva pareja, aparecían menos problemas siempre que el contacto con la madre no custodia sí fuera frecuente,

por lo que en este caso el grado de contacto sí estaba influyendo. Estos son algunos ejemplos de los efectos de la reconstitución familiar en las relaciones parento-filiales.

Hasta ahora, los argumentos presentados destacan la importancia de la frecuencia de contacto sostenida entre el progenitor no custodio y sus hijos. Sin embargo, otros autores consideran que no es tanto la frecuencia del contacto sino la estabilidad en la regularidad de las visitas lo que realmente importa (Fernández y Godoy, 2002; Healy, Melley y Stewart, 1990, cit. en Fabricius y Luecken, 2007). Esto es así ya que los hijos necesitan recuperar la seguridad en las relaciones para adaptarse a la ruptura parental, y dicho convencimiento sólo se adquiere con la reiteración del contacto que fortalece la expectativa de la permanencia de la relación.

También algunos autores dan prioridad a la calidad de las relaciones frente a la cantidad de contactos (Carlson 2006; Dunn et al., 2004; Pryor y Rodgers, 2001; Sobolewsky y King, 2005; Whiteside y Becker, 2000). En este sentido, Trinder, Kellet y Swift (2008) encuentran un menor ajuste en los hijos que tenían un alto grado de contacto, pero quienes se enfrentan a altos niveles de conflicto entre sus padres por la custodia de los hijos, frente a aquéllos que tenían un menor contacto, pero caracterizado por situaciones más relajadas. De nuevo se observa la interdependencia de variables, y más específicamente, la importancia de la permanencia del conflicto en el nivel de desajuste que muestran los hijos posteriormente a la ruptura. Por su parte, Amato y Gilbreth (1999) afirman que el bienestar de los hijos está asociado a la calidad de la relación que mantienen tras la ruptura con el progenitor no custodio y con la implicación que éste muestre en su educación y en su vida. Así, una buena relación con el padre puede hacer que disminuyan los problemas en los hijos tras la ruptura (King, 2006). También Morgado et al. (2007) encuentran que los hijos que tienen una mejor visión de la ruptura de sus padres, son quienes mantienen contactos frecuentes con el no custodio, sus progenitores tienen buena relación, y a quienes se les comunicó la decisión de la separación antes que esta se llevara a cabo. Por el contrario, cuando la relación entre el progenitor no custodio y sus hijos existe, pero es débil, apenas se observan beneficios para éstos (Lamb, 1999).

Comentar, no obstante, que existe disparidad en los resultados de las diferentes investigaciones. En la mayoría de los casos parece observarse una relación entre el grado de contacto y/o el tipo de contacto y el nivel de ajuste de los hijos. Pero no en todos los estudios ha quedado patente dicha relación. Por citar algunos ejemplos,

Fustenberg y Cherling (1991) y King (2006) no encontraron relación alguna entre la frecuencia de contacto entre el padre y los hijos y el ajuste de estos últimos. También Hetherington (1999) observó en un estudio que los contactos con el progenitor no custodio no influían en la aparición de problemas de conducta en las hijas.

Hasta aquí se han comentado los principales cambios que se observan en la relación de los hijos con el progenitor no custodio. Conviene ahora resaltar que la ruptura también va a ejercer efectos en la relación con el custodio, ya que los sentimientos de angustia, rabia o de inconformidad con la separación, pueden dirigirse hacia quien tiene la custodia. Por ejemplo, esta realidad es bastante común cuando se culpa al custodio, normalmente la madre, de la ruptura. Así, algunos hijos son capaces de crear situaciones tensas y conflictivas cuando están con el progenitor custodio para castigarles por la ruptura de la familia, ya sea mostrando su rechazo abiertamente, incumpliendo las normas, o sobrepasando los límites impuestos por dicha figura (Koerner et al., 2004). En estas ocasiones, la adscripción de culpabilidad al custodio se relaciona también con un ajuste negativo a la nueva situación familiar (Wolchik et al., 2000).

Por otra parte, y tal como se comentó en el capítulo anterior, los progenitores custodios deben afrontar numerosas responsabilidades (dentro y fuera del hogar), lo que hace que puedan sufrir grandes dosis de estrés y de nerviosismo, que pueden llegar a afectar a las relaciones con sus hijos. Ello puede dificultar, en gran medida, la relación con éstos. Así, estos factores pueden desencadenar prácticas educativas inadecuadas como es el caso de la falta de afecto y comunicación, la aplicación de prácticas coercitivas, o por el contrario, de prácticas permisivas (caracterizadas por la falta de límites normalmente por la pena de haber enfrentado a los hijos a la ruptura familiar). Cualquiera de ellas puede acarrear numerosos problemas en los hijos (Carlson, 2006; DeGarmo et al., 1999; Hetherington, 1993; 2003; Hetherington et al., 1998; Simons y Asociados, 1996; Vandervalk et al., 2008). También puede ocurrir que lleguen a presionar a los hijos para que éstos se impliquen en múltiples actividades o tareas, tratando de que alcancen rendimientos óptimos, para así satisfacer sus expectativas respecto a lo que sería un hijo ideal (Darnall, 1998; Guttmann, 1993).

Qué duda cabe que hay que poner una gran atención en las prácticas educativas aplicadas por los padres, ya que ejercen importantes efectos en el desarrollo y adaptación de los hijos. Más si tenemos en cuenta que la ruptura parental puede forzar

cambios en su aplicación que pueden perjudicar la adaptación de los hijos a su nueva condición familiar. Por ejemplo, es más fácil que ahora exista una menor coherencia educativa inter-parental, ya que las experiencias de cada progenitor son diferentes según sea su condición de custodio o no (Cantón et al., 2007).

También es posible encontrar casos en los que los hijos se aprovechan de la ruptura para chantajear a los padres y obtener beneficios, sacando partido del momento de confusión y dudas por el que atraviesan sus padres (Castells, 2009). Esto es bastante común cuando alguno de los padres - o ambos- ha comenzado a luchar por el cariño del hijo haciéndole regalos o mostrándose más permisivo que de costumbre con el fin de que éste no se traumatice por la separación (Fernández y Godoy, 2002; Laumann-Billings y Emery, 2000; Rodríguez, 2003). La culpabilidad, las alteraciones psicológicas y la tendencia a cubrir las necesidades de los hijos, hacen que muchos progenitores pierdan el rumbo hacia dónde dirigir sus actuaciones educativas (Poussin y Martin, 2005). Esto es importante que se regule pronto, o las consecuencias negativas sobre los hijos se multiplicarán.

Por otra parte, los sentimientos y las actitudes que manifiesta el custodio ante los nuevos acontecimientos, son vividos y experimentados por las personas con las que convive, en este caso, por los hijos. Así, y tal como se señaló anteriormente, si la relación entre ambos padres no ha acabado bien, la madre puede desahogarse con sus hijos, intentando transmitir una imagen negativa del no custodio. Por ejemplo, Kenyon y Koerner (2008) observaron que muchas madres hacían todo lo posible para que las hijas vieran al padre como el culpable de la separación, generando en éstas rechazo y rabia hacia dicha figura. No obstante, puede ocurrir el efecto contrario al deseado, esto es, que el odio y la rabia mostrado por el custodio hacia el no custodio, ante los hijos, actúe como un efecto búmeran, y sus hijos dirijan esas mismas emociones hacia el custodio, a modo de reactancia (Fernández y Godoy, 2002). Por tanto, esta actitud puede condicionar también la relación que sostiene el custodio con sus hijos. Sin embargo, cuando el custodio mantiene una relación basada en el afecto, la comunicación y la aplicación de unas normas coherentes, los hijos se adaptan mucho mejor al proceso de separación parental (DeGarmo et al., 1999).

En general, lo que suele ocurrir en la mayoría de las ocasiones es que, pasado un tiempo tras la ruptura, se inicia la adaptación y habituación a la nueva condición familiar, y las emociones más disruptivas empiezan a dejar paso a la calma y al sosiego.

Ello hace que también otros efectos negativos reduzcan su presencia en la dinámica familiar, lo que facilita que con el tiempo se regulen mejor las relaciones entre el custodio y sus hijos. Al respecto, Arditti (1999) observó que jóvenes universitarios cuyos padres se habían separado cuando ellos eran pequeños, mantenían en la actualidad una relación bastante estrecha y positiva con el progenitor custodio. Esto es bastante normal si entendemos que el contacto con el progenitor custodio se suele intensificar tras la ruptura, lo que fortalece normalmente la relación (Dowling y Gorell, 2008; Koerner et al., 2004; Leadbeater, Kuperminc, Blatt y Hertzog, 1999; Noller, Feeney, Sheehan, Darlington y Rogers, 2008).

De cualquier modo, destacar que quienes tienen un mejor ajuste psicológico tras la separación suelen ser los hijos que mantienen una buena relación con ambos progenitores (King, 2006). Sin embargo, y por desgracia, algunos hijos siguen encontrándose con múltiples e intensos problemas asociados a desavenencias entre sus padres después de la separación. Quizás uno de los efectos más estudiados y que mayor relevancia entraña para la salud psíquica del niño es el llamado *síndrome de alienación parental* (Aguilar 2004; Dowling y Gorell, 2008; Johnston, 2003; Mitcham-Smith y Henry, 2007; Stahl, 2000). Para Luengo y Coca (2007):

> El síndrome de alienación parental es el resultado de un proceso de programación perversa e interesada de uno de los progenitores hacia sus hijos, urdido con una clara intención: la de excluir al otro progenitor del campo afectivo y relacional de los niños, es decir, <<extirparlo>> de sus vidas, utilizando para ello estrategias de denigración, desvalorización y humillación (p. 16).

En estas ocasiones los hijos se ven en medio de una guerra en la que no han decidido participar. Así, se les atribuye el papel de mensajeros de información cruzada entre sus progenitores, hecho que altera gravemente su desarrollo emocional, o son manipulados para que tomen partido por uno u otro progenitor, para hacer daño al ex cónyuge, o para sonsacarle información sobre la vida de la ex pareja. Por un lado, saben que si no contestan, desagradan a uno de sus padres, y si contestan, sus respuestas provocarán un enfrentamiento entre sus progenitores. También pueden verse obligados a tener que elegir con quién quedarse o a tener que quedarse de manera forzosa con uno

de ellos, colocándoles en un conflicto de lealtades. Ello genera gran confusión en los hijos y altos niveles de tensión ya que no quieren defraudar a ninguno de sus padres.

Ante esta realidad, las reacciones de los hijos pueden ser de fuerte alianza con uno de los padres, cambiar alianzas con ambos padres y/o el total rechazo hacia ambos (Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997). Todo ello lleva a los hijos a padecer situaciones de angustia, ansiedad y tristeza. Se vuelven más reservados y más serios, y algunos evitan quedarse a solas con el padre/madre para no ser interrogados (Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997; Tamborero, 2001).

Cambios en las relaciones fraternas y con los amigos

Existen dos importantes contextos de interacción con los iguales que son las relaciones entre los hermanos y las relaciones con los amigos. Su importancia estriba en que tanto los hermanos como los amigos pueden ser fuentes de apoyo o fuentes de conflicto para los hijos, y toman mayor relevancia en la adolescencia. Se analizarán brevemente los cambios que pueden surgir en dichas relaciones derivados de la ruptura parental.

El conflicto parental, ya sea en familias intactas, separadas/divorciadas o reconstituidas, repercute de forma significativa no sólo en las relaciones parento-filiales sino también en las fraternas. A pesar de que existen menos estudios que analicen las repercusiones de la ruptura familiar en las relaciones fraternas, sí se han descubierto algunos resultados de interés que se pasan a comentar.

El estrés, la preocupación y un cierto descuido de las obligaciones parentales en los primeros momentos de la separación, pueden hacer que un progenitor sea menos neutral o imparcial con alguno de sus hijos, y no los trate de manera similar en cuanto a la atención y apoyo que puedan necesitar. Según Wallerstein y Lewis (2007), este hecho se pone de manifiesto en más de la mitad de las familias de su estudio, observándose una mayor atención hacia los hijos mayores, en detrimento de los más pequeños.

Por ello, dentro del subsistema fraterno pueden surgir dos posibles situaciones estresantes que acompañan a la ruptura cuando el progenitor no se interesa suficientemente por sus hijos, no les ofrece el apoyo que requieren en esos momentos o es incompetente en sus tareas parentales. La primera es llegar a pensar que los adultos

no son de fiar y que no pueden contar con ellos, por lo que pueden formar una alianza con sus hermanos para enfrentar las dificultades que se les presenten. Esta situación lo que hace es reforzar la relación entre los hermanos. Por ejemplo, Abbey y Dallos (2004) encontraron que la experiencia del divorcio produjo un fuerte incremento de proximidad, intimidad y apego entre las hermanas, lo que les ayudaba a enfrentar el conflicto familiar. En este sentido, Kier y Lewis (1998, cit. en Dowling y Gorell, 2008) afirman que la unión entre los hermanos es aún más significativa cuando ambos pertenecen al mismo sexo. Este apoyo reforzado por la situación familiar puede llevar a algunos hermanos a ejercer funciones de atención, apoyo y cuidado sobre los otros, tareas propias de sus progenitores, produciéndose por tanto una inversión de roles (Cantón et al, 2007; Emery, 1999; Fernández y Godoy, 2002; Peris, Goeke-Morey, Cummings y Emery, 2008; Stahl, 2000; Thompson y Amato, 1999; Wallerstein y Blakeslee, 2003).

Una segunda situación que se podría encontrar derivada de la discriminación parental hacia los hijos anteriormente comentada, y en este caso, como un claro efecto negativo, es la posibilidad de que los hermanos compitan por ser los preferidos de algún progenitor (o de ambos), o por conseguir las mejores atenciones por su parte. Esta situación produce un alto nivel de estrés en los hijos, al fomentar la rivalidad entre los hermanos (Hetherington y Kelly, 2005). La principal consecuencia es el desarrollo de una relación negativa entre los hermanos y su distanciamiento afectivo (Conger y Conger, 1994; Noller et al., 2008). Así mismo, esta realidad reduce las fuentes de apoyo de los hijos para enfrentar el tránsito de la ruptura familiar, e introduce nuevas fuentes de estrés y conflicto en sus vidas.

La ruptura familiar también puede tener importantes efectos en la adaptación social de los hijos con sus iguales, tanto a nivel positivo como negativo. Así, algunos estudios sugieren que los hijos de familias divorciadas tienen dificultades en sus interacciones sociales (Hetherington, Cox y Cox, 1979, 1982, cit. en Greif, 1997). Por ejemplo, se ha observado que los hijos de familias divorciadas muestran menores niveles de destrezas prosociales que los de familias intactas (Forehand et al., 1988; Thompson y Amato, 1999). En la misma línea, Lindsey et al. (2006) encontraron que los hijos de familias divorciadas tienen menos amigos y las amistades son de peor calidad que los hijos de familias intactas.

Por el contrario, otros autores resaltan algunos efectos positivos del divorcio, como es el caso de Gilby y Pederson (1982, cit. en Hetherington, 1993), quienes encontraron que tras la separación de los padres, los hijos son más capaces de tener en cuenta a los otros y mejoran sus relaciones interpersonales, lo que beneficia el hecho de que tengan más amigos y puedan compartir con ellos sus problemas y sus sentimientos respecto a la situación que estaban viviendo. Destacar la importancia de los amigos, especialmente para los hijos que están en la adolescencia, cuando se produce la ruptura familiar, ya que Criss et al., (2002) encontraron que el hecho de tener amigos y de relacionarse de forma significativa con ellos, actuaba como protección ante los problemas familiares.

Cambios cognitivos y personales.

También en este caso hay que considerar que la ruptura parental puede ejercer efectos positivos y negativos sobre los hijos, dependiendo de numerosas variables entre las que habría que destacar el grado de conflicto que caracteriza la separación, el modo con que actúan los padres para evitar que sufran más de lo debido y la capacidad cognitiva de los hijos en el momento en que se produce la ruptura. En este sentido, Goodman, Barfoot, Frye y Belli (1999) encontraron que los conflictos de los padres pueden conllevar efectos positivos en los hijos, ya que si los progenitores usan buenas estrategias para resolver sus conflictos, los hijos aprenden a utilizar dichas estrategias para enfrentar sus propios problemas.

Por otra parte, vivir la experiencia de separación/divorcio de los padres puede llevar a los hijos a ser más autónomos, ya que tienen menos supervisión por parte de los adultos, pasan menos tiempo en su compañía y tienen una mayor influencia en la toma de decisiones familiares. Por todo ello, pueden salir de la situación más reforzados y más maduros (González, 2000). El caso contrario sería cuando los padres los sobreprotegen o actúan de forma extremadamente permisiva con ellos. Dichas prácticas provocarían efectos contrarios de mayor inmadurez personal, ya que los hijos se vuelven más egoístas y caprichosos (Fernández y Godoy, 2002; Rodríguez, 2003).

A su vez, cuanto más autosuficientes sean los hijos, especialmente los adolescentes, sobre todo a nivel emocional, más se defenderán de las posibles presiones

que traten de ejercer sobre ellos sus progenitores, menos idealizados tendrán a sus padres, y menos ayuda pedirán a los mismos (Baete y Kenyon, 2008). Además, cuanto más independientes y autónomos sean los hijos, más intentarán mantenerse a cierta distancia de lo que ocurre en su contexto familiar, buscando la distracción y el apoyo en otros contextos (Rodríguez, 2003).

En relación con los aspectos hasta ahora señalados, comentar que también los hijos de familias separadas pueden mostrar una madurez superior a la de sus compañeros de edad similar (Greif, 1997). Esa mayor madurez y responsabilidad se acompaña de una mayor capacidad para ponerse en el lugar de los otros, lo que redunda en la adaptación psicológica que muestran algunos de estos menores (Emery, 1999, Hetherington, 1999). Estos avances son más notorios cuando los hijos se encuentran en la etapa de la adolescencia, y les vale como herramientas para desenvolverse mejor en la vida (Castells, 2009).

Pero a veces, la mayor madurez que muestran se deriva del hecho de asumir roles que no les corresponden, tanto durante el proceso de separación o divorcio como tras éste, convirtiéndose entonces en un efecto negativo para ellos (Buchanan et al., 1996). Así, los hijos pueden llegar a asumir la responsabilidad de atender y proteger su casa, cuidar de sus hermanos y cargar con la responsabilidad de hacer que la familia siga unida (Dowling y Gorell, 2008; Emery, 1999; Stahl, 2000; Thompson y Amato, 1999; Wallerstein y Blakeslee, 2003; Wallerstein et al., 2001). Responsabilizarse del cuidado de los más pequeños es una clara inversión de roles donde los hijos realizan las funciones principales que deben ejercer los padres (Fernández y Godoy, 2002). Pero además, según Wallerstein et al. (2001), el trabajo del hijo protector puede consistir también en suplantar la figura del padre ausente, ya sea como guía, consejero, enfermero, confidente, etc. La variedad de roles o actitudes que adopte el hijo depende de la percepción que éste tenga de la situación y de las necesidades que existan en ese momento. De este modo, estos hijos sacrifican su propia vida, olvidándose de su propia infancia y renunciando a desarrollar acciones propias de su edad como es, por ejemplo, jugar con sus amigos o participar en actividades extraescolares con otros compañeros. La recompensa para ellos es sentir que han ayudado o salvado a uno de sus progenitores.

Así, Hetherington y Kelly (2005) observaron que cada vez había más padres que acudían a sus hijos en busca de ayuda y consejo. Esta situación era más evidente en el

caso de las niñas, por la estrecha relación que suelen establecer con su madre custodia, lo que hace que estén más expuestas a este tipo de problemática (Emery, 1999; Hetherington, 1999; Kelly, 2003). Qué duda cabe que este tipo de experiencias tienen repercusiones muy negativas en los hijos, especialmente a nivel emocional, ya que compartir o hacerse cargo de los problemas de los adultos puede derivar en sentimientos de temor, resentimiento o impotencia al verificar que es imposible resolver con éxito los problemas de sus padres o los de alguno de ellos.

Peris et al. (2008) denominan a esta inversión de roles como *parentificación.* Los autores descubrieron que dicho fenómeno estaba asociado a circunstancias familiares caracterizadas por altos niveles de conflicto parental, con claras muestras de agresividad entre ellos; escasas manifestaciones de afecto y cuidado de los padres hacia sus hijos; y la tendencia de los hijos a intervenir en los conflictos del matrimonio, especialmente por parte de los hijos de mayor edad. Es necesario evitar que se produzca dicho proceso de *parentificación* o de inversión de roles, ya que se relaciona con la aparición de importantes problemas de conducta en los hijos, con dificultades en las relaciones con el grupo de iguales y problemas de tipo internalizante como la ansiedad y la depresión (Hetherington, 1999; Kenyon y Koerner; Koerner et al., 2004). Al respecto, Hetherington y Kelly (2005) también señalan que cuando los niños de su estudio habían crecido, esa sensación de impotencia a menudo se había convertido en depresión y en baja autoestima.

Actitudes ante el matrimonio y hacia las familias no convencionales.

Algunos autores están de acuerdo con que las experiencias de divorcio en las familias de origen parecen afectar a las relaciones futuras de los hijos, existiendo la posibilidad de una trasmisión intergeneracional del divorcio (Amato, 1996; Poussin y Lamy, 2004; Story, Karney, Lawrence y Bradbury, 2004; Whitton, Rhoades, Stanley y Markman, 2008; Wolfinger, 2000). Esto se observa si tenemos en cuenta el porcentaje de separaciones que viven los hijos de familias divorciadas/separadas respecto a los hijos de familias intactas. Según Dieckmann y Schmidheiny (2002, cit. en Vandervalk et al., 2008), el riesgo de divorcio para los primeros es de 2.1 puntos por encima de los segundos.

El efecto de la ruptura parental sobre las relaciones de los hijos puede deberse a que estos últimos se muestran muy inseguros acerca de sus propias relaciones sentimentales (Emery, 1999; Thompson y Amato, 1999). Por ejemplo, Wallerstein et al. (2001) observaron que tanto hombres como mujeres de familias divorciadas muestran altos niveles de ansiedad respecto a las relaciones afectivas, al compromiso y al matrimonio, porque les preocupa fracasar o sufrir durante el proceso. Así, los problemas a la hora de "entregarse" a sus parejas y la percepción de falta de control sobre sus relaciones interpersonales, les hace evitar muchas veces un compromiso firme (Bolgar, Zweing-Frank y Paris, 1995, cit. en López et al., 2000). También Whitton et al. (2008) comprobaron que las mujeres adultas de padres separados desconfían más del matrimonio como institución, muestran menos compromiso en sus relaciones de pareja y desconfían más de la relación de pareja que aquéllas de familias intactas.

Sin embargo, en un estudio reciente, Furstenberg y Kiernan (2009) encontraron que los jóvenes de familias divorciadas tuvieron pareja desde una edad temprana. No obstante, incluso para aquéllos cuyos padres se divorciaron cuando eran adultos, los autores observaron que la experiencia de ruptura parental había influido en sus propias relaciones, ya que los problemas maritales y los acontecimientos propios del divorcio les crearon dudas y confusión respecto a sus relaciones sentimentales.

Señalar que no sólo la ruptura parental ejerce efectos sobre las relaciones de pareja de los hijos. También la experiencia de ruptura vivida por los abuelos puede tener implicaciones en la vida de los nietos. Al respecto, Amato y Cheadler (2005) observaron que la ruptura de pareja en los abuelos predice conflictos maritales en los nietos y una peor relación con sus padres, incluso en aquéllos que todavía no habían nacido cuando se produjo la separación.

La experiencia de ruptura parental puede tener también efectos positivos sobre los hijos. En este sentido, comentar que algunos autores han destacado el hecho de que los hijos de familias divorciadas pueden llegar a aceptar más a otros tipos de familias alternativas, distintas a la nuclear tradicional. Por ejemplo, Vandervalk et al. (2008) encontraron que los jóvenes de familias divorciadas que participaron en su estudio muestran mayor aceptación y son más tolerantes con otras estructuras familiares no convencionales, debido a la propia experiencia personal de la ruptura de sus progenitores.

Relación con las nuevas parejas de sus padres.

En las situaciones en la que aparece una nueva pareja en la vida de los padres, los hijos también pueden llegar a sufrir grandes dosis de confusión y conflicto. Por ejemplo, el padre/madre biológico/a se puede comparar permanentemente con la nueva pareja de su ex; o sentir celos por el tiempo que disponen las nuevas figuras en la vida de sus hijos, o por el agrado y/o afecto que muestran éstos hacia dichas figuras. Estas circunstancias generarán efectos negativos en los hijos. También puede ocurrir que algún progenitor intente utilizar a su hijo como informante de lo que acontece en el otro hogar, con miras a futuros reclamos. Ello provoca que los hijos se sientan sometidos a un conflicto de lealtades. Razones como éstas pueden impedir que los hijos se adapten adecuadamente a la nueva situación de reconstitución familiar (Rodríguez, 2003).

No es extraño, por tanto que, a pesar de que la reconstitución puede conllevar aspectos positivos para los hijos, como es el caso de favorecer una mejora de la economía (si se da esta circunstancia) o el poder relacionarse con nuevos miembros que pueden mostrarle apoyo y afecto, son muchos los autores que han encontrado que los hijos que viven en familias reconstituidas tienen más problemas de conducta, de rendimiento académico y problemas de tipo internalizante y externalizante que los que viven en familias intactas (Amato y Keith, 1991; Bray y Berger, 1993; Zill et al., 1993, etc.).

Así, en los hogares reconstituidos existe mayor probabilidad de que se produzcan problemas entre los padres y los hijos, ya que la convivencia con el padrastro o la madrastra puede hacer que los hijos se sientan desplazados por estas nuevas figuras. En realidad, es un hecho que el tiempo que los padres dedicaban a sus hijos cuando se encontraban en una situación de monoparentalidad, se reduce cuando consiguen una nueva pareja, para poder consolidar dicha relación, y porque muchas parejas intentan conseguir todo aquello que no alcanzaron con sus anteriores relaciones, con el firme deseo además de que todo salga bien. Ello puede llevar a algunos progenitores a desatender en gran medida la relación que tienen con sus hijos. Por dicha razón, este tipo de relaciones suelen caracterizarse por ser más conflictivas y por existir menor afectividad e implicación en las dinámicas familiares (Hetherington y Clingempeel, 1992). Evidentemente, la dificultad que surja al respecto entre el progenitor custodio y sus hijos, va a repercutir negativamente en la relación de los hijos con la nueva pareja

de su progenitor custodio (Bray, 1999; Dunn et al., 2004; MacDonald y DeMaris, 2002). Lo mismo ocurrirá en el caso del progenitor no custodio (Bray y Berger, 1993).

En este sentido, pueden creer que sus padres biológicos les quieren menos o se preocupan menos por ellos, como efecto de la entrada de nuevos personajes en sus vidas (Bray, 1999; Seltzer y Brandreth, 1994). Por ejemplo, Fustenberg y Cherlin (1991, cit. en Cantón et al., 2007) encontraron que las relaciones entre las madres y las hijas se hacían más negativas cuando éstas veían que tenían que competir con el padrastro por el amor de su madre. También los chicos varones pueden estar muy apegados a sus madres, especialmente cuando después de la separación han adoptado el rol sustituto del padre e intentan cuidar de la madre. Este hecho es más común cuando la madre muestra debilidad, problemas con la bebida o drogas, o se siente vulnerable. La intensidad de esta relación puede verse alterada cuando la madre vuelve a iniciar una relación afectiva, y condiciona la relación del hijo con la nueva pareja de su madre. Esta realidad suele ser más común en el caso de los hijos que de las hijas (Dowling y Gorell, 2008).

Además, en el caso en el que sea la madre el sujeto custodio, su reconstitución afectiva se asocia también a un menor contacto del hijo con el progenitor no custodio, y por tanto, a la relación mantenida entre éstos (Guzzo, 2009).

También la nueva pareja puede exigir tiempo para fortalecer y dar sentido a su relación, especialmente si no tiene compromisos parentales que le haga entender la necesidad de desempeñar y dedicar tiempo a dicho rol. Ello puede llevarle a competir con sus hijastros por el tiempo y atención que dedica su nueva pareja a cada uno de ellos. Cuando ocurre esta circunstancia, las relaciones que se dan entre las nuevas parejas de los progenitores y los hijos de éstos, suelen caracterizarse por una menor afectividad e implicación y un mayor distanciamiento (Cooksey y Fondell, 1996; Hetherington y Clingempeel, 1992).

Señalar, además, que los problemas en las situaciones de reconstitución familiar se pueden hacer aún más significativos en los casos en los que se incorporan también las figuras de los hermanastros, ya que es bastante común que surjan celos, rivalidad y conflictos entre ellos (Hetherington, 1993).

3.3. Variables que mediatizan los efectos del divorcio en los hijos

Como ya se ha venido exponiendo a lo largo de estas páginas, la separación de los padres afecta a los hijos en diferentes áreas de su desarrollo (v.g., a nivel emocional, personal, conductual, social, etc.). Muchos factores van a mediar en el grado con que se observan dichos efectos. Algunos ya han sido comentados anteriormente. En este apartado se analizarán otros nuevos que también pueden afectar, como la capacidad cognitiva del sujeto en relación con la etapa del desarrollo en la que se encuentra, el sexo del sujeto y/o el nivel educativo de la familia de referencia, entre otras.

3.3.1. Efecto modulador de la capacidad cognitiva

Diversos autores (Cáceres, 2003; Castells, 2009; Cummings et al., 2006; Dowling y Gorell, 2008; Ruiz, 1999; Wallerstein y Kelly, 1980) han analizado las repercusiones del divorcio en los hijos según el momento evolutivo en el que se encuentran. Las variaciones encontradas no dependen de su edad sino, más bien, de la capacidad cognitiva que éstos tienen cuando se produce la ruptura, lo que se relaciona con la etapa del desarrollo en la que están en ese momento. Así, la capacidad cognitiva determina las estrategias con las que cuentan los hijos para adaptarse a los cambios que supone dicha situación familiar (Mazur, 1999). A continuación se realizará una breve síntesis de algunos datos encontrados al respecto en distintos estudios.

A los niños *menores de cinco años* les cuesta entender la separación ya que no son capaces de organizar sus sentimientos y pueden sentirse desorientados y confusos. Algunas de las reacciones más comunes que presentan ante la ruptura son el enfado, el llanto, conductas regresivas, insomnio, angustia, mayor necesidad de ser atendido por los padres, temor a ser abandonados, etc. (Hetherington, 1989; Lansford et al., 2006).

Los niños entre los *cinco y los ocho años* pueden presentar cambios en su comportamiento y en el rendimiento escolar, y pueden mostrar dificultad a la hora de concentrarse en sus actividades escolares (Amato y Keith, 1991; Kenny, 2000). Algunos de ellos se vuelven agresivos y pueden llegar a rechazar al padre, a la madre o al profesor, e incluso tratar de evitar estar cerca de ellos (Emery, 1999; González, 2000). También pueden mostrar problemas de tipo emocional como es la depresión, el temor a

ser sustituidos, fobias, rechazo hacia el padre ausente, etc. (Lamb et al., 2005; López et al., 2000; Wallerstein y Blakeslee, 2003). Además, pueden generar interpretaciones erróneas sobre la realidad, especialmente los más pequeños, lo que les puede llevar a sentirse culpables de la separación o a culpar a alguno de los progenitores en particular (Koerner et al., 2004; Noller et al., 2008; Wallerstein et al., 2001); pueden creer en la reconciliación de sus padres a pesar de reconocer y percibir el conflicto (Dowling y Gorell, 2008; Fernández y Godoy, 2002); o pueden sentirse responsables de la reunificación (Peris et al., 2008; Wallerstein et al., 2001).

Entre los *nueve y los doce años* los hijos tienen mayor capacidad para entender los acontecimientos y cambios que se producen en su familia. Sin embargo, pueden mostrar sentimientos de vergüenza y tener dificultad para hablar con sus amigos acerca de la separación de sus padres (Stahl, 2000). Algunos también podrían pensar que hablar de lo que está pasando en casa es una forma de traicionar a sus padres por no saber guardar dicho secreto (Greif, 1997). Por otra parte, pueden también sentir enfado y llegar a aliarse con un progenitor en contra del otro (Kenyon y Koerner, 2008).

A partir de los doce años, los hijos pueden mostrar mayor grado de agresividad, iniciarse en el consumo de drogas o empezar a tener relaciones sexuales como reacción a su circunstancia familiar (Doherty y Needle, 1991; Forehand y McCombs, 1992; Pryor y Rodgers, 2001). Es probable que lleguen a tener sentimientos de soledad, depresión, inseguridad, tristeza, ira, vergüenza, y/o manifestar una actitud de rechazo o inhibición hacia las nuevas parejas de sus progenitores (Bray y Berger, 1993; Dunn et al., 2004; Rodríguez, 2003). Por ejemplo, al ser un momento en el que intentan establecer su propia identidad sexual, pueden sentirse confusos y no tener claro cómo deben relacionarse con esas nuevas figuras (Castells, 2009; Guttmann, 1993). Incluso, y tal como se señaló anteriormente, pueden llegar a adoptar roles que no les corresponden y que compiten con los de los adultos (Cáceres, 2003; Cummings et al., 2006).

Como se puede observar, algunos efectos son más o menos comunes en las distintas etapas del desarrollo, mientras que otros no. Estos últimos suelen venir vinculados a la capacidad cognitiva que posee la persona según la etapa del desarrollo en la que se encuentra. Haciendo una revisión de la literatura se observa que no existe un consenso claro entre los autores a la hora de determinar cuál es el periodo de edad en el que los hijos pueden sufrir más los efectos de la ruptura parental. En palabras de Hetherington y Kelly (2005), no existe una etapa evolutiva que garantice la ausencia de

reacciones negativas en los hijos ante la separación de los padres. Así, algunas reacciones de los hijos pueden aumentar y otras disminuir según la etapa en la que se encuentren en el momento de la ruptura (Davies y Cummings, 1994).

No obstante, algunos autores se inclinan a afirmar que la separación de los padres puede ser más perjudicial y negativa para los hijos de menor edad (Hetherington et al., 1982, cit. en Ruiz, 1999; Wallerstein y Kelly, 1980). Por ejemplo, algunas investigaciones plantean que los preescolares corren mayor riesgo de presentar alteraciones a largo plazo en su desarrollo social y emocional (Zill et al., 1993). La justificación que utilizan estos autores es que los preescolares no tienen capacidad para entender la situación de la separación de los padres de una forma realista, lo que les lleva a presentar mayores niveles de ansiedad y temor a ser abandonados por sus padres, y a realizar interpretaciones poco objetivas.

Por el contrario, autores como Forehand et al. (1988) piensan que al ser la adolescencia una etapa en la que se producen cambios personales y en las relaciones entre padres e hijos, los adolescentes son más vulnerables ante el divorcio de sus padres. Además, la adolescencia y los primeros años de la etapa adulta son períodos algo complicados en los que pueden aumentar los problemas de adaptación, incluso aunque el cambio de la estructura familiar (ya sea por un divorcio o por una reconstitución) hubiera ocurrido mucho antes (Amato y Keith, 1991; Wallerstein et al., 2001).

De cualquier modo, y en general, hay que reconocer que las limitaciones cognitivas propias de los niños pequeños, así como sus limitaciones para conseguir y valorar el apoyo de sus iguales, pueden determinar su menor capacitación para enfrentar con éxito la ruptura parental frente a los adolescentes (Cantón et al., 2007).

3.3.2. Efecto modulador del sexo

Las investigaciones que existen respecto a los efectos del divorcio según el sexo de los hijos presentan resultados algo contradictorios, y en la mayoría de las ocasiones, el grado del efecto encontrado ha sido pequeño o no significativo (Forehand et al., 1988; Forehand et al., 1990, cit. en Kenny, 2000; Koerner et al., 2004; Pons-Salvador y Del Barrio, 1995). Ello indica que las diferencias entre hijos e hijas no son tan consistentes como en un principio se pensaba, quizás debido en cierta manera a los

mayores casos de custodia compartida que se dan en la actualidad, lo que facilita el contacto continuo con ambas figuras de referencia (Amato y Keith, 1991; Clarke-Stewart y Hayward, 1996).

No obstante, algunos estudios sí señalan ciertas diferencias según el sexo de los hijos. Se exponen a continuación algunos de los principales resultados encontrados. Así, parece que, en general, los hijos varones pueden presentar más problemas de adaptación y de conducta antisocial, y durante más tiempo, que las hijas (Hetherington, 1989; Morrison y Cherlin, 1995; Mott, Kowaleski-Jones y Menaghan, 1997; Ruiz, 1999; Wallerstein y Kelly, 1980). También, Doherty y Needle (1991) observaron que los chicos muestran más síntomas de tipo externalizante (delincuencia y agresividad) frente a las chicas. Por el contrario, Leadbeater et al. (1999) y O`Leary y Vidair (2005) concluyeron que los síntomas de tipo internalizante son más frecuentes en las chicas que en los chicos (v.g., depresión y problemas de psicosomatización). También en el estudio de Ramírez (2009) se observa que las madres y los profesores encuentran más problemas de ansiedad, depresión y retraimiento en las chicas que en los chicos, debido según la autora, a que la relación entre las madres y las hijas es más fuerte emocionalmente hablando que la que sostienen con los hijos, pudiendo transmitir el estado emocional de la madre hacia las hijas de manera más acusada.

Una posible razón que explicaría los resultados anteriormente citados en los varones podría ser la ausencia de contacto con el progenitor de su mismo sexo, y no tanto el hecho de vivir con un solo adulto, normalmente con la madre (Mazur, Wolchik y Sandler, 1992; cit. en Cantón et al., 2007). Ello privaría al hijo varón de un modelo importante con quién identificarse. En este sentido, si se considera que el proceso de identificación se produce más comúnmente con el progenitor del mismo sexo, podemos entender que en nuestro país se vean más perjudicados los hijos varones, ya que, tal y como señalan algunos autores, el grado de adaptación de los hijos puede verse más influido por quién se queda con la custodia de ellos que por el hecho de pertenecer a una familia separada o intacta. En esta línea de afirmaciones, Leadbeater et al. (1999) encontraron que las chicas tenían mejor relación con las madres y con el grupo de iguales que los chicos, mientras que éstos mostraban mayor grado de apego hacia sus padres. Además, Koerner et al. (2004) apreciaron que las chicas fueron más propensas que los chicos a estar de acuerdo y dejarse influir por sus madres, por ejemplo, cuando éstas hablaban mal de sus padres, mientras que los chicos solían mantener una postura

más neutral al respecto. Por su parte, Maccoby et al. (1993) observaron que las chicas que vivían con sus madres estaban mejor que las chicas que vivían con sus padres, pero no estaba tan claro que los chicos estuvieran mejor viviendo con sus padres varones.

No obstante, señalar que en un estudio más reciente, Stamps et al. (2009) encontraron que los adolescentes disfrutaban más de la relación con su madre custodia frente a las adolescentes. Además, los hijos varones sentían que sus madres los cuidaban más, que eran más cariñosas y tenían mucha más comunicación con ellos, comparado con las hijas. Quizás la etapa en la que se encuentran, y el reclamo de mayor autonomía en ese momento por parte de las hijas, puedan dificultar algo más la relación entre las madres y las hijas, especialmente si se hacen mayores concesiones al respecto a los hijos frente a las hijas. De cualquier modo, estos resultados son más la excepción que la regla observada en la mayoría de los estudios realizados al respecto.

Otro factor que puede explicar la mayor proporción de problemas de externalización en los hijos varones es la menor supervisión parental que a veces acompaña a la ruptura, a pesar de que éstos requieren de un mayor grado de disciplina frente a las hijas (Furstenberg, Morgan, Allison, 1987, cit. en Ruiz, 1999). Por el contrario, también los hijos varones pueden presentar mayor grado de comportamiento agresivo porque se les expone a mayor agresividad o a patrones educativos más coercitivos. Por ejemplo, según Hetherington (1990, cit. en Cantón et al., 2007), la relación de las madres custodias y sus hijos varones suele ser más coercitiva, mientras que la relación entre las madres custodias y sus hijas suele ser más afectiva y se acompañan de más muestras de compañerismo. Otros autores como por ejemplo Kaczynski et al. (2006) se han centrado en estudiar cómo influye el sexo de los progenitores y los conflictos matrimoniales en las pautas de crianza y en las relaciones con los hijos, encontrando que la conducta educativa del padre se veía más influida por los conflictos maritales frente a las madres, siendo el estilo educativo del padre varón más coercitivo y autoritario con los hijos varones. Además, también observaron que los niños varones se vieron más afectados negativamente por los conflictos parentales frente a las niñas.

De cualquier modo, recordar de nuevo que no parece que haya un excesivo consenso entre los autores sobre el influjo de la variable sexo en las consecuencias de la separación o divorcio en los hijos. Este hecho es normal considerando la falta de homogeneidad que caracteriza a los diferentes estudios.

3.3.3. Efecto modulador del nivel educativo familiar

Algunos estudios no encuentran una relación clara entre el nivel educativo familiar y los efectos del divorcio observados en los hijos. Por ejemplo, los problemas emocionales de los progenitores (sobre todo de la madre) parecen influir en la aparición de problemas de tipo conductual en los hijos, independientemente del nivel educativo de los padres (Dreman, Spielberger y Fried, 1999; Petterson y Albers, 2001; Whiteside y Becker, 2000).

También, DeGarmo et al. (1999) y Fischer (2007) encontraron que el mayor nivel educativo de la madre y su mayor estatus laboral tiene efectos en el rendimiento académico de los hijos en edad escolar, reduciendo los efectos negativos que pudieran derivarse del divorcio sobre dicho rendimiento. Otros estudios, como el de Rodgers y Rose (2002), encontraron que en las familias que tienen un nivel educativo alto, los hijos presentan un mayor rendimiento académico, independientemente de la estructura familiar de referencia.

Sin embargo, otras investigaciones muestran ciertos efectos de esta variable, normalmente en interacción con otros factores como el nivel económico, el estatus laboral de los padres, las prácticas educativas o los apoyos externos, entre otros. Por ejemplo, Wilson (2006, cit. en Cantón et al., 2007) encontró que el nivel educativo y la economía del padre se asociaban a una mayor predisposición por parte de éste a implicarse en el cuidado de los hijos, con los consiguientes beneficios que ello conlleva. Así, el tener mayor nivel educativo y mayores ingresos posibilita el poder llevar a cabo más actividades de ocio con los hijos y poder hacer frente a los gastos cuando se cumple el régimen de comunicación. También Blechman (1982, cit. en Morgado, 2008) encontró la misma pauta para las madres con alto nivel educativo, ya que es más probable que éstas tengan mayores recursos económicos y mejores horarios laborales, lo que les permite desarrollar una mejor relación con sus hijos.

3.4. Otros efectos a considerar

Al igual que las variables hasta ahora comentadas, existen otras que pueden influir en los efectos que provoca la ruptura familiar en los hijos. Entre ellas citar el

grado de vulnerabilidad que muestre cada uno de los hijos ante los cambios y los problemas familiares. Además, el tiempo desde que se produjo la separación también influirá de forma significativa en las consecuencias observadas. Por ejemplo, investigaciones como la de Kinard y Reinherz (1986, cit. en Cáceres, 2003), de corte longitudinal, compararon familias monoparentales derivadas de una ruptura reciente, familias monoparentales derivadas de una ruptura antigua y familias intactas, y comprobaron que los hijos de las primeras presentaban más problemas que los de las segundas, mientras que éstas últimas presentaban resultados parecidos a los de las familias intactas. No obstante, y en general, quienes obtuvieron mejores resultados de adaptación fueron los de las familias intactas.

Además, y como ha quedado patente en algunos de los estudios anteriormente comentados, hay que asumir la posible interdependencia de factores influyentes. Por ejemplo, Kapinus (2004) estudió si las actitudes de los hijos hacia el divorcio estaban influidas por la estructura familiar de referencia (intacta vs. separada), y de qué manera los efectos variaban dependiendo del sexo del hijo o de su edad. Los resultados de su estudio demostraron que hasta la etapa de la adolescencia, los hijos son más susceptibles de ser influenciados por las actitudes de sus padres. A partir de dicho periodo, los hijos desarrollan de forma significativa su capacidad cognitiva, y es cuando las nociones de matrimonio y de vida familiar se empiezan a formar en ellos, haciéndolos menos influenciables.

Otro ejemplo de interacción entre variables lo tenemos en el trabajo de Clarke-Stewart et al. (2000), quienes observaron que, en los hijos pequeños, la separación afecta más a las niñas que a los niños en el aspecto emocional, mientras que los niños se ven más afectados que las niñas en el área cognitiva o intelectual.

También, y siguiendo con la línea de resultados que encuentran mayor grado de problemas de externalización en los varones y de internalización en las chicas, algunas investigaciones afirman que estos resultados varían con la edad, de modo que se pueden dar más trastornos psicológicos entre los niños más jóvenes de familias divorciadas, que en las niñas. Estas diferencias se nivelan a edades más tardías, en especial, en la adolescencia, pero en la juventud, son las niñas las que experimentan y presentan más problemas (Brooks, Christensen y Herlihy, 2003; Cáceres, 2003; Kurdek y Fine, 1993).

Respecto al logro académico, algunos autores (Lindner, Stanley-Hagan y Brown, 1992; Sun y Li, 2002) han encontrado que las chicas que proceden de familias

divorciadas muestran mayor motivación hacia la escuela, y por lo tanto, presentan un mejor rendimiento académico frente a los chicos que proceden de la misma estructura familiar. Así, según Morrison y Cherlin (1995), esto puede ser debido a que éstas aguantan mejor las situaciones de estrés o lo expresen de manera distinta que los chicos.

3.5. Reflexión final.

La primera conclusión a la que se puede llegar tras revisar múltiples investigaciones sobre los posibles efectos que sufren los hijos tras la separación o el divorcio de sus padres, es la gran heterogeneidad de resultados a los que se enfrenta el lector. Es evidente que no todos los hijos viven las mismas experiencias tras la ruptura de sus progenitores, ya que son múltiples los factores que influyen en dicha realidad. Entre ellos citar el nivel cognitivo que tienen en ese momento, que limita su comprensión de la situación y de cómo reaccionan ante ella; la calidad de la relación entre sus progenitores y de éstos con sus hijos; la percepción que tiene el hijo del conflicto parental y sobre cómo enfrentarlo; las pautas educativas parentales; las posibilidades de contacto que tengan con el progenitor no custodio; el apoyo que se recibe de la familia extensa y de los amigos; el grado de economía familiar para sufragar los gastos que surjan; etc. Así, se podrían establecer tres grandes categorías de razones que explicarían la heterogeneidad de los resultados observados.

En primer lugar, la diversidad de situaciones de ruptura, lo que proporciona gran variedad de experiencias en cada caso. En este sentido, en algunas ocasiones los cambios a los que se enfrentan los hijos no son numerosos ni significativos, facilitándoles el tránsito hacia la nueva situación familiar. Por el contrario, en otras situaciones, los cambios sí son numerosos, o incluso no deseados, lo que puede condicionar el nivel de adaptación de los hijos tras la ruptura familiar (v.g., dificultades económicas, nuevos conflictos entre los progenitores, dificultades emocionales por conflicto de lealtades, etc.). La segunda razón relevante hace referencia a algunas variables inherentes a los propios hijos que mediatizan los niveles de adaptación que alcancen. Entre ellas destacan determinados rasgos de personalidad, factores de resiliencia con los que cuenten y/o también la capacidad cognitiva para comprender y desarrollar estrategias eficaces para enfrentar el conflicto o el estrés derivado de la

ruptura. La tercera razón está en la gran heterogeneidad de las muestras estudiadas y de los distintos indicadores, instrumentos o variables que han sido utilizadas por los investigadores, lo que ha generado que en muchas ocasiones los resultados sean poco consistentes (Cantón et al., 2007; Morgado, 2008). Por ejemplo, tómese en cuenta la importancia de controlar el tiempo que ha pasado desde la ruptura, que puede hacer desaparecer determinados efectos, o hacer variar la intensidad o frecuencia con la que aparecen.

La falta de homogeneidad observada en los diferentes estudios es el principal responsable de que sea difícil llegar a conclusiones más firmes respecto al objeto de estudio que ahora se analiza, tanto en lo que se refiere a los posibles efectos de la ruptura parental encontrados en los hijos, como al posible influjo de determinadas variables sobre dichos efectos. Por ello, las conclusiones a las que se puede llegar es que, cada uno de los efectos o cambios señalados, aparecen en determinadas muestras de sujetos cuando se dan conjuntamente determinadas circunstancia tanto personales, ambientales como culturales.

A lo largo de este capítulo se ha ido exponiendo una amplia diversidad de cambios y efectos que pueden experimentar los hijos tras la separación de sus progenitores, que abarcan diferentes áreas (v.g., a nivel emocional, a nivel conductual, en sus relaciones sociales más relevantes, en el ámbito académico, etc.). Algunos resultados han demostrado que la experiencia no tiene por qué ser siempre negativa, pudiendo incluso llegar a beneficiar a los hijos. Tómese como ejemplo la mejora del clima familiar tras el cese de los conflictos (Rojas, 2008; Strohschein, 2005), el desarrollo de estrategias de resolución de problemas en los hijos y el incremento en su grado de madurez (González, 2000), y la mejora en la relación con sus progenitores (Carlson, 2006) y con sus hermanos (Abbey y Dallos, 2004), por citar algunos ejemplos.

Sin embargo, los efectos negativos han sido más estudiados y analizados en la literatura, aspecto que ha quedado reflejado también en este capítulo. Ello es bastante normal si se tiene en cuenta que los hijos se enfrentan a cambios significativos en sus vidas, que van a provocar cierta reactancia en ellos hasta que logren adaptarse a su nueva situación familiar con el paso del tiempo, siempre y cuando la ruptura suponga realmente la reducción o desaparición de los problemas entre los progenitores. En este sentido, destacar que tal como señala el *modelo del ciclo vital*, los efectos negativos

pueden manifestarse de forma distinta según sea la etapa de la ruptura en la que se encuentre la persona (v.g., al inicio de la ruptura o mucho tiempo después).

Así, el surgimiento de la multiplicidad de efectos negativos, ya sea a nivel emocional, conductual, en el rendimiento académico, en las relaciones con los progenitores o con los iguales, etc., puede explicarse a través de los distintos modelos y teorías anteriormente expuestas. La diferencia estriba en que cada modelo o teoría acentúa su interés en el análisis de determinados factores antecedentes. Por poner algún ejemplo: la lejanía del progenitor custodio es especialmente destacado por la *teoría del déficit*; factores más intrínsecos al propio sujeto como son las estrategias de afrontamiento con los que cuenta o la capacidad cognitiva para comprender la situación y responder con mayor o menor eficacia ante ella, son resaltadas principalmente por el *modelo de estrés y afrontamiento* o por el *modelo cognitivo-contextual*; una visión más compleja del tema la ofrece el *modelo ecológico sistémico*, que atiende a múltiples factores procedentes de distintos contextos de desarrollo, algunos más próximos y otros más distales, que afectan de forma interdependiente, entre los que puede destacar el patrón afectivo y educativo de los progenitores hacia sus hijos, como la importancia del cambio de la situación económica, como la visión que tiene la sociedad en un momento determinado sobre las estructuras familiares no convencionales. Otro modelo que también reconoce la complejidad de causas es el de *resiliencia*, ya que engloba diferentes factores tanto personales como contextuales entre los elementos de riesgo y de resiliencia.

La interdependencia entre factores también se observa en la *teoría de la seguridad emocional* de Davies y Cummings (1994). Por ejemplo, El-Sheikh et al. (2007) encontraron que los problemas de los progenitores hacían que los hijos tuvieran más inseguridad emocional, aspecto que a su vez influía en otras áreas como en el sueño y en los problemas académicos. Además, algunos autores también han resaltado el efecto bidireccional que se da al hablar de los efectos producidos entre padres e hijos. Así por ejemplo, Cui, Donnellan y Conger (2007) observaron que un alto grado de conflicto entre los padres predice síntomas depresivos y mayor delincuencia en los adolescentes. Este comportamiento de los hijos genera a su vez un aumento de los conflictos entre los padres en relación con el cuidado de sus hijos y las prácticas educativas utilizadas con ellos.

Todos los modelos y teorías contribuyen a explicar, de forma parcial, las causas que promueven importantes cambios en la vida y adaptación de los hijos tras la ruptura familiar. Qué duda cabe que la forma en la que los progenitores lleven la separación y el trato que dispensen a sus hijos durante y después de la ruptura, van a ser elementos relevantes que van a condicionar la adaptación que alcancen sus hijos ante dicho cambio vital. Por ello, es necesario destacar el papel que debe asumir el progenitor no custodio una vez que la separación es un hecho. Cómo influye la frecuencia y calidad de los contactos de los hijos con el progenitor que se va del hogar familiar ha sido un tema ampliamente estudiado (Amato y Gilbreth, 1999; Dunn et al., 2004; Guzzo, 2009; Sobolewsky y King, 2005; Stamps et al., 2009; Whiteside y Becker, 2000). En este sentido, algunos estudios señalan que cuando el progenitor no custodio es la madre, la frecuencia de contacto con los hijos es mayor (Gunnoe y Hetherington, 2004), la relación se vive de forma más intensa y próxima (Hetherington y Stanley-Hagan, 2002), y las funciones de apoyo y supervisión de los hijos es más intensiva, que cuando el no custodio es el padre (Cooksey y Craig, 1998). Ello, sin duda, conlleva beneficios en la adaptación de los hijos.

Esta realidad no es común en España, ni tampoco se pretende decir que sería recomendable que la madre sea el progenitor no custodio. Más bien se trata de señalar la importancia de que se produzca un cambio en la sociedad, que ya se va empezando a vislumbrar, donde los padres se sientan más protagonistas en la vida de sus hijos. Ello beneficiaría la relación parento-filial en los casos de ruptura, porque facilitaría una mayor presencia en la vida de los hijos en los casos de separación o divorcio. No se puede obviar, tampoco, la importancia que tiene el tipo de relación que mantienen los hijos con el progenitor que se queda con la custodia (que como ya se ha comentado, suele ser la madre). La nueva situación personal, social y laboral que experimenta tras la ruptura dicho progenitor, puede afectar de diversas maneras en la adaptación de los hijos, tal y como ya se ha señalado anteriormente (Pett et al., 1999; Pruett et al., 2003; Vandervalk et al., 2004).

Por lo tanto, para facilitar la adaptación de los hijos, los progenitores deben intentar que el cambio al que se enfrentan no sea drástico, y que les provoque la menor inestabilidad e inseguridad posible. Para ello deben evitar los conflictos y las peleas ante éstos, desplegar unas pautas educativas coherentes, y mantener un adecuado grado de comunicación entre ellos. En definitiva, cuando los padres se muestran competentes

y comprometidos con el bienestar de los hijos, promueven una mejor adaptación en ellos (Hetherington y Kelly, 2005).

Pero no todos los padres consiguen esta meta con éxito. De ahí la necesidad de la mediación y la orientación con el fin de facilitar que alcancen acuerdos beneficiosos para todos, en un clima de menor crispación, lo que facilitaría el tránsito de la ruptura y la adopción posterior, especialmente de los hijos (Bernal, 2002).

Además de ello, una eficaz intervención con los progenitores que se separan puede ayudarles a comprender mejor qué supone el divorcio en la vida de los hijos, y proporcionarles herramientas para abordar de forma adecuada dicho tránsito, lo que a su vez ayudará a disminuir los efectos negativos en los hijos.

Por otra parte, y considerando la importancia que tiene la solvencia económica, el desarrollo de mayores medidas de protección a la familia por parte de los gobiernos, debería contemplar ayudas económicas para estas familias, para paliar los efectos negativos que se relacionan no sólo con la ruptura, sino especialmente con el detrimento económico que puede conllevar. Tómese como ejemplo los resultados encontrados por Breivik y Olweus (2006), quienes compararon las consecuencias negativas observadas en los hijos de familias separadas escandinavas frente a los de familias norteamericanas, encontrando una menor proporción en las primeras. Los autores argumentan que este resultado puede derivarse del mayor apoyo económico que reciben las familias escandinavas por parte de su gobierno frente a las americanas, así como la mejor imagen compartida socialmente en el primer país respecto a las familias separadas.

Este último aspecto señalado por Breivik y Olweus también es de sumo interés. Esto es, la percepción que comparte la sociedad sobre el divorcio y sus consecuencias puede indicar el grado de aceptación que reciben quienes viven esta experiencia dentro de sus contextos próximos. Además, las creencias y estereotipos que elabora la sociedad al respecto van a generar expectativas sobre dicha realidad y sobre quienes la viven. También se puede considerar que la creencia que asume una persona sobre la situación de ruptura puede actuar como un factor de riesgo o de protección cuando se enfrenta a dicha experiencia (Kurdek, 1981). Por último, conocer las creencias que tienen diferentes generaciones al respecto, puede ayudar a los profesionales de la intervención familiar a conocer cómo cada uno de ellas puede llegar a entender la ruptura parental, atendiendo a la capacidad cognitiva que se posea según la etapa del desarrollo en la que se encuentra. La creencia asumida también se relacionará con el grado de aceptación

que puedan mostrar distintas generaciones hacia las estructuras familiares no convencionales, o hacia su propia condición familiar, en el caso de haberse enfrentado a dicha circunstancia (Mazur, 1999). El análisis de dichas creencias, desde el punto de vista de diferentes generaciones, será el centro de atención principal de esta tesis doctoral.

Capítulo 4. La construcción del Conocimiento Social

4. La construcción del conocimiento social

4.1. Introducción

El ser humano, desde que nace, se encuentra inmerso en una realidad bastante compleja, llena de estímulos y de mensajes que le proporciona el contexto que le rodea. Tendrá que ir adquiriendo conocimiento sobre dicha realidad a lo largo de toda su vida, con el fin de poder reconocerla, generar expectativas, y determinar acciones sobre ella (Simón, 2000). Su comprensión e interpretación del mundo se irá desarrollando poco a poco a medida que evoluciona su mente con el desarrollo cognitivo, y gracias también a las experiencias que recibe del medio. En este sentido, es importante tanto la instrucción informal que recibe en sus intercambios dentro de la familia o con sus iguales, como la instrucción formal que le proporcionan otros contextos como la escuela. Por todo ello, dichos contextos cobran especial relevancia para la supervivencia y el desarrollo de todo ser humano.

En el ambiente circundante destacan dos grandes ámbitos sobre los que hay que elaborar información: el mundo físico y el mundo social. Esta tesis doctoral se centra principalmente en el análisis del segundo ámbito citado. Según Delval (1997), la interacción social regulada por las normas y el sistema de valores que predominan en una cultura, hace que el ser humano, desde muy pequeño, adquiera el conocimiento social necesario para su adaptación. Ese conocimiento le permite desarrollar conductas y acciones apropiadas, dentro de cada contexto social en los que se desenvuelve (Rodrigo, 1994). Así, construirá información sobre sí mismo, sobre las personas que le rodean, sobre las reglas, los valores y las prácticas de interacción social propias de la cultura en la que está inmerso, etc. Pero además, también es necesario que el ser humano llegue a conocer y a comprender cómo funciona el sistema social en el que vive, lo que se conoce como *conocimiento societal* (Enesco, Delval y Linaza, 1989; Fu, Godwin, Sporakowski y Hinkle, 1987).

Tal y como señalan Barrett y Buchanan-Barrow (2005), los contextos de desarrollo no son iguales para todos los seres humanos, ya que existen diferentes culturas, y dentro de ellas, diferentes tipos de sociedades con su propia idiosincrasia. Por ello, la construcción del conocimiento depende, en parte, de la información que le proporciona el medio al sujeto que lo construye. Por otra parte, y como ya se comentó,

también depende de la capacidad cognitiva de la persona que elabora la información, ya que limita el grado de comprensión que pueda realizar sobre dicha realidad, tanto en cuanto a su complejidad como al grado de objetividad que caracteriza a dicha construcción. De ahí el interés por estudiar cómo entiende el ser humano, en sus distintas etapas evolutivas, su contexto social circundante, ya que las creencias que tiene sobre su entorno, sobre las relaciones interpersonales, y/o sobre los valores y normas que regulan el funcionamiento de su sociedad, influyen en la adaptación que muestra en dicho contexto.

Una aproximación a la literatura sobre la construcción del conocimiento deja entrever, en un principio, un mayor interés por estudiar cómo construye el ser humano el conocimiento sobre el mundo físico. No obstante, poco a poco han ido surgiendo diferentes estudios que se circunscriben al análisis de la construcción del mundo social. En ambos casos, han sido muchos los autores que han tratado de estudiar el origen y la construcción del conocimiento, dando paso a diversos modelos y teorías al respecto. En este capítulo se realizará un repaso, a grandes rasgos, de los principales fundamentos teóricos en los que se sustentan algunos de los modelos que más han influido en la Psicología Evolutiva sobre la construcción y el desarrollo del conocimiento social. Posteriormente se dedicará un apartado para reflejar algunos de los principales contenidos explorados sobre la construcción del mundo social y las diversas variables que pueden influir en la elaboración de dichos contenidos. Por último, se presentará una breve discusión sobre el tema, a modo de conclusión.

4.2. Principales modelos que explican la construcción del conocimiento social

4.2.1. La construcción del conocimiento según la Epistemología Genética de Jean Piaget

Uno de los principales precursores en el estudio de la construcción del conocimiento humano ha sido Jean Piaget, quien desarrolló una teoría denominada Epistemología Genética. Su interés primordial fue estudiar la inteligencia infantil y su evolución a través de lo que él denominó *etapas* o *estadios*. Cada etapa se corresponde con distintos momentos del desarrollo humano en los que la persona utiliza una determinada estructura cognitiva para adaptarse al medio (García Madruga, 2001). El

cambio de estructura da sentido a la aparición de una nueva etapa. De este modo, Piaget cita tres importantes estadios: el sensoriomotor, el de las operaciones concretas (aunque reconoce un periodo pre-operacional) y el de las operaciones formales.

Así, para Piaget, el conocimiento se produce como resultado de la construcción individual que realiza el sujeto cuando interactúa con el medio, ya que este último es quien le proporciona la información sobre la que basa sus construcciones (Giménez-Dasí, 2008; Navarro y Enesco, 1998). Para realizar dicha construcción, el ser humano pone en marcha el sistema de reglas operatorias que posee, según sea la estructura cognitiva con la que cuente en ese momento. Así, la adaptación del individuo al medio se produce a través de dos procesos: la *asimilación*, proceso por el que el sujeto modifica su cognición a través de la incorporación de los objetos (lo que se traduce en una transformación de la realidad), y *la acomodación*, proceso por el cual se modifican los esquemas mentales que tiene el individuo para posteriormente poder incorporar nuevos conocimientos (Palacios, Marchesi y Coll, 1996). Debe haber cierto equilibrio entre ambos procesos, ya que si el proceso de asimilación es mayor que el de acomodación, va a prevalecer la estructura interna de procesamiento de la información imperante en ese momento. Si por el contrario, lo que prevalece es el proceso de acomodación, el contexto toma mayor relevancia y se avanza hacia una nueva estructura, lo que se refleja, por ejemplo, en la imitación de nuevas conductas o en la aparición de razonamientos más complejos (Gutiérrez, 2005).

De este modo, Piaget asume que las estructuras cognitivas irán cambiando paulatinamente, de forma ordenada, permitiendo adquirir progresivamente un conocimiento más elaborado y complejo. Así, el ser humano pasa de manifestaciones caracterizadas por una inteligencia eminentemente práctica, soportada por esquemas perceptivos y de acción (propia de los bebés), para llegar posteriormente a una representación interna de la realidad ausente, gracias a la función simbólica, y muy especialmente al lenguaje, para culminar en un nivel de pensamiento que no requiere del soporte directo del medio, lo que le permite desarrollar sus propias representaciones de la realidad. De esta manera, la construcción del conocimiento es cualitativamente distinta según el estadio en el que se encuentre el individuo, llegando al nivel máximo de complejidad y abstracción cuando éste llega a la adolescencia y a la adultez, con la aparición del pensamiento formal (Piaget, 1981). Según Piaget, la estructura que aglutina las operaciones formales permite que el ser humano alcance el máximo nivel de

equilibrio entre las demandas del medio y su capacidad cognitiva para responder a las mismas. En relación con esta idea, Piaget (1981) también afirmaba que la adquisición del conocimiento a través de los estadios se producía de la misma manera en todas las personas, hasta alcanzar finalmente la estructura más equilibrada, postulando un principio universalista del desarrollo asociada a un carácter teleológico, aspectos que con posterioridad fueron criticados (o matizados) por algunos autores (v.g., Case y Edelstein, 1993, cit. en Rodrigo, 1994).

Otro aspecto interesante de su teoría que conviene destacar aquí es la distinción que hace Piaget e Inhelder (1971) entre el componente figurativo y el operatorio dentro del conocimiento. El componente *figurativo* refleja, a modo de imágenes, los rasgos estéticos y descriptivos del objeto de conocimiento, y se basa en la representación que hace la persona sobre el objeto, tras haber puesto en marcha los mecanismos perceptivos que posee. Por su parte, el componente *operatorio* resulta de la aplicación del sistema de reglas operatorias que posee el sujeto en el momento en el que interactúa con el objeto, y es libre de contenido. Señalar que el máximo interés que puso Piaget en el componente operatorio en detrimento del figurativo, le llevó a proponer que la operatoria se aplica de forma similar a cualquier tipo de contenido (Rodrigo, 1994). Así, exploró diversas tareas referidas al conocimiento lógico-matemático que le sirvieron para explicar el paso del pensamiento preoperatorio al operatorio concreto, con operaciones como la de clasificación, seriación, secuencia numérica, etc., dejando a un lado los conceptos más de tipo social, y afirmando que cualquiera de esos aspectos se desarrollan de la misma manera en las transiciones de los estadios (Delgado, 2009; García Madruga, 2001). Tan sólo se aproximó al inicio a escasos contenidos referidos al razonamiento social y moral, proponiendo más bien un modelo de tendencias evolutivas (Delval, Enesco y Navarro, 1994). En este sentido, señalar que su visión pesimista sobre las capacidades de los pre-escolares está siendo revisada a la luz de nuevos datos, ya que, por ejemplo, estudios posteriores muestran un mayor grado de perspectivismo en esa etapa (Astington, 1991; Selman, 1990), o de atención hacia contenidos del mundo interpersonal (Berndt y Heller, 1985; Yuil, 1993).

De esta manera, y aunque son muchos los autores que han basado sus estudios en las aportaciones teóricas de Piaget, tanto éstos como otros pertenecientes a diferentes enfoques sobre la construcción del conocimiento, han destacado ciertas debilidades que

el autor no terminó de explicar o no pudo justificar. A continuación se señalan algunas de las críticas más relevantes que han recaído sobre su modelo teórico.

En primer lugar, en lo que se refiere a la propia teoría de estadios, ya que según el autor, éstos exigen gran consistencia y estabilidad, y poca variación intersujeto o intertarea. Sin embargo, es la variabilidad y no la estabilidad lo que produce el desarrollo cognitivo en los individuos (García Madruga, 2001). Así, se ha comprobado que factores como la comprensión de la situación o la familiaridad con la tarea, entre otros, facilitan la ejecución de la persona, lo que revierte en diferencias entre los individuos (Carriedo, Gutiérrez y García Madruga, 2002). Lo mismo ocurre si tomamos en consideración la motivación del sujeto para la ejecución o el contexto en el que se realiza la acción, ya que ello afecta al tipo de estrategias de resolución que cada persona pone en marcha a la hora de resolver una tarea (García Madruga, 2001).

Por otro lado, el principio de universalidad en la sucesión de estadios hasta alcanzar la estructura de las operaciones formales, a los que se hizo alusión anteriormente, no ha tenido un claro respaldo empírico, ya que para llegar a este tipo de procesamiento más elaborado se necesita de la instrucción formal (Rodrigo, 1994). Así, a través de la formación que proporciona la escuela, los niños y adolescentes aprenden a utilizar una serie de herramientas cognitivas que les permiten acceder a un conocimiento más profundo de la realidad, facilitándoles nuevas y mejores adaptaciones al medio (Parra, 2005).

Además, quizás uno de los aspectos que más se le ha criticado a Piaget es el uso del método clínico y el escaso énfasis que le dio al lenguaje, ya que el autor no lo inserta dentro de las estructuras operacionales ni lo resalta como un aspecto fundamental en su desarrollo. En este sentido, destacar que puede ocurrir que un niño sepa resolver una tarea determinada, pero no sepa cómo explicarlo de manera verbal (Carriedo et al., 2002). A su vez, destaca también un cierto vacío en la teoría de Piaget a la hora de explicar la importancia de los factores emocionales, o aún más importante, de los factores sociales, en la promoción del conocimiento. Esto último implica obviar el papel relevante que tiene el medio social como fuente de información y de estrategias para promover el cambio. No obstante, Piaget no ignora completamente el influjo del medio social, ya que considera que los agentes sociales son importantes promotores de conflictos cognitivos, que impulsan el desarrollo cognitivo humano. Algunos de sus seguidores retomarán esta crítica, llegando a afirmar que en el desarrollo cognitivo

intervienen ambos factores, tanto la construcción individual como la que se deriva de los intercambios sociales (Doise y Mugny, 1984, Perret-Clermont, 1980).

También otros autores señalan el escaso interés que muestra Piaget a la hora de explorar qué pasa más allá de la adolescencia en lo que se refiere al desarrollo cognitivo, y también, al inicio del desarrollo, esto es, antes de que surjan los esquemas sensoriomotores, salvo lo que se refiere a la herencia estructural citada en su modelo teórico (v.g., los actos reflejos, el sistema nervioso). En relación con este último aspecto, algunos autores afirman que existen determinados sesgos biológicos que actúan como moldes cognitivos básicos que filtran la información, contribuyendo a que ésta empiece a organizarse sin que tenga que mediar necesariamente la acción directa del bebé sobre el medio (Mehler y Bertoncini, 1988, cit. en Simón, 2000).

Por último, señalar que nuevos planteamientos ponen en tela de juicio el hecho de que el razonamiento cognitivo se base tan sólo en la aplicación de operaciones lógicas y formales, ya que dependiendo de la naturaleza del contenido a tratar, los procedimientos de razonamiento pueden ser distintos. Tómese como ejemplo el conocimiento científico y el conocimiento cotidiano sobre una misma realidad.

4.2.2. La construcción del conocimiento según el enfoque Socio-Histórico de Vygotski

Un segundo marco teórico relevante que presenta aspectos complementarios a la teoría piagetiana es el modelo contextual desarrollado por Lev Vygotski, también conocido como enfoque socio-histórico o socio-cultural, que resalta el papel social y del lenguaje en el desarrollo cognitivo humano. Así, para Vygotski el desarrollo cognitivo es un proceso en el que el niño va apropiándose de los conocimientos que le proporciona la sociedad en la que vive, lo que le sirve a su vez a éste para formar parte de la misma (Arranz, 2004; Gutiérrez, 2005). En su exploración, el autor se basó fundamentalmente en el análisis histórico y cultural y sus repercusiones en la cognición humana, desde la premisa de que el individuo adquiere el bagaje que le proporciona su propia especie en un momento determinado en el tiempo, pero influenciado por las características sociales del entorno, las cuales actúan como mediadoras del conocimiento. De este modo, el desarrollo cognitivo implica el aprendizaje no sólo de lo

que un individuo es capaz de observar e imitar dentro de lo que está a su alrededor, sino también la adquisición de aquellos conocimientos que poseen otras personas más capaces con los que entra en interacción (Gutiérrez, 2005; Rogoff, 1993). Posteriormente también Bruner (1997), con su concepto de *culturalismo*, propone que la mente del ser humano no puede existir sin la cultura, ya que ésta se desarrolla dentro del contexto en el que se encuentra el individuo, y se transmite de generación en generación, lo que permite mantener una identidad individual y colectiva.

De este modo, y a diferencia de Piaget, Vygotski asume que las fuerzas promotoras del desarrollo cognitivo son externas al individuo, vinculadas principalmente al medio socio-cultural en el que se desenvuelve, y que están mediadas a su vez por el momento histórico en el que se encuentra. Así, su desarrollo se produce a través de prácticas estructuradas que recibe en las diferentes interacciones sociales que sostiene, a través de las que irá adquiriendo el conocimiento y los recursos y herramientas necesarias para poder interpretar la realidad (Rodrigo, Rodríguez y Marrero, 1993, Rogoff, 1990; Vygotski, 1978). Esta interpretación, en su versión más dura, ofrece una visión pasiva de la naturaleza humana en relación con la construcción del conocimiento. Además, le concede gran importancia al lenguaje al asumir que la realidad que aprende viene ya cargada de significados compartidos culturalmente. Por tanto, y según su opinión, el intercambio del niño con otros agentes más competentes será el factor principal que impulse el desarrollo, a diferencia del punto de vista piagetiano que concibe al niño como un científico que explora el mundo para transformarlo y construirlo mentalmente.

Siguiendo con el análisis de la teoría del desarrollo cognitivo de Vygotsky (1978), el autor también propone que el aprendizaje se produce en dos momentos, tal como se señala a continuación:

> En el desarrollo cultural del niño, toda función aparece dos veces: primero a nivel social, y más tarde a nivel individual; primero entre personas (interpsicológica), y después en el interior del propio niño (intrapsicológica). […] Todas las funciones superiores se originan como relaciones entre seres humanos (p. 94).

Así, el contexto queda unido a las acciones e interpretaciones humanas y no como algo ajeno a los individuos (Perret-Clermont, 1980; Rodrigo, 1994). Además, pone el énfasis en que el principal nexo entre el contexto y el individuo es el lenguaje, al asumir que la palabra actúa como mediadora de los símbolos de la cultura que son adquiridos por las personas (Rogoff, 1998; Tudge y Scrimsher, 2002), siendo el elemento principal en el proceso que va de lo interpsicológico a lo intrapsicológico. Así, para Vygotski pensamiento y lenguaje van unidos para dar lugar a los procesos psicológicos del ser humano. Esta relevancia otorgada al lenguaje por Vygotski, apenas lo asume Piaget en su modelo.

Por otra parte, a pesar del gran peso que le otorga al medio socio-cultural, Vygotski reconoce también la naturaleza biológica del ser humano, afirmando que la cognición parte de lo biológico y evoluciona, gracias a la cultura y a través del intercambio social, a formas superiores. Un ejemplo de ello lo vemos en el carácter inicialmente involuntario de algunos procesos (v.g., la atención, la memoria…) que pasan posteriormente a un mayor control voluntario, mediado por la cultura, y dentro de ella, por el lenguaje. Ello supone la asunción de cambios cualitativos en el desarrollo cognitivo humano (Wertsch, 1985). Esta idea se asemeja al presupuesto piagetiano que entiende que el desarrollo se produce a través de una sucesión de estadios, que surgen siguiendo un orden fijo, pero a diferencia de Piaget, Vygotski no postula un presupuesto teleológico. Muy al contrario, el nivel cognitivo final que alcance un sujeto dependerá de la naturaleza cualitativa y la cuantía de los intercambios sociales que realice (Luria, 1976, cit. en Simón, 2000). También cabe señalar otros aspectos comunes entre ambos autores, como es el reconocimiento de que la construcción del conocimiento, indistintamente del tipo de dominio de que se trate, sigue los mismos mecanismos.

Otro elemento diferenciador entre ambos enfoques se refiere al análisis de los niveles de desarrollo cognitivo. Para explicarlo, Vygotski introdujo el concepto de *zona de desarrollo próximo*, entendido éste como la distancia que hay entre el desarrollo real que tiene el niño en la actualidad, y el desarrollo potencial, que es el que puede alcanzar en el futuro con la ayuda de alguien más competente. De este modo, la zona de desarrollo próximo sería el espacio máximo en el que puede influir el medio social (una persona más experta) en el desarrollo cognitivo del individuo (Rodrigo, 1994). Así, en esas interacciones será donde se concrete el aprendizaje de los distintos recursos cognitivos y culturales que posteriormente serán internalizados, siguiendo la ley de la

doble aparición de las funciones psicológicas superiores anteriormente comentadas (Vygotski, 1984).

Basándonos en la premisa del enfoque socio-cultural que afirma que los procesos psicológicos tienen su origen en los procesos de interacción del niño con los agentes sociales, es lógico suponer el interés que muestran los autores de este modelo respecto al papel de estos últimos (los padres, profesores, los iguales, etc.) como mediadores del desarrollo cognitivo (Gutiérrez, 2005). Del mismo modo, algunos autores (v.g., Cole, 1996, 1997; Rogoff, 1993) también destacan la variedad de costumbres, experiencias y recursos con los que pueden contar los niños según el contexto en el que se encuentren inmersos, dependiendo de las acciones, metas y pautas de instrucción que llevan a cabo con ellos los agentes sociales con los que interactúan. Todo ello determinará el desarrollo cognitivo que alcance cada uno de ellos, y en consecuencia, la heterogeneidad que se observa al respecto en las distintas personas.

No obstante, a pesar de reconocer la complejidad y heterogeneidad del medio social, algunos autores señalan que se observan universales socioculturales que matizan la visión excesivamente relativista de Vygotski. Así, por ejemplo, si bien los contenidos que se transmiten pueden variar, lo cierto es que los intercambios conllevan cierta regularidad en cuanto a que se llevan a cabo en un espacio físico, en ellos participan actores que realizan actividades culturales, dichas actividades están reguladas por intenciones y metas de los actores, etc. (Rodrigo, 1994). Así mismo, Bruner (1988) destaca que existen también formatos de interacción altamente estructurados, especialmente en lo relativo al intercambio con niños pequeños, que son bastante universales, como es el caso del denominado *baby talk.*

Por otra parte, otros dos aspectos han sido objeto también de crítica. Por un lado, el peso excesivo que puso Vygotski en el lenguaje como único transmisor de contenidos por parte de los agentes sociales. Ello supone, por ejemplo, obviar el papel que juega la observación o la comunicación no verbal. Por otro lado, la consideración de la naturaleza pasiva atribuida al ser humano. En este sentido, hay datos que avalan que el niño contribuye activamente en su propio desarrollo, bien solicitando de forma intencional la participación del adulto en una acción particular, o incluso, mostrando preferencia hacia los estímulos sociales frente a los relativos al mundo físico, lo que garantiza en mayor grado su propia supervivencia. Además, Wertsch (1985) propone el concepto de *intersubjetividad*, asumiendo que para que exista un conocimiento

compartido, el adulto debe acercarse a la zona de desarrollo próximo del niño, para que haya una internalización del conocimiento, y a su vez el niño (el menos experto) debe intentar aproximarse al punto de vista del adulto, modificando así sus representaciones mentales. Por su parte, Rogoff (1993) defiende que el niño, lo que hace en los intercambios sociales, es una *apropiación* de las actividades que se comparten, llegando a afirmar que no existe un doble proceso en el que primero se enseña y luego se aprende, sino que se trata de un solo proceso en el que el aspecto individual está ya inmerso en el área interpersonal debido a esa apropiación.

Precisamente para superar la disyuntiva entre las teorías del desarrollo psicológico que defendían su carácter meramente individual o social, aparece el *modelo del constructivismo episódico*, en el cual se unen las características del contexto y las capacidades cognitivas del individuo que participa dentro de éste. Por lo tanto, "*[...] se trata de un proceso circular que fluye en ambas direcciones y produce transformaciones en los estados mentales de todos los participantes"* (Rodrigo, 1994, p. 33).

4.2.3. La construcción del conocimiento basado en Dominios de Conocimiento

Un tercer enfoque que merece la pena comentar es la propuesta de la construcción de la información basada en diferentes dominios de conocimiento. Se entiende por dominio de conocimiento un conjunto de representaciones relativas a un área específica de conocimiento (Karmiloff-Smith, 1992). En este sentido, cada dominio particular posee una estructura, unos procesos y un desarrollo específico (Turiel, 1989). Por tanto, los módulos actúan de manera independiente, por lo que se puede adquirir conocimiento en un dominio específico sin tener que tener la habilidad de manejar otros dominios. Así, por ejemplo, el conocer el concepto de número resulta independiente del conocimiento del dominio en conceptos espaciales (García Madruga, 2001). Qué duda cabe que este enfoque asume unos presupuestos básicos claramente contrarios a los expuestos por Piaget y muchos de sus seguidores, por primar estos últimos el peso del desarrollo cognitivo en la construcción del conocimiento, indistintamente del tipo de contenido de que se trate (Rodrigo, 1994). También se diferencia de aquellos que defienden el modelo contextual, los cuales no se centran tanto en el análisis de las

propias representaciones mentales, sino en el análisis de los escenarios en los que se lleva a cabo la construcción del conocimiento, o en el mismo proceso de construcción (Simón, 2000).

Una aproximación a este enfoque permite apreciar ciertas dificultades, ya que los autores que lo sostienen no se ponen de acuerdo respecto al número posible de dominios que pueden existir, a qué dominio particular puede corresponder un determinado contenido, cuál es el origen de cada uno, cómo se estructuran o cómo evolucionan (Carey, 1985; Hirschfeld, 1994; Rodrigo, 1994; Wellman y Gelman, 1992). Este tema sigue siendo objeto de debate actualmente. Lo cierto es que, en lo que se refiere al conocimiento social, son numerosos los dominios, y dentro de ellos, los contenidos explorados. Una revisión de algunos de los más relevantes se expondrá en este mismo capítulo en un apartado posterior.

Por el contrario, existe un alto consenso entre los autores adscritos a este modelo a la hora de afirmar que el cambio se produce en la estructura del conocimiento, por asumir que éste se produce de forma particular en cada dominio. De ahí la diversidad de patrones evolutivos que se puedan encontrar (Rodrigo, 1994). No obstante, sí se observan diferencias entre los autores a la hora de ofrecer una explicación sobre el cambio. Para algunos de ellos, es la experiencia o práctica que acumulan las personas en un determinado dominio lo que explica las diferencias de rendimiento o de conocimiento que muestran. Por ejemplo, se alude a la condición de experto o de novato en la resolución de tareas dentro de un determinado dominio, como es el caso del trabajo de Chi (1978), que demostró que niños expertos en ajedrez obtenían mejores resultados en dicho juego frente a otros participantes de mayor edad, pero quienes apenas tenían conocimiento o experiencia en dicha actividad.

La versión contraria la encontramos en autores como Fodor (1983). Según el autor, el funcionamiento de la mente humana actúa gracias a dos sistemas de procesamiento: *los sistemas de entrada,* configurados por una especie de módulos que permiten procesar un determinado tipo de información, dando como resultado la construcción de un dominio de conocimiento específico; y *los sistemas centrales*, que son inespecíficos, por lo que no se ejecutan por módulos, y permiten un acceso a la información limitado, ya que corresponden al pensamiento consciente del ser humano, siendo dicho procesamiento más lento. Desde este punto de vista, el conocimiento que desarrolla el ser humano vendría limitado desde el inicio, existiendo claras restricciones

sobre lo que puede llegar a saber o a conocer. Así se asume que, de manera innata, el ser humano cuenta con módulos o unidades de procesamiento de información que encapsulan la información relativa a determinados dominios, de modo inconsciente, y se trabaja dentro de ellos de forma independiente a lo que acontece en otros módulos (Miranda, Jarque y Amado, 1999). Esta visión innatista-modularista, que resalta el peso de la herencia genética, reduce en gran medida el posible influjo de la experiencia destacado en la posición ambientalista anteriormente comentada (Gutiérrez, 2005). Ello lleva a asumir que la experiencia y la interacción con los otros como forma de aprendizaje no es tan esencial para el desarrollo humano, en contraposición a la visión aportada al respecto por el enfoque socio-histórico vygotskiano. Sin embargo, Pozo (1994) critica esta postura, ya que entonces sería imposible conocer el mundo social y los conceptos que se le pueden atribuir a éste, ya que no habría un dominio específico para esta información.

De cualquier modo, esta visión temprana sobre el desarrollo de diferentes módulos de conocimiento ha propiciado multitud de estudios sobre el desarrollo perceptivo y cognitivo de los bebés, ampliando el conocimiento con el que contamos actualmente sobre el tema. Una revisión al respecto se recoge en el trabajo de Mehler y Dupoux (1992). También Pérez Pereira (1995) hace alusión a esa dotación de la que viene provista el niño a través de la percepción, del conocimiento del espacio y de los objetos físicos, del sí mismo y de los demás, y del lenguaje.

Una tercera interpretación del cambio de los dominios es la que aporta Karmiloff-Smith (1992) con su teoría de la *redescripción representacional,* que se describe brevemente a continuación. Según la autora, la redescripción representacional supone un proceso mediante el cual la información que se encuentra implícita en la mente llega a convertirse en conocimiento explícito dentro de un dominio. Dicho cambio puede incluso ocurrir posteriormente a lo largo de diferentes dominios. Así, el conocimiento evoluciona hacia estructuras más complejas y articuladas, y se tornará más flexible y accesible a la conciencia (Rodrigo, 1994). Los cambios van a afectar a la naturaleza de las representaciones y tienen consecuencias funcionales. De este modo, la autora habla de tres fases o niveles funcionales. La primera es una fase eminentemente inductiva, en la que el niño va acumulando experiencias que recibe a través de la acción que genera sobre el medio, lo que le permite actuar de forma particular ante situaciones concretas. Esta información se registra de forma implícita y proviene del medio externo

al sujeto. En una segunda fase el niño se guía por representaciones internas o creencias que le llevan a desarrollar interpretaciones rígidas o poco flexibles, incluso cuando son erróneas. En una tercera fase el sujeto ya es capaz de atender tanto a sus representaciones internas como a los datos externos, y el cambio se produce acompañado de avances en sus capacidades metacognitivas, cuando desarrolla un conocimiento sobre cómo operan sus procesos cognitivos y cuáles son sus creencias sobre el mundo. Es entonces cuando se muestra capaz para debatir, reflexionar, argumentar, generar conocimiento alternativo a sus creencias, etc., haciéndose accesibles al informe verbal (Rodrigo, 1994).

De este modo, Karmiloff-Smith, aunque no rechaza totalmente la posible influencia externa como promotora del cambio (que podría explicar los diferentes ritmos de desarrollo dentro de cada dominio), asume que éste se produce principalmente como efecto de fuerzas internas al individuo, afectando tanto intra como interdominios, provocando el fenómeno de la redescripción en todos ellos. Este último posicionamiento más generalista le aproxima a los presupuestos piagetianos, pero se diferencia de ellos al reconocer predisposiciones atencionales de dominio específico en los recién nacidos, y no habla de etapas específicas, sino más bien de fases de desarrollo.

4.2.4. La construcción del conocimiento como un Proceso Dinámico

El concepto de *sistemas dinámicos* viene a enfatizar el hecho de que cuando se estudia el conocimiento sobre un objeto, hay que hacerlo viéndolo como un proceso que se encuentra en continuo cambio, por lo que ese dinamismo le da un carácter de inestabilidad a dicha adquisición de conocimiento. Y es ese cambio y esa evolución lo que realmente trasciende e importa a la teoría de los sistemas dinámicos.

Según Overton (1998), tanto el individuo como el objeto se encuentran relacionados en un sistema dinámico, por lo que lo biológico y lo cultural se mantienen unidos como sistemas dependientes el uno del otro. Así, y desde este punto de vista, la división que se plantea en las teorías tradicionales queda sustituida por la idea de efectos interactivos y de compenetración entre ambos aspectos. En palabras de Gutiérrez (2005), *"los organismos construyen los medios socio-culturales a los que se adaptan y*

viceversa, el medio sociocultural es el que proporciona las oportunidades y el contexto en el que, de forma permanentemente cambiante, los organismos actúan y organizan su conducta" (p. 336).

Otro aspecto diferencial de este enfoque es el énfasis que pone en analizar la variabilidad, frente al estudio de lo estable y universal, aspecto más cercano a las teorías tradicionales (Thelen y Smith, 1994). Así, según Thelen y Smith (1998), desde dicha perspectiva el desarrollo cognoscitivo sólo se puede entender como un sistema que se desarrolla a través de todos los niveles de organización que forman parte del individuo (desde lo molecular hasta lo cultural), y a través de una escala temporal de gran amplitud (de los milisegundos hasta los años). De ahí que algunos autores (v.g., Overton, 1998) hayan dejado a un lado el análisis del objeto como algo simple y lineal, y se hayan centrado más en el estudio del la complejidad y ciclicidad de dichos objetos, viéndolos como procesos que se encuentran en continuo cambio (Gutiérrez, 2005).

De este modo, y tal como señala Gutiérrez (2005), la perspectiva de los sistemas dinámicos viene a suponer una forma particular de interpretar cómo se construye y se desarrolla el conocimiento. Así mismo, esta teoría intenta proporcionar herramientas metodológicas a los estudiosos del cambio en relación a la investigación del objeto de estudio, subrayando que lo importante no es pararse en observar lo que es estable e inalterable, sino analizar la variabilidad de la realidad de dicho objeto (v.g., Siegler y Crowley, 1991). Sin embargo, este enfoque requiere de mayor soporte empírico así como de una mayor elaboración teórica que sustente dicha perspectiva.

4.2.5. La construcción del conocimiento según el enfoque de la Cognición Social: Las Teorías Implícitas

Este nuevo enfoque sobre la construcción del conocimiento intenta aunar aspectos centrales en los que se basan algunas de las principales teorías anteriormente mencionadas, y con ello trata de superar algunas de las limitaciones que las caracterizan. Así, el enfoque de la *cognición social* resalta la importancia del contexto en el que el individuo se desarrolla, por ser la principal fuente de información donde el sujeto se nutre para la construcción del conocimiento. En este sentido, Delval (1997) y Hatano y Takashashi (2005) sugieren que hay tres maneras de promover el desarrollo

del conocimiento que necesita el ser humano para adaptarse a la sociedad: mediante la participación del individuo en las actividades que ofrece su contexto (prácticas que vienen determinadas por la cultura), mediante la intervención educativa, y mediante la exposición a los medios de comunicación. Por otra parte, el enfoque de la *cognición social* también otorga un papel primordial al sujeto, entendiendo que es él quien organiza y elabora el conocimiento adquirido para usarlo en el propio contexto (Simón, 2000). De esta manera, este nuevo enfoque permite analizar la evolución del cambio cognoscitivo desde una óptica más amplia, asumiendo a la vez el influjo de la cultura y de la capacidad cognitiva del sujeto en la construcción del conocimiento (Rodrigo, 1994).

Además, y atendiendo al carácter activo que se le atribuye al ser humano, este enfoque asume que existe una predisposición para la construcción de tipos de conocimiento concretos desde una edad bastante temprana, tal y como propone el modelo de dominios (Simón, 2000). De esta manera, y según Simón (2000), la evolución en un dominio determinado de conocimiento se producirá siempre que el individuo vaya adquiriendo experiencia o nueva información, lo que provocará representaciones cada vez más complejas a medida que la persona se vuelva experta en dicho dominio. Ello implica que, para la construcción del conocimiento, no sólo se requiere de capacidad cognitiva, sino también de experiencia. En este sentido, Karmiloff-Smith (1992) subraya la importancia de un conocimiento flexible que permita al niño ir avanzando y alcanzando mayor grado de complejidad informativa, siempre que exista una interacción entre el niño y el medio a medida que va creciendo.

Por otra parte, hay que destacar el carácter bidireccional del conocimiento. Esto es, el conocimiento fluye en ambos sentidos entre el sujeto y el medio en el que se desenvuelve, transmitiéndose a través de los procesos de comunicación y como medio de trasvase de la información. Así, se garantiza la permanencia del conocimiento a través de distintas generaciones, mediante el saber popular (Lerner, 2004). Es por ello que algunos autores utilizan el término de *teorías* a la hora de referirse al producto que construye el ser humano sobre los distintos contenidos que elabora sobre la realidad. Concretamente, según Rodrigo et al. (1993), éstas son un conjunto organizado de conocimiento sobre el mundo, tanto físico como social, que se encuentran conectados entre sí, y que suelen caracterizarse por su carácter implícito, es decir, por la falta de conciencia de que existen. En este sentido, y tal como afirma Rodrigo (1994):

> Para niños y adultos, tener sus propias teorías sobre la realidad les permite manifestarse como agentes activos dotados de capacidad para transformarla. Pero conocer las teorías que otros sustentan les permite salir de su absoluto existencial y entrar de lleno en el marco relativista de la negociación de realidades (p. 43).

De este modo, para poder entender los cambios en las representaciones mentales, hay que considerar de nuevo aspectos intrínsecos al ser humano como por ejemplo, su capacidad para la adopción de perspectivas, o lo que es lo mismo, la capacidad de asumir los puntos de vista de las otras personas y llegar a entender sus pensamientos y lo que pueden sentir (Giménez-Dasí, 2008; Rodrigo, 1994). Esta habilidad es bastante compleja, siendo en la última fase de la adolescencia y en la adultez cuando se puede llegar a adquirir el perspectivismo conceptual (Corral, 2009; Rodrigo y Correa, 1999). No obstante, la experiencia de cada uno, y no sólo la capacidad cognitiva, marcará el nivel de desarrollo que alcancen las distintas personas al respecto.

Por otra parte, desde este enfoque se establece una nueva distinción respecto a la construcción del conocimiento que es importante considerar, y es la diferencia entre el conocimiento implícito y el explícito. Al respecto, Barrett y Buchanan-Barrow (2005) afirman que las teorías espontáneas que desarrollan los niños acerca de la realidad (*naïve theories*) son generalmente de carácter implícito más que explícito, debido a que tienen dificultad para acceder a sus propias teorías y para llegar a verbalizarlas. Además, la forma de construir la información en los niños pequeños es a través de imágenes o formatos de tipo analógico, a diferencia de los de mayor edad (a partir de la preadolescencia), que usan formatos más de tipo semántico. Por ello, cuando se les hace una entrevista a los niños pequeños, es necesario presentarles la información en un escenario determinado, ya sea con historias o viñetas, en las que el material pueda ser manipulado por éstos y sobre los cuales los más pequeños pueden hacer sus valoraciones. Por el contrario, con los de más edad se puede acceder a sus teorías a través de la verbalización, ya que tienen mayor capacidad para elaborar prototipos a partir de información más abstracta y compleja.

Por dicha razón, para trabajar con sujetos de diferente edad, o para acceder a distintos tipos de representaciones mentales, será conveniente trabajar con distintos tipos de instrumentos de evaluación (Simón, Triana y Camacho, 2001). En este sentido,

en la mayoría de los estudios revisados sobre la construcción del conocimiento social, los investigadores han utilizado entrevistas abiertas (Beishuizen, Hof, Van Putten, Bouwmeester y Asscher, 2001; Delval, 1997; Hernández, Triana y Rodríguez, 2005; Thompson y Siegler, 2000; Triana y Hernández, 2002), mientras que otros han preferido recoger la información a través de cuestionarios semiestructurados (Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 2001; Buchanan-Barrow y Barrett, 1998; Evans, 1993; Jahoda, 1979; Peterson-Badali, Abramovitch y Duda, 1997; Triana y Plasencia, 2003). De cualquier modo, destacar de nuevo que el producto que se obtenga variará según sea el instrumento de evaluación utilizado. Por ejemplo, en el estudio de Hernández et al. (2005) respecto a la elaboración del concepto de familia, que utilizó una entrevista abierta, se observa una idealización de dicho concepto por parte de los participantes que residen en centros de protección, lo cual puede explicarse porque la representación explícita suele tener mayor vinculación con el modelo consensuado socialmente. Si se hubiera utilizado un cuestionario, a modo de prueba de reconocimiento, probablemente se hubiera registrado información más vinculada a la experiencia personal de los participantes.

Otros autores, como Kosslyn y Kagan (1981) y Simón (2000), encuentran también que, ante una tarea de reconocimiento, la representación que se obtiene sobre dicho concepto no tiene por qué coincidir con la verbalización explícita, especialmente en el periodo previo a la adolescencia. De esta manera, y en palabras de estos autores, es a partir de la preadolescencia cuando el concepto se construye en un formato eminentemente proposicional, pudiéndose observar, además, una mayor coincidencia entre ambas representaciones mentales. Así, y tal y como señala Karmiloff-Smith (1992), los sujetos, a mayor edad, pueden ir definiendo de forma más concreta su concepción sobre las cosas, y lo que es aún más importante, pueden ir transfiriendo dicha información desde su conocimiento implícito hacia el explícito. Será entonces cuando se espere mayor concordancia entre ambos tipos de representaciones, hecho que se produce especialmente a partir de la preadolescencia, y que puede implicar una mayor estabilidad en el conocimiento humano (Rodrigo et al., 2002; Simón et al., 2001).

Al respecto, en el estudio de Simón (2000), la autora analiza el grado de concordancia y de disociación que existe entre la versión implícita y explícita del concepto de familia sostenido por los participantes, obteniendo que con la edad aumenta la concordancia entre ambos tipos de conocimiento (a la hora de aceptar determinadas

dimensiones que sustentan el concepto y de rechazar otras posibles); se produce también un ligero ascenso en la disociación a favor del conocimiento explícito (aunque esto sólo ocurre en determinadas dimensiones); y además, se produce una clara reducción en la disociación a favor del conocimiento implícito.

Así, y siguiendo los postulados de Karmiloff-Smith (1992), el conocimiento implícito aparece en el individuo de una forma temprana y le sirve de base de conocimiento para poder entender y actuar ante la realidad. Posteriormente, el individuo llegará a tener conciencia de los contenidos que ha ido asimilando y será capaz de verbalizarlos. Este punto de vista hace que confluyan aspectos del constructivismo piagetiano (v.g., con la creencia de un funcionamiento general para todos los dominios) y las teorías sobre la modularidad provenientes de Fodor (v.g., la base cognitiva de la que ya disponen los bebés al nacer), dando sentido a su teoría sobre la *Redescripción Representacional* o *modelo "RR"*. Desde este enfoque, se reconoce que la información que elabora el ser humano sobre el mundo que le rodea se hace, con el tiempo, más accesible, consciente y flexible (Gutiérrez, 2005).

Algunos trabajos avalan esta afirmación, corroborando que se producen cambios en la forma de representar los contenidos en la mente del individuo, tanto a nivel implícito como explícito (Kosslyn y Kagan, 1981; Rodrigo, 1982; Triana, 1991). Qué duda cabe que muchos cambios se pueden promover a través de la instrucción, actuando en la zona de desarrollo próximo y consiguiendo el cambio cognitivo de los conceptos a medida que el sujetos se va desarrollando (Clements y Perner, 1994; Parra, 2005).

El análisis de la dimensión implícita-explícita del conocimiento se hace cada vez más necesario y significativo, porque puede ayudar a entender cómo los individuos hacen uso de dicho conocimiento y su manera de transmitirlo a su entorno más inmediato, a través de su comportamiento o verbalización. Sirva de ejemplo trabajos como los de Olson y Dweek (2009) quienes han empezado a estudiar el desarrollo de las actitudes sociales, tanto implícitas como explícitas, hacia determinados grupos sociales, o el de Simón (2000) ya comentado en este capítulo, cuyos datos resaltan actitudes más positivas hacia modelos de familias menos convencionales. Llegar a entender cómo se elaboran y cambian a lo largo del desarrollo humano, ayudará a comprender las relaciones que se dan entre la forma de pensar y el comportamiento humano, así como a visualizar también cómo perciben distintos grupos de edad una misma realidad. Ello puede ser importante para la intervención en el ámbito de la familia, y además, ayudaría

a reducir los prejuicios y los estereotipos sociales sobre las modalidades familiares no convencionales.

Se seguirá profundizando en el tema en el siguiente apartado, con la presentación de diversos trabajos centrados en el análisis del conocimiento social en diferentes dominios.

4.3. Aproximación al análisis de algunos contenidos sociales

Como se acaba de exponer, son diversas las teorías y enfoques que analizan el origen y desarrollo del conocimiento social. Algunos autores como Wellman y Gelman (1992) afirman que, en las últimas décadas, el estudio de los dominios de conocimiento ha primado sobre la teoría del universalismo de Piaget, lo cual se observa por la multiplicidad de investigaciones llevadas a cabo sobre distintos dominios y contenidos de conocimiento que se encuentran en la literatura. En este apartado se expondrán algunos de los contenidos explorados, así como algunas de las variables estudiadas en ellos como posibles mediadoras del producto resultante.

Son muchos los contenidos que el ser humano debe elaborar sobre el mundo social, tanto en cuanto a las agrupaciones y entidades que lo constituyen, como a las reglas y dinámicas a través de las que se organiza. Qué duda cabe que para desarrollar dicho conocimiento el ser humano tiene que entrar en contacto con su medio cultural, a través de los intercambios sociales en los contextos próximos en los que se desenvuelve. Pero además, necesita desarrollar su capacidad cognitiva para poder apresar la complejidad del mundo social. Es por ello por lo que se observan diferencias importantes en el producto que elabora, independientemente del contenido a explorar, en las distintas etapas del desarrollo por las que pasa. Por esta razón, una de las variables moduladoras más ampliamente estudiada es el grupo de edad de pertenencia de los participantes, por asociarlo a la etapa del desarrollo cognitivo en el que se encuentren éstos, y además, por relacionarla con las posibilidades de interacción que tienen con el entramado social (Triana y Simón, 1994).

Por ejemplo, Delval (1997) admite la dificultad para representar el mundo de lo social debido a que es un tema bastante amplio. El autor se aproxima al campo mediante la exploración de la comprensión del mundo económico y del orden político, como base

central para indagar cuestiones más concretas ligadas a éstas (v.g., las leyes, la autoridad, el poder, el intercambio monetario, la idea de ganancia, etc.). El autor encuentra que existen diferentes niveles de respuestas entre los participantes, siendo los de mayor edad los que responden de manera más elaborada. Otros autores también encuentran que la etapa evolutiva en la que se encuentra el sujeto es un factor importante para entender el concepto de *economía* (Berti y Bombi, 1988; Delval et al., 1994; Jahoda, 1979; Thompson y Siegler, 2000; Webley, 2005), resaltando la importancia del desarrollo cognitivo para alcanzar una cierta habilidad matemática y poder tener mayores posibilidades de comprensión sobre dicho concepto.

Otro contenido de gran complejidad es el referido a las *nociones de tipo político*, sobre el que se han desarrollado diversos estudios (Berti, 1988; Moore, Lare y Wagner, 1985, cit. en Berti, 2005). Como apunta Delval (1997), comprender el ámbito político es bastante complejo por lo que se necesita una gran capacidad cognitiva para entender el orden y la forma en la que se regula este ámbito. Además, este concepto viene asociado a otros también de gran complejidad como, por ejemplo, el de *nación* (Barrett, 2005; Torres, 1994), *las leyes y los proceso legales* (Cauffman y Steinberg, 2000; Peterson-Badali et al., 1997), *los conflictos y las guerras* producidas entre países (Berti y Vanni, 2000), *las clases sociales* y las diferentes *ocupaciones laborales* a las que acceden las personas (Evans, 1993), el concepto de *raza* o *etnia* (Hirschfeld, 1993, 1995), etc.

En todos los casos se observa que son los participantes de mayor edad quienes más elaborado tienen dichos contenidos. Así, Berti (2005) afirma que es a partir de la adolescencia cuando estos conceptos empiezan a ser mejor comprendidos. Ello tiene importantes repercusiones para la enseñanza en los centros educativos, ya que es el periodo ideal para la instrucción (Niemi y Junn, 1998; cit. en Berti, 2005). Además, la mayor capacidad adquirida a estas edades se reflejará también en la conducta de las personas, llevándolas en ocasiones a participar más activamente en política, como voluntarios en obras sociales, o simplemente en discusiones y debates sobre dichos temas (Yates y Youniss, 1998).

Otros contenidos estudiados también corroboran los resultados obtenidos por los anteriores autores respecto al cambio cualitativo que se produce en la complejidad del conocimiento con el paso del tiempo y con el aumento de la capacidad cognitiva del sujeto. Así, por ejemplo, y en relación con el ámbito familiar, se encuentran en la literatura trabajos sobre el *concepto de familia* (Gilby y Pederson, 1982; Hernández et

al., 2005; Piaget, 1928; Rodrigo et al., 2002; Simón, 2000, entre otros); sobre *los roles asumidos por diferentes miembros de la familia* (Rodríguez y Triana, 2009; Rodríguez, Triana y Hernández, 2005); sobre el concepto de *divorcio* (Triana, 2005; Triana y Hernández, 2002), etc. Este último tema será objeto de exploración en la presente tesis.

Otros autores se han preocupado por estudiar el conocimiento que tienen los niños sobre otro contexto de socialización de gran relevancia como es *la escuela,* y lo que allí acontece. Según Buchanan-Barrow (2005), es importante saber cómo entienden los niños las relaciones que se dan en la escuela, ya que desde muy pequeños deben aprender a seguir las normas que allí se establecen, a seguir una serie de pautas de comportamiento y a relacionarse con los otros. Estas experiencias, junto con las que reciben dentro de su familia, les servirán de entrenamiento para adaptarse a la sociedad en general. Así, algunos han estudiado, por ejemplo, la percepción y creencias que tienen de *los maestros* (Beishuizen et al., 2001), del *rol del director* de la escuela (Buchanan-Barrow y Barrett, 1998), de *las normas y reglas que se siguen en el colegio* (Alderson, 2000), etc. En estos estudios también se ha observado el cambio cualitativo según el grupo de edad de los participantes. Así por ejemplo, y en relación con las creencias sobre los maestros, los niños más pequeños aluden a características más de tipo físico o de cuidado cuando definen a un buen maestro, mientras que los de mayor edad atienden más a aspectos más complejos relacionados con el aprendizaje de la materia, la capacidad del maestro para adecuarse a cada alumno, las estrategias aprendidas para resolver las cuestiones dadas en clase, etc.

A pesar de que el grupo de edad, en relación con la capacidad cognitiva en la que se encuentra el sujeto, sea el factor más estudiado por la mayoría de los investigadores, otras variables también pueden influir en el producto final que elabora el ser humano sobre el conocimiento social. Así, en algunas investigaciones de corte social se ha observado la influencia del grupo cultural de referencia del participante en sus creencias y forma de actuación ante determinadas hechos concretos. Por ejemplo, Emler, Ohana y Moscovici (1987, cit. en Barrett y Buchanan-Barrow, 2005) encontraron diferencias en la manera de entender las normas del colegio entre niños escoceses y franceses, debido a los distintos sistemas educativos que hay en cada país y al contexto social en el que se encuentran. Por su parte, Bonn, Earle, Lea y Webley (1999) analizaron la creencia de niños africanos que vivían en diferentes áreas rurales y urbanas sobre la pobreza y la riqueza. Los autores encontraron que el conocimiento que

mostraban los niños sobre dichos conceptos dependía no sólo del grupo de edad de pertenencia, sino también de la realidad social en la que vivían. También Fried y Reppucci (2001) exploraron las creencias sobre la responsabilidad criminal y la culpabilidad, y sólo encontraron diferencias significativas en la variable referida a la etnia de referencia de los participantes, siendo los hispanos y los asiáticos quienes menor responsabilidad criminal atribuyeron a los protagonistas de la película frente al resto de participantes de otras razas (blancos y negros). En este caso, los autores aluden a la mayor proximidad del grupo de hispanos y asiáticos a condiciones de alta delincuencia, puesto que es el contexto en el que se desenvuelven, lo que influye claramente en el tipo de respuesta dada.

Estos últimos datos expuestos resaltan la importancia del medio como fuente de información, experiencias y prácticas que también contribuirán en gran medida en la construcción del conocimiento social. Por dicha razón, otra variable que puede afectar es el nivel educativo de la persona, ya que ello va a acondicionar el tipo de información y de experiencias a las que puede acceder a la hora de construir el conocimiento. Tómese como ejemplo los resultados observados en los estudios relativos a las creencias educativas parentales sobre la educación y el desarrollo de los hijos (Rodrigo y Triana, 1996; Triana, 1991, 1993). Así, por ejemplo, en el estudio de Triana (1993) se observa que los padres de niveles profesionales medio-alto valoran más la importancia del ambiente sobre el desarrollo de los hijos, por lo que se sienten más protagonistas de la educación de éstos, frente a los de bajo nivel, quienes resaltan la dotación genética como el factor principal que condiciona la conducta y la forma de ser de los niños. También Nakhaie (1993) encontró que las concepciones sobre la economía sostenida por los niños de su estudio se veían influidas por el nivel educativo familiar, especialmente por el de la madre, ya que es en el hogar donde los niños inician su aprendizaje sobre las reglas económicas. De cualquier modo, en los estudios sobre la construcción del conocimiento social no siempre se explora esta variable (Evans, 1993; Yates y Youniss, 1998), o cuando se hace, no siempre parece ofrecer resultados claramente significativos (Beishuizen et al., 2001; Fried y Reppucci, 2001).

También, y como ya se ha resaltado anteriormente, la experiencia personal sobre una determinada realidad va a contribuir considerablemente en la construcción de dicha realidad. Por ejemplo, y en lo que se refiere al concepto de *divorcio*, el haber experimentado o no dicha experiencia en el entorno familiar cercano, tendrá

repercusiones en la creencia elaborada al respecto (Rodríguez y Triana, 2009; Triana, Plasencia y Hernández, 2003), o sobre el *concepto de hermanastro* (Plasencia y Triana, 2006), y de *padrastro y madrastra* (Daiton, 1993; Pickhardt, 1997; Triana, Plasencia y Hernández, 2009). Señalar, no obstante, que los trabajos sobre estos últimos conceptos reflejan, en general, un gran desconocimiento sobre dicha realidad, al ser ésta aún poco representativa en la sociedad. Por ello, no es extraño encontrar que sean los participantes que tienen experiencia de ruptura familiar los que ofrezcan una visión más elaborada, positiva y flexible respecto al tema de la reconstitución, frente a posturas más tradicionales y estereotipadas de quienes no tienen experiencia (Triana et al., 2009). También con respecto al concepto de familia se han encontrado efectos importantes en función de la experiencia familiar personal vivida por quien construye (Hernández et al., 2005).

Otra variable que se ha explorado para conocer su posible influjo sobre la construcción del conocimiento social es el sexo al que se adscribe el sujeto. Los resultados no son del todo concluyentes. Por un lado, señalar que algunos autores no han encontrado grandes diferencias en el conocimiento social en relación con dicha variable (Bonn et al., 1999; Fried y Reppucci, 2001), mientras que otros simplemente no se han parado a explorar su posible influjo (Alderson, 2000; Peterson-Badali et al., 1997). Por el contrario, en otros estudios sí parece encontrarse ciertas diferencias según el sexo de los participantes. Por ejemplo, Buchanan-Barrow y Barrett (1998) analizaron cómo entienden los escolares la autoridad en el colegio a través de un cuestionario. Los autores observan que aunque en los niños de menor edad no se aprecian diferencias significativas según el sexo del participante, las diferencias aparecen en los de mayor edad, siendo las chicas las que tienen una visión del poder y de la autoridad más amplia, relacionándola con un mayor número de miembros con autoridad (director, maestro, padres, etc.), frente a los chicos.

También Bandura et al. (2001) encontraron diferencias según el sexo del participante cuando estudiaron las creencias que tenía un grupo de estudiantes de 11 a 15 años sobre sus propias capacidades en los estudios y sus aspiraciones laborales. Dichas creencias fueron exploradas a través de un cuestionario. Así, y aunque no se observaron diferencias significativas en cuanto a la auto-eficacia que tanto chicos como chicas creían tener para enfrentarse con éxito a su futuro, sí se encontraron diferencias en cuanto a sus aspiraciones laborales, ya que los varones se vieron más capaces para

desarrollar carreras de ciencias, tecnología y aquéllas referidas con las fuerzas militares, mientras que las chicas se veían más aptas para dirigir sus aspiraciones hacia carreras relacionadas con la educación, y el campo de la salud y de los servicios sociales. Evidentemente, de nuevo vemos en estos resultados el influjo de la cultura. Esta realidad sigue observándose aún hoy en día en el ámbito universitario español.

Otro trabajo de interés a señalar es el de Simón (2000), que al explorar la definición de familia, encuentra que las chicas mencionan más contenidos de tipo interpersonal, como el afecto y la comprensión, frente a los chicos. Por su parte, Triana y Hernández (2002), en su estudio sobre las creencias de los adolescentes sobre la separación y el divorcio, observaron una mayor complejidad en el concepto asumido por las chicas frente al asumido por los chicos. También Triana, Castañeda y Correa (2006) encontraron diferencias en las causas atribuidas por los adolescentes al divorcio, siendo las chicas quienes más comentan *la infidelidad*, e*l maltrato* o *las presiones familiares*, frente a los chicos, quizás porque, normalmente, son ellas las principales receptoras de estas realidades, lo que las hace más conscientes de su existencia.

En definitiva, se puede afirmar que son diversas las variables que pueden influir en la construcción del conocimiento social. De todas ellas, la que parece ofrecer resultados más concluyentes y reiterados, es el grupo de edad al que pertenece la persona, al relacionarse esta variable con la capacidad que posee en ese momento el sujeto para interpretar y elaborar la realidad.

4.4. Reflexión final

El aumento de investigaciones en torno a diversos conceptos dentro del ámbito social, refleja el interés que tienen los autores en el estudio de la construcción de dicho conocimiento. Esto es así por considerar que la naturaleza humana es eminentemente social, y además, porque para adaptarse al medio, el ser humano necesita entender y generar expectativas sobre el mundo social, con el fin de que dicho conocimiento guíe sus propias acciones. De ahí la importancia de estudiar el conocimiento social, cómo se desarrolla y sus posibilidades de cambio.

Al igual que lo ocurrido en relación con el estudio de los conceptos relativos al mundo físico, el interés por el conocimiento social ha conllevado no sólo la

proliferación de estudios en este campo, sino también, e igualmente importante, el surgimiento de múltiples teorías y modelos que han intentado explicar el origen y desarrollo del conocimiento social. Entre ellos destacan algunos de los citados en este capítulo, como la propuesta piagetiana que afirma que existen cambios cualitativos en la construcción del conocimiento, según vaya el ser humano adentrándose en nuevas etapas en su desarrollo cognitivo, aspecto este último que limita lo que la persona es capaz de aprender en cada momento; el modelo vygotskiano, de corte más culturalista y socio-histórico, que destaca la importancia de la cultura y del intercambio social como medio para impulsar el desarrollo cognitivo y del conocimiento; el modelo de corte modularista, en sus diferentes versiones, que ofrece una visión más seccionada de la mente, asumiendo la existencia de módulos diferentes para el desarrollo de diferentes dominios de conocimiento; o el modelo dinámico, que enfatiza la variabilidad más que la universalidad, especialmente en comparación con los dos primeros citados, resaltando la idea de cambio continuo en la construcción del conocimiento, como efecto de la relación de influencia bidireccional entre lo biológico y lo cultural.

Aunque cada uno de estos modelos teóricos aporta aspectos de gran interés para explicar cómo construye el individuo la información circundante, también conllevan importantes limitaciones, algunas de las cuales se subsanan con el enfoque de la Cognición Social. Este enfoque atribuye gran importancia al contexto en el que el individuo se desarrolla, como fuente principal de información y de práctica, pero también reconoce el papel primordial del propio individuo, ya que es el protagonista y responsable de la organización y elaboración de dicho conocimiento, limitando, con su capacidad cognitiva, lo que es capaz de construir en cada momento. Dentro de este enfoque se sitúan los trabajos sobre las creencias o teorías implícitas, que explican esa fusión entre lo cognitivo y lo social como promotores del cambio cognoscitivo en el ser humano (Rodrigo, 1994).

Pues bien, tal y como se ha señalado, son numerosos los estudios que analizan el conocimiento que tienen las personas sobre diferentes ámbitos del mundo social (v.g., la política y la economía, las leyes y los procesos legales, las clases sociales y las ocupaciones laborales, la escuela, la familia y las relaciones entre sus miembros, etc.). La mayoría de ellos resaltan la existencia de diferencias entre la construcción realizada por individuos de diferente grupo de edad. Este hecho se relaciona con la diferente capacidad cognitiva que poseen, lo que ejerce importantes restricciones respecto a lo

que cada cual puede llegar a elaborar. Así, y en general, se confirma la progresión en complejidad de los contenidos, siendo a partir de la adolescencia cuando los participantes de los estudios ofrecen conceptos más elaborados y complejos ligados a contenidos que requieren un mayor grado de abstracción. Por el contrario, a menor edad el producto observado es más simple, ligado principalmente a las experiencias directas que percibe el ser humano de su entorno más inmediato (Karmiloff-Smith, 1992; Simón, 2000).

Otros factores también pueden influir en la construcción de dichos contenidos de conocimiento (v.g., la experiencia del sujeto, la etnia de procedencia, el sexo, el nivel educativo, etc.). Pero no cabe duda de que el factor cognitivo ejerce un mayor grado de influencia, especialmente si nos referimos a la construcción del conocimiento social que realiza el ser humano antes de llegar a la adolescencia, por las importantes restricciones cognitivas ya señaladas por Piaget en relación con las estructuras previas a las operaciones formales, que limitan la comprensión de conceptos abstractos y complejos. No obstante, también es cierto que, siguiendo los presupuestos vygotskianos, si la persona no ha tenido la oportunidad de ser instruida por el medio social, difícilmente alcanzará dicho nivel de complejidad cognitiva, incluso aunque haya alcanzado o superado en su edad cronológica la etapa de la adolescencia. También es razonable pensar que las experiencias que recibe el ser humano a lo largo de su ciclo vital sobre un determinado dominio de conocimiento, pueden imprimir cambios en el contenido que va elaborando sobre dicha realidad. Este hecho puede justificar por qué las personas tienen más elaborados unos conceptos frente a otros, dependiendo del grado de experiencia que se tenga respecto a cada uno de ellos. En este sentido, Simón (2000) afirma que la exposición del individuo a nuevos y diferentes contextos sociales a lo largo de su desarrollo, hará que adquiera un conocimiento cada vez más complejo de la realidad, tanto de las relaciones con los otros, como del funcionamiento de ésta y de los distintos tipos de organizaciones que la conforman.

En definitiva, todas estas interpretaciones podrían ser consideradas para explicar la construcción del conocimiento social, resaltando, por tanto, algunos de los presupuestos básicos de los distintos enfoques teóricos anteriormente comentados. Al respecto, señalar también las aportaciones más universalistas propuestas por Karmiloff-Smith (1992) en cuanto a la evolución de las teorías en su doble vertiente, implícita y explícita, la primera con un claro origen desde las etapas iniciales del desarrollo, y la

segunda, por requerir un soporte verbal, más tardía, para terminar confluyendo ambas a partir de la adolescencia.

Pues bien, tal y como vimos en capítulos anteriores, el importante cambio social que se ha producido en nuestro país en las últimas décadas, ha hecho que en la sociedad española aparezca una amplia variedad de hogares, cada uno de los cuales con su propia idiosincrasia en cuanto a su composición y dinámica interna. Una de las principales razones que impulsaron el cambio ha sido la aprobación de la Ley del Divorcio (1981). No obstante, el cambio estructural es más rápido que el mental para la sociedad. Este hecho ha quedado patente en trabajos como los realizados sobre el concepto de familia (Rodrigo et al., 2002; Simón et al., 2001; Simón, Triana y González, 1998; Triana y Simón, 1994), que muestran visiones aún bastante tradicionales incluso en muestras de participantes que han vivido de cerca circunstancias como la ruptura familiar. Por esta razón, y ante la escasez de trabajos que traten de explorar las creencias o teorías asumidas por la sociedad española sobre algunos de estos cambios acaecidos, la presente tesis pretende ahondar en el estudio de un concepto central relacionado con dichos cambios, como es el de *divorcio*, y lo que ello supone para los distintos miembros de la familia. La información recabada puede dar luz sobre el grado de aceptación que muestra la sociedad hacia esta circunstancia familiar (Mazur, 1999). También permitirá conocer las expectativas que tiene la sociedad sobre las consecuencias del divorcio en los distintos miembros de la familia. Además, explorar las creencias que tienen diferentes generaciones al respecto, puede ayudar a los profesionales de la intervención familiar a conocer cómo entiende, cada una de ellas, la ruptura parental, en función tanto de la capacidad cognitiva que se posee como la influencia cultural del momento histórico que le haya tocado vivir.

Por todo ello, el interés de esta tesis será, concretamente, explorar las creencias que tienen las nuevas generaciones respecto a los efectos positivos y negativos del divorcio y la separación sobre los principales miembros de la familia, y ver qué variables pueden estar influyendo en dichas creencias (v.g., capacidad cognitiva, sexo, experiencia personal con ruptura familiar, etc.), con el fin de conocer hasta qué punto las nuevas generaciones se hacen eco de la verdadera idiosincrasia de esta realidad, o por el contrario, se guían de estereotipos que pueden presentar una versión negativa sesgada a diferencia del modelo de familia tradicional. Ello nos dará pistas respecto a la imagen que la sociedad sigue teniendo en relación con los modelos de familias no

convencionales, especialmente en relación con la monoparentalidad producto de una ruptura familiar. Además, se explorarán dichas creencias en su doble vertiente implícita y explícita, con el fin de poner a prueba qué tipo de representación guarda más concordancia con la historia personal de los participantes que hayan vivido la experiencia de ruptura familiar.

En los apartados posteriores se presentarán los trabajos de investigación que se aglutinan en esta tesis doctoral, así como los resultados obtenidos y la discusión de los mismos.

2ª PARTE: ESTUDIOS EMPÍRICOS

ESTUDIO 1. LAS CREENCIAS EXPLÍCITAS SOBRE LOS EFECTOS DE LA RUPTURA FAMILIAR EN LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Capítulo 5. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño

Capítulo 6. Resultados del Estudio 1

Capítulo 7. Discusión del Estudio 1

Capítulo 5. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño

SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS EMPÍRICOS

ESTUDIO 1. LAS CREENCIAS EXPLÍCITAS SOBRE LOS EFECTOS DE LA RUPTURA FAMILIAR EN LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño.

En este apartado se presentarán los objetivos que se persiguen en este estudio así como las hipótesis a priori de las que se parte. Así mismo, se incorpora información sobre el método y el diseño seguido en la investigación.

5.1. Objetivos e hipótesis

El *objetivo general* perseguido en este primer estudio ha sido analizar las *Creencias Explícitas* de un grupo de niños, adolescentes y jóvenes sobre los efectos del divorcio en los diferentes miembros de la familia, y explorar si dichas creencias difieren en función de su grupo de edad (niños de educación infantil, escolares, adolescentes o jóvenes), la experiencia personal de ruptura familiar (sin experiencia vs. con experiencia), su sexo (masculino vs. femenino) y su nivel educativo familiar (medio-bajo vs. alto).

Por tanto, se pretende conocer qué representación explícita han elaborado estas generaciones sobre los efectos, tanto positivos como negativos, a los que se ven abocados los hijos, los progenitores custodios y los progenitores no custodios, tras la ruptura familiar. Además, se explora si dichas construcciones se ven mediatizadas por las variables independientes anteriormente citadas. Así, este objetivo general se concreta en los siguientes objetivos específicos, con sus correspondientes hipótesis:

Objetivo específico 1. Conocer qué cambios o efectos positivos atribuyen los participantes a los hijos tras la ruptura parental, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

Objetivo específico 2. Conocer qué cambios o efectos negativos atribuyen los participantes a los hijos tras la ruptura parental, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

Objetivo específico 3. Conocer qué cambios o efectos positivos atribuyen los participantes a los progenitores custodios tras la ruptura de la pareja, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

Objetivo específico 4. Conocer qué cambios o efectos negativos atribuyen los participantes a los progenitores custodios tras la ruptura de la pareja, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

Objetivo específico 5. Conocer qué cambios o efectos positivos atribuyen los participantes a los progenitores no custodios tras la ruptura de la pareja, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

Objetivo específico 6. Conocer qué cambios o efectos negativos atribuyen los participantes a los progenitores no custodios tras la ruptura de la pareja, y si éstos se ven afectados por las variables independientes que se exploran (v.g., grupo de edad, experiencia personal de ruptura familiar, sexo y nivel educativo familiar).

En relación con los resultados que se esperan encontrar, se parte de las siguientes hipótesis:

Hipótesis 1. Se espera que la creencia explícita sobre el tema de estudio englobe una visión más negativa que positiva sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos y en el progenitor no custodio, y una visión más positiva que negativa respecto al progenitor custodio, atendiendo a la información recogida en los capítulos 2 y 3 de esta tesis doctoral.

Hipótesis 2. Se espera que el grupo de edad de pertenencia (relacionado con la madurez cognitiva del participante) y la experiencia personal de ruptura familiar, ejerzan mayores efectos sobre la creencia explícita estudiada, frente a las otras variables exploradas, aunque todas puedan afectar en dicha construcción, atendiendo a la información recogida en el capítulo 4, la construcción del conocimiento social.

5.2. Método

5.2.1. Participantes

En el estudio colaboró un total de 586 participantes. En este caso se trata de una muestra de conveniencia que incluye participantes de diferentes grupos de edad. Las principales características de dicha muestra, que serán utilizadas como variables de análisis para contrastar subgrupos, se presentan en la Tabla 2.

Tabla 2. Frecuencia y porcentaje de participantes adscritos a cada nivel de las distintas variables independientes utilizadas en el estudio.

Tipo de variable	Niveles de cada variable	N	%
Grupo de edad	GE 1: de 5 a 6 años	123	21,0
	GE 2: de 7 a 10 años	143	24,4
	GE 3: de 14 a 18 años	160	27,3
	GE 4: de 19 a 26 años	160	27,3
Experiencia personal de ruptura familiar	Con experiencia	283	48,3
	Sin experiencia	303	51,7
Sexo	Masculino	287	49,0
	Femenino	299	51,0
Nivel educativo familiar	Medio-Bajo	299	51,0
	Alto	287	49,0

La muestra participante pertenecía a un rango de edad que iba entre los 5 y los 26 años. Con el fin de poder realizar contrastes evolutivos, desde un modelo de diseño transversal, se establecieron cuatro grupos de edad. Cada uno de ellos corresponde a momentos evolutivos que parecen marcar diferencias significativas respecto a la construcción del conocimiento social, tal como se ha observado en diferentes estudios

que analizan diversos contenidos (Davies y Cummings, 2006; Grych y Fincham, 1990, Triana y Simón, 1994, entre otros).

Concretamente, los cuatro grupos de edad seleccionados fueron los siguientes:

GE 1: 123 sujetos (58 niñas y 65 niños), que cursaban educación infantil, cuyo promedio de edad era de 5,41 años.

GE 2: 143 sujetos (69 niñas y 74 niños), que cursaban educación primaria, cuyo promedio de edad era de 8,96 años.

GE 3: 160 sujetos (80 chicas y 80 chicos), que cursaban educación secundaria obligatoria, cuyo promedio de edad era de 15,09 años.

GE 4: 160 sujetos (80 chicas y 80 chicos), que cursaban una carrera universitaria (principalmente Psicología o Psicopedagogía) o bien ejercían profesionalmente, cuyo promedio de edad era de 22,4 años.

La segunda variable de interés que se va a explorar en el estudio es la experiencia personal de ruptura familiar. Así, los participantes se distribuyen en dos posibles subgrupos: con experiencia de ruptura familiar (48,3%) y sin experiencia de ruptura familiar (51,7%). Se entiende que cuando hablamos de sujetos con experiencia, nos referimos a aquéllos que han tenido una experiencia directa y cercana con la situación de separación o divorcio. Esto es, que se han separado sus propios padres, algún hermano, o algún otro familiar muy cercano con quien guardan contacto frecuente (v.g., un tío o una tía). Mayoritariamente son casos en los que sus propios padres están separados. Por el contrario, nos referimos a participantes sin experiencia a aquéllos que no han tenido experiencias de separación o divorcio en su entorno familiar más próximo, o incluso, en su entorno más cercano de amigos.

La tercera variable a explorar en este estudio es el sexo de los participantes. Para ello se recabó información de sujetos de ambos sexos, de los que el 49% pertenecía al sexo femenino y el 51% restante al sexo masculino.

La última variable seleccionada para el estudio fue el nivel educativo de la familia de los participantes, distribuyéndose los sujetos en dos posibles niveles, siguiendo un criterio similar al utilizado por Newman, Roberts y Syré (1993). Por un lado están los pertenecientes a un nivel educativo medio-bajo, que corresponde a aquellas familias en las que ambos padres han completado los estudios primarios o,

como máximo, uno de ellos ha cursado la Educación Secundaria, F.P. o Bachillerato. A este nivel se adscribe el 51% de la muestra participante. Por otro lado está el nivel educativo alto, que corresponde a aquellas familias en las que el padre y/o la madre han cursado una diplomatura o estudios universitarios superiores, englobando este nivel al 49% restante de la muestra.

5.2.2. Instrumentos

Para la recogida de la información se utilizaron diversos materiales que pasamos a describir a continuación.

**** Cartas dirigidas a los directores de los centros docentes y a los padres.***

Se redactó una primera carta dirigida a los directores de determinados centros docentes, en la que se explicaba en qué consistía el estudio y la necesidad de recabar información a través de los alumnos de los grupos de edad seleccionados (excepto para el último grupo de edad), con el fin de solicitar su colaboración (ver Anexo A). Una vez que los directores dieron su consentimiento, enviamos una carta a los padres de los alumnos de los grupos seleccionados, a través del centro, con el fin de solicitar su permiso para la colaboración de sus hijos (ver Anexo B).

Señalar que los centros que se prestaron a colaborar en el estudio fueron el colegio Nuryana (centro concertado); el colegio Luther King (centro concertado); el CEIP San Matías (centro público) y el IES Los Realejos (centro público).

**** Cuestionario de datos socio-demográficos y experiencia de ruptura familiar.***

Se elaboró un cuestionario socio-demográfico con el fin de recoger las principales características personales de los participantes (v.g., su edad, sexo, nivel de estudios), así como las de su contexto familiar (edad de los padres, estado civil, nivel de estudio de cada uno, profesión). Además, se elaboró una serie de cuestiones con el fin de explorar el grado de experiencia que tenía el participante en relación a la ruptura familiar, como por ejemplo, si conocían algún caso próximo de familia separada o

divorciada, y en caso afirmativo, de quién se trataba (v.g., sus propios padres, algún hermano, un amigo, un familiar lejano, etc.); qué tipo de contacto mantenía con esas personas (v.g., si se veían con asiduidad, si el trato era cercano, o si por el contrario, el contacto era esporádico o inexistente, etc.); y el grado de conocimiento sobre dicha experiencia de separación (v.g., si habían vivido la experiencia de cerca, si conocían las razones de la separación, cómo influyó en esas personas la ruptura, etc).

En el caso de los participantes que provenían de familias separadas o divorciadas, exploramos su contexto familiar actual con preguntas como quién de los dos progenitores tiene la custodia, si los progenitores han rehecho su vida sentimental, con quién viven actualmente sus progenitores, y el contacto que mantiene el participante con cada uno de sus padres. Por último, y a través de dos ítems formulados mediante una escala tipo Likert, se les preguntaba por el clima familiar percibido por ellos en el momento en que sus padres se separaron, y el clima que perciben al respecto en la actualidad.

Las instrucciones de cómo rellenar el cuestionario, así como los diferentes contenidos que aglutina, se presentan en el Anexo C.

**** Entrevista abierta sobre las creencias explícitas acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura de los padres en los hijos, en el progenitor custodio y en el progenitor no custodio.***

Se realizó una entrevista abierta que recogía cuestiones sobre los posibles efectos positivos y negativos de la ruptura en cada uno de los personajes relevantes de la familia a explorar, cuestiones extraídas de la entrevista extensa del estudio Triana y Hernández (2002) (ver Anexo D).

Para controlar el posible arrastre de la información a la hora de evaluar a cada personaje, especialmente en lo que respecta a los participantes de menor edad, se aleatorizó la presentación de cada uno de ellos a la hora de preguntar. Esto es, en ocasiones se preguntaba primero por el progenitor custodio, en otras por el progenitor no custodio, y en otras, por los hijos.

En el caso de los participantes de infantil y primaria, la entrevista fue la misma, pero las preguntas se presentaban en una versión adaptada, cambiando los términos más complejos como *progenitor* por el de *el papá o la mamá*, o el de *custodio* y el de *no custodio* por *el que se queda con los hijos o el que se va del hogar*, respectivamente (la información utilizada para este tipo de entrevista se presenta en el Anexo E). Para facilitar la comprensión de la entrevista por parte de los participantes de menor edad, la información verbal se acompañaba de material pictórico (dibujos que representaban a los diferentes miembros de la familia), extraídas del material utilizado por Triana y Hernández (2002) (ver Anexo F). Señalar que, antes de empezar a preguntarles por las cuestiones del estudio, se realizaron unas preguntas generales para entrar en confianza con ellos. A continuación se les introducían los personajes del material pictórico, para que reconocieran quien era cada uno, y dijeran a quién consideraban ellos como el progenitor custodio y a quién como el no custodio. Seguidamente se iniciaba la entrevista de la información central del estudio.

5.2.3. Procedimiento

Se contactó, primero por carta, y luego a través de una entrevista, con los diferentes colegios e institutos, con el fin de informar a los directores de los centros el estudio que se estaba llevando a cabo, y pedir su autorización para realizar en ellos parte de la recogida de los datos. En aquellos colegios que aceptaron colaborar, enviamos posteriormente cartas a los padres de los grupos de alumnos seleccionados, para solicitar la participación de sus hijos. Tan sólo se recabó información de los chicos y chicas cuyos padres contestaron afirmativamente a nuestra petición. Ello supuso cierta dificultad para conseguir la muestra, especialmente en lo que se refiere a los grupos de menor edad de familias separadas, probablemente por abordar precisamente el tema de la separación.

Concretamente, se seleccionaron aquellos grupos en los que los profesores aceptaban colaborar con el estudio, y además, tomando en consideración que en ellos hubiera una distribución lo más paritaria posible entre los menores que residían en familias intactas y los que lo hacían en familias no intactas. Una vez que los padres dieron su consentimiento, se hicieron las entrevistas en las aulas o salas que los colegios

dispusieron para la realización de las entrevistas, adecuando los horarios a la disponibilidad de los menores, organizada por sus profesores o tutores.

El grupo de jóvenes se localizó a través de los alumnos y alumnas de Psicología y Psicopedagogía, participando algunos de ellos, quienes a su vez nos pusieron en contacto con otros chicos y chicas de su grupo de edad, para poder pasarles la entrevista. Destacar que los alumnos que participaron en este estudio no tenían experiencia docente en dicha materia, controlando así que las respuestas no se vieran influidas por su aprendizaje durante el curso.

La recogida de información con los grupos de infantil y primaria la llevó a cabo un grupo de entrevistadoras, quienes fueron previamente entrenadas para la correcta ejecución de dicha labor. Dichas entrevistas se realizaron de forma individual.

Antes de comenzar las entrevistas con los participantes del grupo de menor edad, se intentó que éstos se relajaran, por lo que se les animaba a que comentaran cosas de su vida cotidiana, como por ejemplo, qué es lo más les gustaba del colegio, quiénes eran sus mejores amigos, si les gustaba pintar, etc. Una vez que los participantes se mostraban confiados con la entrevistadora, se iniciaba la recogida de información.

Para ello, primero se les presentaba unos dibujos que representaban a distintos miembros familiares y se les pedía que ellos mismos dijeran quién era el papá, quién la mamá, quién los hijos, etc. Después, la entrevistadora les explicaba, haciendo uso de los dibujos, la situación de separación o divorcio de los padres, contándoles por ejemplo, que cuando un papá y una mamá se quieren separar, uno de ellos se va de la casa y el otro se queda con los hijos en el hogar, pero sin entrar en más detalles para no condicionar la respuesta del menor. Entonces se le pedía al menor que nos dijera con quién creía que se quedaban los hijos cuando esto sucedía, es decir, si lo hacían con la mamá o con el papá. A continuación se les hacía las preguntas propias del estudio.

Una vez terminada la entrevista, se premiaba al niño/a con una lámina que contenía un dibujo para que lo pudiera colorear. En general, no hubo problemas en las respuestas de los menores, ya que éstos fueron bastante escuetos en sus comentarios. Así, las entrevistas se realizaron durante un rango temporal que fluctuaba entre los 15 y los 20 minutos, aproximadamente.

Por su parte, los adolescentes y los jóvenes resolvieron, la mayoría de las veces, las preguntas por escrito, de manera autónoma y voluntaria. Inicialmente se les comentaban en qué consistía el estudio, y se les daban las instrucciones para la

realización del ejercicio (Anexo G). Posteriormente se les pedía que contestaran en folios aparte, para que pudieran escribir todo lo que quisieran y no se vieran condicionados por el formato original que se les daba. Los tiempos utilizados para ello variaba de unos participantes a otros.

5.3. Diseño

Antes de pasar al apartado de resultados, se comentará brevemente el procedimiento llevado a cabo en el análisis de los datos de cada contenido a explorar. El primer acercamiento consistió en el análisis cualitativo de la información recabada para extraer las diferentes categorías de codificación. Para ello se tomó como guía la relación de categorías encontradas en estudios exploratorios previos realizados sobre el tema (v.g., Triana, Castañeda y Hernández, 2003; Triana y Hernández, 2002), y además, se añadieron algunas categorías nuevas de respuesta encontradas en la información recogida en el presente estudio. Así, se elaboró un listado definitivo de categorías de respuesta con las que se evaluaría la información ofrecida por los participantes en la entrevista abierta, para cada cuestión a estudiar.

Un equipo de dos jueces se encargó de codificar la información recabada, considerándose correcta la adjudicación de una respuesta a una determinada categoría cuando ambos jueces estuvieran de acuerdo en su adscripción a dicha categoría. Los jueces se entrenaron previamente con el fin de clarificar y familiarizarse con las diferentes categorías de respuesta extraídas. Los porcentajes de acuerdo alcanzados para los distintos contenidos evaluados fueron bastante altos, oscilando entre el 93% y el 97% de acuerdo. Los valores más bajos se obtuvieron en las categorías de análisis *cambios negativos en el custodio* y *cambios negativos en el no custodio* tras la separación, mientras que el valor más alto lo obtuvo la cuestión *cambios negativos en los hijos* tras la ruptura parental.

Una vez finalizada la categorización de las respuestas de los participantes y elaborada la base de datos, se iniciaron los análisis estadísticos. Ante las numerosas categorías encontradas en cada pregunta, y al comprobar que la frecuencia de algunas de ellas era significativamente baja, se consideró necesario utilizar algún criterio estadístico que permitiera la selección de las categorías más relevantes. Para ello se

aplicó la prueba de aproximación de la distribución binomial a la curva normal, con un error típico alfa del 5%. Así, se eligieron para el estudio aquellas categorías de respuesta cuya frecuencia fuera superior, al menos en uno de los niveles de la variable independiente examinada en cada caso, a la que se podía dar por puro azar (Simón, 2000; Simón y Triana, 1994). Una vez seleccionadas las categorías de respuesta, se procedió al análisis de la información con el fin de resolver el grado de certeza de las hipótesis planteadas.

Los resultados, para cada uno de los contenidos que se pretenden explorar, se encuentran organizados de la siguiente manera. Primero se presenta el porcentaje total de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta respecto al contenido que se analiza. Luego se pasan a exponer los datos referidos a los Análisis de Varianza a través del modelo lineal general univariante (ANOVAs). Estos análisis nos informan de las diferencias que existen en el grado de citación de las categorías de respuesta encontradas en función de las variables independientes que se exploran. Dichas variables son el *grupo de edad*, la *experiencia personal de ruptura familiar*, el *sexo* y el *nivel educativo familiar* del participante. Las variables dependientes son los porcentajes de citación de las distintas categorías de respuesta seleccionadas, para cada uno de los contenidos que se estudian. Para que no se preste a confusión, es necesario aclarar que las variables dependientes utilizadas en el estudio toman valores de 0 (ausencia de la categoría) y 1 (presencia de la categoría). Por ello, los porcentajes son equivalentes a las medias, lo que permite su tratamiento estadístico a través de los ANOVAs.

Para que el lector pueda apreciar el efecto de las variables independientes sobre las dependientes, se presentan las medias y las desviaciones típicas correspondientes a los distintos grupos de contraste. Así mismo, comentar que debido a la gran cantidad de datos que se van a manejar, y con el fin de organizar de forma más sencilla y clara la exposición de los resultados, se han elaborado tablas resumen que recogen tan sólo los datos de los ANOVAs que han salido significativos con una probabilidad menor o igual al 5 por ciento. Se representan con figuras algunos de los resultados más sobresalientes dentro de los que han salido significativos.

También se realizaron pruebas de Tukey con un nivel de significación del 5% para la exploración a posteriori de los efectos principales. Para el estudio más detallado de las interacciones observadas en los ANOVAs, se realizaron pruebas de efectos simples y la prueba “t” de Student, la cual nos ayuda a comparar las diferencias entre las

medias de los subgrupos de contraste, y a determinar si dichas diferencias encontradas son estadísticamente significativas (Camacho, 2000). El tamaño del efecto para todos los resultados que salieron significativos con los análisis de varianza, se calculó el tamaño del efecto a partir del estadístico η^2 parcial, estableciendo como pequeño cuando $\eta^2 > .01$ y $\eta 2 < .06$, mediano cuando $\eta^2 > .06$ y $\eta^2 < .15$, y grande cuando $\eta^2 > .15$, según el criterio establecido por Cohen (1988).

Destacar que se ha obviado la presentación de los resultados de las interacciones significativas de tres vías, por su escasa presencia, y por la dificultad para su interpretación. Señalar, además, que todos los análisis se llevaron a cabo con el programa SPSS15 para Windows.

Por último, señalar que en la exposición más pormenorizada de los resultados se atenderá no sólo a las interacciones significativas, sino también a los efectos principales, ya que éstos nos permiten analizar mejor el peso de cada variable independiente explorada, y además, considerando el hecho de que el tamaño del efecto encontrado en dichos efectos es normalmente superior al obtenido en las interacciones entre las variables.

Capítulo 6. Resultados del Estudio 1

RESULTADOS DEL ESTUDIO 1

LAS CREENCIAS EXPLÍCITAS SOBRE LOS EFECTOS DE LA RUPTURA FAMILIAR EN LOS MIEMBROS QUE LA COMPONEN

En este apartado se van a describir los principales resultados obtenidos con la información recabada a partir de la entrevista abierta del primer estudio. Con ella se analizan las creencias de los participantes sobre los cambios positivos y negativos que sufren los hijos, el progenitor custodio y el progenitor no custodio, tras la separación de la pareja. Además, se pretende explorar si dichos contenidos se ven influidos por variables como el *Grupo de edad,* la *Experiencia personal de ruptura familiar*, el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar* al que pertenecen los participantes.

Se presentarán primero los resultados referidos a los cambios positivos de la ruptura de los progenitores sobre los hijos, para continuar luego con los cambios o efectos negativos sobre los mismos. Seguidamente se pasarán a exponer los correspondientes cambios atribuidos al progenitor custodio, y luego en relación con el no custodio.

6.1. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en los hijos tras la separación de los padres

En este apartado se tratará el análisis de la creencia explícita que asumen los participantes sobre los cambios positivos a los que se enfrentan los hijos tras la separación de sus padres. Las categorías de respuesta que han sido seleccionadas se presentan en la Tabla 3, junto con algunas respuestas extraídas de las entrevistas que sirven de ejemplo para ilustrarlas.

Tabla 3. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en los hijos tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Mejora el clima familiar	"Se acaban las peleas y las discusiones, que es lo peor" "El papá y la mamá ya no se pelean"
Se sienten mejor emocionalmente	"Ahora los hijos van a estar más tranquilos, y se van a sentir mejor" "Dejan de cargar con los problemas de unos y otros, y están más felices y tranquilos"
Consiguen más cosas de sus padres	"Los padres intentarán compensar lo mal que lo han pasado los hijos y les dejarán hacer más lo que quieran" "Los papás les regalan muchos juguetes para que los hijos no lloren, y ya no les regañan nunca más"
Maduran antes	"Les ayuda a madurar y a ver la vida de otra manera" "Tienen nuevas tareas…, por lo que se harán más responsables"
Mejoran su relación con el progenitor custodio	"Se unen más que antes, tienen más confianza y hablan más de sus cosas con la persona con la que más tiempo viven" "Aprenden a disfrutar de los momentos que pasan con el custodio y el vínculo afectivo se hace más fuerte entre ellos"
Mejoran su relación con el progenitor no-custodio	"Establecen una mejor relación con el progenitor que se ha ido del hogar, y la relación es más fluida y cercana" "Tienen más comunicación y aprenden a disfrutar más de su compañía y de las cosas que hacen juntos"
Se hacen más independientes	"Los hijos pasan más de la familia y ahora están más a sus anchas" "Los hijos hacen más lo que les da la gana, y ya no tienen en cuenta tanto a sus padres para hacer las cosas"
No lo sé / No contesta	"No lo sé" "Ni idea"
Ninguno	"No les pasa nada bueno" "Nada"
Idiosincrásica	"Van a comer al restaurante y se comen todo el helado" "Se ponen las botas de agua y pueden pisar los charcos"

Se iniciará la exposición de los resultados presentando primero el porcentaje total de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta encontradas sobre esta cuestión (ver Figura 1).

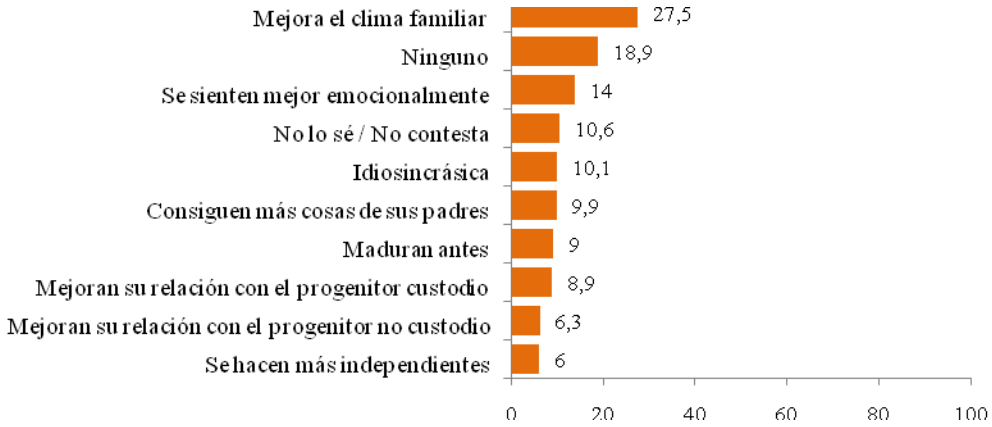


Figura 1. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles con los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres?*

Como se puede observar, las respuestas están diseminadas en diferentes categorías, la mayoría de las cuales no superan el 15% de citación. Dentro de ellas, el efecto positivo más citado por los participantes es que *mejora el clima familiar*, nombrado por algo más de la cuarta parte de los participantes. Le siguen en grado de citación las categorías *ningún cambio* y *se sienten mejor emocionalmente*. Las categorías restantes obtienen porcentajes próximos o inferiores al 10% de mención.

Pasemos ahora a explorar cómo influyen las variables independientes sobre las respuestas dadas por los participantes ante la pregunta propuesta. Para ello se realizaron diferentes Análisis de Varianza (ANOVAs) donde las variables independientes son el *Grupo de edad, la Experiencia personal de ruptura familiar,* el *Sexo y el Nivel educativo familiar*, y las variables dependientes las medias de citación de cada categoría de respuesta. La Tabla 4 recoge las medias de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas. Así mismo, la Tabla 5 recoge un resumen de los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a través de los diferentes ANOVAs realizados. En dicha tabla se señala además el grado del efecto obtenido en los diferentes análisis que han salido significativos.

Como se puede observar, de todas las variables independientes exploradas, la que más parece afectar sobre las variables dependientes estudiadas es el *Grupo de edad*

al que pertenece el participante (significativa en todos los casos), seguida de la *Experiencia personal de ruptura familiar*. Además, el grado del efecto es más significativo en lo que respecta al influjo de la variable *Grupo de edad*. Pasamos ahora a desarrollar, en los siguientes apartados, un análisis más pormenorizado de los resultados obtenidos.

Tabla 4. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Mejora el clima familiar	0,02 (0,15)	0,10 (0,30)	0,36 (0,48)	0,54 (0,50)	0,30 (0,46)	0,26 (0,44)	0,31 (0,46)	0,24 (0,43)	0,27 (0,44)	0,28 (0,45)
Ninguno	0,14 (0,35)	0,35 (0,48)	0,19 (0,40)	0,09 0,28)	0,20 (0,40)	0,18 (0,38)	0,16 (0,36)	0,22 (0,41)	0,18 (0,39)	0,20 (0,40)
Se sienten mejor emocionalmente	0,04 (0,20)	0,10 (0,28)	0,16 (0,36)	0,26 (0,44)	0,14 (0,34)	0,14 (0,35)	0,21 (0,40)	0,08 (0,27)	0,14 (0,34)	0,14 (0,35)
No lo sé / No contesta	0,28 (0,45)	0,15 (0,36)	0,03 (0,17)	0,01 (0,11)	0,08 (0,27)	0,13 0,34)	0,10 (0,30)	0,11 (0,31)	0,12 (0,33)	0,09 (0,28)
Idiosincrásica	0,32 (0,47)	0,11 (0,32)	0,02 (0,14)	0,00 (0,00)	0,06 (0,24)	0,13 (0,34)	0,09 (0,28)	0,11 (0,32)	0,12 (0,32)	0,08 (0,28)
Consiguen más cosas de sus padres	0,01 (0,10)	0,10 (0,29)	0,18 (0,38)	0,10 (0,30)	0,08 (0,27)	0,12 (0,32)	0,10 (0,30)	0,11 (0,31)	0,11 (0,31)	0,09 (0,28)
Maduran antes	0,00 (0,00)	0,01 (0,12)	0,10 (0,30)	0,22 (0,41)	0,11 (0,31)	0,08 (0,26)	0,10 (0,30)	0,08 (0,27)	0,07 (0,26)	0,11 (0,31)
Mejoran la relación con el progenitor custodio	0,03 (0,17)	0,04 (0,25)	0,14 (0,34)	0,12 (0,33)	0,10 (0,30)	0,08 (0,28)	0,10 (0,30)	0,08 (0,27)	0,07 (0,27)	0,10 (0,30)
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	0,02 (0,15)	0,01 (0,12)	0,11 (0,32)	0,09 (0,28)	0,06 (0,23)	0,07 (0,25)	0,09 (0,28)	0,04 (0,20)	0,06 (0,23)	0,01 (0,25)
Se vuelven más independientes	0,01 (0,15)	0,01 (0,12)	0,07 (0,32)	0,14 (0,28)	0,09 (0,28)	0,03 (0,18)	0,04 (0,21)	0,07 (0,26)	0,05 (0,22)	0,10 (0,25)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a.: Nivel educativo alto.

Tabla 5. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres*?, y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE	Exp.	Sexo	GE * Exp.	GE * Sexo	GE * NEF	Exp.* NEF
Mejora el clima familiar	$F_{(3, 554)} = 50{,}814$; $p \leq .001$ (***)						
Ninguno	$F_{(3, 554)} = 13{,}015$; $p \leq .001$ (**)						
Se sienten mejor emocionalmente	$F_{(3, 554)} = 11{,}862$; $p \leq .001$(**)		$F_{(1, 554)} = 18{,}302$; $p \leq .001$ (*)				$F_{(1, 554)} = 6{,}716$; $p \leq .010$ (*)
Idiosincrásica	$F_{(3, 554)} = 35{,}826$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 10{,}481$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(3, 554)} = 4{,}067$; $p \leq .007$ (*)			
No lo sé / No contesta	$F_{(3, 554)} = 22{,}414$; $p \leq .001$ (**)	$F_{(1, 554)} = 4{,}743$; $p \leq .030$ (*)				$F_{(3, 554)} = 3{,}453$; $p \leq .016$ (*)	$F_{(1, 554)} = 4{,}129$; $p \leq .043$ (*)
Consiguen más cosas de sus padres	$F_{(3, 554)} = 8{,}124$; $p \leq .001$ (*)						
Maduran antes	$F_{(3, 554)} = 20{,}054$; $p \leq .001$ (**)				$F_{(3, 554)} = 5{,}803$; $p \leq .001$ (*)		
Mejoran su relación con el p. custodio	$F_{(3, 554)} = 5{,}351$; $p \leq .003$ (*)				$F_{(3, 554)} = 4{,}146$; $p \leq .006$ (*)		
Se hacen más independientes	$F_{(3, 554)} = 10{,}518$; $p \leq .001$ (**)				$F_{(3, 554)} = 3{,}529$; $p \leq .015$ (*)		

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar; NEF: Nivel educativo familiar.

Efecto de la variable Grupo de edad

Para poder apreciar de una manera más visual la influencia que ejerce la variable *Grupo de edad* del participante sobre el contenido referido a los cambios positivos en los hijos tras la separación de los padres, se presenta en la Figura 2 el porcentaje de participantes, de cada grupo de edad, que citan los diferentes cambios positivos encontrados. Recordar que las medias de citación (que son equivalentes a los porcentajes) y las desviaciones típicas obtenidas en cada categoría de respuesta seleccionada, para cada grupo de edad, se recogen en la Tabla 4.

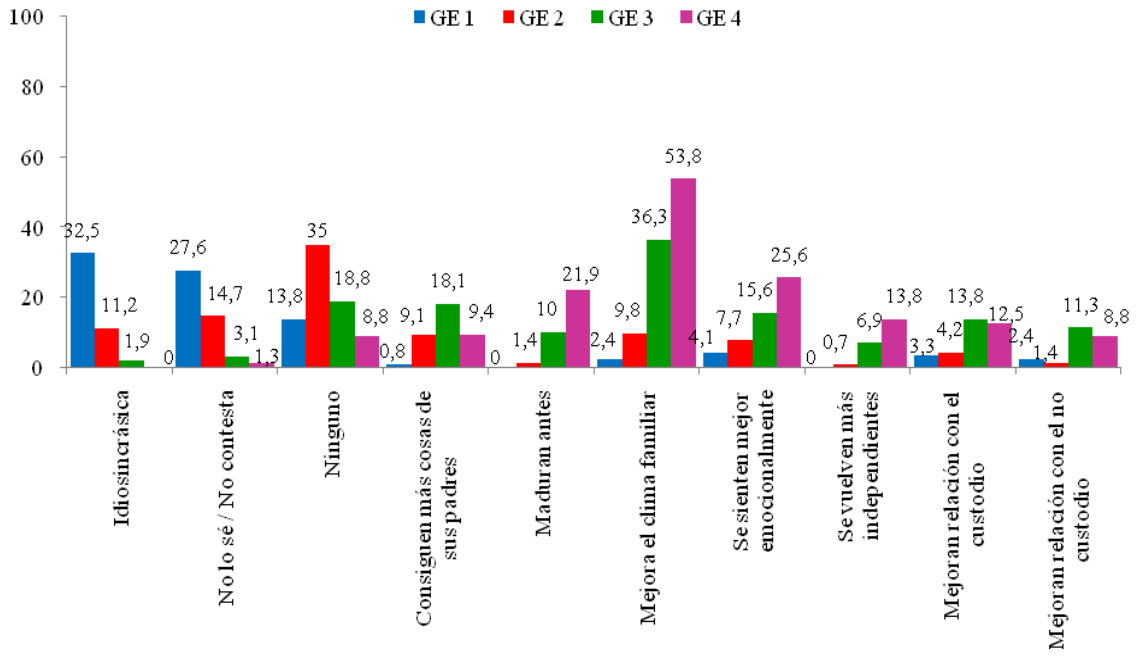


Figura 2. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en los hijos tras la separación de sus padres?*, según el *Grupo de edad.*

Tal como se observa en la Tabla 5, todos los ANOVAs realizados con la variable *Grupo de edad* salieron significativos, excepto para el cambio *mejoran la relación con el progenitor no custodio*. La mayoría de dichos ANOVAs alcanzan tamaños del efecto medianos o grandes. Tal como se señaló anteriormente, si bien algunas de las categorías de respuesta que salieron significativas también se ven afectadas por la interacción entre

el *Grupo de edad* y alguna otra variable, nos parece interesante profundizar en estos resultados con el fin de analizar si existe un patrón evolutivo particular en la aparición de las diferentes categorías de respuesta, y además, considerando que los valores η^2 son superiores en el caso de los efectos principales. Para ello realizaremos contrastes a posteriori con la prueba de Tukey ($p \leq .05$) para cada una de las variables dependientes exploradas. En la Tabla 6 se han organizado los resultados de los contrastes que han salido significativos, intentando reflejar el patrón evolutivo observado, de menor a mayor edad.

Tabla 6. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 35{,}826$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 22{,}414$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
Ninguno $F_{(3, 554)} = 13{,}015$; $p \leq .001$	-			+	+	
Consiguen más cosas de sus padres $F_{(3, 554)} = 8{,}124$; $p \leq .001$		-		-		+
Maduran antes $F_{(3, 554)} = 20{,}054$; $p \leq .001$		-	-	-	-	-
Mejora el clima familiar $F_{(3, 554)} = 50{,}814$; $p \leq .001$		-	-	-	-	-
Se sienten mejor emocionalmente $F_{(3, 554)} = 11{,}862$; $p \leq .001$		-	-		-	-
Se hacen más independientes $F_{(3, 554)} = 10{,}518$; $p \leq .001$			-		-	-
Mejoran relación con custodio $F_{(3, 554)} = 5{,}351$; $p \leq .003$		-	-	-		

(+): A favor del primer grupo de contraste
(-): A favor del segundo grupo de contraste

Atendiendo a los resultados obtenidos se puede apreciar que las respuestas *idiosincrásica* y *no lo sé / no contesta* la citan más los dos grupos de menor edad frente

a los dos de mayor edad, e incluso, los de educación infantil la nombran más que los escolares. La categoría *ninguno* la nombra más el grupo de escolares, la de *consiguen más cosas de sus padres* el grupo de adolescentes, y la de *se hacen más independientes* el g*rupo* de jóvenes, frente al resto de los g*rupo*s. Los cambios *maduran antes y mejora el clima familiar* se incrementan significativamente en el grupo de adolescentes y de nuevo en el de jóvenes. Esto último también ocurre para el cambio *se sienten mejor emocionalmente*, con la salvedad de que no existen diferencias entre el grado de citación dado por los escolares y los adolescentes. Por último, el efecto *mejoran su relación con el progenitor custodio* lo citan más los dos grupos de mayor edad, seguidos por el grupo de escolares, frente a los de educación infantil, que es quien menos lo cita de todos.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Los análisis del efecto de la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre el contenido referido a los cambios positivos en los hijos tras la separación de los padres, realizado mediante ANOVAs, muestran tan sólo diferencias significativas para las categorías de respuesta *idiosincrásica* ($F_{(1,\ 554)} = 10{,}481$; $p \leq .001$) y *no lo sé / no contesta* ($F_{(1,\ 554)} = 4{,}743$; $p \leq .030$), obteniendo un tamaño del efecto pequeño en los dos casos. Así se observa que los participantes sin experiencia de ruptura familiar citan más las respuestas *idiosincrásicas* (M 0,14 DT 0,34) *y no lo sé / no contesta* (M 0,13 DT 0,34) en comparación con los que sí tienen dicha experiencia (M 0,06 DT 0,24; M 0,08 DT 0,27, respectivamente).

Efecto de la variable Sexo del participante

Los ANOVAs con la variable independiente *Sexo*, para todas las variables dependientes seleccionadas, mostraron diferencias significativas tan sólo para el cambio *se sienten mejor emocionalmente* ($F_{(1,\ 554)} = 18{,}302$; $p \leq .001$), que alcanza un tamaño del efecto pequeño, indicando que son las chicas (M 0,21 DT 0,40) quienes más lo enuncian frente a los chicos (M 0,08 DT 0,27).

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

La variable *Nivel educativo familiar* no presenta diferencias significativas intergrupo como efecto principal, aunque sí como efecto interactivo con otras variables, como se muestra en los siguientes apartados.

Otros efectos significativos encontrados

Además de los efectos simples anteriormente señalados, los ANOVAs realizados mostraron también otros resultados significativos (ver Tabla 5) como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes, que pasamos a comentar a continuación. Señalar que el grado del efecto encontrado en todos ellos es pequeño.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta) mostraron una interacción significativa para la categoría *idiosincrásica* ($F_{(3,\ 554)} = 4{,}067$; $p \leq .007$). La representación gráfica de la interacción se presenta a continuación en la Figura 3.

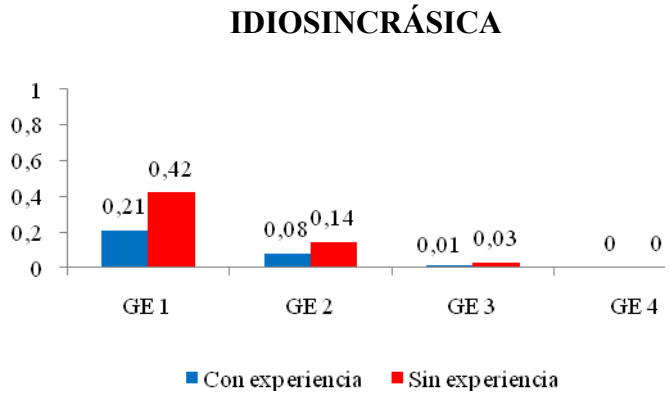


Figura 3. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, en el grupo de educación infantil, los participantes sin experiencia de ruptura familiar (M 0,42 DT 0,50) citan más que los que tienen experiencia (M 0,21 DT 0,41) la categoría *idiosincrásica* ($t_{(584)}$ = 4,18; p ≤ .001). Respecto al resto de los grupos de edad, no se observan diferencias significativas entre los participantes en función de si tienen o no experiencia de ruptura familiar.

En relación con los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se plasma que, dentro de los participantes que tienen dicha experiencia, los de educación infantil (M 0,21 DT 0,41) citan más que los adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 4,02; p ≤ .001) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 4,27; p ≤ .001) dicha categoría. De igual forma, dentro de los participantes sin experiencia, también son los de educación infantil quienes más nombran dicha categoría de respuesta frente a los escolares (M 0,14 DT 0,35) ($t_{(584)}$ = 5,76; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 8,64; p ≤ .001), y a los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 9.20; p ≤ .001). Por su parte, los escolares (M 0,14 DT 0,35) la nombran más que los adolescentes (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 2,88; p ≤ .001) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,60; p ≤ .001).

Efecto del Grupo de edad y del Sexo del participante

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvieron interacciones significativas para las categorías *maduran antes* ($F_{(3, 554)}$ = 5,803; p ≤ .001), *mejoran la relación con el progenitor custodio* ($F_{(3, 554)}$ = 4,146; p ≤ .006), y *se hacen más independientes* ($F_{(3, 554)}$ = 3,529; p ≤ .015).

La representación gráfica de dichas interacciones se presenta en las Figuras siguientes.

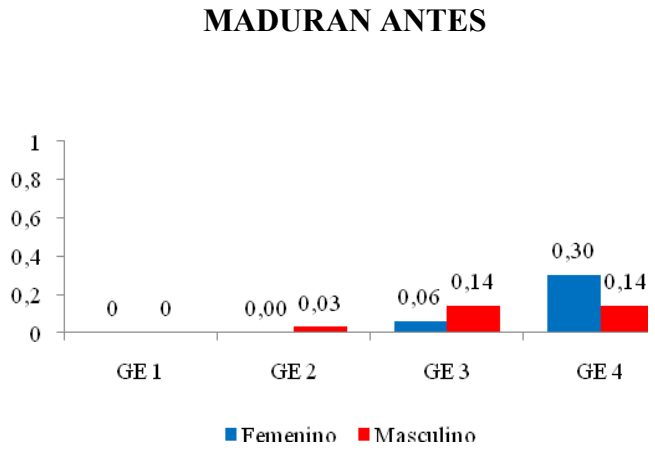


Figura 4. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, en el grupo de jóvenes, las chicas (M 0,30 DT 0,46) citan más que los chicos (M 0,14 DT 0,35) ($t_{(584)}$ = 3,80; p ≤ .001) dicho efecto. En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas entre ambos sexos.

Considerando ahora la variable *Sexo* del participante se observa que, dentro del grupo de chicas, las jóvenes (M 0,14 DT 0,35) nombran dicho efecto más que las adolescentes (M 0,06 DT 0,24) ($t_{(584)}$ = 5,53; p ≤ .001), que las escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 6,67; p ≤ .001), y que las niñas de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 6,38; p ≤ .001). A su vez, y en lo que se refiere a los chicos, se observa que los adolescentes (M 0,14 DT 0,35) y los jóvenes (M 0,14 DT 0,35) nombran más dicho cambio ($t_{(584)}$ = -3,00; p ≤ .017; $t_{(584)}$ = -3,00; p ≤ .017, respectivamente) frente a los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00).

Respecto a la Figura 5 y tomando de nuevo como variable el *Grupo de edad* para la prueba de los efectos simples de contrastes, los resultados nos indican que, al igual que lo ocurrido con la categoría anterior, dentro de los jóvenes, son las chicas (M 0,20 DT 0,40) quienes más enuncian dicho efecto frente a los chicos (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)}$ = 3,40; p ≤ .001). En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas según el *Sexo* de los participantes.

MEJORAN SU RELACIÓN CON EL PROGENITOR CUSTODIO

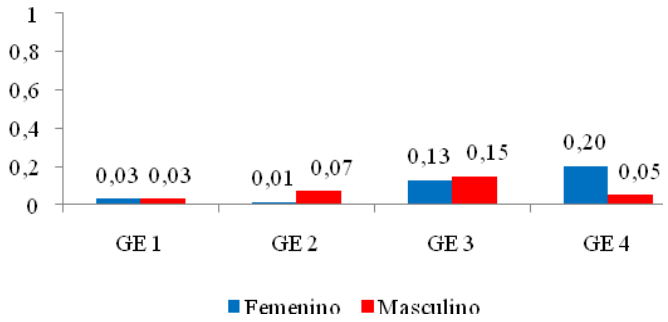


Figura 5. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Cuando se atiende a la variable *Sexo* para el análisis de los contrastes se obtiene que, dentro de las chicas, son las jóvenes (M 0,20 DT 0,40) quienes más nombran dicho cambio frente a las niñas de educación infantil (M 0,03 DT 0,18) ($t_{(584)}$ = 3,34 $p \leq .005$) y a las escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)}$ = 4,04 $p \leq .001$). Respecto a los chicos, no se observan diferencias significativas entre los distintos grupos de edad.

SE HACEN MÁS INDEPENDIENTES

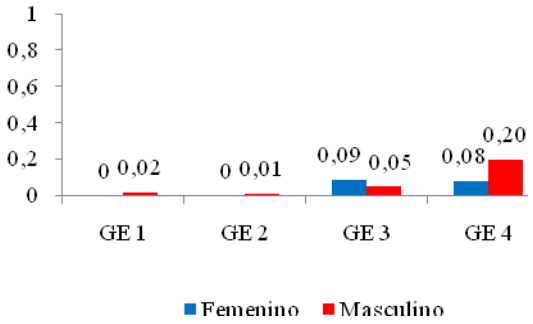


Figura 6. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Al realizar la prueba de efectos simples de contrastes, con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro de los jóvenes, los chicos (M 0,20 DT 0,40) citan más que las chicas (M 0,08 DT 0,26) ($t_{(584)} = 3,47$; $p \leq .001$) dicho cambio. Atendiendo ahora a la variable *Sexo* del participante se observa que, dentro de los chicos, los jóvenes (M 0,20 DT 0,40) lo nombran más que los adolescentes (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)} = 4,16$; $p \leq .001$), que los escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)} = 5,00$; $p \leq .001$), y que los niños de educación infantil (M 0,02 DT 0,15) ($t_{(584)} = 4,53$; $p \leq .001$). No se observan diferencias significativas entre las chicas de los distintos grupos de edad.

Efecto del Grupo de edad y del Nivel educativo familiar

En los ANOVAs con las dos variables independientes *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar (*diseño 4 x 2) sobre las variables dependientes (categorías de respuesta citadas por los participantes), se obtuvo una interacción significativa para la categoría *no lo sé / no contesta* ($F_{(3,\ 554)} = 3,453$; $p \leq .016$), que se representa en la Figura 7.

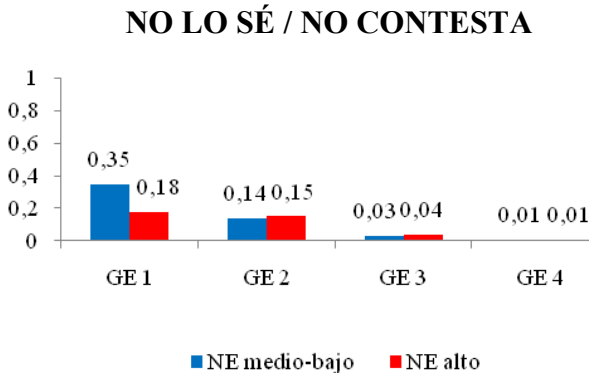


Figura 7. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Atendiendo a los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Grupo de edad* los resultados muestran que, dentro del grupo de educación infantil, los niños de medio-bajo nivel educativo (M 0,35 DT 0,48) aluden más a dicha respuesta frente a los de alto nivel educativo (M 0,18 DT 0,39) ($t_{(584)} = 3,38$; $p \leq .001$).

Cuando se toma como variable de referencia el *Nivel educativo familiar* se observa que, en los participantes de medio-bajo nivel educativo, los niños de educación infantil (M 0,35 DT 0,48) citan más dicha respuesta que los escolares (M 0,14 DT 0,35) ($t_{(584)} = 4,65$; $p \leq .001$), que los adolescentes (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)} = 6,94$; $p \leq .001$), y que los jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)} = 7,20$; $p \leq .001$). A su vez, en relación con los participantes de alto nivel educativo, el grupo de niños de educación infantil (M 0,18 DT 0,39) también cita más esta categoría de respuesta frente a los adolescentes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)} = 2,78$; $p \leq .034$) y a los jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)} = 3,27$; $p \leq .007$). También los escolares (M 0,15 DT 0,36) nombra más dicha categoría frente a los jóvenes (M 0,01 DT 0,16) ($t_{(584)} = 2,98$; $p \leq .018$).

Efecto de la Experiencia personal de ruptura familiar y el Nivel educativo familiar

Los análisis de varianza (ANOVAs) con las variables independientes *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta citadas por los participantes), mostraron interacciones significativas para las categorías *se sienten mejor emocionalmente* ($F_{(1,\ 554)} = 6,716$; $p \leq .010$) y *no lo sé / no contesta* ($F_{(1,\ 554)} = 3,453$; $p \leq .016$). La representación gráfica de estas interacciones significativas se presentan en las Figuras 8 y 9.

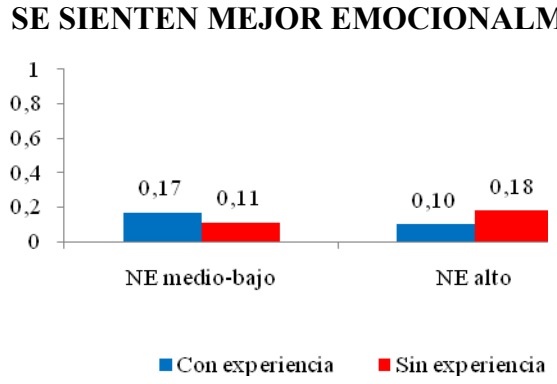


Figura 8. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.

En la prueba de efectos simples utilizando la variable de contraste *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los participantes de alto nivel educativo, son los que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 0,18 DT 0,38) quienes más citan dicho efecto frente a los que sí tienen experiencia (M 0,10 DT 0,30) ($t_{(584)} = 2{,}12$; $p \leq .034$). En el grupo de participantes de medio-bajo nivel educativo no se observan diferencias significativas. Cuando utilizamos como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar*, no aparecen diferencias respecto a la media de mención de la categoría de estudio según el nivel educativo.

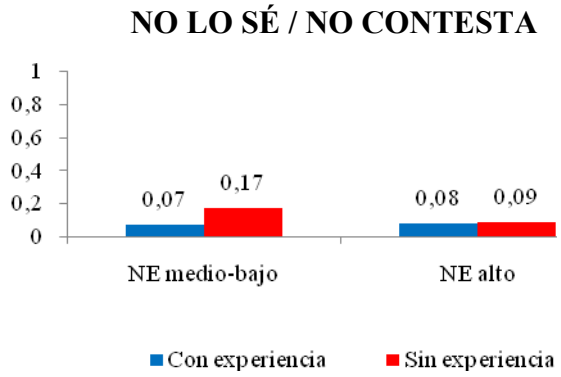


Figura 9. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar.*

En este caso, las diferencias significativas se encuentran en los participantes de nivel educativo medio-bajo, siendo los que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 0,17 DT 0,38) quienes más enuncian dicha respuesta frente a los que sí tienen experiencia (M 0,07 DT 0,26) ($t_{(584)} = 3{,}00$; $p \leq .003$). Cuando tomamos como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar* encontramos que, dentro de los que no tienen experiencia, son los de medio-bajo nivel educativo los que citan más dicha categoría (M 0,17 DT 0,38) en comparación con los del nivel educativo alto (M 0,09 DT 0,29) ($t_{(584)} = 2{,}57$; $p \leq .011$).

6.2. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en los hijos tras la separación de los padres

Se analiza ahora la creencia explícita de los participantes sobre los cambios negativos a los que se enfrentan los hijos tras la separación de sus padres. Las categorías de respuesta que han sido seleccionadas se presentan en la Tabla 7, acompañadas de algunas respuestas extraídas de las entrevistas para que sirvan de ejemplo de cada una de ellas.

Tabla 7. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en los hijos tras la ruptura, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Sufren problemas emocionales	"Se vuelven más tristones, más introvertidos y sufren mucho" "Los niños lloran porque quieren que sus padres se junten otra vez"
Reducen su contacto con el progenitor no custodio	"Ya no lo ven tanto porque no vive con ellos" "Ahora el contacto suele ser bastante más esporádico, en algunos fines de semana"
Se enfrentan a nuevos conflictos	"Pueden ver cómo sus padres se pelean por el dinero o por la custodia de los hijos" "El padre o la madre pueden utilizar a los hijos para sonsacarles información, y éstos se sientan incómodos"
Surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio	"Pueden culpar al padre de la ruptura y puede que lo odien por ello" "Sienten rabia contra el padre porque piensan que por su culpa se rompió la familia"
Fracasan en los estudios	"Sacan malas notas en el colegio porque no están concentrados" "Pueden empezar a bajar las notas o incluso a suspender por culpa del divorcio"
Tienen problemas de carácter y comportamiento	"Se pueden comportar con agresividad y con violencia hacia otras personas" "Se aíslan más de la gente que antes"
Se enfrentan a cambios en su dinámica cotidiana y rutinas	"Cambian de colegio, de barrio y a veces, hasta de amigos" "Un día está con uno y otro día con el otro de allá para acá"
Se sienten culpables por la separación	"Los hijos pueden sentirse culpables porque piensan que por su culpa los padres se separaron" "A lo mejor los hijos creen que por su culpa los padres se separaron"
Surgen dificultades en la relación con el progenitor custodio	"Ahora discuten más con el custodio porque les exige más" "Se llevan peor con la madre porque se altera con la separación, y como tienen que vivir con ella…"
No lo sé / No contesta	"No sé" "No sé nada de eso"
Idiosincrásica	"Están durmiendo y entra una bruja por la ventana" "Se les rompe el coche que le regalaron los Reyes Magos"

A continuación se expone el porcentaje total de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta encontradas sobre esta cuestión (ver Figura 10).



Figura 10. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*

Como se observa en la figura, las respuestas se encuentran diseminadas en diferentes categorías, dentro de las que destaca el efecto negativo *sufren problemas emocionales*, citado por algo más de la mitad de los participantes, seguido del efecto *reducen el contacto con el progenitor no custodio*, citado por aproximadamente una cuarta parte de ellos. En menor grado nombran también cambios como *se enfrentan a nuevos conflictos* y *surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio*. Las categorías restantes obtienen porcentajes inferiores al 10% de mención.

A continuación se pasa a analizar el influjo de las variables independientes exploradas en el estudio sobre las respuestas de los participantes ante la pregunta propuesta. Se presenta primero, en la Tabla 8, las medias (y desviaciones típicas) de participantes que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas. Así mismo, la Tabla 9 recoge, a modo de resumen, los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a

través de los diferentes Análisis de Varianza (ANOVAs) realizados, señalando además el tamaño del efecto obtenido en los diferentes análisis que han salido significativos.

Como se puede observar, de todas las variables independientes exploradas, la que más parece afectar sobre las variables dependientes es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante, significativa en todos los casos como efecto principal, o también en interacción con alguna otra. Le siguen en importancia la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el Nivel educativo familiar, normalmente de forma interactiva con el *Grupo de edad*. Salvo excepciones, el grado del efecto parece algo más significativo en lo que respecta al influjo individual de la variable *Grupo de edad*.

En los siguientes apartados se llevará a cabo un análisis más pormenorizado de estos resultados relativos a los efectos negativos de la ruptura familiar en los hijos.

Tabla 8. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Sufren problemas emocionales	0,41 (0,50)	0,66 (0,48)	0,57 (0,50)	0,58 (0,49)	0,53 (0,50)	0,60 (0,50)	0,57 (0,49)	0,56 (0,49)	0,57 (0,49)	0,56 (0,50)
Reducen el contacto con el progenitor no custodio	0,12 (0,33)	0,25 (0,44)	0,24 (0,43)	0,34 (0,49)	0,27 (0,44)	0,22 (0,42)	0,27 (0,44)	0,22 (0,42)	0,22 (0,41)	0,27 (0,45)
Se enfrentan a nuevos conflictos	0,03 (0,18)	0,05 (0,22)	0,16 (0,36)	0,26 (0,44)	0,13 (0,33)	0,13 (0,34)	0,15 (0,36)	0,11 (0,32)	0,12 (0,32)	0,15 (0,35)
Surgen dificultades en la relación con el no custodio	0,02 (0,13)	0,03 (0,18)	0,21 (0,40)	0,21 (0,35)	0,13 (0,34)	0,12 (0,33)	0,15 (0,36)	0,10 (0,30)	0,12 (0,32)	0,14 (0,34)
Fracasan en los estudios	0,01 (0,10)	0,03 (0,16)	0,14 (0,34)	0,18 (0,38)	0,07 (0,26)	0,12 (0,32)	0,12 (0,33)	0,07 (0,25)	0,10 (0,30)	0,08 (0,28)
Tienen problemas de carácter y comportamiento	0,00 (0,00)	0,01 (0,12)	0,10 (0,30)	0,21 (0,40)	0,20 (0,24)	0,11 (0,31)	0,12 (0,33)	0,05 (0,22)	0,11 (0,31)	0,06 (0,24)
Se enfrentan a cambios en dinámicas y rutinas	0,02 (0,13)	0,03 (0,14)	0,14 (0,34)	0,21 (0,41)	0,08 (0,27)	0,09 (0,28)	0,10 (0,30)	0,07 (0,26)	0,09 (0,28)	0,08 (0,27)
Idiosincrásica	0,28 (0,45)	0,08 (0,27)	0,01 (0,08)	0,01 (0,11)	0,02 (0,16)	0,13 (0,33)	0,07 (0,25)	0,10 (0,29)	0,07 (0,26)	0,09 (0,28)
Se sienten culpables por la separación	0,00 (0,00)	0,00 (0,00)	0,09 (0,30)	0,15 (0,36)	0,06 (0,24)	0,07 (0,26)	0,08 (0,28)	0,05 (0,22)	0,07 (0,26)	0,06 (0,24)
Surgen dificultades en la relación con el custodio	0,02 (0,13)	0,00 (0,00)	0,13 (0,33)	0,09 (0,30)	0,06 (0,24)	0,06 (0,24)	0,07 (0,25)	0,06 (0,23)	0,05 (0,22)	0,07 (0,26)
No lo sé / No contesta	0,16 (0,37)	0,06 (0,24)	0,02 (0,13)	0,00 (0,00)	0,06 (0,24)	0,04 (0,21)	0,04 (0,20)	0,07 (0,25)	0,06 (0,24)	0,05 (0,22)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a: Nivel educativo alto.

Tabla 9. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?,* y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍA DE RESPUESTAS	GE	Exp.	Sexo	NEF	GE * Exp.	GE * Sexo	GE * NEF
Sufren problemas emocionales	$F_{(3, 554)} = 5{,}793$; $p \leq .001$ (*)				$F_{(3, 554)} = 2{,}723$; $p \leq .044$ (*)		
Reducen el contacto con el progenitor no custodio	$F_{(3, 554)} = 5{,}732$; $p \leq .001$ (*)				$F_{(3, 554)} = 2{,}938$; $p \leq .033$ (*)		$F_{(3, 554)} = 3{,}008$; $p \leq .030$ (*)
Se enfrentan a nuevos conflictos	$F_{(3, 554)} = 15{,}121$; $p \leq .001$ (**)				$F_{(3, 554)} = 6{,}719$; $p \leq .001$ (*)		
Surgen dificultades en la relación con el no custodio	$F_{(3, 554)} = 16{,}502$; $p \leq .001$ (**)				$F_{(3, 554)} = 3{,}904$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(3, 554)} = 4{,}716$; $p \leq .003$ (*)
Fracasan en los estudios	$F_{(3, 554)} = 11{,}979$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(1, 554)} = 4{,}108$; $p \leq .043$ (*)				
Tienen problemas de carácter y comportamiento	$F_{(3, 554)} = 18{,}566$; $p \leq .001$ (**)	$F_{(1, 554)} = 3{,}916$; $p \leq .048$ (*)	$F_{(1, 554)} = 8{,}594$; $p \leq .004$ (*)	$F_{(1, 554)} = 5{,}206$; $p \leq .023$ (*)		$F_{(3, 554)} = 2{,}953$; $p \leq .032$ (*)	$F_{(3, 554)} = 3{,}025$; $p \leq .029$ (*)
Se enfrentan a cambios en dinámicas y rutinas	$F_{(3, 554)} = 9{,}006$; $p \leq .001$ (*)					$F_{(3, 554)} = 3{,}112$; $p \leq .026$ (*)	
Idiosincrásica	$F_{(3, 554)} = 37{,}574$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 33{,}358$; $p \leq .001$ (**)			$F_{(3, 554)} = 19{,}553$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(3, 554)} = 2{,}844$; $p \leq .037$ (*)
Se sienten culpables por la separación	$F_{(3, 554)} = 13{,}919$; $p \leq .001$ (**)						$F_{(3, 554)} = 3{,}286$; $p \leq .021$ (*)
Surgen dificultades en la relación con el custodio	$F_{(3, 554)} = 8{,}999$; $p \leq .001$ (*)						
No lo sé / No contesta	$F_{(3, 554)} = 13{,}699$; $p \leq .001$ (**)						

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar; NEF: Nivel educativo familiar

Efecto de la variable Grupo de edad

Analizaremos aquí el efecto que ejerce la variable *Grupo de edad* del participante sobre el contenido referido a los cambios negativos en los hijos tras la separación de los padres. La Figura 11 recoge el porcentaje de participantes de cada grupo de edad que citan los diferentes cambios negativos encontrados.

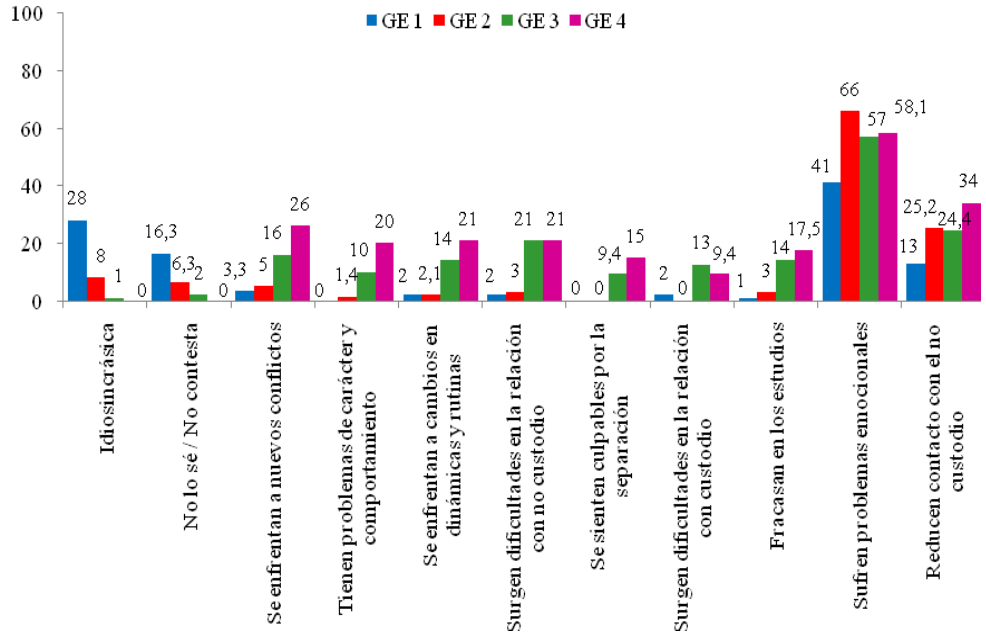


Figura 11. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*, según el *Grupo de edad.*

Los resultados muestran que todas las variables dependientes se ven afectadas por la variable *Grupo de edad* como efecto principal, la mayoría de ellos con valores η^2 de efecto mediano; o bien como efecto interactivo de dicha variable con alguna otra, pero en este caso mayoritariamente con valores η^2 de efecto pequeño. Tomando en cuenta los contrastes a posteriori realizados con la prueba de Tukey ($p \leq .05$), para cada una de las variables dependientes exploradas cuyos resultados han salido significativos,

se ha organizado un patrón evolutivo de lo que acontece al respecto de menor a mayor edad, que queda reflejado en la Tabla 10.

Tabla 10. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 13{,}699$; $p \leq .001$	+	+	+			
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 37{,}574$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
Se enfrentan a nuevos conflictos $F_{(3, 554)} = 15{,}121$; $p \leq .001$		-	-	-	-	-
Tienen problemas de carácter y comportamiento $F_{(3, 554)} = 18{,}566$; $p \leq .001$		-	-	-	-	-
Se enfrentan a cambios en dinámicas y rutinas $F_{(3, 554)} = 9{,}006$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Surgen dificultades en la relación con el no custodio $F_{(3, 554)} = 16{,}502$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Se sienten culpables por la separación $F_{(3, 554)} = 13{,}919$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Surgen dificultades en la relación con el custodio $F_{(3, 554)} = 8{,}999$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Fracasan en los estudios $F_{(3, 554)} = 11{,}979$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Sufren problemas emocionales $F_{(3, 554)} = 5{,}793$; $p \leq .001$	-	-	-			
Reducen el contacto con el no-custodio $F_{(3, 554)} = 5{,}732$; $p \leq .001$			-			

(+): A favor del primer grupo de contraste
(-): A favor del segundo grupo de contraste

Atendiendo al patrón evolutivo resultante se observa que la respuesta *no lo sé / no contesta* la cita principalmente el grupo de educación infantil. La categoría *idiosincrásica* también la nombra más este grupo frente al resto, y los escolares a su vez frente a los de mayor edad. El efecto negativo *sufren problemas emocionales* lo enuncian más los grupos de mayor edad frente a los de educación infantil, y el efecto *reducen el contacto con el progenitor no custodio* lo citan más los jóvenes frente al grupo de los más pequeños. En el resto de los efectos encontrados, los grupos de adolescentes y jóvenes señalan más dichos efectos frente a los más pequeños, e incluso, los cambios *se enfrentan a nuevos conflictos* y *tienen problemas de carácter y comportamiento* los nombran más los jóvenes que los adolescentes.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Analizaremos ahora el efecto de la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre el contenido referido a los cambios negativos en los hijos tras la separación de los padres. Los ANOVAs realizados al respecto mostraron diferencias significativas tan sólo para las categorías de respuesta *tienen problemas de carácter y comportamiento* ($F_{(1, 554)} = 3{,}916$; $p \leq .048$) e i*diosincrásica* ($F_{(1, 554)} = 33{,}358$; $p \leq .001$). El tamaño del efecto es pequeño en el primer caso y mediano en el segundo. De este modo, los resultados muestran que los participantes sin experiencia de ruptura familiar citan más tienen problemas de carácter y comportamiento (M 0,11 DT 0,31) y la respuesta *idiosincrásica* (M 0,13 DT 0,33) que los que sí tienen experiencia (M 0,06 DT 0,24; M 0,02 DT 0,16, respectivamente).

Efecto de la variable Sexo del participante

Los resultados de los ANOVAs con la variable independiente *Sexo*, para todas las variables dependientes, mostraron diferencias significativas tan sólo para las categorías *fracasan en los estudios* ($F_{(1, 554)} = 4{,}108$; $p \leq .043$) y *tienen problemas de carácter y comportamiento* ($F_{(1, 554)} = 8{,}594$; $p \leq .004$), ambas con un tamaño del efecto pequeño. Así se observa que las chicas citan más el *fracaso en los estudios*

(M 0,12 DT 0,33) y *tienen problemas de carácter y comportamiento* (M 0,12 DT 0,33) que los chicos (M 0,07 DT 0,25; M 0,05 DT 0,22, respectivamente).

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

Los ANOVAs con la variable independiente *Nivel educativo familiar*, para todas las variables dependientes, mostraron diferencias significativas tan sólo para la categoría de respuesta *tienen problemas de carácter y comportamiento* ($F_{(1, 554)}$ = 5,206; $p \leq .023$), alcanzando un tamaño del efecto pequeño, siendo los participantes de nivel educativo medio-bajo (M 0,11 DT 0,31) quienes más citan dicho cambio frente a los de nivel alto (M 0,06 DT 0,24).

Otros efectos significativos encontrados

Tal y como se recoge en la Tabla 9, los ANOVAs realizados mostraron también efectos interactivos significativos entre las variables independientes sobre las dependientes, que se comentan brevemente a continuación.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

En primer lugar, los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron interacciones significativas para las categorías de respuesta *sufren problemas emocionales* ($F_{(3, 554)}$ = 2,723; $p \leq .044$), *reducen el contacto con el progenitor no custodio* ($F_{(3, 554)}$ = 2,938; $p \leq .033$), *se enfrentan a nuevos conflictos* ($F_{(3, 554)}$ = 6,719; $p \leq .001$), *surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio* ($F_{(3, 554)}$ = 3,904; $p \leq .001$), e *idiosincrásica* ($F_{(3, 554)}$ = 19,553; $p \leq .001$). El tamaño del efecto encontrado en esta última categoría es mediano, y pequeño en el resto de los casos. A continuación se comentan de forma pormenorizada dichos resultados.

SUFREN PROBLEMAS EMOCIONALES

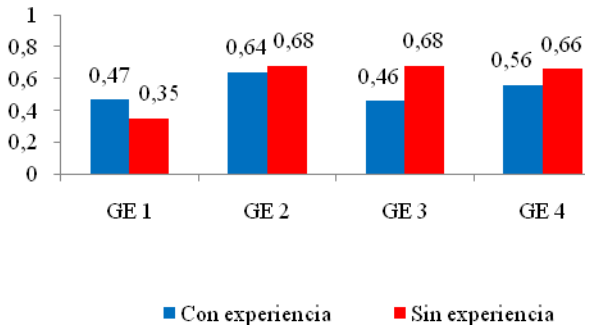


Figura 12. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

De los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes sin experiencia, los de educación infantil (M 0,35 DT 0,48) citan menos dicho cambio frente a los escolares (M 0,68 DT 0,47) ($t_{(584)}$ = -3,90; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,68 DT 0,47) ($t_{(584)}$ = -3,90; p ≤ .001) y a los jóvenes (M 0,66 DT 0,48) ($t_{(584)}$ = -3,76; p ≤ .001). Tomando ahora la variable *Grupo de edad* se observa que, en el grupo de adolescentes, los participantes sin experiencia de ruptura familiar (M 0,68 DT 0,47) citan más dicha categoría frente a los que sí tienen experiencia (M 0,46 DT 0,50) ($t_{(584)}$ = 3,04; p ≤ .006).

REDUCEN EL CONTACTO CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

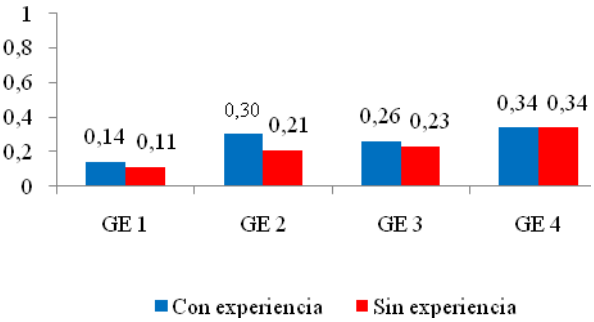


Figura 13. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

En relación con los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes sin experiencia, los adolescentes citan más este efecto (M 0,34 DT 0,48) que los de educación infantil (M 0,11 DT 0,31) ($t_{(584)} = 3,30$; $p \leq .006$). Los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* no muestran diferencias significativas.

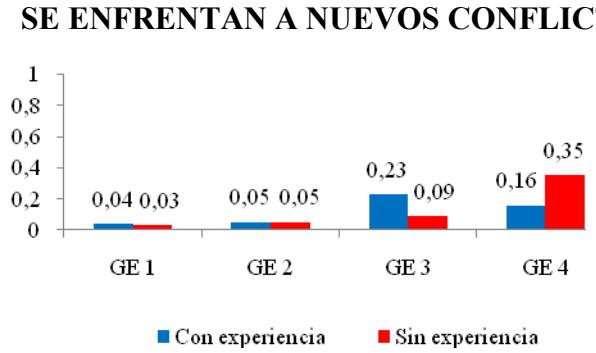


Figura 14. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

En los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, en el grupo de adolescentes, los que tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,23 DT 0,42) citan más dicho cambio que los que no tienen experiencia (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(584)} = 2,70$; $p \leq .008$). Por el contrario, en el caso de los jóvenes, son los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,35 DT 0,48) quienes más lo citan frente al grupo con experiencia (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(584)} = 3,69$; $p \leq .001$).

Considerando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los que sí tienen experiencia de ruptura familiar, los adolescentes (M 0,23 DT 0,42) citan más dicho cambio frente a los de educación infantil (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)} = 3,46$; $p \leq .003$) y a los escolares (M 0,05 DT 0,21) ($t_{(584)} = 3,38$; $p \leq .005$). Respecto a los que no tienen dicha experiencia, son los jóvenes (M 0,35 DT 0,48) quienes más enuncian dicho cambio frente a los adolescentes (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(584)} = 5,87$; $p \leq .001$), a los escolares (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)} = 5,70$; $p \leq .001$), y a los de educación infantil (M 0,03 DT 0,17) ($t_{(584)} = 5,16$; $p \leq .001$).

SURGEN DIFICULTADES EN LA RELACIÓN CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

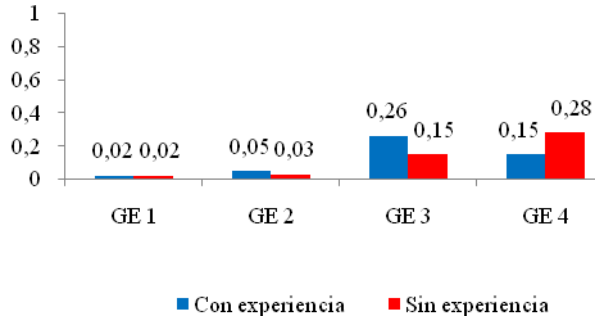


Figura 15. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Considerando la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, dentro del grupo de jóvenes, los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,28 DT 0,45) citan más dicho efecto frente a los que sí tienen experiencia (M 0,15 DT 0,36) ($t_{(584)}$ = 2,15; p ≤ .035). En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas.

En relación con los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes con experiencia, los adolescentes (M 0,26 DT 0,44) nombran más dicho efecto frente a los de educación infantil (M 0,02 DT 0,13) ($t_{(584)}$ = 3,24; p ≤ .008) y a los escolares (M 0,05 DT 0,21) ($t_{(584)}$ = 3,36; p ≤ .004). Por su parte, dentro de los participantes sin experiencia, los adolescentes (M 0,15 DT 0,36) citan más este cambio frente a los escolares (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 2,70; p ≤ .044). Lo mismo ocurre en el caso de los jóvenes (M 0,28 DT 0,25) frente a los de educación infantil (M 0,02 DT 0,12) ($t_{(584)}$ = 4,27; p ≤ .001) y a los escolares (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 4,48; p ≤ .001).

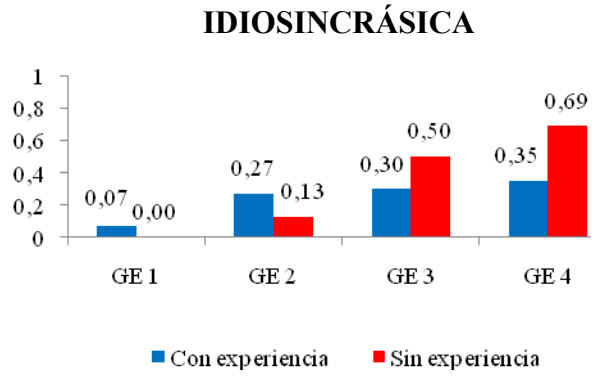


Figura 16. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

En esta categoría de respuesta se observa que, para la variable *Grupo de edad,* los participantes de educación infantil sin experiencia (M 0,45 DT 0,50) citan más dicha categoría de respuesta que los que tienen experiencia (M 0,07 DT 0,26) ($t_{(584)}$ = 8,74; p ≤ .001). Lo mismo ocurre en los escolares (M 0,12 DT 0,32) sin experiencia frente a los que sí la tienen (M 0,03 DT 0,17) ($t_{(584)}$ = 2,20; p ≤ .028).

Analizando ahora los efectos simples para la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los que no tienen experiencia, son los participantes de educación infantil (M 0,45 DT 0,50) los que más citan esta categoría de respuesta frente a los escolares (M 0,12 DT 0,32) ($t_{(584)}$ = 8,74; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 11,70; p ≤ .001), y a los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 11,70; p ≤ .001). A su vez, el grupo de escolares (M 0,12 DT 0,32) también la nombra más que los adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,11; p ≤ .013) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,11; p ≤ .013).

Respecto a los participantes con experiencia, no se observaron diferencias significativas.

Efecto del Grupo de edad y del Sexo

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvieron dos

interacciones significativas para los cambios *tienen problemas de carácter y comportamiento* ($F_{(3, 554)} = 2{,}953$; $p \leq .032$) y *se enfrentan a cambios en sus dinámicas cotidianas y rutinas* ($F_{(3, 554)} = 3{,}112$; $p \leq .026$), cuyo tamaño del efecto es pequeño.

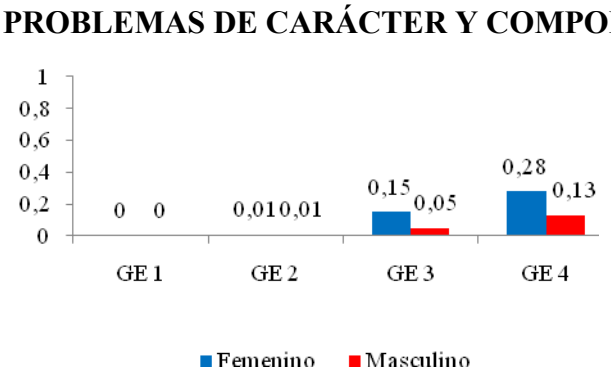


Figura 17. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* muestran que, en el grupo de adolescentes, las chicas (M 0,15; DT 0,36) citan más este cambio frente a los chicos (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)} = 2{,}44$; $p \leq .015$). Lo mismo ocurre con las jóvenes (M 0,28 DT 0,45) frente a los jóvenes (M 0,13 DT 0,33) ($t_{(584)} = 3{,}66$; $p \leq .001$).

Considerando ahora la variable *Sexo* del participante se observa que, dentro del grupo femenino, son las jóvenes (M 0,28 DT 0,45) quienes más lo nombran frente a las niñas de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 6{,}11$; $p \leq .001$), a las escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)} = 6{,}02$; $p \leq .001$) y a las adolescentes (M 0,15 DT 0,36) ($t_{(584)} = 3{,}05$; $p \leq .014$). A su vez, también las adolescentes (M 0,15 DT 0,36) nombran más dicho efecto frente a las participantes de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 3{,}33$; $p \leq .005$) y a las escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)} = 3{,}12$; $p \leq .010$). En el grupo de los chicos también se aprecia que los jóvenes (M 0,13 DT 0,33) lo citan más que los participantes de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 2{,}84$; $p \leq .026$) y los escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)} = 2{,}70$; $p \leq .043$).

SE ENFRENTAN A CAMBIOS EN SUS DINÁMICAS Y RUTINAS

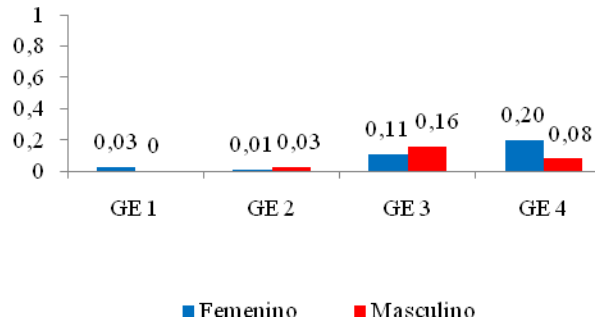


Figura 18. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Al igual que en la categoría anterior, los resultados muestran que las jóvenes (M 0,20 DT 0,40) citan más este cambio frente a los jóvenes (M 0,08 DT 0,26) ($t_{(584)} = 2,98$; $p \leq .018$). No se observan diferencias en el resto de los grupos de edad. Tomando ahora la variable *Sexo* se obtiene que, dentro de las chicas, las jóvenes (M 0,20 DT 0,40) nombran más este cambio frente a las niñas de educación infantil (M 0,03 DT 0,18) ($t_{(584)} = 6,11$; $p \leq .001$) y a las escolares (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)} = 6,02$; $p \leq .001$). Lo mismo ocurre en el caso de los chicos, siendo los adolescentes (M 0,16 DT 0,37) quienes más lo citan frente a los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 3,54$; $p \leq .003$) y a los escolares (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)} = 2,98$; $p \leq .018$).

Efecto del Grupo de edad y del Nivel educativo familiar

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvieron cinco interacciones significativas para las categorías de respuesta *reducen el contacto con el progenitor no custodio* ($F_{(3, 554)} = 3,008$; $p \leq .030$), *surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio* ($F_{(3, 554)} = 4,716$; $p \leq .003$), *se sienten culpables por la separación* ($F_{(3, 554)} = 3,286$; $p \leq .021$), *idiosincrásica* ($F_{(3, 554)} = 2,844$; $p \leq .037$), y *tienen problemas de carácter y comportamiento* ($F_{(3, 554)} = 3,025$; $p \leq .029$). Todas

ellas con un tamaño del efecto pequeño. La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación.

REDUCEN EL CONTACTO CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

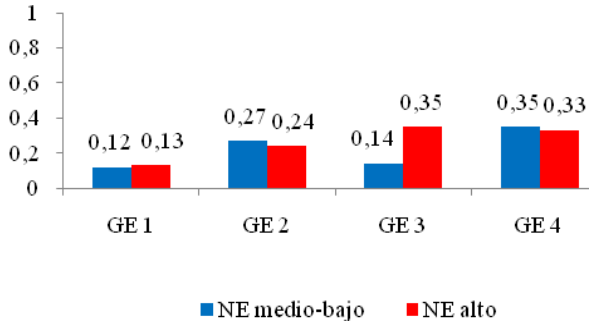


Figura 19. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar.*

En esta interacción, tomando en consideración el *Nivel educativo familiar* del participante, observamos que, en los participantes de medio-bajo nivel educativo, los jóvenes (M 0,35 DT 0,48) citan más dicho efecto que los participantes de educación infantil (M 0,12 DT 0,32) ($t_{(584)}$ = 3,36; p ≤ .005) y que los adolescentes (M 0,14 DT 0,35) ($t_{(584)}$ = 3,18; p ≤ .009). A su vez, dentro de los de nivel educativo alto, los adolescentes (M 0,35 DT 0,48) lo nombran más que los más pequeños (M 0,13 DT 0,34) ($t_{(584)}$ = 2,84; p ≤ .026). A la hora de tomar como variable de contraste el *Grupo de edad*, no se observaron diferencias significativas entre los grupos.

Respecto a la categoría de respuesta, *surgen dificultades en la relación con el progenitor no custodio* (ver Figura 20), y tomando como referencia la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, los de alto nivel educativo (M 0,29 DT 0,40) nombran más este efecto frente a los de medio-bajo nivel (M 0,14 DT 0,34) ($t_{(584)}$ = 2,55; p ≤ .012). No se observaron diferencias significativas para el resto de los grupos de edad.

Considerando ahora la variable *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los de alto nivel, son los jóvenes (M 0,29 DT 0,40) quienes más citan dicho efecto frente a los participantes de educación infantil (M 0,02 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 4,09; p ≤ .001)

y a los escolares (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 4,02; p ≤ .001). También el grupo de adolescentes (M 0,15 DT 0,33) lo nombra más frente a los más pequeños (M 0,02 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 2,72; p ≤ .042). En lo que respecta a los participantes de medio-bajo nivel educativo, los adolescentes (M 0,26 DT 0,36) citan más dicho efecto que el grupo de educación infantil (M 0,01 DT 0,12) ($t_{(584)}$ = 3,16; p ≤ .010) y que los escolares (M 0,03 DT 0,18) ($t_{(584)}$ = 3,49; p ≤ .003).

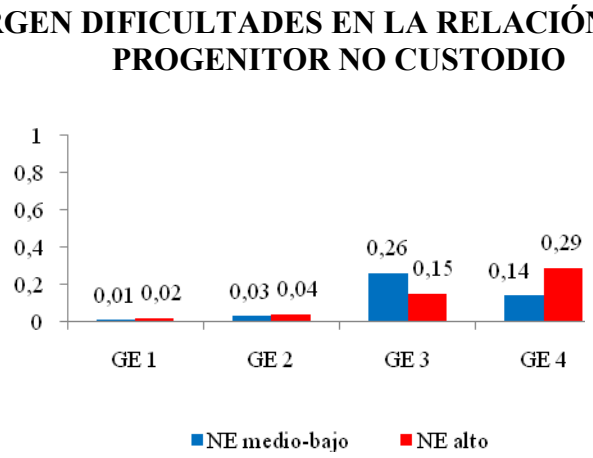


Figura 20. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

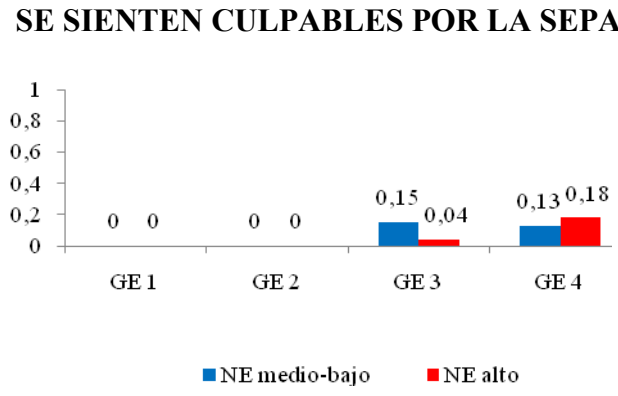


Figura 21. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Los efectos simples de contrastes con la variable de referencia *Nivel educativo familiar* muestran que, dentro de los participantes de alto nivel educativo, los jóvenes (M 0,18 DT 0,38) citan más este efecto frente a los niños de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 4,17; p ≤ .001), a los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 4,49; p ≤ .001), y a los adolescentes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 3,63; p ≤ .014). En relación a los participantes de medio-bajo nivel educativo, se observa que el grupo de adolescentes (M 0,15 DT 0,36) lo nombra más frente al grupo de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,75; p ≤ .001) y al grupo de escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,85; p ≤ .001). También los jóvenes (M 0,13 DT 0,33) lo citan más que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,13; p ≤ .010) y que los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,20; p ≤ .009). Al realizar la prueba de efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad*, se comprueba que no existen diferencias significativas.

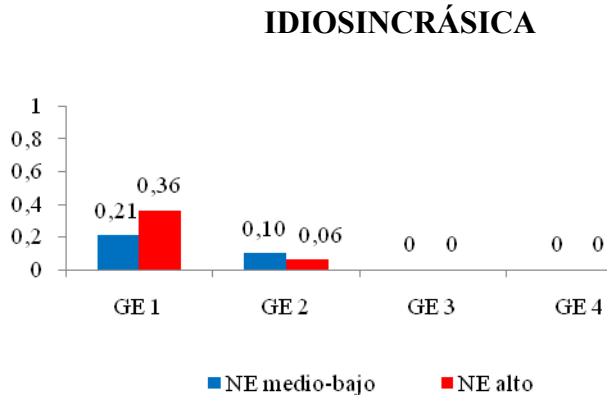


Figura 22. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Con respecto a esta categoría de respuesta, y considerando la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro de los participantes de educación infantil, los de alto nivel educativo (M 0,36 DT 0,48) citan más dicha categoría que los de medio-bajo nivel educativo (M 0,21 DT 0,41) ($t_{(584)}$ = 8,74; p ≤ .001).

Tomando ahora como referencia la variable *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los de medio-bajo nivel educativo, el grupo de educación infantil

(M 0,21 DT 0,41) nombra más esta categoría de respuesta que el grupo de escolares (GE 2: M 0,10 DT 0,30) ($t_{(584)}$ = 2,87; p ≤ .023), que el de adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 5,42; p ≤ .001) y que el de jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 5,42; p ≤ .001). Lo mismo pasa con los participantes de alto nivel educativo, donde los de educación infantil nombran más dicha categoría (M 0,36 DT 0,48) frente a los escolares (M 0,06 DT 0,23) ($t_{(584)}$ = 6,62; p ≤ .001), adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 7,76; p ≤ .001), y jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 8,05; p ≤ .001).

TIENEN PROBLEMAS DE CARÁCTER Y COMPORTAMIENTO

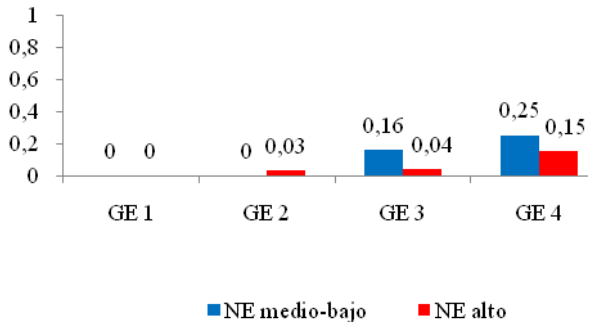


Figura 23. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Por último, y tomando nuevamente como referente la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro de los jóvenes, los de medio-bajo nivel educativo (M 0,25 DT 0,44) nombran más este cambio frente a los de alto nivel (M 0,15 DT 0,36) ($t_{(584)}$ = 3,05; p ≤ .001).

En relación con los efectos simples de contraste con la variable *Nivel educativo familiar* se comprueba que, dentro de los de alto nivel educativo, los jóvenes (M 0,15 DT 0,36) nombran más dicho cambio que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,26; p ≤ .007), los escolares (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 2,90; p ≤ .023) y los adolescentes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 2,76; p ≤ .036). Por

su parte, dentro de los de medio-bajo nivel educativo familiar, los adolescentes (M 0,16 DT 0,37) citan más dicho efecto que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,80; p ≤ .001) y que los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,90; p ≤ .001). También los jóvenes (M 0,25 DT 0,44) lo citan más que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 5,81; p ≤ .001) y los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 5,95; p ≤ .001).

6.3. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja

Se ahondará ahora en las creencias explícitas de los participantes sobre los cambios positivos a los que se enfrenta el progenitor custodio tras la separación. Las categorías de respuesta que han sido seleccionadas respecto a este contenido se presentan en la Tabla 11, y se acompañarán de algunas respuestas extraídas de las entrevistas a modo de ejemplo de cada una de ellas.

Tabla 11. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en el progenitor custodio tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Se siente mejor emocionalmente	"Ahora está feliz porque ya no sufre tanto como antes por las peleas con su ex pareja" "Tiene mayor tranquilidad y se siente mejor"
Sostiene más contacto con sus hijos	"Como se queda con la custodia, puede pasar mucho tiempo con sus hijos" "Pasa más tiempo con sus hijos y hace más actividades con ellos"
Intensifica la relación con sus hijos	"Hay mucho más entendimiento y amistad con sus hijos" "Tras la separación, se interesa más por sus hijos y surge más amor entre ellos"
Inicia una nueva relación afectiva	"Puede buscar una nueva pareja " "Se busca a un novio y tiene muchos hijos nuevos"
Tiene mayor libertad e independencia	"No tiene que pedirle cuentas a nadie. Puede hacer lo que quiera" "Ahora es libre para salir y hacer todo lo que le guste"
No lo sé / No contesta	"No sé" "Ni idea de nada"
Idiosincrásica	"Se va de compras y se duerme. Se va al campo a ver las flores" "Le toca el cupón y se gana muchos millones"

Se presenta a continuación el porcentaje de citación encontrado para cada una de las categorías de respuesta obtenidas en la entrevista abierta, respecto a la cuestión que ahora se evalúa.



Figura 24. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*

Los resultados muestran respuestas diseminadas en diferentes categorías, la mayoría de las cuales no superan el 15% de citación. La respuesta más consensuada es *se siente mejor emocionalmente* (citada por algo más de un tercio de los participantes), seguida de *sostiene más contacto con sus* hijos (enunciada por algo más de la quinta parte), y en menor grado aparece también el cambio positivo *intensifica la relación con sus hijos*. Las categorías restantes obtienen porcentajes inferiores al 14% de mención.

Pasamos ahora a explorar la posible influencia de las variables independientes (*el Grupo de edad, la Experiencia personal de ruptura familiar, el Sexo y el Nivel educativo familiar*) sobre el porcentaje de respuesta obtenido en cada una de las categorías de cambio positivo encontradas ante la pregunta propuesta. La Tabla 12 recoge las medias (y desviaciones típicas) de participantes que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas. Así mismo, y siguiendo la organización utilizada en los apartados anteriores, presentamos una tabla resumen con los ANOVAs que han salido significativos y el grado del efecto obtenido en dichos análisis (Ver Tabla 13).

Tabla 12. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Se siente mejor emocionalmente	0,08 (0,27)	0,27 (0,45)	0,35 (0,48)	0,61 (0,50)	0,40 (0,49)	0,30 (0,46)	0,38 (0,49)	0,31 (0,46)	0,35 (0,48)	0,33 (0,47)
Sostiene más contacto con sus hijos	0,06 (0,25)	0,10 (0,30)	0,41 (0,50)	0,22 (0,42)	0,20 (0,40)	0,23 (0,42)	0,21 (0,41)	0,21 (0,41)	0,20 (0,40)	0,23 (0,42)
Intensifica la relación con sus hijos	0,01 (0,10)	0,05 (0,22)	0,22 (0,42)	0,27 (0,45)	0,14 (0,34)	0,16 (0,37)	0,15 (0,36)	0,15 (0,35)	0,14 (0,35)	0,16 (0,36)
Inicia una nueva relación afectiva	0,08 (0,26)	0,35 (0,48)	0,05 (0,22)	0,10 (0,45)	0,15 (0,36)	0,12 (0,33)	0,17 (0,38)	0,10 (0,30)	0,14 (0,35)	0,13 (0,34)
No lo sé / No contesta	0,28 (0,45)	0,15 (0,36)	0,04 (0,19)	0,02 (0,28)	0,10 (0,30)	0,12 (0,33)	0,08 (0,28)	0,14 (0,34)	0,12 (0,33)	0,10 (0,31)
Tiene mayor libertad e independencia	0,02 (0,13)	0,10 (0,28)	0,10 (0,30)	0,16 (0,36)	0,14 (0,35)	0,05 (0,21)	0,11 (0,31)	0,08 (0,27)	0,12 (0,33)	0,07 (0,25)
Idiosincrásica	0,33 (0,47)	0,01 (0,12)	0,03 (0,17)	0,00 (0,00)	0,02 (0,14)	0,14 (0,35)	0,10 (0,27)	0,09 (0,28)	0,08 (0,27)	0,08 (0,28)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a: Nivel educativo alto.

Tabla 13. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE	Exp.	Sexo	GE * Exp.	GE * Sexo	Exp. * NEF
Se siente mejor emocionalmente	$F_{(3, 554)} = 35{,}356$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 4{,}923$; $p \leq .027$ (*)				
Sostiene más contacto con sus hijos	$F_{(3, 554)} = 22{,}896$; $p \leq .001$ (**)					
Intensifica la relación con sus hijos	$F_{(3, 554)} = 21{,}018$; $p \leq .001$ (**)					
Inicia una nueva relación afectiva	$F_{(3, 554)} = 27{,}820$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(1, 554)} = 5{,}822$; $p \leq .016$ (*)			
No lo sé / No contesta	$F_{(3, 554)} = 21{,}818$; $p \leq .001$ (**)			$F_{(3, 554)} = 4{,}203$; $p \leq .006$ (*)		$F_{(1, 554)} = 7{,}921$; $p \leq .005$ (*)
Tiene mayor libertad e independencia	$F_{(3, 554)} = 5{,}853$; $p \leq .001$ (*)				$F_{(3, 554)} = 3{,}516$; $p \leq .015$ (*)	$F_{(1, 554)} = 12{,}662$; $p \leq .001$ (*)
Idiosincrásica	$F_{(3, 554)} = 58{,}878$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 45{,}203$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(3, 554)} = 23{,}860$; $p \leq .001$ (**)		

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar; NEF: Nivel educativo familiar.

Como se puede observar, de todas las variables independientes exploradas, la que más parece afectar sobre las variables dependientes estudiadas es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante, que sale significativa como efecto principal en todos los casos, con tamaños del efecto medianos y grandes, salvo para el cambio *tiene mayor libertad e independencia*, cuyo tamaño es pequeño. Le sigue en grado de influencia la *Experiencia personal de ruptura familiar*. El *Sexo* y el *Nivel educativo familiar* sólo afecta de forma puntual y con tamaños del efecto pequeños.

Pasamos a comentar en los siguientes apartados los resultados más relevantes que se han obtenido.

Efecto de la variable Grupo de edad

Presentamos en la Figura 25 el porcentaje de participantes, dentro de cada grupo de edad, que cita cada tipo de cambio positivo atribuido al progenitor custodio tras la ruptura de la pareja.

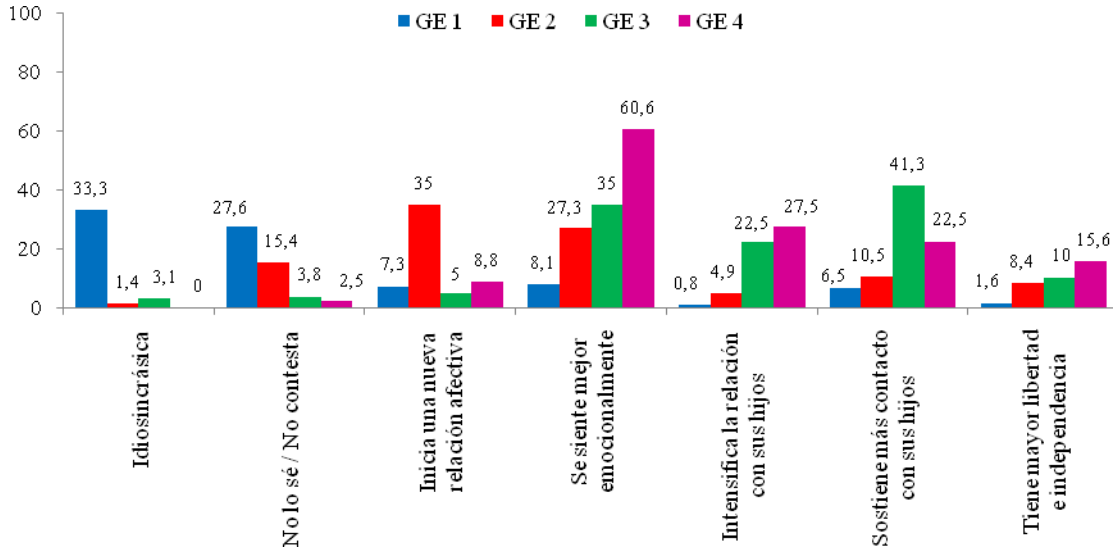


Figura 25. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*, según el *Grupo de edad.*

Recordar que los ANOVAs realizados con la variable *Grupo de edad* para cada variable dependiente, salieron todos significativos, la mayoría de ellos con valores η^2 grandes o medianos. Se analizarán ahora los contrastes a posteriori realizados con la prueba de Tukey ($p \leq .05$), para cada una de las variables dependientes exploradas. En la Tabla 14 se han organizado los resultados de los contrastes a posteriori que han salido significativos, intentando reflejar el patrón evolutivo observado, de menor a mayor edad.

Tabla 14. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 58{,}878$; $p \leq .001$	+	+	+			
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 21{,}818$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
Inicia una nueva relación afectiva $F_{(3, 554)} = 27{,}820$; $p \leq .001$	-			+	+	
Se siente mejor emocionalmente $F_{(3, 554)} = 35{,}356$; $p \leq .001$	-	-	-		-	-
Intensifica la relación con sus hijos $F_{(3, 554)} = 21{,}018$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Sostiene más contacto con sus hijos $F_{(3, 554)} = 22{,}896$; $p \leq .001$		-	-	-	-	+
Tiene mayor libertad e independencia $F_{(3, 554)} = 5{,}853$; $p \leq .001$			-			

(+): A favor del primer grupo de contraste
(-): A favor del segundo grupo de contraste

Tal como se puede apreciar en la tabla, la categoría de respuesta *idiosincrásica* la utiliza más el grupo de educación infantil frente al resto de los grupos. Así mismo, la categoría *no lo sé / no contesta* la citan más los dos grupos de menor edad, frente a los dos de mayor edad. La de *inicia una nueva relación afectiva* la enuncia más el

grupo de escolares frente al resto. *Se siente mejor emocionalmente* se incrementa significativamente al pasar a grupos de mayor edad, salvo entre los escolares y los adolescentes. Los cambios *intensifica la relación con sus hijos* y *sostiene más contacto con sus hijos*, los nombran más los dos grupos mayores frente a los dos de menor edad, y además, este último también lo cita más el grupo de adolescentes frente al de jóvenes. Por último, el cambio *tiene mayor libertad e independencia* lo citan más los jóvenes frente a los más pequeños.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados al respecto mostraron diferencias significativas para las categorías de respuesta *se siente mejor emocionalmente* ($F_{(1, 554)} = 4{,}923$; $p \leq .027$) y la *idiosincrásica* ($F_{(1, 554)} = 45{,}203$; $p \leq .001$), alcanzando un tamaño del efecto pequeño en el primer caso y mediano en el segundo. Así, los contrastes inter-grupo reflejan que los participantes con experiencia de ruptura familiar citan más las categorías *se siente mejor emocionalmente* (M 0,40 DT 0,50) en comparación con los que no tienen dicha experiencia (M 0,30 DT 0,46). Por el contrario, los que no tienen experiencia citan más la categoría *idiosincrásica* (M 0,14 DT 0,35) frente a los que sí tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,02 DT 0,14).

Efecto de la variable Sexo del participante

La variable independiente *Sexo* tan sólo muestra un efecto principal sobre el cambio *inicia una nueva relación afectiva* ($F_{(1, 554)} = 5{,}822$; $p \leq .016$), de efecto pequeño, quedando patente que las chicas (M 0,17 DT 0,38) citan más dicho cambio frente a los chicos (M 0,10 DT 0,30).

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

La variable *Nivel educativo familiar* no presenta diferencias significativas intergrupo como efecto principal, aunque sí como efecto interactivo con otras variables, como se muestra en los siguientes apartados.

Otros efectos significativos encontrados

Además de los efectos simples más destacados que se acaban de comentar, los ANOVAs realizados mostraron también otros resultados significativos (ver Tabla 13) como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes, que pasamos a comentar a continuación.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

En primer lugar, se expondrán los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta). Estos análisis mostraron dos interacciones significativas para las categorías *no lo sé / no contesta* ($F_{(3,\ 554)} = 4{,}203$; $p \leq .006$) e *idiosincrásica* ($F_{(3,\ 554)} = 23{,}860$; $p \leq .001$), que se pasan a representar gráficamente.

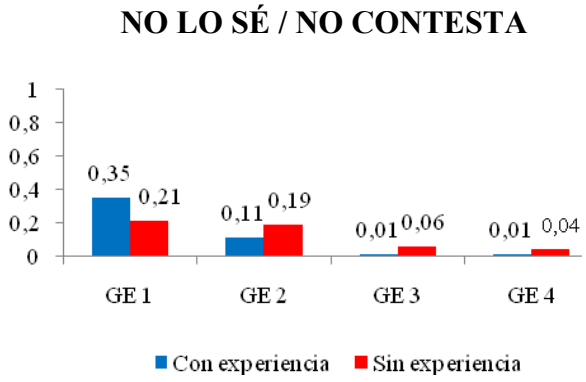


Figura 26. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

De los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, dentro del grupo de educación infantil, los participantes con experiencia de ruptura familiar citan más la categoría *no lo sé / no contesta* (M 0,35 DT 0,48) frente a los que no tienen experiencia (M 0,21 DT 0,41) ($t_{(584)} = 2{,}93$; $p \leq .003$). No se encuentran más contrastes significativos según el *Grupo de edad*.

Tomando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes con experiencia, los de educación infantil (M 0,35 DT 0,48) citan más que los escolares (M 0,11 DT 0,31) ($t_{(584)} = 4,73$; $p \leq .001$), que los adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)} = 6,79$; $p \leq .001$), y que los jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)} = 6,79$; $p \leq .001$), dicha categoría de respuesta. En el caso de los participantes sin experiencia de ruptura familiar se observa que los de educación infantil (M 0,21 DT 0,41) la nombran más que los adolescentes (M 0,06 DT 0,24) ($t_{(584)} = 2,84$; $p \leq .027$) y que los jóvenes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)} = 3,34$; $p \leq .005$). También los escolares sin experiencia (M 0,19 DT 0,40) la citan más que los jóvenes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)} = 3,10$; $p \leq .012$).

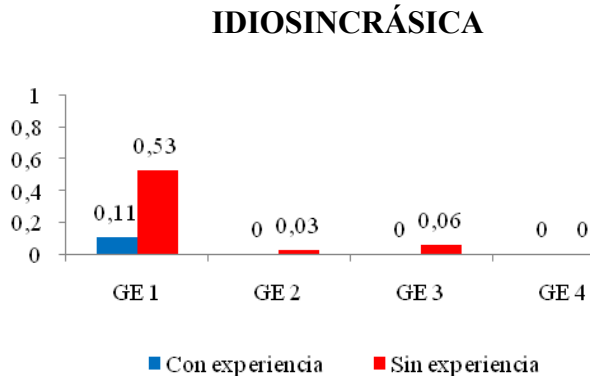


Figura 27. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

Por su parte, tomando en consideración la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, dentro de los de educación infantil, la categoría idiosincrásica la utilizan más los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,53 DT 0,50) frente a los que sí la tienen (M 0,11 DT 0,31) ($t_{(584)} = 10,05$; $p \leq .001$).

Atendiendo ahora a la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los que tienen experiencia, los más pequeños (M 0,11 DT 0,31) citan más dicha categoría frente a los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 2,71$; $p \leq .038$), los adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 2,85$; $p \leq .027$) y los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 2,85$; $p \leq .027$). Lo mismo ocurre con los

participantes sin experiencia, ya que vuelven a ser los de educación infantil (M 0,53 DT 0,50) quienes más citan dicha categoría de respuesta frente a los escolares (M 0,03 DT 0,16) ($t_{(584)}$ = 13,10; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,06 DT 0,24) ($t_{(584)}$ = 12,46; p ≤ .001) y a los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 14,16; p ≤ .001).

Efecto del Grupo de edad y del Sexo del participante

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvo la siguiente interacción significativa para el cambio *tiene mayor libertad e independencia* ($F_{(3, 554)}$ = 3,516; p ≤ .015), con un tamaño del efecto pequeño.

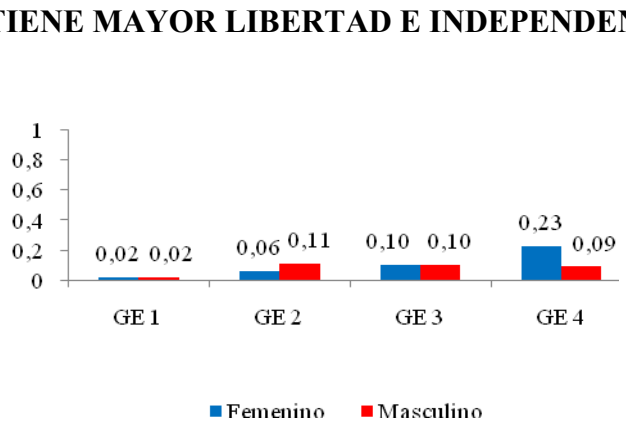


Figura 28. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo* de los participantes.

Atendiendo a la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, las chicas (M 0,23 DT 0,42) citan más dicho cambio frente los chicos (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(584)}$ = 3,14; p ≤ .002). No se obtuvieron más diferencias significativas con esta variable. Sin embargo, tomando ahora la variable *Sexo* como referente se observa que, dentro del grupo de las chicas, las jóvenes (M 0,23 DT 0,42) citan más dicho cambio frente a las adolescentes (M 0,10 DT 0,30) ($t_{(584)}$ = 2,84; p ≤ .028), a las escolares (M 0,06 DT 0,23) ($t_{(584)}$ = 3,67; p ≤ .002) y a las

de educación infantil (M 0,02 DT 0,13) ($t_{(584)}$ = 4,33; p ≤ .001). Con respecto a los chicos, no se observan diferencias significativas entre los distintos grupos de edad.

Efecto de la Experiencia personal de ruptura familiar y el Nivel educativo familiar

Los análisis de varianza (ANOVAs) con las variables independientes *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta citadas por los participantes), mostraron dos interacciones significativas para las categorías *no lo sé / no contesta* ($F_{(1, 554)}$ = 7,921; p ≤ .005) y *tiene mayor libertad e independencia* ($F_{(1, 554)}$ = 12,662; p ≤ .001), de tamaño pequeño del efecto, que se pasan a representar.

NO LO SÉ / NO CONTESTA

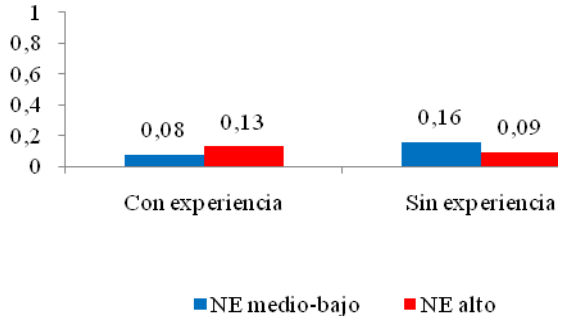


Figura 29. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta ocasión la prueba de efectos simples, utilizando como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar*, muestra que las diferencias significativas se encuentran entre los participantes sin experiencia de ruptura familiar, siendo los de medio-bajo nivel educativo (M 0,16 DT 0,37) los que más citan esta categoría de respuesta frente a los de nivel educativo alto (M 0,09; DT 0,28) ($t_{(584)}$ = 2,09; p ≤ .040). No se observaron diferencias significativas en el grupo de alto nivel educativo.

Cuando utilizamos como variable de contraste el *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los participantes de medio-bajo nivel educativo, los que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 0,16 DT 0,37) citan más dicha categoría que los que sí tienen experiencia (M 0,08 DT 0,27) ($t_{(584)} = 1,97$; $p \leq .035$). Por el contrario, dentro de los de nivel educativo alto, los que tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,13 DT 0,33) la nombran más que los que no tienen experiencia (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(584)} = 1,97$; $p \leq .036$).

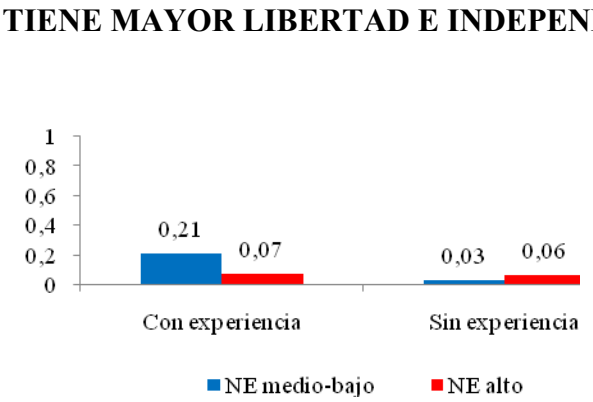


Figura 30. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta interacción, tomando como referencia la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes con experiencia, son los del nivel educativo medio-bajo (M 0,21 DT 0,41) los que más citan este cambio frente a los del nivel alto (M 0,07 DT 0,26) ($t_{(584)} = 4,12$; $p \leq .001$). Tomando ahora la *variable Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los del nivel educativo medio-bajo, son los que tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,21 DT 0,41) los que más nombran este cambio frente a los que no tienen dicha experiencia (M 0,03 DT 0,18) ($t_{(584)} = 5,41$; $p \leq .001$).

6.4. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja

Se comentarán en este apartado los resultados acerca de las creencias explícitas que asumen los participantes sobre los cambios negativos a los que se enfrenta el progenitor custodio tras la separación. La Tabla 15 engloba las categorías de respuesta que han sido seleccionadas por aparecer en porcentajes superiores a los que se pueden dar por mero azar, junto con algunas respuestas extraídas de las entrevistas que sirven de ejemplo para ilustrarlas.

Tabla 15. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en el progenitor custodio tras la separación, encontrados en la entrevista abierta, y algunos ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Sufre mayor estrés y responsabilidades	"Tiene más estrés porque tiene que hacerse cargo de todo" "Ya no tiene el apoyo de su pareja y ahora tiene que ocuparse de la casa, de los hijos y de todo lo económico"
Sufre problemas emocionales	"Sufre soledad y tristeza por la ruptura" "Puede coger una depresión, y sentir angustia y preocupación por la situación en la que se encuentra"
Tiene dificultades económicas	"Tiene menos dinero porque ahora tiene que mantener a los hijos, pagar el colegio, la ropa, etc." "Tiene que ganar más dinero porque no le da para poder sacar a sus hijos adelante"
No acepta la ruptura	"Puede que no acepte la ruptura, que no entienda por qué le pasó eso" "No quería separase"
No lo sé / No contesta	"No sé nada de eso" "No lo sé"
Idiosincrásica	"Está cocinando y se le quema la comida" "Se compra una casa grande"

La siguiente figura recoge el porcentaje total de participantes que cita cada categoría de respuesta encontrada sobre esta cuestión.



Figura 31. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*

Se obtienen seis categorías de respuesta de entre las cuales destacan *sufre mayor estrés y responsabilidades* y *sufre problemas emocionales*, ambas citadas por alrededor de un tercio de los participantes. Le siguen con un menor grado de citación el efecto *tiene dificultades económica* y la categoría *idiosincrásica.* El resto de las categorías nombradas obtienen porcentajes por debajo del 10% de citación.

A continuación se expondrán los resultados de explorar la influencia de las variables independientes sobre el porcentaje de respuesta obtenido en cada una de las categorías de cambio negativo encontradas ante la pregunta propuesta. Las medias de citación (y las desviaciones típicas) para cada categoría de respuesta seleccionada, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas, se muestran en la Tabla 16. Así mismo, la Tabla 17 recoge, a modo de resumen, los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a través de los diferentes ANOVAs realizados. En dicha tabla se señala también el grado del efecto obtenido en los diferentes análisis que han salido significativos.

Como se puede observar, de todas las variables independientes exploradas en el estudio, la que más afecta sobre las variables dependientes, tanto en cuanto al número de efectos principales significativos obtenidos y al tamaño de dichos efectos, como por

el número de efectos que se producen en interacción con otras variables, es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante. En menor grado también afecta la *Experiencia personal de ruptura familiar,* y tan sólo de forma puntual el *Sexo*. El *Nivel educativo familiar* no parece afectar sobre la creencia explícita de los efectos negativos en el progenitor custodio tras la separación.

En los siguientes apartados se llevará a cabo un análisis más pormenorizado de los principales resultados obtenidos.

Tabla 16. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Sufre mayor estrés y responsabilidades	0,03 (0,18)	0,19 (0,40)	0,42 (0,50)	0,66 (0,47)	0,31 (0,46)	0,38 (0,49)	0,38 (0,49)	0,32 (0,47)	0,34 (0,48)	0,35 (0,48)
Sufre problemas emocionales	0,27 (0,44)	0,43 (0,50)	0,21 (0,40)	0,37 (0,49)	0,37 (0,48)	0,27 (0,45)	0,34 (0,48)	0,29 (0,46)	0,34 (0,48)	0,29 (0,46)
Tiene dificultades económicas	0,03 (0,18)	0,09 (0,29)	0,19 (0,40)	0,22 (0,41)	0,13 (0,34)	0,15 (0,35)	0,16 (0,36)	0,12 (0,33)	0,12 (0,33)	0,16 (0,36)
Idiosincrásica	0,32 (0,47)	0,12 (0,32)	0,02 (0,14)	0,00 (0,00)	0,05 (0,21)	0,15 (0,35)	0,09 (0,29)	0,11 (0,31)	10,4 (0,30)	0,10 (0,30)
No acepta la ruptura	0,09 (0,29)	0,24 (0,43)	0,06 (0,24)	0,02 (0,14)	0,10 (0,30)	0,10 (0,29)	0,09 (0,29)	0,11 (0,31)	0,09 (0,29)	0,10 (0,31)
No lo sé / No contesta	0,20 (0,40)	0,09 (0,29)	0,06 (0,24)	0,01 (0,11)	0,08 (0,28)	0,09 (0,28)	0,07 (0,26)	0,10 (0,30)	0,08 (0,28)	0,09 (0,28)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a: Nivel educativo alto

Tabla 17. Efectos principales e interacciones dobles significativas, obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada, respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja*?, y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE	Exp.	GE * Exp.	GE * Sexo
Sufre mayor estrés y responsabilidades	$F_{(3, 554)} = 64{,}576$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 5{,}484$; $p \leq .020$ (*)	$F_{(3, 554)} = 7{,}868$; $p \leq .001$ (*)	
Sufre problemas emocionales	$F_{(3, 554)} = 7{,}425$; $p \leq .001$ (*)	$F_{(1, 554)} = 4{,}484$; $p \leq .035$ (*)	$F_{(3, 554)} = 6{,}409$; $p \leq .001$ (*)	$F_{(3, 554)} = 3{,}124$; $p \leq .026$ (*)
Tiene dificultades económicas	$F_{(3, 554)} = 8{,}811$; $p \leq .001$ (*)			
Idiosincrásica	$F_{(3, 554)} = 35{,}108$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 23{,}564$; $p \leq .001$ (*)	$F_{(3, 554)} = 7{,}396$; $p \leq .001$ (*)	
No acepta la ruptura	$F_{(3, 554)} = 16{,}265$; $p \leq .001$ (*)			
No lo sé / No contesta	$F_{(3, 554)} = 12{,}165$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(3, 554)} = 3{,}585$; $p \leq .014$ (*)	

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar.

Efecto de la variable Grupo de edad

Se analizará en este apartado el efecto que ejerce la variable *Grupo de edad* del participante sobre el contenido referido a los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación. Los porcentajes de citación (que son equivalentes a las medias) obtenidos para cada categoría de respuesta encontrada, en cada grupo de edad explorado, se representan en la Figura 32.

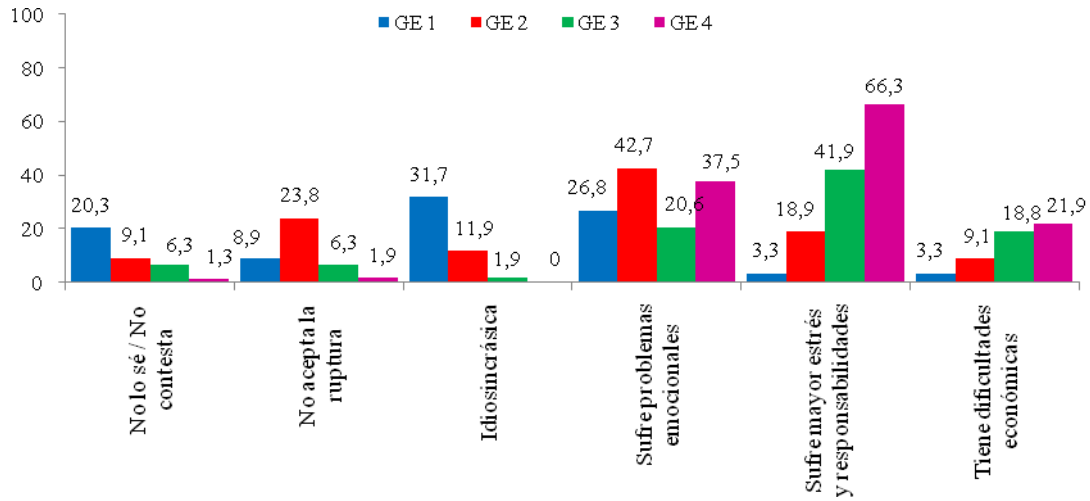


Figura 32. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación de la pareja?*, según el *Grupo de edad*.

Como queda reflejado en la Tabla 18, todos los ANOVAs realizados con la variable *Grupo de edad* sobre las variables dependientes salieron significativos, destacando los valores η^2 medianos y grandes según cada caso. Dichos efectos destacan especialmente respecto a las categorías de respuesta *sufre mayor estrés y responsabilidades* e *idiosincrásica*. Para un análisis más específico de los resultados se presentan a continuación los resultados de los contrastes a posteriori realizados con la prueba de Tukey ($p \leq .05$), para cada una de las variables dependientes exploradas. En la Tabla 18 se han organizado los resultados de los contrastes que han salido significativos de modo que pueda quedar reflejado el patrón evolutivo observado, de menor a mayor edad.

Así, se observa que la categoría de respuesta *no lo sé / no contesta* y la *idiosincrásica* la enuncian más los participantes de educación infantil en comparación con el resto de los grupos, y ésta última también la citan más los escolares frente a los grupos de mayor edad. El efecto negativo *no acepta la ruptura* lo cita principalmente el grupo de escolares, y este grupo junto con los jóvenes citan más el efecto *sufre*

problemas emocionales. Así mismo, el efecto negativo *sufre mayor estrés y responsabilidades* se incrementa progresivamente de forma significativa con la edad.

Por último, el efecto *tiene dificultades económicas* se incrementa también progresivamente, pero la significación se alcanza entre los grupos más distantes y no entre los contiguos.

Tabla 18. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 12{,}165$; $p \leq .001$	+	+	+			
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 35{,}108$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
No acepta la ruptura $F_{(3, 554)} = 16{,}265$; $p \leq .001$	-			+	+	
Sufre problemas emocionales $F_{(3, 554)} = 7{,}425$; $p \leq .001$	-			+		-
Sufre mayor estrés y responsabilidad $F_{(3, 554)} = 64{,}576$; $p \leq .001$	-	-	-	-	-	-
Tiene dificultades económicas $F_{(3, 554)} = 8{,}811$; $p \leq .001$		-	-		-	

(+): A favor del primer grupo que se presenta en el contraste
(-): A favor del segundo grupo que se presenta en el contraste

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

La variable *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre el contenido referido a los cambios negativos en el progenitor custodio tras la separación, ejerce efectos principales de tamaño pequeño en tres de las categorías de respuesta encontradas que son, concretamente, la de *sufre mayor estrés y responsabilidades* ($F_{(1, 554)} = 5{,}484$; $p \leq .020$), *sufre problemas emocionales* ($F_{(1, 554)} = 4{,}484$; $p \leq .035$) y la *idiosincrásica* ($F_{(1, 554)} = 23{,}564$; $p \leq .001$), obteniendo un tamaño del efecto pequeño en todos los casos.

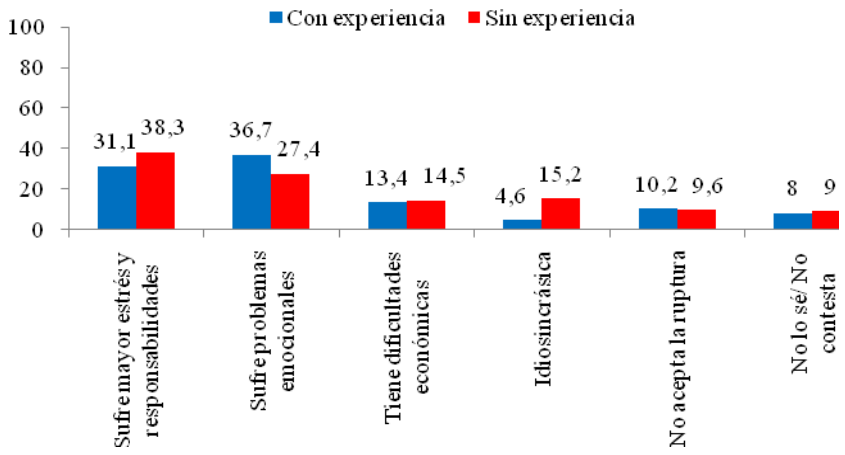


Figura 33. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta, según la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

Los contrastes inter-grupo reflejan que los participantes sin experiencia de ruptura familiar citan más las categorías *sufre mayor estrés y responsabilidades* (M 0,38 DT 0,49) e *idiosincrásica* (M 0,15 DT 0,36) que aquellos con experiencia (M 0,31 DT 0,46; M 0,05 DT 0,21, respectivamente). Por el contrario, los participantes con experiencia (M 0,37 DT 0,48) citan más la categoría *sufren problemas emocionales* frente a aquéllos sin experiencia (M 0,27 DT 0,45).

Efecto de la variable Sexo del Participante

La variable *Sexo* no presenta diferencias significativas intergrupo como efecto principal, aunque sí como efecto interactivo con otras variables, como se podrá ver más adelante.

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

La variable *Nivel educativo familia*, tampoco presenta diferencias significativas intergrupo, ni como efecto principal ni en interacción con otras variables.

Otros efectos significativos encontrados

Presentamos ahora los efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes encontrados en los ANOVAs realizados.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron interacciones significativas de tamaño pequeño para las categorías *sufre mayor estrés y responsabilidades* ($F_{(3,\ 554)}$ = 7,868; p ≤ .001), *sufre problemas emocionales* ($F_{(3,\ 554)}$ = 6,409; p ≤ .001), *idiosincrásica* ($F_{(3,\ 554)}$ = 7,396; p ≤ .001) y *no lo sé / no contesta* ($F_{(3,\ 554)}$ = 3,585; p ≤ .014). La representación gráfica de las interacciones se presenta a continuación.

SUFRE MAYOR ESTRÉS Y RESPONSABILIDADES

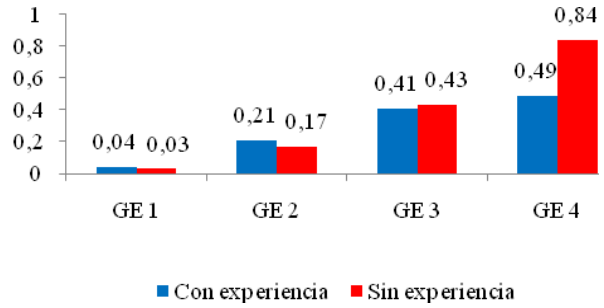


Figura 34. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

En relación con los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,84 DT 0,37) citan más la categoría *sufre mayor estrés y responsabilidades* que los que tienen experiencia (M 0,49 DT 0,50)

($t_{(584)}$ = 5,47; p ≤ .001). En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas entre los participantes con o sin experiencia.

Controlando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* vemos que, dentro del grupo con experiencia, los adolescentes citan más dicha categoría (M 0,41 DT 0,49) que los niños de educación infantil (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 5,24; p ≤ .001) y que los escolares (M 0,21 DT 0,41) ($t_{(584)}$ = 2,98; p ≤ .017). También los jóvenes la nombran significativamente más (M 0,49 DT 0,50) que los de educación infantil (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 6,31; p ≤ .001) y que los escolares (M 0,21 DT 0,41) ($t_{(584)}$ = 4,10; p ≤ .001). Si analizamos ahora al grupo de participantes sin experiencia, comprobamos que los jóvenes (M 0,84 DT 0,37) la nombra más que los de educación infantil (M 0,03 DT 0,17) ($t_{(584)}$ = 12,00; p ≤ .001), que los escolares (M 0,17 DT 0,38) ($t_{(584)}$ = 10,33; p ≤ .001), y que los adolescentes (M 0,43 DT 0,50) ($t_{(584)}$ = 6,45; p ≤ .001). Y a su vez también los adolescentes (M 0,43 DT 0,50) la citan significativamente más que los de educación infantil (M 0,03 DT 0,17) ($t_{(584)}$ = 5,85; p ≤ .001) y que los escolares (M 0,17 DT 0,38) ($t_{(584)}$ = 3,87; p ≤ .001).

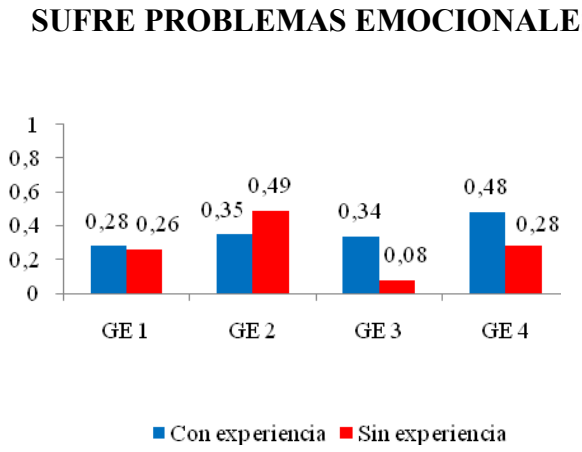


Figura 35. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Tomando el *Grupo de edad* para la prueba de efectos simples de contrastes, los resultados nos indican que los adolescentes (M 0,34 DT 0,47) y los jóvenes (M 0,48 DT 0,50) con experiencia de ruptura familiar citan más ($t_{(584)}$ = 3,76; p ≤ .001; $t_{(584)}$ = 2,86; p ≤ .005, respectivamente) la categoría *sufre*

problemas emocionales, que los mismos grupos de edad sin experiencia de ruptura (M 0,08 DT 0,26; M 0,28 DT 0,45, respectivamente).

Considerando ahora la *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo con experiencia de ruptura, los jóvenes (M 0,48 DT 0,19) citan más dicha categoría en comparación de los de educación infantil (M 0,28 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 2,77; p ≤ .035). Sin embargo, en el grupo sin experiencia, son los escolares quienes más enuncian dicho efecto (M 0,49 DT 0,50) en comparación con los de educación infantil (M 0,26 DT 0,44) ($t_{(584)}$ = 3,00; p ≤ .017), con los adolescentes (M 0,08 DT 0,26) ($t_{(584)}$ = 5,87; p ≤ .001), y con los jóvenes (M 0,28 DT 0,45) ($t_{(584)}$ = 3,06; p ≤ .015). También los jóvenes citan más dicho cambio (M 0,28 DT 0,45) frente a los adolescentes (M 0,08 DT 0,26) ($t_{(584)}$ = 2,87; p ≤ .028).

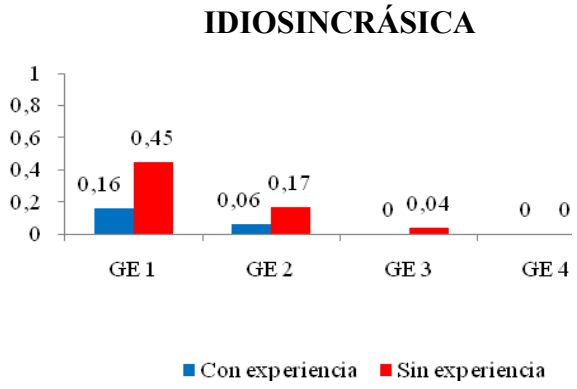


Figura 36. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Teniendo en cuenta la variable *Grupo de edad*, observamos que el grupo de educación infantil (M 0,45 DT 0,50) y el de escolares (M 0,17 DT 0,38) sin experiencia mencionan más esta categoría que los de educación infantil (M 0,16 DT 0,37) y los escolares (M 0,06 DT 0,24) con experiencia ($t_{(584)}$ = 5,86; p ≤ .001 y $t_{(584)}$ = 2,49; p ≤ .014, respectivamente).

Tomando ahora como referente la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se comprueba que, dentro del grupo con experiencia, los niños de educación infantil (M 0,16 DT 0,37) citan más esta categoría que los adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,40; p ≤ .004) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00)

($t_{(584)}$ = 3,40; p ≤ .004). En el grupo sin experiencia, de nuevo el grupo de educación infantil (M 0,45 DT 0,50) nombra más esta categoría frente a los escolares (M 0,17 DT 0,38) ($t_{(584)}$ = 6,15; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 9,11; p ≤ .001), y a los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 9,93; p ≤ .001). A su vez, los escolares (M 0,17 DT 0,38) también la mencionan más que los adolescentes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 3,07; p ≤ .013) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,95; p ≤ .001).

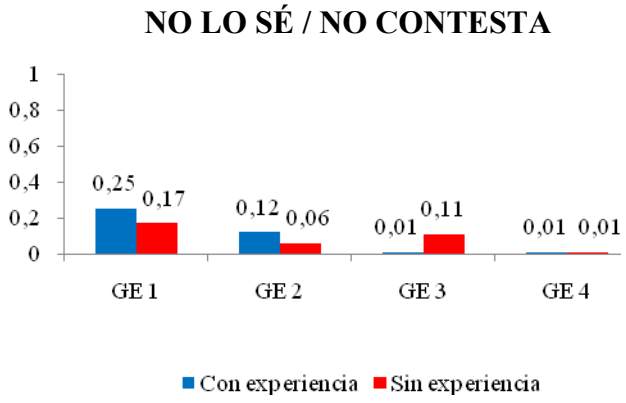


Figura 37. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

En este caso, de los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* los análisis muestran que, en el grupo de adolescentes, los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,11 DT 0,32) citan más dicha categoría que los que tienen experiencia (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 2,32; p ≤ .021).

Cuando utilizamos la variable de contraste *Experiencia de ruptura familiar* observamos que, dentro de los participantes con experiencia, los de educación infantil (M 0,25 DT 0,43) citan más dicha respuesta frente a los escolares (M 0,12 DT 0,33) ($t_{(584)}$ = 2,70; p ≤ .041), a los adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 5,06; p ≤ .001) y a los jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 5,00; p ≤ .001). Haciendo referencia ahora a los participantes sin experiencia, se observa que los más pequeños (M 0,17 DT 0,38) la nombran más que los de mayor edad (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 3,24; p ≤ .008).

Efecto del Grupo de edad y del Sexo

Por último citar que, en los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvo una interacción significativa para la categoría *sufre problemas emocionales* ($F_{(3, 554)} = 3{,}124$; $p \leq .026$), de tamaño de efecto pequeño.

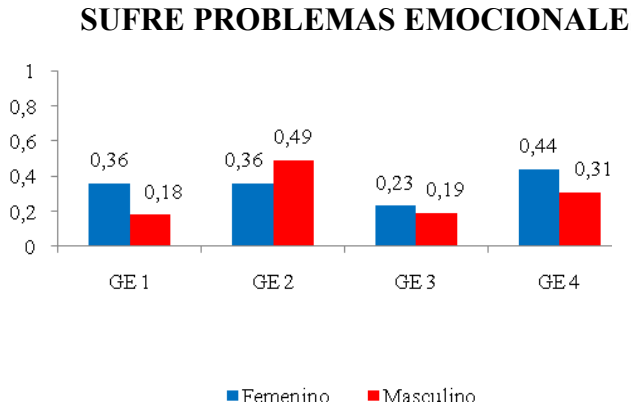


Figura 38. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Así, se aprecia que tomando como variable de contraste el *Grupo de edad*, en el grupo de educación infantil, son las chicas (M 0,36 DT 0,48) quienes más citan este efecto en comparación con los chicos (M 0,18 DT 0,39) ($t_{(584)} = 2{,}12$; $p \leq .033$). No se observaron diferencias significativas en el resto de los grupos de edad según el *Sexo* del participante.

Tomando ahora como referente la variable *Sexo* del participante comprobamos que, dentro del grupo de las chicas, las jóvenes (M 0,44 DT 0,50) mencionan más dicho efecto frente a las adolescentes (M 0,23 DT 0,42) ($t_{(584)} = 3{,}04$; $p \leq .016$). Sin embargo, en el caso de los chicos, son los escolares (M 0,49 DT 0,50) quienes más nombran esta respuesta frente a los más pequeños (M 0,18; DT 0,39) ($t_{(584)} = 4{,}05$; $p \leq .001$) y frente al grupo de adolescentes (M 0,19 DT 0,39) ($t_{(584)} = 4{,}18$; $p \leq .001$).

6.5. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja

A continuación, y siguiendo con el formato de exposición utilizado previamente, se abordará el análisis de las creencias explícitas sobre los cambios positivos a los que se enfrenta el progenitor no custodio tras la separación. Las categorías de respuesta que han sido seleccionadas se presentan en la Tabla 19, junto con algunas respuestas extraídas de las entrevistas que sirven de ejemplo para ilustrarlas.

Tabla 19. Categorías de respuesta sobre los efectos positivos en el progenitor no custodio tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Se siente mejor emocionalmente	"Se siente feliz y con tranquilidad porque ya no está con la persona que no quería" "Está más feliz y se ríe más que antes"
Inicia una nueva relación afectiva	"Puede buscar una pareja y que vuelva a surgir el amor" "Se va por ahí con otra chica y se dan besos"
Tiene mayor libertad e independencia	"Está libre de ataduras y de compromisos y ya no tiene a nadie que le diga lo que tiene que hacer" "Ahora si quiere puede dejar la cama sin hacer"
Sufre menor estrés y responsabilidades	"Tiene menos responsabilidades porque no tiene que ocuparse tanto de los hijos" "No tiene tanto estrés porque se salva de cuidar a los hijos"
No lo sé / No contesta	"No sé" "Ni idea"
Ninguno	"Nada positivo" "Ninguno"
Idiosincrásica	"No funciona la tele" "Se va a la calle y se pierde"

Se presenta primero el porcentaje total de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta encontradas sobre la cuestión que ahora se evalúa.



Figura 39. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles con los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*

Las respuestas proporcionadas por los participantes se organizan en siete categorías diferentes, la mayoría de las cuales no superan el 14% de citación. Dentro de ellas destacan especialmente los cambios positivos *se siente mejor emocionalmente* y también *inicia una nueva relación afectiva,* que son nombrados por aproximadamente una cuarta parte de los participantes. Les siguen en grado de citación las categorías de respuesta *tiene mayor libertad e independencia, no lo sé / no contesta* y *sufre menor estrés y responsabilidades*.

Se explorará ahora la posible influencia de las variables independientes sobre el porcentaje de respuesta obtenido en cada una de las categorías de cambio positivo encontradas ante la pregunta propuesta. En la Tabla 20 se recogen las medias (y desviaciones típicas) de citación de cada categoría de respuesta, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas.

Tabla 20. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Se siente mejor emocionalmente	0,08 (0,27)	0,22 (0,42)	0,26 (0,44)	0,47 (0,50)	0,28 (0,45)	0,26 (0,44)	0,33 (0,47)	0,22 (0,41)	0,28 (0,45)	0,26 (0,44)
Inicia una nueva relación afectiva	0,12 (0,33)	0,38 (0,49)	0,16 (0,37)	0,24 (0,43)	0,25 (0,43)	0,21 (0,41)	0,26 (0,44)	0,20 (0,40)	0,23 (0,42)	0,23 (0,42)
Tiene mayor libertad e independencia	0,06 (0,23)	0,13 (0,34)	0,22 (0,41)	0,27 (0,44)	0,18 (0,38)	0,18 (0,38)	0,19 (0,39)	0,17 (0,37)	0,16 (0,37)	0,19 (0,39)
No lo sé / No contesta	0,25 (0,44)	0,11 (0,32)	0,09 (0,29)	0,09 (0,29)	0,09 (0,29)	0,16 (0,37)	0,13 (0,34)	0,13 (0,34)	0,15 (0,36)	0,11 (0,31)
Sufre menor estrés y responsabilidades	0,01 (0,10)	0,05 (0,22)	0,17 (0,38)	0,22 (0,41)	0,11 (0,32)	0,13 (0,33)	0,14 (0,35)	0,10 (0,30)	0,12 (0,33)	0,12 (0,32)
Ninguno	0,08 (0,27)	0,11 (0,32)	0,21 (0,41)	0,06 (0,23)	0,13 (0,34)	0,10 (0,30)	0,09 (0,29)	0,14 (0,34)	0,12 (0,33)	0,11 (0,31)
Idiosincrásica	0,24 (0,43)	0,06 (0,23)	0,01 (0,08)	0,01 (0,08)	0,02 (0,16)	0,11 (0,31)	0,06 (0,23)	0,14 (0,27)	0,07 (0,25)	0,07 (0,25)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a.: Nivel educativo alto

Así mismo, la Tabla 21 recoge a modo de resumen los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a través de los diferentes ANOVAs realizados, señalando también el tamaño del efecto obtenido en dichos análisis.

Tabla 21. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*, y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍAS DE RESPUESTA	GE	Exp.	Sexo	GE * Exp.
Se siente mejor emocionalmente	$F_{(3,\ 554)} = 21{,}839$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(1,\ 554)} = 7{,}217$; $p \leq .007$ (*)	
Inicia una nueva relación afectiva	$F_{(3,\ 554)} = 11{,}895$; $p \leq .001$ (**)			
Tiene mayor libertad e independencia	$F_{(3,\ 554)} = 8{,}482$; $p \leq .001$ (*)			
No lo sé / No contesta	$F_{(3,\ 554)} = 6{,}286$; $p \leq .001$ (*)	$F_{(1,\ 554)} = 5{,}651$; $p \leq .018$ (*)		
Sufre menor estrés y responsabilidades	$F_{(3,\ 554)} = 14{,}294$; $p \leq .001$ (**)			
Ninguno	$F_{(3,\ 554)} = 6{,}602$; $p \leq .001$ (*)			$F_{(3,\ 554)} = 3{,}199$; $p \leq .023$ (*)
Idiosincrásica	$F_{(3,\ 554)} = 26{,}800$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1,\ 554)} = 20{,}463$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(3,\ 554)} = 7{,}453$; $p \leq .001$ (*)

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar.

Como se refleja en los datos expuestos, de todas las variables independientes exploradas la que más parece afectar sobre las variables dependientes estudiadas es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante, significativa en todos los casos como efecto principal, con diversos tamaños del efecto, y en dos ocasiones en interacción con la variable e*xperiencia personal de ruptura familiar*, en estos casos con un tamaño del efecto pequeño. Esta última variable influye también sobre la creencia que ahora se explora, pero en menor grado. Por su parte, el *Sexo* del participante ejerce tan sólo un efecto puntual sobre una variable dependiente, y el *Nivel educativo familiar* no parece influir en ninguna de ellas. Señalar que todas las interacciones presentan un tamaño del

efecto pequeño. Se describen a continuación estos resultados de forma más pormenorizada.

Efecto de la variable Grupo de edad

Se analiza aquí la influencia que ejerce la variable *Grupo de edad* del participante sobre las variables dependientes. Para ello se refleja en la Figura 40 el porcentaje de participantes, de cada grupo de edad, que cita los diferentes cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación, encontrados en la entrevista abierta.

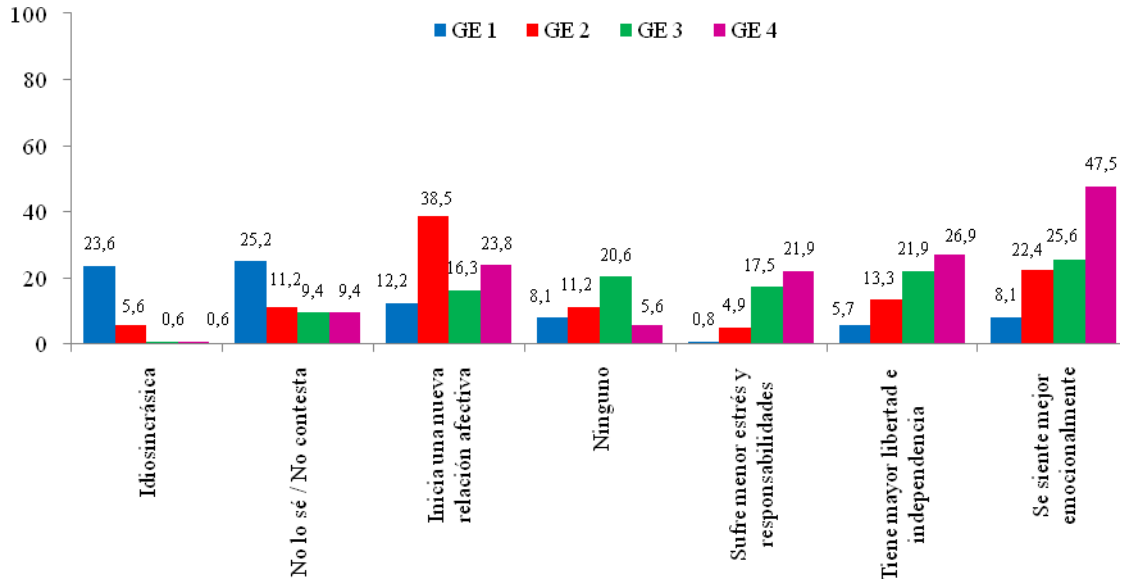


Figura 40. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios positivos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*, según el *Grupo de edad*.

Como se expuso anteriormente, todos los ANOVAs realizados para la variable *Grupo de edad* salieron significativos, destacando especialmente los valores η^2 alcanzados para las categorías *idiosincrásica* (de efecto grande) y para las de *se siente mejor emocionalmente, inicia una nueva relación afectiva,* y *sufre menor estrés y responsabilidades* (de efecto mediano).

Se analizan a continuación los contrastes a posteriori realizados con la prueba de Tukey ($p \leq .05$), para cada una de las variables dependientes exploradas. En la Tabla 22 se han organizado los resultados de aquellos contrastes que han salido significativos, intentando reflejar el patrón evolutivo de citación observado, de menor a mayor edad.

Tabla 22. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios positivos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 26{,}800$; $p \leq .001$	+	+	+			
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 6{,}286$; $p \leq .001$	+	+	+			
Inicia una nueva relación afectiva $F_{(3, 554)} = 11{,}895$; $p \leq .001$	-			+	+	
Ninguno $F_{(3, 554)} = 6{,}602$; $p \leq .001$		-		-		+
Sufre menor estrés y responsabilidades $F_{(3, 554)} = 14{,}294$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Tiene mayor libertad e independencia $F_{(3, 554)} = 8{,}482$; $p \leq .001$		-	-		-	
Se siente mejor emocionalmente $F_{(3, 554)} = 21{,}839$; $p \leq .001$	-	-	-		-	-

(+): A favor del primer grupo de contraste
(-): A favor del segundo grupo de contraste

Los resultados muestran que las categorías de respuesta *idiosincrásica* y *no lo sé / no contesta* las citan significativamente más los niños de educación infantil; *inicia una nueva relación afectiva* la nombran más los escolares; y *ninguno* la enuncian más los adolescentes, frente al resto de los grupos. El cambio *sufre menor estrés y*

responsabilidades lo citan más los dos grupos mayores frente a los dos grupos de menor edad. También se observa un uso más frecuente con la edad del cambio *tiene mayor libertad e independencia*, entre los grupos no contiguos. Por último, el efecto *se siente mejor emocionalmente* se incrementa progresivamente con la edad, excepto entre escolares y adolescentes.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados tomando como variable independiente la *Experiencia personal de ruptura familiar* mostraron diferencias significativas tan sólo para las categorías de respuesta *no lo sé / no contesta* ($F_{(1, 554)} = 5{,}651$; $p \leq .018$) e *idiosincrásica* ($F_{(1, 554)} = 20{,}463$; $p \leq .001$), alcanzando en ambos casos un tamaño del efecto pequeño. De esto modo se observa que los participantes sin experiencia de ruptura familiar citan más las categorías *no lo sé / no contesta* (M 0,17 DT 0,37) e *idiosincrásica* (M 0,11 DT 0,31) que los que tienen dicha experiencia (M 0,10 DT 0,30; M 0,02 DT 0,16, respectivamente).

Efecto de la variable Sexo del participante

En los ANOVAs realizados con la variable independiente *Sexo*, tan sólo el cambio *se siente mejor emocionalmente* ($F_{(1, 554)} = 7{,}217$; $p \leq .007$) sale significativo como efecto principal, con un tamaño del efecto pequeño. Así se observa que son las chicas (M 0,33 DT 0,47) quienes más citan este cambio frente a los chicos (M 0,22 DT 0,41).

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

Para este contenido, la variable *Nivel educativo familiar* no presenta efectos significativos, ni principales ni en interacción con otras variables, sobre las categorías de respuesta evaluadas.

Otros efectos significativos encontrados

Además de los efectos simples anteriormente señalados, los ANOVAs realizados mostraron tan sólo dos efectos interactivos que se dan concretamente entre las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar*, que pasamos a comentar.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron dos interacciones significativas para las categorías *ninguno* ($F_{(3, 554)} = 3{,}199$; $p \leq .023$) e *idiosincrásica* ($F_{(3, 554)} = 7{,}453$; $p \leq .001$). La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación.

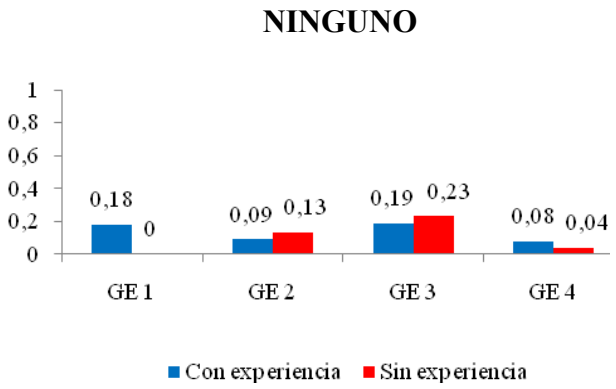


Figura 41. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

De los efectos simples de contrastes, con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, en el grupo de niños de educación infantil, los que tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,18 DT 0,38) citan más la categoría *ninguno* frente a los que no tienen dicha experiencia (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 3{,}03$; $p \leq .002$). En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas entre los participantes en función de si tienen o no experiencia de ruptura familiar.

Considerando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se comprueba que, dentro del grupo de participantes sin experiencia, los adolescentes (M 0,23 DT 0,42) citan más esta categoría frente a los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 4,24; p ≤ .001) y a los jóvenes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 3,76; p ≤ .001). En referencia al grupo con experiencia, no se encontraron diferencias significativas entre los grupos de edad.

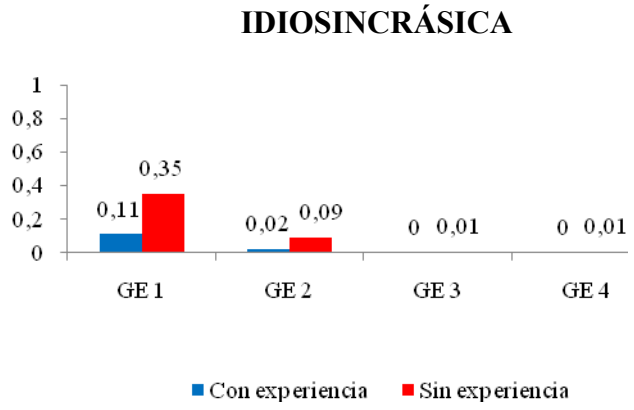


Figura 42. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Tomando de nuevo como variable el *Grupo de edad* para la prueba de los efectos simples de contrastes, los resultados de los análisis indican que los niños de educación infantil (M 0,35 DT 0,48) y los escolares (M 0,09 DT 0,29) que no tienen experiencia de ruptura familiar son los que más citan ($t_{(584)}$ = 5,76; p ≤ .001; $t_{(584)}$ = 1,97; p ≤ .049) la categoría *idiosincrásica* frente a los que sí tienen dicha experiencia (M 0,11 DT 0,31; M 0,02 DT 0,12; respectivamente).

Tomando ahora como variable la *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro de los participantes sin experiencia, son los de educación infantil (M 0,35 DT 0,48) quienes nombran más esta categoría frente a los escolares (M 0,09 DT 0,29) ($t_{(584)}$ = 6,71; p ≤ .001); a los adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 8,76; p ≤ .001); y a los jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 8,76; p ≤ .001). En referencia a los participantes con experiencia, no se observaron diferencias significativas respecto a los distintos grupos de edad.

6.6. Análisis de la Creencia Explícita sobre los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja

En este último apartado se analizarán las creencias de los participantes sobre los cambios negativos a los que se enfrenta el progenitor no custodio tras la separación. A continuación se recogen las principales categorías de respuesta encontradas y algunos ejemplos que las ilustran.

Tabla 23. Categorías de respuesta sobre los efectos negativos en el progenitor no custodio tras la separación, encontradas en la entrevista abierta, y algunos ejemplos que las ilustran.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	EJEMPLOS
Sufre problemas emocionales	"Baja autoestima y siente que ha fracasado a causa de la ruptura" "Se siente solo y triste, porque ya no está con su familia"
Sostiene menos contacto con sus hijos	"Ahora tiene menos contacto con los hijos y no está tanto con ellos" "Ya no está con los hijos"
No puede ver a sus hijos cuando quiere	"Ya no puede ver a sus hijos siempre que quiera, sino cuando lo diga el abogado de su pareja" "Quiere ver más a sus hijos, pero no le dejan"
Deja de ser importante para sus hijos	"Se enfrían las relaciones con sus hijos" "Los hijos dejan de quererle y puede que hasta pasen más del no custodio"
No acepta la ruptura	"Puede tener problemas para aceptar la ruptura" "No entiende por qué su pareja quiso romper la relación y hace lo que sea para que todo sea como antes"
Cambia de domicilio, hábitos y rutinas	"Como ahora vive solo, tiene que hacer cosas que antes no hacía como la comida, la limpieza, etc." "Tiene que mudarse de casa, y adaptarse a otro lugar y a otras rutinas"
Surgen conflictos con la ex pareja	"Tiene problemas con su ex pareja porque le exige mucho dinero o le dice que se quiere quedar con la casa" "Tiene peleas por la custodia de los hijos y por las visitas"
Tiene dificultades económicas	"Al tener que pagar todos los meses a los hijos un dinero, se queda con problemas económicos" "Como se muda de casa, a lo mejor tienen que pagar un alquiler, y también la manutención de los hijos. Puede tener problemas de dinero"
No lo sé / No contesta	"Nada malo" "No sé"
Idiosincrásica	"No quiere leer porque no sabe" "Se puede morir alguien"

A continuación se expondrán los resultados presentando primero el porcentaje total de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta encontradas sobre esta cuestión (ver Figura 43).

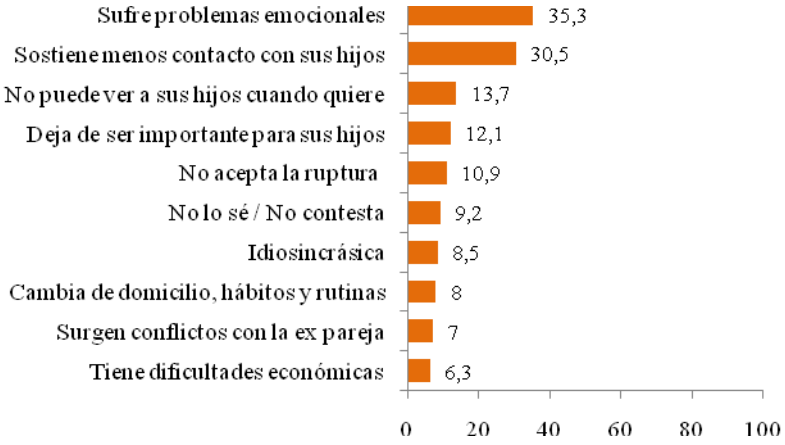


Figura 43. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*

Como se puede observar, las respuestas están diseminadas en diferentes categorías, la mayoría de las cuales no superan el 14% de citación. Así, destacan especialmente los cambios *sufre problemas emocionales* y *sostiene menos contacto con sus hijos* (citados por alrededor de un tercio de los participantes). En porcentajes inferiores se encuentran también los cambios *no puede ver a sus hijos cuando quiere*, *deja de ser importante para sus hijos* y *no acepta la ruptura*. El resto de las categorías aparecen con porcentajes menores al 10% de citación.

Se pasa ahora a comentar cómo influyen las variables independientes sobre el porcentaje de respuesta obtenido en cada una de las categorías de cambio negativo encontradas ante la pregunta propuesta. La Tabla 24 recoge las medias de citación (y las desviaciones típicas) para cada categoría de respuesta seleccionada, en cada nivel de las diferentes variables independientes exploradas.

Así mismo, la Tabla 25 aglutina, a modo de resumen, los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a través de los diferentes ANOVAs realizados, junto con el tamaño del efecto obtenido en dichos análisis.

Como se puede observar en la Tabla 25, de todas las variables independientes analizadas en este estudio, la que más parece afectar sobre las variables dependientes es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante, significativa en todos los casos a modo de efecto principal, obteniendo en el 50% de los análisis tamaños del efecto medianos y grandes, y que sale significativa también en interacción con la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Sexo* de los participantes. Le sigue en importancia el efecto mostrado por la variable *Experiencia personal de ruptura familiar*, y en menor grado, también influye *el Sexo* y *el Nivel educativo familiar*. En la gran mayoría de las interacciones encontradas el tamaño del efecto ha sido pequeño.

En los siguientes apartados se desarrollan, de forma más pormenorizada, los efectos significativos resultantes de los ANOVAs realizados.

Tabla 24. Media de participantes (y desviaciones típicas) que citan cada categoría de respuesta seleccionada, en cada subgrupo de contraste de cada variable independiente explorada, ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1	GE 2	GE 3	GE 4	Con exp.	Sin exp.	F	M	NE m-b	NE a
Sufre problemas emocionales	0,24 (0,43)	0,47 (0,50)	0,29 (0,46)	0,39 (0,49)	0,36 (0,48)	0,35 (0,48)	0,38 (0,49)	0,33 (0,47)	0,36 (0,48)	0,35 (0,48)
Sostiene menos contacto con sus hijos	0,03 (0,18)	0,20 (0,40)	0,40 (0,50)	0,52 (0,50)	0,26 (0,44)	0,35 (0,48)	0,34 (0,47)	0,27 (0,44)	0,30 (0,46)	0,31 (0,46)
No puede ver a sus hijos cuando quiere	0,02 (0,13)	0,03 (0,18)	0,22 (0,41)	0,24 (0,43)	0,15 (0,36)	0,12 (0,32)	0,16 (0,36)	0,12 (0,32)	0,12 (0,33)	0,15 (0,36)
Deja de ser importante para sus hijos	0,01 (0,10)	0,01 (0,08)	0,21 (0,41)	0,22 (0,41)	0,12 (0,32)	0,12 (0,32)	0,13 (0,34)	0,11 (0,32)	0,13 (0,33)	0,11 (0,32)
No acepta la ruptura	0,07 (0,26)	0,23 (0,42)	0,07 (0,26)	0,06 (0,24)	0,12 (0,32)	0,10 (0,30)	0,14 (0,35)	0,08 (0,27)	0,08 (0,27)	0,14 (0,34)
No lo sé / No contesta	0,25 (0,44)	0,07 (0,26)	0,06 (0,23)	0,02 (0,16)	0,10 (0,31)	0,09 (0,28)	0,06 (0,23)	0,12 (0,33)	0,10 (0,30)	0,08 (0,27)
Idiosincrásica	0,28 (0,45)	0,10 (0,31)	0,01 (0,08)	0,00 (0,00)	0,04 (0,19)	0,13 (0,33)	0,07 (0,26)	0,10 (0,30)	0,08 (0,27)	0,09 (0,28)
Cambia de domicilio, hábitos y rutinas	0,02 (0,15)	0,05 (0,22)	0,06 (0,24)	0,17 (0,37)	0,07 (0,26)	0,09 (0,28)	0,10 (0,32)	0,06 (0,23)	0,05 (0,22)	0,11 (0,32)
Surgen conflictos con la ex pareja	0,06 (0,23)	0,04 (0,20)	0,04 (0,20)	0,13 (0,34)	0,05 (0,21)	0,09 (0,28)	0,08 (0,27)	0,06 (0,23)	0,08 (0,27)	0,06 (0,23)
Tiene dificultades económicas	0,01 (0,10)	0,04 (0,20)	0,04 (0,20)	0,14 (0,35)	0,06 (0,24)	0,07 (0,25)	0,08 (0,27)	0,05 (0,22)	0,07 (0,25)	0,05 (0,22)

GE 1: ed. infantil; GE 2: escolares; GE 3: adolescentes; GE 4: jóvenes; F: Femenino; M: Masculino; Con exp.: Con experiencia personal de ruptura familiar; Sin exp.: Sin experiencia personal de ruptura familiar; NE m-b: Nivel educativo medio-bajo; NE a: Nivel educativo alto.

Tabla 25. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?,* y tamaño de los efectos alcanzados.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE	Exp	Sexo	NEF	GE * Exp.	GE * Sexo	Exp. * NEF
Sufre problemas emocionales	$F_{(3, 554)} = 6{,}698$; $p \leq .001$ (*)				$F_{(3, 554)} = 2{,}805$; $p \leq .039$ (*)		
Sostiene menos contacto con sus hijos	$F_{(3, 554)} = 37{,}417$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 5{,}288$; $p \leq .022$ (*)			$F_{(3, 554)} = 11{,}466$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(1, 554)} = 5{,}654$; $p \leq .018$ (*)
No puede ver a sus hijos cuando quiere	$F_{(3, 554)} = 17{,}961$; $p \leq .001$ (**)						
Deja de ser importante para sus hijos	$F_{(3, 554)} = 21{,}350$; $p \leq .001$ (**)				$F_{(3, 554)} = 6{,}258$; $p \leq .001$ (*)		
No acepta la ruptura	$F_{(3, 554)} = 10{,}315$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(1, 554)} = 5{,}917$; $p \leq .015$ (*)	$F_{(1, 554)} = 4{,}157$; $p \leq .042$ (*)			
No lo sé / No contesta	$F_{(3, 554)} = 16{,}334$; $p \leq .001$ (**)		$F_{(1, 554)} = 7{,}954$; $p \leq .005$ (*)			$F_{(3, 554)} = 2{,}741$; $p \leq .043$ (*)	
Idiosincrásica	$F_{(3, 554)} = 32{,}584$; $p \leq .001$ (***)	$F_{(1, 554)} = 18{,}523$; $p \leq .001$ (*)			$F_{(3, 554)} = 6{,}635$; $p \leq .001$ (*)		
Cambia de domicilio, hábitos y rutinas	$F_{(3, 554)} = 8{,}603$; $p \leq .001$ (*)			$F_{(1, 554)} = 5{,}411$; $p \leq .020$ (*)		$F_{(3, 554)} = 4{,}432$; $p \leq .004$ (*)	
Surgen conflictos con la ex pareja	$F_{(3, 554)} = 4{,}552$; $p \leq .004$ (*)	$F_{(1, 554)} = 4{,}888$; $p \leq .027$ (*)			$F_{(3, 554)} = 3{,}732$; $p \leq .011$ (*)		
Tiene dificultades económicas	$F_{(3, 554)} = 8{,}487$; $p \leq .001$ (*)						

*(Efecto pequeño) ** (Efecto mediano) *** (Efecto grande)
GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; Exp.: Experiencia personal de ruptura familiar; NEF: Nivel educativo familiar.

Efecto de la variable Grupo de edad

En la siguiente figura se refleja el porcentaje de participantes de cada grupo de edad que nombra los diferentes cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja, con el fin de que se puedan apreciar visualmente las posibles diferencias entre los grupos de contraste atendiendo a dicha variable.

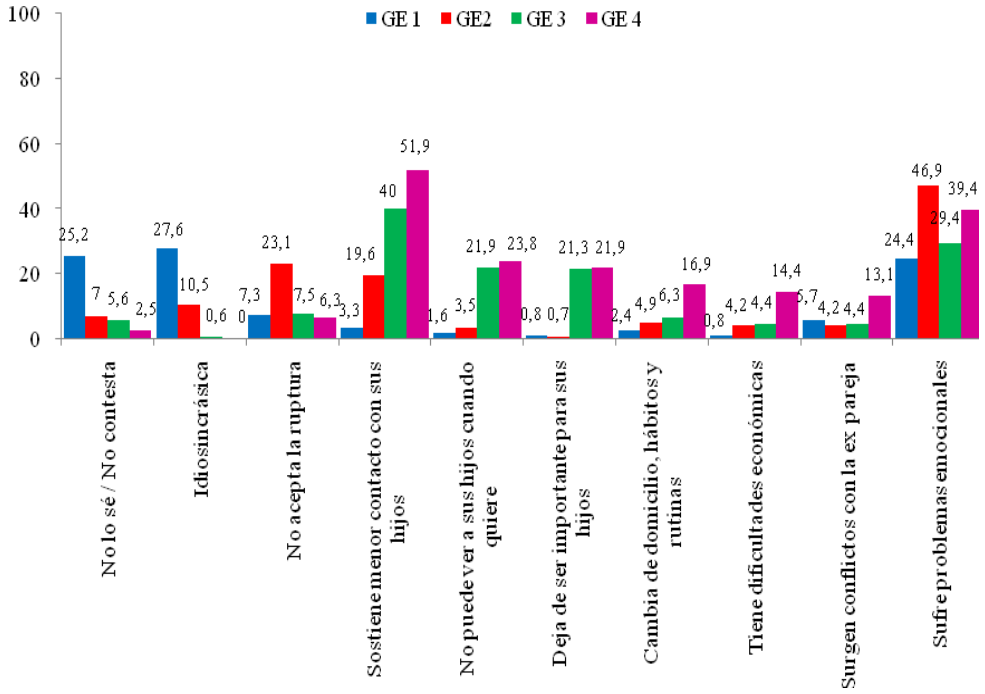


Figura 44. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta ante la pregunta *¿Cuáles son los cambios negativos en el progenitor no custodio tras la separación de la pareja?*, según el *Grupo de edad.*

Tal como se comentó anteriormente, todos los ANOVAs realizados para la variable *Grupo de edad* salieron significativos como efectos principales, con valores η^2 variados que muestran, según sea el caso, tamaños del efecto grandes, medianos o pequeños. Destacan especialmente los resultados encontrados para las variables dependientes *sostiene menos contacto con sus hijos, idiosincrásica, no puede ver a sus hijos cuando quiere, deja de ser importante para sus hijos* y *no lo sé/ no contesta*.

Analizando los contrastes a posteriori realizados con la prueba de Tukey ($p \leq .05$), para cada una de las variables dependientes exploradas, se ha

intentando reflejar el patrón evolutivo observado, de menor a mayor edad, en relación con la citación de las diferentes categorías de respuesta encontradas (ver Tabla 26).

Tabla 26. Contrastes a posteriori que han salido significativos con Tukey ($p \leq .05$), respecto a los cambios negativos, según el *Grupo de edad*.

CATEGORÍA DE RESPUESTA	GE 1-GE 2	GE 1-GE 3	GE 1-GE 4	GE 2-GE 3	GE 2-GE 4	GE 3-GE 4
No lo sé / No contesta $F_{(3, 554)} = 16{,}334$; $p \leq .001$	+	+	+			
Idiosincrásica $F_{(3, 554)} = 32{,}584$; $p \leq .001$	+	+	+	+	+	
No acepta la ruptura $F_{(3, 554)} = 10{,}315$; $p \leq .001$	-			+	+	
Sostiene menos contacto con sus hijos $F_{(3, 554)} = 37{,}417$; $p \leq .001$	-	-	-	-	-	-
No puede ver a sus hijos cuando quiere $F_{(3, 554)} = 17{,}961$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Deja de ser importante para sus hijos $F_{(3, 554)} = 21{,}350$; $p \leq .001$		-	-	-	-	
Cambia de domicilio, hábitos, rutinas $F_{(3, 554)} = 8{,}603$; $p \leq .001$			-		-	-
Tiene dificultades económicas $F_{(3, 554)} = 8{,}487$; $p \leq .001$			-		-	-
Surgen conflictos con la ex pareja $F_{(3, 554)} = 4{,}552$; $p \leq .004$					-	-
Sufre problemas emocionales $F_{(3, 554)} = 6{,}698$; $p \leq .001$	-		-	+		-

(+): A favor del primer grupo que se presenta en el contraste
(-): A favor del segundo grupo que se presenta en el contraste

Atendiendo a los datos encontrados se puede afirmar que los participantes de educación infantil citan más que el resto de los grupos la categoría de respuesta *no sé/*

no contesta y la *idiosincrásica*, y esta última también la citan más los escolares frente al resto. Además, los escolares son quienes más enuncian la categoría *no acepta la ruptura*. El cambio *sostiene menos contacto con sus hijos* se incrementa paulatinamente con la edad. Por su parte, los efectos *no puede ver a sus hijos cuando quiere* y *deja de ser importante para sus hijos* los citan más los dos grupos de mayor edad, frente a los dos de menor edad. Así mismo, los efectos *cambia de domicilio, hábitos y rutinas* y *tiene dificultades económicas* lo enuncian más los jóvenes, y también éstos nombran más la categoría *surgen conflictos con la expareja*, aunque no se diferencian sustancialmente respecto a los más pequeños. Por último, el cambio *sufre problemas emocionales* lo citan más los escolares y los jóvenes frente a los otros dos grupos de edad.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Analizaremos ahora el efecto de la variable independiente *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre las variables dependientes. La representación gráfica al respecto se presenta en la Figura 45.

Los ANOVAs realizados al respecto mostraron diferencias significativas para las categorías de respuesta *sostiene menos contacto con sus hijos* ($F_{(1,\ 554)} = 5{,}288$; $p \leq .022$), *idiosincrásica* ($F_{(1,\ 554)} = 18{,}523$; $p \leq .001$) y *surgen conflictos con la ex pareja* ($F_{(1,\ 554)} = 4{,}888$; $p \leq .027$), observándose un tamaño del efecto pequeño en todos los casos.

De este modo, y atendiendo a los contrastes inter-grupo, se observa que los participantes sin experiencia citan más las categorías *sostiene menos contacto con sus hijos* (M 0,35 DT 0,48), *idiosincrásica* (M 0,13 DT 0,33), y *surgen conflictos con la ex pareja* (M 0,09 DT 0,29), frente a los participantes con experiencia (M 0,26 DT 0,44; M 0,04 DT 0,19; y M 0,05 DT 0,21, respectivamente).

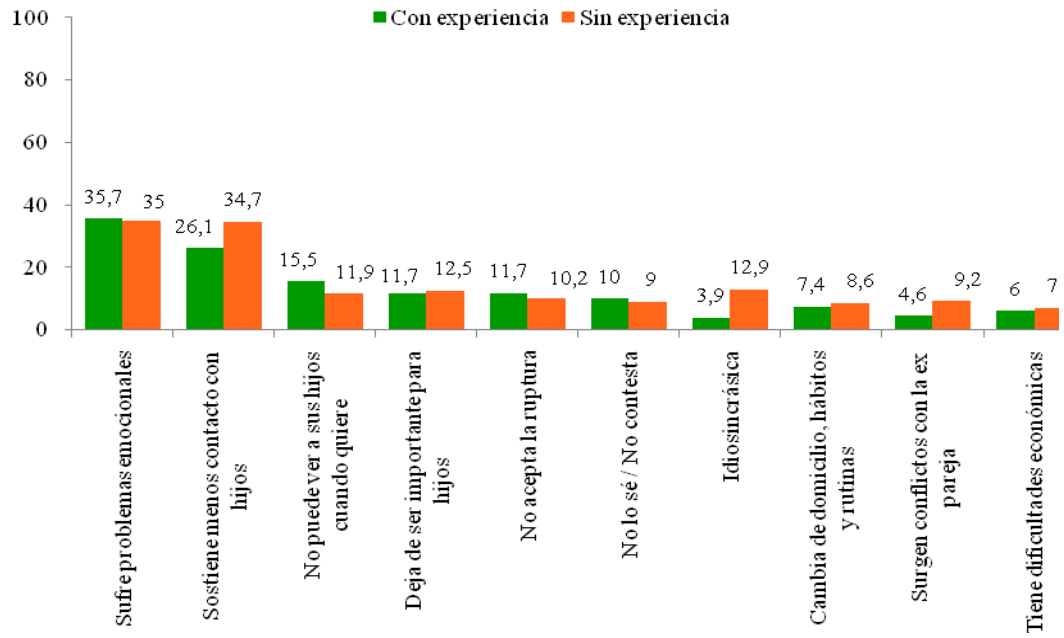


Figura 45. Porcentaje de participantes que citan las diferentes categorías de respuesta, según la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

Efecto de la variable Sexo del participante

Los ANOVAs con la variable independiente *Sexo*, para todas las variables dependientes, mostraron diferencias significativas tan sólo para las categorías *no acepta la ruptura* ($F_{(1, 554)} = 5{,}917$; $p \leq .015$) y *no lo sé / no contesta* ($F_{(1, 554)} = 7{,}954$; $p \leq .005$), alcanzando un efecto pequeño de significación. Así, los resultados muestran que las chicas citan más la categoría *no acepta la ruptura* (M 0,14 DT 0,35) frente a los chicos (M 0,08 DT 0,27), mientras que estos últimos citan más la categoría *no lo sé/ no contesta* (M 0,12 DT 0,33) frente a las chicas (M 0,06 DT 0,23).

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

Los ANOVAs con la variable independiente *Nivel educativo familiar* para todas las variables dependientes mostraron también dos efectos principales para las categorías

no acepta la ruptura ($F_{(1, 554)} = 4{,}157$; $p \leq .042$) y *cambia de domicilio, hábitos y rutinas* ($F_{(1, 554)} = 5{,}411$; $p \leq .020$), alcanzando un efecto pequeño de significación. Así, se observa que los participantes de nivel educativo alto mencionan más las categorías *no acepta la ruptura* (M 0,14 DT 0,34) y *cambia de domicilio, hábitos y rutinas* (M 0,11 DT 0,31) en comparación con los de medio-bajo nivel educativo (M 0,08 DT 0,27; M 0,05 DT 0,22, respectivamente).

Otros efectos significativos encontrados

Además de los efectos simples anteriormente señalados, los ANOVAs realizados mostraron también otros resultados significativos como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes, que pasamos a describir a continuación.

Efecto del Grupo de edad y de la Experiencia personal de ruptura familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Experiencia personal de ruptura familiar* (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, mostraron cinco interacciones significativas para las categorías de respuesta *sufre problemas emocionales* ($F_{(3, 554)} = 2{,}805$; $p \leq .039$), *sostiene menos contacto con sus hijos* ($F_{(3, 554)} = 11{,}466$; $p \leq .001$), *deja de ser importante para sus hijos* ($F_{(3, 554)} = 6{,}258$; $p \leq .001$), *idiosincrásica* ($F_{(3, 554)} = 6{,}635$; $p \leq .001$) y *surgen conflictos con la ex pareja* ($F_{(3, 554)} = 3{,}732$; $p \leq .011$), todos ellos con un valor del efecto pequeño, salvo para la variable *sostiene menos contacto con sus hijos,* que muestra un tamaño del efecto mediano. Pasamos a comentar dichos efectos.

En lo que se refiere al cambio *sufre problemas emocionales* (ver Figura 46), de los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, dentro del grupo de jóvenes, los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,48 DT 0,50) citan más dicho cambio frente a los que sí tienen dicha experiencia (M 0,31 DT 0,47) ($t_{(584)} = 2{,}20$; $p \leq .028$). En el resto de los grupos de edad no se observan diferencias significativas según la *Experiencia de ruptura familiar*.

Considerando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se aprecia que, dentro de los participantes que tienen experiencia de ruptura familiar, los escolares (M 0,48 DT 0,50) citan más que los de educación infantil (M 0,26 DT 0,41) ($t_{(584)}$ = 2,78; p ≤ .034) dicho cambio. Respecto a los participantes sin experiencia, también se observa que los escolares (M 0,45 DT 0,50) citan más dicho cambio que los de educación infantil (M 0,23 DT 0,42) ($t_{(584)}$ = 2,89; p ≤ .023) y que los adolescentes (M 0,23 DT 0,42) ($t_{(584)}$ = 3,02; p ≤ .009). A su vez, también los jóvenes (M 0,48 DT 0,50) lo citan más que los de educación infantil (M 0,23 DT 0,42) ($t_{(584)}$ = 3,06; p ≤ .013) y que los adolescentes (M 0,23 DT 0,42) ($t_{(584)}$ = 3,38; p ≤ .004).

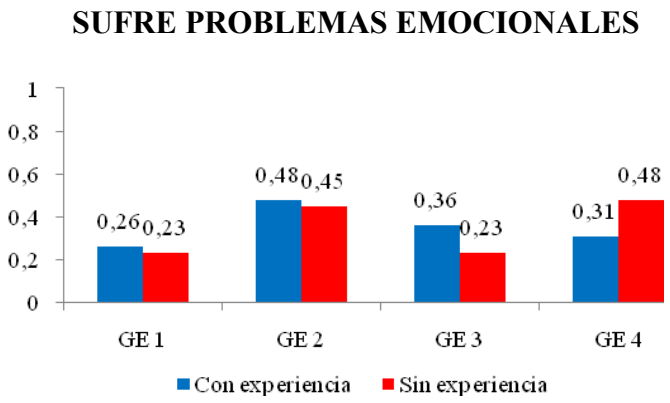


Figura 46. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*

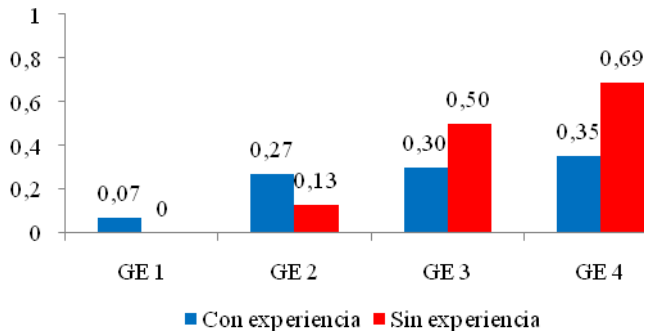


Figura 47. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

Considerando primero la variable *Grupo de edad* para la prueba de los efectos simples de contrastes, los resultados indican que los jóvenes (M 0,69 DT 0,47) y los adolescentes (M 0,50 DT 0,50) sin experiencia de ruptura familiar citan más este cambio que los que sí tienen dicha experiencia (M 0,35 DT 0,48, $t_{(584)} = 2,09$, $p \leq .037$; M 0,30 DT 0,46, $t_{(584)} = 3,08$, $p \leq .002$, respectivamente). También, en el grupo de escolares, los que tienen experiencia (M 0,27 DT 0,45) citan más dicho cambio frente a los que no tienen experiencia (M 0,13 DT 0,34) ($t_{(584)} = 5,20$; $p \leq .001$).

Tomando ahora como variable la *Experiencia de ruptura familiar*, se observa que, dentro de los participantes con experiencia, los adolescentes (M 0,30 DT 0,46) y los jóvenes (M 0,35 DT 0,48) nombran más dicho cambio frente a los de educación infantil (M 0,07 DT 0,26, $t_{(584)} = 3,05$, $p \leq .013$; M 0,07 DT 0,26, $t_{(584)} = 3,75$, $p \leq .001$, respectivamente). Respecto a los participantes sin experiencia, se aprecia que los adolescentes (M 0,50 DT 0,50) mencionan más este cambio frente a los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 7,35$; $p \leq .001$) y a los escolares (M 0,13 DT 0,34) ($t_{(584)} = 5,74$; $p \leq .001$). A su vez, también los jóvenes sin experiencia (M 0,69 DT 0,47) lo citan más que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)} = 10,12$; $p \leq .001$), que los escolares (M 0,13 DT 0,34) ($t_{(584)} = 8,61$; $p \leq .001$), y que los adolescentes (M 0,50 DT 0,50) ($t_{(584)} = 2,90$; $p \leq .023$).

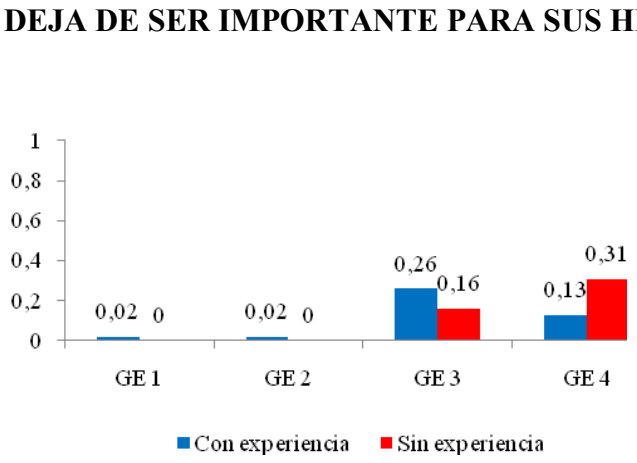


Figura 48. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad y* la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

Atendiendo a la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de adolescentes, los que tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,26 DT 0,44)

nombran más dicho cambio que los que no tienen experiencia (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(584)}$ = 2,04; p ≤ .041). También los jóvenes sin experiencia (M 0,31 DT 0,47) lo citan más que los que sí tienen experiencia (M 0,13 DT 0,33) ($t_{(584)}$ = 3,84; p ≤ .001).

Tomando en cuenta ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo con experiencia, los adolescentes (M 0,26 DT 0,44) citan más dicho cambio que los de educación infantil (M 0,02 DT 0,13) ($t_{(584)}$ = 4,48; p ≤ .001), que los escolares (M 0,02 DT 0,12) ($t_{(584)}$ = 4,82; p ≤ .001), y que los jóvenes (M 0,13 DT 0,33) ($t_{(584)}$ = 2,82; p ≤ .030). En relación con los participantes sin experiencia, se pone de manifiesto que los adolescentes (M 0,16 DT 0,37) mencionan más dicho cambio que los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,13; p ≤ .010) y que los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,33; p ≤ .006). Así mismo, también los jóvenes (M 0,31 DT 0,47) lo citan más frente a los de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 6,02; p ≤ .001), a los escolares (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 6,39; p ≤ .001), y a los adolescentes (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(584)}$ = 3,06; p ≤ .013).

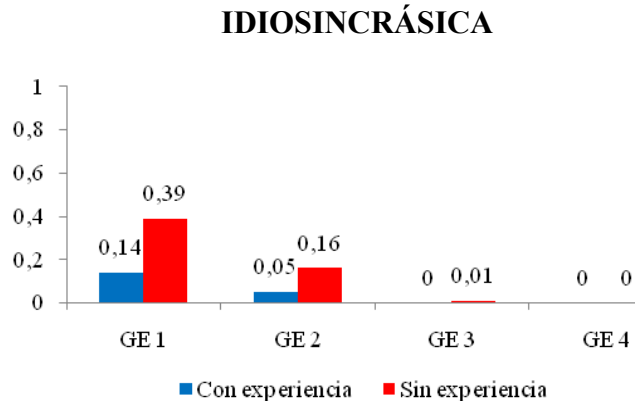


Figura 49. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Utilizando la variable de contraste *Grupo de edad* se comprueba que, tanto el grupo de educación infantil (M 0,39 DT 0,49) como el de escolares (M 0,16 DT 0,36) que no tienen experiencia, nombran más dicha categoría de respuesta que los que sí tienen experiencia (M 0,14 DT 0,35, $t_{(584)}$ = 5,33, p ≤ .001; M 0,05 DT 0,21, $t_{(584)}$ = 2,49, p ≤ .012, respectivamente). También se aprecia que, dentro de los participantes con experiencia, los de educación infantil (M 0,14 DT 0,35) la citan más

que los adolescentes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,36; p ≤ .006) y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,36; p ≤ .006).

Considerando ahora la variable de contraste *Experiencia personal de ruptura familiar* se comprueba que, dentro del grupo sin experiencia, los niños de educación infantil (M 0,39 DT 0,49) la nombran más que los escolares (M 0,16 DT 0,36) ($t_{(584)}$ = 5,58; p ≤ .001), que los adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 9,07; p ≤ .001), y que los jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 9,36; p ≤ .001). También el grupo de escolares (M 0,16 DT 0,36) la cita más que el grupo de adolescentes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)}$ = 3,44; p ≤ .003) y que el grupo de jóvenes (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 3,73; p ≤ .001).

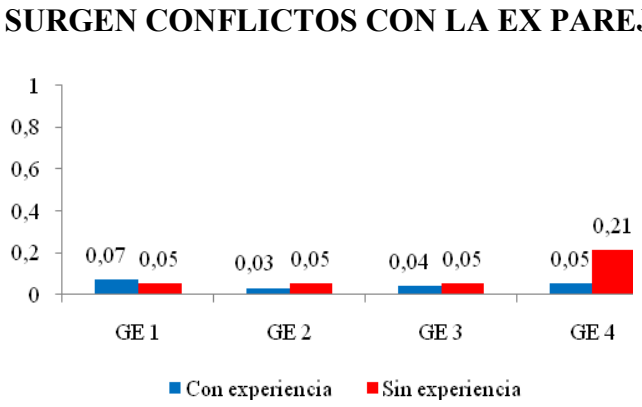


Figura 50. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y la *Experiencia personal de ruptura familiar.*

Utilizando la variable de contraste *Grupo de edad* se aprecia que, dentro del grupo de jóvenes, los que no tienen experiencia de ruptura familiar (M 0,21 DT 0,41) citan más dicho cambio que los que sí tienen dicha experiencia (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)}$ = 4,07; p ≤ .001). No se observan diferencias significativas respecto al resto de los grupos de edad en función de si tienen o no experiencia de ruptura familiar.

Tomando ahora como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo sin experiencia, los jóvenes (M 0,21 DT 0,41) mencionan más dicho cambio frente a los niños de educación infantil (M 0,05 DT 0,21) ($t_{(584)}$ = 3,90; p ≤ .001), a los escolares (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)}$ = 4,02; p ≤ .001), y a los adolescentes (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)}$ = 4,10; p ≤ .001). En lo referente a los

participantes con experiencia, no se observan diferencias significativas en función del grupo de edad de pertenencia.

Efecto del Grupo de edad y del Sexo del participante

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 4 x 2), sobre las variables dependientes, se obtuvieron dos interacciones significativas para las categorías *no lo sé / no contesta* ($F_{(3, 554)} = 2{,}741$; $p \leq .043$) y *cambia de domicilio, hábitos y rutinas* ($F_{(3, 554)} = 4{,}432$; $p \leq .004$). En ambos casos el tamaño del efecto fue pequeño. Se representan a continuación dichos resultados.

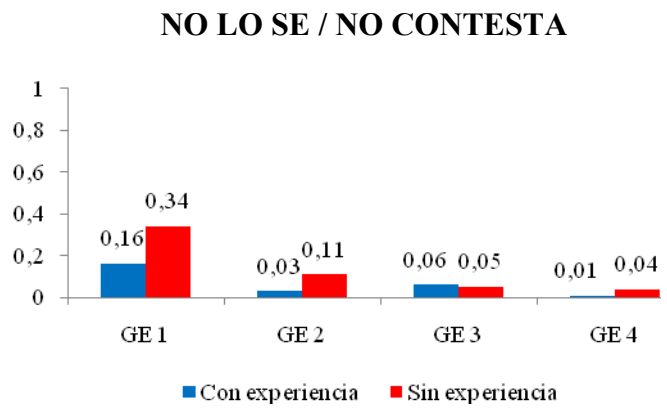


Figura 51. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* del participante se observa que, dentro del grupo de educación infantil, los niños (M 0,34 DT 0,48) nombran más dicha categoría frente a las chicas (M 0,16 DT 0,36) ($t_{(584)} = 3{,}33$; $p \leq .001$). En los restantes grupos de edad no se observaron diferencias significativas en función del sexo.

En relación ahora con la variable *Sexo*, dentro del grupo femenino, las niñas de educación infantil (M 0,16 DT 0,36) mencionan más dicha categoría en comparación con las jóvenes (M 0,01 DT 0,11) ($t_{(584)} = 3{,}06$; $p \leq .014$). En el grupo de los chicos, también son los de educación infantil (M 0,34 DT 0,48) quienes más la mencionan

frente a los escolares (M 0,11 DT 0,31) ($t_{(584)}$ = 4,62; p ≤ .001), a los adolescentes (M 0,05 DT 0,22) ($t_{(584)}$ = 5,94; p ≤ .001), y a los jóvenes (M 0,04 DT 0,19) ($t_{(584)}$ = 6,21; p ≤ .001).

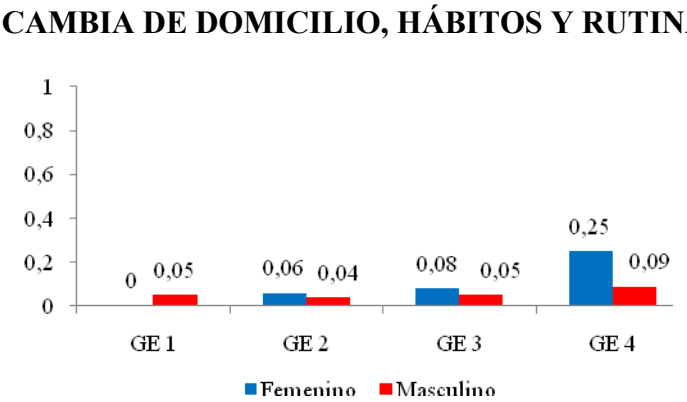


Figura 52. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Considerando la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, las chicas (M 0,25 DT 0,44) citan más que los chicos (M 0,09 DT 0,28) dicho cambio ($t_{(584)}$ = 3,97; p ≤ .001). Tomando como referente ahora la variable *Sexo* se observa que, dentro de las chicas, las jóvenes (M 0,25 DT 0,44) lo nombran más frente a las de educación infantil (M 0,00 DT 0,00) ($t_{(584)}$ = 5,55; p ≤ .001), a las escolares (M 0,06 DT 0,23) ($t_{(584)}$ = 4,51; p ≤ .001), y a las adolescentes (M 0,08 DT 0,26) ($t_{(584)}$ = 4,27; p ≤ .001). Respecto a los chicos, no se observan diferencias significativas entre los distintos grupos de edad.

Efecto de la Experiencia personal de ruptura familiar y el Nivel educativo familiar

Los ANOVAs con las variables independientes *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes, mostraron una única interacción significativa para el cambio *sostiene menos contacto con sus hijos* ($F_{(1, 554)}$ = 5,654; p ≤ .018), con un tamaño del efecto pequeño, que se pasa a representar.

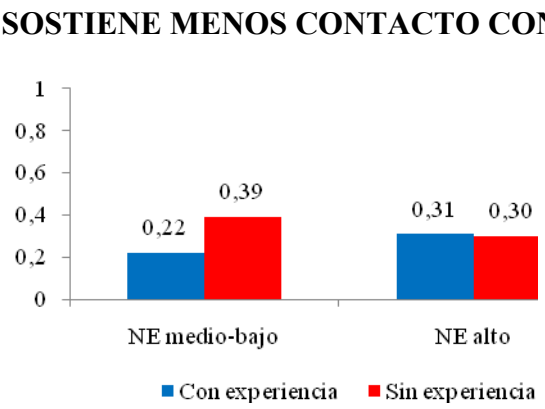


Figura 53. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar.*

Por último, tomando como variable de referencia el *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro de los participantes de medio-bajo nivel educativo, los que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 0,39 DT 0,49) citan más dicho cambio que los que sí tienen experiencia (M 0,22 DT 0,41) ($t_{(584)} = 3,40$; $p \leq .001$).

Considerando ahora la *Experiencia personal de ruptura familiar* de los participantes, no se observan diferencias significativas según el *Nivel educativo familiar* de pertenencia.

Capítulo 7. Discusión del Estudio 1

7. Discusión del Estudio 1

Como ya se comentó, uno de los cambios que ha sufrido la sociedad española en las últimas décadas ha sido el incremento de rupturas familiares. Esta realidad debe ser elaborada por los miembros de la sociedad, para intentar comprender y generar expectativas sobre la misma. De ahí que el objetivo principal de esta investigación haya sido explorar las creencias explícitas desarrolladas por diferentes generaciones sobre dicha realidad, y los efectos y cambios que conlleva sobre la pareja que se separa y sobre sus hijos.

Así, el análisis de la creencia explícita de los participantes sobre los efectos de la ruptura de los padres en los diferentes miembros de la familia, pone de manifiesto representaciones más bien escuetas, conformadas por un número escaso de cambios o efectos, soportados de forma bastante dispar por los participantes de las distintas generaciones que participan en el estudio. Dentro de los diferentes contenidos evaluados, se obtiene una mayor variedad de cambios cuando los participantes hacen referencia a los efectos de la ruptura (tanto positivos como negativos) sobre los hijos, y también cuando informan sobre los efectos negativos en los progenitores no custodios.

Cuando se analiza el grado de representatividad de cada efecto, se observa una gran dispersión, ya que los porcentajes de citación alcanzados son, en general, poco robustos, siendo nombrados, los más citados, por un tercio o una cuarta parte de los participantes, con la excepción del efecto negativo en los hijos de *sufrir problemas emocionales,* que es considerado por algo más de la mitad de la muestra. No obstante, el grado de representatividad de cada cambio encontrado va a sufrir modificaciones como efecto de alguna de las variables independientes exploradas en el estudio, especialmente en lo que se refiere al *Grupo de edad* de pertenencia del participante, o si tiene o no *Experiencia de ruptura familiar*.

De este modo, y tal y como se señaló en el capítulo 4, diversas variables personales y contextuales pueden influir en la construcción del conocimiento social. Por tanto, comentaremos a continuación los cambios más relevantes encontrados en las creencias de los participantes, y además, los principales factores que parecen afectar a dichas elaboraciones.

Así, se puede afirmar que la visión que se aprecia en la creencia explícita respecto a los efectos de la ruptura parental sobre los hijos, es algo más negativa que positiva, tal como se preveía en la hipótesis de partida, ya que, aunque dentro de los

cambios positivos comentados está la *mejora del clima familiar* (al reducirse para ellos la posibilidad de verse expuestos a las peleas cotidianas), que los hijos *se sienten mejor emocionalmente*, o que *mejoran su relación con el progenitor custodio* y también *con el no custodio*, el porcentaje de participantes que enuncian las ideas contrarias suele ser bastante superior. Por ejemplo, la posibilidad de sufrir *problemas emocionales*, la *reducción y dificultad en las relaciones con el progenitor no custodio,* las *dificultades en la relación con el progenitor custodio*, el tener que *enfrentarse a nuevos conflictos* o a *nuevos cambios en sus dinámicas y rutinas,* especialmente en relación con el cumplimiento con el régimen de comunicación, son algunos de los efectos negativos más destacados en este estudio. A ello se suma la consideración de que también, para una quinta parte de los participantes, no hay *ningún efecto positivo* para los hijos. Destacar que la mayoría de estos cambios han sido encontrados en los estudios que exploran las consecuencias del divorcio en los hijos (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Cantón et al., 2007; Chen y George, 2005; DeGarmo et al., 1999; Hetherington, 1993; Lamb, 2005; Laumann-Billings y Emery, 2000; Vandervalk et al., 2008).

Además de ello, se hace alusión también a otros cambios en relación con la forma de ser y de actuar de los hijos, aunque en menor grado que los anteriores. Por ejemplo, el hecho de que la separación parental les *ayuda a madurar* o a *hacerse más independientes,* son aspectos positivos señalados por un porcentaje pequeño de participantes, pero también en este caso quedan algo contrarrestados con otros cambios negativos señalados como el *fracaso en los estudios*, el *cambio de carácter y en su forma de ser* o el *sentirse culpables por la separación*, aspecto este último que incrementaría a su vez el peso observado respecto al efecto señalado de *sufrir problemas emocionales*. Estos efectos positivos y negativos citados por los participantes también han sido encontrados en algunos estudios como realidades que viven algunos hijos de familias separadas/divorciadas (Amato y Keith, 1991; Doherty y Needle, 1991; Emery, 1999; Fernández y Godoy, 2002; Forehand y McCombs, 1992; Greif, 1997; Grych y Fincham, 1992; Hetherington y Kelly, 2005). No obstante, señalar que estos efectos no se dan de forma mayoritaria en todos los casos de separación explorados. Quizás por ello tan sólo lo cita un porcentaje bajo de participantes.

Otro aspecto positivo que se cita respecto a los hijos es que *consiguen más cosas de sus padres.* Aunque los participantes puedan interpretar este hecho como un claro beneficio para los hijos, hay que considerar que puede convertirse en una fuente de conflicto en las relaciones futuras que se establecen con ambos padres, o en una práctica

que en nada favorece la formación de los hijos, ya que les entrena a conseguir gratificaciones sin gran esfuerzo por su parte (Castells, 2009; Fernández y Godoy, 2002; Laumann-Billings y Emery, 2000; Poussin y Martin, 2005; Rodríguez, 2003).

Las respuestas *idiosincrásicas* y *no sabe/ no contesta* también aparecen en pequeño porcentaje, y respecto a todos los contenidos evaluados, viéndose afectada su aparición especialmente por determinadas variables independientes que se exploran en el estudio, como se comentará posteriormente.

Analizando ahora los efectos positivos tras la ruptura en los progenitores, se aprecia que el cambio más comentado es la *mejora emocional*, algo más citado para la figura del progenitor custodio que para la del no custodio. No obstante, también en este caso dicho cambio aparece contrarrestado por el porcentaje que alcanza la respuesta *sufrir problemas emocionales*, que es uno de los efectos negativos más destacados respecto a los progenitores, especialmente cuando se trata de analizar los cambios en el progenitor no custodio. Este resultado refleja de nuevo que la creencia explícita recoge experiencias que se dan en la realidad social, tal y como destacan algunos estudios que han encontrado que el divorcio representa una crisis psicológica más fuerte para los padres (normalmente los no custodios) que para las madres, por tener que enfrentar los primeros un mayor número de cambios de forma repentina (Clavel, 2003; Hilton y Kopera-Frye, 2006; Poussin y Martin, 2005; Stewart et al. 1997).

Los participantes también destacan otros cambios positivos como *sostener mayor contacto* y la *mejora de la relación con los hijos*, atribuidos principalmente al progenitor custodio, o *sufrir menor estrés y responsabilidades*, comentado por exclusividad para el progenitor no custodio. Citar además la posibilidad de *establecer una nueva relación afectiva*, o la *mayor libertad e independencia*, efectos que se atribuyen a ambos progenitores, pero que se enuncian más cuando los participantes se refieren al progenitor no custodio. Estas ideas también parecen coincidir con las aportaciones de determinados autores que afirman que la mayoría de los hombres muestran una mayor propensión a volverse a emparejar frente a las mujeres, ya que lo consideran como algo imprescindible para su propia felicidad y autoestima (Prades, 2009). Además, tienen más tiempo para rehacer su vida afectiva frente a las mujeres (Albeck y Kaydar, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Kalmijn y Broese van Groenou, 2005).

En relación con los cambios negativos, además de *sufrir problemas emocionales,* efecto antes comentado para ambas figuras, los participantes también

destacan el hecho de *sufrir mayor estrés y responsabilidades* respecto al progenitor custodio, y el *sostener menos contacto con sus hijos* en relación con el no custodio. Ello refleja que son sensibles, por un lado, al hecho de que la mayoría de los núcleos monoparentales de separados o divorciados están compuestos, en la realidad, por madres con sus hijos (Jurado, 2008), siendo ellas las principales encargadas de llevar la casa y la crianza; y por otro, que en muchos casos, los padres tienden a reducir, por diferentes circunstancias, el contacto con sus hijos, tal como señalan algunos estudios (Cabrera et al., 2000; Demo, 2000; Everett, 1999). No es extraño, entonces, que los participantes elaboren en su creencia un modelo de padre ausente. En este sentido, resaltar que uno de los aspectos más sobresalientes en la creencia sobre los efectos negativos en el no custodio, es todo lo que supone la alteración en la relación parento-filial y sus consecuencias, ya que los participantes no sólo señalan la reducción del contacto, sino también que *dejan de ser importantes para sus hijos*, o el malestar que les acompaña por *no poderlos ver cuando a ellos les apetezca.* Ello quizás tiene que ver con el hecho de que algunos autores, tal como se recoge en el capítulo 2 de esta tesis, consideran este cambio como el efecto de mayor impacto en la vida de los padres separados/divorciados (Asher y Bloom, 1983, cit. en Guttmann, 1993; Everett, 1991; Kelly y Emery, 2003; etc.).

No es de extrañar, por tanto, que el efecto de *sufrir mayor estrés y responsabilidades* respecto al progenitor custodio, la *reducción del contacto entre el progenitor no custodio y sus hijos, y los problemas emocionales* que se observan en los hijos, todos ellos bastante comunes en la realidad vital de las familias separadas/divorciadas, sea la información más relevante y consensuada observada dentro de las creencias exploradas en este estudio.

Siguiendo con los comentarios sobre efectos en los progenitores, otro efecto negativo señalado, específicamente para el no custodio, ha sido el *cambio de domicilio, de hábitos y de rutinas*, que sorprendentemente aparece en un porcentaje bastante modesto, a pesar de que prácticamente la gran mayoría de los progenitores no custodios cambian su lugar de residencia (Kitson y Holmes, 1992; Poussin y Martin, 2005). También y en relación con el no custodio, se cita que *surgen nuevos conflictos con la ex pareja*. Es curioso, en relación con este último efecto comentado, no sólo el escaso porcentaje de citación alcanzado, sino que se enuncia tan sólo en relación con la figura del no custodio, a pesar de que aproximadamente el 40% de los divorciados se enfrentan a esta realidad (INE, 2007). El hecho de que no se cite respecto al custodio, quizás sea

porque en la creencia explícita se atribuyen consecuencias negativas más significativas en la figura del progenitor no custodio.

La *no aceptación de la ruptura* es otro efecto que se cita escasamente y de forma similar para ambos progenitores, y también las *dificultades económicas*, aunque este último cambio se atribuye más para los custodios que para los no custodios. Este último efecto coincide con la afirmación de algunos autores quienes señalan que las mujeres son quienes sufren, tras la ruptura, una disminución considerable en su nivel de vida, frente a los hombres (Bandera, 2005; Kurtz, 1995; Sandfield, 2006; Solé, 2008), tal como se señaló en el capítulo 2 de este trabajo. No obstante, la creencia explícita parece obviar la situación que viven muchos progenitores no custodios cuando tienen que soportar los gastos de dos hogares, especialmente en los casos en los que sus exparejas no ejercen profesionalmente.

En definitiva, parece que se observa, en general, una visión más negativa respecto a los efectos de la ruptura familiar en la figura de los hijos, seguida de la del progenitor no custodio, y en menor grado, respecto al progenitor custodio; y una visión más positiva para el progenitor custodio que para el progenitor no custodio. Todo ello confirma la hipótesis inicialmente planteada. Ello, por ejemplo, se corrobora aún más analizando el porcentaje de sujetos que comentan que no ven ningún cambio positivo tras la ruptura en los hijos, o por la mayor variedad de efectos negativos y la mayor robustez encontrados en algunos de dichos efectos, cuando se evalúan los cambios negativos respecto a los hijos y a los progenitores no custodios frente a los custodios.

Trabajos como los de Triana et al. (2003) y Triana y Hernández (2002) encuentran también expectativas de cambios más negativos que positivos en los hijos tras la ruptura de sus padres, pero en ellos no quedó tan clara la atribución de un mayor número de efectos negativos de los no custodios frente a los custodios. Este resultado quizás se debe a que en esos estudios participan también grupos de mayor edad, que tienen un conocimiento más complejo sobre dicha realidad.

De cualquier modo, a la luz de los resultados obtenidos en este trabajo, se puede afirmar que la mayoría de los participantes reconocen la existencia de ambos tipos de efectos, positivos y negativos, con cierto grado de representatividad, para cada uno de los personajes evaluados, salvo gran parte de los niños pequeños, que aún no tienen capacidad para representar claramente la realidad del divorcio. Lo que no cabe duda es que no se observa un claro consenso en los participantes respecto a la elaboración realizada sobre el concepto de divorcio y sus efectos, con las excepciones anteriormente

comentadas. Esto puede deberse a varios factores. Primero, a que hoy en día es una realidad cada vez más común, pero aún no mayoritaria. En segundo lugar, a la variedad de experiencias que puede conllevar cada caso. Y, en tercer lugar, a que parte de la población, especialmente la de menor edad, tiene dificultad para llegar a elaborar un claro conocimiento sobre contenidos que entrañan gran complejidad, como es la familia y su dinámica, especialmente en situaciones no convencionales.

Entrando ahora en el análisis de las variables independientes y su posible influjo en las creencias explícitas sobre los efectos de la ruptura familiar en los distintos miembros de la familia, los resultados se muestran bastante categóricos respecto a cuál de ellas es la que más afecta. El *Grupo de edad* al que pertenece el sujeto se presenta como la variable de mayor influencia, tanto en lo que se refiere al número de efectos significativos que genera, como al tamaño del efecto observado en dichos análisis, confirmándose la segunda hipótesis inicialmente planteada.

En este sentido, todas las categorías de respuesta, de los seis contenidos explorados, se han visto afectadas como efecto principal por dicha variable, obteniendo en muchos casos tamaños medianos y grandes. Además, el *Grupo de edad* se muestra influyente en interacción con otras variables en numerosas categorías de respuesta, aunque en muchos casos el tamaño del efecto no ha sido tan considerable. Si atendemos a ambos criterios, número total de efectos y relevancia del tamaño de los efectos encontrados, se observa que los contenidos referidos a los efectos positivos de la ruptura en el custodio, seguidos de los efectos positivos y negativos en los hijos, son los que más afectados se ven por dicha variable.

Pasamos a comentar algunos de los resultados más significativos encontrados atendiendo al patrón evolutivo observado al considerar la variable *Grupo de edad*. Al respecto, los resultados muestran que los niños de educación infantil responden preferentemente con respuestas *no sé* o *idiosincrásicas* en la casi totalidad de los contenidos que se estudian en este trabajo. En otras investigaciones sobre otros conceptos sociales también se observa un patrón similar. Así, por ejemplo, en el trabajo de Simón (2000) sobre los posibles cambios que sufre la familia, la autora encuentra que el grupo de menor edad cita más respuestas idiosincrásicas frente al resto de los grupos de edad. También en el trabajo de Plasencia y Triana (2006) y en el de Plasencia y Triana (2008) sobre el concepto de hermanastro, los preescolares son el grupo que menos elaborado tiene el concepto, con un alto porcentaje de respuestas no sé o idiosincrásicas, cuando se le pregunta al respecto. Así mismo, en el trabajo de Triana et al.

(2006) sobre la atribución de causas a la ruptura de pareja, se observa que son los preescolares quienes muestran mayor dificultad a la hora de elaborar y acceder a este tipo de contenido.

Señalar que, además de estas categorías de respuesta (*no sé* o *idiosincrásicas*), también un grupo reducido de niños de educación infantil nombran los *problemas emocionales* como efectos negativos, pero en menor grado que el resto de los grupos de edad.

El uso de las respuestas *idiosincrásicas* y *no sé* también es bastante común en los escolares, aunque en algunos contenidos las utilizan menos que los de educación infantil. Además, los escolares son los únicos que destacan como efecto negativo la *reticencia para aceptar la ruptura* en ambos progenitores, o como efecto positivo, la posibilidad de que puedan *rehacer su vida afectiva*, cambio este último que atribuyen más para el progenitor no custodio que para el custodio. Este grupo también es el que señala más que *no existen efectos positivos* para los hijos tras la ruptura de sus padres, citando, también y de forma significativa, la presencia de *problemas emocionales*. Por otra parte, comentar que, aunque alrededor de una cuarta parte de los escolares reconoce la *mejora emocional* para los progenitores tras la ruptura, casi el doble de ellos atribuye el efecto contrario. En este sentido, son los escolares y los jóvenes quienes destacan más el hecho de *sufrir problemas emocionales* como efecto negativo en los progenitores.

Así, parece que los escolares muestran una visión bastante negativa sobre la ruptura parental, quizás coherente con el momento evolutivo en el que se encuentran estos menores, caracterizado por una mayor rigidez en el ajuste a la norma o a lo estandarizado. También los adolescentes parecen sostener una visión más negativa que positiva. Por el contrario, en grupos de mayor edad (adultos y mayores), Triana et al. (2003) encontraron expectativas algo más positivas asociadas al divorcio parental, especialmente en el grupo de los adultos, quizás porque este grupo de edad se enfrenta a más situaciones de divorcio y separación en la actualidad. Ello les llevaría a tener un conocimiento algo menos estereotipado sobre dicha situación, y más cercano a las experiencias variadas que se producen en el contexto real. También la mayor flexibilidad mental contribuirá en el cambio de la creencia explícita sobre el tema.

Volviendo a los resultados del presente trabajo, se puede afirmar que es a partir de la adolescencia cuando las personas muestran un cambio considerable en la creencia explícita sobre los efectos de la separación familiar, lo que se observa, bien por el incremento en la cantidad y variedad de nuevos efectos para los distintos miembros que

no han sido contemplados por los grupos de menor edad, o bien por la mayor representatividad que se le atribuye a algunos de ellos. Así, algunos de esos cambios o efectos son especialmente señalados dentro de un determinado grupo de edad. Por ejemplo, los adolescentes consideran más que el resto de los grupos que *no existen efectos positivos* para el no custodio, o que los hijos *consiguen más cosas de sus padres*, apreciando quizás en éstos una mayor debilidad en su rol de guía o autoridad.

Por su parte, los jóvenes son los únicos que señalan que la experiencia hace que los hijos sean *más independientes*, o que los progenitores no custodios deben enfrentar nuevas experiencias como es el tener que *cambiar de domicilio, hábitos y rutinas*, y son más conscientes de los *cambios económicos* a los que se tienen que enfrentar. También parecen algo más sensibles a aspectos como la *reducción del contacto de los hijos con el progenitor no custodio;* la *libertad e independencia* que ganan los progenitores tras la separación, especialmente en lo que se refiere al no custodio; o los *nuevos conflictos* que pueden surgir con la expareja.

También los adolescentes y los jóvenes empiezan a citar efectos en los hijos como las *dificultades en las relaciones entre los hijos y sus progenitores no custodios*, el *sentirse culpables de la separación*, la posibilidad de *fracasar en los estudios,* y en menor grado también, el tener que *enfrentarse a nuevos cambios en sus hábitos y rutinas,* y las posibles *dificultades en su relación con el progenitor custodio*. También destacan, para el progenitor no custodio, el hecho negativo de *no poder ver a sus hijos cuando lo desea*, y que ello le lleve a *convertirse en una figura poco importante para ellos*.

Otros efectos menos citados surgen también a partir de la adolescencia, como la *mejora de la relación del custodio con sus hijos* o que el progenitor no custodio *reduce su estrés al tener que enfrentar menos responsabilidades*. Otros cambios empiezan a ser nombrados en la adolescencia, pero de nuevo incrementan significativamente su reconocimiento en la juventud, como es el caso de cambios positivos para los hijos como la *mejora del clima del hogar* o el hecho de que *maduren antes*, o como efectos negativos para los mismos, que se ven *expuestos a nuevos conflictos* y el *cambio de carácter y de comportamiento*.

Además de los efectos hasta ahora señalados, otros parecen surgir desde la etapa escolar, para ir incrementando su presencia de forma significativa y paulatina en las siguientes etapas exploradas. Es el caso del *menor contacto del no custodio con sus hijos*; que ambos progenitores se *sienten mejor emocionalmente* tras la separación

(especialmente en lo que se refiere al custodio, más citado por los adolescentes), o el *mayor estrés* que supone la custodia para quien la ejerce (también más citado por los adolescentes). La *mejora emocional* que destaca un grupo considerable de jóvenes, más en particular para los progenitores custodios, podría mostrar una actitud más positiva hacia la separación o el divorcio en dicho grupo, aunque hay que recordar que también otro porcentaje considerable, pero algo menor, habla de la existencia de *problemas emocionales*.

Estos resultados hasta ahora comentados reflejan la mayor capacidad del ser humano a partir de la adolescencia para el análisis de la complejidad familiar y para asumir planteamientos más perspectivistas en dichos análisis (Simón, 2000), o por lo menos, para comprender la imagen que refleja la sociedad sobre la ruptura familiar, desde dicha complejidad. Ello les lleva a una mayor comprensión de los múltiples cambios a los que se ven abocados los distintos miembros de la familia tras la ruptura parental, destacando especialmente aquéllos que se producen en los dos subsistemas parento-filiales, y más concretamente, en la relación entre el progenitor no custodio y sus hijos, y sus posibles consecuencias.

Así, el hecho de que a partir de la adolescencia los participantes comiencen a citar efectos referidos a las relaciones que se dan entre padres e hijos y a los posibles cambios en sus rutinas, ya refleja una capacidad para asumir los puntos de vista de las otras personas y llegar a entender sus pensamientos y lo que pueden sentir (Giménez-Dasí, 2009; Rodrigo, 1994). Ello implica que el desarrollo humano avanza por diferentes etapas, desde las iniciales caracterizadas por un pensamiento más egocéntrico, hasta otras en las que es capaz de ver al otro como independiente de su yo, adquiriendo entonces una mayor capacidad perspectivista (Selman, 1980).

Además, con la edad, y especialmente en la juventud, se gana en experiencia en la búsqueda de independencia y en la necesidad de un soporte económico para la supervivencia, lo que hace que los adolescentes, y especialmente los jóvenes, sean más sensibles a relacionar dicha información con las posibles consecuencias de la ruptura familiar. Así, tal y como ya vimos en el capítulo 4 sobre el conocimiento social, el individuo va evolucionando hacia representaciones de la realidad cada vez más complejas a medida que va ganando experiencia y capacidad cognitiva, alcanzando así un mayor conocimiento sobre la realidad que le rodea (Hatano y Takashashi, 2005; Karmiloff-Smith, 1992; Triana y Simón, 1994).

Recordar, no obstante, y antes de pasar al análisis del efecto de las restantes variables independientes exploradas que, en la gran mayoría de los efectos comentados, los porcentajes de citación alcanzados son modestos, incluso en los dos grupos de participantes de mayor edad. Por tanto, no podemos afirmar que existan creencias explícitas altamente consolidadas en cada uno de los grupos de edad. No obstante, sí se observa, tal y como se comentó anteriormente, que la capacidad cognitiva propia de los grupos de participantes de mayor edad, parece facilitar el acceso a nueva información y a una visión más compleja sobre la realidad de la ruptura familiar sustentada por la sociedad circundante.

Estos resultados corroboran los encontrados en otros estudios que analizan las creencias de niños y adolescentes sobre contenidos diversos de tipo social, que ya fueron comentados anteriormente en el capítulo 4. Sirvan de ejemplo algunos de los siguientes, como los referidos a contenidos sobre política (Berti, 1988; Delval, 1997), sobre economía (Delval et al., 1994; Thompson y Siegler, 2000; Webley, 2005), sobre las leyes y los proceso legales (Cauffman y Steinberg, 2000; Peterson-Badali et al., 1997), sobre las guerras (Berti y Vanni, 2000), sobre las clases sociales y las ocupaciones laborales (Evans, 1993), sobre el mundo escolar y sus actores (Alderson, 2000; Beishuizen et al., 2001), y sobre el concepto de familia (Hernández et al., 2005; Plasencia y Triana, 2008; Rodríguez y Triana, 2009; Simón, 2000), entre otros. Todos estos trabajos apuntan hacia un cambio cualitativo en la complejidad del conocimiento social explícito como efecto del desarrollo cognitivo.

El reiterado influjo observado cuando se explora la variable *Grupo de edad* (en relación con la capacidad cognitiva que soporta el conocimiento del sujeto) sobre la construcción del conocimiento social, ha repercutido en el hecho de que muchos autores hayan ignorado la influencia de otras variables que también pueden afectar al desarrollo del conocimiento social. Ciertamente, las restantes variables exploradas en este estudio no han mostrado el mismo grado de influencia. No obstante, algunas de ellas han reflejado, ya sea como efecto principal o en interacción con las otras variables, un cierto grado de influencia.

Así, y siguiendo con el análisis de las variables independientes, la segunda variable que parece afectar más sobre las creencias explícitas exploradas, y casi siempre en interacción con alguna otra, es la *Experiencia personal de ruptura familiar*. Su influencia parece algo mayor respecto a la creencia explícita sobre los efectos positivos de la ruptura familiar en el progenitor custodio. Entre los resultados más significativos

destacan los siguientes. Se observa que los niños de educación infantil pertenecientes a familias intactas, utilizan más la respuesta *idiosincrásica* para señalar los efectos positivos de la separación sobre los progenitores custodios. También los pequeños y los escolares que sí tienen dicha experiencia la utilizan más al comentar los efectos negativos de la ruptura sobre los hijos. Quizás este resultado se deba a la falta de capacidad que muestran los grupos de menor edad para elaborar la realidad a estudiar, o también, a su dificultad para expresar verbalmente lo que piensan sobre el tema, incluso en aquellos que han experimentado la situación de separación familiar. Además, son especialmente los jóvenes y también los adolescentes sin experiencia en ruptura familiar quienes más citan el *menor contacto que sostienen los progenitores no custodios con sus hijos,* y también los escolares con dicha experiencia.

El grado del efecto encontrado en los restantes análisis que salieron significativos fue más bien pequeño, por tanto, aunque muestran tendencias, no son tan concluyentes. No obstante, destacar por ejemplo, que es más común encontrar respuestas *idiosincrásicas* en los participantes sin experiencia en ruptura familiar pertenecientes a los grupos de menor edad, independientemente del contenido explorado, con la salvedad anteriormente comentada. También parece que las respuestas que reflejan duda o falta de información son más comunes en los participantes sin experiencia, aunque según el tipo de contenido evaluado puede aparecer este resultado vinculado también a algún grupo de edad concreto o también a un bajo nivel educativo familiar. Además, la afirmación de *ningún efecto positivo* para el no custodio, cuando aparece en los niños de menor edad, suele darse en aquéllos que tienen experiencia de ruptura familiar.

Así mismo, el no tener experiencia en ruptura familiar parece influir acentuando más algunos cambios o efectos negativos (v.g., los cambios de carácter en los hijos). Ello es más común en el caso de los jóvenes (v.g., que los padres no custodios dejan de ser importantes para sus hijos, que pueda existir mayor conflicto con la expareja, que se enfrente a los hijos a mayores problemas por la ruptura, que los no custodios sufran más problemas emocionales, o incluso, que puedan surgir más problemas con el progenitor custodio). Por el contrario, los jóvenes con experiencia en ruptura familiar elaboran su creencia de forma menos estereotipada, quizás como efecto directo de su propia experiencia, o porque han reflexionado más sobre dicha realidad y su gran variabilidad, pudiendo incluso englobar en su creencia nuevos efectos, tanto negativos como positivos. Este resultado se puede deber tanto a la mayor complejidad cognitiva que les

caracteriza, como también a la experiencia de ruptura familiar que han vivido. Eso hace que se observen en sus creencias nuevos cambios y efectos, aunque se enuncien de forma poco robusta.

No obstante, en la adolescencia, la experiencia de ruptura familiar se relaciona con la tendencia a citar más determinados efectos negativos (v.g., atribuir *problemas emocionales en los progenitores custodios* o en *los hijos*, la *reducción de importancia ante los hijos del no custodio*, que los *hijos afronten mayores problemas tras la ruptura*, o *mayores dificultades de los hijos en su relación con el progenitor custodio*). Quizás esto se deba al hecho de que el adolescente se encuentra en una etapa de importantes cambios y de tránsito hacia la vida adulta. Ello puede hacer que viva la experiencia del divorcio de manera más negativa por desmoronarse su ideal de familia, y por el estrés que acompaña a la ruptura familiar.

Se puede afirmar entonces que, el tener o no experiencia sobre una determinada realidad, va a influir en el producto construido por la persona. Este hecho también se ha encontrado en otros trabajos como el de Bonn et al. (1999), cuando estudian el concepto de pobreza y riqueza en un grupo de niños africanos que vivían en zonas rurales y urbanas; o también en el de Fried y Reppucci (2001) que evaluaron la atribución de responsabilidad criminal y culpabilidad en grupos de distinta etnia, tal como se vio en el capítulo 4. También Triana et al. (2009) encontraron que los participantes de su estudio que tenían experiencia de ruptura familiar, ofrecían una visión más positiva respecto a las representaciones sociales acerca de las figuras de los padrastros y de las madrastras, asumiendo una visión más flexible sobre dichos conceptos, frente a los que vivían en estructuras intactas, que mostraban posturas más sesgadas y estereotipadas.

Así, y acorde con los resultados obtenidos en el presente estudio, se podría decir que la creencia explícita sobre las consecuencias de la separación/divorcio en los miembros principales de la familia, se ve afectada por la *Experiencia personal de ruptura familiar*. No obstante, dicho efecto es menor que el encontrado con respecto a la variable *Grupo de edad*.

Por otra parte, y siguiendo con el análisis de las variables independientes, la variable *Sexo* del participante muestra una influencia menor sobre las creencias explícitas exploradas, tanto en el número de efectos encontrados como en su significación, pudiendo aparecer tanto como efecto principal, o en interacción con alguna otras variables. Concretamente, en los contenidos sobre los que muestra una

mayor influencia es sobre los efectos positivos y negativos en los hijos, y en los negativos del progenitor no custodio.

Así, parece que, en general, las participantes engloban en mayor grado que los participantes una multiplicidad de cambios, tanto positivos como negativos, respecto a los diferentes miembros de la familia evaluados. Por ejemplo, comentan en mayor proporción los *cambios emocionales*, especialmente en el sentido positivo, el *fracaso en los estudios* en los hijos, la posibilidad de *rehacer la vida afectiva en el custodio*, o la *no aceptación de la ruptura por parte de los no custodios*. Estos resultados pueden tener que ver con una mayor capacidad en el sexo femenino para elaborar y comprender la complejidad que caracteriza a la familia, y en especial, las situaciones de transición. También su mayor habilidad comunicativa puede reforzar un acercamiento más generalizado hacia los consensos sociales, característicos en las creencias explícitas. Además, también puede deberse al hecho de que las chicas se muestran más sensibles a los estados emocionales de las personas, en comparación con los chicos (Hoffman, 1988). En este sentido, Simón (2000) encuentra en su estudio sobre el concepto de familia que las chicas mencionan más contenidos de tipo interpersonal como el afecto y la comprensión, frente a los chicos. También Camara (1979), en un estudio similar, observó los mismos resultados.

También las jóvenes enuncian más el hecho de que los hijos *maduran antes* o los *problemas de carácter y comportamiento* en ellos; que *se beneficia la relación de los hijos con el progenitor custodio* tras la ruptura, esto es, normalmente con la madre; los *cambios en la rutina* que deben vivir los hijos; el *cambio de domicilio del no custodio*; o la *mayor libertad que adquiere el progenitor custodio*. No obstante, los jóvenes varones, son más proclives a nombrar la obtención de un mayor grado de independencia en los hijos varones, rasgo más propio de este grupo, especialmente en las casas de familias divorciadas, tal y como queda reflejado en el trabajo de Rodríguez y Triana (2009). También los niños varones de educación infantil citan más la respuesta no sé, mostrando quizá un menor desarrollo conceptual a esas edades.

Como se comentó anteriormente, no es fácil encontrar muchos estudios que muestren una influencia relevante de la variable *Sexo* del participante sobre la construcción de algún concepto en particular. Algunos ni tan siquiera observan dicho efecto (Bonn et al., 1999; Fried y Reppucci, 2001). Dentro de los que sí han observado la influencia de esta variable están el de Buchanan-Barrow y Barrett (1998) sobre cómo entienden los escolares la autoridad en el colegio; el de Triana y Hernández (2002)

respecto a las creencias que tienen los adolescentes sobre la separación familiar; el de Triana et al. (2006) respecto a las creencias sobre las causas de la ruptura de pareja; el de Hernández et al. (2005) sobre la elaboración del concepto explícito de familia en menores residentes en centros; el de Rodríguez et al. (2005) sobre la atribución de roles parentales; o el de Simón (2000) y el de Wedemeyer et al. (1989), ambos dedicados al estudio del concepto de familia. En general, los estudios en los que sí se encuentran efectos como resultado del influjo de la variable *Sexo*, parecen indicar una mayor complejidad en las respuestas de las chicas frente a las de los chicos.

Por último, la variable que menos influencia ha mostrado sobre las creencias explícitas es el *Nivel educativo familiar*. Otros estudios tampoco observan un efecto relevante de dicha variable sobre la construcción del conocimiento social (Beishuizen et al., 2001; Fried y Reppucci, 2001). En nuestro caso, el influjo ha sido escaso y relativo. Así por ejemplo, no parece influir sobre las respuestas referidas a los efectos negativos en el custodio ni en las relativas a los efectos positivos en el no custodio. En el resto de los contenidos afecta poco y débilmente.

Destacar quizás algunas tendencias más generales observadas como que los participantes de medio-bajo nivel educativo son más proclives a afirmar que *no saben* sobre el tema, especialmente si son pequeños o no tienen experiencia de ruptura familiar. También los de medio-bajo nivel educativo familiar engloban más en su creencia la idea de la *reducción del contacto de los hijos con el progenitor custodio*, cuando no tienen experiencia en la ruptura familiar, o citan más los *problemas de carácter y comportamiento*, en el caso de los dos grupos de mayor edad. Así parece que estos participantes son algo más conscientes de algunos efectos negativos de la ruptura familiar en los hijos, aunque los resultados vienen además modulados por el *Grupo de edad*.

Parece algo extraño que el nivel educativo familiar no genere efectos relevantes, tal y como se ha observado en trabajos como los de Triana (1993) sobre las creencias educativas parentales, o el de Nakhaie (1993) sobre conceptos relativos al mundo económico. Quizás, en nuestro caso, la escasa influencia observada se deba a que el contenido a estudiar no parece estar ampliamente desarrollado en las nuevas generaciones, especialmente en lo que se refiere a la versión explícita del conocimiento.

A la luz de los resultados encontrados, se puede corroborar de forma general la hipótesis de la que se partía en este estudio, en la que se afirmaba que el *Grupo de edad* de pertenencia (relacionado con la madurez cognitiva del participante), seguido de la

Experiencia personal de ruptura familiar, son las variables que mayores efectos ejercen sobre la creencia explícita estudiada, frente a las otras variables exploradas, aunque como se ha comprobado todas, en mayor o en menor grado, han afectado a dicha construcción.

En definitiva, dichos resultados nos permiten conocer hasta qué punto las nuevas generaciones son conscientes de la verdadera idiosincrasia de la realidad de la separación y/o divorcio, y da pistas respecto a la imagen explícita que la sociedad sigue teniendo en relación con los modelos de familias no convencionales, especialmente en relación con la monoparentalidad producto de una ruptura familiar. Queda por explorar si ocurre lo mismo en la representación implícita. Este hecho se analizará en la siguiente investigación que se recoge en este trabajo.

2ª PARTE: ESTUDIOS EMPÍRICOS

ESTUDIO 2. LA EXPERIENCIA PERSONAL DE RUPTURA FAMILIAR Y SU INFLUENCIA EN LA REPRESENTACIÓN DE LOS EFECTOS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS

Capítulo 8. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño

Capítulo 9. Resultados del Estudio 2

Capítulo 10. Discusión del Estudio 2

Capítulo 8. Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño

ESTUDIO 2. LA EXPERIENCIA PERSONAL DE RUPTURA FAMILIAR Y SU INFLUENCIA EN LA REPRESENTACIÓN DE LOS EFECTOS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS

Planteamiento del problema: objetivos, hipótesis, método y diseño

Se presentarán aquí los objetivos que se persiguen en el segundo estudio, destacando, además, las principales hipótesis respecto a los resultados que se esperan obtener. Se incorpora también información sobre el método y el diseño seguido en la investigación.

8.1. Objetivos e hipótesis

En esta ocasión, el estudio persigue varios objetivos generales que se comentarán a continuación. En los casos pertinentes, se adjuntan también sus respectivos objetivos específicos e hipótesis de partida.

El *primer objetivo general* perseguido en el estudio ha sido conocer algunos rasgos de la situación familiar post-separación que caracteriza a la muestra de participantes del estudio.

El *segundo objetivo general* perseguido en el estudio ha sido conocer cómo viven los adolescentes y los jóvenes la realidad de la separación o divorcio de sus padres, que ha provocado la ruptura de la estructura familiar. Este objetivo general se concreta en los siguientes objetivos específicos e hipótesis:

Objetivo específico 2.1. Explorar cuáles han sido los principales cambios o efectos, positivos y negativos, que ha vivido un grupo de adolescentes y de jóvenes, tras la ruptura familiar.

Hipótesis 1. Debido a la gran variedad de circunstancias asociadas a la ruptura familiar, y de factores que mediatizan sus efectos, se espera encontrar cierta dispersión en los cambios y efectos, positivos y negativos, experimentados por los participantes.

Objetivo específico 2.2. Analizar si la frecuencia de los cambios o efectos que dicen los participantes haber vivido, se ven afectados por variables como el tiempo desde que se produjo la ruptura parental, el grado de conflicto percibido en la actualidad, el grupo de edad de pertenencia, el sexo del participante o el nivel educativo familiar.

Hipótesis 2. Se parte de la hipótesis que todas las variables independientes ejercen efectos sobre las variables dependientes que se exploran, acorde a los resultados encontrados en estudios previos sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos.

Objetivo específico 2.3. Explorar el grado en el que los participantes consideran que dichas experiencias les han afectado.

Hipótesis 3. Debido a la gran variedad de circunstancias asociadas a la ruptura familiar, y de factores que mediatizan sus efectos, se espera encontrar cierta dispersión en los resultados que se obtengan al respecto.

Objetivo específico 2.4. Comprobar si el grado de afectación percibido por los participantes respecto a cada tipo de cambio o efecto señalado, varía en función de las variables independientes exploradas (el tiempo desde que se produjo la ruptura parental, el grado de conflicto percibido en la actualidad, el grupo de edad de pertenencia, el sexo del participante, o el nivel educativo familiar).

Hipótesis 4. También en este caso se parte de la hipótesis que todas las variables independientes ejercen efectos sobre las variables dependientes que se exploran, acorde a los resultados encontrados en estudios previos sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos.

Objetivo específico 2.5. Analizar la posible relación entre la frecuencia de ocurrencia real de los cambios o efectos señalados por los participantes y el grado de afectación percibido de los mismos.

Hipótesis 5. Se parte de la hipótesis de que existe relación entre ambas variables, de modo que cuanto mayor sea la ocurrencia real de un determinado cambio o efecto, mayor será el grado de afectación que produce, o al revés, cuanto menor sea la frecuencia de ocurrencia, menor será el grado de afectación percibido.

El *tercer objetivo general* perseguido en el estudio ha sido analizar cómo repercute la experiencia personal de ruptura familiar en las representaciones mentales de los participantes sobre los efectos de la separación o el divorcio en los hijos. Este objetivo general se aborda a través de los siguientes objetivos específicos, que se acompañan de las hipótesis correspondientes de las que se parte:

Objetivo específico 3.1. Explorar la *creencia implícita* de adolescentes y jóvenes acerca de los cambios o efectos, positivos y negativos, que viven los hijos tras la ruptura familiar.

Objetivo específico 3.2. Analizar si la creencia implícita de los participantes varía en función de las variables independientes exploradas (el grupo de edad, el sexo del participante, el nivel educativo familiar, la experiencia de ruptura parental del participante; o también, y para el grupo de participantes con experiencia, el tiempo desde que se produjo la ruptura parental y el grado de conflicto actual percibido).

Hipótesis 6. Se parte de la hipótesis que todas las variables independientes ejercen efectos sobre la representación implícita que se explora, especialmente en lo que se refiere a la experiencia personal de ruptura familiar.

Hipótesis 7. Así mismo, se espera una representación implícita más consensuada, y una visión más negativa sobre la separación o el divorcio, entre los participantes sin experiencia en ruptura familiar, frente a los que sí tienen dicha experiencia.

Objetivo específico 3.3. Estudiar la posible relación entre la creencia implícita de los participantes acerca de los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, y la frecuencia real de ocurrencia de los cambios señalados por los mismos.

Hipótesis 8. Se espera encontrar una relación positiva entre la representación implícita de los participantes sobre los efectos y cambios de la ruptura familiar en los hijos, y la experiencia vivida por ellos tras la ruptura de sus padres.

Objetivo específico 3.4. Explorar la posible relación entre la creencia implícita de los participantes acerca de los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, y el grado de afectación percibida por ellos de los efectos o cambios vividos tras la ruptura de sus padres.

Hipótesis 9. Se espera encontrar una relación positiva entre la creencia implícita de los participantes sobre los efectos y cambios de la ruptura familiar en los hijos, y el grado de afectación adscrito por ellos a los distintos cambios o efectos vividos tras la ruptura familiar.

Objetivo específico 3.5. Explorar la *creencia explícita* de adolescentes y jóvenes acerca de los cambios o efectos, positivos y negativos, que viven los hijos tras la ruptura parental.

Objetivo específico 3.6. Analizar si la representación explícita de los participantes varía en función de las variables independientes exploradas (el grupo de edad, el sexo del participante, el nivel educativo familiar, la experiencia de ruptura parental del participante; o también, y para el grupo de participantes con experiencia, el tiempo desde que se produjo la ruptura parental y el grado de conflicto actual percibido).

Hipótesis 10. Se parte de la hipótesis que todas las variables independientes ejercen escasos efectos sobre la creencia explícita que se explora, atendiendo a los resultados obtenidos en el primer estudio.

Objetivo específico 3.7. Estudiar la posible relación entre las creencias explícitas de los participantes acerca de los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, y la frecuencia real de ocurrencia de los cambios señalados por los mismos.

Hipótesis 11. Se espera encontrar una escasa relación entre la representación explícita de los participantes sobre los efectos y cambios de la ruptura familiar en los hijos, y la experiencia vivida por ellos tras la ruptura de sus padres.

Objetivo específico 3.8. Explorar la posible relación entre la creencia explícita de los participantes acerca de los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, y el grado de afectación percibida por ellos de los efectos o cambios vividos tras la ruptura de sus padres.

Hipótesis 12. Se espera encontrar una escasa relación entre la representación explícita de los participantes sobre los efectos y cambios de la ruptura familiar en los hijos, y el grado de afectación adscrito por ellos a los distintos cambios o efectos vividos tras la ruptura de sus padres.

Objetivo específico 3.9. Comparar las creencias explícitas e implícitas de los participantes sobre los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, según tengan o no experiencia personal de ruptura parental.

Hipótesis 13. Se espera encontrar un mayor grado de *disociación a favor de la creencia implícita* (esto es, que los participantes recojan en su creencia implícita un determinado cambio o efecto, y no lo hagas en su creencia explícita), y un menor grado de *disociación a favor de la creencia explícita* (esto es, que los participantes recojan en su creencia explícita un determinado cambio o efecto, y no lo hagan en su creencia implícita), conforme a los resultados obtenidos en estudios previos.

Hipótesis 14. Se espera encontrar una mayor *concordancia en ausencia del efecto* (esto es, que no se recoja un determinado cambio o efecto en la creencia explícita ni en la implícita) en los participantes con experiencia, ya que éstos se guiarán más de su experiencia personal y menos del estereotipo.

8.2. Método

Como ya se comentó, se describirá en este apartado los participantes, los instrumentos y el procedimiento seguido para la recogida de información correspondiente a la investigación referida a la experiencia personal de ruptura familiar, y al análisis de las representaciones sobre el divorcio, por coincidir dicha información en ambos estudios.

8.2.1. Participantes

En este segundo estudio colaboró un total de 344 adolescentes y jóvenes, de los que 184 tenían experiencia personal de ruptura familiar y 160 no la tenían. Dicha experiencia parte principalmente de la ruptura de sus propios padres, pero en algunos casos, también de la de otros miembros de la familia próxima y/o extensa. Las principales características de la muestra que serán utilizadas como variables independientes de análisis para contrastar subgrupos se recogen en la Tabla 27.

Tabla 27. Frecuencia y porcentaje de participantes adscritos a cada nivel de las diferentes variables independientes utilizadas en el estudio.

Tipo de variable	Niveles de cada variable	Con exp.		Sin exp.	
		N	%	N	%
Grupo de edad	GE 1: de 14 a 18	92	50	80	50
	GE 2: de 19 a 26	92	50	80	50
Sexo	Masculino	92	50	80	50
	Femenino	92	50	80	50
Nivel educativo familiar	Medio-Bajo	92	50	80	50
	Alto	92	50	80	50

Dentro de cada subgrupo, según tengan o no experiencia de ruptura familiar, los participantes se distribuyen de forma equitativa en los dos niveles de las restantes variables independientes a explorar. Estas son: el grupo de edad de pertenencia, donde el grupo 1 engloba a adolescentes con un rango de edad entre los 14 y los 18 años (M 15,80 años, DT 1,45), y el grupo 2 que engloba a jóvenes con un rango de edad entre los 19 y los 26 años (M 21,30 años, DT 2,40), no encontrándose diferencias significativas entre los subgrupos de igual edad con y sin experiencia; el sexo del participante (50% masculino; 50% femenino); y el nivel educativo familiar, donde el nivel medio-bajo corresponde a familias en las que el progenitor con mayor nivel educativo (en ocasiones ambos progenitores) ha cursado Formación Profesional, Bachillerato o Estudios Secundarios, o en su defecto, ha completado los estudios primarios, y el nivel alto cuando ambos progenitores o alguno de ellos ha cursado una diplomatura o una licenciatura.

8.2.2. Instrumentos

Para la recogida de la información se utilizaron diversos materiales que pasamos a describir a continuación:

* ***Cartas dirigidas a los directores de los centros docentes y a los padres***

Para la recogida de la información de los alumnos que cursaban la ESO o el Bachillerato, se redactó una carta en la que se explicaban los principales objetivos del estudio y la necesidad de recabar información sobre el tema a través de alumnos con edades comprendidas entre los 14 y los 18 años, para lo que se solicitaba la colaboración del centro (ver Anexo H). Una vez que los directores dieron su consentimiento, se envió una carta a los padres de los alumnos seleccionados, a través del mismo centro, con el fin de solicitar su permiso para la colaboración de sus hijos (ver Anexo I). Señalar que los centros que se prestaron a colaborar para el presente estudio fueron el Colegio Nuryana (centro concertado) y el IES de Los Realejos (centro público).

* ***Cuestionario de datos sociodemográficos y experiencia de ruptura familiar***

Para este estudio se utilizó el mismo cuestionario semiestructurado elaborado para el primer estudio, descrito anteriormente (ver Anexo C). Recordar que en él se recogen las principales características personales de los participantes y las de los miembros de su estructura familiar de origen (v.g., su edad, sexo, nivel de estudios, etc.). Además, en él también se explora el grado de experiencia de ruptura familiar que tenía cada participante, planteándose cuestiones sobre si conocían algún caso próximo de familia separada o divorciada, y en caso afirmativo, de quién se trataba (v.g., sus propios padres, algún hermano, un amigo, un familiar lejano, etc.); qué tipo de contacto mantenía con esas personas (v.g., si el trato era cercano o lejano); y el grado de conocimiento sobre dicha experiencia de separación.

En los casos de los participantes cuyos padres estaban separados, también se exploraban datos sobre las características familiares post-divorcio, como es el caso de

qué progenitor tiene la custodia; qué progenitor ha rehecho su vida afectiva y desde cuándo; con quién convive cada progenitor; o el contacto que mantiene el participante con cada uno de sus progenitores.

Por último, se les preguntaba por el clima familiar percibido por ellos en el momento en que sus padres se separaron, y por el clima familiar percibido en la actualidad, a través de dos ítems acompañados de una escala tipo Likert, con valores que iban desde 0 (ningún conflicto) hasta 6 (alto grado de conflicto).

**** Entrevista abierta sobre las creencias explícitas acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura de los padres en los hijos.***

Se utilizaron las mismas cuestiones de la entrevista abierta que se usaron en el primer estudio para explorar los efectos positivos y negativos de la ruptura de los padres sobre los hijos. Dichas cuestiones fueron extraídas de la entrevista extensa utilizadas por Triana y Hernández (2002), en un estudio previo. Concretamente, las cuestiones son las siguientes:

** ¿Cuáles crees que son los cambios positivos que viven los hijos tras la separación de sus padres?*

** Por el contrario, ¿cuáles crees* que son los cambios negativos que viven los *hijos tras la separación de sus padres?*

**** Cuestionario estructurado sobre las creencias implícitas acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos.***

Para recabar información sobre las creencias implícitas respecto a los posibles efectos positivos y negativos a los que se enfrentan los hijos tras la separación de sus padres, se utilizó el cuestionario elaborado y utilizado por Triana y su equipo de investigación, en un estudio en el que se aproximaron al tema realizando entrevistas abiertas a sujetos pertenecientes a diferentes generaciones (Triana y Plasencia, 2003; Triana, Plasencia y Hernández, 2003). Además, se revisaron también los resultados obtenidos en el primer estudio de esta tesis, para confirmar que las principales

categorías de respuesta encontradas sobre el tema en él, estuvieran también englobadas en este cuestionario.

Concretamente, los datos obtenidos en las diferentes entrevistas dieron como resultado una serie de categorías de respuesta referidas a los efectos positivos y negativos a los que se enfrentan los hijos tras la separación de sus padres. Para la elaboración del cuestionario se seleccionaron aquellas categorías de respuesta que resultaron más significativas en alguno de los diferentes grupos de edad evaluados (o en varios de ellos). Así, se confeccionó el cuestionario formulándose los efectos tanto positivos como negativos de manera genérica, aleatorizándose su presentación en el cuadernillo. Cada ítem refleja un posible efecto y se acompaña de una escala tipo Likert de "0 a 7" puntos, donde señalar la puntuación "0" implicaría que, según la opinión de quien responde, ese efecto no suele ocurrir nunca, y señalar la puntuación "7", que ese efecto suele ocurrir muy frecuentemente.

Destacar que, debido a que son más numerosos los ítems señalados en relación a los efectos negativos frente a los positivos, se optó por invertir el sentido de la formulación de algunos de dichos ítems a la hora de englobarlos en el cuestionario, aunque se interpreten posteriormente de la forma adecuada. Concretamente, los ítems invertidos fueron: *fracasan en los estudios*; *tienen dificultades en la relación con el no custodio*; y *tienen dificultades económicas*. Además de ello, el ítem *mejoran su relación con el progenitor custodio* aparece en sentido positivo, y el ítem *tienen más problemas emocionales* aparece en sentido negativo, aunque en la entrevista abierta apareciera con porcentajes similares tanto en un sentido como en el otro.

La versión utilizada para este estudio se presenta en el Anexo J.

**** Cuestionario estructurado sobre los cambios vividos por los hijos tras la ruptura parental y el grado de afectación.***

El instrumento utilizado para recabar información sobre la experiencia de los participantes tras vivir la separación de sus padres fue una adaptación del cuestionario de creencias implícitas sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura familiar en los hijos, que se acaba de describir en el apartado anterior. Concretamente, se utilizaron los mismos ítems, pero formulados ahora en primera persona. Así por ejemplo, el ítem "Se enfrentan a menos peleas y discusiones porque mejora el clima familiar" del

cuestionario de creencias implícitas aparece ahora como "Me he enfrentado a menos peleas y discusiones, porque ha mejorado el clima familiar".

Cada ítem se acompaña de dos escalas de respuesta. La primera sirve para medir con qué frecuencia le ha ocurrido al participante cada uno de los efectos citados, evaluación que se realiza a través de una escala tipo Likert de 0 a 7 puntos, donde la puntuación "0" significa que dicho evento no le ha ocurrido nunca, y la de "7" que le ocurre muy frecuentemente. La segunda escala de respuesta es similar a la anterior, con rangos que van también de 0 a 7 puntos, y se utiliza para que el participante señale el grado en que cada efecto o cambio le ha afectado, bien positiva o bien negativamente. En este caso, las puntuaciones van desde "0" que implica que no le ha afectado nada, hasta "7" que indica que le ha afectado mucho. Además, se les pedía, en el caso que un determinado cambio o efecto le hubiera sucedido, que valorasen si lo consideran como positivo (+) o como negativo (-), con el fin de comprobar si ha vivido dicha experiencia con la misma valoración propuesta en el estudio.

Se les recordaba a los participantes que los valores señalados respecto a la frecuencia no tenían por qué coincidir con los que adscribieran a la variable grado de afectación, ya que podía ocurrir que en su experiencia personal no se diera un determinado efecto o cambio, y que dicha ausencia les afectara mucho; o al revés, que ocurriera algo con relativa frecuencia, pero que ello no les afectara demasiado en su adaptación personal.

En el caso de que algún efecto o cambio señalado no hubiera pasado porque el participante nunca se haya visto en una circunstancia que propiciara la aparición de dicho efecto, se les pedía que señalaran con una "X" en la columna N.P. (No Procede), y dejaran en blanco la respuesta correspondiente a ese ítem en las dos escalas. Una copia de este cuestionario se presenta en el Anexo K.

8.2.3. Procedimiento

Se contactó inicialmente por carta con diferentes directores de centros (colegios e institutos) para informarles sobre el estudio que estábamos llevando a cabo, con el fin de pedir su autorización para realizar en ellos parte de la recogida de los datos. Posteriormente se les llamó por teléfono para concertar con ellos una cita. En aquellos

centros que aceptaron colaborar, enviamos posteriormente cartas a los padres de los grupos de alumnos seleccionados, para solicitar la participación de sus hijos.

Una vez obtenida la respuesta de los padres, se seleccionó, en cada aula, a tantos alumnos de familias separadas como de intactas, dentro de los que fueron autorizados por sus padres para participar en el estudio. Se intentó alcanzar la máxima homogeneidad posible entre ambas muestras respecto a las variables independientes de interés para el estudio (v.g., edad, sexo y nivel educativo familiar).

Señalar, no obstante, la dificultad para conseguir la muestra que participaría en el estudio, ya que, a pesar de que se explicaba claramente que el cuestionario era totalmente anónimo, algunos padres, y también alguno chicos (especialmente de familias separadas), no aceptaron participar, probablemente porque no se sintieron cómodos a la hora de colaborar. Ello nos llevó a completar la muestra a partir de los contactos individuales promovidos por algunos alumnos que cursaban 1º de Psicología y 2º de Psicopedagogía.

La entrevista con los alumnos seleccionados se realizó en las dependencias dispuestas por los centros para llevar a cabo la recogida de información, adecuando los horarios a la disponibilidad de los menores sugerida por sus profesores o tutores. Allí se les comentaban los principales objetivos del estudio, y se les daban las instrucciones sobre el orden en el que debían resolver cada instrumento y cómo debían hacerlo. En la sesión de contacto los alumnos rellenaban el *cuestionario de datos socio-demográficos y experiencia de ruptura familiar*, resolviendo cualquier duda con las responsables del estudio, y desarrollaban, por escrito, la *entrevista abierta sobre las creencias explícitas acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura de los padres en los hijos*. El cuestionario de creencias implícitas sobre el tema y el de la historia personal de ruptura, lo debían rellenar posteriormente en sus casas, y entregarlos en el plazo de una semana al tutor o profesor colaborador, quien se encargaría de recogerlos hasta que pasáramos a buscarlos. El cuestionario sobre la historia personal de ruptura tan sólo lo cumplimentaban los participantes de las familias separadas, y se les explicaba que debían hacerlo posteriormente al de las creencias implícitas. Los alumnos contaban con un teléfono de contacto para consultar cualquier duda que les pudiera surgir, después de la sesión de contacto, sobre los ítems o la forma de rellenar los cuestionarios.

El grupo de jóvenes se localizó a través de los alumnos y alumnas de 1º de Psicología y de 2º de Psicopedagogía, quienes nos pusieron en contacto con chicos y chicas de ese grupo de edad (y también respecto a los adolescentes, cuando faltaba

muestra en algún subgrupo). También participaron algunos de esos alumnos, controlando que cumplieran la condición de no haber cursado hasta ese momento alguna materia que les formaran específicamente sobre las familias no convencionales. En este caso, el primer contacto con ellos se realizó, bien en dependencias de la universidad o bien directamente en sus casas, momento en el que, al igual que con el otro grupo de edad, se les explicaba en qué consistía la investigación y se les daban las instrucciones para su ejecución, siguiendo una pauta similar a la comentada anteriormente respecto al otro grupo de edad.

Señalar por último que los participantes de ambos grupos de edad resolvieron las preguntas abiertas y los cuestionarios de manera autónoma y voluntaria.

8.3. Diseño

En este apartado se comentarán algunos aspectos relevantes que ayudarán a entender los resultados obtenidos, el procedimiento llevado a cabo para su análisis, y la organización de los mismos para su exposición.

En primer lugar, señalar que, además de las variables independientes que ya se utilizaron para explorar el estudio anterior (v.g., si se tiene o no *Experiencia de ruptura familiar*, el *Grupo de edad* al que pertenecen los participantes, su *Sexo* y su *Nivel educativo familiar*), en esta ocasión se recaba también información sobre las *características de la situación familiar* tras la ruptura. Dentro de dicha información se engloban dos temas relevantes como son el *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* y el *Grado de conflicto percibido en la actualidad*, que se utilizarán como covariables en varias de las exploraciones de los datos que se realizan.

Así, la descripción de esta nueva información responde al primer objetivo del presente estudio, y su análisis se recoge en el primer bloque del apartado de los resultados. Concretamente, se presentan los promedios (y desviaciones típicas) o los porcentajes de citación, según sea el tipo de variable a explorar, de las respuestas dadas a las preguntas realizadas respecto a la situación posterior a la ruptura. También, y para conocer si existen diferencias en las respuestas dadas por los dos grupos de edad (adolescentes y jóvenes), ante determinadas preguntas, se usan contrastes de Chi-Cuadrado. Además, a través del contraste de medias para muestras relacionadas, se explora si existen diferencias significativas entre variables, como por ejemplo, el

conflicto percibido por los participantes tras la separación y el conflicto percibido en la actualidad, valorándolo en aquellos sujetos que informan poder recordar la situación de ruptura.

Una vez expuestos los datos referidos a las *características de la situación familiar tras la ruptura*, se inicia la presentación de los resultados referidos a la *experiencia real vivida por los participantes tras la separación de sus padres*. Así, primero se presenta el promedio total (y sus correspondientes desviaciones típicas) obtenido en cada uno de los cambios o efectos recogidos en el cuestionario, atendiendo a las respuestas de los participantes.

Posteriormente se exponen los datos referidos a los Análisis de Covarianza (ANCOVAs) realizados para analizar el posible efecto de variables como el *Tiempo desde que se produjo la separación parental* o el *Grado de conflicto percibido en la actualidad por los participantes,* sobre las variables dependientes (grado de ocurrencia de los distintos cambios y efectos vividos por los participantes tras la ruptura familiar). Además, estos análisis permiten estudiar a la vez el efecto de otras variables correlacionadas (como es el caso de las variables independientes que se exploran) sobre las mismas variables dependientes. En los casos en los que el análisis salió significativo, se añade además la correlación r de Pearson para mostrar el tipo de relación que existía entre las variables de estudio y el sentido en el que se da la relación (ya sea positiva o negativa), así como el porcentaje de varianza explicada.

Cuando la covariable también afecta al grado con el que influyen las restantes variables independientes sobre las dependientes, se presentan también los efectos de dichas variables, cuando se resta el efecto ejercido por la covariable.

Seguidamente se presentan los Análisis de Varianza del modelo lineal general univariante (ANOVAs) realizados para comprobar si las variables independientes utilizadas en el estudio (grupo de edad, sexo y nivel educativo familiar), afectan a la frecuencia real citada por los participantes para cada tipo de cambio o efecto explorado, que no se viera afectado por las covariables estudiadas.

Así, para que el lector pueda apreciar el efecto de las variables independientes sobre las dependientes, se presentan las medias y las desviaciones típicas correspondientes a los distintos grupos de contraste. También comentar que, debido a la gran cantidad de datos que se van a manejar, y con el fin de organizar de forma más sencilla y clara la exposición de los resultados, se han elaborado tablas resumen que recogen tan sólo los datos de los ANCOVAs y ANOVAs que han salido significativos

con una probabilidad menor o igual al 5 por ciento. Además, se han utilizado las figuras para representar algunos de los resultados más sobresalientes dentro de los que han salido significativos.

El mismo procedimiento que se acaba de exponer en relación con el análisis de la *experiencia real vivida por los participantes tras la separación de sus padres*, se ha utilizado en la presentación de los resultados referidos al *Grado de afectación percibida por los participantes respecto a los cambios o efectos experimentados tras la ruptura familiar*.

Tras la presentación de estos resultados se incorpora un apartado en el que se analiza la posible relación entre la frecuencia de ocurrencia real de los cambios señalados por los participantes y el grado de afectación atribuido a los mismos. Para ello se llevaron a cabo Correlaciones Bivariadas con el coeficiente de correlación r de Pearson.

El procedimiento seguido en el análisis de las creencias implícitas sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura familiar en los hijos es bastante similar al que se acaba de exponer, con algunas salvedades como las siguientes. Tras la presentación de los promedios de ocurrencia señalados por los participantes, a modo de creencia implícita, se pasa al análisis del efecto de las variables independientes sobre dichos promedios, mediante la realización de ANOVAs.

Seguidamente, y para la muestra de sujetos con experiencia en ruptura familiar, se analiza, por separado, el efecto de las covariables *Tiempo desde que se produjo la ruptura* y *Grado de conflicto actual*, siguiendo para ello el mismo procedimiento explicado anteriormente. A continuación, y también analizando la misma muestra, se explora la posible relación entre la creencia implícita de los participantes sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos y la frecuencia real de ocurrencia que han señalado en dichos efectos. También se estudia la posible relación entre las creencias implícitas y el grado de afectación percibida señalada por los participantes ante dichos cambios o efectos.

A continuación se profundiza en el análisis de las creencias explícitas de los participantes sobre el tema. El procedimiento ha sido el mismo que el expuesto para el estudio de las creencias implícitas.

Recordar, además, y respecto a las creencias explícitas de los participantes, que dicha información se extrajo a partir de dos preguntas abiertas. Por tanto, para llevar a cabo el análisis de la información recabada se tomó la misma guía de categorías usada

en el Estudio 1, que a su vez se extrajo de la relación de categorías encontradas en estudios exploratorios previos realizados sobre el tema (Triana et al., 2003; Triana y Hernández, 2002).

Finalmente, el último apartado de resultados acaba con la exposición de los datos obtenidos en el análisis comparativo de las creencias explícitas e implícitas de los participantes sobre los efectos de la ruptura. Para ello, se reconvirtieron los datos obtenidos de la entrevista abierta y del cuestionario de creencias implícitas, en nuevas variables, sobre las cuales se trabajó posteriormente. Estas nuevas variables son las siguientes:

Disociación a favor de la creencia implícita (D_{fI}): Cuando no enuncia un determinado efecto o cambio en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor superior a 1 en el cuestionario semiestructurado (creencia implícita).

Concordancia en presencia del efecto en ambos tipos de creencia (C_{Pe}): Cuando enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor superior a 1 en el cuestionario semiestructurado (creencia implícita).

Concordancia en ausencia del efecto en ambos tipos de creencia (C_{Ae}): Cuando no enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor igual o inferior a 1 en el cuestionario semiestructurado (creencia implícita).

Disociación a favor de la creencia explícita (D_{fE}): Cuando enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor igual o inferior a 1 en el cuestionario semiestructurado (creencia implícita).

Para la exposición de estos resultados se presentan, en una tabla, los porcentajes de participantes que responden a cada una de ellas, así como información sobre el grupo de participantes (con experiencia y sin experiencia de ruptura familiar) que ofrece un porcentaje significativamente mayor en cada variable dependiente explorada. Este último aspecto se explora a través de la realización de ANOVAs de una vía. Dichos ANOVAs se realizaron sólo para aquellos efectos o cambios cuyos porcentajes fueron próximos al 10% en al menos uno de los niveles de la variable independiente explorada.

Por último destacar que, para todos los resultados que salieron significativos con los análisis de varianza, se calculó el tamaño del efecto a partir del estadístico η^2 parcial, estableciendo como pequeño cuando $\eta^2 > .01$ y $\eta 2 < .06$, mediano cuando $\eta^2 > .06$ y $\eta^2 < .15$, y grande cuando $\eta^2 > .15$, según el criterio establecido por Cohen (1988).

En el apartado siguiente, se inicia la exposición de los resultados obtenidos en este estudio.

Capítulo 9. Resultados del Estudio 2

RESULTADOS DEL ESTUDIO 2

LA EXPERIENCIA PERSONAL DE RUPTURA FAMILIAR Y SU INFLUENCIA EN LA REPRESENTACIÓN DE LOS EFECTOS DEL DIVORCIO

9.1. Otras características a destacar de la muestra de estudio

A pesar de que las principales variables independientes del estudio son el *Grupo de edad* al que pertenecen los participantes, si tienen o no *Experiencia de ruptura familiar*, su *Sexo* y su *Nivel educativo familiar*, se recabó más información para conocer mejor algunas características asociadas a la experiencia que tienen con situaciones de separación o divorcio, tanto a nivel familiar como fuera de dicho contexto. Se expondrán brevemente los datos obtenidos al respecto, iniciando los comentarios con la información específica de la muestra de participantes con experiencia de ruptura familiar.

Tiempo transcurrido desde la separación

El promedio de tiempo transcurrido desde que los padres de los participantes se separaron, fue de 8 años y 11 meses (DT 64,61 meses; Moda 12 años). Reagrupamos dicha variable en las siguientes categorías: *ruptura reciente* (menos de un año), *ruptura algo reciente* (entre el año y los dos años), *ruptura moderadamente reciente* (entre los dos y los cinco años) y *ruptura lejana* (más de cinco años). Así, se observó que en un 68,3% de los participantes se dio la circunstancia de una *ruptura lejana*, en un 17,5% una *ruptura moderadamente reciente*, en un 7,1% una *ruptura algo reciente*, y en un 7,1% una *ruptura reciente.* Haciendo un contraste Chi-Cuadrado, no se observaron diferencias significativas según el grupo de edad al que pertenecen los participantes.

Periodo de edad del participante en el momento de la separación

El grupo de participantes se distribuye de forma casi igualitaria entre los que tenían una edad igual o menor a los 10 años en el momento en que se produjo la ruptura de sus padres (51%) y los que tenían una edad superior (49%). Dentro de cada uno de ellos se observa una distribución similar atendiendo a variables como el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*. No obstante, haciendo un contraste de Chi-Cuadrado se observa que, respecto al *Grupo de edad,* existen diferencias significativas entre los adolescentes y los jóvenes (χ^2 = 8,306; p ≤ .004). Esto es, en el grupo de jóvenes se encuentra un mayor número de participantes cuya edad en el momento de la ruptura familiar era superior a los 10 años (59%) frente al grupo de adolescentes (38%), y a la inversa, en el grupo de adolescentes hay mayor número de participantes cuya edad era igual o menor a los 10 años (62%) frente al grupo de jóvenes (41%). Haciendo un contraste de Chi-Cuadrado, se observa que hay un mayor porcentaje de jóvenes mayores de 10 años y cuyos padres se habían separado hacía más de cinco años. Respecto al grupo de adolescentes, también se observa un porcentaje superior de participantes menores de 10 años y cuyos padres se habían separado hacía más de cinco años (χ^2 = 18,943; p ≤ .001).

Progenitor en quien recae la custodia

En nuestro estudio, la madre se perfila como el progenitor que tiene la custodia de los hijos casi en exclusividad, alcanzando el 88% de los casos, frente a los padres (5%). En el 7% restante de la muestra, la custodia es compartida. En esta distribución no se observan diferencias significativas según el *Sexo*, el *Grupo de edad* o el *Nivel educativo familiar* de los participantes.

Explorando con quién viven los participantes en la actualidad se observa que un 84,8% lo hace con la madre, un 1,63% con el padre, y el 11,41% restante reside fuera del hogar por motivos de estudio o laborales. Además, un 2,2% de los participantes argumenta que vive entre los dos hogares por igual. Resaltar que los sujetos que viven con el padre, y los que viven independizados, pertenecen todos al grupo de mayor edad (19-26 años).

Establecimiento de nuevas relaciones por parte de los progenitores

Cuando se les preguntó a los participantes si sus padres habían rehecho su vida afectiva con una nueva pareja tras la separación encontramos que, respecto al custodio, un 58,2% no lo habían hecho y un 41,8% sí. Por su parte, el 67,2% de los no custodios sí había rehecho su vida en algún momento después de la separación, mientras que el 28,9% restante no lo había hecho aún. Un 3,9% de los participantes desconocen esta última información. Así se observa que el progenitor no custodio reconstituye antes que el custodio ($\chi^2 = 34{,}995$; $p \leq .001$).

En relación con el tema, interesa también saber cuánto tiempo pasó desde que los progenitores se separaron e iniciaron una nueva relación afectiva. Concretamente, el promedio de tiempo transcurrido fue, para los custodios, de 3 años y 11 meses (DT 42,60; Moda 24, en meses), y para los no custodios de 3 años y 2 meses (DT 36,50; Moda 12, en meses). También en este caso se establecieron cuatro categorías: *reconstitución rápida* (en menos de un año tras la separación), *reconstitución moderadamente rápida* (entre el primer y segundo año tras la separación), *reconstitución moderadamente tardía* (entre el segundo y quinto año tras la separación) y *reconstitución tardía* (a partir del quinto año tras la separación). Los resultados muestran que el 23% de los custodios y el 40% de los no custodios realizaron una reconstitución rápida; el 20,3% de los custodios y el 12,4% de los no custodios una reconstitución moderadamente rápida; el 35,1% de los custodios y el 27,6% de los no custodios una reconstitución moderadamente tardía; y el 21,6% de los custodios y el 20% de los no custodios una reconstitución tardía. Al respecto, se ha observado una diferencia significativa entre los resultados que hacen referencia a una reconstitución rápida ($\chi^2 = 26{,}101$; $p \leq .001$), que indica que la realizan más los progenitores no custodios frente a los custodios.

Además, se exploró si las nuevas parejas residían o no con dichos progenitores. En este caso, un 70,7% de los custodios respondió que NO frente a un 47% de los no custodios. Así mismo, señalar que un 11,3% de los participantes tiene hermanastros derivados de las nuevas relaciones establecidas por alguno de sus progenitores con una nueva pareja, y un 24,6% sostiene relaciones con los hijos de la nueva pareja de su padre/madre.

Se realizó también el cálculo de qué porcentaje de hijos se enfrentaron a la reconstitución familiar por parte de algún progenitor cuando contaban con una edad

igual o menor a los 10 años, o igual o mayor a dicha edad, teniendo en cuenta que dicha experiencia se suele vivir de forma diferente, y que el recuerdo de la experiencia puede verse condicionado según el grupo al que se pertenezca. Así, se observó que el 71,2% de los hijos eran mayores de 10 años y el 28,8% menores de tal edad cuando el progenitor custodio comenzó a rehacer su vida afectiva; mientras que el 70,6% de los participantes tenían más de 10 años y el 29,4% menos de 10 años, cuando el no custodio inició una nueva relación.

Contacto actual con los progenitores

Las diferentes categorías de respuesta encontradas se adaptaron posteriormente a una escala con cinco posibles niveles, para su mejor análisis. Los niveles son los siguientes: *ningún contacto*, *contacto escaso* (2 ó 3 veces al año), *contacto algo frecuente* (un fin de semana al mes o visitas quincenales), *contacto bastante frecuente* (al menos 2 ó 3 veces por semana, o todos los fines de semana) y *contacto muy frecuente* (al menos 5 ó 6 veces por semana y/o contacto telefónico diario). De esta manera se observó que cuando se preguntaba por el grado de contacto que tiene el participante con el progenitor custodio, el 87,5% contestaba que *muy frecuente*, un 7,6% *bastante frecuente*, un 1,1% *algo frecuente*, y un 3,8% declaraba un *contacto escaso*. Nuevos contrastes realizados muestran, además, que el grupo de adolescentes cita significativamente más ($F_{(1,176)} = 15{,}407$; $p \leq .001$) que tiene un contacto *muy frecuente* con el progenitor custodio (M 0,97 DT 0,18) frente al grupo de jóvenes (M 0,78 DT 0,41). Lo mismo ocurre en relación a la categoría de respuesta *contacto bastante frecuente* ($F_{(1,176)} = 7{,}982$; $p \leq .005$) (M 0,13 DT 0,34 los adolescentes; M 0,02 DT 0,15 los jóvenes).

Cuando se preguntaba por el grado de contacto con el no custodio, el porcentaje varía considerablemente ya que un 27,5% respondía que *muy frecuente*, un 34,3% *bastante frecuente*, un 9% *algo frecuente*, un 18% *escaso*, y un 11,2% *ningún contacto.* Señalar que algunos de estos últimos participantes no han sostenido nunca relación con su progenitor no custodio y desconocen su condición familiar actual. No se obtuvieron diferencias significativas en los distintos niveles de contacto con el no custodio señalados por los participantes, atendiendo al grupo de edad, al sexo o al nivel educativo familiar de los participantes. Por otro lado, se exploró si el contacto con el no custodio

se podía ver condicionado por el hecho de que dicho progenitor hubiese iniciado una nueva relación afectiva o no. Los resultados muestran que en estos casos el 22,8% tenía un contacto muy frecuente con el no custodio, un 39,8% un contacto bastante frecuente, un 8,9 un contacto algo frecuente, un 19,6% un contacto escaso, y un 8,9% alegaba no tener algún contacto. Los resultados no parecen verse afectados significativamente por esta condición.

Grado de conflicto percibido tras la separación y en la actualidad

A través de dos ítems se evaluó el *Grado de conflicto percibido* por los participantes respecto al clima familiar durante el periodo circundante a la separación de los padres, y en la actualidad. Cada uno de ellos se acompañaba para su valoración de una escala likert de "0 a 6" puntos donde las "0" significaba *ningún conflicto* y "6" *alto grado de conflicto*. A la primera variable debían contestar tan sólo aquellos participantes que se consideraban con la capacidad suficiente de recordar dicho periodo (163 sujetos). En relación con la puntuación otorgada por esta muestra a este ítem se obtuvo un valor medio de conflicto percibido de 2,88 (DT 2,08).

Respecto a la segunda variable, grado de conflicto percibido en la actualidad, se obtuvo un valor medio de 1,84 (DT 1,87). Haciendo un contraste de medias para muestras relacionadas, se observa una diferencia significativa entre el conflicto percibido justo tras la separación y el conflicto percibido en la actualidad por los participantes ($t_{(162)} = 6{,}20$; $p \leq .001$), percibiendo un mayor grado de conflicto en el pasado que en la actualidad.

Siguiendo con el análisis del conflicto percibido en la actualidad, se organizó esta última variable en tres niveles. Así se observó que un 55,4% de los participantes perciben un nivel *bajo de conflicto* (puntuaciones 0 ó 1), un 30,7% un nivel *moderado* (puntuaciones 2, 3 ó 4) y un 13,9% de participantes un nivel *alto* (puntuaciones 5 ó 6). Los ANOVAs realizados con la variable dependiente *Grado de conflicto actual percibido* y las tres variables independientes (*Grupo de edad*, *Sexo* y *Nivel educativo familiar*), mostraron diferencias significativas para el nivel de conflicto moderado según el *Sexo* del participante ($F_{(1,176)} = 6{,}541$; $p \leq .011$), siendo los chicos quienes perciben más conflicto de tipo moderado (M 0,63 DT 0,48) frente a las chicas

(M 0,45 DT 0,50). No se obtuvieron diferencias significativas para el resto de los niveles de la variable explorada.

Otro dato a resaltar es que se observa que, dentro de los que muestran un mayor grado de conflicto percibido en la actualidad, hay un mayor número de casos de reconstitución por parte del progenitor no custodio.

Se exploró también el porcentaje de sujetos que no tenían contacto con el progenitor no custodio y que habían percibido un alto grado de conflicto en la actualidad. Este porcentaje fue mínimo, ya que solo un 1,6% entraba dentro de estos parámetros. Por el contrario, se calculó el porcentaje de sujetos que no tenían contacto con el no custodio y que habían contestado un "0" en el ítem sobre el conflicto actual percibido por ellos. En este caso se observó que un 5% entraba dentro de este supuesto.

Señalar, además, que dentro de los que declaran percibir un nivel moderado actual de conflicto se encuentran aquéllos que pertenecen a familias que han roto en un periodo cercano a su participación en el estudio. Esto es, dentro de los dos últimos años. Los niveles bajos y altos de conflicto percibido encontrados no parecen asociarse al periodo en el que se haya producido la ruptura.

Experiencia del participante con otros casos de separación

Aparte de su propia experiencia como hijos de padres separados, se quiso explorar también si los participantes conocían otros casos más o menos cercanos de personas separadas. Se encontró que un 27,2% contaba con la experiencia de otros casos de ruptura dentro de su familia extensa (tíos, tías, primos, abuelos, etc.), un 23% de casos relacionados con la familia de sus amigos o novios, un 4,3% de casos relativos a miembros de la familia extensa lejana (primos segundos, tíos abuelos, etc.), un 3,8% relacionados con vecinos o conocidos, y un 0,5% referidos a la ruptura vivida por algún hermano/a del propio participante. El mayor grado de información lo tenían a través de casos dentro de su propia familia de origen y de la familia extensa, seguido de los casos de sus mejores amigos y de sus novios.

9.2. *Frecuencia real de los cambios* vividos por los participantes tras la ruptura parental

En este apartado se explora la *Frecuencia de ocurrencia* de diferentes efectos que pueden haber vivido los participantes de nuestro estudio tras la separación de sus padres. Dicha información se recogió a través del cuestionario sobre los *cambios vividos por los hijos tras la ruptura parental y el grado de afectación,* cuya escala de frecuencia iba de "0 a 7" puntos. En la Tabla 28 se presentan las frecuencias medias y desviaciones típicas señaladas por los participantes para los diferentes cambios recogidos en el cuestionario.

Tabla 28. Promedio de ocurrencia y desviaciones típicas de los cambios vividos tras la ruptura parental, obtenidos en la Frecuencia de ocurrencia, según los participantes.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	M	DT
Ha mejorado el clima familiar	3,15	2,41
Me he vuelto más egoísta y caprichoso	1,24	1,88
He tenido problemas de adaptación	2,22	2,44
He pasado más tiempo solo	2,43	2,50
He evitado el maltrato	0,85	1,99
He aceptado la separación	5,51	2,15
He mejorado en los estudios	1,79	2,14
He mejorado mi relación con el progenitor custodio	3,76	2,61
Me he sentido culpable de la separación	0,89	1,87
Me he vuelto más independiente	3,35	2,47
He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí	4,39	2,50
Siento menos admiración por mis padres	1,99	2,39
He ganado experiencia sobre el divorcio	3,72	2,37
He tenido problemas emocionales	3,14	2,59
He mostrado problemas de carácter y de comportamiento	2,47	2,58
He mejorado mi relación con el progenitor no custodio	2,31	2,50
He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres	3,26	2,60
Sostengo menos contacto con el progenitor no custodio	3,63	2,88
Me he hecho más maduro	4,36	2,25
Me he aislado de los compañeros	0,90	1,74
Mis padres son más permisivos	1,94	2,22
Me he unido mucho al progenitor custodio	2,61	2,48
Pienso que soy diferente a otros compañeros	1,78	2,44
Me he sentido molesto con jueces y otros	1,46	2,44
Me he enfrentado a nuevos problemas	1,49	2,35
Me he aferrado a los estudios	0,76	1,54
He adquirido nuevos vicios	0,87	1,95
Rechazo más el matrimonio	2,36	2,50
Ahora sé resolver mejor los conflictos	3,07	2,17
Me he sentido menos querido	1,41	2,31
Mis padres son más autoritarios	1,85	2,24
He perdido un modelo de identificación	1,64	2,28
Tengo mejor economía que antes	1,51	2,26

Los efectos o cambios que citan los participantes como más frecuentes son *la aceptación de la separación*, el *mayor apoyo que existe entre los hermanos*, y la *mayor madurez* que alcanzan tras la experiencia, seguidos de *la mejora en su relación con el progenitor custodio* y que *han ganado Experiencia sobre la situación de ruptura*. También destacan *el menor contacto que sostienen con el progenitor no custodio*, éste como un aspecto negativo relevante. Por el contrario, dentro de los cambios que parecen ser menos frecuentes se encuentran *el hecho de aferrarse a los estudios, la adquisición de nuevos vicios, el aislarse de los compañeros, el sentirse culpable por la separación*, y *el evitar casos de maltrato*.

Destacar que algunas de las desviaciones típicas encontradas obtienen valores algo altos debido a la gran heterogeneidad que caracteriza a las experiencias vividas por los participantes tras la ruptura parental.

9.2.1. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes

Con el fin de analizar si el *Tiempo transcurrido desde que se produjo la ruptura parental* puede afectar a la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios tras la separación que se analizan en el estudio, o mediar también en la relación entre las variables independientes a explorar y la frecuencia de ocurrencia de dichos cambios, se realizaron diferentes ANCOVAS. Los resultados muestran tan sólo un efecto significativo en el ítem *he aceptado la separación de mis padres* ($F_{(1, 173)} = 6{,}284$; $p \leq .013$). A través de la correlación r de Pearson ($r = .15$, $p \leq .040$) se comprobó que existe una relación positiva entre ambas variables, lo que indica que cuanto mayor es el tiempo de separación, mayor es el grado de aceptación de la ruptura que señalan los participantes. Esta relación explica un 2,2% de la varianza en común, observándose un tamaño del efecto pequeño.

La covariable no parece tampoco ejercer efectos sobre la posible relación entre las variables independientes del estudio (*Grupo de edad*, *Sexo* y *Nivel educativo familiar*) y las variables dependientes (*Frecuencia de ocurrencia* de los distintos cambios explorados en el cuestionario).

9.2.2. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes

En este apartado exponemos los resultados de los ANCOVAS realizados con el fin de explorar si la variable *Grado de conflicto actual percibido* puede afectar en la frecuencia de ocurrencia de los cambios vividos por los participantes tras la ruptura parental, o incluso, mediar en la relación entre las variables independientes a explorar (*Grupo de edad*, *Sexo* y *Nivel educativo familiar*) y *la Frecuencia de ocurrencia* de dichos cambios. Las correlaciones nos indicarán si existe o no relación entre la covariable y las variables dependientes a estudiar, y en caso afirmativo, el sentido de la relación. La Tabla 29 recoge los principales resultados obtenidos al respecto.

Tal y como se puede observar, la variable covariante *Grado de conflicto actual percibido* tiene un efecto significativo sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los ítems que aparecen en la Tabla 29. En todos los casos las correlaciones son positivas, lo que implica que cuanto mayor es el grado de conflicto percibido, mayor es la frecuencia de ocurrencia señalada por los participantes respecto a los cambios que han salido significativos en los análisis.

Así, los ítems *me he vuelto más egoísta y caprichoso*, *he pasado más tiempo solo, me he sentido culpable de la separación, consigo más cosas de mis padres,* y *he sentido que soy diferente a otros,* explican menos de un 5% de la varianza. Los ítems *he tenido problemas emocionales* y *rechazo más el matrimonio*, explican un 6% de la varianza. Los ítems *he tenido problemas de carácter y de comportamiento* y *he perdido un modelo de identificación*, explican un 7% y 7,2%, respectivamente. Por último, los ítems *me he sentido confuso y molesto con los jueces* y *me he enfrentado a nuevos problemas*, son los que mayor porcentaje de varianza explicada obtienen, con un 8% y 8,3% respectivamente. Destacar, además, que más de la mitad de los cambios que han salido significativos obtienen un tamaño del efecto mediano en los análisis, y el resto un tamaño pequeño.

Tabla 29. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios tras la separación, y tamaño de los efectos encontrados.

Efectos significativos de la covariable, y sus respectivas correlaciones		Efectos de las Variables independientes, restando el efecto ejercido por la covariable	
TIPO DE CAMBIO O EFECTO	r	GE	GE * NEF
Me he vuelto más egoísta y caprichoso $F_{(1, 170)} = 4{,}708$; $p \leq .031$ (•)	.16*		
He pasado más tiempo solo $F_{(1, 170)} = 7{,}392$; $p \leq .007$ (•)	.17*	$F_{(1, 170)} = 11{,}890$; $p \leq .001$ (••)	
Me he sentido culpable de la separación $F_{(1, 170)} = 5{,}462$; $p \leq .021$ (•)	.20**		
He tenido problemas emocionales $F_{(1, 170)} = 10{,}297$; $p \leq .002$ (••)	.22**	$F_{(1, 170)} = 12{,}190$; $p \leq .001$ (••)	
He tenido problemas de carácter y de comportamiento $F_{(1, 170)} = 12{,}428$; $p \leq .001$ (••)	.24***		$F_{(1, 170)} = 5{,}521$; $p \leq .020$ (•)
Consigo más cosas de mis padres $F_{(1, 170)} = 5{,}818$; $p \leq .017$ (•)	.19**		
He sentido que soy diferente a otros $F_{(1, 170)} = 7{,}696$; $p \leq .006$ (•)	.21**		
Me he sentido molesto con jueces y otros $F_{(1, 170)} = 14{,}655$; $p \leq .001$ (••)	.25***	$F_{(1, 170)} = 6{,}065$; $p \leq .015$ (•)	
Me he enfrentado a nuevos problemas $F_{(1, 170)} = 15{,}217$; $p \leq .001$ (••)	.29***		$F_{(1, 170)} = 4{,}980$; $p \leq .027$ (•)
Rechazo más el matrimonio $F_{(1, 170)} = 10{,}170$; $p \leq .002$ (••)	.23**		
He perdido un modelo de identificación $F_{(1, 170)} = 13{,}163$; $p \leq .001$ (••)	.25***		

r = coeficiente de Pearson *p≤ .05 ** p≤ .01 *** p≤ .001; (•) Efecto pequeño (••) Efecto mediano
GE: Grupo de edad; NEF: Nivel educativo familiar

Otros efectos de las variables independientes restando el efecto ejercido por la covariable *Grado de conflicto actual percibido*

Además de los efectos directos del *Grado de conflicto actual percibido* sobre los cambios que han salido significativos, se aprecia que la covariable afecta también al grado con el que algunos cambios se ven influidos por las variables independientes utilizadas en el estudio, como es el caso de la variable *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar* en interacción con la anterior. Dichos resultados se recogen en la

misma tabla, presentando los efectos encontrados una vez que se resta el efecto ejercido por la covariable. El análisis de estos resultados, así como los contrastes a posteriori realizados en cada caso, se presentan a continuación en los apartados siguientes.

Efectos de la variable Grupo de edad

Respecto a la variable *Grupo de edad*, se observaron diferencias significativas para los siguientes ítems: *he pasado más tiempo solo* (GE 1: M 1,80 DT 2,35; GE 2: M 3,00 DT 2,56), *he tenido problemas emocionales* (GE 1: M 2,52 DT 2,53; GE 2: M 3,70 DT 2,60), y *me he sentido molesto con los jueces y otros* (GE 1: M 1,11 DT 2,23; GE 2: M 1,84 DT 2,63). Así, se observa que en todos los casos el grupo de jóvenes señala una mayor frecuencia de ocurrencia de estos efectos frente al grupo de los adolescentes. Además, se obtiene un tamaño del efecto mediano en los dos primeros ítems, y un efecto pequeño en el último.

Efectos de las variables Grupo de edad y Nivel educativo familiar

Tras los análisis realizados y controlando el efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido*, se producen interacciones significativas con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2) para los ítems *he tenido problemas de carácter y de comportamiento*, y *me he enfrentado a nuevos problemas*, ambos con un tamaño del efecto pequeño. La representación gráfica de dichas interacciones se presenta en las Figuras 54 y 55.

Una vez realizados los contrastes simples para analizar este efecto se observa que, tomando como referencia la variable *Nivel educativo familiar*, se comprueba que, dentro de los participantes de nivel educativo alto, son los jóvenes (M 3,00 DT 2,70) los que mayor frecuencia de ocurrencia señalan frente a los adolescentes (M 1,27 DT 2,10) ($t_{(182)} = 3,45$; $p \leq .001$). Tomando ahora como referencia la variable *Grupo de edad*, se observa que los adolescentes de medio-bajo nivel educativo (M 2,80 DT 2,80) señalan más que los de alto nivel (M 1,27 DT 2,10) la ocurrencia de este efecto ($t_{(182)} = 2,61$; $p \leq .010$).

HE TENIDO PROBLEMAS DE CARÁCTER Y DE COMPORTAMIENTO

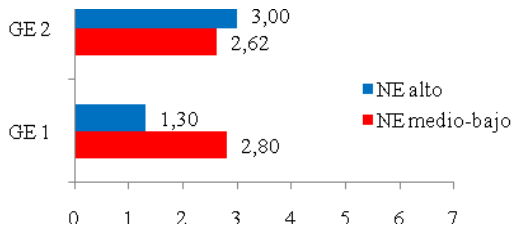


Figura 54. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

ME HE ENFRENTADO A NUEVOS PROBLEMAS

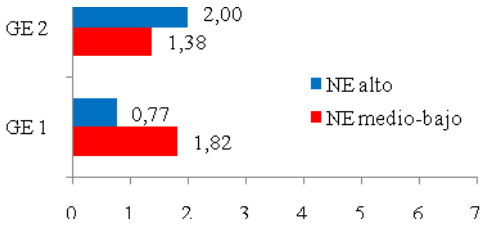


Figura 55. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

En este caso y respecto a los contrastes simples se observa que, tomando como referencia la variable *Nivel educativo familiar*, los jóvenes de nivel alto (M 2,00 DT 2,73) señalan más la existencia de este cambio frente a los adolescentes del mismo nivel (M 0,77 DT 1,74) ($t_{(182)} = 2,63$; $p \leq .009$). No se observaron diferencias significativas tomando como referencia la variable *Grupo de edad*.

9.2.3. Estudio del efecto de las variables independientes sobre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios señalados por los participantes

Se pasó a explorar el posible efecto de las variables independientes *Grupo de edad, Sexo* y *Nivel educativo familiar*, sobre la *Frecuencia* con que ocurren los restantes cambios o efectos que no parecieron verse afectados por las covariables exploradas. Los resultados significativos encontrados en los ANOVAS realizados se presentan de forma resumida en la Tabla 30. Las variables *Sexo* y *Nivel educativo familiar* ejercen un efecto principal sobre determinados cambios, y también efectos interactivos entre ellas, o con la variable *Grupo de edad*. El grado de los efectos encontrados en todos los casos es pequeño. Se comentan a continuación dichos resultados de forma más pormenorizada.

Efectos de la variable Sexo

Atendiendo al *Sexo* de los participantes, se observa que las chicas puntúan más alto la frecuencia de ocurrencia del cambio *he mejorado mi relación con el progenitor no custodio* (M 2,74 DT 2,61) frente a los chicos (M 1,89 DT 2,41). Lo mismo ocurre respecto al cambio *me he aislado de mis compañeros* (M 1,20 DT 2,03; M 0,60 DT 1,33, respectivamente).

Además, cuando exploramos específicamente al grupo de participantes que tenían más de 10 años cuando se produjo la separación, también sale significativo el cambio *he tenido problemas emocionales* ($F_{(1, 81)}$= 4,589; $p \leq .035$), siendo las chicas quienes señalan más este efecto (M 3,83 DT 2,65) frente al grupo de chicos (M 2,60 DT 2,52).

Tabla 30. ANOVAs significativos en los análisis realizados con la variable dependiente *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Sexo	NEF	GE * Sexo	GE * NEF	Sexo* NEF
He tenido problemas de adaptación a los cambios					$F_{(1, 176)} = 5{,}347$; $p \leq .022$
Me he vuelto más independiente			$F_{(1, 176)} = 4{,}427$; $p \leq .037$		$F_{(1, 176)} = 6{,}794$; $p \leq .010$
Siento menos admiración por mis padres				$F_{(1, 176)} = 4{,}281$; $p \leq .040$	
He mejorado mi relación con el progenitor no custodio	$F_{(1, 176)} = 5{,}218$; $p \leq .024$	$F_{(1, 176)} = 3{,}964$; $p \leq .048$			
Me he aislado de mis compañeros	$F_{(1, 176)} = 5{,}567$; $p \leq .019$			$F_{(1, 176)} = 6{,}551$; $p \leq .011$	
He adquirido nuevos vicios				$F_{(1, 176)} = 8{,}742$; $p \leq .004$	
He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres		$F_{(1, 176)} = 4{,}881$; $p \leq .029$			
Me he sentido menos querido				$F_{(1, 176)} = 5{,}683$; $p \leq .018$	

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; NEF: nivel educativo familiar

Efectos de la variable Nivel educativo familiar

La variable independiente *Nivel educativo familiar* muestra dos efectos principales en los Anovas realizados. El primero de ellos en el ítem *he mejorado mi relación con el progenitor no custodio*, observándose que los participantes de nivel educativo familiar alto (M 2,70 DT 2,60) señalan mayor ocurrencia de este cambio frente a los de nivel medio-bajo (M 1,95 DT 2,50). El segundo efecto principal se observa en el ítem *he aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres*, donde de nuevo son los participantes de alto nivel (M 3,70 DT 2,50) los que ofrecen puntuaciones mayores de ocurrencia de dicho cambio frente a los de nivel medio-bajo (M 2,79 DT 2,70).

Señalar, además, que cuando se introduce la condición de explorar el efecto de la variable *Nivel educativo familiar* en el caso específico de que los hijos tuvieran más de 10 años cuando se produjo la separación (asegurándonos así un mejor recuerdo por su parte) sale significativo también el cambio *he pasado más tiempo solo* ($F_{(1, 81)} = 5,097$; $p \leq .027$), siendo los participantes de alto nivel (M 2,90 DT 2,42) los que señalan mayor frecuencia de esta realidad frente a los de medio-bajo nivel (M 1,80 DT 2,26).

Efectos de las variables Grupo de edad y Sexo

Además de los efectos principales anteriormente señalados, los ANOVAs realizados mostraron también otros resultados significativos como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes. Así por ejemplo, en los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 2 x 2), sobre la frecuencia de ocurrencia de los diferentes cambios explorados en el cuestionario (variables dependientes), se obtuvo una interacción significativa en el ítem *me he vuelto más independiente*, cuya representación gráfica se presenta a continuación.

ME HE VUELTO MÁS INDEPENDIENTE

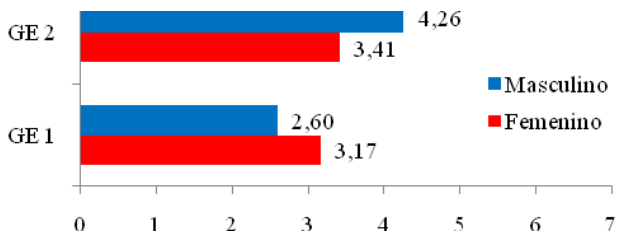


Figura 56. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Sexo* del participante se observa que, en el caso de los varones, los jóvenes (M 4,26 DT 2,31) obtienen un promedio de ocurrencia mayor en dicho cambio frente a los adolescentes (M 2,60 DT 2,31) ($t_{(182)} = 3,47$; $p \leq .001$). Tomando en consideración la variable *Grupo de edad*, no se observaron diferencias significativas en función del sexo del participante.

Análisis más específicos muestran otros datos de interés que pasamos a señalar. Por ejemplo, cuando se explora a los sujetos cuyos padres se separaron cuando ellos tenían más de 10 años y cuando se da la condición de que al menos alguno de ellos ha reconstituido su núcleo familiar, varios efectos parecen verse afectados de forma significativa por la interacción de estas dos variables. Ello ocurre, por ejemplo, en los cambios *he pasado más tiempo solo* ($F_{(1,\ 95)} = 4,919$; $p \leq .029$), *me he vuelto más independiente* ($F_{(1,\ 95)} = 7,359$; $p \leq .008$), y *mis padres son más autoritarios* ($F_{(1,\ 95)} = 5,509$; $p \leq .021$). La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación, en las Figuras 57, 58 y 59.

Así, de los efectos simples de contrastes con la variable *Sexo* del participante, se observa que los jóvenes varones (M 3,70 DT 2,60) señalan mayor frecuencia en dicho cambio frente a los adolescentes varones (M 1,17 DT 2,14) ($t_{(95)} = 2,85$; $p \leq .005$). Tomando en consideración la variable *Grupo de edad*, no se observaron diferencias significativas en función del sexo del participante.

HE PASADO MÁS TIEMPO SOLO

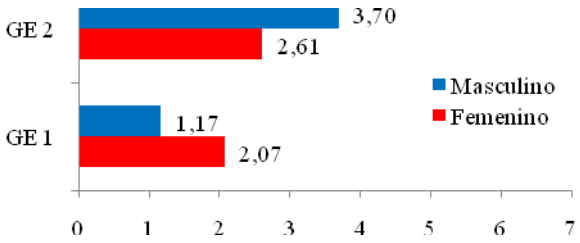


Figura 57. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

ME HE VUELTO MÁS INDEPENDIENTE

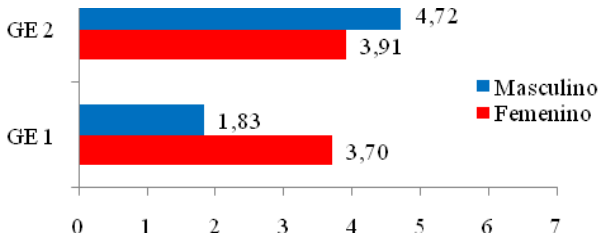


Figura 58. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el grupo *de edad* y el *Sexo*.

También respecto a este ítem se observa que los varones jóvenes (M 4,72 DT 2,33) ofrecen una mayor frecuencia de ocurrencia que los adolescentes del mismo sexo (M 1,83 DT 2,12) ($t_{(95)} = 3,47$; $p \leq .001$). La variable *Grupo de edad* no parece afectar tampoco aquí en los resultados.

MIS PADRES SON MÁS AUTORITARIOS

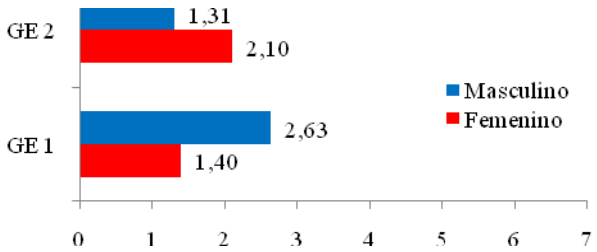


Figura 59. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Por el contrario, de los efectos simples de contrastes con la variable *Sexo* del participante se observa que los adolescentes varones (M 2,63 DT 2,41) señalan mayor frecuencia en dicho cambio frente a los jóvenes varones (M 1,31 DT 2,10) ($t_{(95)}$ = 2,40; p ≤ .017). Tomando en consideración la variable *Grupo de edad*, no se observaron diferencias significativas en función del sexo del participante.

Efectos de las variables Grupo de edad y Nivel educativo familiar

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2), sobre la frecuencia de ocurrencia de los cambios tras la separación parental (variables dependientes), se obtuvieron diversos efectos interactivos significativos que pasamos a comentar.

Así, de los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, los de nivel educativo familiar alto señalan una frecuencia de ocurrencia mayor (M 3,04 DT 2,70) en dicho cambio frente a los de nivel medio-bajo (M 2,04 DT 2,40) ($t_{(182)}$ = 2,07; p ≤ .040). Tomando en consideración ahora la variable *Nivel educativo familiar*, se comprueba que dentro del grupo de nivel educativo familiar alto, los jóvenes ofrecen un mayor promedio en dicho cambio (M 3,04 DT 2,70) frente a los adolescentes (M 1,24 DT 1,82) ($t_{(182)}$ = 3,73; p ≤ .001).

SIENTO MENOS ADMIRACIÓN POR MIS PADRES

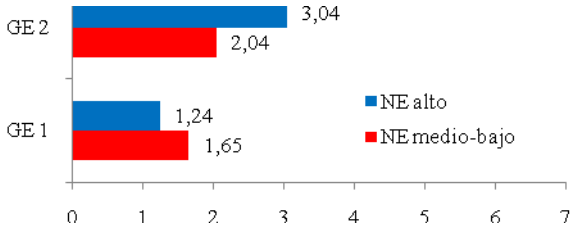


Figura 60. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

ME HE AISLADO DE MIS COMPAÑEROS

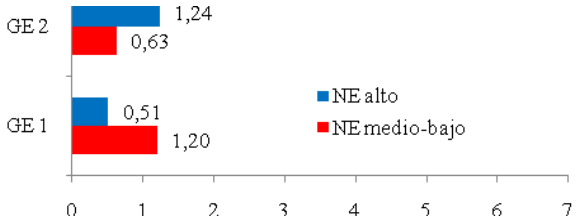


Figura 61. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Atendiendo a los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Nivel educativo familiar*, los resultados muestran que dentro del grupo de alto nivel educativo, este ítem lo puntúa más el grupo de jóvenes (M 1,24 DT 2,00) frente al de adolescentes (M 0,51 DT 1,25) ($t_{(182)}$ = 2,03; p ≤ .044). Cuando utilizamos como variable de contraste el *Grupo de edad*, no aparecen diferencias significativas.

HE ADQUIRIDO NUEVOS VICIOS

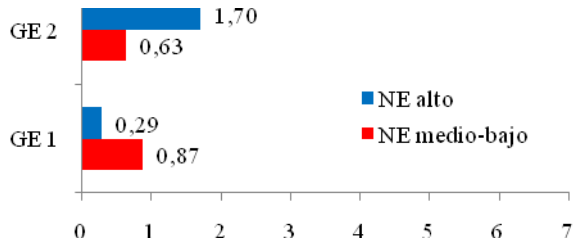


Figura 62. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

De los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Grupo de edad,* los resultados muestran que la frecuencia de dicho cambio es mayor en el caso de los jóvenes de alto nivel educativo familiar (M 1,70 DT 2,50) frente a los de bajo-medio nivel educativo (M 0,63 DT 1,76) ($t_{(182)} = 2,70$; $p \leq .008$). Cuando se toma como variable de referencia el *Nivel educativo familiar*, en el nivel alto, es el grupo de jóvenes el que (M 1,70 DT 2,50) puntúa mayor frecuencia en dicho efecto frente al grupo de adolescentes (M 0,29 DT 1,30) ($t_{(182)} = 3,56$; $p \leq .001$).

ME HE SENTIDO MENOS QUERIDO

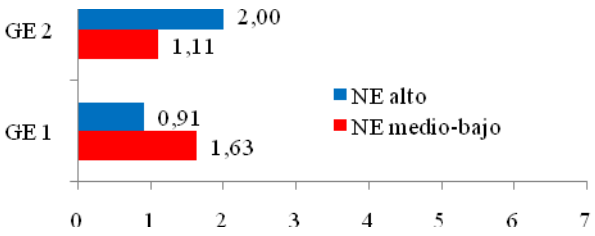


Figura 63. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Respecto a este cambio, los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Nivel educativo familiar* muestran que, dentro del grupo de alto nivel

educativo, el grupo de jóvenes (M 2,00 DT 2,54) destaca una mayor frecuencia de ocurrencia frente al grupo de adolescentes (M 0,91 DT 1,94) ($t_{(182)} = 2,26$; $p \leq .044$). Sin embargo, cuando utilizamos como variable de contraste el *Grupo de edad*, no aparecen diferencias significativas entre los subgrupos.

Efectos de las variables Sexo y Nivel educativo familiar

Se obtuvieron otras interacciones significativas en los ANOVAs realizados con las variables *Sexo* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de frecuencia de ocurrencia de los cambios (variables dependientes), que se comentarán a continuación.

HE TENIDO PROBLEMAS DE ADAPTACIÓN A LOS CAMBIOS

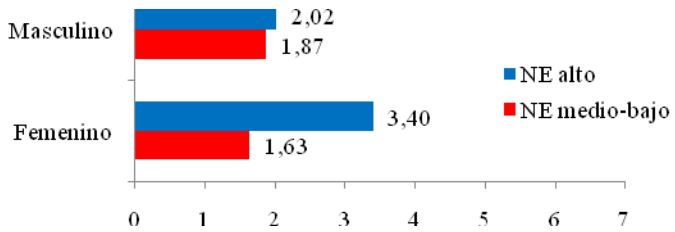


Figura 64. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

De los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Sexo* de los participantes, los resultados muestran que, dentro del grupo de chicas, reflejan una mayor frecuencia de ocurrencia las de nivel educativo familiar alto (M 3,40 DT 2,46) frente a las de nivel educativo medio-bajo (M 1,63 DT 2,23) ($t_{(182)} = 3,56$; $p \leq .001$). Cuando se toma como variable de referencia el *Nivel educativo familiar* se observa que, en el grupo de alto nivel educativo, son las chicas (M 3,40 DT 2,46) las que señalan mayor frecuencia del cambio frente a los chicos (M 2,02 DT 2,24) ($t_{(182)} = 2,78$; $p \leq .006$).

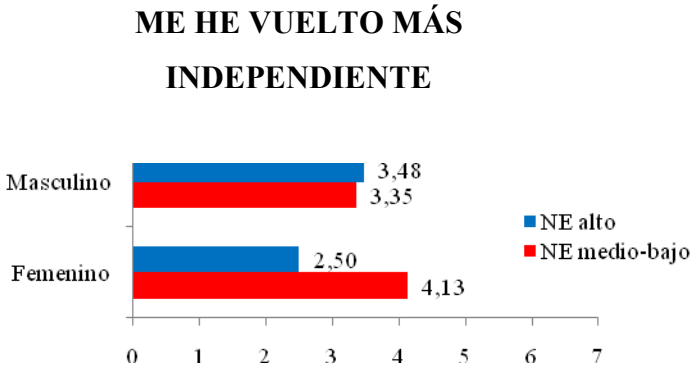


Figura 65. Frecuencias promedio de ocurrencia obtenidas en el ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

De los efectos simples de los contrastes tomando como variable el *Sexo* de los participantes, los resultados muestran que son las chicas de nivel educativo medio-bajo (M 4,13 DT 2,53) quienes más frecuencia de ocurrencia señalan frente a las de nivel alto (M 2,50 DT 2,20) ($t_{(182)}$ = 3,42; p ≤ .001). Por su parte, cuando se toma como variable de referencia el *Nivel educativo familiar* se observa que, en el grupo de alto nivel, son los chicos (M 3,48 DT 2,63) los que señalan una mayor frecuencia frente a las chicas (M 2,50 DT 2,20) ($t_{(182)}$ = 2,09; p ≤ .038).

9.3. *Grado en que los participantes se han visto afectados* por los diferentes cambios experimentados tras la ruptura parental

Analizaremos en este apartado en qué *Grado se han visto afectados* los participantes por los numerosos y variados cambios a los que se han visto expuestos tras la separación de sus progenitores. Ésta es la segunda variable dependiente que se explora a través del cuestionario sobre los *cambios vividos por los hijos tras la ruptura parental y el grado de afectación.* La valoración se realizó mediante una escala ascendente de puntuaciones (de menor a mayor afectación) de "0 a 7" puntos. En la Tabla 31 se presentan los grados de afectación promedios y las desviaciones típicas señaladas por los participantes para los diferentes cambios recogidos en el cuestionario.

Tabla 31. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios vividos tras la ruptura parental, obtenidos en el *Grado de afectación*, según los participantes.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	M	DT
Ha mejorado el clima familiar	3,88	2,50
Me he vuelto más egoísta y caprichoso	1,67	2,31
He tenido problemas de adaptación	2,50	2,50
He pasado más tiempo solo	2,35	2,41
He evitado el maltrato	1,05	2,30
He aceptado la separación	4,35	2,60
He mejorado en los estudios	2,46	2,54
He mejorado mi relación con el progenitor custodio	4,02	2,47
Me he sentido culpable de la separación	1,26	2,22
Me he vuelto más independiente	3,27	2,49
He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí	4,33	2,52
Siento menos admiración por mis padres	1,82	2,23
He ganado experiencia sobre el divorcio	3,58	2,40
He tenido problemas emocionales	3,15	2,68
He mostrado problemas de carácter y de comportamiento	2,46	2,50
He mejorado mi relación con el progenitor no custodio	2,77	2,69
He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres	3,71	2,60
Sostengo menos contacto con el progenitor no custodio	3,13	2,62
Me he hecho más maduro	4,36	2,28
Me he aislado de los compañeros	1,49	2,36
Mis padres son más permisivos	2,27	2,40
Me he unido mucho al progenitor custodio	2,89	2,50
Pienso que soy diferente a otros compañeros	1,63	2,39
Me he sentido molesto con jueces y otros	1,50	2,47
Me he enfrentado a nuevos problemas	1,64	2,50
Me he aferrado a los estudios	1,20	2,07
He adquirido nuevos vicios	1,07	2,14
Rechazo más el matrimonio	2,34	2,44
Ahora sé resolver mejor los conflictos	3,07	2,34
Me he sentido menos querido	1,71	2,57
Mis padres son más autoritarios	2,11	2,43
He perdido un modelo de identificación	1,81	2,42
Tengo mejor economía que antes	2,13	2,61

Como se puede observar, los cambios que parecen haber impactado más en los participantes de familias separadas que participan en el estudio, según su propia opinión, son los siguientes: el hecho de *hacerse más maduros*, el llegar a *aceptar la separación de los progenitores*, el mayor *apoyo existente entre los hermanos*, y la *mejora en la relación sostenida con el progenitor custodio*. Le siguen en importancia la *mejora del clima familiar* y la *aceptación de las nuevas parejas e hijos de sus*

progenitores. Por el contrario, entre los señalados como de menor impacto de forma general están, el poder *evitar situaciones de maltrato* (considerado como un cambio positivo para ellos) y el de *haber adquirido nuevos vicios* (considerado como un cambio negativo).

9.3.1. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre el *Grado de afectación* de los cambios señalados por los participantes

Tras los análisis de ANCOVAs realizados tomando como covariable el *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental*, se observó que dicha variable no parece influir en el *Grado de afectación* señalado por los participantes respecto a los cambios sufridos tras el divorcio de los padres, con la excepción del efecto encontrado sobre el ítem *he mejorado mi relación con el progenitor custodio*, que sí se ve influido por dicha variable ($F_{(1,\ 174)} = 5{,}568$; $p \leq .019$). La correlación r de Pearson muestra la relación entre estas dos variables y la fuerza de esa asociación ($r = .21$ $p \leq .003$), obteniéndose una relación positiva entre ambas. Así, cuanto más aumenta el tiempo de separación de los padres, más positivamente se vive la relación entre los participantes y su progenitor custodio. Esta relación explica un 4,4% de la varianza en común, siendo el tamaño del efecto pequeño.

La covariable explorada tampoco parece ejercer efectos sobre la posible relación entre las variables independientes del estudio (*Grupo de edad*, *Sexo* y *Nivel educativo familiar*) y las variables dependientes (*Grado de afectación* de los distintos cambios explorados en el cuestionario).

9.3.2. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el *Grado de afectación* de los cambios señalados por los participantes

En este apartado exponemos los resultados de los ANCOVAS realizados cuando se exploró si la variable *Grado de conflicto actual percibido* puede afectar sobre el *Grado de afectación* de los cambios tras la ruptura parental señalados por los participantes, o incluso, si dicha covariable afecta en la relación entre las variables independientes del estudio (*Grupo de edad, Sexo* y *Nivel educativo familiar*) y las variables dependientes (grado de afectación con que se viven los cambios). La Tabla 32 recoge los principales resultados obtenidos al respecto.

Tal y como se puede observar (ver Tabla 32), la variable covariante *Grado de conflicto actual percibido* se relaciona positivamente con el *Grado de afectación* con el que los participantes viven los cambios o efectos tras la ruptura parental que han salido significativos en los ANCOVAS. Ello implica que cuanto mayor sea el grado de conflicto percibido, mayor es la afectación señalada por los participantes en los cambios que han obtenido resultados significativos en los análisis realizados. El tamaño del efecto encontrado en las relaciones es mediano para los ítems *he tenido problemas emocionales*, *consigo más cosas de mis padres*, *me he sentido molesto con los jueces y otros*, y *he perdido un modelo de identificación*. En el resto de los casos el tamaño del efecto ha sido pequeño.

Señalar, además, que los ítems *he pasado más tiempo solo*, *he aceptado la separación*, *me he sentido culpable de la separación*, *me he aislado de mis compañeros*, *me he unido mucho al progenitor custodio*, *rechazo más el matrimonio* y *he sentido que se me quiere menos*, explican menos de un 5% de la varianza; *he tenido problemas de carácter y de comportamiento* y *he sentido que soy diferente a otros* explican un 5,1% de la varianza; *he perdido un modelo de identificación* explica un 6,5%; *he tenido problemas emocionales*, *consigo más cosas de mis padres*, y *me he enfrentado a nuevos problemas*, explican cerca del 8%; y por último, *me he sentido confuso y molesto con la decisión de jueces* explica un 9,1% de la varianza.

Tabla 32. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el *Grado de afectación de los cambios* tras la separación, y tamaño de los efectos encontrados.

Efectos significativos de la covariable, y sus respectivas correlaciones		Efectos de las Variables independientes, restando el efecto ejercido por la covariable		
TIPO DE CAMBIO O EFECTO	r	GE	GE * SEXO	GE * NEF
He pasado más tiempo solo $F_{(1, 170)} = 8{,}602$; $p \leq .004$ (•)	.20 **	$F_{(1, 170)} = 4{,}301$; $p \leq .040$ (•)		
He aceptado la separación $F_{(1, 170)} = 4{,}658$; $p \leq .032$ (•)	.16 *			
Me he sentido culpable de la separación $F_{(1, 170)} = 7{,}658$; $p \leq .006$ (•)	.22 **			
He tenido problemas emocionales $F_{(1, 170)} = 13{,}655$; $p \leq .001$ (••)	.24 ***	$F_{(1, 170)} = 10{,}199$; $p \leq .002$ (••)		
He tenido problemas de carácter y de comportamiento $F_{(1, 170)} = 8{,}705$; $p \leq .004$ (•)	.20 **	$F_{(1, 170)} = 7{,}600$; $p \leq .006$ (•)		
Me he aislado de mis compañeros $F_{(1, 170)} = 4{,}590$; $p \leq .034$ (•)	.17 *			
Consigo más cosas de mis padres $F_{(1, 170)} = 14{,}611$; $p \leq .001$ (••)	.28 ***			
Me unido mucho al progenitor custodio $F_{(1, 170)} = 4{,}082$; $p \leq .045$ (•)	.19 *			$F_{(1, 170)} = 7{,}390$; $p \leq .007$ (•)
He sentido que soy diferente a otros $F_{(1, 170)} = 9{,}126$; $p \leq .003$ (•)	.21 **		$F_{(1, 170)} = 7{,}426$; $p \leq .007$ (•)	
Me he sentido molesto con jueces y otros $F_{(1, 170)} = 17{,}009$; $p \leq .001$ (••)	.27 ***		$F_{(1, 170)} = 8{,}831$; $p \leq .003$ (•)	
Me he enfrentado a nuevos problemas $F_{(1, 170)} = 13{,}897$; $p \leq .001$ (•)	.27 ***		$F_{(1, 170)} = 4{,}491$; $p \leq .036$ (•)	
Rechazo más el matrimonio $F_{(1, 170)} = 8{,}495$; $p \leq .004$ (•)	.20 **			
He sentido que se me quiere menos $F_{(1, 170)} = 3{,}967$; $p \leq .048$ (•)	.15 *		$F_{(1, 170)} = 5{,}023$; $p \leq .026$ (•)	
He perdido un modelo de identificación $F_{(1, 170)} = 11{,}718$; $p \leq .001$ (••)	.24 ***			

r = coeficiente de Pearson *p ≤ .05 ** p ≤ .01 *** p ≤ .001 (•) Efecto pequeño (••) Efecto mediano
GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; NEF: nivel educativo familiar

Otros efectos de las variables independientes restando el efecto ejercido por la covariable *Grado de conflicto actual percibido*.

Se aprecia que el *Grado de conflicto actual percibido* afecta, a su vez, en el influjo que ejercen las variables independientes sobre algunas de las variables dependientes que ahora se exploran. En estos casos, el tamaño del efecto encontrado ha sido pequeño, salvo para el ítem *he tenido problemas emocionales*, cuyo efecto ha sido mediano. A continuación se comentan los resultados más significativos encontrados.

Efectos de la variable Grupo de edad

Respecto a la variable *Grupo de edad*, se observaron diferencias significativas para los ítems: *he pasado más tiempo solo* (GE 1: M 2,02 DT 2,45; GE 2: M 2,67 DT 2,40), *he tenido problemas emocionales* (GE 1: M 2,63 DT 2,61; GE 2: M 3,71 DT 2,70), y *he tenido problemas de carácter y de comportamiento* (GE 1: M 1,97 DT 2,41; GE 2: M 2,90 DT 2,66). Se observa, por tanto, que el grupo de jóvenes señala grados de afectación mayores en estos cambios frente al grupo de adolescentes. Destacar el ítem *he tenido problemas emocionales* en el que el tamaño del efecto encontrado ha sido grande.

Efectos de las variables Grupo de edad y Sexo

Controlando el efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido*, se producen interacciones significativas entre las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 2 x 2) para las variables dependientes *he sentido que soy diferente a otros*, *me he sentido confuso y molesto con los jueces y otros*, *me he enfrentado a nuevos problemas*, y *he sentido que se me quiere menos.* La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación, así como los resultados de los contrastes a posteriori.

HE SENTIDO QUE SOY DIFERENTE A OTROS

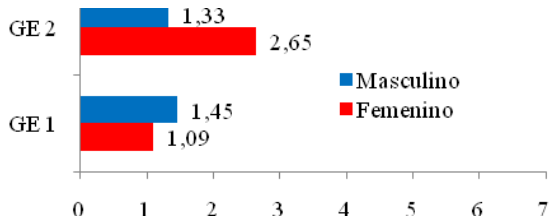


Figura 66. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

En los contrastes a posteriori realizados con este ítem, y tomando en primer lugar como referencia la variable *Grupo de edad*, se observa que, dentro del grupo de los jóvenes, las chicas (M 2,65 DT 2,75) ofrecen una puntuación mayor frente a los chicos (M 1,33 DT 2,01) ($t_{(182)} = 2{,}50$; $p \leq .013$). De los efectos simples de contrastes, con la variable *Sexo* del participante, se observa igualmente que las chicas del grupo de los jóvenes (M 2,65 DT 2,75) también obtienen un promedio de puntuación más alto en dicho ítem, que las chicas del grupo de adolescentes (M 1,09 DT 2,04) ($t_{(182)} = 3{,}60$; $p \leq .001$).

ME HE SENTIDO MOLESTO CON JUECES Y OTROS

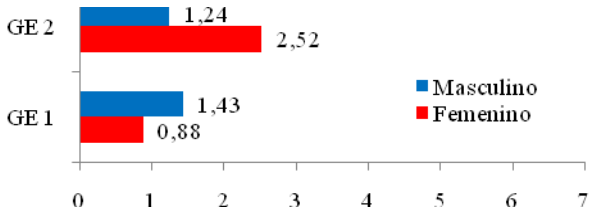


Figura 67. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

En este caso, tomando como referencia la variable *Grupo de edad*, se observa que dentro del grupo de los jóvenes, las chicas (M 2,52 DT 2,90) señalan un mayor grado de afectación frente a los chicos (M 1,24 DT 2,15) ($t_{(182)} = 2{,}24$; $p \leq .026$). Controlando la variable *Sexo* del participante se observa que las jóvenes

(M 2,52 DT 2,90) puntúan más alto en dicho ítem frente a las adolescentes (M 0,88 DT 2,00) ($t_{(182)} = 3,84$; $p \leq .001$).

ME HE ENFRENTADO A NUEVOS PROBLEMAS

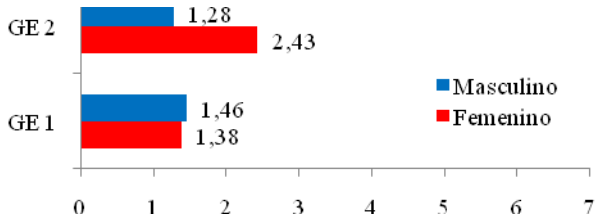


Figura 68. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Respecto a este cambio, tomando la variable *Sexo* como referencia, se observa nuevamente que las jóvenes (M 2,43 DT 2,94) puntuación más alto en dicho ítem que las adolescentes (M 1,38 DT 2,27) ($t_{(182)} = 2,34$; $p \leq .009$). Los efectos de contrastes con la variable *Grupo de edad* no aportaron diferencias significativas.

HE SENTIDO QUE SE ME QUIERE MENOS

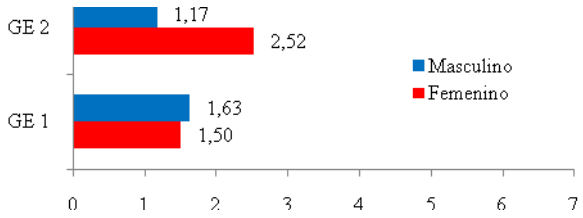


Figura 69. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Tomando ahora la variable *Grupo de edad*, se comprueba que las jóvenes (M 2,52 DT 2,67) señalan promedios más altos en este ítem frente a los jóvenes (M 1,17 DT 2,26) ($t_{(182)} = 2,36$; $p \leq .019$). Por su parte, los contrastes simples con la variable *Sexo* muestran que las jóvenes (M 2,52 DT 2,67) también puntúan

más afectación en este ítem frente a las adolescentes (M 1,50 DT 2,52) ($t_{(182)} = 2,19$; $p \leq .029$).

Efectos de las variables Grupo de edad y Nivel educativo familiar

Tras los análisis realizados y controlando el efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido*, se produce una interacción significativa con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2) para el ítem *me he unido mucho al progenitor que vive conmigo*. La representación gráfica de dicha interacción se presenta a continuación.

ME HE UNIDO MUCHO AL PROGENITOR QUE VIVE CONMIGO

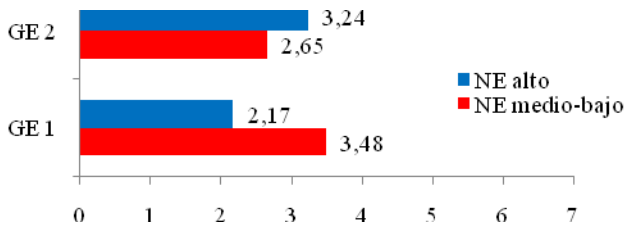


Figura 70. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

En los contrastes simples, tomando como referencia la variable *Nivel educativo familiar* se comprueba que, dentro de los participantes de nivel educativo alto, son los jóvenes (M 3,24 DT 2,70) quienes más puntúan en este ítem frente a los adolescentes (M 2,17 DT 2,12; $t_{(182)} = 2,32$; $p \leq .022$). Por otro lado, controlando la variable *Grupo de edad*, se observa que, dentro el grupo de los adolescentes, son los participantes de nivel educativo medio bajo (M 3,48 DT 2,64) los que puntúan más este ítem frente a los de nivel educativo alto (M 2,17 DT 2,12, $t_{(182)} = 2,55$; $p \leq .011$).

9.3.3. Estudio del efecto de las variables independientes sobre el *Grado de afectación* de los cambios en los participantes

Los ANOVAs significativos realizados para estudiar posibles efectos de las variables independientes exploradas en el estudio sobre el *Grado de afectación* de cada cambio o efecto de la ruptura parental sobre los hijos, se presentan de forma resumida en la Tabla 33. En general se observa un mayor número de efectos en relación con la variable *Grupo de edad*, seguida del *Nivel educativo familiar*, y en menor grado, de la variable *Sexo.* El tamaño del efecto de los análisis que han salido significativos ha sido pequeño.

Tabla 33. ANOVAs significativos en los análisis realizados con la variable dependiente *Grado de afectación* de los cambios tras la separación.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	GE	Sexo	NEF	GE * Sexo	GE * NEF	Sexo* NEF
Ha mejorado el clima familiar		$F_{(1, 176)} = 5,868$; $p \leq .017$				
He tenido problemas de adaptación a los cambios			$F_{(1, 176)} = 7,013$; $p \leq .009$			
He mejorado mi relación con el progenitor custodio					$F_{(1, 176)} = 4,674$; $p \leq .032$	$F_{(1, 176)} = 5,497$; $p \leq .020$
Me he vuelto más independiente	$F_{(1, 176)} = 7,102$; $p \leq .008$					$F_{(1, 176)} = 5,563$; $p \leq .004$
He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí	$F_{(1, 176)} = 4,891$; $p \leq .029$					
Siento menos admiración por mis padres	$F_{(1, 176)} = 8,093$; $p \leq .005$					
He ganado más experiencia en el divorcio	$F_{(1, 176)} = 6,560$; $p \leq .011$					
He mejorado mi relación con el progenitor no custodio		$F_{(1, 176)} = 4,698$; $p \leq .032$				
He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres			$F_{(1, 176)} = 4,375$; $p \leq .038$			
Me he vuelto más maduro	$F_{(1, 176)} = 4,672$; $p \leq .032$		$F_{(1, 176)} = 6,220$; $p \leq .014$			
Me he aferrado a los estudios				$F_{(1, 176)} = 5,685$; $p \leq .018$	$F_{(1, 176)} = 8,376$; $p \leq .004$	
He adquirido nuevos vicios	$F_{(1, 176)} = 5,799$; $p \leq .017$					
Tengo mejor economía que antes			$F_{(1, 176)} = 4,861$; $p \leq .029$			

GE: Grupo de edad; Sexo: Sexo; NEF: Nivel educativo familiar

Presentamos a continuación, de forma más pormenorizada, los resultados obtenidos. Empezaremos la exposición por los efectos principales encontrados.

Efectos de la variable Grupo de edad

Son varios los cambios que parecen mostrar diferencias significativas en el grado de afectación señalado por los participantes, como efecto principal de los ANOVAs realizados con la variable independiente *Grupo de edad.* Los resultados se presentan a continuación en la Tabla 34.

Tabla 34. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Grupo de edad*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Adolescentes		Jóvenes	
	M	DT	M	DT
Me he vuelto más independiente	2,79	2,40	3,74	2,50
He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí	3,84	2,63	4,75	2,35
Siento menos admiración por mis padres	1,36	1,90	2,28	2,44
He ganado más experiencia en el divorcio	3,13	2,40	4,02	2,35
Me he vuelto más maduro	4,01	2,40	4,72	2,15
He adquirido nuevos vicios	0,69	1,80	1,43	2,41

De este modo, se observa que los jóvenes señalan un mayor grado de afectación en todos los ítems que han salido significativos, frente al grupo de adolescentes.

Análisis más específicos ofrecen algunos datos también de interés como efectos del *Grupo de edad* de pertenencia. Por ejemplo, cuando se selecciona el grupo de participantes cuyo *padre y/o madre ha establecido una nueva relación afectiva*, se obtienen los efectos siguientes (ver Tabla 35).

Tabla 35. ANOVAs significativos y promedios de afectación y desviaciones típicas, según el *Grupo de edad*, de aquellos participantes en los que *algún progenitor ha rehecho su vida afectiva*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Adolescentes		Jóvenes	
	M	DT	M	DT
He pasado más tiempo solo $F_{(1, 95)} = 4{,}080$; $p \leq .046$ (*)	1,90	2,42	2,83	2,40
He aceptado la separación $F_{(1, 95)} = 4{,}078$; $p \leq .046$ (*)	3,80	2,80	4,71	2,50
Me he vuelto más independiente $F_{(1, 95)} = 11{,}353$; $p \leq .001$ (**)	2,80	2,40	4,25	2,41
He ganado más experiencia en el divorcio $F_{(1, 95)} = 9{,}554$; $p \leq .003$ (**)	3,22	2,30	4,60	2,22
He tenido problemas de carácter y comportamiento $F_{(1, 95)} = 7{,}004$; $p \leq .010$ (**)	2,30	2,44	3,51	2,80
Rechazo más el matrimonio $F_{(1, 95)} = 4{,}152$; $p \leq .044$ (*)	2,12	2,44	2,90	2,60

* Efecto pequeño ** Efecto mediano

Como se puede observar, en todos los casos, el grupo de jóvenes muestra un mayor grado de afectación por los cambios vividos que han salido significativos, frente al grupo de adolescentes, destacando especialmente aquéllos que obtienen un tamaño del efecto mediano.

Efectos de la variable Sexo del participante

Los ANOVAs muestran también efectos principales de la variable independiente *Sexo* del participante sobre el grado de afectación producido por dos tipos de cambios. El primero se refiere al ítem *ha mejorado el clima familiar,* observándose que las chicas señalan un mayor grado de afectación al respecto, en sentido positivo (M 4,33 DT 2,50) frente a los chicos (M 3,35 DT 2,50); y el segundo respecto al ítem *he mejorado mi relación con el progenitor no custodio*, ofreciendo también las chicas (M 3,20 DT 2,70) una mayor puntuación frente a los chicos (M 2,34 DT 2,62).

La exploración del posible efecto de la condición de que *algún progenitor hubiera reconstituido su relación afectiva* también ofrece algunos resultados de interés, que se recogen en la siguiente tabla.

Tabla 36. ANOVAs significativos y promedios de afectación y desviaciones típicas, según el sexo, de aquellos participantes en los que *algún progenitor ha rehecho su vida afectiva*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Femenino		Masculino	
	M	DT	M	DT
He tenido problemas de carácter y comportamiento $F_{(1, 95)} = 5{,}136$; $p \leq .026$ (*)	3,50	2,74	2,40	2,50
Me he hecho más maduro $F_{(1, 95)} = 7{,}733$; $p \leq .007$ (**)	4,70	2,10	3,60	2,63
He sentido que se me quiere menos $F_{(1, 95)} = 4{,}107$; $p \leq .046$ (*)	2,60	2,80	1,60	2,60

* Efecto pequeño ** Efecto mediano

También en este caso se observa que las chicas señalan un mayor grado de afectación frente a los chicos respecto a los tres cambios vividos tras la ruptura parental que han salido significativos. Destaca el efecto mediano encontrado para el cambio *me he hecho más maduro*.

Efectos de la variable Nivel educativo familiar

Los ANOVAs registran diferencias significativas como efectos principales de la variable independiente *Nivel educativo familiar* en cuatro ítems. Las medias y desviaciones típicas de los subgrupos de contraste se presentan en la Tabla 37.

Tabla 37. Promedios de afectación y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Nivel educativo familiar*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	NE medio-bajo		NE alto	
	M	DT	M	DT
He tenido problemas de adaptación a los cambios	2,02	2,53	3,00	2,43
Me he vuelto más maduro	4,80	2,15	4,00	2,34
He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres	0,74	1,81	1,40	2,40
Tengo mejor economía que antes	2,55	2,80	1,71	2,35

Los resultados muestran que los participantes de nivel educativo alto señalan un mayor grado de afectación en los ítems *he tenido problemas de adaptación a los cambios* y *he aceptado las nuevas parejas/sus hijos de mis padres*, frente al grupo de nivel educativo familiar medio-bajo. En cambio, estos últimos puntúan más en los ítems *me he vuelto más maduro* y *tengo mejor economía que antes* frente a los primeros.

También en este caso, cuando se introduce la condición de explorar el efecto de la variable *Nivel educativo familiar* en el caso de que *los hijos tuvieran más de 10 años cuando se produjo la separación*, se obtiene un efecto significativo para el cambio *me he vuelto más independiente* ($F_{(1,\ 81)} = 4{,}970$; $p \leq .029$), siendo los participantes de medio-bajo nivel (M 4,10 DT 2,50) los que señalan una mayor afectación por vivir esta realidad frente a los de alto nivel (M 2,90 DT 2,40).

Efectos de las variables Grupo de edad y Sexo

Además de los efectos simples anteriormente señalados, los ANOVAs realizados mostraron también otros resultados significativos como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes. Empezaremos la exposición aludiendo al efecto interactivo encontrado con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 2 x 2), sobre el grado de afectación del ítem *me he aferrado a los estudios*. La representación gráfica de dicha interacción se presenta a continuación.

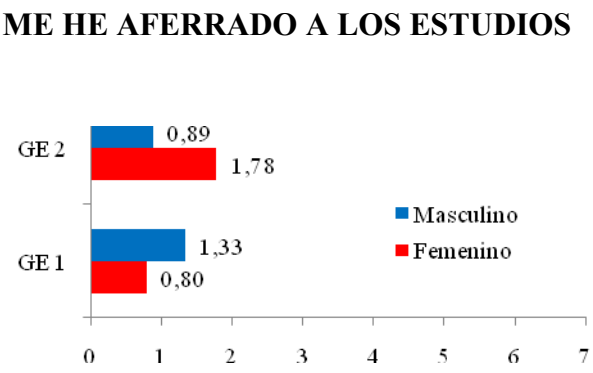


Figura 71. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Tras hacer los análisis de los efectos simples de contrastes, y tomando la variable *Grupo de edad* como variable de referencia, comprobamos que, en el grupo de jóvenes, son las chicas (M 1,78 DT 2,51) las que obtienen un promedio de afectación mayor frente a los chicos (M 0,89 DT 1,91) ($t_{(182)} = 2,12$; $p \leq .036$). Atendiendo ahora a la variable *Sexo*, también son las jóvenes (M 1,78 DT 2,51) quienes puntúan más alto frente a las adolescentes (M 0,80 DT 1,55) ($t_{(182)} = 2,33$; $p \leq .021$).

Efectos de las variables Grupo de edad y Nivel educativo familiar

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2), sobre el *Grado de afectación* de los diferentes cambios explorados (variables dependientes), se obtuvieron dos interacciones significativas que se exponen a continuación.

Así, y tras los contrastes simples, y usando primero la variable *Grupo de edad* como referencia, se observa que, en el grupo de adolescentes, los de nivel educativo medio- bajo (M 4,48 DT 2,44) señalan un grado de afectación mayor en este efecto frente a los del nivel educativo alto (M 3,28 DT 2,60) ($t_{(182)} = 2,40$; $p \leq .019$). Partiendo ahora de la variable *Nivel educativo familiar* se comprueba que, en el grupo de nivel educativo alto, los jóvenes (M 4,33 DT 2,18) señalan un mayor grado de afectación frente a los adolescentes (M 3,28 DT 2,60) ($t_{(182)} = 2,10$; $p \leq .040$).

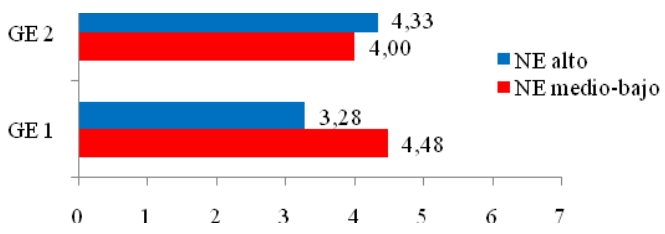


Figura 72. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

ME HE AFERRADO A LOS ESTUDIOS

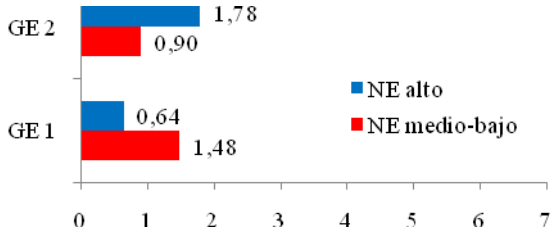


Figura 73. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

En este nuevo caso, los contrastes simples muestran que, cuando se controla la variable *Grupo de edad*, dentro del grupo de adolescentes, son los de nivel educativo medio-bajo (M 1,48 DT 2,31) los que obtienen puntuaciones más altas de afectación en este ítem frente a los de alto nivel educativo (M 0,64 DT 1,13) ($t_{(182)} = 2{,}00$; $p \leq .050$). Por el contrario, en el caso de los jóvenes, son los de alto nivel educativo quienes alcanzan un mayor promedio de puntuación (M 1,78 DT 2,53) frente a los de medio-bajo nivel educativo (M 0,90 DT 1,90) ($t_{(182)} = 2{,}12$; $p \leq .036$). Ahora, de los contrastes simples con la variable *Nivel educativo familiar*, en el grupo de nivel educativo alto, son los jóvenes quienes presentan mayor puntuación (M 1,78 DT 2,53) frente al grupo de adolescentes (M 0,64 DT 1,13) ($t_{(182)} = 2{,}70$; $p \leq .008$).

Efectos de las variables Sexo y Nivel educativo familiar

También en este caso, los ANOVAs realizados con las variables *Sexo* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2) sobre el *Grado de afectación* de los diferentes cambios explorados (variables dependientes), muestran dos interacciones significativas que son las siguientes.

HE MEJORADO MI RELACIÓN CON EL PROGENITOR CUSTODIO

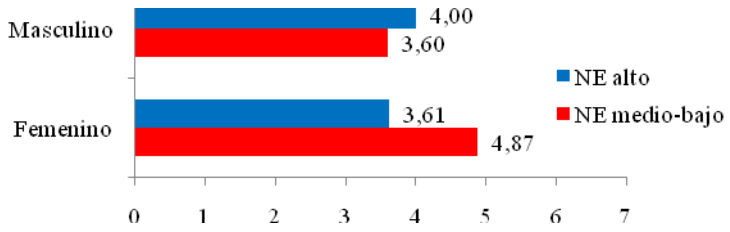


Figura 74. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

De los efectos simples de los contrastes, tomando como variable el *Sexo* de los participantes, los resultados muestran un mayor grado de afectación en las chicas del nivel educativo medio-bajo (M 4,87 DT 2,10) frente a las del nivel alto (M 3,61 DT 2,40) ($t_{(182)} = 2{,}50$; $p \leq .013$). Cuando se toma como variable de referencia el *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro del grupo de medio- ajo nivel educativo, las chicas (M 4,87 DT 2,10) puntúan más alto el grado del efecto frente a los chicos (M 3,60 DT 2,70) ($t_{(182)} = 2{,}54$; $p \leq .012$).

ME HE VUELTO MÁS INDEPENDIENTE

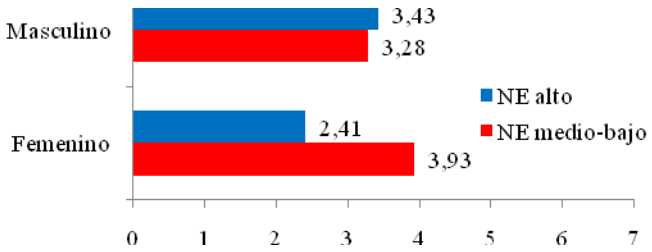


Figura 75. Promedios del grado de afectación obtenidos en el ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta ocasión, en los análisis de contrastes realizados, tomando como referente la variable *Sexo*, los datos muestran que las chicas de medio-bajo nivel educativo (M 3,93 DT 2,62) obtienen un promedio superior de afectación frente a las de alto nivel

(M 2,41 DT 2,45) ($t_{(182)} = 3,03$; $p \leq .003$). Por último, tomando ahora la variable *Nivel educativo familiar* se comprueba que, dentro del grupo de participantes de alto nivel, son los chicos (M 3,43 DT 2,43) quienes otorgan una puntuación mayor en este ítem frente a las chicas (M 2,41 DT 2,45) ($t_{(182)} = 2,03$; $p \leq .045$).

9.4. Relación entre la *Frecuencia de ocurrencia* real de los cambios señalados por los participantes y el *Grado de afectación* de los mismos

Con el fin de conocer si existe relación entre la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios o efectos acaecidos tras la separación de los progenitores, y el *Grado de afectación* de los mismos, se relacionaron las puntuaciones otorgadas por los participantes a cada una de estas variables, por cada uno de los cambios o efectos explorados. El estudio se realizó mediante Correlaciones Bivariadas con el coeficiente de correlación r de Pearson, que nos permite analizar la fuerza de la relación existente entre las variables en estudio, y además, el sentido de dicha asociación.

La matriz de correlaciones global resultante se adjunta en el Anexo L. Aquí presentamos tan sólo los resultados de las relaciones que enfrentan a cada par de variables que nos ayudan a responder a nuestro principal propósito de análisis (ver Tabla 38).

Los resultados muestran relaciones muy altas que oscilan entre valores de .53 y .86, todas ellas altamente significativas (≤ .01), excepto para los ítems *he aceptado la separación* y *he aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres*, en los que no parece existir relación entre la frecuencia de ocurrencia y el grado de afectación percibido. Señalar, además, que en todos los casos en los que sí se observa una relación entre las variables, ésta es positiva, lo que indica que cuanto más frecuentemente haya ocurrido un determinado cambio o efecto, más impacto ha tenido sobre quien lo ha vivido, y a la inversa, a menor frecuencia, menor grado de afectación.

Tabla 38. Correlaciones bivariadas y grado de significación entre las puntuaciones dadas por los participantes sobre la *Frecuencia real de ocurrencia* de cada cambio/efecto y las puntuaciones sobre el *Grado en que les han afectado*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	*r*	Sig.
1. Ha mejorado el clima familiar	.60	**
2. Me he vuelto más egoísta y caprichoso	.53	**
3. He tenido problemas de adaptación	.67	**
4. He pasado más tiempo solo	.76	**
5. He evitado el maltrato	.75	**
6. He aceptado la separación	.11	--
7. He mejorado en los estudios	.57	**
8. He mejorado relación con el progenitor custodio	.65	**
9. Me he sentido culpable de la separación	.68	**
10. Me he vuelto más independiente	.76	**
11. He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí	.74	**
12. Siento menos admiración por mis padres	.80	**
13. He ganado más experiencia en el divorcio	.71	**
14. He tenido problemas emocionales	.81	**
15. He tenido problemas de carácter y de comportamiento	.86	**
16. He mejorado relación con el progenitor no custodio	.63	**
17. He aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres	.16	--
18. Tengo menos contacto con el progenitor no custodio	.60	**
19. Me he vuelto más maduro	.67	**
20. Me he aislado de mis compañeros	.53	**
21. Consigo más cosas de mis padres	.67	**
22. Me he unido mucho al progenitor custodio	.74	**
23. He sentido que soy diferente a otros	.78	**
24. Me he sentido molesto con jueces y otros	.82	**
25. Me he enfrentado a nuevos problemas	.74	**
26. Me he aferrado a los estudios	.64	**
27. He adquirido nuevos vicios	.72	**
28. Rechazo más el matrimonio	.68	**
29. Ahora se resolver mejor los conflictos	.61	**
30. He sentido que se me quiere menos	.75	**
31. Mis padres se han vuelto más autoritarios	.76	**
32. He perdido un modelo de identificación	.84	**
33. Tengo mejor economía que antes	.62	**

r = coeficiente de Pearson; Sig. **p ≤ .01

9.5. Las *Creencias Implícitas* acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos

En este apartado se exploran las *Creencias Implícitas* que sustentan los participantes sobre los efectos y cambios a los que se enfrentan los hijos tras la separación de sus padres. Los datos fueron recabados a través del *Cuestionario estructurado sobre las creencias implícitas acerca de los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos,* que incorporaba una escala de valoración que iba de "0 a 7" puntos sobre el grado de ocurrencia de los cambios/efectos expuestos, según los participantes. En la Tabla 39 se presentan los promedios de ocurrencia atribuidos y las desviaciones típicas señaladas por los participantes para los diferentes efectos o cambios recogidos en el cuestionario.

Los resultados muestran que todos los efectos y cambios explorados obtienen valores prácticamente iguales o superiores a "2" puntos, lo que indica que los participantes creen que todos ellos suelen ocurrir, aunque muestran claras diferencias respecto al grado en los que los consideran más o menos comunes. Así, atribuyen un mayor grado de ocurrencia a efectos positivos como los siguientes: *se hacen más maduros, apoyan más a sus hermanos y/o éstos a ellos, ganan más experiencia sobre el divorcio, se vuelven más independientes* y *mejoran la relación con el progenitor custodio*. Dentro de los efectos negativos destacan los ítems *tienen problemas de adaptación a los cambios, tienen menos contacto con el progenitor no custodio, tienen problemas de carácter y de comportamiento* y *tienen problemas emocionales*. Por el contrario, los efectos menos frecuentes según las creencias mostradas por los participantes son *se aferran a los estudios* y *se aíslan de sus compañeros*.

Tabla 39. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los diferentes cambios/efectos en los hijos tras la ruptura parental, según los participantes.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	M	DT
Mejora el clima familiar	4,00	1,92
Se vuelven más egoístas y caprichosos	3,13	2,13
Tienen problemas de adaptación a los cambios	4,53	2,08
Pasan más tiempo solos	3,65	2,12
Evitan el maltrato	3,42	2,33
Aceptan la separación de padres	3,51	2,02
Mejoran en los estudios	2,06	1,59
Mejoran la relación con el progenitor custodio	4,13	2,03
Se sienten culpables de la separación	2,76	2,25
Se vuelven más independiente	4,26	1,79
Apoyan más a sus hermanos o a la inversa	4,61	1,76
Sienten menos admiración por sus padres	2,89	2,31
Ganan más experiencia sobre el divorcio	4,50	2,03
Tienen problemas emocionales	3,97	2,09
Tienen problemas de carácter y de comportamiento	4,12	2,01
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	2,91	2,13
Aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres	2,27	1,73
Tienen menos contacto con el progenitor no custodio	4,52	2,14
Se hacen más maduros	4,71	1,66
Se aíslan de sus compañeros	1,96	1,69
Consiguen más cosas de sus padres	3,93	2,00
Se unen mucho al progenitor custodio	3,46	1,97
Sienten que son diferente a otros	3,13	2,21
Se sienten molestos con los jueces y otros	3,89	2,29
Se enfrentan a nuevos problemas	3,68	2,38
Se aferran a los estudios	1,96	1,73
Adquieren nuevos vicios	2,85	2,19
Rechazan más el matrimonio	3,54	2,13
Saben resolver mejor los conflictos	3,38	1,99
Sienten que se les quiere menos	3,11	2,17
Sus padres son más autoritarios	2,84	2,04
Pierden un modelo identificación	3,00	2,23
Tienen mejor economía que antes	2,33	2,07

9.5.1. Estudio del efecto de las variables independientes en las *Creencias Implícitas* de los participantes sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos

Se pretendía poner a prueba el posible efecto de las variables independientes del estudio (*Experiencia personal de ruptura, Grupo de edad, Sexo* y *Nivel educativo familiar* de los participantes) sobre la *Creencia Implícita* de ocurrencia de los diferentes cambios y efectos en los hijos tras la ruptura parental que se exploran. Los resultados que han salido significativos en los ANOVAS realizados se presentan en la Tabla 40**,** y muestran que las variables independientes ejercen efectos principales sobre determinados cambios, a excepción del Nivel educativo familiar, cuyo efecto lo alcanza en interacción con el resto de variables.

También la *Experiencia personal*, el *Grupo de edad* y el *Sexo*, lo hacen de manera interactiva con el resto de las variables. Así, la variable *Experiencia personal* es la que más efectos muestra, seguida en menor medida de la variable *Grupo de edad.* El grado de los efectos encontrados en todos los casos es pequeño. A continuación se comentan los resultados de manera más pormenorizada.

Tabla 40. ANOVAs significativos realizados con la variable dependiente *Creencia Implícita de ocurrencia* de los cambios en los hijos tras la ruptura.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	EXP	GE	Sexo	EXP * GE	EXP *Sexo	EXP * NEF	GE * NEF	Sexo * NEF
Mejora el clima familiar			$F_{(1, 328)} = 11,146$; $p \leq .001$ (*)					
Se vuelven más egoístas/ caprichosos						$F_{(1, 328)} = 4,148$; $p \leq .042$ (*)		$F_{(1, 328)} = 7,188$; $p \leq .008$ (*)
Tienen problemas de adaptación	$F_{(1, 343)} = 13,937$; $p \leq .001$ (*)							
Pasan más tiempo solos				$F_{(1, 328)} = 4,683$; $p \leq .031$ (*)				
Evitan el maltrato					$F_{(1, 328)} = 4,291$; $p \leq .039$ (*)			
Aceptan la separación	$F_{(1, 343)} = 11,747$; $p \leq .001$ (*)							
Se sienten culpables de la separación	$F_{(1, 343)} = 36,153$; $p \leq .001$ (**)							
Se vuelven más independientes				$F_{(1, 328)} = 10,403$; $p \leq .001$ (*)				
Apoyan más a sus hermanos	$F_{(1, 343)} = 8,996$; $p \leq .003$ (*)							
Menos admiración por sus padres	$F_{(1, 343)} = 7,293$; $p \leq .007$ (*)	$F_{(1, 328)} = 7,763$; $p \leq .006$ (*)						
Tienen problemas emocionales	$F_{(1, 343)} = 7,769$; $p \leq .006$ (*)							
Tienen problemas de carácter/comportam.	$F_{(1, 343)} = 6,062$; $p \leq .014$ (*)							
Aceptan las parejas/sus hijos de sus padres	$F_{(1, 343)} = 4,181$; $p \leq .042$ (*)							
Mejoran su relación con el no custodio		$F_{(1, 328)} = 5,470$; $p \leq .020$ (*)						$F_{(1, 328)} = 4,342$; $p \leq .038$ (*)
Menos contacto con no custodio		$F_{(1, 328)} = 11,969$; $p \leq .001$ (*)						

* Efecto pequeño ** Efecto mediano GE: Grupo de edad; EXP.: Experiencia personal de ruptura familiar; Sexo: Sexo; NEF: Nivel educativo familiar

Tabla 40. ANOVAs significativos realizados con la variable dependiente *Creencia Implícita de ocurrencia* de los cambios en los hijos tras la ruptura (Continuación).

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	EXP	GE	Sexo	EXP * GE	EXP *Sexo	EXP * NEF	GE * NEF	Sexo * NEF
Se vuelven más maduros	$F_{(1, 343)} = 7{,}819$; $p \leq .005$ (*)						$F_{(1, 328)} = 4{,}295$; $p \leq .039$ (*)	
Se aíslan de sus compañeros					$F_{(1, 328)} = 6{,}033$; $p \leq .015$ (*)			
Consiguen más cosas de sus padres	$F_{(1, 343)} = 14{,}793$; $p \leq .001$ (*)	$F_{(1, 328)} = 4{,}969$; $p \leq .026$ (*)	$F_{(1, 328)} = 5{,}056$; $p \leq .025$ (*)					
Sienten que son diferente a otros	$F_{(1, 343)} = 8{,}464$; $p \leq .004$ (*)	$F_{(1, 328)} = 4{,}303$; $p \leq .039$ (*)						
Se sienten molestos con jueces	$F_{(1, 343)} = 11{,}243$; $p \leq .001$ (*)							
Se enfrentan a nuevos problemas	$F_{(1, 343)} = 29{,}932$; $p \leq .001$ (**)							
Se aferran a los estudios						$F_{(1, 328)} = 4{,}095$; $p \leq .044$ (*)		
Adquieren nuevos vicios	$F_{(1, 343)} = 23{,}964$; $p \leq .001$ (**)						$F_{(1, 328)} = 6{,}723$; $p \leq .010$ (*)	
Rechazan más el matrimonio	$F_{(1, 343)} = 5{,}121$; $p \leq .024$ (*)	$F_{(1, 328)} = 6{,}092$; $p \leq .014$ (*)						
Saben resolver mejor los conflictos		$F_{(1, 328)} = 11{,}218$; $p \leq .001$ (*)						
Sienten que se les quiere menos	$F_{(1, 343)} = 19{,}077$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(1, 328)} = 6{,}080$; $p \leq .014$ (*)					
Sus padres son más autoritarios			$F_{(1, 328)} = 4{,}004$; $p \leq .046$ (*)			$F_{(1, 328)} = 9{,}228$; $p \leq .003$ (*)		
Pierden un modelo de referencia	$F_{(1, 343)} = 11{,}646$; $p \leq .001$ (*)							
Tienen mejor economía	$F_{(1, 343)} = 8{,}340$; $p \leq .004$ (*)	$F_{(1, 328)} = 10{,}963$; $p \leq .001$ (*)						$F_{(1, 328)} = 4{,}189$; $p \leq .041$ (*)

* Efecto pequeño ** Efecto mediano GE: Grupo de edad; EXP.: Experiencia personal de ruptura familiar; Sexo: Sexo; NEF: Nivel educativo familiar

Efectos de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Con el fin de conocer si la creencia implícita de los participantes sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos se ve afectada por el hecho de haber experimentado o no de forma personal una experiencia de separación de sus padres, se contrastaron las puntuaciones de ocurrencia atribuidas a los diferentes efectos y cambios por un grupo de participantes de familias separadas con otro que no tenía dicha experiencia. Los análisis se llevaron a cabo mediante ANOVAs de una vía, cuyas medias y desviaciones típicas se muestran a en la Tabla 41.

Tabla 41. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos, según la *Experiencia personal de ruptura parental* del participante.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Con exp.		Sin exp.	
	M	DT	M	DT
Tienen problemas de adaptación a los cambios	4,53	2,10	5,30	1,44
Aceptan la separación	3,51	2,02	2,84	1,54
Se sienten culpables de la separación	2,80	2,25	4,10	1,74
Mayor apoyo entre hermanos	4,61	1,75	5,13	1,40
Sienten menos admiración por sus padres	2,90	2,31	3,50	1,70
Sufren problemas emocionales	4,00	2,10	4,54	1,70
Tienen problemas de carácter y comportamiento	4,12	2,01	4,61	1,60
Aceptan las parejas/sus hijos de sus padres	2,30	1,73	1,92	1,42
Se vuelven más maduros	4,71	1,70	4,24	1,40
Los padres son más permisivos	4,00	2,00	4,70	1,64
Se sienten distintos a otros	3,13	2,21	3,80	1,70
Se sienten molestos con los jueces y otros	4,00	2,30	4,62	1,62
Se enfrentan a nuevos problemas	3,70	2,40	4,90	1,50
Adquieren nuevos vicios	2,85	2,20	4,00	1,84
Rechazan más el matrimonio	3,54	2,13	4,00	1,60
Se sienten menos queridos	3,11	2,20	4,02	1,60
Pierden un modelo de referencia	3,00	2,23	3,74	1,70
Tienen mejor economía que antes	2,33	2,10	3,00	1,90

Así, aproximadamente dos tercios de los cambios analizados se ven afectados por la variable independiente que se explora. Además, se observa que los participantes sin experiencia en ruptura parental atribuyen un mayor grado de ocurrencia en la gran mayoría de los cambios que han salido significativos. Tan sólo en los ítems *aceptan la separación*, *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres* y *se vuelven más maduros*, son reconocidos como más frecuentes por parte de los participantes con experiencia. Destaca el tamaño mediano de los efectos encontrados para los cambios *se sienten culpables, se enfrentan a nuevos problemas* y *adquieren nuevos vicios*. Los efectos restantes encontrados son de efecto pequeño.

Efectos de la variable Grupo de edad

Los ANOVAs reflejan diferencias significativas, entre los dos grupos de edad que participan en el estudio, en los efectos y/o cambios explorados. Las medias de las puntuaciones obtenidas y las desviaciones típicas se muestran a continuación en la Tabla 42.

Tabla 42. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Grupo de edad*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Adolescentes		Jóvenes	
	M	DT	M	DT
Sienten menos admiración por sus padres	2,85	2,11	3,48	1,95
Mejoran su relación con el progenitor no custodio	3,26	2,07	2,77	1,77
Tienen menos contacto con el no custodio	4,00	2,14	4,74	1,83
Consiguen más cosas de sus padres	4,06	1,96	4,51	1,76
Sienten que son diferente a otros	3,20	2,04	3,64	1,96
Rechazan más el matrimonio	3,50	1,91	4,01	1,85
Saben resolver mejor los conflictos	3,73	1,90	3,12	1,60
Tienen mejor economía que antes	3,64	2,01	3,43	1,92

Tal como se puede observar, los jóvenes atribuyen un mayor grado de ocurrencia de los diferentes cambios que han salido significativos frente a los adolescentes, excepto

en el caso de los efectos *mejoran su relación con el progenitor no custodio*, *saben resolver mejor los conflictos* y *tienen mejor economía que antes*, donde la pauta se invierte, y son los adolescentes quienes más lo puntúan frente al grupo de jóvenes.

Efectos de la variable Sexo

Analizando ahora la posible influencia del *Sexo* del participante como efecto principal, en la Tabla 43 se observan diferencias significativas en cuatro de los ítems evaluados, que pasamos a comentar.

Tabla 43. Promedios de ocurrencia atribuidos y desviaciones típicas de los cambios que han salido significativos según el *Sexo*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Femenino		Masculino	
	M	DT	M	DT
Mejora el clima familiar	4,24	1,72	3,60	2,06
Consiguen más cosas de sus padres	4,52	1,73	4,05	1,98
Sienten que se les quiere menos	3,80	1,95	3,28	1,94
Sus padres son más autoritarios	3,23	1,89	2,85	1,81

Así, los resultados muestran que las chicas señalan un mayor grado de ocurrencia a todos los cambios que han salido significativos, frente al grupo de los chicos.

Efectos de las variables Experiencia personal de ruptura familiar y Grupo de edad

En los ANOVAs realizados también se obtuvieron otros resultados significativos como efectos interactivos entre las variables independientes sobre las dependientes. Concretamente, y en lo que se refiere a las variables *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Grupo de edad* (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de creencias

implícitas (variables dependientes), se obtuvieron dos interacciones, ambas con un tamaño del efecto pequeño, que pasamos a comentar.

PASAN MÁS TIEMPO SOLOS

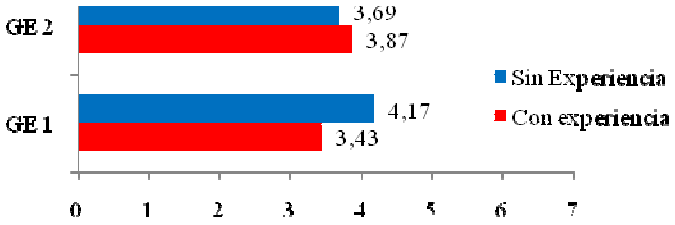


Figura 76. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad*.

En los contrastes simples, tomando como referencia la variable *Grupo de edad*, se observa que, en el grupo de adolescentes, los que no tienen experiencia personal en ruptura (M 4,17 DT 1,90) señalan una mayor ocurrencia de dicho cambio frente al grupo con experiencia (M 3,43 DT 2,14) ($t_{(328)} = 2{,}46$; $p \leq .015$). No se encuentran más contrastes significativos para el grupo de edad. Respecto a la variable *Experiencia personal*, tampoco se encuentran diferencias significativas entre los grupos.

SE VUELVEN MÁS INDEPENDIENTES

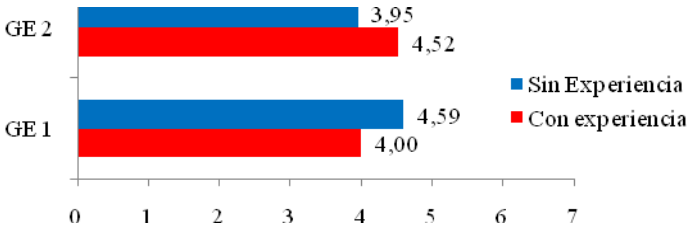


Figura 77. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Grupo de edad*.

Por su parte, tomando como ahora como referencia la variable *Grupo de edad*, se observa que, en el grupo de adolescentes, los que no tienen experiencia personal en

ruptura (M 4,59 DT 1,68) señalan una mayor ocurrencia de dicho cambio frente al grupo con experiencia (M 4,00 DT 1,83) ($t_{(342)} = 2,33$; $p \leq .020$). Por el contrario, en el grupo de jóvenes, los que sí tienen experiencia (M 4,52 DT 1,72) son los que más la señalan frente al grupo sin experiencia (M 3,95 DT 1,36) ($t_{(342)} = 2,22$; $p \leq .027$).

Considerando ahora la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, en relación con el grupo sin experiencia, son los adolescentes (M 4,59 DT 1,68) quienes atribuyen una mayor ocurrencia de dicho cambio frente a los jóvenes (M 3,95 DT 1,36) ($t_{(342)} = 2,40$; $p \leq .017$). Respecto al grupo con experiencia, son los jóvenes (M 4,52 DT 1,72) quienes más lo señalan frente a los adolescentes (M 4,00 DT 1,83) ($t_{(342)} = 2,16$; $p \leq .032$).

Efectos de las variables Experiencia personal de ruptura y Sexo

Los Anovas realizados con las variables *Experiencia personal de ruptura* y *Sexo* del participante (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de creencias implícitas (variables dependientes), se obtuvieron dos interacciones, ambas con un tamaño del efecto pequeño, que pasamos a comentar.

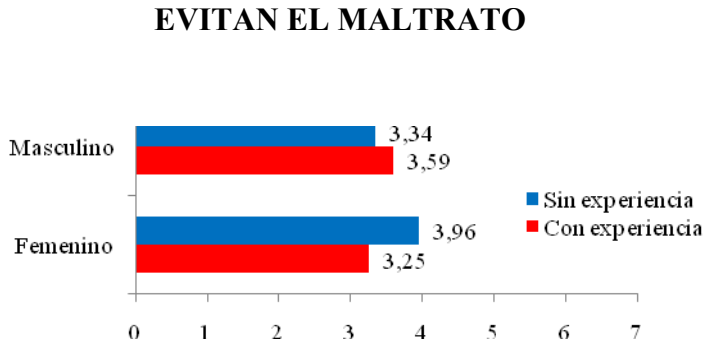


Figura 78. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Sexo*.

En la prueba de efectos simples, utilizando la variable de contraste *Experiencia personal de ruptura* se observa que, dentro del grupo de las féminas, son aquellas que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 3,96 DT 1,84) quienes más señalan dicho cambio frente a las que tienen experiencia (M 3,25 DT 2,26)

($t_{(342)}$ = 2,17; p ≤ .031). En referencia a la variable *Sexo*, no se obtuvieron diferencias significativas según los grupos de contraste.

SE AÍSLAN DE SUS COMPAÑEROS

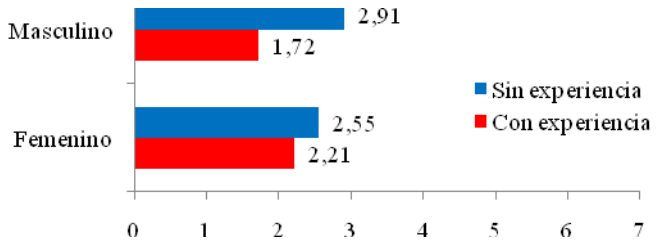


Figura 79. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Sexo*.

Tomando como referencia la variable *Experiencia personal de ruptura* se observa que, dentro del grupo de los varones, son aquellos que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 2,91 DT 1,58) quienes más señalan dicho cambio frente a los que tienen experiencia (M 1,72 DT 1,61) ($t_{(342)}$ = 4,87; p ≤ .001). En referencia a la variable *Sexo*, y dentro del grupo de los que sí tienen experiencia, son en este caso las chicas (M 2,21 DT 1,73) las que puntúan más este ítem frente a los chicos (M 1,72 DT 1,61) ($t_{(342)}$ = 2,08; p ≤ .039).

Efectos de las variables Experiencia personal de ruptura y Nivel educativo familiar

En este caso, los Anovas realizados con las variables *Experiencia personal de ruptura* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de creencias implícitas (variables dependientes), se obtuvieron tres interacciones, todas con un tamaño del efecto pequeño, que pasamos a comentar a continuación.

SE VUELVEN MÁS EGOÍSTAS Y CAPRICHOSOS

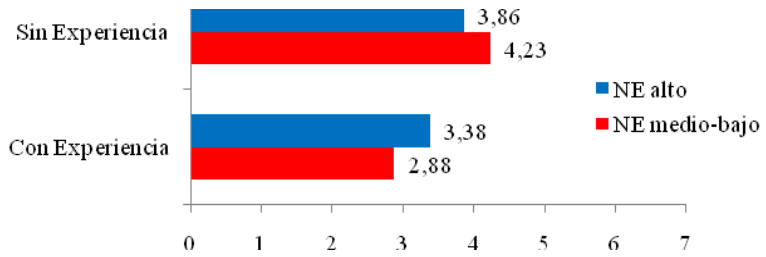


Figura 80. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta ocasión, la prueba de efectos simples, utilizando como variable la *Experiencia personal de ruptura familiar*, muestra que las diferencias significativas se encuentran entre los participantes de nivel educativo medio-bajo, siendo aquellos que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 4,23 DT 1,82) quienes más señalan dicho cambio frente a los que tienen experiencia (M 2,88 DT 2,14) ($t_{(342)}$ = 4,50; p ≤ .001). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar*, no se encontraron diferencias significativas entre los grupos de contraste.

SE AFERRAN A LOS ESTUDIOS

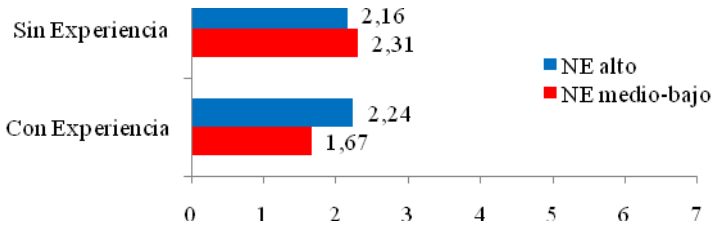


Figura 81. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*.

Cuando utilizamos como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar*, dentro de los participantes de nivel educativo medio-bajo, son aquellos

que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 2,31 DT 1,38) quienes más señalan dicho cambio frente a los que tienen experiencia (M 1,67 DT 1,76) ($t_{(342)} = 2,55$; $p \leq .011$). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar*, dentro del grupo con experiencia personal, son los de nivel educativo alto (M 2,24 DT 1,66) quienes más puntúan este ítem frente a los de nivel medio-bajo (M 1,67 DT 1,76) ($t_{(342)} = 2,34$; $p \leq .020$).

SUS PADRES SON MÁS AUTORITARIOS

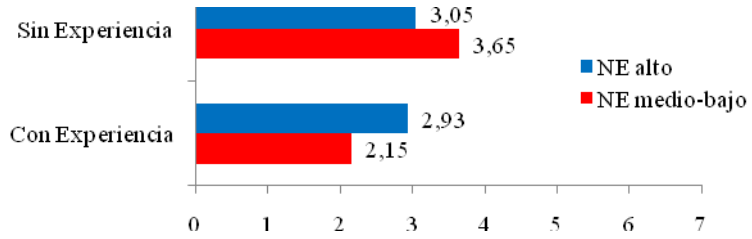


Figura 82. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según la *Experiencia personal de ruptura* y el *Nivel educativo familiar*.

Por su parte, tomando en consideración la variable *Experiencia personal de ruptura*, se comprueba que dentro del grupo de nivel medio-bajo, los que no tienen experiencia personal de ruptura familiar (M 3,54 DT 1,51) son quienes más señalan dicho cambio frente a las que tienen experiencia (M 2,51 DT 2,11) ($t_{(342)} = 3,68$; $p \leq .001$). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar del participante*, y dentro del grupo con experiencia personal en ruptura, son los de nivel alto (M 3,17 DT 1,90) las que puntúan más este ítem frente a los de nivel medio-bajo (M 2,51 DT 211) ($t_{(342)} = 2,30$; $p \leq .007$).

Efectos de las variables Grupo de edad y Nivel educativo familiar

En los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de creencias implícitas (variables dependientes), se obtuvieron dos nuevas interacciones, ambas con un tamaño del efecto pequeño, que se presentan a continuación.

SE VUELVEN MÁS MADUROS

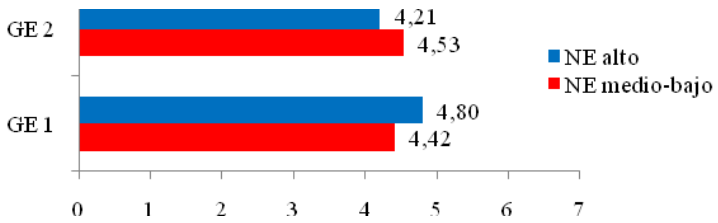


Figura 83. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

En los contrastes simples, tomando como referencia la variable *Nivel educativo familiar* se observa que, en relación con los del nivel educativo alto, son los adolescentes (M 4,80 DT 1,54) quienes atribuyen una mayor frecuencia de dicho cambio frente a los jóvenes (M 4,21 DT 1,49) ($t_{(342)} = 2,53$; $p \leq .012$). En referencia al *Grupo de edad*, no se obtuvieron diferencias significativas.

ADQUIEREN NUEVOS VICIOS

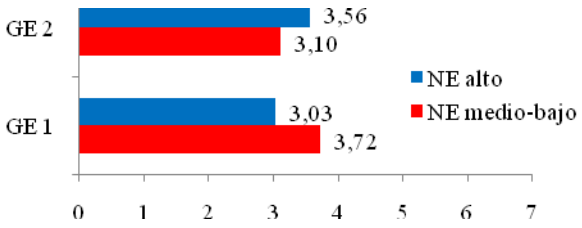


Figura 84. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar*.

Eligiendo en primer lugar la variable *Grupo de edad*, se comprueba que en el caso de los adolescentes, los de nivel educativo medio-bajo (M 3,72 DT 2,21) señalan mayor ocurrencia de este cambio en comparación con los de alto nivel educativo (M 3,03 DT 2,26) ($t_{(342)} = 2,37$; $p \leq .018$). Respecto a la variable *Nivel educativo familiar*, se observa que aquellos que pertenecen a un nivel educativo medio-bajo, son

también los adolescentes quienes puntúan más en dicho ítem (M 3,72 DT 2,21) frente al grupo de jóvenes (M 3,10 DT 2,02) ($t_{(342)} = 2,05$; $p \leq .041$).

Efectos de las variables Sexo y Nivel educativo familiar

Por último, en los ANOVAs realizados con las variables *Sexo* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre los ítems del cuestionario de creencias implícitas (variables dependientes), se obtuvieron tres nuevas interacciones, ambas con un tamaño del efecto pequeño, que se presentan a continuación.

SE VUELVEN MÁS EGOÍSTAS Y CAPRICHOSOS

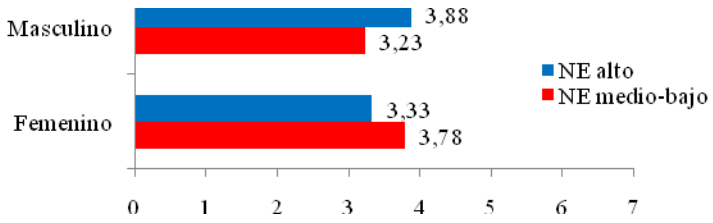


Figura 85. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta interacción, y tomando como referencia la variable *Sexo*, se observa que dentro del grupo de los varones, son los de nivel educativo alto (M 3,88 DT 1,96) quienes más señalan dicho cambio frente a los de nivel educativo medio-bajo (M 3,23 DT 2,00) ($t_{(342)} = 2,13$; $p \leq .034$). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar*, no se encontraron diferencias significativas entre los grupos.

MEJORAN LA RELACIÓN CON EL NO CUSTODIO

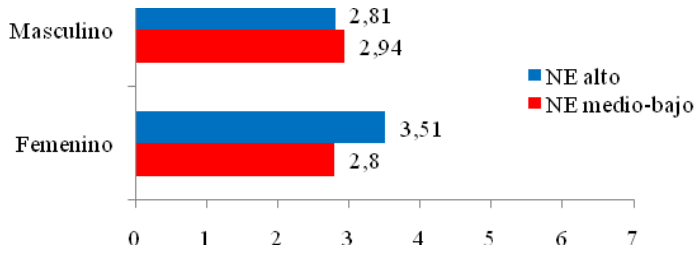


Figura 86. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

Cuando utilizamos la variable *Sexo*, se observa que dentro del grupo de las chicas, son los de nivel educativo alto (M 3,51 DT 1,89) quienes más señalan dicho cambio frente a los de nivel educativo medio-bajo (M 2,80 DT 1,98) ($t_{(342)} = 2,40$; $p \leq .017$). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar*, y dentro del grupo de alto nivel educativo, también son las chicas (M 3,51 DT 1,89) quienes más puntúan este ítem frente a los chicos (M 2,81 DT 1,92) ($t_{(342)} = 2,41$; $p \leq .017$).

TIENEN MEJOR ECONOMÍA QUE ANTES

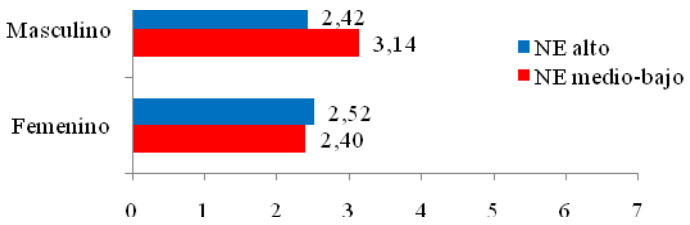


Figura 87. Promedios del grado de ocurrencia atribuida al ítem, según el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*.

Por último y para finalizar con el análisis de los contrastes, cuando utilizamos la variable *Sexo*, se observa que dentro del grupo de los chicos, son los de nivel educativo medio-bajo (M 3,14 DT 2,05) quienes más señalan dicho cambio frente a los de nivel educativo alto (M 2,42 DT 1,93) ($t_{(342)} = 2,53$; $p \leq .012$). En referencia a la variable *Nivel educativo familiar*, y dentro del grupo de medio-bajo nivel educativo, también son

los chicos (M 3,14 DT 2,05) quienes más puntúan este ítem frente a las chicas (M 2,40 DT 2,09) ($t_{(342)} = 2,48$; $p \leq .014$).

9.5.2. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre la *Creencia Implícita* de los participantes de familias separadas

Tras los análisis de ANCOVAs realizados tomando como covariable el *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* se observó que dicha variable influye sobre tres de los cambios explorados en el cuestionario de *Creencias Implícitas*. Dichos efectos se recogen en la Tabla 44.

Tabla 44. ANCOVAs significativos con la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre la *Creencia Implícita* respecto a los efectos de la ruptura parental en los hijos, y tamaño de los efectos encontrados.

Efectos significativos de la covariable, y sus respectivas correlaciones		Efectos de las variables independientes, restando el efecto ejercido por la covariable
TIPO DE CAMBIO O EFECTO	r	Sexo
Se sienten culpables de la separación $F_{(1, 174)} = 8,057$; $p \leq .005$ (•)	.22**	$F_{(1, 174)} = 4,662$; $p \leq .032$ (•)
Sienten que son diferentes a otros $F_{(1, 174)} = 9,387$; $p \leq .003$ (•)	.23**	
Pierden un modelo de identificación $F_{(1, 174)} = 4,054$; $p \leq .046$ (•)	.15*	

r = coeficiente de Pearson *p ≤ .05 ** p ≤ .01 (•) Efecto pequeño

Como se puede observar, el *Tiempo de separación* correlaciona positivamente con los tres tipos de cambio que han salido significativos en los análisis, lo que indica que cuanto mayor es el tiempo desde que los padres se separaron, más puntuación otorgan los participantes a los tres cambios que han salido significativos en los análisis. El tamaño del efecto es pequeño, quedando explicado menos de un 5% de la varianza común entre las variables, excepto el cambio *sienten que son diferentes a otros*, en el que se explica algo más del 5% de la varianza en común.

Además, se aprecia que la covariable afecta puntualmente al grado con que la variable *Sexo* del participante afecta al cambio *se sienten culpables de la separación,*

aunque el tamaño del efecto es pequeño. Así, se obtiene que las chicas (M 3,09 DT 2,30) ofrecen puntuaciones significativamente mayores que los chicos (M 2,50 DT 2,20) en dicho efecto.

9.5.3. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Creencia Implícita* de los participantes de familias separadas

En este apartado exploraremos ahora el posible efecto de la variable *Grado de conflicto actual percibido* sobre las puntuaciones otorgadas por los participantes en el cuestionario de *Creencias Implícitas*. Dicha variable se analizará a modo de covariable. Los resultados obtenidos en los ANCOVAs realizados se presentan en la Tabla 45.

Tabla 45. ANCOVAs significativos con la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre la *Creencia Implícita* respecto a los efectos de la ruptura parental en los hijos, y tamaño de los efectos encontrados.

Efectos significativos de la covariable, y sus respectivas correlaciones		Efectos de las variables independientes, restando el efecto ejercido por la covariable	
TIPO DE CAMBIO O EFECTO	r	GE	GE * Sexo
Tienen problemas de adaptación a los cambios $F_{(1, 170)} = 4{,}306$; $p \leq .039$ (•)	.17*		
Pasan más tiempo solos $F_{(1, 170)} = 6{,}836$; $p \leq .010$ (•)	.20**		
Evitan el maltrato $F_{(1, 170)} = 10{,}652$; $p \leq .001$ (••)	.23**		
Mejoran en los estudios $F_{(1, 170)} = 5{,}026$; $p \leq .026$ (•)	-.17*		
Tienen problemas emocionales $F_{(1, 170)} = 4{,}122$; $p \leq .026$ (•)	.16*	$F_{(1, 170)} = 4{,}012$; $p \leq .047$ (•)	
Tienen problemas de carácter y mportamiento $F_{(1, 170)} = 7{,}508$; $p \leq .007$ (•)	.21**		
Se sienten molestos con los jueces y otros $F_{(1, 170)} = 5{,}834$; $p \leq .017$ (•)	.18*		
Se enfrentan a nuevos problemas $F_{(1, 170)} = 4{,}249$; $p \leq .041$ (•)	.19*		
Rechazan más el matrimonio $F_{(1, 170)} = 5{,}935$; $p \leq .016$ (•)	.17*		$F_{(1, 170)} = 5{,}448$; $p \leq .021$ (•)

r = coeficiente de Pearson *p ≤ .05 ** p ≤ .01 (•) Efecto pequeño (••) Efecto mediano

Los resultados muestran que la covarible correlaciona positivamente con todos los ítems que han salido significativos en los ANCOVAs, excepto en el caso del cambio *mejoran en los estudios*. Ello implica que cuanto mayor sea el conflicto actual percibido, mayor es la puntuación que otorgan los participantes en el cuestionario de creencias implícitas a los cambios que han salido significativos. En el cambio que obtiene una correlación negativa, la relación es la contraria, esto es, a mayor grado de conflicto percibido, menor puntuación presentan en su creencia implícita. Así, todos los ítems explican menos de un 5% de la varianza, excepto el ítem *evitan el maltrato*, que explica algo más del 5% de la varianza en común. Señalar, además, que los efectos son mayoritariamente de tamaño pequeño, salvo para el cambio *evitan el maltrato*, que es mediano.

Además, se aprecia que el *Grado de conflicto actual percibido* afecta, a su vez, al grado con el que algunos cambios se ven influidos por la variable *Grupo de edad,* o por ésta en interacción con la variable *Sexo* del participante, aunque los efectos encontrados son pequeños. Así, se observa que el grupo de jóvenes destaca más el efecto *tienen problemas emocionales* (M 4,23 DT 2,10) frente a los adolescentes (M 3,67 DT 2,10). También se obtiene un efecto interactivo para el efecto *rechazan más el matrimonio* cuya representación gráfica se presenta a continuación.

RECHAZAN MÁS EL MATRIMONIO

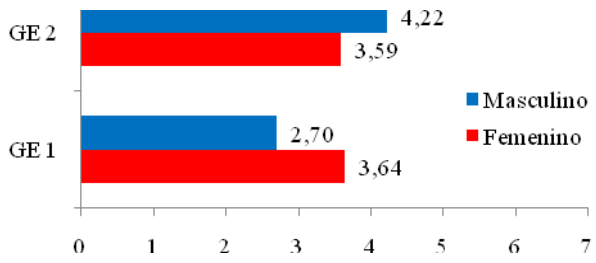


Figura 88. Promedios del grado de ocurrencia atribuida a este cambio, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Una vez realizados los contrastes simples se observa que para el *Grupo de edad*, dentro del grupo de los varones, son los jóvenes (M 4,22 DT 2,20) quienes dan mayores puntuaciones a este efecto frente a los adolescentes (M 2,70 DT 2,05) ($t_{(182)} = 3{,}54$; $p \leq .001$). No se observaron diferencias significativas respecto al *Sexo*.

9.6. Relación entre las *Creencias Implícitas* sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos y *la Frecuencia real de ocurrencia* de dichos efectos

Tabla 46. Correlaciones bivariadas entre la *Creencia Implícita* de ocurrencia y la *Frecuencia real de ocurrencia*, de cada cambio o efecto evaluado por los participantes de familias separadas.

TIPO CAMBIO O EFECTO	*r*	Significación $p \leq .001$
1. Mejora el clima familiar	.34	**
2. Se vuelven egoístas	.44	**
3. Tienen problemas de adaptación a los cambios	.39	**
4. Están más tiempo solos	.54	**
5. Evitan casos de maltrato	.23	**
6. Aceptan la separación	.31	**
7. Mejoran el rendimiento académico	.11	--
8. Mejoran la relación con el progenitor custodio	.43	**
9. Se sienten culpables de la separación	.48	**
10. Se vuelven más independientes	.45	**
11. Hay mayor apoyo entre los hermanos	.64	**
12. Tienen menos admiración por sus padres	.50	**
13. Ganan experiencia sobre el divorcio	.41	**
14. Tienen problemas emocionales	.56	**
15. Tienen problemas de carácter y de comportamiento	.40	**
16. Mejoran su relación con el progenitor no custodio	.54	**
17. Aceptan las nuevas parejas/sus hijos de padres	.39	**
18. Tienen menor contacto con el progenitor no custodio	.56	**
19. Se vuelven más maduros	.36	**
20. Se aíslan de los compañeros	.40	**
21. Los padres son más permisivos	.44	**
22. Se unen más al progenitor con el que viven	.53	**
23. Se sienten distintos a otros	.44	**
24. Se sienten confusos ante decisión de jueces	.38	**
25. Surgen nuevos problemas	.44	**
26. Se aferran a los estudios	.37	**
27. Adquieren nuevos vicios	.41	**
28. Rechazan más el matrimonio	.56	**
29. Saben resolver mejor los conflictos	.45	**
30. Sienten que se les quiere menos	.40	**
31. Los padres son más autoritarios	.46	**
32. Pierden un modelo de referencia	.42	**
33. Tienen ahora una mejor economía que antes	.56	**

r = coeficiente de Pearson; Significación ** $p \leq .001$

En este apartado se pretende analizar si las creencias que sostienen los participantes con experiencia personal en ruptura familiar acerca de los efectos que tiene la separación o divorcio de los padres sobre los hijos, guardan relación con la frecuencia con la que dichos efectos les ha ocurrido a ellos en su propia experiencia vital. Con tal fin se realizaron Correlaciones Bivariadas con el coeficiente de correlación r de Pearson, para estudiar la posible relación entre las puntuaciones registradas por los participantes de familias separadas en el cuestionario de *creencias implícitas sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos,* y en el *cuestionario sobre la frecuencia de ocurrencia real de cambios y efectos en los hijos tras separación,* respecto a cada tipo de cambio o efecto evaluado (ver Tabla 46).

Como se puede apreciar, todas las relaciones exploradas muestran una relación positiva altamente significativa, excepto en el caso del efecto *mejoran su rendimiento académico*, donde el coeficiente de correlación de Pearson obtenido no es significativo, observándose una mayor puntuación en el caso de la creencia (M 2,06) frente a la frecuencia real (M 1,79). De esta manera, las relaciones positivas encontradas implican que cuanto más frecuente ocurra un determinado cambio en la vida real del participante tras la ruptura de sus padres, mayor presencia tiene dicho cambio en su creencia implícita como posible efecto en los hijos tras la separación, y a la inversa.

Así, las puntuaciones de correlación oscilan entre valores que van desde .23 hasta .64. El coeficiente más alto lo obtiene el efecto/cambio *hay mayor apoyo entre los hermanos*, y explica el 41% de la varianza común entre las dos variables.

Otros cambios como *tienen problemas emocionales, tienen menor contacto con el progenitor no custodio, rechazan más el matrimonio*, *mejoran su relación con el progenitor no custodio, tienen mejor economía que antes* y *pasan más tiempo solos,* también reflejan valores de correlación altos, los cuales explican un 31% de la varianza en común. El resto de los ítems explican alrededor del 20% de la varianza, a excepción del efecto *evitan casos de maltrato*, que a pesar de ser significativo, solo explica algo más del 5% de la varianza común entre las dos variables.

9.7. Relación entre las *Creencias Implícitas* sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos y el *Grado de afectación percibido* de dichos efectos

Tabla 47. Correlaciones bivariadas entre la *Creencia Implícita* de ocurrencia y el *Grado de afectación* de cada cambio o efecto vivido, según los participantes cuyos padres se han separado.

TIPO CAMBIO O EFECTO	*r*	Significación $p \leq .001$
1. Mejora el clima familiar	.22	**
2. Se vuelven más egoístas y caprichosos	.32	**
3. Tienen problemas de adaptación a los cambios	.29	**
4. Pasan más tiempo solos	.38	**
5. Evitan casos de maltrato	.17	*
6. Aceptan la separación	.01	--
7. Mejoran el rendimiento académico	-.05	--
8. Mejoran la relación con el progenitor custodio	.21	**
9. Se sienten culpables de la separación	.31	**
10. Se vuelven más independientes	.37	**
11. Hay mayor apoyo entre los hermanos	.49	**
12. Sienten menos admiración por sus padres	41	**
13. Ganan experiencia sobre el divorcio	.26	**
14. Tienen problemas emocionales	.47	**
15. Tienen problemas de carácter y de comportamiento	.36	**
16. Mejoran su relación con el progenitor no custodio	.33	**
17. Aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres	-.09	--
18. Tienen menos contacto con el progenitor no custodio	.36	**
19. Se vuelven más maduros	.20	**
20. Se aíslan de los compañeros	.18	*
21. Los padres son más permisivos	.29	**
22. Se unen mucho al progenitor custodio	.37	**
23. Se sienten distintos a otros	.30	**
24. Se sienten molestos con jueces y otros	.34	**
25. Surgen nuevos problemas	.32	**
26. Se aferran a los estudios	.25	**
27. Adquieren nuevos vicios	.37	**
28. Rechazan más el matrimonio	.43	**
29. Saben resolver mejor los conflictos	.17	*
30. Sienten que se les quiere menos	.38	**
31. Los padres son más autoritarios	.29	**
32. Pierden un modelo de referencia	.37	**
33. Tienen mejor economía que antes	.26	**

r = coeficiente de Pearson; Significación *p ≤ .05 **p ≤ .001

En esta ocasión se pretende poner a prueba si las creencias implícitas que tienen los participantes con experiencia personal en ruptura familiar, acerca de los efectos de la ruptura parental sobre los hijos, guarda relación con el grado de intensidad con el que ellos mismos han vivido determinados efectos o cambios. Para ello se han relacionado las puntuaciones dadas por los participantes a cada tipo de efecto o cambio en el cuestionario de *Creencias Implícitas* y en el que mide el *Grado de afectación* de los cambios vividos por ellos tras la separación de sus padres. De nuevo se recurrió a las Correlaciones Bivariadas con el coeficiente de correlación r de Pearson para explorar la fuerza de la asociación entre las variables y la dirección o sentido de dichas asociaciones (ver Tabla 47).

Los resultados muestran una clara relación positiva entre las puntuaciones otorgadas a cada tipo de cambio en el cuestionario de creencias implícitas y en el que se evalúa el grado de afectación por los cambios vividos, salvo para efectos como *aceptan la separación*, *mejoran su rendimiento académico* y *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padre*, en los que el coeficiente de correlación de Pearson no sale significativo, y en alguno de dichos casos el sentido es negativo.

Respecto a estos últimos efectos citados, los valores ofrecidos por los participantes en relación con el grado de afectación con los que los han vivido son más altos (M 4,35, M 2,46 y M 3,71) que los señalados en relación con su creencia implícita (M 3,51, M 2,06 y M 2,27, respectivamente).

En definitiva, los valores de las relaciones encontradas son algo más bajos que en el análisis anteriormente expuesto, oscilando entre .17 y .49, siendo en la mayoría de los casos significativos al 1 por mil, y en el resto de las ocasiones al 5 por 100. Todas las relaciones encontradas son de signo positivo, lo cual indica que cuanto más valor se otorgue al grado de afectación de un determinado cambio o efecto, mayor grado de ocurrencia se le atribuye en la creencia implícita sobre el tema asumido por el sujeto.

Concretamente, destacan las relaciones encontradas para efectos como *hay mayor apoyo entre los hermanos* y *tienen problemas emocionales*, que explican un 24% y un 22% de la varianza común entre las dos variables asociadas, respectivamente. Por su parte, los ítems *rechazan más el matrimonio* y *tienen menos admiración por sus padres* explican un 18% y un 16%, respectivamente, de la varianza común entre ambas variables. El resto de los ítems explican alrededor del 10% de la varianza, a excepción de los ítems *evitan casos de maltrato*, *saben resolver mejor los conflictos* y *se aíslan de*

los compañeros, los cuales sólo alcanzan a explicar alrededor del 3% de la varianza común entre las dos variables.

9.8. Las *Creencias Explícitas* sobre los efectos positivos y negativos de la ruptura parental en los hijos

Tabla 48. Porcentaje de citación de cada tipo de cambio/efecto nombrado por los participantes en la entrevista abierta.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	%
Tienen problemas emocionales	50,3
Mejora el clima familiar	46,8
Reducen el contacto con el progenitor no custodio	31,4
Se sienten mejor emocionalmente	23,3
Se enfrentan a nuevos problemas	23,0
Tienen dificultades para aceptar la ruptura	19,5
Tienen dificultades de relación con el progenitor no custodio	16,9
Fracasan en los estudios	16,3
Se hacen más maduros	15,4
Consiguen más cosas de sus padres	14,2
Tienen problemas de carácter y de comportamiento	13,1
Mejoran la relación con el progenitor custodio	12,8
Tienen problemas de adaptación a los cambios	12,5
Ningún efecto positivo	12,5
Se sienten culpables de la separación	12,2
Tienen dificultades de relación con el progenitor custodio	9,6
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	9,6
Se vuelven más independientes	9,3

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos

En este apartado se analizarán los contenidos que se engloban en la *Creencia Explícita* que sostienen los participantes sobre la ruptura parental en los hijos. Se iniciará la exposición de los resultados presentando el porcentaje de citación de los principales efectos o cambios nombrados por los participantes cuando responden a la pregunta abierta *¿cuáles con los cambios positivos y negativos en los hijos tras la separación de sus padres?* (ver Tabla 48). Se engloban aquellas categorías de respuesta que hayan alcanzado un porcentaje superior al que se pudiera dar por azar, atendiendo a la prueba de aproximación de la distribución binomial a la curva normal, con un error típico alfa del 5%.

Los efectos *tener problemas emocionales* y la *mejora del clima familiar son los* más consensuados (los citan alrededor de la mitad de la muestra), el primero como ejemplo de un cambio negativo y el segundo como ejemplo de un cambio positivo. Le siguen, en sentido decreciente de citación, la *reducción del contacto con el progenitor no custodio* o *enfrentarse a nuevos problemas*, y en menor grado, la *dificultad para aceptar la ruptura*, las *dificultades en la relación con el progenitor no custodio, el fracaso en los estudios*, *tener problemas de carácter y de comportamiento, tener problemas de adaptación a los nuevos cambios*, o *sentirse culpable de la separación*, en lo referido a cambios negativos. Señalar, además, que algo más del 10% de los participantes no encuentran *ningún efecto positivo* tras la ruptura. Por su parte, otro porcentaje considerable de participantes (cerca de una cuarta parte de la muestra) asume que la ruptura más que perjudicar, beneficia, aludiendo como posible efecto que los hijos *se sienten mejor emocionalmente*. También destacan otros efectos positivos, aunque en menor grado, como el hecho de que *los hijos se hacen más maduros,* que *consiguen más cosas de sus padres* y *la mejora de la relación con el progenitor custodio*. El resto de categorías de respuesta encontradas alcanzan porcentajes menores, pero próximos al 10% de citación, aunque no por ello dejan de ser interesantes para el estudio.

9.8.1. Estudio del efecto de las variables independientes sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en la *Creencia Explícita*

Pasemos ahora a explorar cómo influyen las variables independientes utilizadas en el estudio sobre las respuestas dadas por los participantes ante la pregunta propuesta. Para ello se realizaron diferentes Análisis de Varianza (ANOVAs) donde las variables independientes son la *Experiencia personal de ruptura familiar*, el *Grupo de edad*, el *Sexo* y el *Nivel educativo familiar*, y las variables dependientes las medias de citación de cada categoría de respuesta. La Tabla 49 recoge un resumen de los efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas a través de los diferentes ANOVAs realizados. En dicha tabla se señala además el tamaño del efecto obtenido en los diferentes análisis que han salido significativos.

Tabla 49. Efectos principales e interacciones dobles significativas obtenidas en los ANOVAs realizados para cada categoría de respuesta citada respecto a la pregunta *¿cuáles con los cambios positivos y negativos en los hijos tras la separación de sus padres?*, y tamaño de los efectos alcanzados.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	EXP	GE	Sexo	EXP*GE	EXP*NEF	GE*Sexo	GE*NEF
Tienen problemas emocionales	$F_{(1, 343)} = 35{,}547$; $p \leq .001$ (**)						
Mejora el clima familiar		$F_{(1, 328)} = 11{,}583$; $p \leq .001$ (*)					
Reducen el contacto con no custodio			$F_{(1, 328)} = 4{,}612$; $p \leq .032$ (*)				$F_{(1, 328)} = 5{,}755$; $p \leq .017$ (*)
Se sienten mejor emocionalmente			$F_{(1, 328)} = 10{,}698$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(1, 328)} = 5{,}306$; $p \leq .022$ (*)		
Se enfrentan a nuevos problemas				$F_{(1, 328)} = 15{,}256$; $p \leq .001$ (*)			
Tienen dificultades para aceptar la ruptura	$F_{(1, 343)} = 35{,}850$; $p \leq .001$ (**)					$F_{(1, 328)} = 4{,}668$; $p \leq .031$ (*)	
Dificultad en la relación con el no custodio				$F_{(1, 328)} = 7{,}333$; $p \leq .007$ (*)			$F_{(1, 328)} = 7{,}792$; $p \leq .006$ (*)
Fracasan en los estudios			$F_{(1, 328)} = 5{,}781$; $p \leq .017$ (*)				
Consiguen más cosas de sus padres		$F_{(1, 328)} = 5{,}756$; $p \leq .017$ (*)					
Tienen problemas de carácter y comportamiento		$F_{(1, 328)} = 5{,}398$; $p \leq .021$ (*)	$F_{(1, 328)} = 10{,}726$; $p \leq .001$ (*)		$F_{(1, 328)} = 5{,}850$; $p \leq .016$ (*)		
Ningún efecto positivo		$F_{(1, 328)} = 4{,}205$; $p \leq .041$ (*)					
Mejoran su relación con el progenitor no custodio	$F_{(1, 343)} = 4{,}355$; $p \leq .038$ (*)		$F_{(1, 328)} = 4{,}499$; $p \leq .035$ (*)				
Se vuelven más independientes						$F_{(1, 328)} = 4{,}434$; $p \leq .036$ (*)	

(*) Efecto pequeño (**) Efecto mediano; GE: Grupo de edad; EXP.: Experiencia personal de ruptura familiar; Sexo: Sexo; NEF: Nivel educativo familiar

Como se puede observar (ver Tabla 49), de todas las variables independientes exploradas, la que más parece afectar sobre las variables dependientes estudiadas es el *Grupo de edad* al que pertenece el participante, seguida de la *Experiencia personal de ruptura familiar*, el *Sexo* y en menor lugar del *Nivel educativo familiar*. El grado del efecto es pequeño en la mayoría de los casos, excepto en lo que respecta a la variable Experiencia personal de ruptura familiar para los cambios *tienen problemas emocionales* y *tienen dificultades para aceptar la ruptura*, con un tamaño del efecto mediano.

A continuación se presentan en los siguientes apartados, un análisis más pormenorizado de los resultados obtenidos.

Efecto de la variable Experiencia personal de ruptura familiar

Con el fin de conocer si la creencia explícita de los participantes sobre los efectos de la ruptura parental en los hijos se ve afectada por el hecho de haber experimentado o no de forma personal una experiencia de separación de sus padres, se contrastaron las medias de citación de los diferentes efectos y cambios por un grupo de participantes de familias separadas con otro que no tenía dicha experiencia. Los análisis se llevaron a cabo mediante ANOVAs de una vía, cuyas medias y desviaciones típicas se muestran a en la Tabla 50.

Tabla 50. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos, según la *Experiencia personal de ruptura parental*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Con exp.		Sin exp.	
	M	DT	M	DT
Tienen problemas emocionales (**)	0,36	0,48	0,67	0,47
Tienen dificultades para aceptar la ruptura (**)	0,08	0,27	0,33	0,47
Mejoran su relación con el progenitor no custodio (*)	0,07	0,25	0,13	0,34

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos; (*) Efecto pequeño (**) Efecto mediano

Tal y como se aprecia en la tabla, se observa que los participantes sin experiencia citan más todos los cambios que han salido significativos frente a los que sí tienen experiencia de ruptura. Además, el tamaño del efecto es mediano para las categorías de respuesta *tienen problemas emocionales* y *tienen dificultades para aceptar la ruptura*, mientras que la categoría de respuesta *mejoran su relación con el progenitor no custodio*, alcanza un tamaño del efecto pequeño.

Efecto de la variable Grupo de edad

Analizando ahora los efectos de la variable *Grupo de edad*, los ANOVAs reflejan diferencias significativas en cuatro de las categorías de respuesta. Las medias de las puntuaciones obtenidas y las desviaciones típicas se muestran a continuación en la Tabla 51.

Tabla 51. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos según el *Grupo de edad*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Adolescentes		Jóvenes	
	M	DT	M	DT
Mejora del clima familiar (*)	0,38	0,48	0,55	0,50
Consiguen más cosas de sus padres (*)	0,19	0,39	0,10	0,30
Tienen problemas de carácter y comportamiento (*)	0,09	0,29	0,17	0,37
Ningún efecto positivo (*)	0,16	0,37	0,09	0,28

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos; (*) Efecto pequeño

Así, se comprueba que el grupo de los jóvenes citan más los cambios referidos a la *mejora del clima familiar* y *tienen problemas de carácter y comportamiento*, frente al grupo de los adolescentes. Por el contrario, son los adolescentes quienes más citan el hecho de que los hijos *consiguen más cosas de sus padres* y *ningún cambio positivo* frente a los jóvenes.

Efecto de la variable Sexo del participante

Respecto a la influencia de la variable *Sexo* del participante como efecto principal, en la Tabla 52 se recogen las medias y desviaciones típicas de aquellas categorías de respuesta que han salido significativas tras los análisis.

Tabla 52. Medias y desviaciones típicas de los cambios/efectos que han salido significativos según el *Sexo*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Femenino		Masculino	
	M	DT	M	DT
Reducen el contacto con el no custodio (*)	0,37	0,48	0,26	0,44
Se sienten mejor emocionalmente (*)	0,31	0,46	0,16	0,36
Fracasan en los estudios (*)	0,21	0,41	0,12	0,32
Tienen problemas de carácter y comportamiento (*)	0,19	0,39	0,08	0,26
Mejor relación con no custodio (*)	0,13	0,33	0,06	0,24

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos; (*) Efecto pequeño

Así, los resultados muestran que las chicas citan más todos los efectos o cambios que salen significativos frente a los chicos.

Efecto de la variable Nivel educativo familiar

La variable independiente *Nivel educativo familiar*, no presenta diferencias significativas intergrupo como efecto principal, aunque sí como efecto interactivo con otras variables, como se muestra en los siguientes apartados.

Otros efectos significativos encontrados

Tal y como se recoge en la Tabla 49, los ANOVAs realizados mostraron también efectos interactivos significativos entre las variables independientes sobre las

dependientes, con un efecto pequeño en todos los casos, los cuales se comentan brevemente a continuación.

Efecto de la Experiencia personal de ruptura familiar y del Grupo de edad

Los ANOVAs realizados con las variables *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Grupo de edad* (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron dos interacciones significativas. La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación.

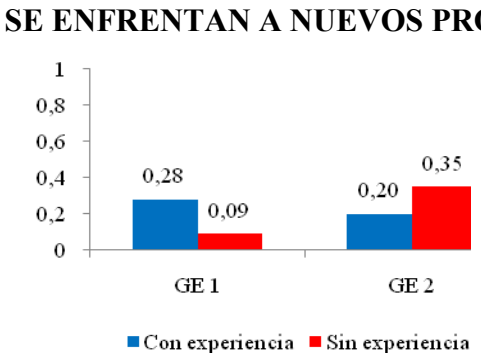


Figura 89. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Grupo de edad*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo sin experiencia, los jóvenes (M 0,35 DT 0,48) citan más que los adolescentes dicho cambio (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(342)} = 4{,}03$; $p \leq .001$).

Respecto a la variable *Grupo de edad*, y dentro del grupo de los adolescentes, son aquellos con experiencia (M 0,28 DT 0,45) quienes más citan dicha categoría frente a los que no tienen experiencia (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(342)} = 3{,}09$; $p \leq .002$). Por otro lado, dentro del grupo de jóvenes, son los que no tienen experiencia (M 0,35 DT 0,48) los que más la citan frente a los que sí tienen experiencia (M 0,20 DT 0,39) ($t_{(342)} = 2{,}44$; $p \leq .015$).

DIFICULTADES EN LA RELACIÓN CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

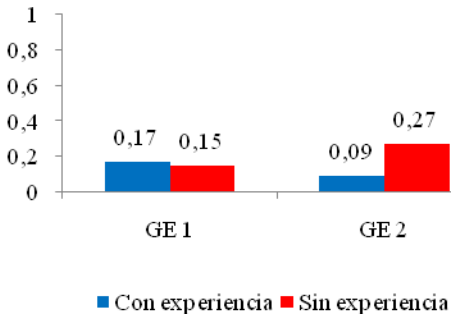


Figura 90. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Grupo de edad*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo sin experiencia, los jóvenes (M 0,27 DT 0,44) citan más que los adolescentes dicho cambio (M 0,15 DT 0,35) ($t_{(342)} = 2,19$; $p \leq .030$).

Respecto a la variable *Grupo de edad*, y dentro del grupo de jóvenes, son aquellos sin experiencia (M 0,27 DT 0,44) quienes más citan dicha categoría frente a los que tienen experiencia (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(342)} = 3,42$; $p \leq .001$).

Efecto de la Experiencia personal de ruptura familiar y el Nivel educativo familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Experiencia personal de ruptura familiar* y *Nivel educativo familiar* (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron también dos interacciones significativas. La representación gráfica de dichas interacciones se presenta a continuación.

SE SIENTEN MEJOR EMOCIONALMENTE

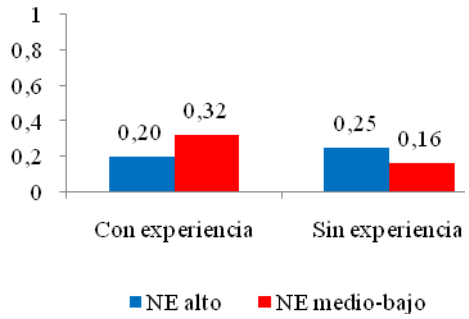


Figura 91. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Nivel educativo familiar* se observa que, dentro del grupo de nivel educativo medio bajo, los participantes con experiencia (M 0,32 DT 0,47) citan más que los que no tienen experiencia dicho cambio (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(342)} = 2,39$; $p \leq .017$).

Respecto a la variable *Experiencia personal de ruptura familiar*, no se encuentran diferencias significativas entre los grupos.

TIENEN PROBLEMAS DE CARÁCTER Y COMPORTAMIENTO

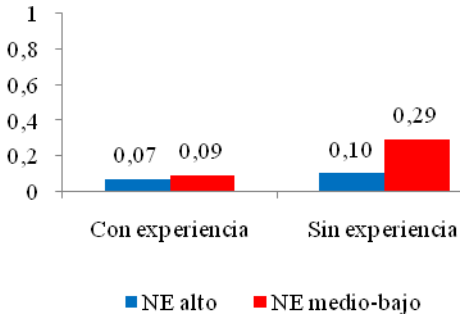


Figura 92. Promedio de mención de la categoría, según la *Experiencia personal de ruptura familiar* y el *Nivel educativo familiar*.

En esta ocasión, utilizando como variable de contraste la *Experiencia personal de ruptura familiar* se observa que, dentro del grupo sin experiencia, los de nivel

educativo medio-bajo (M 0,29 DT 0,45) citan más dicha categoría de respuesta frente a los de nivel alto (M 0,10 DT 0,30) ($t_{(342)} = 3,76$; $p \leq .001$).

Respecto a la variable *Nivel educativo familiar*, dentro del grupo de nivel educativo medio bajo, son aquellos sin experiencia (M 0,29 DT 0,45) quienes más citan dicha categoría frente a los que tienen experiencia (M 0,09 DT 0,28) ($t_{(342)} = 4,18$; $p \leq .001$).

Efecto del Grupo de edad y el Sexo del participante

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Sexo* del participante (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron nuevamente dos interacciones significativas. Éstas se comentan a continuación junto con su representación gráfica.

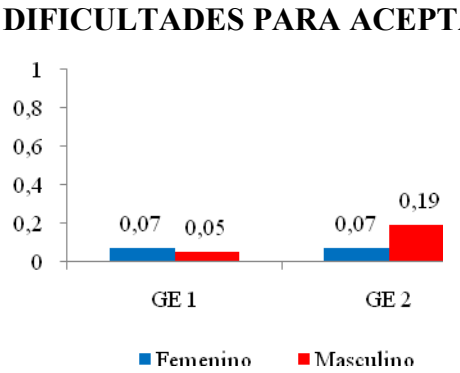


Figura 93. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

De los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, son los varones (M 0,19 DT 0,40) los que nombran más esta categoría de respuesta frente a las féminas (M 0,07 DT 0,25) ($t_{(342)} = 2,63$; $p \leq .011$).

Respecto a la variable *Sexo*, y dentro del grupo de los varones, son los jóvenes (M 0,19 DT 0,40) quienes más citan dicha categoría frente a los adolescentes (M 0,05 DT 0,21) ($t_{(342)} = 3,09$; $p \leq .002$).

SE VUELVEN MÁS INDEPENDIENTES

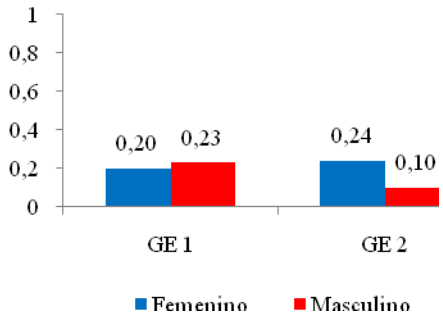


Figura 94. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Sexo*.

Con respecto a los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de jóvenes, son las chicas (M 0,24 DT 0,40) las que nombran más esta categoría de respuesta frente a los chicos (M 0,10 DT 0,25) ($t_{(342)} = 2{,}46$; $p \leq .013$).

Respecto a la variable *Sexo*, y dentro del grupo de los varones, son los adolescentes (M 0,23 DT 0,42) los que más citan dicha categoría frente a los jóvenes (M 0,10 DT 0,30) ($t_{(342)} = 2{,}22$; $p \leq .025$).

Efecto del Grupo de edad y el Nivel educativo familiar

Los ANOVAs realizados con las variables *Grupo de edad* y *Nivel educativo familiar* del participante (diseño 2 x 2), sobre las variables dependientes (categorías de respuesta), mostraron otra vez dos interacciones significativas. La representación gráfica se presenta a continuación.

REDUCEN EL CONTACTO CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

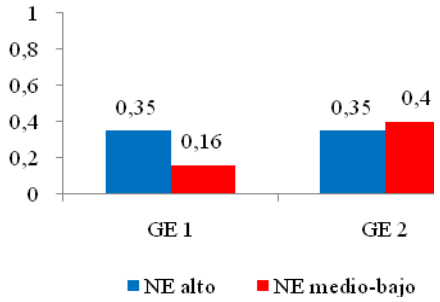


Figura 95. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar* del participante.

Con respecto a los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de adolescentes, son los de nivel educativo alto (M 0,35 DT 0,48) los que más mencionan esta categoría de respuesta frente a los de nivel educativo medio-bajo (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(342)} = 2,65$; $p \leq .008$).

Respecto a la variable *Nivel educativo familiar*, y dentro del grupo de nivel medio bajo, son los jóvenes (M 0,35 DT 0,48) los que más citan dicha categoría frente a los adolescentes (M 0,16 DT 0,37) ($t_{(342)} = 3,33$; $p \leq .001$).

DIFICULTAD EN LA RELACIÓN CON EL PROGENITOR NO CUSTODIO

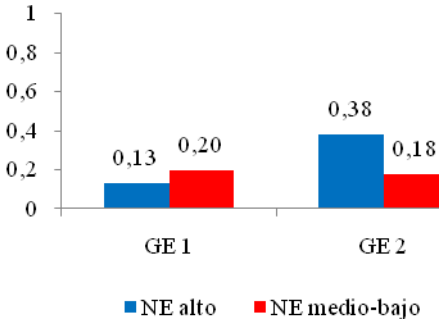


Figura 96. Promedio de mención de la categoría, según el *Grupo de edad* y el *Nivel educativo familiar* del participante.

Por último, los efectos simples de contrastes con la variable *Grupo de edad* se observa que, dentro del grupo de los jóvenes, son los de nivel educativo alto (M 0,38 DT 0,49) los que más mencionan esta categoría de respuesta frente a los de nivel educativo medio-bajo (M 0,18 DT 0,38) ($t_{(342)} = 2,50$; $p \leq .014$).

Respecto a la variable *Nivel educativo familiar*, y dentro del grupo de nivel alto, también son los jóvenes (M 0,38 DT 0,49) los que más citan dicha categoría frente a los adolescentes (M 0,13 DT 0,33) ($t_{(342)} = 2,07$; $p \leq .039$).

9.8.2. Estudio del efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en la *Creencia Explícita*

Para comprobar el posible efecto de la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* sobre el porcentaje de citación de los distintos tipos de cambios o efectos encontrados en la creencia explícita, se realizaron diversos ANCOVAs solo con la muestra de participantes cuyos padres se habían separado. Los resultados tan sólo muestran un efecto significativo, de efecto pequeño, para el cambio *reducen el contacto con el progenitor no custodio* ($F_{(1, 174)} = 6,422$; $p \leq .012$). La correlación r de Pearson obtenida en este caso es de .19 ($p \leq .01$), lo que indica una relación positiva entre ambas variables, quedando explicada alrededor del 5% de la varianza común entre ambas variables. Así se observa que, cuanto más tiempo haya pasado, más aparece este efecto en la creencia explícita.

En esta ocasión la covariable no afecta a la posible relación entre las variables independientes del estudio (*Grupo de edad*, *Sexo* o *Nivel educativo familiar*) y las variables dependientes que ahora se exploran.

9.8.3. Estudio del efecto de la covariable *Grado de conflicto actual percibido* sobre el grado de citación de los efectos o cambios englobados en la *Creencia Explícita*

Utilizando ahora la variable *Grado de conflicto actual percibido* como covariable, se obtiene un efecto significativo de efecto pequeño para la variable *se enfrentan a nuevos problemas* ($F_{(1, 170)} = 6,592$; $p \leq .011$), donde la correlación r de

Pearson obtenida en este caso es de .20 ($p \leq .01$), quedando explicada alrededor del 5% de la varianza común entre ambas variables. Además, la relación positiva observada implica que cuanto mayor sea el grado de conflicto percibido, más aparece este efecto en la creencia explícita de los participantes.

Restando el efecto de esta covariable, se obtiene un único efecto derivado de la variable *Nivel educativo familiar* del participante para el cambio *se enfrentan a nuevos problemas* ($F_{(1,\ 170)} = 4{,}982$; $p \leq .028$), siendo los de nivel alto quienes más citan dicho cambio frente a los de nivel medio-bajo (NE alto: M 0,31 DT 0,47; NE medio-bajo: M 0,18 DT 0,40). El tamaño del efecto observado es pequeño.

9.9. Estudio de la relación entre la C*reencia Explícita* y la *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios vividos tras el divorcio en los participantes de padres separados

Para explorar la posible relación entre citar un determinado tipo de cambio en la entrevista abierta, y la *Frecuencia* con que dicho cambio se ha dado en la experiencia personal de los participantes, se llevaron a cabo correlaciones bivariadas con el coeficiente de correlación r de Pearson. Para llevar a cabo la relación, se transformó previamente la variable *Frecuencia de ocurrencia* de los cambios, de modo que si un determinado cambio obtenía en esta variable un valor igual o menor a "1", se le adjudicaba el valor "0", y si obtenía un valor superior a "1", se le adjudicaba un valor "1". Así se relacionaron los nuevos valores con los obtenidos en la entrevista abierta ("1" cuando se cita el cambio que se evalúa, "0" cuando no se cita dicho cambio) (Ver Tabla 53).

No se obtuvieron relaciones significativas en ninguno de los análisis realizados. Señalar que los valores de correlación que toman un signo negativo corresponden a aquellos ítems que aparecen formulados en el cuestionario de frecuencia real de ocurrencia de los cambios en sentido inverso.

Tabla 53. Correlaciones bivariadas entre las *respuestas dadas a la entrevista abierta* y la *Frecuencia real de ocurrencia* de los cambios vividos tras el divorcio.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	*r*	Sig.
Tienen problemas emocionales	.09	no
Mejora el clima familiar	.08	no
Reducen el contacto con el progenitor no custodio	.03	no
Se sienten mejor emocionalmente	.02	no
Se enfrentan a nuevos problemas	.11	no
Tienen dificultades para aceptar la ruptura	-.05	no
Tienen dificultades de relación con el progenitor no custodio	-.01	no
Fracasan en los estudios	-.05	no
Se hacen más maduros	.10	no
Consiguen más cosas de sus padres	.11	no
Tienen problemas de carácter y de comportamiento	.12	no
Mejoran la relación con el progenitor custodio	.01	no
Tienen problemas de adaptación a los cambios	.12	no
Se sienten culpables de la separación	.06	no
Tienen dificultades de relación con el progenitor custodio	-.13	no
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	0	no
Se vuelven más independientes	.07	no

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos.

9.10. Estudio de la relación entre la *Creencia Explícita* y el *Grado de afectación* de los cambios vividos tras el divorcio, según los participantes

Tabla 54. Correlaciones bivariadas entre las *respuestas dadas a la entrevista abierta* y el *Grado de afectación* de los cambios vividos tras el divorcio.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	*r*	Sig.
Tienen problemas emocionales	.02	no
Mejora el clima familiar	.03	no
Reducen el contacto con el progenitor no custodio	.06	no
Se sienten mejor emocionalmente	-.01	no
Se enfrentan a nuevos problemas	.12	no
Tienen dificultades para aceptar la ruptura	.05	no
Tienen dificultades de relación con el progenitor no custodio	-.01	no
Fracasan en los estudios	-.02	no
Se hacen más maduros	.08	no
Consiguen más cosas de sus padres	.07	no
Tienen problemas de carácter y de comportamiento	.07	no
Mejoran la relación con el progenitor custodio	.07	no
Tienen problemas de adaptación a los cambios	.07	no
Se sienten culpables de la separación	-.02	no
Tienen dificultades de relación con el progenitor custodio	.01	no
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	.01	no
Se vuelven más independientes	.07	no

- En rojo los efectos negativos y en negro los positivos.

También se exploró la posible relación entre citar un determinado cambio en la entrevista abierta y la valoración que recibía dicho cambio en el cuestionario que medía el *Grado de afectación* de las experiencias vividas por los participantes tras la ruptura familiar. Para ello se realizó una reconversión de las variables relativas al grado de afectación del mismo modo que el realizado para la variable frecuencia de ocurrencia.

El estudio de la relación se llevó a cabo mediante la correlación r de Pearson. Y de nuevo, los resultados que se obtienen no muestran ninguna relación significativa (Ver Tabla 54).

9.11. Análisis comparativo de las *Creencias Explícitas* e *Implícitas* de los participantes sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos, según la *Experiencia personal de ruptura familiar*

Presentamos ahora el análisis del grado de concordancia que se observa entre la *Creencia Implícita* y la *Creencia Explícita* de los participantes sobre el tema en estudio. Para ello se han reconvertidos los datos directos obtenidos mediante la entrevista abierta y el cuestionario de creencias implícitas, en nuevas variables, tal como se describió en el apartado del diseño. No obstante, y por la dificultad para su comprensión, se vuelve a indicar cuál es el significado de dichas variables:

Disociación a favor de la Creencia Implícita (D_{fI}): Cuando no enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor superior a 1 en el cuestionario estructurado (creencia implícita).

Concordancia en presencia del efecto en ambos tipos de creencia (C_{Pe}): Cuando enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor superior a 1 en el cuestionario estructurado (creencia implícita).

Concordancia en ausencia del efecto en ambos tipos de creencia (C_{Ae}): Cuando no enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (creencia explícita), y puntúa con un valor igual o inferior a 1 en el cuestionario estructurado (creencia implícita).

Disociación a favor de la Creencia Explícita (D_{fE}): Cuando enuncia un determinado efecto en la entrevista abierta (Creencia Explícita), y puntúa con un valor igual o inferior a 1 en el cuestionario estructurado (Creencia Implícita).

Los porcentajes de participantes que responden según cada nueva variable reconvertida, para cada tipo de efecto o cambio evaluado, se presentan en la Tabla 55. En dicha tabla también se engloba información sobre el grupo de participantes que ofrece un porcentaje significativamente mayor en cada variable dependiente explorada, tras los ANOVAs de una vía realizados para analizar el posible efecto de la *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre dichas variables dependientes. Con el fin de aligerar

en el texto la presencia de tantos datos, los resultados de estos ANOVAs se presentan también en dicha tabla.

Como se puede observar (ver Tabla 55**)**, los porcentajes mayores se obtienen, de forma general, en la variable *Disociación a favor de la Creencia Implícita*, y los porcentajes menores en la variable *Disociación a favor de la Creencia Explícita.* En el primer caso los valores fluctúan entre el 42,4% y el 94,2%, mientras que en el segundo caso entre el 0% y el 3,2%. Los valores de concordancia presentan mayor dispersión según el tipo de cambio que se evalúe. Por ejemplo, en lo que se refiere a la *Concordancia en presencia del efecto en ambos tipos de creencia*, destacan especialmente los porcentajes obtenidos en los cambios *tienen problemas emocionales* y *mejora el clima familiar* (con porcentajes algo menores del 50%), seguidos de los correspondientes a *tienen menos contacto con el progenitor no custodio* y *se enfrentan a nuevos problemas*. Los restantes cambios obtienen porcentajes más bien bajos. Respecto a la *Concordancia en ausencia del efecto en ambos tipos de creencia* destacan los cambios *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres, se aferran a los estudios, se aíslan de sus compañeros, mejoran en los estudios* y *tienen mejor economía que antes,* todos con porcentajes algo superiores a un tercio del total posible.

Tabla 55. Porcentaje de participantes que responden a cada modalidad de respuesta, en cada cambio explorado, y grupo con mayor porcentaje según la *Experiencia personal de ruptura familiar*.

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Disociación a favor de la Creencia Implícita (D_{fI})		Concordancia en Presencia de efecto (C_{Pe})		Concordancia en Ausencia de efecto (C_{Ae})		Disociación a favor de la Creencia Explícita (D_{fE})	
	%	Grupo	%	Grupo	%	Grupo	%	Grupo
Mejora el clima familiar	43,2	-	44,2	-	10,2	-	2,3	-
Se vuelven más egoístas y caprichosos	74,4	SE	8,4	-	17,2	CE	0	-
Tienen problemas de adaptación a los cambios	81,4	-	11,6	SE	6,1	CE	0,9	-
Pasan más tiempo solos	82,0	SE	3,8	-	14,0	CE	0,2	-
Evitan el maltrato	74,1	-	4,4	-	20.3	-	1,2	-
Aceptan la separación de sus padres	81,4	CE	0	-	18,6	-	0	-
Mejoran en los estudios	65,7	-	0,6	-	33,7	-	0	-
Mejoran la relación con el progenitor custodio	77,6	-	11,6	-	9,6	-	1,2	-
Se sienten culpables de la separación	66,3	SE	11,6	-	21,5	CE	0,6	-
Se vuelven más independientes	83,1	SE	9,0	-	7,6	CE	0,3	-
Apoyan más a sus hermanos o éstos a ellos	94,2	-	2,6	-	3,2	-	0	-
Sienten menos admiración por sus padres	74,4	SE	0,9	-	24,1	CE	0,6	-
Ganan más experiencia sobre el divorcio	90,1	-	2,0	-	7,8	-	0	-
Tienen problemas emocionales	42,4	-	47,1	-	7,3	CE	3,2	-
Tienen problemas de carácter y de comportamiento	78,8	-	12,8	SE	8,1	CE	0,3	-
Mejoran la relación con el progenitor no custodio	67,4	-	7,8	SE	23,0	CE	1,7	-

SE= Grupo sin Experiencia CE= Grupo con Experiencia

Tabla 55. Porcentaje de participantes que responden a cada modalidad de respuesta, en cada cambio explorado, y grupo con mayor porcentaje según la *Experiencia personal de ruptura familiar* (continuación).

TIPO DE CAMBIO O EFECTO	Disociación a favor de la Creencia Implícita (D_{fI})		Concordancia en Presencia de efecto (C_{Pe})		Concordancia en Ausencia de efecto (C_{Ae})		Disociación a favor de la Creencia Explícita (D_{fE})	
	%	Grupo	%	Grupo	%	Grupo	%	Grupo
Aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres	59,0	CE	1,5	-	39,2	SE	0,3	-
Tienen menos contacto con el progenitor no custodio	61,9	-	28,2	-	6,7	-	3,2	-
Se hacen más maduros	81,4	-	15,4	-	3,2	-	0	-
Se aíslan de sus compañeros	60,8	SE	4,0	-	34,6	CE	0,6	-
Consiguen más cosas de sus padres	76,7	-	13,7	-	9,0	CE	0,6	-
Se unen mucho al progenitor custodio	85,5	SE	0,3	-	14,2	CE	0	-
Sienten que son diferentes a otros	71,8	SE	7,0	-	20,3	CE	0,9	-
Se sienten molestos con los jueces y otros	88,4	SE	0,6	-	11,0	CE	0	-
Se enfrentan a nuevos problemas	65,7	SE	21,8	-	11,3	CE	1,2	-
Se aferran a los estudios	61,3	SE	0,6	-	38,1	CE	0	-
Adquieren nuevos vicios	73,8	SE	3,5	-	22,7	CE	0	-
Rechazan más el matrimonio	82,3	SE	3,2	-	14,2	CE	0,3	-
Saben resolver mejor los conflictos	84,3	SE	1,2	-	14,5	CE	0	-
Sienten que se les quiere menos	77,9	SE	3,5		18,6	CE	0	-
Sus padres son más autoritarios	77,3	SE	0,6	-	22,1	CE	0	-
Pierden un modelo de identificación	71,5	SE	6,7	-	21,5	CE	0,3	-
Tienen mejor economía que antes	66,3	SE	0,6	-	33,1	CE	0	-

SE= Grupo sin Experiencia CE= Grupo con Experiencia

Señalar que se observa gran coincidencia entre los cambios que son más señalados en la variable *Concordancia en presencia del efecto* y en la variable *Disociación a favor de la Creencia Implícita*.

En lo que se refiere al análisis del influjo de la variable *Experiencia personal de ruptura familiar* sobre los resultados referidos a los tipos de concordancia y de disociación se observa lo siguiente. Con respecto a la *Disociación a favor de la Creencia Implícita*, se aprecia que, de los veinte cambios/efectos que han salido significativos, en dieciocho de ellos son los participantes sin experiencia personal de ruptura familiar quienes más los engloban en la creencia implícita y no en la explícita, frente a los que sí tienen dicha experiencia. En el caso de los cambios *aceptan la separación* y *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres* la pauta es la contraria, esto es, obtienen una media significativamente mayor los que sí tienen experiencia. En estos contrastes destacan especialmente los efectos medianos encontrados para los cambios *sienten menos admiración por sus padres, se sienten molestos con la decisión de los jueces y otros*, o *pierden un modelo de referencia*.

Analizando ahora la *Concordancia en presencia del efecto en ambos tipos de creencia* encontramos que, cuando contrastamos la media de participantes de familias intactas frente a los de familias separadas, tan sólo tres cambios muestran diferencias significativas de pequeño efecto. En todos los casos se observa que son los participantes sin experiencia en ruptura familiar quienes más concordancia muestran al respecto. Los tres cambios que han salido significativos son *tienen problemas de adaptación a los cambios, tienen problemas de carácter y de comportamiento* y *mejoran la relación con el progenitor no custodio.*

En relación con la *Concordancia en ausencia del efecto en ambos tipos de creencia*, tan sólo ocho del total de los ANOVAs realizados no muestran diferencias significativas. Para el resto de los cambios o efectos evaluados, son los participantes con experiencia en ruptura familiar quienes mayor porcentaje obtienen en dicha variable frente a los que no tienen experiencia.

Por último, señalar que no se realizaron ANOVAs de una vía con las variables relativas a la *Disociación a favor de la Creencia Explícita* por no obtener, en ningún tipo de cambio, porcentajes próximos al 10% en al menos uno de los niveles de la variable independiente explorada.

Capítulo 10. Discusión del Estudio 2

10.1. Sobre las características de la muestra de estudio.

10.2. Sobre la Experiencia de ruptura familiar de los participantes, su Grado de afectación, y el influjo de las variables exploradas.

10.3. Sobre las Creencias Implícitas y Explícitas de los participantes acerca de los efectos de la ruptura parental en los hijos y su relación con la Experiencia de ruptura familiar.

10.1. Sobre las características de la muestra de estudio

Tal y como se ha señalado en los capítulos introductorios de este trabajo, desde hace algunas décadas se viene observando un cambio en la sociedad española provocado por múltiples factores de carácter político, económico, ideológico, social y del estado de bienestar. Dentro de los principales cambios destaca la disminución de la natalidad, la incorporación de la mujer en el mundo laboral, la reducción de los matrimonios religiosos y el incremento de los civiles, y la posibilidad de finalizar un matrimonio a través del divorcio, entre otros (Alberdi, 1995; De Miguel, 1998). En relación con este último, señalar que la mejora del estado de bienestar alcanzado con el auge económico de las últimas décadas, y también el proceso de europeización del país, han facilitado el incremento en el número de divorcios. No obstante, con la crisis económica actual, se observa el efecto contrario. Esto es, una disminución en el número de rupturas, aunque siguen siendo bastante numerosas (Morán, 2009).

La separación o el divorcio imprimen importantes cambios no sólo en la estructura de los hogares, sino también, y aún más relevante, sobre el propio funcionamiento interno de los mismos (Alberdi, 1999, Meil, 1999). De este modo, cada vez es más frecuente encontrar familias monoparentales donde los hijos comparten su tiempo de forma alternativa con uno u otro progenitor, exponiéndose en cada hogar a distintas experiencias. Además de ello, puede ocurrir que tengan que convivir con nuevas figuras, como las madrastras, los padrastros y los hermanastros, enfrentándose a nuevas realidades, como en el caso de las familias reconstituidas.

De este modo, el divorcio se presenta hoy como un evento bastante común dentro de la sociedad debido a su respaldo legal, y a la frecuencia con que se produce. Ello debería propiciar que la gente cambiara su forma de entender la familia, elaborando una concepción más flexible sobre la misma, lo que facilitaría una mayor aceptación de otros modelos alternativos a la familia nuclear tradicional, como podría ser el caso de las familias monoparentales o las reconstituidas. No obstante, dicho cambio es mucho más lento de lo esperado en nuestro país debido, por un lado, al corto periodo de tiempo en el que se ha convivido con los cambios acontecidos en nuestra sociedad, y por otro, a la dificultad del ser humano para cambiar sus representaciones mentales una vez elaboradas y arraigadas. En este sentido, se podría esperar encontrar una visión más flexible sobre las familias no convencionales en aquellas personas que tienen una

experiencia más cercana a dicha realidad frente a aquéllas que no la tienen, al basarse los primeros más en sus propias vivencias que en los estereotipos compartidos socialmente. Sabemos que existe una gran heterogeneidad de experiencias, tanto positivas como negativas, ligadas a la ruptura familiar por separación o divorcio, y dependiendo de cuál sea la resultante de evaluar la diferencia entre ambos tipos de experiencias, las personas pueden generar una visión más benévola o más negativa sobre dicho cambio. De este modo, el grado de adaptación que muestren los distintos miembros implicados en un proceso de separación o divorcio dependerá de cómo hayan vivido dicha experiencia y de las creencias ligadas a dicha circunstancia. No obstante, recordar que aproximadamente dos tercios de las parejas que se separan lo hacen de mutuo acuerdo y sin altos niveles de conflicto (INE, 2009). También el paso del tiempo desde que se produjo la ruptura puede afectar generando un mayor grado de aceptación de dicho cambio. Todo ello puede contribuir a una visión menos negativa sobre la ruptura familiar.

De ahí el interés por estudiar las creencias que tiene la gente de la calle sobre el divorcio o la separación y sus efectos (tema central del trabajo que ahora se presenta), y las variables que pueden afectar a las mismas. Ello contribuye a dar luz respecto a cómo los cambios sociales se reflejan en la mente de la sociedad que los experimenta. Además, se pretende también explorar dichas creencias en su doble versión, explícita e implícita, con el fin de analizar la posible concordancia entre ellas. Así mismo, se intenta explorar en este estudio cómo la experiencia personal, entre otras variables, contribuye a la elaboración de cada tipo de representación.

Pues bien, el tema del divorcio ha despertado la inquietud de multitud de investigadores que desean analizar no sólo sus causas, sino también los efectos que pueden acarrear sobre los miembros de la familia. Sin embargo, no podemos obviar la dificultad que entraña encontrar resultados consistentes entre los datos expuestos por las diversas investigaciones sobre el tema, tal como se recoge en los temas introductorios de esta tesis. La gran diversidad de familias, las distintas características personales de los miembros que las conforman y las diferentes experiencias vividas por éstos, generan gran heterogeneidad y hacen necesario estudios más precisos. Así mismo, considerar también los numerosos sesgos que pueden caracterizar a dichos estudios en relación con las variables exploradas, los instrumentos seleccionados para recabar la información, la selección de las muestras, o también en relación con los análisis y la interpretación de

los datos, tal como señala González (2009). Estos factores imprimen nuevos condicionantes en la búsqueda de conclusiones más generales. De cualquier modo, la sociedad debe haber elaborado una visión particular sobre esta realidad, que es lo que se pretende explorar.

A pesar de la gran heterogeneidad observada, existen algunos hechos que parecen darse con cierta regularidad en relación con la ruptura familiar. Por ello, y antes de pasar al análisis de los principales objetivos perseguidos en la segunda investigación de esta tesis, se exploraron algunos rasgos de la situación familiar post-separación que caracteriza a la muestra de este estudio, para evaluar su grado de similitud con las características observadas en estudios previos sobre familias separadas y/o reconstituidas. También se exploraron algunas características de la experiencia vivida por los participantes, ya que pueden ayudarnos a entender algunos de los resultados que se obtienen en el estudio. Pasamos a comentar los principales rasgos observados al respecto.

El tiempo transcurrido desde que los padres se separaron y la edad de los hijos en dicho momento, pueden influir en su forma de ver las consecuencias del divorcio o la separación. También la edad de los hijos, en relación con su capacidad cognitiva y las tareas evolutivas que deben enfrentar en el momento en que se realiza el estudio, puede influir en los resultados que se obtengan. Así, la muestra participante en el estudio, procedente de familias separadas/divorciadas, corresponde a un grupo de adolescentes y jóvenes cuyos padres se habían separado, en la mayoría de los casos (próximo al 70%), hacía más de cinco años. Para otro porcentaje considerable de la muestra, los padres se habían separado hacía más de dos años. Estos periodos suelen ser suficientes para que quienes hayan vivido la ruptura lleguen a adaptarse a la nueva situación familiar, tal como señalan Hetherington y Stanley-Hagan (2002), salvo excepciones. Este hecho puede ejercer efectos sobre el grado de conflicto actual percibido, así como en las restantes respuestas ofrecidas por los participantes.

Señalar también que algo más de la mitad de la muestra de los jóvenes tenían más de de 10 años cuando se produjo la ruptura, lo que permitió que comprendieran mejor los hechos más significativos relacionados con la separación, facilitando su recuerdo. Actualmente se encuentran en una etapa menos turbulenta que la adolescencia, y tienen aún una mayor capacidad para entender los hechos que se producen. Como dificultad pueden tener el efecto del olvido, si la ruptura se produjo

hace mucho tiempo. Por su parte, en el grupo de adolescentes hay más participantes que tenían menos de 10 años cuando sus padres se separaron (algo más de la mitad), lo que probablemente condicionó su capacidad para entender todo lo ocurrido durante y tras la ruptura. Así mismo, los que eran pequeños pueden tener dificultades para recordar lo acontecido al principio de la ruptura, pero para otros, si eran algo mayores, dichos recuerdos pueden estar más presentes, si no ha pasado mucho tiempo desde que se produjo dicha ruptura.

Por otra parte, y tal y como ya se ha comentado, los cambios que se producen en el nuevo hogar también van a determinar los efectos de la ruptura parental en los hijos y sobre los propios progenitores. En general, y como ya se vio en capítulos anteriores, la mujer es la que se suele quedar con la custodia de los hijos. Concretamente, en la actualidad el 87,6% de los núcleos monoparentales de separados o divorciados están compuestos por una madre y sus hijos, el 4,1% por un padre y sus hijos, y el resto corresponde a custodias compartidas. Por tanto, se observa que los datos obtenidos en este estudio respecto a la distribución según el tipo de custodia, son prácticamente similares a los encontrados a nivel nacional (INE, 2010).

El hecho de que sean las madres quienes obtengan la custodia en la mayoría de los casos, hace que éstas vean aumentadas sus tareas y responsabilidades, lo que puede llegar a ser un gran impedimento a la hora de restablecer su vida sentimental o volverse a casar (Jurado, 2008). En consecuencia, los datos muestran que las situaciones de monoparentalidad están más asociadas al sexo femenino (Jurado, 2008). Por el contrario, los hombres tienden más que las mujeres a realizar dicha reconstitución (Prades, 2009), ya que tan sólo un pequeño porcentaje (como lo observado en este estudio) obtiene la custodia de sus hijos, o lo hace de manera compartida. También en este estudio se observa un mayor porcentaje de reconstituciones por parte del progenitor no custodio (normalmente los padres), alcanzando la cifra de algo más de dos tercios, frente a tan sólo algo más de dos quintas partes en el caso de los custodios (normalmente las madres). También se observa que, en relación a si cohabitan o no con sus nuevas parejas, son los no custodios quienes obtienen un mayor porcentaje frente a los custodios.

Ello va en la línea de la afirmación de Prades (2009) que comenta que la mayoría de los hombres desean mantener una relación sentimental estable, puesto que lo ven como algo imprescindible para su propia felicidad y autoestima. Por su parte, las

madres, quienes normalmente ejercen la custodia, quizás eviten recomponer su vida afectiva por no exponer a sus hijos a nuevas relaciones con figuras extrañas para ellos. Pero qué duda cabe que también las obligaciones para con sus hijos limita el tiempo del que disponen para el ocio o para rehacer su vida afectiva. En el estudio se observó que la mayoría de los participantes cuyas madres sí han rehecho su vida afectiva, presentan tan sólo un grado de dificultad moderada de adaptación a la reconstitución. Esto puede deberse a que, aunque alrededor de tres cuartas partes eran mayores de 10 años cuando se produjo la reconstitución afectiva de la madre, la mayoría aún no han convivido con las nuevas parejas de sus madres.

Por otra parte, y en cuanto al tiempo que los progenitores tardan en establecer una nueva relación, los promedios de reconstitución para el progenitor no custodio se sitúa alrededor de los tres años, y para el progenitor custodio próximo a los cuatro. No obstante, señalar que los datos del estudio muestran que un porcentaje considerable de padres varones no custodios (alrededor de un 40%) rehace su vida afectiva muy pronto, dentro del primer año tras la separación, a diferencia de las madres custodias, las cuales rehacen su vida en mayor proporción entre el segundo y quinto año tras la separación (35,1%). De cualquier modo, también otro porcentaje menor de progenitores no custodios extiende en el tiempo la reconstitución. En estas ocasiones no hay diferencias significativas por el hecho de ser la figura custodia o la no custodia.

Con referencia al contacto que tienen los participantes del estudio con sus progenitores, se observó que, en relación con el progenitor custodio, éste suele ser muy frecuente, siendo más destacado en el caso de los adolescentes. En relación con el no custodio, si bien un porcentaje significativo sostiene un contacto considerable con dicha figura, hay que destacar que también alrededor de un 30% de los participantes sostienen un contacto deficitario o nulo. Este hecho coincide con los resultados observados en otros estudios (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Buchanan et al., 1996; Ellis, 2000; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Moxnes, 2003). Recordar que son muchos los autores que han señalado los importantes efectos negativos que conlleva la pérdida del contacto con la figura paterna, ya que éstos son importantes fuentes de afecto y actúan como importantes modelos para sus hijos (Stamps et al, 2009), especialmente en el caso de los varones (Buchanan et al., 1996; Fernández y Godoy, 2002; Guttmann, 1993). Señalar, además, que en este estudio la reducción de

contacto encontrada no parece verse afectada por el hecho de que los no custodios hayan rehecho o no su relación afectiva.

Sin embargo, muchos autores dan prioridad a la calidad de las relaciones frente a la cantidad de los contactos (Carlson 2006; Dunn et al., 2004; Pryor y Rodgers, 2001; Sobolewsky y King, 2005; Whiteside y Becker, 2000). Así, quienes tienen un mejor ajuste psicológico tras la separación suelen ser los hijos que mantienen una buena relación con ambos progenitores, aunque no convivan juntos (King, 2006). Sin embargo, algunos hijos siguen encontrándose con múltiples conflictos derivados de los problemas entre sus padres después de la separación, con sus consiguientes efectos negativos sobre ellos. Por poner un ejemplo, los hijos de familias separadas que se siguen enfrentando a altos niveles de conflicto familiar, muestran bajos niveles de autoestima a largo plazo, por lo que la calidad de las relaciones familiares parece jugar un papel importante en su adaptación personal (Amato, 1986; Bishop, 1989, cit. en Everett, 1992; Hetherington y Kelly, 2005). Al respecto, y en cuanto al conflicto inicial percibido por los participantes de este estudio, según la información de quienes recordaban dicho evento vital, se observó un nivel medio de conflictividad, destacando una gran heterogeneidad en las experiencias entre los diferentes participantes. Comentar que, para evitar posibles sesgos en relación con el grado de recuerdo sobre el conflicto inicial, se optó por no utilizar dicha variable como covariable en el estudio.

En cuanto al porcentaje del conflicto actual percibido se reduce significativamente para un porcentaje importante de participantes. Múltiples investigaciones han encontrado un resultado similar, de modo que, mayoritariamente, pasado un tiempo tras la ruptura, se suele iniciar el proceso de adaptación a la nueva condición familiar, y las emociones más negativas empiezan a dejar paso a la calma y al sosiego, favoreciendo las relaciones de los hijos con sus padres (Arditti, 1999; Dowling y Gorell, 2008; Koerner et al., 2004; Leadbeater et al., 1999; Noller et al., 2008).

Sin embargo, y debido a la heterogeneidad de experiencias personales vividas por la muestra del estudio, comentar que casi un tercio de los participantes perciben actualmente un grado moderado de conflicto, e incluso, un 14% un alto grado, aun habiendo pasado ya bastante tiempo desde la ruptura. Tras analizar estos resultados de forma más pormenorizada, se observó que aquellos que perciben un nivel medio de conflicto se encuentran dentro del grupo cuyos padres se separaron en un periodo más reciente. También se encuentran más chicos viviendo actualmente un grado moderado

de conflicto frente a las chicas, debido quizás, entre otros factores, a la menor frecuencia de contacto con la figura paterna, o por dificultades para adaptarse a la disciplina requerida en el hogar.

Por el contrario, no se obtuvo relación entre los que percibieron un alto grado de conflicto familiar en la actualidad y la cercanía de la ruptura. Ello puede estar relacionado con la ya citada heterogeneidad de situaciones particulares vividas por dichos participantes, a las causas que han producido la ruptura, o a las propias características personales de quienes se han separado. No obstante, sí se encontró la percepción de un mayor grado de conflicto en los casos en los que reconstituye el progenitor no custodio. Así, autores como Hetherington y Clingempeel (1992) afirman que en los hogares reconstituidos existe mayor probabilidad de que se produzcan problemas entre los padres y los hijos, caracterizándose por ser más conflictivas y por existir menor afectividad e implicación en las dinámicas familiares. Así, por ejemplo, la dificultad que surja al respecto entre el progenitor no custodio y sus hijos, va a repercutir negativamente en la relación de los hijos con la nueva pareja de su progenitor custodio (Bray, 1999; Dunn et al., 2004; MacDonald y DeMaris, 2002). O también al revés, la dificultad entre la figura de la "madrastra" con los hijos de su pareja, puede repercutir negativamente en la relación de estos hijos con su padre biológico (Bray y Berger, 1993). Ello podría guardar relación con los resultados aquí encontrados.

Por último, y respecto al grado de experiencia del participante, se encontró que los de familias separadas, la información y la experiencia sobre la ruptura familiar la adquieren primeramente de su propia experiencia, seguida de los contextos más cercanos e inmediatos al participante (v.g., familia extensa, amigos, novios, etc.), mientras que los que no tenían dicha experiencia, la obtenían más de los medios de comunicación y/o de casos cercanos a ellos (v.g., conocidos, vecinos…).

De cualquier modo, para un mayor conocimiento de la muestra de estudio sería necesario una exploración más profunda de los múltiples factores que les caracteriza y que pudieran estar afectando a los resultados de la investigación (v.g., tipo de relación con el custodio y con el no custodio; tipo de relación con la nueva pareja y los posibles hijos de éstos; nivel económico de los progenitores, etc.). Estos aspectos no se exploraron en esta investigación, aunque no por ello dejan de ser relevantes.

Se pasará ahora a comentar los resultados obtenidos en relación con las experiencias reales vividas por los participantes tras la ruptura del núcleo familiar, así como el grado en el perciben haberse sentido afectados por dichas experiencias.

10.2. Sobre la Experiencia de ruptura familiar de los participantes, su Grado de afectación, y el influjo de las variables exploradas

Tal como se comentó en el primer capítulo de esta tesis, a nivel nacional, y en concreto, en la Comunidad Canaria, se aprecia un aumento considerable en el número de divorcios, obteniéndose actualmente una cifra próxima al triple de lo observado en el año 1999. Este incremento ha llevado a muchos autores a ahondar en el estudio de las causas que promueven dicha realidad, así como en el análisis de los efectos que genera sobre la dinámica familiar y en la adaptación de quienes viven esa experiencia de forma tanto directa como indirecta.

Así, muchos menores de familias separadas o divorciadas se ven abocados a enfrentar experiencias dolorosas que deben tratar de superar e integrar como parte de su experiencia vital. Como se ha visto en capítulos anteriores, es difícil determinar con exactitud cómo viven los hijos la separación de sus padres y cómo se adaptan a dicha experiencia, ya que son muchos los factores que van a influir al respecto. Uno de los más importantes es la calidad de la relación tras la ruptura entre la pareja que rompe, por los efectos que ello puede generar en la relación parento-filial. También influye el estado de bienestar que adquiere la familia tras la separación (v.g., a nivel personal, económico, social, etc.). Otro factor es la capacidad que tienen los miembros de la familia para comprender la situación y enfrentar los cambios. En este sentido, señalar que los hijos de menor edad cuentan con una menor capacidad cognitiva para comprender la complejidad de la dinámica familiar o las emociones asumidas por otras personas distintas a ellos, y para buscar de forma autónoma apoyos externos que les ayuden a enfrentar dicha circunstancia, a diferencia de los hijos de mayor edad. El tiempo transcurrido desde que se produjo la separación, el sexo de los hijos o el nivel educativo familiar, entre otras variables, también pueden regular el tipo de experiencias que viven los hijos, o el grado en que dichas experiencias les llegan a afectar.

Pues bien, en este segundo estudio se perseguían varios objetivos generales y específicos. El primer objetivo general se acaba de comentar en el apartado anterior. En relación con el segundo objetivo general planteado y los objetivos específicos que de él se derivan, señalar que se pretendía explorar cómo vive una muestra de adolescentes y jóvenes la ruptura familiar, ahondando en aspectos como el tipo de cambios positivos y negativos que han experimentado, en qué grado consideran que dichos cambios les han

afectado, y la posible relación entre ambos aspectos (la experiencia vivida y la percepción del grado de afectación de la misma). Señalar que también se analizó si algunas variables pueden afectar a los resultados obtenidos, tanto en lo que se refiere a las experiencias vividas como al grado de afectación percibido.

En lo que se refiere a las experiencias vividas por los participantes tras la ruptura parental, los resultados muestran una gran heterogeneidad de cambios y efectos en las distintas familias, tal como señalan los valores obtenidos en las frecuencias de ocurrencia y las desviaciones típicas asociadas obtenidas. De cualquier modo, comentar que las experiencias más comunes vividas por los participantes, que son las que obtienen puntuaciones más altas en la escala de frecuencia de ocurrencia, hacen referencia, mayoritariamente, a aspectos positivos. Entre ellos destacan cambios a nivel personal (v.g., *una mayor aceptación de la separación, una mayor madurez personal* o *una mayor experiencia sobre la situación de ruptura*), y otros referidos a las relaciones entre el progenitor custodio y sus hijos (v.g., *una mejor relación con el progenitor custodio*) y también a las relaciones entre los hermanos (v.g., *el mayor apoyo entre los hermanos*). Por su parte, destaca también un importante efecto negativo que es *la reducción del contacto de los hijos con el progenitor no custodio*.

Otros autores han encontrado efectos similares en los hijos de padres separados. Así por ejemplo, que en un alto porcentaje los participantes destaquen el hecho de *haber aceptado la separación de sus padres* hace prever, de manera general, una buena adaptación a la situación postdivorcio por parte de la gran mayoría de ellos. Los participantes de estudios como los de Hetherington y Kelly (2005) y Morgado (2008), también han afirmado sentirse bien con respecto a la separación parental, incluso en el caso de algunos con edades inferiores a las de los participantes del presente estudio. Este resultado puede deberse a varios factores. Por un lado, y tal como se comentó en el capítulo teórico dedicado a la construcción del conocimiento social, los adolescentes y los jóvenes poseen una mayor capacidad cognitiva que les permite alcanzar un mejor entendimiento sobre la situación de la ruptura y los acontecimientos que se suceden posteriormente, además de poseer más capacidad para la búsqueda de apoyos externos al núcleo familiar. Pero también hay que considerar que el paso del tiempo favorece que se alcancen mayores niveles de adaptación ante los cambios, por lo que no es de extrañar que ello también contribuya, ya que, tal como se señaló anteriormente, para la

gran mayoría de los participantes del presente estudio, la ruptura se produjo hace ya más de dos años.

También en otros estudios se ha observado como posible efecto positivo tras la ruptura familiar la *mayor madurez* alcanzada por los hijos que viven dichas experiencias (Dowling y Gorell, 2008; Emery, 1999; Stahl, 2000; Thompson y Amato, 1999; Wallerstein y Blakeslee, 2003; Wallerstein et al., 2001). El hecho de vivir la experiencia de separación de los padres y la inseguridad que ello conlleva, el miedo a lo que puede acontecer tras la ruptura, el sentimiento de tener que apoyar a otros miembros de la familia, la necesidad de buscar estrategias para reducir las pérdidas asociadas a la separación, etc., pueden provocar importantes cambios en los hijos, acelerando su desarrollo personal y cognitivo, haciendo que muestren mayores niveles de madurez frente a otros compañeros que no han vivido dichas experiencias. Además, el análisis sobre la realidad vivida también les permite adquirir una *mayor experiencia y conocimiento sobre la situación de separación o divorcio*, tal como ellos mismos afirman. Este hecho también ha sido encontrado en otras investigaciones (Emery, 1999; Hetherington, 1999). Sin duda, ambos aspectos confluyen, ya que la mayor capacidad de los participantes para entender lo ocurrido, les hace adquirir un mayor conocimiento sobre dicha realidad, pero también, el bagaje experiencial que viven, impulsa a su vez algunos aspectos de su desarrollo, como el cognitivo, lo que incluso les puede llevar a una mayor aceptación de su condición familiar.

Así, por ejemplo, y en relación con la *experiencia sobre el divorcio* que afirman los participantes haber ganado tras la ruptura familiar, señalar que algunos de ellos comentan durante la recogida de la información que si en el futuro se vieran envueltos en dicha circunstancia, lo harían de forma distinta a como lo han hecho sus progenitores, especialmente si se han enfrentado a niveles moderados o altos de conflicto tras la ruptura. Pero, cuando la separación se resolvió de forma más adecuada y amistosa, los participantes afirman que ello les puede servir de experiencia para emular a sus padres si algún día se enfrentaran a dicha circunstancia.

Con respecto a las relaciones que se dan dentro del núcleo familiar principal, también Arditti (1999) o Stamps et al. (2009), entre otros, encuentran resultados acordes a los hallados en el presente estudio, observando la percepción de un alto nivel de armonía en las relaciones sostenidas por los hijos y sus madres custodias. Ello les llevaba a disfrutar más de dicha relación y a desarrollar una valoración más positiva por

parte de los hijos. Esto, cuando ocurre, puede deberse a diversos factores, como por ejemplo, a la mayor implicación que debe desarrollar el progenitor custodio en la atención y cuidado de sus hijos, al no contar ahora con el apoyo de su expareja, o por la preocupación de que sufran por la ruptura; a la utilización de prácticas más permisivas y consentidoras por parte del progenitor custodio; y/o también a la mayor madurez y responsabilidad que adquieren algunos hijos al ver el esfuerzo que hace el progenitor custodio para sacar adelante a la familia; entre otros.

También la mejora de la relación en el subsistema fraterno puede ser un efecto positivo derivado de la ruptura. Al igual que en este trabajo, Abbey y Dallos (2004) observaron que la experiencia de la ruptura familiar hizo que se produjera una mayor unión y proximidad entre los hermanos, fundamentada en un incremento del apoyo mutuo como medio para enfrentar los cambios y así poder sobrellevar las etapas de mayor conflicto.

No obstante, y a pesar de que los efectos positivos ahora señalados muestran unos promedios por encima del valor medio, las desviaciones típicas señalan cierta heterogeneidad de experiencias, lo que indica que también algunos participantes pueden haber vivido incluso experiencias contrarias. En este sentido, algunos autores han encontrado una relación negativa de los hijos con sus madres custodias, donde las situaciones de conflicto, la tensión, el rechazo de éstos hacia ellas, el incumplimiento de las normas propuestas, etc., han llegado a deteriorar dicha interacción (Jackson, 2000; Koerner et al., 2004; Noller et al., 2000). Esto suele ser más común en el periodo cercano a la ruptura (en el que se sufren más los numerosos cambios y las emociones están más comprometidas), o también cuando la experiencia de ruptura familiar la viven adolescentes, donde el afán de autonomía de los hijos puede enfrentarse a los deseos de control del custodio. Este último aspecto dependerá bastante de la creencia educativa sostenida por dicho progenitor. Lo mismo se puede decir respecto al posible apoyo entre los hermanos, ya que en algunos trabajos también se han encontrado relaciones negativas entre ellos tras la separación de sus padres, intentando competir por la atención de éstos o rivalizando en todo momento (Conger y Conger, 1994; Hetherington y Kelly, 2005; Noller et al., 2008). Qué duda cabe que esto ocurrirá más cuando el progenitor custodio no es capaz de ofrecer una relación equilibrada entre sus hijos.

Tal y como ya se comentó, a pesar de los cambios positivos hasta ahora señalados, también destacó el efecto negativo *reducción del contacto de los hijos con el*

progenitor no custodio. Este cambio viene asociado al hecho de adjudicar normalmente a un único progenitor la custodia principal, y suele ser una consecuencia ampliamente comentada en numerosos estudios (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Buchanan et al., 1996; Ellis, 2000; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Moxnes, 2003). Por tanto, y teniendo en cuenta que de forma mayoritaria el progenitor no custodio es el padre, la relación de los hijos con éste se va a ver altamente alterada. Por ello, numerosas investigaciones se centran en estudiar los efectos negativos que tiene la disminución de dicho contacto en los hijos (Buchanan et al., 1996; Castells, 2009; Fernández y Godoy, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Kurdek y Berg, 1987; Poussin y Martin, 2005; Stamps et al., 2009), y cómo repercute dicha reducción en la calidad de las relaciones sostenidas entre ambos (Amato y Gilbreth, 1999; Carlson, 2006; Dunn et al., 2004; Pryor y Rodgers, 2001; Sobolewsky y King, 2005; Trinder et al., 2008; Whiteside y Becker, 2000). Al respecto, algunos autores llegan incluso a señalar mayores efectos negativos en los hijos varones, al ser sus padres una importante figura de identificación, pudiendo llegar a tener importantes consecuencias en su ajuste social y en las futuras relaciones sentimentales que establezcan (Buchanan et al., 1996; Fernández y Godoy, 2002).

Otros cambios han alcanzado una frecuencia en torno al promedio de las puntuaciones que ofrecía la escala. Dentro de ellos se encuentran, como cambios positivos observados también por otros autores, *la mejora del clima familiar* (Hanson, 1999; Rojas, 2008; Strohschein, 2005); cambios a nivel personal, como es el hecho de *volverse más independientes* (Baete y Kenyon, 2008; Rodríguez, 2003), *ganar destrezas en estrategias para resolver conflictos* (Castells, 2009), o *la aceptación de las nuevas parejas de los padres y/o los hijos de éstas* (Vandervalk et al., 2008); y como cambio negativo, el *sufrir problemas emocionales* (Cantón et al., 2007; Chen y George, 2005; Lamb, 2005; Laumann-Billings y Emery, 2000; Pons-Salvador y Del Barrio, 1995; Poussin y Martin, 2005; Thompson y Amato, 1999). Estos resultados, junto con el análisis de las desviaciones típicas que les acompañan, lleva a pensar que estos efectos son también bastante frecuentes, pero también existen ciertas diferencias entre los distintos participantes a la hora de experimentarlas.

La mayoría de los efectos restantes obtienen promedios de frecuencia relativamente bajos, y con valores de desviación típica relativamente altos. Ello indica que se trata de efectos menos comunes, y que se dan principalmente en determinadas

familias y no en otras (o si se llegan a dar, lo hacen con baja frecuencia). Dentro de estos efectos se encuentra una gran variedad de cambios que también han sido señalados en otros estudios, algunos de los cuales hacen referencia a las relaciones parento-filiales, como el caso de una *mayor unión con el custodio* (Dowling y Gorell, 2008; Koerner et al., 2004; Leadbeater et al., 1999; Noller et al., 2008), una *mejor relación con el progenitor no custodio* (Amato y Gilbreth, 1999; Carlson 2006; Dunn et al., 2004; Fernández y Godoy, 2002; Pryor y Rodgers, 2001; Sobolewsky y King, 2005; Trinder et al., 2008; Whiteside y Becker, 2000), *sentir menos admiración por los padres* (Castells, 2009; Fernández y Godoy, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Poussin y Martin, 2005), sentir que *pierden un modelo con quien identificarse* tras la separación (Braver et al., 2003; Buchanan et al., 1996; Fernández y Godoy, 2002; Guttmann, 1993), o ver cómo *sus padres se vuelven más permisivos* o por el contrario, *más autoritarios* con ellos (Fernández y Godoy, 2002; Kaczynski, Lindalhl, Malik y Laurenceau, 2006; Laumann-Billings y Emery, 2000; Rodríguez, 2003). También se citan cambios más personales como *los problemas de carácter y de comportamiento* (Emery, 1999; González, 2000; Greif, 1997; Kitson y Holmes, 1992; Poussin y Martin, 2005; Wallerstein y Blakeslee, 2003), *pasar más tiempo solos* (Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997; Hetherington y Kelly, 2005), mayor rechazo del matrimonio (Wallerstein et al., 2001; Whitton et al., 2008), *problemas de adaptación a los nuevos cambios* (Amato y Keith, 1991; Wallerstein et al., 2001), *sentirse diferentes a los demás* (Forehand et al., 1988; Lindsey et al., 2006; Thompson y Amato, 1999), o alcanzar *mejores resultados académicos* (Fischer, 2007; Rodgers y Rose, 2002). Respecto a este último cambio, comentar que la gran mayoría de los autores encuentran el efecto contrario, es decir, peores resultados académicos como consecuencia del desequilibrio producido por la experiencia vivida tras la ruptura familiar (Amato y Keith, 1991; DeGarmo et al., 1999; Emery, 1999; Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997; Grych y Fincham, 1992; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Kitson y Holmes, 1992; Linder et al., 1992; Simons y Asociados, 1996; Størksen et al., 2006). No obstante, cualquiera de esos efectos puede darse en la realidad.

Señalar, por último, que otros efectos o cambios parecen ser escasamente comunes, con la excepción de lo que ocurre en algunas familias. Entre ellos, el *tener que enfrentarse a nuevos problemas* tras la separación, *sentirse molestos con los jueces y otras personas*, *sentirse menos queridos*, *volverse más egoístas*, *aislarse de los*

compañeros, *sentirse culpables de la separación, adquirir nuevos vicios, evitar situaciones de maltrato* o *aferrarse a los estudios*. Señalar que, aunque parece que se dan poco, ello no quiere decir que no tengan importantes consecuencias sobre quienes los experimentan, especialmente teniendo en cuenta que la mayoría de ellos se dan en situaciones altamente conflictivas en las que la ruptura no ha dado por finalizado los problemas entre los miembros de la pareja. Muy al contrario, a veces supone el inicio de nuevas situaciones de conflicto que generan una alto grado de estrés para todos los miembros de la familia. El efecto *tener mejor economía* obtiene también un valor bajo, lo que indica que lo que realmente existe es más bien el efecto contrario, tal y como señalan algunos autores (Ellis, 2000; Emery, 1999; Sun y Li, 2009).

Así, y en base a estos resultados, se confirma la primera hipótesis planteada inicialmente al respecto. Esto es, que existe gran heterogeneidad en las experiencias a las que se exponen los hijos tras la separación o divorcio de sus padres, especialmente en relación con determinados efectos tanto positivos como negativos. No obstante, la aceptación de la separación parental, un mayor acercamiento entre los hijos y sus progenitores custodios o incluso con sus hermanos, o alcanzar mayor madurez y conocimiento sobre el divorcio, y la reducción del contacto con el progenitor no custodio, parecen ser los cambios más compartidos por la gran mayoría.

Por otra parte, se pretendía analizar también el grado de afectación percibido por los participantes respecto a los cambios que han vivido, tanto positivos como negativos. Una correlación entre los valores dados a la frecuencia con la que han vivido cada tipo de efecto, y los valores asignados al grado de afectación percibido respecto a cada uno de ellos, mostró una alta relación positiva significativa entre ambas variables, para la totalidad de relaciones exploradas, exceptuando dos casos. De este modo, prácticamente se confirma así la quinta hipótesis planteada inicialmente en el estudio, lo que indica que las experiencias más frecuentes señaladas por los participantes suelen recibir también valores más altos respecto al grado de afectación percibido, y las que parecen ser menos frecuentes, reciben valores más bajos en el grado de afectación percibido. Así, efectos como el hecho de *hacerse más maduros*, *la aceptación de la separación de los progenitores*, *el mayor apoyo existente entre los hermanos* o *la mejora en la relación entre los hijos y el progenitor custodio*, vuelven a obtener puntuaciones altas, pero en este caso, en relación con el grado en que los participantes consideran que les han afectado positivamente estas experiencias. También le siguen en importancia,

aunque con puntuaciones algo más moderadas, la *mejora del clima familiar* y la *aceptación de las nuevas parejas e hijos de los progenitores.* El cambio negativo *reducción del contacto de los hijos con el progenitor no custodio* no deja de ser bastante significativo para ellos, pero en esta ocasión obtiene una puntuación más próxima al promedio de la escala presentada, aunque si se tiene en cuenta las puntuaciones medias dadas a los diferentes ítems, entra también dentro de las que mayor puntuación han obtenido.

Quizás el hecho de que no se haya obtenido una relación significativa en los efectos *he aceptado la separación* y *he aceptado a las nuevas parejas/sus hijos de mis padres* se deba nuevamente a la heterogeneidad de las respuestas dadas por los participantes, pero en esta ocasión, encontrándose posturas más extremas. Así, puede haber ocurrido que, para algunos, la aceptación de estas condiciones les ha afectado mucho y positivamente, pero para otros, la no aceptación les ha afectado mucho, pero negativamente.

Señalar, además, que también en la exploración de la variable *grado de afectación* de las diferentes experiencias vividas tras la ruptura familiar se observan valores dispares en los diferentes cambios analizados, y también valores relativamente altos en las desviaciones típicas. Ello confirma la tercera hipótesis de la que se partía al inicio del estudio en relación a la heterogeneidad en las respuestas de los participantes, también respecto a esta nueva variable a estudiar.

Hasta ahora se han comentado los principales cambios o efectos experimentados por la muestra participante y el grado en el que perciben que éstos les han afectado. No obstante, otro objetivo a explorar fue si la frecuencia de los cambios o efectos que los participantes afirman haber vivido, se ven afectados por algunas variables como el tiempo que ha pasado desde que se produjo la ruptura parental, el grado de conflicto percibido en la actualidad, el grupo de edad de pertenencia, el sexo del participante, o el nivel educativo familiar.

Los resultados muestran que la variable *Tiempo desde que se produjo la separación* no afecta a las frecuencias de ocurrencia señaladas por los participantes respecto a los posibles efectos, excepto para el hecho de *la aceptación de la separación*. En este sentido se observa la tendencia de que, cuanto más tiempo haya pasado desde la ruptura, más aceptación muestran los participantes de la separación. Esto puede ser así porque, en general, pasado un tiempo tras la ruptura, se suele iniciar la adaptación y

habituación a la nueva condición familiar, y muchas emociones disruptivas empiezan a dar paso a un estado de mayor sosiego. Tal y como señalan Hetherington y Stanley-Hagan (2002), es a partir de los dos años tras la separación parental cuando se alcanza un mayor grado de adaptación de los miembros a la nueva situación familiar. No obstante, también se encuentran casos de gran crispación a posteriori, especialmente cuando la ruptura no ha conseguido resolver el conflicto entre los excónyuges.

La segunda covariable explorada, el *conflicto actual percibido*, sí muestra mayores efectos sobre los cambios que los participantes comentan haber vivido, observándose que, cuanto mayor es el grado de conflicto percibido en la actualidad, mayor es la frecuencia de ocurrencia que señalan los participantes respecto a determinadas circunstancias, como por ejemplo, el *sufrir problemas emocionales* o *de carácter y de comportamiento*, el *enfrentarse a nuevos problemas* en la dinámica familiar, el *sentirse confuso o molesto con las decisiones de los jueces*, el *mayor rechazo hacia el matrimonio* o el *haber perdido un modelo de identificación*. También, aunque más bien a modo de tendencias, se observa que cuanto mayor es el grado de conflicto actual percibido por los participantes, más afirman vivir experiencias como la de *pasar más tiempo solos*, *conseguir más cosas de sus padres* sin requerirles a cambio algún esfuerzo, creen *ser más egoístas y caprichosos*, *sentirse culpables de la ruptura familia*r o *sentirse diferentes a sus iguales*.

Múltiples factores pueden estar interviniendo y afectándose mutuamente en los resultados encontrados. Así, la existencia de más problemas tras la ruptura, puede afectar a las relaciones parento-filiales. Por ejemplo, la reconstitución familiar puede generar la aparición de nuevos conflictos, entre ellos, la demanda de fidelidad por parte de algún progenitor o de ambos. Así por ejemplo, en el presente estudio se observó que los adolescentes cuyos padres se separaron cuando éstos tenían más de diez años y quienes habían rehecho su vida sentimental, señalan vivir en mayor grado que los jóvenes que *sus padres se vuelven más autoritarios*. Este hecho es bastante normal, ya que la adolescencia es una época de importantes cambios para los hijos, y les hace más vulnerables ante las transiciones familiares como es el caso del divorcio o de la reconstitución familiar (Forehand et al., 1988; Hetherington, 1993). Ello puede hacerles más sensibles ante el comportamiento que tengan los padres con ellos. Además, si por alguna razón los hijos tienen que tomar partido por alguno de sus progenitores, incluso delante de un juez, ello puede conllevar la aparición de problemas emocionales y de

conducta, que pasen más tiempo solos, o incluso, la disminución del contacto con el progenitor no custodio (figura relevante especialmente para los varones).

En definitiva, todas esas circunstancias pueden justificar la aparición de los distintos efectos anteriormente señalados y la posible relación entre ellos. En este sentido, y a pesar de que en la mayoría de los casos del presente estudio el porcentaje de conflicto percibido en la actualidad es menor que al inicio de la ruptura, existe un grupo de participantes que todavía hoy se enfrentan a circunstancias que pueden dificultar de forma significativa su adaptación (v.g., dificultades económicas, nuevos conflictos entre los progenitores, problemas emocionales por un conflicto de lealtades, etc.). Recordar al respecto que alrededor de un tercio de los participantes perciben un grado moderado de conflicto, y otro catorce por ciento un alto grado. De este modo se corrobora que, en realidad, más que el divorcio en sí mismo, son los conflictos a los que se siguen enfrentando los hijos tras la ruptura, lo que les lleva a presentar problemas de adaptación (Buchanan et al., 1996). Así, algunos hijos siguen sufriendo múltiples e intensos problemas asociados a desavenencias entre sus padres después de la separación, pudiendo llegar a situaciones extremas como las referidas al llamado Síndrome de Alienación Parental, que tantos efectos nocivos tiene sobre los hijos (Aguilar 2004; Dowling y Gorell, 2008; Johnston, 2003; Mitcham-Smith y Henry, 2007; Stahl, 2000; entre otros). Por poner un ejemplo, Poussin y Martin (2005) comentan el inmenso grado de confusión y de inestabilidad que pueden llegar a sentir los hijos cuando tienen que personarse ante un juez y favorecer con sus comentarios a uno de sus progenitores.

Siguiendo con los comentarios de los resultados encontrados, una vez restado el efecto de la variable *grado de conflicto percibido en la actualidad*, se observa que *haber sufrido problemas emocionales* o el hecho de *pasar más tiempo solo*, son experiencias que están más presentes en la vida de los jóvenes frente a la de los adolescentes. También, y a modo de tendencia, los jóvenes informan más que los adolescentes sobre haberse *sentido molestos con los jueces*, al considerar que éstos han tomado importantes decisiones que han afectado a sus vidas.

Algunos autores han encontrado la *sensación de soledad* asociada a la reducción de tiempo que pasan los hijos con sus progenitores o al escaso contacto que tienen con ellos (Fernández y Godoy, 2002; Greif, 1997). En relación con el progenitor custodio, ello a veces se debe al hecho de que éstos deben buscar un trabajo o aumentar su

jornada laboral para obtener mayores beneficios económicos, o porque tienen que asumir mayores responsabilidades respecto a las tareas del hogar y del cuidado de los hijos. Por su parte, múltiples circunstancias afectan a las relaciones entre los hijos y su progenitor no custodio tras la ruptura (v.g., el contacto puede reducirse debido al régimen de visitas estipulado, porque dicha figura desaparece de sus vidas…). También puede ocurrir que cualquiera de sus progenitores haya rehecho su vida afectiva y tiene menos tiempo para dedicárselo a ellos. Muchas de estas realidades han sido ya señaladas por numerosos autores (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Buchanan et al., 1996; Ellis, 2000; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Moxnes, 2003). Ello puede contribuir a que los hijos se encuentren más solos que antes de la ruptura, especialmente en lo que se refiere a la relación sostenida con sus progenitores y a la necesidad de su apoyo durante el periodo de tránsito hacia la etapa adulta, lo que a su vez puede provocar en ellos problemas emocionales y de conducta. Algunas de estas circunstancias pueden venir asociadas o haberse intensificado en el caso de los jóvenes del presente estudio, muchos de los cuales se encontraban en la adolescencia cuando se produjo la ruptura, pudiendo ser más conscientes de las experiencias a las que se enfrentaron tras la separación. Además, también algunos de los jóvenes participantes pueden haber experimentado esas vivencias durante mucho más tiempo, haciéndose más significativas para ellos.

También la sensación de *soledad* puede derivarse de otros factores que pueden afectar a su vez junto con los anteriores. Por ejemplo, hay autores que sugieren que los hijos de familias divorciadas tienen dificultades en sus interacciones sociales (Hetherington et al., 1979, 1982, cit. en Greif, 1997). Así, se ha observado que los hijos de familias divorciadas muestran menores niveles de destrezas prosociales que los de familias intactas (Forehand et al., 1988; Thompson y Amato, 1999), o que tienen menos amigos y las amistades son de peor calidad, frente a los hijos de familias intactas (Lindsey et al., 2006). De cualquier modo, hay que destacar la importancia de los amigos, especialmente para los hijos que están en la adolescencia, cuando se produce la ruptura familiar, ya que Criss et al. (2002) encontraron que el hecho de tener amigos y relacionarse de forma significativa con ellos, actuaba como protección ante los problemas familiares. Por ello, la vigilancia de una buena adaptación social de los hijos con los iguales debe ser objeto de cualquier intervención con estas familias, especialmente en el caso de los adolescentes. Además, la propia experiencia de ruptura

familiar podría incluso hacerles madurar y desarrollar posturas más perspectivistas, tal como señala Gilby y Pederson (1982, cit. en Hetherington, 1993), pudiéndose incluso observar, en algunos casos, un efecto positivo sobre las relaciones sociales.

Otros resultados, a modo de tendencias, merecen la pena ser comentados en relación con algunas de las variables exploradas. Por ejemplo, se observa que los jóvenes de familias de alto nivel educativo afirman más que los adolescentes de este mismo nivel educativo haber sufrido *problemas de carácter y de comportamiento*, así como haber tenido que enfrentarse a *nuevos problemas entre sus padres* tras la ruptura. Sin embargo, los adolescentes de familias de nivel educativo medio-bajo afirman haber sufrido más *problemas de carácter y de comportamiento* frente a los jóvenes. También, e independientemente del grado de conflicto percibido, los jóvenes de alto nivel educativo señalan más *sentir menos admiración por sus padres*, *sentirse más aislados de sus compañeros*, *sentirse menos queridos* y *haberse enfrentado a determinados vicios*.

No es de extrañar que los casos de rupturas difíciles, en los que es bastante común que aparezcan nuevos problemas en la dinámica familiar, vengan asociados a diversos efectos negativos como puede ser la *desidealización* y la menor admiración que se siente por los padres, al percibir que reducen su atención, apoyo, protección y cuidado hacia ellos, al estar más centrados en sus propios problemas. Todo ello les genera mayor inseguridad y desconfianza hacia los adultos. Este hecho suele darse de forma más significativa en relación con el progenitor no custodio (Castells, 2009; Fernández y Godoy, 2002; Hetherington y Kelly, 2005; Poussin y Martin, 2005). Otro efecto altamente relacionado con el conflicto tras el divorcio es el caso de la *iniciación de los hijos a determinados vicios*, especialmente si los hijos ya han alcanzado la adolescencia cuando se produce la separación. En este sentido, Amato y Keith (1991) encontraron una mayor probabilidad de que los hijos entren en contacto con el mundo de las drogas, el alcohol u otros vicios, cuando los padres reducen su atención hacia los hijos. Ello podría llevar a los hijos a relacionarse con otros iguales que presentan conductas disruptivas o desviadas, y esto, a su vez, promueve la entrada en el mundo de las adicciones. Así, una ruptura familiar conflictiva puede ser el antecedente de los problemas adictivos de los hijos, tal y como señala Gil et al. (1998). También Farrell y White (1998) encontraron que el grupo de iguales con comportamientos disruptivos se relacionaba con el consumo de drogas, pero esta relación estaba mediatizada por la

estructura familiar, siendo los hijos de familias separadas quienes presentaban mayores índices de consumo frente a los hijos de familias intactas. Investigaciones más recientes como la de Thompson Jr. et al. (2008) encuentran de nuevo una clara relación entre pertenecer a una familia separada y los problemas de alcohol en los hijos, a lo que se suma además el consumo de drogas y alcohol por parte de los padres, incrementando aún más las probabilidades de problemas de adicción en los hijos. Qué duda cabe que el mayor poder adquisitivo de las familias de alto nivel educativo puede propiciar, además, que los hijos manejen más dinero para adquirir y mantenerse dentro del círculo de las adicciones (Mendoza, Triana, Rubio y Camacho, 2006).

Sin embargo, pertenecer a familias de alto nivel educativo no siempre se asocia a aspectos negativos. También se ha observado que los participantes de dicho nivel también afirman en mayor grado sostener *mejores relaciones con el progenitor no custodio* o *aceptar mejor las nuevas relaciones* que se adquieren con la reconstitución familiar.

Por su parte, pertenecer al sexo femenino se asocia más con el hecho de sostener una *mejor relación con el progenitor no custodio,* además de sentirse más impactada positivamente por dicha realidad, pero también con el *aislamiento de los compañeros*. Que el beneficio de la relación con el progenitor no custodio se observe más con las chicas puede explicarse porque quizás puede que exista una mayor fricción entre los padres (por su rol de autoridad) y los hijos varones (por su ansia y mayor promoción de autonomía en dichas etapas), lo que se ve incrementado con motivo del divorcio de sus progenitores. También puede ocurrir que los chicos sienten que no es suficiente el contacto y apoyo que reciben de sus padres varones, especialmente cuando se reduce el contacto entre ellos. Además se puede deber al hecho de que normalmente los chicos requieren de sus padres un mayor grado de disciplina frente a las hijas, al presentar más problemas de adaptación y de conducta antisocial, y durante más tiempo que las hijas (Hetherington, 1989; Morrison y Cherlin, 1995; Mott et al., 1997; Ruiz, 1999; Wallerstein y Kelly, 1980). Todos estos factores que dificultan la relación parento-filial pueden darse en menor grado en las relaciones que sostienen las hijas con sus padres no custodios. Otras razones pueden también generar mayor complicidad entre ambos, como la mayor expresión de afecto de los padres hacia las hijas; o que se les permita más participar en determinadas decisiones (v.g., cómo decorar el hogar), haciendo que se

sientan más protagonistas en la vida de sus padres; o que se las vea más maduras y autónomas y por ello los padres se comunican más con ellas de forma relajada.

Lo que está claro es que otras variables van también a influir en este resultado, como por ejemplo, el grado de cooperación del padre en el cuidado de sus hijos durante el periodo previo a la ruptura, ya que cuanto mayor haya sido éste, mayor grado de contacto suele sostener posteriormente con sus hijos, y más fuerte será la relación que mantengan con ellos tras la ruptura (Sobolewski y King, 2005). Dicho contacto, a su vez, puede contribuir a la adaptación emocional del progenitor no custodio, favoreciendo que mantenga un sentimiento de mayor competencia parental y una mayor autoestima (Stewart, 2003). Otros autores como Kaczynski et al. (2006) se han centrado en estudiar cómo influye el sexo de los progenitores y los conflictos matrimoniales en las pautas de crianza y en las relaciones con los hijos. Así, éstos encuentran que la conducta educativa del padre se veía más afectado por los conflictos maritales frente a las madres, siendo el estilo educativo más coercitivo con los hijos varones.

En relación con el *mayor aislamiento de los iguales* comentado por las chicas frente a los chicos, algún estudio señala que las chicas de familias separadas disponen, en general, de menos tiempo libre frente a las de familias intactas (Rodríguez y Triana, 2009). La principal razón es porque participan en mayor grado que las de familias intactas en las tareas del hogar, contribuyendo de esta manera en la reducción de responsabilidades de sus madres, ya que éstas delegan especialmente en las hijas dichas tareas, y no tanto en los hijos varones. Ello puede reducir la disponibilidad temporal con la que cuentan para las relaciones con sus iguales, explicando así los resultados obtenidos en esta tesis. También las chicas parecen presentar más *problemas emocionales*, tal como han observado otros autores (Davies y Lindsay, 2004; Leadbeater et al., 1999; O'Leary y Vidair, 2005; Størksen et al., 2006; Yaters et al., 2003), por lo que es probable que se vuelvan más solitarias, aislándose incluso de los compañeros. No obstante, este último cambio señalado aparece asociado en esta investigación con el hecho de que la ruptura se hubiese producido cuando las participantes tenían más de 10 años.

También las chicas de familias de nivel educativo alto afirman presentar más *problemas de adaptación ante los numerosos cambios* que tuvieron que enfrentar después de la ruptura, frente a los chicos y a las chicas de nivel medio-bajo, quizás porque se ven más afectadas en su estado de bienestar general tras la ruptura, entre otros

aspectos, por el ajuste económico que debe realizar la familia. Mientras, las chicas de nivel educativo bajo informan *haberse vuelto más independientes* frente a las de nivel alto. Autores como Fernández y Godoy (2002) y Greif (1997), también encuentran que la experiencia de separación/divorcio de los padres puede llevar a las hijas a ser más autónomas, ya que tienen menos supervisión por parte de los adultos, pasan menos tiempo en su compañía y tienen una mayor influencia en la toma de decisiones familiares. Eso hace que tengan una mayor percepción de independencia. Al respecto, señalar que algunos trabajos encuentran creencias educativas más innatistas y nurturistas en los padres de bajo nivel educativo, que podrían estar relacionadas con la menor supervisión observada (Rodrigo y Triana, 1996; Triana, 1991).

También destaca la tendencia a informar de un *mayor grado de independencia* tras la ruptura de los padres, especialmente en el caso de los participantes varones, y dentro de ellos, si son jóvenes, de nivel educativo alto o si sus padres han reconstituidos su vida afectiva. En el estudio de Rodríguez y Triana (2009) también se observó que los chicos varones gozaban de más tiempo libre y eran los que tenían menos responsabilidades dentro del hogar, pasando más tiempo con los iguales. Además de ello, los chicos sostenían menos contacto con su padre y tenían menos supervisión y guía por parte de ambos progenitores.

Qué duda cabe que los hijos de mayor edad tienen mayores posibilidades de apoyarse y sentirse más arropados por sus amigos y compañeros, lo que les permite ser más independientes y no tener que estar tan apegados al hogar familiar, especialmente si este no les ofrece un clima reconfortante. Señalar que, tal y como comenta Wu (2006), la red social de la que disponen los jóvenes frente a los hijos más pequeños les permite tomar otras perspectivas de lo que ocurre en sus casas, actuando como protección ante los problemas por los que pueden estar pasando.

Además comentar que, y también a modo de tendencia, la *experiencia de soledad* suele presentarse más en el caso de los varones, cuando algún progenitor ha rehecho su vida afectiva, cuando la ruptura se produjo cuando el participante tenía más de diez años, o en participantes que pertenecen a familias de alto nivel educativo.

También se analizó en este estudio el posible influjo de las distintas variables exploradas sobre el *Grado de afectación* señalado por los participantes respecto a los cambios o efectos que han vivido tras la ruptura familiar. De nuevo, la covariable *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* no parece influir de forma

significativa. Tan sólo se aprecia, y a modo de tendencia, que con el tiempo impacta más positivamente la *mejora de la relación de los hijos con el progenitor custodio*. Este hecho es bastante normal si entendemos que el contacto con el progenitor custodio se suele intensificar tras la ruptura, lo que fortalece normalmente la relación (Dowling y Gorell, 2008; Koerner et al., 2004; Leadbeater et al., 1999; Noller et al., 2008).

Por el contrario, también en este caso la variable *conflicto actual percibido* parece ejercer mayores efectos que el tiempo transcurrido tras la ruptura, sobre el *grado de afectación* de los diferentes cambios vividos por los participantes. Concretamente, se observa que cuanto mayor es el grado de conflicto actual percibido por los participantes, mayor es el impacto que dicen haber sufrido por cambios vividos tras la ruptura familiar como *el conseguir más cosas de sus padres, el sentirse molestos con las decisiones que sobre su vida han tomado los jueces, la pérdida de un modelo de identificación* (refiriéndose concretamente a la figura del progenitor no custodio), y *el haber sufrido problemas emocionales.* Señalar que los jóvenes parecen haber vivido peor los problemas emocionales derivados de la ruptura frente a los adolescentes.

Además de estos resultados, algunas tendencias merecen también ser comentadas, cuando se resta el efecto del grado de conflicto percibido por el participante. Señalar, por ejemplo, que a los jóvenes parece haberles afectado más que a los adolescentes el hecho de *pasar más tiempo solos* o la experiencia de *haber tenido problemas de carácter y de comportamiento*; o que a las chicas jóvenes parece impactarles más que a las adolescentes, y que a los jóvenes, el hecho de *sentirse diferentes a sus iguales*, *sentirse molestas por las decisiones tomadas sobre su vida por los jueces*, o el *sentir que se les quiere menos*. También parecen estar más afectadas por el hecho de *enfrentarse a nuevos problemas* frente a las adolescentes.

Cuando se analiza el posible influjo de las variables independientes sobre el grado de afectación de determinados cambios que no se han visto afectados por las covariables exploradas, se obtiene de nuevo algunos efectos, especialmente en relación con la variable *grupo de edad*, seguida del *nivel educativo familiar*, y en menor grado, de la variable *sexo* del participante. Dichos efectos tan sólo se observan a modo de tendencias, pero de nuevo parecen indicar un mayor grado de afectación en los jóvenes frente a los adolescentes, tanto respecto a cambios positivos (v.g., *mayor apoyo entre hermanos*, *ganar más experiencia en relación con el divorcio, volverse más*

independiente o *hacerse más maduro*) como a cambios negativos (v.g., *adquirir nuevos vicios* o *sentir menos admiración por los padres*).

Así mismo, las chicas parecen verse más afectadas que los chicos por variedad de efectos, mayoritariamente positivos (v.g., *la mejora del clima familiar*, *la mejora de la relación con los progenitores*, el *volverse más independientes* o *aferrarse a los estudios*). Por ejemplo, el mayor impacto, en positivo, que comentan las chicas respecto a su relación con sus progenitores custodios se puede deber a que suelen ser las madres quienes desempeñan dicho rol. En este sentido, Leadbeater et al. (1999) encontraron que las chicas tenían mejor relación con las madres mientras que los chicos la tenían con sus padres. Además, Koerner et al. (2004) apreciaron que las chicas solían mostrar mayor grado de acuerdo y se dejaban influir más por sus madres, mientras que los chicos solían mantener una postura más neutral al respecto. También se comentó anteriormente algunas razones que pueden favorecer la mejora de las relaciones de las hijas con sus progenitores no custodios, lo que puede haberles afectado más positivamente en su adaptación.

Ello no quiere decir que no se den también aproximaciones en las relaciones entre las madres y sus hijos varones. Así por ejemplo, en un estudio reciente, Stamps et al. (2009) encontraron que los chicos adolescentes disfrutaban más de la relación con su madre custodia frente a las adolescentes. Además, los hijos varones sentían que sus madres los cuidaban más, que eran más cariñosas y tenían mucha más comunicación con ellos, comparado con las hijas. Quizás el mayor reclamo de autonomía de las adolescentes puede dificultar algo más la relación entre las madres y las hijas, especialmente si se hacen mayores concesiones de autonomía a los hijos frente a las hijas, hecho aún bastante común en nuestra propia cultura. De cualquier modo, los resultados de este último estudio suele ser más la excepción que la regla observada en la mayoría de las investigaciones realizadas al respecto. Normalmente es más fácil encontrar que, tras la ruptura y con el paso del tiempo, la calidad de la relación de las madres con las hijas mejora y puede complicarse con los varones (Hetherington, 1989; Riggio, 2004).

El hecho de *aferrarse a los estudios*, que parece también tener mayor impacto en las chicas, podría surgir por el mayor interés de éstas por buscar un contexto que les oferte un clima más coherente, sosegado y afectivo que el que encuentran en su propio hogar, al atender ellas en mayor grado a los aspectos más emocionales frente a los

chicos. De cualquier modo, diversos estudios han encontrado que las chicas que proceden de familias divorciadas muestran una mayor motivación hacia la escuela frente a los chicos que proceden de la misma estructura familiar, y por lo tanto, presentan un mejor rendimiento académico (Lindner et al., 1992; Sun y Li, 2002). El hecho de que las chicas aguanten mejor las situaciones de estrés o que lo expresen de manera distinta a los chicos, también podría influir (Morrison y Cherlin, 1995). En esta tesis se ha observado, además, que este efecto se asocia más a las jóvenes de alto nivel educativo. No obstante, señalar que parece que pertenecer a familias de dicho nivel educativo facilita el rendimiento académico, independientemente de la estructura familiar de referencia (Rodgers y Rose, 2002). También DeGarmo et al. (1999) y Fischer (2007) encontraron que el mayor nivel educativo de la madre y su mayor estatus laboral tiene efectos en el rendimiento académico de los hijos, reduciendo los efectos negativos que pudieran derivarse del divorcio, aunque esta relación se explora en escolares, pero sus efectos se podrían prolongar más allá de dicha etapa evolutiva.

En ocasiones, el impacto ejercido por los cambios vividos se ve afectado no sólo por el *sexo* del participante sino también por el *grupo de edad* de pertenencia (v.g., *aferrarse más a los estudios* afecta más a las jóvenes) o el nivel educativo familiar (v.g., la *mayor independencia* o la *mejora de la relación con el progenitor custodio* afecta más a las chicas de menor nivel educativo familiar).

Las tendencias relacionadas con el grado de efectos del *nivel educativo familiar,* parecen distribuirse según el tipo de cambio afectado. Por poner algún ejemplo, los participantes de alto nivel señalan verse más afectados por *los problemas de adaptación a los cambios* y por *la aceptación de las nuevas parejas de los padres*, mientras que los de medio-bajo nivel señalan verse más afectados por el hecho de *ganar en madurez* y por temas de *economía familiar*. Así por ejemplo, si la reconstitución familiar permite a los hijos relacionarse con nuevos miembros que les muestren apoyo y afecto, y se mantiene el respeto hacia los miembros del núcleo originario, es normal que dicho cambio afecte de forma significativa y en positivo. Esto podría darse más en los casos de familias de mayor nivel educativo que pudieran ser más conscientes de la importancia de un buen clima para la adaptación de los hijos, a pesar de las transiciones familiares.

En lo que respecta a la economía familiar, que suele venir relacionada normalmente al nivel educativo familiar, qué duda cabe que quienes más dificultades

enfrentarán tras la ruptura serán los que pertenecen a un nivel educativo medio-bajo, ya que los de alto nivel suelen tener más recursos económicos, y ello beneficia sus posibilidades de adaptación posterior a la ruptura. Así por ejemplo, Blechman (1982, cit. en Morgado, 2008) observó que cuanto mayor economía poseía el núcleo familiar custodio, mejor relación solía establecer el progenitor con sus hijos, al no contar con el estrés añadido de las dificultades económicas. También Wilson (2006, cit. en Cantón et al., 2007) encontró que cuanto mayor economía tenía el padre (normalmente el progenitor no custodio), mayor predisposición manifestaba para implicarse en el cuidado de los hijos.

Señalar también que los jóvenes de alto nivel educativo familiar y los adolescentes de medio-bajo nivel dicen haberse sentido más afectados por *la mejora de la relación con el progenitor custodio* y por *haberse aferrado a los estudios*.

Otra variable explorada de interés que muestra un moderado grado de influencia es la posibilidad de que algún progenitor haya rehecho su vida afectiva. En los casos en los que se da dicha circunstancia, los jóvenes afirman haberse sentido más afectados positivamente al *hacerse más independientes* o al *ganar mayor experiencia respecto al divorcio*, y más negativamente por haber tenido *problemas de carácter y de comportamiento*. También los jóvenes de familias reconstituidas tienden a *pasar más tiempo solos* que los adolescentes, y a mostrar un *mayor rechazo al matrimonio*, aunque *llegan a aceptar más la separación de sus padres*.

Así, una mayor experiencia con la ruptura familiar puede generar consecuencias tanto positivas como negativas sobre los hijos. Por un lado, puede ayudarles a profundizar sobre el tema de la separación o el divorcio, y como consecuencia de ello, puede llevarles a mostrarse más tolerantes con las estructuras familiares no convencionales (Vandervalk et al., 2008). Por otro lado, puede ocurrir que dicha experiencia les afecte de forma negativa, condicionando sus propias relaciones de pareja futuras, generándoles inseguridad en dichas relaciones o mostrando un menor nivel de compromiso ante éstas (Emery, 1999; Furstenberg y Kiernan, 2009; Thompson y Amato, 1999; Wallerstein et al., 2001; Whitton et al., 2008). Esto también puede tener que ver con el hecho de manifestar un *mayor rechazo hacia el matrimonio*, que en nuestro estudio viene asociado a un mayor grado de conflicto en la actualidad. Por tanto, cuanto más les haya afectado la ruptura, y el modo en que la hayan interpretado, más

efectos tendrá sobre su propia adaptación y desarrollo (Amato, 1996; Poussin y Lamy, 2004; Story et al., 2004; Whitton et al., 2008; Wolfinger, 2000).

También, cuando se explora el posible efecto de la variable de reconstitución afectiva de algún progenitor, se observa que las chicas exponen que se han sentido más afectadas por cambios como el hecho de ganar en madurez frente a los chicos. Algunos autores han encontrado que dicha madurez puede tener consecuencias negativas en los hijos, sobre todo para los más pequeños (Dowling y Gorell, 2008; Emery, 1999; Stahl, 2000; Thompson y Amato, 1999; Wallerstein y Blakeslee, 2003; Wallerstein et al., 2001). No obstante, otros encuentran que dicha madurez puede estar asociada a una mayor capacidad para ponerse en el lugar de los otros (Emery, 1999; Hetherington, 1999), y les vale como herramientas para desenvolverse mejor en la vida (Castells, 2009). Algunos autores señalan que las chicas muestran mayor capacidad para el análisis de la complejidad que caracteriza a la familia, o para atender a aspectos más emocionales (Fried y Reppucci, 2001; Hernández et al., 2005; Simón, 2000; Triana et al., 2006). Por otra parte, también las chicas de familias reconstituidas comentan, a modo de tendencia, que se han visto más afectadas por el hecho de *sufrir problemas de carácter y de comportamiento* y por *sentir que se las quiere menos*.

Los datos hasta ahora señalados confirman parcialmente la segunda y la cuarta hipótesis planteadas inicialmente en este estudio, ya que, aunque todas las variables independientes exploradas ejercen algún efecto sobre las frecuencias de ocurrencia de algunos cambios y efectos tras la ruptura familiar analizados, y sobre el grado de afectación que señalan los participantes respecto a los mismos, algunos de los efectos encontrados tan sólo se pueden tomar en cuenta a modo de tendencias. De cualquier modo, los resultados observados, tanto si han obtenido efectos moderados como efectos pequeños, confirman los encontrados también en otros estudios previos. No obstante, y como ya se ha señalado en capítulos anteriores, recordar que existe gran diversidad de investigaciones y de resultados en la literatura dedicada a este tema de estudio. Ello se debe no sólo a posibles sesgos en los propios estudios, sino también, a la complejidad de experiencias y factores que pueden venir asociados a las distintas situaciones de ruptura. Por ello no es fácil llegar a conclusiones plenamente consensuadas respecto a los posibles efectos de la ruptura parental encontrados en los hijos, como a la posible influencia de determinadas variables sobre dichos efectos.

Así, y en relación con los resultados obtenidos en el presente estudio, se puede afirmar que las variables que parecen afectar en mayor grado en los resultados obtenidos son: *el grado de conflicto actual percibido* y el *grupo de edad*, respecto a la frecuencia de ocurrencias de los cambios; y *el grado de conflicto actual percibido, la existencia o no de reconstitución familiar* y *el grupo de edad de pertenencia,* en relación con el grado de afectación experimentado por los cambios o efectos vividos. El resto de las variables afectan también en interacción con las de mayor influjo, o bien, lo hacen pero más a modo de tendencia. Dichas tendencias deben ser exploradas en mayor profundidad en futuras investigaciones, probablemente con grupos más extremos, ya que en la literatura existen investigaciones que parecen corroborar algunos de sus resultados.

De cualquier modo, y tratando de realizar una valoración global de los resultados obtenidos, se observan algunas reiteraciones que merece la pena comentar. Por un lado, la percepción de un alto grado de conflicto se asocia con vivir más frecuentemente una mayor variedad de experiencias negativas, que parecen afectar de forma bastante significativa, tanto a nivel personal (v.g., sufrir diferentes problemas emocionales y de comportamiento, rechazo al matrimonio, enfrentarse a nuevos problemas, sentirse molestos por las decisiones de los jueces, sentir que se pierde un modelo de referencia, etc.) como a nivel relacional, especialmente en lo que se refiere a la relación de los hijos con el progenitor no custodio. Por su parte, el tiempo tan solo parece contribuir a que las personas lleguen a adaptarse a su nueva condición familiar, siempre que no se mantenga un alto nivel de conflicto a posteriori.

En relación con el grupo de edad, los jóvenes de la muestra participante parecen haber vivido con mayor frecuencia y mayor grado de afectación numerosos cambios y efectos tras la ruptura familiar, frente a los adolescentes. Dichos cambios son tanto positivos como negativos. No obstante, destacan muchos efectos negativos que pueden dejar importante huella en los hijos por el hecho de haberlos vividos, especialmente si se da también la circunstancia de un alto nivel de conflicto familiar (v.g., *sufrir problemas emocionales, percepción de soledad*…). Además, dentro del grupo de los jóvenes, si pertenecen a un alto nivel educativo, o si algún progenitor ha rehecho su vida, también influye en la frecuencia de determinados efectos positivos y negativos, especialmente cuando se dan casos de reconstitución (v.g., *mayor independencia, mayor*

experiencia acerca del divorcio, mayores problemas de carácter y comportamiento, sentir menos admiración, padecer algún vicio o adicción, etc.).

La mayor frecuencia de ocurrencia y la mayor afectación observada en los jóvenes sobre algunos cambios puede deberse al hecho de que la ruptura familiar se produjo hace más tiempo que en el caso de los adolescentes, pudiendo enfrentarse a situaciones algo más complicadas. Por ejemplo, podría ocurrir que en el momento en el que se produjo la separación o el divorcio, dicha situación estaba peor vista por la sociedad, lo que podía provocar el retraso de la decisión hasta momentos en los que la relación entre la pareja estuviera muy deteriorada; también al hecho de mayores conflictos derivados de la situación económica en la que se quedaban los excónyuges, especialmente en los casos en los que la mujer no estuviera incorporada al mundo laboral; o a que, en el momento en el que se produjo la reconstitución familiar, ésta se viera como algo menos común y se reaccionara peor a dicha circunstancia; etc. Por otra parte, también los jóvenes, frente a los adolescentes, muestran mayor capacidad para llevar a cabo un análisis más complejo de la realidad familiar, incluido el caso de situaciones de ruptura, y para asumir planteamientos más perspectivistas en dichos análisis, tal y como señala Simón (2000). Ello se refleja en la percepción de una mayor ocurrencia en cambios y/o efectos no sólo centrados en las vivencias personales del participante, sino también ligados a otros miembros de la familia, o al contexto que les rodea.

También pertenecer a un nivel educativo alto, además de los efectos ya comentados, parece venir más asociado a una mejor relación con el custodio y con la aceptación de las nuevas parejas de sus progenitores (así como a un mayor impacto respecto a esta última experiencia), pero también se asocia a un mayor sensación de soledad. Mientras, los de familias de nivel educativo bajo destacan más el impacto positivo sobre su madurez, y negativo las dificultades económicas. Otros estudios muestran también ciertos efectos de esta variable, pero normalmente en interacción con otros factores como por ejemplo, el nivel económico, el estatus laboral de los padres, las prácticas educativas o los apoyos externos, entre otros (Blechman, 1982, cit. en Morgado, 2008; DeGarmo et al., 1999; Fischer, 2007; Wilson, 2006, cit. en Cantón et al., 2007).

Por su parte, la variable *Sexo* del participante se muestra algo más ambigua y menos influyente respecto a los resultados encontrados. No obstante, la sensación de

soledad y de independencia parece darse con mayor frecuencia en los varones, mientras que una mejor relación con el no custodio y un mayor aislamiento de los iguales, parece asociarse más a las chicas. Por su parte, las chicas parecen ser más conscientes del impacto que ha tenido en ellas un mayor número de cambios, entre los que destaca la *mejora del clima familiar*, *la mejora de la relación con los progenitores*, o la obtención *de mayor madurez* (esta última cuando alguno de sus progenitores ha rehecho su vida afectiva). También las jóvenes se ven más afectadas por el hecho de *sentirse diferentes a sus iguales, pensar que se las quiere menos, por tener que enfrentarse a nuevos problemas*, etc.

Como ya se ha comentado en capítulos anteriores, no parece haber un claro consenso entre los autores sobre el influjo de la variable *Sexo* en las consecuencias de la separación o divorcio en los hijos. Algunos afirman que los varones presentan más problemas de adaptación y de conducta antisocial, y durante más tiempo, frente a las hijas (Hetherington, 1989; Morrison y Cherlin, 1995; Mott et al., 1997; Ruiz, 1999; Wallerstein y Kelly, 1980). No obstante, la aparición de problemas de externalización o de internalización puede variar con la edad, pudiéndose observar incluso la pauta contraria (Brooks et al., 2003; Cáceres, 2003; Kurdek y Fine, 1993). En el presente trabajo aparecen algunas tendencias al respecto, dándose, por ejemplo, *más problemas emocionales* en las chicas cuyos padres se separaron cuando ellas eran adolescentes, o viéndose más afectadas por los *problemas de carácter y comportamiento* aquéllas que pertenecían a familias reconstituidas. No en vano, algunos trabajos señalan peores adaptaciones en las chicas frente a los chicos, tras la reconstitución de algún progenitor, y especialmente en lo que se refiere a la relación que deben sostener con las madrastras, y la alteración afectiva y de disponibilidad temporal que se da en las relaciones con sus padres (Castells, 2004; Dowling y Gorell, 2008).

Por tanto, y atendiendo a los datos encontrados, se puede afirmar que los hijos de familias separadas y divorciadas se enfrentan tanto a efectos y cambios positivos como negativos, algunos de los cuales dejan importantes huellas en sus vidas. Y que la mayor presencia y efecto de algunos de ellos vienen asociados a la permanencia del *conflicto posteriormente a la ruptura*, al hecho de experimentar un nuevo tránsito familiar como es *la reconstitución*, seguido del *Grupo de edad* de pertenencia, y en menor grado, a otras variables como el *Nivel educativo familiar* o el *Sexo* de la persona.

10.3. Sobre las Creencias Implícitas y Explícitas de los participantes acerca de los efectos de la ruptura parental en los hijos y su relación con la Experiencia de ruptura familiar

Como ya se vio en el apartado anterior, el incremento de las rupturas familiares ha llevado a muchos autores a ahondar en el análisis de los efectos que genera esta realidad sobre las dinámicas familiares y en la adaptación de quienes viven esta experiencia. Igualmente interesante es poder conocer cómo ha afectado el incremento de las separaciones y divorcios en las concepciones de la gente de la calle sobre dicha realidad familiar, con el fin de apresar si recogen de forma más o menos objetiva, los cambios que suelen conllevar. Ante la falta de estudios al respecto, este nuevo trabajo pretendía ahondar en dicho tema, seleccionando como contenido de análisis los efectos de la separación y/o el divorcio en los hijos. El estudio se realizó desde una doble vertiente. Por un lado, explorando la representación implícita de los participantes sobre el tema, y por otro, el estudio de la representación explícita, para finalmente hacer un análisis comparativo entre ambas representaciones.

Además, y como se ha venido comentando hasta ahora, sabemos que en la construcción del conocimiento social pueden contribuir diversas variables personales y contextuales, algunas de las cuales se analizan en este trabajo en relación con ambos tipos de representación (v.g., la Experiencia personal de ruptura familiar, el Grupo de edad del participante, su Sexo, el Nivel educativo familiar, entre otras). El análisis más novedoso tiene que ver con la exploración de la primera variable citada. Por dicha razón, el tercer objetivo general planteado en la tesis era analizar si la experiencia personal de ruptura familiar de los participantes (explorada mediante la frecuencia real de ocurrencia de los cambios y el grado de afectación de los mismos), influye en sus representaciones mentales implícitas y explícitas sobre los efectos de la separación parental en los hijos.

Pues bien, se iniciará esta discusión con los comentarios de los resultados obtenidos respecto a la creencia implícita de los participantes acerca de los cambios o efectos positivos y negativos que viven los hijos tras la ruptura familiar. Dichos resultados muestran un reconocimiento de todos los cambios/efectos propuestos en el cuestionario, tanto positivos como negativos, aunque se observan claras diferencias respecto a cuáles consideran los participantes más comunes y cuáles menos. Tal grado

de reconocimiento no es extraño ya que la demanda utilizada para la exploración de la creencia implícita consiste en una prueba de reconocimiento de los diferentes efectos encontrados en estudios anteriores, a diferencia de la elaboración verbal que requiere la entrevista con la que se explora la creencia explícita. No obstante, además de reconocer los cambios o efectos, los participantes también debían valorar la frecuencia con que consideran que suele ocurrir cada uno de ellos en las situaciones de ruptura.

Así, destacan como cambios o efectos positivos el hecho de que los hijos se *hacen más maduros*, el *apoyo mutuo entre los hermanos*, la *mayor experiencia que ahora tienen los hijos sobre el divorcio*, que los hijos *se vuelven más independientes* y la *mejora en la relación con el progenitor custodio*, y como efectos o cambios negativos *los problemas de adaptación a los cambios*, el *tener problemas de carácter y de comportamiento* así como *problemas de tipo emocional,* y el *menor contacto de los hijos con el progenitor no custodio*. Por el contrario, los cambios o efectos menos reconocidos, en general, son los referidos al hecho de *aferrarse a los estudios* y a *aislarse de sus compañeros*.

De esta manera, se observa que la creencia implícita mayoritaria aglutina aspectos positivos y negativos relacionados con el desarrollo personal del individuo, y también otros de corte más relacional, con carácter positivo respecto a las relaciones sostenidas con el progenitor custodio y con los hermanos, y con carácter negativo respecto a las relaciones con el progenitor no custodio. Resultados similares se encontraron en los estudios de Triana y Plasencia (2003) y Triana et al. (2003), en los que participaron también otros grupos de mayor edad que los del presente estudio, quienes analizaron, al igual que en esta ocasión, las creencias implícitas de diferentes generaciones acerca de los efectos del divorcio en los hijos.

Los resultados obtenidos en el análisis del efecto de las variables independientes exploradas sobre la creencia implícita, nos llevan a confirmar la sexta hipótesis planteada en el estudio. No obstante, los datos obtenidos no son tan categóricos como se esperaba inicialmente. Así, la *Experiencia personal de ruptura familiar* se muestra como la variable más influyente, afectando a algo más de dos tercios de los cambios o efectos explorados, mientras que las variables restantes lo hacen sobre un número bastante inferior de ellos, especialmente en lo que se refiere al nivel educativo familiar.

Entre los cambios o efectos señalados en la creencia implícita que más se han visto afectados por la experiencia de ruptura familiar están el que los hijos se *sientan*

culpables de la separación, el *enfrentarse a nuevos problemas tras la ruptura* y la *adquisición de nuevos vicios*, siendo los participantes sin experiencia quienes más creen que se dan dichas circunstancias frente a los de familias separadas o divorciadas. Esta misma pauta se da, aunque más bien a modo de tendencia, en los restantes efectos que han salido significativos, excepto en los referidos al hecho de *aceptar la separación* y *a las parejas e hijos de sus padres*, y el *volverse más maduros*, que los relacionan más con la ruptura parental el grupo que tiene experiencia al respecto. De este modo, se confirma también la séptima hipótesis planteada al inicio de esta tesis en la que se plantea una visión más consensuada y negativa de los efectos del divorcio y la separación parental sobre los hijos, en las creencias de los participantes que no han vivido de forma personal o cercana experiencias de ruptura parental, frente a la de quienes sí han vivido dicha experiencia.

Ello se observa porque son los participantes sin experiencia en ruptura familiar quienes atribuyen un mayor grado de ocurrencia de numerosos efectos (y con valores menores en sus desviación típicas), la mayoría de ellos negativos, quizás por la falta de información que tienen respecto a la gran heterogeneidad de experiencias que existen, o por dejarse llevar más bien por un estereotipo social que presenta al divorcio como un proceso más bien negativo y estresante para los hijos. Señalar que dichos cambios se refieren tanto al ámbito personal (v.g., *se vuelven más egoístas y caprichosos*; *sufren problemas emocionales, de carácter y de comportamiento; se sienten menos queridos*; etc.), al relacional (v.g., *se aíslan de sus compañeros; cambian los patrones educativos de los padres para hacerse más permisivos* o bien *más autoritarios;* o *existe mayor apoyo entre los hermanos*), como a las nuevas condiciones familiares (v.g., *cambio en la economía*).

Sin embargo, pasar por la experiencia no significa obviar la existencia de múltiples cambios y efectos que se pueden dar, pero permite el reconocimiento de que a veces se dan en menor grado o con mayor heterogeneidad de lo que la gente de la calle se cree. También puede ser que se reconozcan más algunos aspectos inherentes a la experiencia de ruptura, menos visibles para quienes no han vivido dicha realidad, como es el caso de las *dificultades económicas* que suelen ser bastante comunes para muchas familias tras la ruptura. Además, puede ocurrir que vivir dicha experiencia puede llevar a una mayor reflexión sobre dicha realidad, revisando los mitos y estereotipos sociales, pudiendo ofrecer incluso una visión más positiva que les lleva a destacar en mayor

grado algunos efectos beneficiosos del divorcio sobre los hijos, frente a quienes no tienen la experiencia de ruptura parental. Ello podría explicar por qué las personas que han vivido transiciones familiares relevantes (v.g., una ruptura familiar, una reconstitución…) se muestren más tolerantes con las estructuras familiares no convencionales, tal como señala Vandervalk et al. (2008), o también con sus miembros, tal como encontró en su estudio Triana et al. (2009) respecto a las representaciones sociales acerca de las figuras de los padrastros y de las madrastras.

Siguiendo con el análisis de las restantes variables independientes, se observan algunas tendencias que merecen la pena comentar. Así, y en lo que se refiere al grupo de edad, parece que los jóvenes destacan más que los adolescentes algunos cambios, entre los que se encuentra alguno que ocurre con mayor frecuencia (v.g., *el tener menor contacto con el progenitor no custodio*), como otros menos frecuentes (v.g., *sienten menos admiración por los padres, consiguen más cosas de sus padres, sienten que son diferentes a otros iguales*, o *el mayor rechazo al matrimonio*). Por su parte, los adolescentes destacan más que los jóvenes otros efectos que suelen ser poco comunes (v.g., *la mejora en la economía* o *la mejora en la relación con el progenitor no custodio*). Podría significar que con la edad, y más concretamente, con el desarrollo cognitivo, la realidad de la ruptura familiar se hace algo más nítida, compleja y objetiva en la creencia de las personas. Además, algunos aspectos como la revisión de la aceptación o rechazo del matrimonio son más cercanos a las vivencias e inquietudes personales de los jóvenes frente a la de los adolescentes. Por tanto, no es de extrañar que estén más presentes en la creencia de los primeros. Señalar que la progresiva evolución hacia representaciones más complejas ha sido comentada en otros trabajos por diferentes autores (Hatano y Takashashi, 2005; Karmiloff-Smith, 1992; Triana y Simón, 1994).

En relación con el sexo del participante, también se observa que las chicas destacan más que los chicos algunos efectos como *la mejora del clima familiar* tras la ruptura, *cambios en las pautas educativas parentales* o el *sentimiento de que se reduce el afecto por parte de los progenitores*. De nuevo parece que se muestran algo más sensibles a los aspectos emocionales de las relaciones, y también a la tarea educativa parental, que sigue siendo un rol atribuido de forma más significativa al sexo femenino (Bulla y Haneczok, 1981; Rodríguez et al., 2005; Simón y Triana, 1994). De cualquier modo, los estudios realizados por Triana y Plasencia (2003) y Triana et al. (2003) sobre

los efectos del divorcio en los hijos, tampoco muestran grandes diferencias en relación con el tipo de efectos señalados por los participantes de cada el sexo, aunque las puntuaciones varían en algunos de ellos respecto a su grado de representatividad.

El nivel educativo familiar no parece ejercer efectos principales sobre la creencia implícita, pero sí, en algunos casos, en interacción con otras variables. Por ejemplo, y en relación con el grupo de edad, se observa que los adolescentes de familias de alto nivel educativo señalan más *la adquisición de madurez en los hijos* tras la ruptura, mientras que los adolescentes de bajo-medio nivel educativo consideran más frecuente *la adquisición de nuevos vicios*. Simón (2000), en su estudio respecto al concepto implícito de familia, también encontró algunas ideas más complejas en los participantes de nivel educativo alto frente a los de nivel medio-bajo. En relación ahora con el sexo del participante, se observa que los varones de nivel educativo alto señalan más el efecto de que *los hijos se vuelven más egoístas y caprichosos*, mientras que los de nivel educativo medio-bajo creen que existe *una mejor economía tras la ruptura* (incluso consideran más este efecto frente a las chicas). Por su parte, las chicas de alto nivel educativo afirman que existe *una mejora en la relación con el no custodio* frente a los chicos, o a las chicas de medio-bajo nivel educativo.

Analizando ahora los efectos interactivos en relación con la experiencia personal de ruptura familiar, también hay algunos resultados que merece la pena que sean comentados. Por ejemplo, los participantes de medio-bajo nivel educativo sin experiencia en ruptura familiar tienden a comentar más que los que tienen experiencia algunos efectos o cambios como que *los hijos se vuelven más egoístas y caprichosos*, que se *aferran más a los estudios* o que *sus padres son más autoritarios,* todos ellos cambios poco frecuentes. Además, dentro de los de alto nivel educativo, los que tienen experiencia, suelen atribuir más los dos últimos efectos citados frente a los que no tienen experiencia. Al respecto, podría ocurrir que, los participantes de medio-bajo nivel educativo sin experiencia, tienden a guiarse más por el estereotipo, resaltando así algunos aspectos negativos; y que, en el caso de los de alto nivel educativo de familias separadas, se guíen más de su propia experiencia, ya que el mayor interés por los estudios de los hijos y el mayor reconocimiento de la importancia de la vigilancia parental para encauzar el desarrollo de los hijos, se observa normalmente en los padres de mayor nivel educativo.

También las chicas sin experiencia creen que se *evita más el maltrato* con la ruptura, y los chicos sin experiencia que *los hijos consiguen más cosas de sus padres*, frente a los que tienen experiencia. Por su parte, los adolescentes sin experiencia consideran que *los hijos pasan más tiempo solos* o que *se vuelven más independientes*, frente a los que tienen experiencia, aunque los jóvenes con experiencia también señalan este último efecto.

Así, se podría decir que hay una cierta tendencia a acentuar, en la creencia implícita, determinados efectos cuando no se conoce de cerca la realidad, esto es, cuando no se tiene experiencia de ruptura familiar, y que estos resultados pueden venir asociados, puntualmente, a otras condiciones, como por ejemplo, pertenecer a un determinado nivel educativo familiar o grupo de edad.

Siguiendo con el análisis de los resultados en la creencia implícita, también se quiso explorar, en el caso de los participantes que tuvieran experiencia de ruptura familiar, si dicha creencia se vería influida por el *Tiempo desde que se produjo la ruptura* y por el *Grado de conflicto percibido en la actualidad*. Así, parece que el *Tiempo transcurrido* desde que los padres se separaron no influye en gran medida sobre las creencias implícitas de los participantes. Tan sólo se observan tres tendencias en los efectos y/o cambios referidos a *sentirse culpables de la separación* (más destacado por las chicas frente a los chicos), *sentir que son diferentes a otros iguales* y que ahora *pierden un modelo de identificación*. En estos casos se aprecia que cuanto más tiempo ha pasado desde que los padres se separaron, mayor frecuencia de ocurrencia le otorgan los participantes dentro de su creencia implícita. Probablemente ello se debe, entre otros factores, al hecho de que es más probable que los participantes cuyos padres se separaron hace tiempo, tuvieran menor edad, y por tanto, menor capacidad para comprender y enfrentar de forma objetiva la ruptura familiar, llevándoles a desarrollar apreciaciones erróneas como la de culpabilidad o el sentirse diferentes, tal como señalan algunos autores (Ellis, 2000; Hetherington y Kelly, 2005; Laumann-Billings y Emery, 2000). Por otra parte, también diversos autores reconocen que con el tiempo se resiente el contacto con el progenitor no custodio (Carlson 2006; Dunn et al., 2004; Pryor y Rodgers, 2001; Sobolewsky y King, 2005; Trinder et al., 2008; Whiteside y Becker, 2000). En este sentido, ello puede llevarles a la sensación de su pérdida, especialmente cuando éste ha rehecho su vida afectiva (Visher y Visher, 1983, cit. en Kurdek y Berg, 1987). Ello puede provocar, sobre todo en el caso de las chicas, una percepción de

abandono afectivo por parte del no custodio (Davies y Lindsay, 2004; Yates et al., 2003). Así, la creencia de mayor culpabilidad señalada por las chicas puede estar en consonancia con los estudios que encuentran más problemas emocionales en las mismas frente a los chicos, por lo que es probable que aumente su sentido de la culpabilidad tras la separación parental (Leadbeater et al., 1999; O'Leary y Vidair, 2005).

La variable *Conflicto actual percibido* parece ejercer un mayor número de efectos que el *Tiempo de separación parental*, en la creencia implícita de los participantes sobre los diferentes cambios y/o efectos que experimentan los hijos de padres separados, aunque en la mayoría de los casos tan sólo a modo de tendencia. De cualquier modo, las tendencias encontradas señalan que cuanto mayor es el grado de conflicto, mayor frecuencia de ocurrencia atribuyen los participantes, en su creencia implícita, a efectos altamente comunes en las rupturas conflictivas, como es el caso de tener que *enfrentarse a nuevos problemas, tener problemas emocionales* y *de comportamiento*, *el rechazo al matrimonio*, *el sentirse molestos con las decisiones de los jueces* o *empeorar en los estudios*, por poner algunos ejemplos. Además, el resultado más destacado es el referido a que los hijos pueden *evitar situaciones de maltrato*, lo que implica que cuanto mayor sea el conflicto percibido, mayor es la creencia de que los hijos pueden evitar experiencias de maltrato con la separación parental. Algunos autores han evidenciado este efecto positivo tras la separación parental (Davis y Cummings, 1994; Ellis, 2000; Rojas, 2008).

Además de estos resultados, cuando se resta el efecto del grado de conflicto percibido por el participante, también se observa que los jóvenes asumen más que los adolescentes la creencia de que los hijos *tienen problemas emocionales* tras el divorcio parental. También los jóvenes varones creen más en el *rechazo de los hijos hacia el matrimonio*, como fruto de su experiencia tras la separación parental, frente a los adolescentes de su mismo sexo. Quizás en este caso haya más jóvenes que vivieron una ruptura más compleja, al haberse producido en muchos casos hace bastantes años, cuando aún el divorcio no estaba muy bien visto socialmente. Ello puede generarles una visión más transitoria hacia las relaciones de pareja, como han observado algunos autores (Furstenberg y Kiernan, 2009; Wallerstein et al., 2001; Whitton et al., 2008).

Siguiendo con el análisis de los objetivos explorados, también se estudió si existía alguna relación entre *las Creencias Implícitas* de los participantes con experiencia de ruptura familiar, y la *Frecuencia real de ocurrencia* de los cambios

señalados por los mismos. Al respecto, se obtuvo una relación positiva altamente significativa para todos los efectos y/o cambios, excepto en relación con *la mejora del rendimiento académico*, encontrándose en este caso una puntuación algo mayor en la creencia implícita frente a la frecuencia real de ocurrencia, aunque en ambos casos el valor es relativamente bajo. Este último resultado puede indicar que los participantes tienen una visión más plural de situaciones que pueden diferir de su propia experiencia personal, especialmente desde dentro de los contextos formativos en los que han participado. No obstante, destacar de nuevo que dichas puntuaciones son relativamente bajas, lo que coincide con las aportaciones de diversos estudios que señalan problemas académicos en los hijos fruto, en la mayoría de las ocasiones, de la inestabilidad familiar vivida durante el proceso o tras el proceso de separación parental (Emery, 1999; Kenny, 2000; Kitson y Holmes, 1992; Linder et al., 1992).

Quizás destacar que la relación más significativa la obtiene el cambio *mayor apoyo entre los hermanos*, que explica el mayor porcentaje de varianza de entre los evaluados. Ello puede deberse a que, cuando se produce la ruptura, y ante la incertidumbre del tránsito familiar, los hijos se apoyan más entre ellos, llevándoles a resaltar la importancia de las relaciones fraternas frente a las que se dan en el subsistema parento-filial, lo que se refleja a su vez en su creencia implícita.

Otras correlaciones que destacan también se refieren al hecho de tener *problemas emocionales*, tener *menor contacto con el no custodio*, el *rechazo al matrimonio*, *la mejora de la relación con el progenitor no custodio*, *la mejora de la economía* y el *pasar más tiempo solo*, entre otras, lo que implica que cuanto más le hayan ocurrido dichos cambios, mayor reflejo queda en la creencia implícita, y a la inversa, cuanto menos les hayan ocurrido, menor frecuencia se atribuye en la creencia. De esta manera, se observa que algunos cambios que suelen ocurrir con una alta frecuencia en la vida de los participantes (v.g., *mayor apoyo entre los hermanos*, *menor contacto con el no custodio*), dejan una clara huella en la creencia implícita de los mismos. Por el contrario, otros cambios o efectos se hacen más presentes en la vida de algunos participantes y no de otros, y ello queda reflejado de ese modo en sus respectivas creencias. Por esta razón, y ante la variabilidad de experiencias que han vivido los participantes de familias separadas, no es de extrañar que los valores promedio registrados en su creencia implícita respecto a la mayoría de los cambios explorados, hayan obtenido puntuaciones inferiores a las de los participantes sin

experiencia, ya que se hacen eco de dicha variabilidad, especialmente en los casos de efectos menos consensuados.

De este modo se puede afirmar que, en general, se confirma la octava hipótesis de partida al observar que la creencia implícita que tienen los participantes sobre los efectos de la ruptura en los hijos guarda relación con su experiencia personal. Ello muestra que existe una relación positiva y altamente significativa entre la experiencia personal y la creencia implícita que sobre el tema elaboran los sujetos (Rodrigo et al., 2002). De cualquier modo, no se puede obviar que la creencia implícita se nutre, además, de otras experiencias que reciben los participantes sobre el tema dentro de los contextos próximos en los que se desarrollan.

Otro tema que se exploró en esta tesis fue la posible relación entre las creencias implícitas de los participantes y el grado de afectación señalado por ellos respecto a los diferentes cambios o efectos vividos tras la ruptura parental. Los resultados se muestran en esta ocasión menos robustos que en el caso anterior, tanto en lo que se refiere a los coeficientes de correlación obtenidos como respecto a la varianza común observada entre ambas variables. Así, en todos los efectos o cambios explorados se observa una relación positiva significativa, excepto respecto a *la aceptación de la separación*, *la mejora del rendimiento académico* y *la aceptación de las nuevas parejas e hijos de sus padres*. En estos tres cambios los participantes ofrecen una mayor puntuación respecto al grado en el que se han visto afectados por ellos frente a la frecuencia de aparición que les otorgan en su creencia implícita. Quizás la falta de relación se deba a la heterogeneidad de experiencia vividas por los distintos participantes al respecto.

Los cambios o efectos que muestran una mayor relación entre las variables exploradas son el *mayor apoyo entre los hermanos* (como efecto positivo), el *tener problemas emocionales*, el *rechazo al matrimonio* y el *sentir menos admiración por sus padres* (como efectos negativos). Además de éstos, y con las tres salvedades anteriormente comentadas, la mayoría de los restantes efectos han salido significativos con puntuaciones por encima de .30, lo que lleva a confirmar la novena hipótesis planteada inicialmente sobre la existencia de una relación positiva entre la representación implícita de los participantes sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos y el grado de afectación con el que han vivido dichos cambios. De cualquier modo, señalar que el grado de afectación percibido es una variable subjetiva, que depende de múltiples factores personales y contextuales. Por ello no es de extrañar que

exista mayor dispersión entre las puntuaciones otorgadas por los participantes al respecto, y que ello también influya en el resultado de las relaciones encontradas.

Siguiendo ahora con la reflexión sobre los resultados de la exploración de las *Creencias Explícitas* de los participantes del segundo estudio respecto al tema de los efectos de la separación o divorcio parental en los hijos, en esta ocasión, y a diferencia del primer estudio de esta tesis, recordar que tan sólo participaron dos grupos de edad, concretamente, adolescentes y jóvenes. También en este caso se pretendía analizar si dichas creencias variaban en función de determinadas variables independientes exploradas (v.g., la *Experiencia de ruptura parental*, el *Grupo de edad* de pertenencia, el *Sexo* del participante, o el *Nivel educativo familiar*). Además de ello, y concretamente, para el grupo con experiencia en ruptura familiar, también se exploró el posible efecto de dos covariables, que son el *Tiempo desde que se produjo la ruptura parental* y el *Grado de conflicto percibido* en la actualidad.

En relación a las creencias explícitas de los participantes, éstas reflejan una gran dispersión de efectos y cambios, ya que los porcentajes de citación alcanzados son, en general, poco robustos, con la excepción del efecto negativo que afirma que los hijos *sufren problemas emocionales*, y del efecto positivo que resalta la *mejora del clima familiar*, nombrados ambos aproximadamente por la mitad de la muestra. También, alrededor de un tercio de la muestra cita la *reducción del contacto con el progenitor no custodio*, y casi una cuarta parte de la misma que los hijos *se sienten mejor emocionalmente* o bien, *que se enfrentan a nuevos problemas.* Por ello, no se puede afirmar que exista un claro consenso en la creencia explícita de los participantes, sobre el tema que se explora, salvo quizás en lo que se refiere a los dos primeros efectos señalados.

Un análisis más global sobre el tema nos permite destacar que, al igual que lo ocurrido en el primer estudio de esta tesis, la creencia explícita de los efectos de la ruptura parental sobre los hijos sostenida por los participantes, ofrece una visión más negativa que positiva. Ello se puede afirmar por dos claras razones. En primer lugar, porque los participantes enuncian un mayor número de efectos y cambios negativos que positivos. Y en segundo lugar, porque en muchos de los cambios positivos citados (v.g., *se sienten mejor emocionalmente*, *mejoran su relación con el progenitor custodio* y también *con el no custodio*), el porcentaje de participantes que enuncian las ideas contrarias suele ser bastante superior. Tan sólo la *mejora del clima* familiar se presenta

como un claro efecto positivo, altamente reconocido, probablemente al entender que, tras la ruptura, se reduce la posibilidad de que los hijos sigan expuestos a conflictos cotidianos dentro de su hogar. Recordar, de nuevo, que todos los cambios señalados por los participantes tienen un soporte (mayor o menor según del que se trate) en la literatura que analiza los efectos reales que viven los hijos tras la separación o divorcio de sus padres (Amato y Keith, 1991; Baum, 2004; Braver et al., 2003; Cantón et al., 2007; Castells, 2009; Chen y George, 2005; Emery, 1999; Forehand y McCombs, 1992; Greif, 1997; Grych y Fincham, 1992; Hetherington y Kelly, 2005; Lamb, 2005; Laumann-Billings y Emery, 2000; Poussin y Martin, 2005; Rodríguez, 2003; Vandervalk et al., 2008; etc.).

Entrando ahora en el análisis de las variables independientes exploradas, comentar que se observa una gran similitud (aunque no es total) respecto a los resultados encontrados en el Estudio 1 de esta tesis, en cuanto a los efectos o cambios de la creencia explícita que parecen verse afectados por algunas de las variables exploradas, y respecto al grado de los efectos encontrados. Así, los resultados más significativos encontrados han sido que los participantes sin experiencia en ruptura familiar citan más que los que sí tienen experiencia el efecto de que los hijos *sufren problemas emocionales* tras la separación, y que tienen *más dificultades para aceptar la ruptura*. Ello puede deberse a que, probablemente, los primeros asuman un estereotipo más negativo sobre el divorcio, atribuyendo en mayor grado algunos cambios negativos y tensiones a dicha transición, intuyendo que dichas circunstancia lleva a los hijos a esas consecuencias. También los que no tienen experiencia citan más, pero a modo de tendencia, que los hijos *mejoran su relación con el no custodio*. Éste es un efecto poco encontrado en la literatura sobre el tema. No obstante, algunos autores afirman que la mejora de dicha relación depende, entre otros factores, de la estabilidad emocional del progenitor no custodio y de que los conflictos entre los padres se vean realmente reducidos (Amato y Gilbreth, 1999; Braver et al., 2003; Carlson 2006; Dunn et al., 2004; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999).

Otras tendencias puntuales encontradas en el análisis de los posibles efectos de las variables independientes sobre la creencia explícita merecen también ser comentadas. Por ejemplo, se observa que los jóvenes nombran más los *problemas de carácter y de comportamiento* en los hijos, así como la *mejora del clima familiar*, mientras que los adolescentes citan más que *no hay ningún efecto positivo* y que los

hijos *pueden conseguir más cosas de sus padres*. También, las chicas nombran más que los chicos algunos efectos tanto positivos (v.g., *la mejora emocional* y en *la relación con el no custodio*) como negativos (v.g., el *fracaso en los estudios*, los problemas *de carácter de comportamiento,* y la *reducción del contacto con el no custodio).* Este último es un efecto que no ofrecía diferencias según el sexo del participante en el estudio anterior.

Además se observa que los jóvenes sin experiencia en ruptura familiar enuncian más que los adolescentes sin experiencia, y que los jóvenes con experiencia, el hecho de que los hijos *se enfrentan a nuevos conflictos* y la *mayor dificultad en la relación con el progenitor no custodio*. También los participantes sin experiencia en ruptura, de bajo nivel educativo familiar, citan más los *problemas de carácter y comportamiento* de los hijos, mientras que los que tienen experiencia, del mismo nivel educativo, enuncian más que los hijos *se sienten mejor emocionalmente*. Por su parte, los jóvenes nombran más la *adquisición de independencia* frente a las jóvenes y a los adolescentes varones. Por último, se observó que los jóvenes de nivel educativo familiar medio-bajo citan más la *reducción del contacto con el progenitor no custodio*, frente a los adolescentes del mismo nivel educativo, mientras que los jóvenes de alto nivel educativo citan más la *dificultad en la relación con el no custodio* frente a los de medio-bajo nivel así como frente a los adolescentes de su mismo nivel educativo.

Considerando ahora los resultados obtenidos en los participantes de familias separadas o divorciadas, respecto al posible influjo de las variables *Tiempo transcurrido tras la separación parental* y *Grado de conflicto actual percibido*, sobre sus representaciones explícitas, se puede afirmar que, en general, el grado de influencia es mínimo. Así, se observó tan sólo, y a modo de tendencia, que cuanto más tiempo ha pasado desde la ruptura, los participantes más señalan en su creencia explícita el hecho de que los hijos tienen *menor contacto con el progenitor no custodio*. Quizás este resultado se debe a que es una realidad que suele constatarse y acrecentarse en la vida real de muchas familias separadas con el paso del tiempo, tal como señalan numerosos autores (Baum, 2004; Braver et al., 2003; Buchanan et al., 1996; Ellis, 2000; Guttmann, 1993; Hetherington y Kelly, 2005; Kenny, 2000; Moxnes, 2003), y por ello puede hacerse muy visible en la representación explícita. Pero recordar que no en todos los casos ocurre dicha circunstancia. De cualquier modo, y tal como se vio en el capítulo 2, son múltiples las razones por las que los progenitores no custodios reducen el contacto

con sus hijos (v.g., según el tipo de custodia elegida o designada, de la relación que mantengan con sus exparejas, de la lejanía física de los hogares entre éstos y sus hijos, de si han rehecho o no su vida afectiva, etc.). Por otro lado, dicho efecto también puede estar promovido por el momento evolutivo en el que se encuentran los participantes, quienes reducen el tiempo que suelen pasar con sus progenitores, para incrementar el periodo en el que se relacionan con sus iguales. Qué duda cabe que la reducción del contacto se vive menos drásticamente en el caso del progenitor custodio.

Por su parte, el *Grado de conflicto actual percibido* tan sólo muestra un resultado significativo a modo de tendencia. Así, cuanto mayor es el grado de conflicto percibido, más citan los participantes, en su creencia explícita, el hecho de que los hijos *se enfrentan a nuevos problemas*. Una vez restado el efecto de la covariable se observa que son los participantes de alto nivel educativo quienes más citan dicho cambio.

A la luz de los resultados obtenidos se puede afirmar que dentro de las distintas variables exploradas, es el *Grupo de edad* el que genera un mayor número de resultados significativos, como efectos principales o por la interacción con otras variables, a pesar de que, a diferencia del Estudio 1, aquí tan sólo se exploran dos grupos próximos en edad. Quizás por ello los resultados en relación con esta variable se presentan más bien a modo de tendencias. Le siguen en número de efectos significativos la *Experiencia de ruptura familiar* y el *Sexo* del participante, y en menor grado, el *Nivel educativo familiar*. No obstante, atendiendo al grado de importancia de los efectos más significativos encontrados, los dos se derivan del influjo de la variable experiencia de ruptura familiar. Así, y al igual que lo observado en el primer estudio, se puede afirmar que el tener o no experiencia sobre una determinada realidad, genera cierta influencia en el producto explícito construido por la persona. Este mismo hecho se ha encontrado en otros estudios, como por ejemplo, el de Triana y Hernández (2002) sobre el concepto de separación o divorcio familiar de un grupo de adolescentes con y sin experiencia en dicha realidad; o el de Triana et al. (2009), sobre el concepto de padrastro y madrastra asumido por distintas generaciones. Aunque en general, se observa para ambos estudios, que los efectos alcanzados por la influencia de dicha variable no son tan grandes como se esperaba.

Por tanto, hay que reconocer que los efectos encontrados respecto a la variable *Experiencia de ruptura familiar* referente a la creencia explícita, no tienen comparación con los observados en el estudio sobre la creencia implícita. Por tanto, se puede afirmar

que la creencia explícita sobre el tema responde más a un consenso social, que a la propia experiencia de quien construye.

De todos modos, y tratando de buscar cierto patrón de influencia más general se podría decir que se observa que algunos efectos que hacen referencia especialmente a cambios negativos, parecen ser más representativos de las creencias explícitas de los participantes sin experiencia en ruptura familiar y de quienes pertenecen a un medio-bajo nivel educativo

Ante estos resultados, se puede afirmar que se cumple la décima hipótesis planteada al inicio del estudio. Esto es que, en lo que respecta a la representación explícita del tema que nos ocupa, las variables independientes, así como las covariables exploradas, ejercen ciertos efectos puntuales en su elaboración, aunque no son extremadamente relevantes ni numerosos.

Por otra parte, y al igual que se hiciera con el análisis de las creencias implícitas de los participantes con experiencia de ruptura familiar, se quiso saber si existía relación entre sus creencias explícitas sobre los efectos de la separación o el divorcio en los hijos, y la frecuencia de ocurrencia de los cambios señalados por ellos, y también respecto al grado de afectación que les han supuesto los mismos. Los resultados confirman de manera bastante categórica las hipótesis 11 y 12 planteadas al inicio del estudio, que postulaban la escasa o nula relación entre las variables puestas en relación, ya que los valores de correlación obtenidos son bajos y no significativos, respecto a los diferentes cambios o efectos explorados en ambas ocasiones. No obstante, señalar que los índices de correlación son relativamente más bajos cuando se explora el grado de afectación de los efectos. De nuevo, la heterogeneidad en la apreciación subjetiva de las experiencias vividas puede contribuir a estos resultados.

Así, se observa que la experiencia que tienen los participantes sobre la ruptura familiar y la manera en que han vivido los cambios acontecidos, no parecen afectar considerablemente a sus creencias explícitas sobre los efectos de la separación o el divorcio en los hijos. De ahí que se pueda suponer que la información recogida en dicha representación explícita responde más a la información compartida socialmente sobre el tema, recabada en sus interacciones en los contextos próximos en los que se desenvuelve, que a sus propias vivencias personales. Ello hace que se base, en mayor grado, en un estereotipo fácil de apresar en la calle, que ofrece una visión más negativa

que positiva sobre el tema, aunque se reconozcan ambos aspectos, tanto positivos como negativos.

Por último, y para responder al último objetivo de esta investigación, se quiso comparar las creencias explícitas e implícitas de los participantes sobre los cambios o efectos de la ruptura familiar en los hijos, según tengan o no experiencia personal de ruptura parental. Ello se analizó partiendo de cuatro variables. Dos de ellas miden la concordancia entre ambos tipos de representaciones, ya sea por englobar en ellas un determinado tipo de cambio o efecto, o por el contrario, por no citarlo en ninguno de los dos casos; y las otras dos miden la disociación entre los dos tipos de representaciones (implícita o explícita), por citar un tipo de cambio o efecto en una de ellas y no en la otra. Los resultados muestran claramente que los participantes ofrecen porcentajes considerablemente altos en la variable de *Disociación a favor de la Creencia Implícita* frente a las restantes, y otros extremadamente bajos en la variable *Disociación a favor de la Creencia Explícita*. Ello implica que los participantes muestran una representación sobre el tema más compleja en su creencia implícita, en lo que se refiere a variedad de efectos y cambios contemplados, frente a la creencia explícita. Y además, que la información recogida en la creencia explícita de los participantes suele estar a su vez contemplada en sus creencias implícitas, y tan sólo son casos excepcionales los que enuncian verbalmente un efecto que no se reconoce claramente a nivel implícito.

También en el estudio de Simón (2000), la autora analizó el grado de concordancia y de disociación entre ambos tipos de representación mental en relación con el concepto de familia, obteniendo resultados similares a los de esta investigación. Esto es, encontró una mayor disociación a favor del conocimiento implícito y una escasa disociación a favor del conocimiento explícito.

Los datos obtenidos indican que las personas van recopilando, a través de sus múltiples interacciones con el mundo social, los cambios que acontecen en dicha realidad. Ello va a generar diferentes niveles de complejidad en su conocimiento implícito en función del grado en el que se ven expuestos a dicha información social, y también según sea su capacidad cognitiva. En este sentido, dos cambios parecen destacar por su exclusividad en la creencia implícita, y son *el apoyo entre los hermanos* y el *ganar experiencia sobre el divorcio*, y ello ocurre así independientemente de la experiencia de ruptura familiar del participante. Su casi nula presencia en la creencia

explícita lleva a intuir que son efectos prácticamente desconocidos desde el consenso social.

Por otra parte, señalar que alrededor de la mitad de los efectos o cambios explorados obtienen porcentajes significativamente mayores en la disociación a favor de la creencia implícita, en los casos de los participantes que no tienen experiencia en ruptura familiar, frente a los que sí la tienen. Atendiendo a la relación observada entre la experiencia personal vivida tras la ruptura y la creencia implícita del participante, se podría intuir que, cuando a un participante con experiencia no le ha ocurrido un determinado efecto, ello le lleva a descartarlo en ambos tipos de representaciones, incrementándose entonces la concordancia en ausencia del efecto, tal como muestran los resultados. Ello podría llevar a pensar que el no tener experiencia en ruptura familiar puede promover una creencia implícita más compleja a nivel cuantitativo, esto es, soportada por un mayor número de efectos y o cambios en los hijos tras la ruptura, frente a los que sí tienen experiencia, ya que se tomarían con igualdad de representatividad experiencias variadas, e incluso si son contrarias.

También se observa, respecto al efecto *aceptan la separación de los padres* y *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres*, que son los participantes con experiencia en ruptura familiar quienes presentan una mayor disociación a favor de la creencia implícita, lo que implica que lo registran más en su conocimiento implícito probablemente porque muchos de ellos lo han vivido así, y los que no lo han vivido, desconocen que eso pueda ser un resultado, y simplemente descartan dichos efectos en ambas representaciones. También destaca que la *aceptación de las nuevas parejas de los padres, o de sus hijos*, consta en mayor grado como concordancia en ausencia de efecto en el caso de los que no tienen experiencia en ruptura familiar. Ello indica que obvian una realidad que se puede dar, pero que a ellos les puede costar entender, motivado quizás por el sesgo negativo hacia formas alternativas de familia.

Por su parte, la creencia explícita se soporta más en la elaboración verbal que se realiza cuando se habla sobre el tema en conversaciones más o menos formales, y/o cuando revisamos nuestras propias creencias al respecto. Por tanto, en cualquiera de los dos tipos de representaciones exploradas, la creencia elaborada se nutre de la información que haya estado disponible para la persona, y no de la heterogeneidad de experiencias que caracteriza la ruptura familiar según sea cada caso. Por ello, y tal como se comentó en el capítulo 1 de esta tesis, el cambio social en la estructura y dinámica

familiar derivado del aumento de los divorcios y separaciones en nuestro país, ha sido más rápido que el cambio en los esquemas mentales de las personas sobre dicha realidad.

De este modo, la creencia explícita encontrada se soporta especialmente en una visión más estereotipada que ofrece una imagen más negativa que positiva sobre los efectos del divorcio y la separación en los hijos. Esta visión no corresponde claramente a la realidad que viven las familias separadas, ya que un porcentaje considerable de ellas, tras un periodo de adaptación, logran adecuados niveles de adaptación a su nueva circunstancia (bien porque rompen sin altos niveles de conflicto, o porque llegan a acostumbrarse a la nueva situación, reduciéndose posteriormente dichos los conflictos). Sin embargo, la creencia explícita soportada en los dos estudios realizados, ofrece esa imagen más negativa que positiva, y ello es así independientemente que se tenga experiencia personal o no de ruptura familiar.

Por otra parte, la posibilidad de transferencia entre ambos tipos de representación en los sujetos de mayor edad, tal como señala Karmiloff-Smith, se hace patente con el análisis de los dos tipos de concordancia explorados, especialmente en lo que se refiere a la concordancia en ausencia del efecto, donde se observa un mayor número de cambios que obtienen porcentajes con valores moderados (entre 30 y 40). Ello indica que un porcentaje de participantes no engloba en sus creencias (tanto implícita como explícita) algunos efectos, y normalmente esto suele ocurrir dentro de aquéllos que no suelen darse con mucha frecuencia en la experiencia real (v.g., *la aceptación de las nuevas parejas de sus padres – o sus hijos -*, *el hecho de aferrarse a los estudios o la mejora en los mismos*, *el aislarse de los compañeros*, *la mejora en la economía*, *el sentir menos admiración por los padres*, *la mejora en la relación con el no custodio*, *la adquisición de nuevos vicios*, entre otros). Este resultado se produce, en la gran mayoría de los efectos explorados, en mayor grado en los participantes con experiencia de ruptura familiar frente a los que no tienen dicha experiencia. Por ello, queda confirmada también la catorceava hipótesis de la que se partía en este estudio, al predecir una mayor concordancia en la ausencia de determinados efectos o cambios en ambas creencias en los participantes con experiencia.

El efecto invertido tan sólo se aprecia en el caso del efecto *aceptan a las nuevas parejas/sus hijos de sus padres*, donde son los que no tienen experiencia quienes menos atienden a dicho efecto en ambas representaciones. Ello puede indicar que la

experiencia propia imprime su efecto a la hora de la transferencia entre el conocimiento implícito y el explícito, de forma que, cuando no se experimenta personalmente una experiencia, aunque se puedan tener registros de otras personas que la hayan vivido, ésta no se hace significativa, y por tanto, tampoco se resalta en el conocimiento explícito. Esto también indicaría que los que tienen experiencia en ruptura familiar, tienen una visión menos negativa del divorcio, porque destacan en mayor grado la ausencia de determinados efectos negativos. Pero también dicha concreción puede reducir en ellos la heterogeneidad de experiencias que se puede vivir en dicha circunstancia.

Quizás este hecho se deba a que el grupo con experiencia se esté guiando no tanto del estereotipo que se elabora en la calle, sino más bien de su experiencia personal. Así por ejemplo, los cambios referidos al hecho de *aferrarse a los estudios* o el *tener mejor economía que antes*, son algunos de los que obtienen un mayor porcentaje en esta variable, siendo rechazados por los participantes que han vivido la experiencia de la separación, en ambas creencias. Tal y como ya se vio en el estudio anterior, estos cambios casi no aparecen a la hora de reflejar sus experiencias con respecto a la separación de sus progenitores, por no decir que son casi inexistentes, lo que hace que no sean representativos en sus creencias. En conclusión, los participantes con experiencia en ruptura familiar elaboran su creencia de forma menos estereotipada, quizás como efecto directo de su propia experiencia, o porque han reflexionado más sobre dicha realidad, y no tanto del estereotipo social.

En lo que se refiere a la concordancia en presencia de efecto, señalar que los porcentajes, en general, son bastante bajos, excepto en lo que se refiere a *la mejora del clima familiar*, *la existencia de problemas en los hijos*, y en menor grado, *el menor contacto con el progenitor no custodio*, o el *tener que enfrentarse a nuevos problemas*. Respecto a estos cambios, la experiencia personal de ruptura familiar no ejerce ninguna influencia. Ello quiere decir que son efectos que guardan una mayor conexión con el cambio social, ya que, por un lado, se dan suficientemente en la vida real, y por tanto, quedan reflejados en el registro de la creencia implícita de la sociedad, y a su vez, su presencia real hace que sean foco de reflexión en los intercambios verbales cuando se trata el tema. Ello, sin duda, también favorece la trasferencia de información.

Señalar, no obstante, que la concordancia en presencia del efecto en los cambios *tener problemas de carácter y comportamiento*, *tener problemas de adaptación a los*

cambios, o *la mejora de la relación con el progenitor no custodio*, aunque se da en bajo porcentaje, ocurre en mayor grado en los participantes sin experiencia, lo cual implica que para ellos son efectos más significativos.

En definitiva, los resultados encontrados han ido confirmando, en general, las hipótesis planteadas inicialmente. Un análisis más global sobre los resultados de los dos estudios realizados, así como de sus limitaciones y posibles actuaciones de cara al futuro se presentan en el apartado siguiente.

Capítulo 11. Discusión final

11. Discusión final

Tal y como se ha venido comentando hasta ahora, la sociedad española ha sufrido importantes cambios derivados de múltiples factores (v.g., políticos, económicos, ideológicos, sociales, del estado de bienestar, etc.), que tienen consecuencias importantes sobre la estructura y dinámica familiar. Tómese como ejemplos la mayor presencia de la mujer en el mundo laboral y su efecto sobre los roles desempeñados por padres y madres dentro del hogar; el descenso de la natalidad; el giro hacia una sociedad más individualista y competitiva; la aprobación del divorcio; el menor valor que se atribuye actualmente al matrimonio; la legalización de las parejas de hecho o de los matrimonios de personas del mismo sexo; etc. (Alberdi, 1999; Meil, 1999).

Cambios tan significativos, en tan poco tiempo, han llevado a algunos autores como Etzioni (1977, cit. en Reher, 1996) o Cooper (1975, cit. en Gimeno, 1999) a pensar que el fin de la familia estaba cerca. No obstante, dicho vaticinio ha resultado falso porque tal y como señala Gómex-Granell (2004), la transformación social no implica necesariamente la desaparición de la familia, sino otras formas de verla y de entenderla. Ello es así porque su existencia es primordial para la raza humana, ya que sigue siendo, en sus múltiples modalidades, el espacio principal de protección, apoyo y desarrollo de sus miembros.

De este modo, la unidad familiar seguirá sufriendo cambios conforme lo hagan los factores relevantes con los que se relaciona y de los que depende. Por ejemplo, un mayor estado de bienestar, acompañado de cambios legales, hizo que se incrementara de forma significativa el número de separaciones y divorcios en España, y también en Canarias. Ahora, con la crisis económica actual, el número de separaciones y divorcios ha decaído. Ello no significa que en la actualidad las parejas se lleven mejor. Tan sólo, que los hogares familiares se ven envueltos en otros problemas más acuciantes que el desencanto por la pareja, como podría ser el hecho de no tener solvencia económica para afrontar los gastos que supone la vida por separado. Parece como si de nuevo el compromiso y el beneficio económico subyacente a la relación matrimonial, volvieran a ganar relevancia frente al bienestar afectivo y emocional.

De cualquier modo, que se hayan reducido las separaciones o divorcios, no quiere decir que actualmente no sigan siendo altamente numerosos, y que cada vez encontremos a nuestro alrededor más estructuras como las monoparentales por ruptura y

nuevos núcleos reconstituidos, entre otras. Ello está generando que el modelo de familia nuclear clásico (una pareja casada de distinto sexo, que tiene algún hijo, residiendo todos en un mismo hogar) no sea tan exclusivo como antes, ya que, junto con el auge de estructuras alternativas, hace que se esté imponiendo cada vez más un modelo de diversidad familiar.

Esta realidad podría llevarnos a pensar que la sociedad, en general, se adapta rápidamente a los cambios acontecidos, lo que les llevaría a integrar las distintas modalidades familiares existentes en su concepto mental de familia, y a mostrar actitudes más positivas hacia ellas. No obstante, no se puede obviar que el modelo tradicional sigue siendo altamente representativo en la sociedad española, tanto por su presencia real en el conjunto de la sociedad (v.g., sigue siendo aún hoy predominante en las estructuras que engloban hijos), como en la mente de muchos españoles. Este hecho puede hacer que muchas personas, especialmente las que crecieron con este modelo como principal referente, no vean con buenos ojos otros tipos de familia, atribuyendo deficiencias o problemas relevantes en las dinámicas que las caracterizan, especialmente en aquéllas que más se alejan del modelo tradicional. Por ejemplo, formas familiares que resultaban inverosímiles hace treinta o cuarenta años, ahora son cada vez más habituales, y esta cotidianidad ha ido acompañada de una percepción más favorable de ellas, como es el caso de las parejas de hecho. La principal diferencia que sostiene este modelo con el tradicional es que se produce la convivencia sin la necesidad de algún tipo de compromiso matrimonial. Por el contrario, otras estructuras son menos comunes y han sido reconocidas más recientemente, como es el caso de los matrimonios entre homosexuales y las familias homoparentales, y reciben una menor aceptación en la actualidad, entre otras razones, porque no cumplen un criterio esencial para parte de la sociedad actual, como es la condición de heterosexualidad en los miembros adultos.

Así, la diversidad de formas familiares conlleva a su vez cierta dificultad a la hora de definir el concepto de "familia" ya que, tal y como señalan Musitu y Cava (2001), lograr una definición de la familia se hace más difícil cuanto mejor se conocen las variaciones históricas y culturales de la sociedad, así como las formas familiares alternativas que van surgiendo y que conviven con las más tradicionales. En este sentido, podríamos preguntarnos si ha cambiado mucho el concepto de familia en la sociedad actual, y si se sostiene un concepto más flexible que dé entrada, dentro de dicho concepto, a la diversidad de modelos existentes. Algunos parecen indicar que el cambio conceptual es más lento de lo que pensamos, porque cuando se pregunta a

diferentes generaciones quiénes forman una familia, el modelo más inmediato y robusto que aparece sigue siendo el de la familia nuclear tradicional, aunque empiezan a despuntar también algunas estructuras alternativas (Hernández y Triana, 2002; Simón, 2000; Triana y Simón, 1994).

Pues bien, el cambio conceptual requiere un mayor conocimiento no sólo de las distintos tipos de familia que pueden coexistir, sino también de los rasgos y las dinámicas que las caracteriza. Además, una mayor aceptación de las mismas implicaría atribuirles rasgos más positivos que negativos, o de lo contrario, se las vería en inferioridad de condiciones frente a las segundas. Es decir, su estructura puede ser distinta, pero su dinámica debe suponer la puesta en marcha de las funciones principales en lo que se refiere a fomentar el desarrollo y la adaptación no sólo de los menores sino también de los mayores. Además de ello, también deben contar con el apoyo o aceptación social, ya que las personas no sólo crecen dentro de la familia, sino también dentro de un entorno social más amplio.

En este sentido, una posible forma de analizar el cambio social y su reflejo en la mente de la sociedad sería intentando analizar cómo construyen las nuevas generaciones la separación o el divorcio, y la dinámica que se establece posteriormente en esos hogares. Conocer sus creencias puede informarnos sobre la forma que tienen de entender dicha realidad y las actitudes hacia la transición que ello supone. Además, las creencias repercuten también en la interpretación y en la forma de actuar de los que viven de manera directa o indirecta dicha realidad.

Por todo ello, uno de los objetivos principales del trabajo que aquí se presenta ha sido explorar las creencias de cuatro generaciones que han crecido tras el establecimiento de la Ley del Divorcio, para tratar de conocer cómo interpretan dicho tránsito, centrando el análisis en el estudio de los cambios y efectos a los que se enfrentan sus principales miembros. Ello nos permite analizar el grado de conocimiento que tienen sobre dicha realidad, y además, conocer si sostienen una visión más positiva que negativa, o al revés, una apreciación más negativa que positiva sobre la misma.

Lo novedoso en esta Tesis doctoral reside en el análisis del carácter evolutivo de la construcción del conocimiento sobre la realidad de la ruptura familiar, mediante un diseño de estudio transversal. Ello permite analizar si la *capacidad cognitiva* de las personas imprime limitaciones en la construcción de dicho conocimiento, generando productos distintos en diferentes generaciones. Pero a su vez, se pretendía explorar si la *Experiencia personal* sobre la realidad que se explora, también imprime efectos en el

producto construido. Además de estas dos variables que centran el principal interés de los análisis, también se añadió la exploración de otras como el *Sexo* del participante o el *Nivel educativo familiar*, con el fin de estudiar si también ellas ejercen alguna influencia en la construcción de dicho conocimiento.

Otro aspecto a destacar de este trabajo de investigación es que se pretendían estudiar las creencias sobre los efectos de la separación/divorcio en los hijos en su doble versión, esto es, como representación explícita y como representación implícita, para conocer posteriormente el grado de concordancia o disociación entre ambas modalidades.

Así mismo, y partiendo de un grupo de participantes pertenecientes a familias separadas, se analizó cuáles han sido las principales experiencias a las que se han visto expuestos tras la ruptura familiar, y si dichas experiencias, así como el grado en el que consideran que les han afectado, influyen en la información que engloban en sus creencias explícitas e implícitas. Ello permite ahondar en el estudio de las fuentes de las que se deriva la información para la construcción de dichas creencias.

Pues bien, aunque ya se han discutido previamente, y de forma más pormenorizada en los distintos apartados, los resultados obtenidos según los objetivos propuestos en esta tesis doctoral, ahora se realizará una valoración más global de los mismos. Así, se puede decir que, respecto a la *Creencia Explícita*, los datos muestran que no existe un consenso general sobre los efectos del divorcio en los miembros de la familia, ya que tan sólo escasos efectos alcanzan promedios de citación superiores al cincuenta por ciento, y lo hacen tan sólo en determinados grupos de edad. Comentar también que el producto construido se ve ampliamente determinado por la capacidad cognitiva característica de las distintas etapas del desarrollo humano. En este sentido, se observa que los preescolares (actualmente niños de educación infantil) tienen limitaciones para construir la realidad que supone el divorcio y los numerosos cambios a los que se enfrentan los miembros de la familia que se rompe, ya que es el grupo de edad que presenta un mayor número de respuestas no sé e idiosincrásicas, o simplemente, no contestan. Este resultado se ha puesto de manifiesto en los diferentes contenidos explorados (en los cambios o efectos positivos y negativos de los distintos miembros de la familia estudiados), con una importante excepción, que es el hecho de que un porcentaje nada despreciable de estos menores opina que el divorcio o la separación produce sufrimiento en los hijos y en los miembros adultos que se separan, llevándoles a padecer problemas emocionales.

El desarrollo cognitivo característico de la etapa escolar permite a los sujetos mostrar un cierto avance en la construcción de esta información, reduciéndose el número de respuestas no sé e idiosincrásicas, e incrementándose de forma significativa el efecto de sufrir problemas emocionales, siendo este grupo de edad quien más cita este efecto frente al resto, así como el no encontrar ningún efecto positivo para los hijos. También los escolares destacan frente a los demás grupos de edad el hecho de que los progenitores no llegan a aceptar la ruptura, como efecto negativo, o que inician una nueva relación afectiva, como efecto positivo.

La adolescencia, con el despliegue del pensamiento formal, supone un momento crucial para el avance del conocimiento, que posteriormente sufrirá un nuevo impulso, ganando en complejidad, abstracción, perspectivismo y mayor consenso en la juventud. Así, adolescentes y jóvenes (especialmente estos últimos) no sólo resaltan de forma más significativa la *mejora emocional* para todos los que viven la experiencia de la ruptura familiar, sino que también enuncian en mayor grado cambios como la mayor *independencia y libertad* que consiguen los progenitores, o los *cambios en las relaciones* de éstos con los hijos (v.g., *mayor contacto y fortalecimiento en el caso del custodio*, y *reducción del contacto y de la calidad de la relación con respecto al no custodio*). También con la edad empiezan a ser más patente los cambios en los roles parentales, destacando que el custodio gana en *estrés y responsabilidades*, mientras que se da el efecto contrario para el no custodio.

Comentar también que los adolescentes destacan, frente a los demás grupos, el *mayor contacto del custodio con sus hijos*, que no hay *ningún efecto positivo* en los progenitores no custodios, o que *los hijos consiguen más cosas de sus padres*. Por su parte, los jóvenes incorporan nuevos efectos como las *dificultades económicas*; el que el progenitor no custodio tenga que *cambiar de domicilio y de rutinas*; que se tengan que *enfrentar a nuevos problemas o conflictos*; o la *mejora del clima del hogar*, los *cambios de carácter y de comportamiento*, así como la *mayor madurez e independencia* como cambios específicos en los hijos. Ello es un reflejo de su mayor capacidad para conocer e interpretar la ruptura familiar desde una óptica más compleja.

De cualquier modo, la capacidad cognitiva no es el único factor que afecta en la construcción de las creencias exploradas. También la experiencia que tiene la persona sobre la realidad que construye va a contribuir, aunque el peso de esta variable se ha mostrado bastante inferior frente al Grupo de edad, respecto al análisis de la creencia explícita. Las restantes variables exploradas tampoco parecen contribuir de forma

significativa en la elaboración de las creencias explícitas. Así, la gran mayoría de los efectos que han salido significativos lo han hecho a modo de tendencias. No obstante, hay que señalar que algunas de esas tendencias se repiten en los distintos contenidos evaluados, y también en los dos estudios realizados respecto al análisis de las creencias explícitas (y en algún caso, incluso, alcanzan mayor grado de significación en uno de ellos), lo que indica que no son meros productos del azar. Por ello merece la pena que sean comentados.

Así, por ejemplo, y en general, las respuestas *no sé* o las *idiosincrásicas* parecen ser más comunes en los participantes de menor edad, sin experiencia de ruptura familiar, y que pertenecen a familias de nivel educativo medio-bajo. Ello indica un mayor desconocimiento o una menor elaboración en este grupo de edad. Por su parte, las chicas, especialmente las de mayor edad, tienden a mostrar una creencia algo más compleja frente a los chicos al citar, en mayor porcentaje, efectos como que los hijos *ganan en madurez* o que desarrollan una *mejor relación con el custodio*; que *los progenitores inician una nueva relación afectiva*; o que el *progenitor no custodio debe cambiar de hábitos y de rutinas*.

A pesar de las tendencias observadas, los resultados llevan a pensar que las creencias explícitas de los participantes responden más bien a un consenso social que apenas se deja afectar por variables más personales (ni siquiera por el conflicto actual percibido por los participantes que han vivido la experiencia de ruptura familiar), salvo por la capacidad cognitiva, ya que ésta limita lo que la persona es capaz de atender y construir. Este hecho se aprecia por la falta de relación encontrada entre las experiencias vividas por quienes proceden de familias separadas/divorciadas (o entre el grado de afectación percibida) y sus creencias explícitas.

Además de ello, una segunda característica observada es que las creencias explícitas sobre los efectos de la separación o el divorcio muestran una información escasamente elaborada, porque aglutinan pocos efectos y cambios que, incluso en el caso de los jóvenes, no son compartidos de manera mayoritaria. Concretamente, los efectos que reciben un mayor porcentaje de citación son el hecho de *sufrir mayor estrés y responsabilidades* en el custodio, comentado más por los jóvenes, y el *sufrir problemas emocionales* en los hijos, más citado por los escolares, enunciados por algo más del sesenta por ciento de los participantes de esos respectivos grupos de edad. También en el segundo estudio destaca este último efecto respecto a los hijos, así como

la *mejora del clima familiar.* Otro efecto que destaca, aunque con un porcentaje menor, es la *reducción del contacto entre el progenitor no custodio y sus hijos*.

Una tercera característica que merece mención es que se ha observado, en los dos estudios, que las creencias explícitas de los participantes muestran una visión más negativa que positiva en todos los contenidos explorados, ya que recogen un mayor número de cambios negativos frente a los positivos, y cuando un mismo efecto o cambio aparece en ambas versiones, el porcentaje de participantes que lo citan como cambio negativo suele ser superior a los que lo citan como positivo. Este resultado ha quedado plasmado en los dos estudios realizados, cuando se exploran las creencias explícitas. Comentar, no obstante, que la visión más negativa hace referencia a los efectos y cambios que sufren los hijos, seguido de los progenitores no custodios. Por el contrario, la visión más positiva recae sobre los efectos que sufren los progenitores custodios. En lo que se refiere a los efectos en los hijos, este resultado vuelve a corroborar la idea de que la experiencia personal tiene poco que ver con la creencia explícita de los participantes, ya que en el estudio de las experiencias reales vividas por ellos, y en el del grado de afectación de las mismas, los efectos y cambios que reciben mayores puntuaciones corresponden principalmente a aspectos positivos, destacando tan sólo dentro de los negativos *la reducción del contacto con el progenitor no custodio*.

No obstante, aunque poca, alguna influencia debe ejercer la experiencia personal, ya que se observa una visión algo más positiva en los participantes que tienen experiencia en ruptura familiar (v.g., citan más que *los custodios se sienten mejor emocionalmente* o que *ganan en libertad e independencia*), y algo más negativa quienes no tienen dicha experiencia (v.g., atribuyen un *mayor grado de estrés y de responsabilidades al progenitor custodio*; mayor *presencia de problemas emocionales en todos los miembros*, la aparición de *nuevos conflictos en relación con los progenitores*; *menor contacto de los hijos con el progenitor no custodio*; más *dificultades para aceptar la ruptura en los hijos*; etc.). Si se atiende a la experiencia real comentada por los participantes de familias separadas/divorciadas, y al grado de conflicto percibido por la gran mayoría de ellos al inicio y en la actualidad, realmente sus experiencias son más benévolas que las que reflejan los que no tienen experiencia, y ello puede estar influyendo en las diferencias encontradas respecto a las creencias de los que sí tienen dicha experiencia.

Si comparamos estos resultados con los obtenidos en el estudio de las creencias implícitas, referidos específicamente al análisis de los efectos de la ruptura familiar sobre los hijos, se puede afirmar que los participantes reflejan una mayor complejidad de contenidos en dicha representación que lo observado en la creencia explícita. Ello es así ya que la información está vinculada a la multiplicidad de experiencias sobre el tema que puede haber ido recopilando la persona a lo largo de su vida. Además, la extracción de información se ve facilitada mediante una tarea de reconocimiento como la presentada en el estudio, frente a la elaboración verbal que exige la entrevista. Así, los participantes reconocen numerosos efectos, positivos y negativos, referidos tanto al desarrollo personal como a las relaciones que se dan dentro de los diferentes subsistemas. Destacan, por ejemplo, la adquisición de *mayor madurez*, *independencia* y *experiencia sobre el divorcio en los hijos* o la *mejora en las relaciones con el custodio* y *entre los hermanos*, como aspectos positivos; o el surgimiento de *numerosos problemas en los hijos* (v.g., emocionales, de comportamiento, de adaptación a los cambios), así como la *pérdida de contacto con el progenitor no custodio*, entre otros. Muchos de estos cambios y efectos han sido a su vez citados como los más frecuentes, y de mayor impacto, dentro de los vividos por los participantes que tienen experiencia de ruptura familiar. Sin embargo, el haber pasado o no por dicha experiencia, va a ejercer efectos sobre la creencia implícita.

Así, cuando se entra en el análisis del posible influjo de determinadas variables sobre la *Creencia Implícita*, se observa que la experiencia personal de ruptura familiar es la que mayores efectos produce, con gran diferencia respecto a las restantes variables estudiadas. También en este caso se observan algunos resultados de mayor significación y otros muchos a modo de tendencias. Concretamente, y de forma general, se aprecia que los participantes sin experiencia en ruptura familiar atribuyen mayor presencia de numerosos efectos en la vida de los hijos, tanto negativos como positivos, pero especialmente con referencia a los primeros (v.g., *culpabilidad por la separación*, tener que *enfrentarse a nuevos problemas*, *adquisición de nuevos vicios*, entre otros). Sin embargo, determinados aspectos positivos (v.g., la *aceptación de la separación o de los nuevos miembros en los casos de reconstitución familiar*, y el *volverse más maduros*) o aspectos como las dificultades económicas, son atribuidos en mayor grado por los participantes pertenecientes a familias separadas/divorciadas. Parece entonces como si la experiencia personal sobre dicha realidad permitiera dar mayor representatividad a determinados efectos y cambios menos visibles para quienes no han vivido dicha

experiencia, y además, posibilita sostener una creencia menos sesgada negativamente respecto a numerosos cambios, que en la realidad, no son tan significativos, si atendemos a los datos aportados por la literatura, y por la experiencia real reflejada por los participantes del presente estudio. Recordar al respecto que, para la mayoría de los participantes, el nivel de conflicto inicial era moderado, y el actual bajo. Es decir, hay que resaltar la heterogeneidad de experiencias vividas por los participantes, y la forma de percibirlas, hecho que queda reflejado en el estudio, ya que tan sólo un pequeño porcentaje de los que han vivido la ruptura familiar se siguen enfrentando en la actualidad a altos niveles de conflicto, y por tanto, a numerosos efectos negativos. También podría ocurrir que, vivir la experiencia de ruptura y sus consecuencias, pueda promover una mayor reflexión sobre dicha realidad, relativizando los mitos compartidos socialmente.

No es extraño encontrar, por tanto, que vivir un cambio o efecto de una manera determinada, se transfiera a la creencia implícita personal, tal y como reflejan las correlaciones obtenidas al explorarlo. Además, la heterogeneidad de experiencias vividas por los participantes, para cada efecto estudiado, puede propiciar promedios más bajos respecto a la frecuencia de ocurrencia atribuida a los mismos. Por el contrario, quienes no tienen experiencia de ruptura familiar, otorgarán mayor representatividad a la mayoría de los efectos, e incluso pueden guiarse más por ejemplos que les resulten más llamativos y que vienen vinculados a un sesgo más negativo hacia el divorcio. Pero quienes hayan vivido la ruptura, se dejarán influir por más por su experiencia personal. De cualquier modo, y atendiendo a la relación positiva encontrada entre las experiencias reales vividas por quienes se han enfrentado a una ruptura familiar (o también en el grado de afectación percibida), y la frecuencia de ocurrencia atribuida a dichos cambios y efectos en la creencia implícita, se entiende que aquéllos que se enfrentan a altos niveles de conflicto en la actualidad, también atribuyan una mayor presencia a determinados efectos (v.g., *sufrir problemas emocionales o de carácter y comportamiento*), o incluso, que sean éstos quienes más atribuyan algunos efectos difícilmente reconocibles por quienes desconocen que puedan ocurrir (v.g., *enfrentarse a nuevos problemas, sentirse confusos con las decisiones de los jueces, el mayor rechazo al matrimonio*, etc.).

Otros factores también pueden contribuir a la relación entre la experiencia personal y la creencia implícita. Por ejemplo, el haber experimentado o no una situación de *Reconstitución familiar*. En este sentido, los participantes de familias reconstituidas

que tenían más de diez años cuando se rompió la estructura familiar citan más, como experiencia personal, *el pasar más tiempo solo* o *ganar en independencia* (especialmente si son jóvenes) o también *observar mayor autoritarismo* en alguno de sus progenitores (especialmente si son adolescentes). También, el haber experimentado la reconstitución familiar se relaciona con citar más los *problemas de carácter y de comportamiento* o la *sensación de que se les quiere menos* (especialmente en el caso de las chicas). Ello puede ser un reflejo de su experiencia personal, tal y como señala la literatura, que afirma que las chicas se adaptan peor a la reconstitución familiar frente a los chicos, especialmente en el trato con las madrastras (Castells, 2004; Dowling y Gorell, 2008). En definitiva, parece que determinadas experiencias dejan una mayor huella en la creencia implícita de quienes las viven.

De este modo, son múltiples las variables que pueden estar interviniendo (v.g., que tengan o no Experiencia de ruptura familiar, el Grado de conflicto percibido o que se hayan enfrentado o no a la Reconstitución familiar en los casos que se dé la condición anterior, el Grupo de edad de referencia, el Sexo, el Nivel educativo familiar, etc.), tanto en lo que se refiere a las experiencias a las que se exponen las personas, como al reflejo de las mismas en las representaciones implícitas que elaboran. En este sentido, recordar, una vez más que el *Grupo de edad*, por sí mismo, no influye en los resultados obtenidos, sino la capacidad cognitiva que limita lo que es capaz de comprender en cada etapa, o también, las tareas evolutivas que persigue la persona en ese momento de su desarrollo. De este modo, no es extraño que determinadas experiencias no sólo estén más presentes en la vida de los participantes por la etapa en la que se encuentra, sino también, que se hagan más presentes en sus propias creencias. Por poner algún ejemplo dentro de los efectos encontrados, el *tener menos contacto con el progenitor no custodio*, el *pasar mayor tiempo solo*, la *adquisición de nuevos vicios* o el *hacerse más maduros*, son cambios más destacados por los jóvenes. Por el contrario, el *percibir mayor autoritarismo en los padres* lo señalan más los adolescentes, quienes suelen mostrar más inquietud por alcanzar mayores niveles de libertad.

Se pasará ahora a analizar brevemente los resultados de explorar la posible similitud entre las *Creencias Implícitas* y las *Creencias Explícitas* de los participantes. Tal como señalaba Karmiloff-Smith (1992), es a partir de la preadolescencia cuando se empieza a observar la capacidad de transferencia del conocimiento implícito al explícito. Ello no quiere decir que se produzca una total aproximación entre ambos tipos de creencia, ya que, tal y como hemos podido comprobar, el producto final en cada caso

varía tanto en cuanto a la complejidad cualitativa como cuantitativa de los efectos o cambios que engloban. También la información recopilada puede tener diferente origen, ya que la creencia implícita se nutre principalmente de la recopilación de experiencias recabadas en las múltiples interacciones que establece la persona con el mundo social, y la creencia explícita a partir de elaboraciones verbales en intercambios más o menos formales. Este hecho va a repercutir en los tipos de disociación y de concordancia mayoritarios que se observen.

Así, y del mismo modo que lo observado por Simón (2000) con referencia al estudio del concepto de familia, también en este caso se observa una mayor *Disociación a favor de la creencia implícita*. Esto implica que la representación implícita recoge mayor variedad de efectos y cambios que no son contemplados en la creencia explícita, como es el caso del *incremento del apoyo entre los hermanos*, tan significativo a nivel implícito, y que no aparece a nivel explícito. Por el contrario, la *Disociación a favor de la representación explícita* es prácticamente inexistente. Estos resultados reflejan claramente una mayor complejidad en dicha construcción en el formato implícito, ya que la información recogida en la creencia explícita se engloba prácticamente en el formato implícito (salvo casos más bien excepcionales).

Por otra parte, comentar que los porcentajes de *Concordancia respecto a la presencia de cada efecto o cambio* en ambos tipos de representaciones son más bien bajos, y los de *Concordancia referidos a la ausencia de cada efecto o cambio* en ambos tipos de representación, más bien moderados. Señalar que los efectos o cambios que obtienen mayores valores de concordancia en ausencia del efecto suelen ser aquéllos que se dan con baja frecuencia en la vida real.

Pues bien, un dato a destacar en relación con el tema es el efecto de la variable *Experiencia de ruptura familiar* sobre los grados de concordancia y disociación encontrados. Así, se ha observado que, en un porcentaje amplio de los efectos y cambios explorados, los participantes sin experiencia de ruptura familiar les atribuyen una mayor disociación a favor de la creencia implícita, frente a los que sí tienen experiencia (v.g., *se sienten molestos con los jueces, se unen mucho al progenitor custodio, pasan más tiempo solos*). Por el contrario, los participantes con experiencia de ruptura familiar son quienes suelen atribuir una mayor concordancia en ausencia del efecto, respecto a una pluralidad de cambios explorados (v.g., *se aferran a los estudios, se aíslan de sus compañeros, tienen mejor economía*). En cuanto a los porcentajes de concordancia en presencia del efecto decir que son más bien bajos, y dentro de los más

significativos, no parece que se vean afectados por la experiencia personal de ruptura familiar. Ello puede deberse a que suelen corresponder a algunos efectos y cambios que suelen ser frecuentes, y además, altamente considerados por parte de los participantes al relacionarse con el estereotipo socialmente compartido.

Valorando estos resultados en su conjunto se podría decir que la *Experiencia personal de ruptura familiar* guía la construcción de la representación mental ofrecida por los participantes, y más especialmente en lo que se refiere a la creencia implícita. Así, el vivir determinadas experiencias en situaciones de ruptura familiar, hace que dichas experiencias (y el grado en cómo les afecten) se hagan más significativas para la persona, frente a las experiencias de terceros, llevándoles a flexibilizar la relevancia de determinados cambios, cuando ellos no los han vivido de forma intensa; o a ignorar determinados cambios o efectos, porque a ellos no les han ocurrido. También puede ocurrir que se incorporen a nivel implícito algunas experiencias poco comunes, y que por su escasa frecuencia, sean menos visibles a nivel social y no aparezcan entonces a nivel explícito.

Por el contrario, no haber tenido la experiencia de ruptura familiar puede llevar a las personas a sostener una visión más rígida sobre la presencia de determinados efectos o cambios, sin atender a la gran heterogeneidad que suele caracterizar a las distintas situaciones de ruptura. La falta de experiencia también puede conllevar que las personas no sean conscientes de que, en la mayoría de los casos, muchos efectos negativos no son duraderos, o tan siquiera, no existen en muchas situaciones en los que la ruptura no conlleva altos niveles de conflicto, tal como se aprecia en los datos que aporta el análisis de lo que suele acontecer en la realidad. Eso lleva a que los participantes sin experiencia puedan ofrecer una visión más negativa sobre los efectos del divorcio en los hijos, o a atribuir una mayor frecuencia real a los mismos.

Comentar al respecto que, con referencia a los resultados obtenidos en el segundo estudio, la muestra participante con experiencia de ruptura familiar guarda bastantes semejanzas respecto a algunos rasgos relevantes de la situación familiar post-separación encontrados en la población nacional, o en la literatura manejada sobre el tema. Dicha concordancia se observa en aspectos tales como la distribución según *el tipo de custodia* (adscrita mayoritariamente a la madre); la mayor rapidez y el mayor porcentaje de reconstituciones y de convivencia con una nueva pareja en el caso de los padres varones; el mayor contacto con la madre y el por el contrario, la reducción del contacto con el padre; o la existencia de un porcentaje considerable de participantes con

bajo nivel de conflicto actual, favorecido entre otros aspectos por el hecho de haber pasado, en la gran mayoría de los casos, más de dos años desde que se produjo la ruptura, frente a un menor porcentaje de participantes que aún hoy se enfrentan a niveles moderados y altos de conflicto. El nivel moderado de conflicto se explica, en parte, por relacionarse positivamente con el hecho de ser rupturas más recientes, mientras que el nivel alto responde más a la propia idiosincrasia de determinadas rupturas, que más que resolver situaciones complicadas, promueven nuevos e importantes problemas. De cualquier forma, las similitudes observadas sirven para dar mayor validez a los datos encontrados, a la hora de poder generalizar los resultados obtenidos a otras muestras nacionales más amplias. No obstante, ello no quiere decir que no pueda existir también cierta heterogeneidad respecto a otras experiencias (v.g., el nivel económico, el tipo de relación con los progenitores…) que pueden afectar también a sus representaciones mentales.

Pues bien, como se comentó en el capítulo cuarto de esta tesis, han surgido múltiples teorías y enfoques que han intentado explicar el origen y el desarrollo del conocimiento social (v.g., la Epistemología Genética de Piaget, el enfoque Socio-histórico de Vygotski, el modelo basado en Dominios de Conocimiento, el enfoque de la Cognición Social, entre otros). El trabajo que aquí presentamos se enmarca principalmente en este último enfoque, por considerar que el resto de los modelos ofrecen postulados interesantes pero algo parciales. Así, el enfoque de la Cognición Social permite considerar la importancia del medio cultural y social como fuente de la información que hay que elaborar, y a la vez, reconocer la relevancia del propio sujeto como constructor de dicha información, imponiendo restricciones en función de factores como su capacidad cognitiva, o incluso, derivados de los rasgos de su personalidad. Ello permite aunar ambos factores, externos e internos, como promotores de la evolución del conocimiento social (Rodrigo, 1994). De este modo, desde este enfoque se asume que siempre que exista interacción entre el ser humano y el medio que le proporcione la experiencia sobre un determinado dominio de conocimiento, se producirá un claro desarrollo de su conocimiento, llevándoles así a generar teorías sobre el mundo físico y social.

Diversos autores señalan, además, que en ese proceso de construcción se avanza paulatinamente hacia grados de mayor complejidad en la información que se elabora, tanto a nivel cualitativo como cuantitativo (Karmiloff-Smith, 1992; Simón, 2000). Este hecho ha quedado claramente plasmado en los resultados obtenidos en el presente

trabajo de investigación, así como en otros referidos a otros conceptos sociales (Barrett, 2005; Cauffman y Steinberg, 2000; Delval, 1997; Hernández et al., 2005; Rodríguez y Triana, 2009; Simón, 2000; Thompson y Siegler, 2000; Webley, 2005; entre otros).

De este modo, con la edad se gana en capacidad cognitiva y experiencia, permitiendo comprender una misma realidad desde nuevos puntos de vista, o simplemente, desde una visión más amplia. Por ejemplo, y en nuestro caso, con el desarrollo cognitivo se gana en perspectivismo, y ello permite a los participantes de mayor edad tener un conocimiento más exhaustivo sobre los efectos y cambios a los que se enfrentan los distintos miembros del núcleo que se rompe. Pero además, se gana en la posibilidad de adquirir un conocimiento más amplio que permite a su vez reconocer la complejidad del mundo social, como es el caso de la familia y sus transiciones, pudiendo apresar información sobre cómo se ven afectados los distintos subsistemas que componen la familia, sobre cómo se alteran las relaciones con otros entornos sociales, o cómo sufren cambios algunos factores que están claramente relacionados con la dinámica familiar. Del mismo modo, con el desarrollo cognitivo también se atiende a nuevos aspectos que, por su grado abstracción, difícilmente son percibidos por los grupos de participantes de menor edad (v.g., ganar en madurez, entender que los jueces tomen decisiones sobre sus vidas, la aceptación del divorcio, etc.).

Pero no sólo el desarrollo cognitivo impone diferencias. También lo hace la experiencia personal sobre la realidad que hay que elaborar. En esta investigación se observó que el tener o no experiencia de ruptura familiar, tiene repercusión en la creencia elaborada por el participante. Algunos autores también han encontrado este aspecto en sus estudios sobre otros contenidos sociales (Bonn et al., 1999; Daiton, 1993; Fried y Repucci, 2001; Pickhardt, 1997; Rodríguez y Triana, 2009; Triana et al., 2003).
De este modo, los resultados obtenidos en la presente tesis señalan la complejidad de factores que intervienen en la construcción del conocimiento social. Así, y tal y como señala Cantón y Justicia (2000), la respuesta de los hijos ante la ruptura parental es fruto de las interacciones que se dan entre las características de éstos y las distintas vivencias que experimentan, y consideramos que ello influirá, a su vez, en las creencias que elaboran al respecto. Hay que tener en cuenta, además, que los distintos factores se plasman con gran heterogeneidad en las distintas personas, lo que puede dar lugar a la pluralidad de puntos de vista encontrados en el estudio, y a la falta de robustez a la hora de señalar los distintos efectos, especialmente en el caso de los que se han enfrentado a la ruptura familiar.

Pero siguiendo también con algunos postulados recogidos en el modelo de la Cognición Social, algunos autores señalan que el conocimiento social se elabora en dos posibles formatos, como representación implícita (no consciente y organizada en un formato principalmente analógico) y como representación explícita (consciente y organizada en un formato semántico). Por ello, se espera que la creencia implícita sea más compleja que la creencia explícita, tal como hemos apreciado en este trabajo de investigación. Este hecho también se ha observado en otros trabajos relativos a otros contenidos sociales (Kosslyn y Kagan, 1981; Simón et al., 2001). Además, se asume que la representación implícita es la que se desarrolla a edades tempranas, y la explícita a edades más tardías, y que se produce cierto grado de confluencia entre ambas a partir de la pre-adolescencia, independientemente del dominio del conocimiento a evaluar (Barrett y Buchanan-Barrow, 2005; Karmiloff-Smith, 1992; Kosslyn y Kagan, 1981; Rodrigo et al., 2002).

En este trabajo no se ha evaluado la representación implícita a edades tempranas, pero sí se ha corroborado dicha transferencia a partir de la pre-adolescencia entre los dos tipos de representaciones, al igual que lo observado por Simón et al. (2001) en su investigación sobre el concepto de familia. No obstante, una aportación relevante de los datos recabados en esta tesis es verificar que la transferencia no sólo depende de una mayor capacidad cognitiva para ser más consciente de los contenidos que se han ido recopilando a lo largo de la vida de manera implícita, y llegar a verbalizarlos, sino que también depende del tipo de experiencia que se tenga sobre dicha realidad, ya que ello va a afectar a lo que se transfiere y a cómo se transfiere.

Pues bien, y para terminar esta discusión, y antes de presentar las conclusiones derivadas de los trabajos que aglutina esta tesis, se comentarán algunas limitaciones y aspectos que se pueden mejorar de cara a futuras investigaciones.

En primer lugar, coincidimos con la afirmación de González (2009) de que son numerosos los sesgos que se pueden cometer a la hora de llevar a cabo una investigación. Por ejemplo, en la determinación de las variables independientes o las covariables a utilizar en el estudio. Es posible que se haya dejado en el tintero alguna relevante, o que incluso, que alguna otra no sea del todo conveniente por la falta de objetividad y precisión que la caracterice, como por ejemplo, el grado de conflicto percibido, especialmente al inicio de la ruptura, teniendo en cuenta el tiempo que ha podido pasar, o la capacidad de recuerdo y comprensión de los participantes. Por ello no se ha contemplado de forma significativa en el trabajo. E incluso, el grado de conflicto

percibido en la actualidad. Pero consideramos que la interpretación subjetiva de la persona, influye bastante en cómo vive una determinada realidad y en cómo la enfrenta.

También citar los posibles sesgos asociados a los métodos e instrumentos utilizados para la recogida de información tanto explícita como implícita (Dasgupta, 2010; Shanks, 2005). No obstante, y en lo que se refiere al caso de la entrevista, se realizó un importante esfuerzo por desarrollar un buen entrenamiento para la recogida de la información así como para el análisis de los datos, pueden paliar en parte los sesgos que se llegaran a cometer.

También el hecho de realizar un estudio transversal conlleva sesgos respecto al grado de homogeneidad entre los distintos grupos evaluados, pero la alternativa de un estudio longitudinal tampoco evita cometer otro tipo de sesgos, como sería la generalización de los resultados obtenidos. Así mismo, la utilización de otros diseños más complejos incrementaría significativamente los requerimientos de tiempo o economía para realizar el estudio. Así que se optó por el estudio transversal, aún reconociendo las limitaciones que ello impone.

Por otra parte, destacar los numerosos efectos que salen significativos a modo de tendencias cuando se estudia el posible influjo de las distintas variables independientes sobre los efectos y cambios explorados. En lo que se refiere especialmente a la representación implícita, esto puede deberse a la heterogeneidad de experiencias vividas por los participantes, así como los efectos de corte más personal, anteriormente comentados, que hace que se diluya, en cierto modo, la representatividad de determinados cambios o efectos evaluados. En relación con la representación explícita, puede ser efecto del mayor influjo del consenso social. Aún así, no se pueden obviar los resultados que han alcanzado mayores pesos de significación, así como las tendencias que se reiteran en las distintas recogidas realizadas, muchas de las cuales guardan relación con las experiencias señaladas en la literatura científica sobre el tema que se explora, o los resultados obtenidos al respecto en el estudio sobre la experiencia real vivida por los hijos.

De cualquier modo, análisis más pormenorizados que se realicen en el futuro, pueden dar mayor luz a algunos de los objetivos perseguidos en esta tesis. Por ejemplo, sería conveniente explorar puntualmente algunos aspectos para comprobar cómo quedan reflejados en las creencias de los participantes (v.g., el grado de contacto real que sostienen los hijos con el progenitor no custodio; la situación de reconstitución y el tipo de relación que se sostiene con las nuevas figuras que se incorporan, especialmente en

aquellas ocasiones que sabemos que dicha reconstitución viene acompañada de un alto nivel de conflicto familiar; el tipo de relación que sostienen los hijos con cada progenitor; el nivel económico actual en cada hogar; el tiempo desde que se produjo la ruptura cruzado con la edad del participante, para un mayor control de la capacidad de comprensión y del posible efecto del recuerdo; etc.). Contamos con algunos de los datos señalados para exploraciones futuras de la información recabada, pero otros tendrán que ser objeto de nuevas recogidas.

También sería conveniente realizar un estudio similar, pero con participantes que se encontraran dentro del periodo próximo a la ruptura, para ver cómo la cercanía y la intensidad de determinadas experiencias, repercuten en la construcción de sus creencias. Y a ser posible, sería interesante realizar un seguimiento posterior para comprobar si con el tiempo, se mantienen los mismos resultados, dependiendo del grado de conflicto que persista en esos momentos. Además de ello, consideramos necesario un nuevo estudio que compare muestras extremas respecto al grado de conflicto percibido, con un porcentaje de participantes mayor que el del presente estudio, especialmente en lo que se refiere al grupo de alto nivel de conflicto. Creemos que en dichas circunstancias los resultados que se obtengan serán más rotundos.

Además, sería interesante analizar el conocimiento implícito sobre los efectos del divorcio en los hijos, o en los distintos miembros de la familia, en muestras de menor edad, para ver cómo se va construyendo a edades anteriores a las exploradas en el presente trabajo.

En definitiva, creemos interesante seguir profundizando en el estudio de la construcción del conocimiento social, y en concreto, sobre la realidad de la ruptura familiar, ya que las interpretaciones o creencias de la población sobre tal evento, pueden tener importantes consecuencias sobre los niveles de adaptación personal y social de quienes viven dicha experiencia, repercutiendo en el modo en el que se enfrentan a dicho evento vital. Pero también es relevante estudiar las creencias de quienes no tienen la experiencia de ruptura familiar, ya que pueden afectar a la interpretación que hacen sobre dicha realidad, desarrollando claros prejuicios asociados a estereotipos sociales contra los que hay que luchar si queremos cambiar el punto de vista social sobre la diversidad familiar. En este sentido, habrá que seguir explorando ambos tipos de representaciones, y las limitaciones que cada una de ellas presenta de cara a facilitar su posible cambio (Rydell y McConnell, 2006).

Los resultados han dejado patente que los hijos de familias separadas se enfrentan tanto a efectos y cambios positivos como negativos, encontrándose una gran heterogeneidad de situaciones, por lo que no todos los hijos viven las mismas experiencias tras la ruptura de sus progenitores. Además, la mayoría de ellos comentan no enfrentarse en la actualidad a altos niveles de conflicto, y sin embargo, la visión de los efectos es más negativa que positiva. Sabemos que, inicialmente, es un evento doloroso y no existe una etapa evolutiva que garantice la ausencia de reacciones negativas en los hijos ante la separación de los padres, porque puede venir acompañado de nuevos problemas, y algunas reacciones de los hijos pueden aumentar o disminuir según la etapa en la que se encuentren en el momento de la ruptura (Davies y Cummings, 1994; Hetherington y Kelly, 2005).

En cualquiera de los casos, los hijos que se enfrentan a la ruptura familiar van a elaborar su situación personal, incorporándola en sus representaciones mentales. De esta manera, conocer qué contenidos aglutinan en las distintas etapas del desarrollo, así como entender cómo se elaboran y los factores que influyen en dichas representaciones, puede ayudar a comprender las relaciones que se dan entre la forma de pensar y el comportamiento de quienes viven la ruptura familiar. En este sentido, recomendar a los profesionales que trabajan en el campo de intervención con estas poblaciones, que utilicen pruebas de reconocimiento para poder conectar mejor con la creencia implícita de los sujetos, ya que se asocia más a su forma de entender esta realidad (y ésta a su conducta), así como a las experiencias reales a las que se enfrentan, ya que la creencia explícita está más sesgadas por el consenso social, y más especialmente en el caso de los niños.

No cabe duda de que la forma en la que los progenitores enfrentan la separación, va a ser determinante en la adaptación que muestren sus hijos, y las creencias que elaboren al respecto. De esa manera, si los padres evitan los conflictos y mantienen una adecuada comunicación entre ellos, y si logran desplegar adecuadas prácticas educativas con ellos y que éstas sean coherentes, es muy probable que, tras un periodo de tiempo, se alcance una adecuada adaptación de los hijos a la nueva condición familiar (Arch, 2003; Hetherington y Kelly, 2005). Ello podría ir dando muestras a la sociedad de que la ruptura familiar no es necesariamente un evento de riesgo para los hijos, y por tanto, produciría un cambio de creencias hacia posicionamientos más positivos sobre esta realidad, que se presenta cada vez más común en nuestro entorno.

De ahí la necesidad, como señala Bernal (2002), de una eficaz orientación por parte de los profesionales a los adultos que se separan, con el fin de mediar y facilitar el acuerdo entre la partes, en un clima menos tenso que ayude durante y tras la separación. También las múltiples propuestas de intervención dirigidos hacia los progenitores que se encuentran en el tránsito de la separación, se presentan como una buena herramienta para reducir los efectos negativos del divorcio sobre los hijos (Iriarte, Martínez-Pampliega, Sanz y Cosgaya , 2009; Triana y Rodrigo, 2010). Todos ellos ayudan a prevenir posibles riesgos al preparar a los padres sobre cómo intervenir con los hijos ante estas circunstancias, lo que favorece directamente su desarrollo y adaptación, y la visión que elaboren sobre la ruptura familiar.

De cualquier modo, se hace necesario seguir investigando de manera exhaustiva no sólo sobre los efectos que conlleva la ruptura parental en los hijos y los factores que la modulan, sino también, cómo construyen distintas generaciones esta realidad, para comprender posibles conexiones entre las creencias y la conducta de las personas, así como la realidad del cambio social.

Capítulo 12. Conclusiones

12. Conclusiones

Los resultados obtenidos en ese trabajo de investigación nos permiten resaltar las siguientes conclusiones, respondiendo a los diferentes objetivos (e hipótesis) de estudio inicialmente planteados:

1. Las creencias explícitas encontradas sobre los efectos del divorcio en los miembros de la familia suponen representaciones más bien escuetas, conformadas por un número escaso de efectos positivos y negativos, soportados de forma bastante dispar por los participantes del estudio.

2. Dentro de las creencias explícitas exploradas, se observa una mayor elaboración respecto a los efectos de la ruptura (tanto positivos como negativos) sobre los hijos, y también, sobre los efectos negativos en los progenitores no custodios.

3. Las creencias explícitas de los participantes muestran una visión más negativa que positiva en lo referente a los efectos de la ruptura familiar en los hijos, y también, aunque en menor grado, respecto al progenitor no custodio; y por el contrario, reflejan una visión algo más positiva que negativa en cuanto a los efectos sobre el progenitor custodio.

4. Los principales efectos positivos recogidos en las creencias explícitas de los participantes son: la mejora del clima familiar respecto a la adaptación de los hijos, la mejora emocional en ambos progenitores, el fortalecimiento de la relación entre el progenitor custodio y sus hijos, y la oportunidad del no custodio para rehacer su vida afectiva.

5. Los principales efectos negativos que engloban las creencias explícitas de los participantes son: los problemas emocionales en todos los miembros de la familia, el debilitamiento de la relación entre el progenitor no custodio y sus hijos, y que el progenitor custodio sufre mayor estrés y responsabilidades.

6. El *Grupo de edad* al que pertenece el sujeto (relacionado con la capacidad cognitiva del participante) se presenta como la variable de mayor influencia sobre las creencias explícitas acerca del divorcio y sus efectos en los hijos, seguida de la Experiencia personal de ruptura familiar, mientras que el resto de variables afectan de forma puntual.

7. Los grupos de menor edad (y en especial, los preescolares) muestran mayor dificultad para representar explícitamente los posibles efectos del divorcio, y es a partir de la pre-adolescencia cuando se accede a una visión más compleja y perspectivista sobre la familia y la ruptura familiar, como efecto del incremento de la capacidad cognitiva humana y de la experiencia.

8. En general, se observa una visión más negativa sobre la ruptura familiar en los escolares y en los adolescentes; suelen acentuar más algunos aspectos negativos los que no tienen experiencia de ruptura familiar; y suelen mostrar un menor conocimiento sobre el tema quienes no han vivido dicha experiencia.

9. Aunque el influjo de la variable sexo sobre la creencia explícita no parece ser tan relevante como el *Grupo de edad* o la *Experiencia personal de ruptura familiar*, se puede afirmar que las chicas presentan una creencia algo más elaborada frente a los chicos.

10. Muchos de los rasgos que caracterizan a la muestra participante son concordantes con los observados en otros estudios y a nivel nacional, como el hecho de que las madres sean mayoritariamente quienes ejerzan la custodia, lo que facilita que tengan una mayor relación con los hijos, y que los padres sean mayoritariamente los progenitores no custodios, lo que reduce la frecuencia del contacto con ellos, llegando a ser nulo en ocasiones; o que los progenitores no custodios rehagan su vida afectiva en mayor grado y más rápido que los progenitores custodios, y que los hijos suelan convivir más, por ello, con la figura de las madrastras.

11. El grado de conflicto familiar percibido por los participantes se ha reducido significativamente desde que se produjo la ruptura hasta la actualidad, probablemente como efecto del tiempo transcurrido, aunque aún hoy casi un tercio de ellos perciben un grado de conflicto moderado, y alrededor de una sexta parte un alto grado de conflicto.

12. Los resultados muestran un grado considerable de heterogeneidad respecto a la frecuencia de los cambios y efectos vividos por los participantes, así como en el grado en que se han visto afectados por los mismos, pudiéndose observar que algunos efectos menos frecuentes, pero no por ello menos relevantes, tan sólo han sido experimentados por una pequeña parte de la muestra del estudio.

13. Se obtiene un alto grado de relación positiva entre la frecuencia con que se viven determinados cambios y efectos tras la ruptura familiar, y el grado de afectación de los mismos.

14. Los efectos más compartidos por los participantes, y que mayor grado de afectación les han generado, hacen referencia a determinados cambios positivos a nivel personal y respecto a las relaciones de los hijos con el progenitor custodio y con sus hermanos, y a un cambio negativo relativo a la reducción del contacto entre el progenitor no custodio y sus hijos.

15. Las variables que más parecen afectar a la frecuencia de ocurrencia de los cambios explorados son *el grado de conflicto actual percibido* y el *grupo de edad de pertenencia*; y respecto al grado de afectación experimentado por los cambios o efectos vividos, *el grado de conflicto actual percibido, la existencia o no de reconstitución familiar* y *el grupo de edad de pertenencia*. Las restantes variables exploradas afectan también en interacción con las de mayor influjo, o bien lo hacen a modo de tendencia.

16. Se observa un reconocimiento de todos los cambios/efectos positivos y negativos propuestos en el cuestionario para la exploración de las creencias implícitas de los participantes, aunque existe diversidad en la frecuencia atribuida a cada uno de ellos.

17. Entre los cambios o efectos positivos que más destacan los participantes en sus creencias implícitas sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos están: que se *hacen más maduros*, el *apoyo mutuo entre los hermanos*, la *mayor experiencia sobre el divorcio*, que *se vuelven más independientes* y la *mejora en la relación con el progenitor custodio*.

18. Por el contrario, entre los cambios o efectos negativos más sobresalientes en las creencias implícitas de los participantes sobre los efectos de la ruptura familiar en los hijos, están: *los problemas de adaptación a los cambios*, los *problemas de carácter y de comportamiento*, los *problemas de tipo emocional,* y el *menor contacto de los hijos con el progenitor no custodio*.

19. Aunque los efectos encontrados no son, en general, muy numerosos ni de alto grado, dentro de las variables independientes exploradas, la Experiencia personal de ruptura familiar es la que ejerce mayor influencia sobre las creencias implícitas de los participantes, y el Nivel educativo familiar la que menos; y dentro de las covariables analizadas, el mayor influjo lo ejerce el Grado de conflicto actual.

20. En general, se observa una visión algo más consensuada y negativa de los efectos del divorcio en los hijos, en las creencias de los participantes sin experiencia en ruptura familiar, y algo menos consensuada y más positiva en aquéllos que sí han vivido dicha experiencia.

21. Se observa, además, una relación positiva y altamente significativa entre la creencia implícita de los participantes de familias separadas/divorciadas y su experiencia personal de ruptura familiar; y también, aunque algo menor, respecto al grado con que se han visto afectados por dichas experiencias tras la ruptura parental.

22. Los resultados encontrados en el segundo estudio que explora las creencias explícitas de adolescentes y jóvenes muestran, en general, una gran similitud respecto a los encontrados en el primer estudio, tanto en cuanto a los efectos ejercidos por las variables exploradas como respecto al grado de los efectos encontrados, obteniéndose de nuevo efectos puntuales asociados principalmente a las variables Experiencia de ruptura familiar y Grupo de edad de pertenencia.

23. Las creencias explícitas de los participantes de familias separadas/divorciadas parecen derivarse más bien de la información verbal que recopilan los participantes en sus intercambios sociales, ya que no se obtuvo ninguna relación significativa entre los contenidos de dichas creencias y su experiencia personal tras la ruptura familiar, ni tampoco con respecto al grado de afectación percibida de los cambios a los que se han enfrentado tras la ruptura. No obstante, el análisis de determinadas tendencias muestran cierto grado de influjo de la experiencia personal de ruptura familiar sobre dicha creencia.

24. Al comparar las creencias implícitas y las explícitas de los participantes se observó que éstos ofrecen porcentajes generalmente altos de *disociación a favor de la creencia implícita*, moderados y variados de *concordancia en ausencia de dimensión*, bajos de *concordancia en presencia del efecto* (con dos salvedades), y extremadamente bajos de *disociación a favor de la creencia explícita*. Ello implica que los participantes poseen una representación más compleja en su creencia implícita frente a la creencia explícita, y que la información de esta última suele estar contemplada ya en la creencia implícita.

25. *El apoyo entre los hermanos* y el *ganar experiencia sobre el divorcio* son efectos altamente consensuados y casi exclusivos de la creencia implícita; *la mejora del clima familiar* y el hecho de que *los hijos sufren problemas emocionales* son los efectos que más aparecen simultáneamente en ambos tipos de representación; y la *aceptación de las nuevas parejas de los padres y de sus hijos*, el *aferrarse o mejorar en los estudios*, el *aislamiento de los compañeros*, o la *mejora de la economía*, son los efectos que menos aparecen tanto en uno como otro tipo de representación.

26. Se observa un mayor grado de disociación a favor de la creencia implícita en los participantes sin experiencia de ruptura familiar, frente a los que sí tienen dicha experiencia, y en estos últimos un mayor grado de concordancia en ausencia del efecto, frente a los primeros. Ello indica que, cuando una persona perteneciente a una familia separada/divorciada no se enfrenta a un determinado efecto, reduce la probabilidad de que lo incorpore en su creencia tanto explícita como implícita, aunque lo haya observado en la experiencia de otros, o sea un efecto asumido por la sociedad.

27. Por último, hay que señalar que la creencia explícita soportada en los dos estudios realizados sobre los efectos de la separación/divorcio en los hijos, ofrece una imagen más negativa que positiva, y ello es así independientemente que se tenga o no de experiencia personal de ruptura familiar, lo que lleva a pensar que la sociedad sostiene aún hoy una visión menos favorable hacia las estructuras que se derivan de dicha ruptura familiar.

Capítulo 13. Referencias

13. Referencias

Abbey, C. y Dallos, R. (2004). The experience of the impact of divorce on sibling relationships: a qualitative study. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, *9*(2), 241-259.

Abrams, M. S. (2001). Resilience in ambiguous loss. *American Journal of Psychotherapy, 55*(2). 283-291.

Ackerman, B. P., D´Eramo, K. S., Umylny, L., Schultz, D. e Izard, C. E. (2001). Family structure and the externalizing behavior of children from economically disadvantaged families. *Journal of Family Psychology*, *15*(2), 288-300.

Ackerman, B. P., Izard, C. E., Schoff, K., Yougstrom, E. A. y Kogos, J. (1999). Contextual risk, caregiver emotionality and the problem behaviour of six and seven-year old children from economically disadvantages families. *Child Development*, *70*(6), 1415-1427.

Adam, E. K. y Chase-Lansdale, L. (2000). Home sweet home(s): parental separations, residential moves, and adjustment problems in low-income adolescent girls. *Developmental Psychology*, *38*(5), 792-805.

Afifi, T. O., Boman, J., Fleisher, W. y Sareen, J. (2009). The relationship between child abuse, parental divorce, and lifetime mental disorders and suicidality in nationally representative adult sample. *Child Abuse & Neglect*, *33*, 139-147.

Aguilar, J. M. (2004). *Síndrome de alienación parental (S.A.P). Hijos manipulados por un cónyuge para odiar al otro*. Córdoba: Almuzara.

Albeck, S. y Kaydar, D. (2002). Divorced mothers: their network of friends pre- and post- divorce. *Journal of Divorce and Remarriage*, *36*, 111-138.

Alberdi, I. (1995). *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus.

Alberdi, I., Alberdi, C., Alvira, F., Cabré, A., Durán, Mª. A. y Gil, E. (Coords.) (1995). *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Alderson, P. (2000). School students` views on school councils and daily life at school. *Children and Society*, *14*, 121-134.

Amato, P. R. (1986). Marital conflict, the parent-child relationship, and self-esteem. *Family Relations*, *35*, 403-410.

Amato, P. R. (1987). Family process in intact, one-parent, and step-parent families: the child`s point of view. *Journal of Marriage and Family*, *49*, 327-337.

Amato, P. R. (1993). Children´s adjustment to divorce: theories, hypotheses, and empirical support. *Journal of Marriage and Family*, *55*(1), 23-38.

Amato, P. R. (1996). Explaning the intergenerational transmission of divorce. *Journal of Marriage and Family*, *58*, 628-640.

Amato, P. R. (2001). Children of divorce in the 1990s: An update of the Amato and Keith (1991) Meta- Analysis. *Journal of Family Psychology*, *15*(3), 355-370.

Amato, P. R. (2003). Reconciling divergent perspectives: Judith Wallerstein, quantitative family research, and children of divorce. *Family Relations*, *52*, 332-339.

Amato, P. R. y Afifi, T. D. (2006). Feeling caught between parents: adult children´s relations with parents and subjective well-being. *Journal of Marriage and Family*, *68*, 222-235.

Amato, P. R. y Booth, A. (1996). A prospective study of divorce and parent-children relationships. *Journal of Marriage and Family*, *58*(2), 356-368.

Amato, P. R. y Booth, A. (2001). The legacy of parents` marital discord: consequences for children´s marital quality. *Journal of Personality and Social Psychology*, *81*(4), 627-638.

Amato, P. R. y Cheadle, J. (2005). Divorce and child well-being across three generations. *Journal of Marriage and Family*, *67*, 191-206.

Amato, P. R. y Gilbreth, J. G. (1999). Nonresident fathers and children´s well-being: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, *110*(1), 126-146.

Amato, P. R. y Hohmann-Marriott, B. (2007). A comparison of high- and low-distress marriages that end in divorce. *Journal of Marriage and Family, 69,* 621-638.

Amato, P. R. y Keith, B. (1991). Parental divorce and the well-being of children: A meta analysis. *Psychological Bulletin*, *110*(1), 26-46.

Amato, P. R. y Previti, D. (2003). Peoples`s reasons for divorcing: gender, social class, the life course, y adjustment. *Journal of Family Issues*, *24*(5), 602-626.

Amato, P. R. y Rogers, S. J. (1999). Do attitudes toward divorce affect marital quality? *Journal of Family Issues*, *20*(1), 69-86.

Arditti, J. A. (1999). Rethinking relationships between divorced mothers and their children: capitalizing on family strengths. *Family Relations*, *48*(2), 109-119.

Arendell, T. (1995). *Fathers y divorce*. U.S.A.: Sage.

Arranz, E. (2004). *Familia y desarrollo psicológico*. Madrid: Pearson Education.

Arranz, E. y Olabarrieta, F. (1998). Las relaciones entre hermanos. En Mª. J. Rodrigo y J. Palacios (Eds.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 245-260). Madrid: Alianza Editorial.

Arranz, E. y Oliva, A. (2010). *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares*. Madrid: Pirámide.

Arranz, E. y Oliva, A. (2010). La influencia del contexto familiar en el desarrollo psicológico durante la infancia y la adolescencia. En E. Arranz y A. Oliva (Coords.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 15-34). Madrid: Pirámide.

Arranz, E., Oliva, A., Olabarrieta, F., Parra, A., Martín, J. L., Manzano, A., Antolín, L. y Galende, N. (2009). Análisis del contexto familiar y del ajuste infantil en familias monoparentales y reconstruidas. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 131-162). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Astington, J. W. (1991). Intention in the child`s theory of mind. En D. Frye y D. Moore (Eds.), *Children´s theories of mind: mental states and social understanding* (pp. 57-172). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.

Baete, D. y Kenyon, S. S. (2008). Post-divorce maternal disclosure and the father adolescent relationship: adolescent emotional autonomy and inter-reactivity as moderators. *Journal of Child and Family Studies*, *17*, 791-808.

Bandera, M. (2005). *Custodia compartida*. Barcelona: Arcopress.

Bandura, A. (1999). *Auto-Eficacia: cómo afrontamos los cambios de la sociedad actual*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G. V. y Pastorelli, C. (2001). Self-efficacy beliefs as shapers of children´s aspirations and career trajectories. *Child Development*, *72*(1), 187-206.

Barnes, G. G. (1999). Divorce transitions: identifiying risk and promoting resilience for children and their parental relationships. *Journal of Marital and Family Therapy*, *25*, 425-441.

Barrett, A. E. (2003). Race differences in the mental health effects of divorce. *Journal of Family Issues*, *24*(8), 995-1019.

Barrett, M. (2005). Children´s understanding of, and feelings about, countries and national groups. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 251-286). New York: Psychology Press.

Barrett, M. y Buchanan-Barrow, E. (Eds.) (2005). *Children´s understanding of society.* New York: Psychology Press.

Barrett, M. y Buchanan-Barrow, E. (2005). Emergent themes in the study of children´s understanding of society. En M. Barret y E. Buchanan-Barrow (Eds.), *Children´s understanding of society* (pp. 1-16). New York: Psychology Press.

Baum, N. (2004). Coping with "absence-presence": noncustodial fathers` parenting behaviors. *American Journal of Orthopsychiatry*, *74*(3), 316-324.

Bauserman, R. (2002). Child adjustment in joint-custody versus sole-custody arrangements: a meta-analytic review. *Journal of Family Psychology*, *16*(1), 91-102.

Becerril, D. (2008). La percepción social del divorcio en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, *123*, 187-208.

Beck, C. J. y Sales, B. D. (2000). A critical reappraisal of divorce mediation research and policy. *Psychology, Public Policy and Law*, *6*(4), 989-1056.

Beelmann, W. y Schmidt-Denter, U. (2009). Mother-Child interaction following marital separation. *European Psychologist*, *14*(3), 307-319.

Beishuizen, J. J., Hof, E., Van Putten, C. M., Bouwmeester, S. y Asscher, J. J. (2001). Students` and teachers` cognitions about good teachers. *British Journal of Educational Psychology*, *71*, 185-201.

Benedek, E. P. y Brown, C. F. (1999). *Cómo ayudar a sus hijos a superar el divorcio*. Barcelona: Medici.

Bengoechea, P. (1992). Un análisis exploratorio de los posibles efectos del divorcio en los hijos. *Psicothema*, *4*(2), 491-511.

Berman, W. (1988). The Role of attachment in the post-divorce experience. *Journal of Personality and Social Psychology, 54*(3), 496-503.

Bernal, T. (2002). *La mediación. Una solución a los conflictos de ruptura de la pareja*. Madrid: Colex.

Berndt, T. J. y Heller, K. A. (1985). Measuring children´s personality attributions. En S. R. Yussen (Ed.), *The growth of reflection in children*. New York: Academic Press.

Berti, A. E. (1988). The development of political understanding in children between 6-15 years old. *Human Relations*, *41*, 437-446.

Berti, A. E. (2005). Children´s understanding of politics. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 69-104). New York: Psychology Press.

Berti, A. E. y Bombi, A. S. (1988). *The child's construction of economics.* Cambridge: University Press.

Berti, A. E. y Vanni, E. (2000). Italian children´s understanding of war: a domain-specific approach. *Social Development*, *9*(4), 478-496.

Bodenmann, G., Charvoz, L., Bradbury, T., Bertoni, A., Iafrate, R., Giuliani, C., Banse, R. y Behling, J. (2007). The role of stress in divorce: A three-nation retrospective study. *Journal of Social and Personal Relationships*, *24*(5), 707-728.

Bonn, M. Earle, D., Lea, S. y Webley, P. (1999). South African children´s views of wealth, poverty, inequality and unemployment. *Journal of Economic Psychology*, *20*, 593-612.

Bornstein, M. H. (2002). *Handbook of parenting*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.

Boss, P. y Couden, B. (2002). Ambiguous loss from chronic physical illness: clinical interventions with individuals, couples, and families. *Journal of Clinical Psychology / In Session*, *58*, 1351-1360.

Boyd, H. (2000). *Nuevas familias*. Barcelona: Océano.

Bradley, R. y Corwyn, R. (2003). Parenting. En L. Balter y C. Tamis-LeMonda (Eds.), *Child Psychology* (pp. 339-362). New York: Psychology Press.

Braver, S. L., Ellman, I. M., y Fabricius, W. V. (2003). Relocation of children after divorce and children´s best interests: new evidence and legal considerations. *Journal of Family Psychology, 17*(2), 206-219.

Braver, S. L. y O´Connell, D. (1998). *Divorced dads. Shattering the myths*. New York: Penguin Putnam.

Braver, S. L., Wolchik, S., Sandler, I., Sheets, V., Fogas, B. y Bay, R. (1993). A longitudinal study of noncustodial parents: parents without children. *Journal of Family Psychology, 7*(1), 9-23.

Bray, J. H. (1999). From marriage to remarriage and beyond: findings from the developmental issues in stepfamilies research project. En E. M. Hetherington, *Coping with divorce, single, parenting, and remarriage. A risk and resilience perspective*. Mahwah, NJ: Earlbaum.

Bray, J. H. y Berger, S. H. (1993). Developmental issues in stepfamilies research project: family relationships and parent-child interactions. *Journal of Family Psychology*, *7*(1), 76-90.

Breeden, C., Olkin, R. y Taube, D. (2008). Child custody evaluations when one divorcing parent has a physical disability. *Rehabilitation Psychology*, *53*(4), 445-455.

Breivik, K. y Olweus, D. (2006). Children of divorce in a Scandinavian welfare state: Are they less affected tan US children? *Scandinavian Journal of Psychology*, *47*, 61-74.

Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

Brooks, M., Christensen, T. y Herlihy, B. (2003). Adult children of divorce and intimate relationships: implications for counseling. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *11*(4), 364-373.

Brown, B. V. y Moore, K. (2005). Child and youth well-being: The social indicators field. En R. M. Lerner, F. Jacobs y D. Wertlieb (Eds.), *Applied developmental science* (pp. 81-112). Londres: Sage Publications Inc.

Brown, S. L., Sanchez, L., Nock, S. L. y Wright, J. D. (2006). Links between premarital cohabitation and subsequent marital quality, stability, and divorce: A comparison of covenant versus standard marriages. *Social Science Research, 35,* 454-470.

Bruner, J. S. (1984). *Acción, pensamiento y lenguaje*. Compilación de J. L. Linaza. Madrid: Alianza Editorial.

Bruner, J. S. (1988). *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata.

Bruner, J. S. (1997). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.

Bryner, C. (2001). Children of divorce. *Journal American Board Family Practice*, *14*, 201-210.

Buchanan, C. M., Maccoby, E. E. y Dornbusch, S. M. (1996). *Adolescents after divorce.* London: Harvard University Press.

Buchanan-Barrow, E. (2005). Children´s understanding of the school. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp.17-42). New York: Psychology Press.

Buchanan-Barrow, E. y Barrett, M. (1998). Individual differences in children´s understanding of the school. *Social Development*, *7*(2), 250-268.

Buehler, C., Anthony, C., Krishnakumar, A., Stone, G., Gerard, J. y Pemberton, S. (1997). Interparental conflict and youth problem behaviours: A meta-analysis. *Journal of Child and Family Studies*, *6*, 233-247.

Bugental, D. y Johnston, C. (2000). Parental and child cognitions in the context of the family. *Annual Reviews Psychology*, *51*, 315-344.

Burt, S. A., Barnes, A. R., McGue, M. y Iacono, W. G. (2008). Parental divorce and adolescent delinquency: ruling out the impact of common genes. *Developmental Psychology*, *44*(6), 1668-1677.

Caballed, J., Comellas, M. J. y Mardomingo, M. J. (Eds.). (1998). *El entorno social, niño y adolescente*. Barcelona: Laertes.

Cabrera, N. J., Tanis-LeMonda, C. S., Bradley, R. H., Hofferth, S. y Lamb, M. (2000). Fatherhood in the twenty-first century. *Child Development, 71*, 127-136.

Cáceres, J. (2003). *Repartirse el desamor*. Madrid: Minerva Ediciones.

Camacho, J. (2000). *Estadística con SPSS para Windows*. Madrid: RA-MA Editorial.

Camara, K. (1979). *Children´s construction of social knowledge: concepts of family and the experience of parental divorce*. Unpublished doctoral dissertation, Satanford University (University Microfilms Nª 80-01884).

Campbell, A. y Muncer, S. (1998). *The social child*. UK: Psychology Press.

Cantón, J., Cortés, Mª. y Justicia, Mª. (2000). *Conflictos matrimoniales, divorcio y desarrollo de los hijos*. Madrid: Pirámide.

Cantón, J., Cortés, Mª. y Justicia, Mª. (2002). Las consecuencias del divorcio en los hijos. *Psicología Clínica, Legal y Forense*, *2*(3), 47-66.

Cantón, J., Cortés, Mª. y Justicia, Mª. (2007). *Conflictos entre los padres, divorcio y desarrollo de los hijos*. Madrid: Pirámide.

Cantón, J. y Justicia, Mª. (2000). Problemas de adaptación de los hijos de divorciados. En J. Cantón, Mª. Cortés y Mª. Justicia, *Conflictos matrimoniales, divorcio y desarrollo de los hijos* (pp. 109-135). Madrid: Pirámide.

Carey, S. (1985). *Conceptual change in childhood*. Cambridge: The MIT Press.

Carlson, M. (2006). Family structure, father involvement, and adolescent behavioural outcomes. *Journal of Marriage and Family*, *68*, 137-154.

Carr, D. y Boerner, K. (2009). Do spousal discrepancies in marital quality assessments affect psychological adjustment to widowhood? *Journal of Marriage and Family*, *71*, 495-509.

Carrère, S., Buehlman, K., Gottman, J., Coan, J. y Ruckstuhl, L. (2000). Predicting marital stability and divorce in newlywed couples. *Journal of Family Psychology*, *14*(1), 42-58.

Carriedo, N., Gutiérrez, F. y García Madruga, J. (2002). El desarrollo de la inteligencia en la infancia: del pensamiento preoperatorio a las operaciones concretas. En J. A. García Madruga, F. Gutiérrez y N. Carriedo (Comp.), *Psicología Evolutiva II. Desarrollo cognitivo y lingüístico* (pp. 323-362). Madrid: UNED.

Case, R. y Okamoto, Y. (1996). The role of central conceptual structures in the development of children´s thought. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, *61* (1/2, Serial nº 246).

Castells, P. (1999). *Separarse civilizadamente*. Barcelona: Plaza y Janes.

Castells, P. (2004). *Separarse bien. Pensando en los demás y en uno mismo*. Madrid: Espasa.

Castells, P. (2009). *Los padres no se divorcian de sus hijos*. Madrid: Aguilar.

Cauffmann, E. y Steinberg, L. (2000). (Im)maturity of judgment in adolescence: Why adolescents may be less culpable than adults. *Behavioral Sciences and the Law*, *18*, 741-760.

Cea, Mª. A. (2007). *La deriva del cambio familiar*. Madrid: CIS.

Ceci, S. J., Markle, F. A. y Chae, Y. J. (2005). Children´s understanding of the law and legal process. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 105-134). New York: Psychology Press.

Chen, J. y George, R. (2005). Cultivating resilience in children from divorce families. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *13*(4), 452-455.

Chi, M. (1978). Knowledge structure and memory development. En R. S. Siegler (Ed.), *Children´s thinking: what develops?* Hillsdale, N. J.: LEA.

Christensen, T. M. y Brooks, M. C. (2001). Adult children of divorce and intimate relationships: a review of the literature. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *9*(3), 289-294.

Clapp, G. (2000). *Divorce and new beginnings*. New York: John Wiley y Sons.

Clarke-Stewart, K. y Hayward, C. (1996). Advantages of father custody and contact for psychological well-being of school age children. *Journal of Applied Developmental Psychology*, *17*, 239-270.

Clarke-Stewart, K., Vandell, D., McCartney, K., Owen, M. y Booth, C. (2000). Effects of parental separation and divorce on very young children. *Journal of Family Psychology*, *14*(2), 304-326.

Clarkwest, A. (2007). Spousal dissimilarity, race, and marital dissolution. *Journal of Marriage and Family, 69*, 639-653.

Clavel, P. (2003). *Dad alone. How to rebuild your life and remain an involved father after divorce.* Canada: Véhicule Press.

Clements, W. y Perner, J. (1994). Implicit understanding of belief. *Cognitive Development*, *9*, 377-397.

Cohen, G. (2002). Helping children and families deal with divorce and separation. *Paediatrics, 110*(6), 1019-1023.

Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Cohen, S., Klein, D. y O´Leary, K. (2007). The role of separation / divorce in relapse into and recovery from major depression. *Journal of Social and Personal Relationships*, *24*(6), 855-873.

Cole, M. (1996). *Culture in mind*. Cambridge: Harvard University Press.

Cole, M. (1997). *Cultural psychology*. Cambridge: Harvard University Press.

Coleman, J. C. (1988). Social capital and the creation of human capital. *American Journal of sociology*, *94*, 95-120.

Coleman, J. C. y Hendry, L. B. (2004). *The nature of adolescence*. New York: Routledge.

Comino, P., Yárnoz, S. y Moñux, X. (2009). ¿Café para todos? Género, edad, nivel sociocultural, iniciativa y actitudes: papel que juegan en la adaptación al divorcio-separación. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 111-118). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Conger, K. y Conger, R. (1994). Differential parenting and change in sibling differences in delinquency. *Journal of Family Psychology*, *8*(3), 287-302.

Cooksey, E. y Craig, P. (1998). Parenting from a distance: the effects of parental characteristics on contact between nonresidential fathers and their children. *Demography*, *35*, 187-200.

Cooksey, E. y Fondell, M. (1996). Spending time with his kids: effects of family structure on fathers` and children´s lives. *Journal of Marriage and Family*, *58*(3), 693-708.

Corral, A. (2008). El desarrollo psicológico durante la vida adulta. En M. Giménez-Dasí, S. Mariscal y B. Delgado (Coords.), *Psicología del desarrollo. Desde la infancia a la vejez* (pp. 167-184). Madrid: McGraw-Hill.

Corral, A. y Pardo de León, P. (Eds.) (2001). *Psicología evolutiva I*. Madrid: UNED.

Correa, N. y Rodrigo, Mª. J. (2001). El cambio de perspectiva conceptual en las teorías implícitas sobre el medio ambiente. *Infancia y Aprendizaje*, *24*(4), 461-474.

Cortés, Mª. y Cantón, J. (2010). Familias monoparentales. En E. Arranz y A. Oliva (Coords.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 35-50). Madrid: Pirámide.

Criss, M., Pettit, G., Bates, J., Dodge, K. y Lapp, A. (2002). Family adversity, positive peer relationships and children´s externalizing behaviour: A longitudinal perspective on risk and resilience. *Child Development*, *73*(4), 1120-1237.

Cui, M. y Donnellan, M. B. (2009). Trajectories of conflict over raising adolescent children and marital satisfaction. *Journal of Marriage and Family*, *71*, 478-494.

Cui, M., Donnellan, M. B. y Conger, R. D. (2007). Reciprocal influences between parents` marital problems and adolescent internalizing and externalizing behaviour. *Developmental Psychology*, *43*(6), 1544-1552.

Cummings, E. M., Coeke-Morey, M. C. y Papp, L. M. (2003). Children´s responses to everyday marital conflict tactics in the home. *Child Developmental*, *74*(6), 1918-1929.

Cummings, E. M., Schermerhorn, A. C., Davies, P. T., Coeke-Morey, M. C. y Cummings, J. S. (2006). Interparental discord and child adjustment: prospective investigations of emotional security as an explanatory mechanism. *Child Development*, *77*(1), 132-152.

Daiton, M. (1993). The myths and misconceptions of the stepmother identity: descriptions and prescriptions for identity management. *Family Relations, 42*(1), 93-98.

Damon, W. (1998). *Handbook of child psychology* (Vol.2). New York: Wiley.

Darnall, D. (1998). *Divorce casualties*. U.S.A: Taylor Publishing Company.

Dasgupta, N. (2010). Implicit measures of Social Cognition. Common themes and Unrsolved questions. *Journal of Psychology*, 218(1), 54-57.

David, K. y Murphy, B. (2007). Interparental conflict y preschoolers` peer relations: the moderating roles of temperament y gender. *Social Developmental*, *16*(1), 1-23.

Davies, P. T. y Cummings, E. M. (1994). Marital conflict and child adjustment: An emotional security hypothesis. *Psychological Bulletin*, *116*(3), 387-411.

Davies, P. T. y Lindsay, L. L. (2004). Interparental conflict and adolescent adjustment: Why does gender moderate early adolescent vulnerability? *Journal of Family Psychology*, *18*, 160-170.

Davies-Kean, P. E., Jager, J. y Collins, W. A. (2009). The self in action: an emerging link between self-beliefs and behaviors in middle childhood. *Child Development*, *3*(3), 184-188.

Davila, J. y Bradbury, T. (2001). Attachment insecurity and the distinction between unhappy spouses who do and do not divorce. *Journal of Family Psychology*, *15*(3), 371-393.

Davila, J., Karney, B., Hall, T. y Bradbury, T. (2003). Depressive symptoms and marital satisfaction: within-subject associations and the moderating effects of gender and neuroticism. *Journal of Family Psychology*, *17*(4), 557-570.

Davis, S. N. y Greenstein, T. N. (2004). Interactive effects of gender ideology and age at first marriage on women`s marital disruption. *Journal of Family Issues*, *25*(5), 658-682.

Davis-Kean, P. E., Jager, J. y Collins, W. A. (2009). The self in action: an emerging link between self-beliefs and behaviours in middle childhood. *Child Development Perspectives*, *3*(3), 184-188.

DeGarmo, D. S., Forgatch, M. S. y Martínez, C. R. (1999). Parenting of divorced mothers as a link between social status and boys` academic outcomes: Unpacking the effects of socioeconomic status. *Child Development*, *70*(5), 1231-1245.

De Graaf, P. M. y Kalmijn, M. (2006). Divorce motives in a period of rising divorce. *Journal of Family Issues*, *27*(4), 483-505.

DeKeseredy, W. y Joseph, C. (2006). Separation and/or divorce sexual assault in rural Ohio. *Violence Against Women*, *12*(3), 301-311.

Del Campo, S. (1995). *Familias: sociología y política*. Madrid: Complutense.

Del Campo, S. (2008). Población. En S. Del Campo y J. F. Tezanos (Eds.), *La Sociedad* (pp. 29-92). Madrid: Biblioteca Nueva.

Del Campo, S. y Rodríguez-Brioso, Mª. (2008). Familia. En S. Del Campo y J. F. Tezanos (Eds.), *La Sociedad* (pp. 139-216). Madrid: Biblioteca Nueva.

Del Campo, S. y Tezanos, J. F. (2008). Prólogo. En S. Del Campo y J. Tezanos (Eds.), *La Sociedad* (pp. 7-28). Madrid: Biblioteca Nueva.

DeLucia-Waack, J. y Gellman, R. (2007). The efficacy of using music in children of divorce groups: impact on anxiety, depression, and irrational beliefs about divorce. *Group Dynamics: Theory, Research, and Practice*, *11*(4), 272-282.

DeLucia-Waack, J. y Gerrity, D. (2001). Effective group work for elementary school-age children whose parents are divorcing. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *9*(3), 273-284.

Delval, J. (1997). El conocimiento social. En J. A. García Madruga y P. Pardo de León (Eds.), *Psicología Evolutiva I* (Tomo II, pp. 85-115). Madrid: UNED.

Delval, J., Enesco, I. y Navarro, A. (1994). La construcción del mundo económico. En M. J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 345-383). Madrid: Editorial Síntesis.

DeMaris, A. (2007). The role of relationship inequity in marital disruption. *Journal of Social and Personal Relationships*, *24*(2), 177-195.

De Miguel, J. (1998). *Estructura y cambio social en España*. Madrid: Alianza Editorial.

Demo, D. H. (2000). Children´s experience of family diversity. *National forum*, *80*(3), 16-23.

Dennis, J. M., Parker, R. D., Coltrane, S., Blacher, J. y Borthwick-Duffy, S. A. (2003). Economic pressure, maternal depression, and child adjustment in Latino families: an exploratory study. *Journal of Family and Economic Issues*, *24*(2), 183-202.

Devine, D. y Forehand, R. (1996). Cascading toward divorce: the roles of marital and child factors. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 64*(2), 424-427.

Dillon, P. A. y Emery, R. E. (1996). Divorce mediation and resolution of child custody disputes: long-term effects. *American Orthopsychiatric Association*, *66*(1), 131-140.

Doherty, W. y Needle, R. (1991). Psychological adjustment and substance use among adolescents before and after a parental divorce. *Child Development*, *62*, 328-337.

Doise, M. y Mugny, G. (1984). *The social development of the intellect*. Oxford: Pergamon.

Donner, M. (2006). Tearing the child apart. The contribution of narcissism, envy, and perverse modes of thought to child custody wars. *Psychoanalytic Psychology*, *23*(3), 542-553.

D`Onofrio, B. M., Turkheimer, E., Emery, R. E., Slutske, W. S., Heath, A. C., Madden, P. A. y Martin, N. G. (2006). A genetically informed study of the processes underlying the association between parental marital instability and offspring adjustment. *Developmental Psychology*, *42*(3), 486-499.

Doss, B. D., Rhoades, G. K., Stanley, S. M., Markman, H. J. y Johnson, C. A. (2009). Differential use of premarital education in first and second marriages. *Journal of Family Psychology*, *23*(2), 268-273.

Doucet, J. y Aseltine, R. (2003). Childhood family adversity and the quality of marital relationships in young adulthood. *Journal of Social and Personal Relationships*, *20*(6), 818-842.

Dowling, E. y Gorell, G. (1999). Children of divorcing families: a clinical perspective. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, *4*(1), 39-50.

Dowling, E. y Gorell, G. (2008). *Cómo ayudar a la familia durante la separación y el divorcio.* Madrid: Morata.

Dreman, S., Spielberger, Ch. y Fried, R. (1999). The experience and expression of anger in divorced mothers: effects on behaviour problems in children. *Journal of Divorce and Remarriage*, *30*(3/4), 25-44.

Dunn, J. (2004). Annotation: Children´s relationships with their non-resident fathers. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *44*(5), 659-671.

Dunn, J., Chen, H., O`Connor, T. G. y Bridges, L. (2004). Children´s perspectives on their relationships with their nonresident fathers: influences, outcomes, and implications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *45*, 553-566.

Durkin, K. (2005). Children´s understanding of gender roles in society. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.), *Children´s understanding of society* (pp. 135-167). New York: Psychology Press.

Ellis, B. J. y Bjorklund, D. F. (2005). *Origins of the social mind*. N.Y.: Guilford Press.

Ellis, E. M. (2000). *Divorce wars. Intervention with families in conflict*. London: American Psychological Association.

El-Sheikh, M. (1997). Children´s responses to adult-adult and mother-child arguments: the role of parental marital conflict and distress. *Journal of Family Psychology*, *11*(2), 165-175.

El-Sheikh, M., Buckhalt, J. A., Cummings, E. M. y Keller, P. (2007). Sleep disruptions and emotional insecurity are pathways of risk for children. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *48*(1), 88-96.

El-Sheikh, M., Kouros, C. D., Erath, S., Cummings, E. M., Keller, P. y Staton, L. (2009). Marital conflict and children´s externalizing behavior: Interactions between parasympathetic and sympathetic nervous system activity. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, *74* (1, Serial nº. 292).

El-Sheikh, M. y Reiter, S. (1996). Children´s responding t olive interadult conflict: The role of form of anger expression. *Journal of Abnormal Child Psychology*, *24*, 401-415.

Emery, R. E. (1994). *Renegotiating family relationships: Divorce, child custody, and mediation*. New York: Guilford.

Emery, R. E. (1999). *Marriage, divorce and children´s adjustment.* London: Sage.

Emery, R. E., Kitzmann, K. M. y Waldron, M. (1999). Psychological interventions for separated and divorced families. En E. M. Hetherington (Ed.), *Coping with divorce, single, parenting, and remarriage. A risk and resilience perspective*. Mahwah, NJ: Earlbaum.

Emery, R. E., Laumann-Billings, L., Waldron, M., Sbarra, D. y Dillon, P. (2001). Child custody mediation and litigation: custody, contact and coparenting 12 years after initial dispute resolution. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 69*(2), 323-332.

Emery, R. E., Waldron, M., Kitzmann, K. M. y Aaron, J. (1999). Delinquent behavior, future divorce or nonmarital childbearing, and externalizing behavior among offspring: a 14-year prospective study. *Journal of Family Psychology*, *13*(4), 568-579.

Emery, R. E. y Wyer, M. M. (1986). Divorce mediation. *American Psychologist*, *42*(2), 472-480.

Emler, N. y Dickinson, J. (2005). Children´s understanding of social class and occupational groupings. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 169-198). New York: Psychology Press.

Enesco, I., Delval, J. y Linaza, J. (1989). Conocimiento social y no social. En E. Turiel, I. Enesco y J. Linaza (Comps.), *El mundo social en la mente infantil* (pp. 21-36). Madrid: Alianza Editorial.

Enesco, I., Delval, J., Navarro, A., Villuendas, D., Sierra, P. y Peñaranda, A. (1995). *La comprensión de la organización social en niños y adolescentes*. Madrid: CIDE.

Evans, G. (1993). Cognitive models of class structure and explanations of social outcomes. *European Journal of Social Psychology*, *23*, 445-464.

Everett, C. (1991). *The consequences of divorce. Economic and custodial impact on children and adults*. London: The Haworth Press.

Everett, C. (1992). *Divorce and the next generation*. U.S.A.: The Haworth Press.

Fabricius, W. y Luecken, L. (2007). Postdivorce living arrangements, parent conflict, and long-term physical health correlates for children of divorce. *Journal of Family Psychology*, *21*(2), 195-205.

Faircloth, W. B. y Cummings, E. M. (2008). Evaluating a parent education program for preventing the negative effects of marital conflict. *Journal of Applied Developmental Psychology*, *29*, 141-156.

Fals-Stewart, W., Fincham, F. D. y Kelley, M. L. (2004). Substance-abusing parents` attitudes toward allowing their custodial children to participate in treatment: A comparison of mothers versus fathers. *Journal of Family Psychology*, *18*(4), 666-671.

Farrell, A. D. y White, K. S. (1998). Peer influences and drug use among urban adolescents: family structure and parent-adolescent relationship as protective factors. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *66*(2), 248-258.

Fauber, R., Forehand, R., Thomas, A. M. y Wierson, M. (1990). A meditational model of the impact of marital conflict on adolescent adjustment in intact and divorced families: the role of disrupted parenting. *Child Development*, *61*, 1112-1123.

Fernández, R. y Godoy, C. (2002). *El niño ante el divorcio*. Madrid: Pirámide.

Finley, G. E. y Schwartz, S. J. (2006). Parsons and Bales revisited: young adult children´s characterization of the fathering role. *Psychology of Men y Masculinity*, *7*(1), 42-55.

Fischer, T. (2007). Parental divorce and children´s socio-economic success: conditional effects of parental resources prior to divorce, and gender of the child. *Sociology*, *41*(3), 475-495.

Fischer, T., De Graaf, P. y Kalmijn, M. (2005). Friendly and antagonistic contact between former spouses after divorce. *Journal of Family Issues*, *26*(8), 1131-1163.

Flavell, J. H. y Ross, L. (1981). *Social cognitive development: frontiers and possible futures*. Cambridge: University Press.

Flowerdew, J. y Neale, B. (2003). Trying to stay apace. Children with multiple challenges in their post-divorce family lives. *Childhood*, *10*(2), 147-161.

Fodor, J. (1983). *The modularity of mind*. Cambridge: MIT Press (Trad. cast. en Morata, Madrid, 1986).

Forehand, R. y McCombs, A. (1992). Conflict in the home environment of adolescents from divorced families: A longitudinal Analysis. *Journal of Family Violence*, *7*(2), 73-84.

Forehand, R., McCombs, A., Long, N., Brody, G. y Fauber, R. (1988). Early adolescent adjustment to recent parental divorce: the role of interparental conflict and adolescent sex as mediating variables. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 56*(4), 624-627.

Francescato, D. (1995). *Hijos felices de parejas rotas.* Barcelona: Ariel.

Franklin, K. M., Janoff-Bulman, R. y Roberts, J. E. (1990). Long-term impact of parental divorce on optimism and trust: Changes in general assumptions or narrow beliefs? *Journal of Personality and Social Psychology, 59*(4), 743-755.

Fried, C. S. y Reppucci, N. D. (2001). Criminal decision making: the development of adolescent judgment, criminal responsibility, and culpability. *Law and Human Behavior*, *25*(1), 45-61.

Frisco, M. L. y Williams, K. (2003). Perceived housework equity, marital happiness, and divorce in dual-earner households. *Journal of Family Issues*, *24*(1), 51-73.

Fu, V., Godwin, M. Sporakowski, M. y Hinkle, D. (1987). Children´s thinking about family characteristics and parent attributes. *Journal of Genetic Psychology*, *148*(2), 153-166.

Fu, X. (2006). Impact of socioeconomic status on inter-racial mate selection and divorce. *The Social Science Journal, 43,* 239-258.

Furstenberg, F. F. y Cherlin, A. J. (1991). *Divided families: What happens to children when parents part*. Cambridge: Harvard University.

Furstenberg, F. F. y Kiernan, K. E. (2009). Delayed parental divorce: How much do children benefit? *Journal of Marriage and Family*, *63*, 446-457.

Gager, C. T. y Sánchez, L. (2003). Two as one? *Journal of Family Issues*, *24*(1), 21-50.

Gähler, M. (2006). "To divorce is to die a bit…": A longitudinal study of marital disruption and psychological distress among swedish women and men. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *14*(4), 372-382.

Galvin, C. R. (2006). Research on divorce among postsecondary students: surprisingly missing. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *14*(4), 420-423.

Ganong, L. y Coleman, M. (1997). How society views stepfamilies. En I. Levin y M. B. Sussman (Eds.), *Stepfamilies* (pp. 85-106). Londres: The Haworth Press.

Ganong, L. y Coleman, M. (2006). Patterns of Exchange and intergenerational responsabilities after divorce and remarriage. *Journal of Aging Studies, 20,* 265-278.

García Madruga, J. A. (2001). Estructura y mecanismos de cambio en la psicología evolutiva. En A. Corral y P. Pardo de León (Eds.), *Psicología evolutiva I* (pp. 66-105). Madrid: UNED.

García Madruga, J. A., Gutiérrez, F. y Carriedo, N. (Comp.) (2002). *Psicología Evolutiva II. Desarrollo cognitivo y lingüístico*. Madrid: UNED.

García Madruga, J. A. y Pardo de León, P. (1997). *Psicología evolutiva I*. Madrid: UNED.

García Ruiz, M. (2008). *Relaciones padres – hijos y resolución de conflictos en la adolescencia.* Tesis Doctoral no publicada. Tenerife: Universidad de La Laguna.

Gardner, R. C. (2003). *Estadística para Psicología usando SPSS para Windows*. México: Pearson Educación.

Gil, A. G., Vega, W. A. y Biafora, F. (1998). Temporal influences of family structure and family risk factor son drug use initiation in a multiethnic simple of adolescent boys. *Journal of Youth and Adolescence*, *27*(3), 373-393.

Gilby, R. L. y Pederson, D. R. (1982). The development of the child`s concept of the family. *Canadian Journal of Behavioral Science*, *14*(2), 111-121.

Giménez-Dasí, M. (2008). El desarrollo del pensamiento. En M. Giménez-Dasí, S. Mariscal y B. Delgado (Coords.) (2008). *Psicología del desarrollo. Desde la infancia a la vejez* (Vol.2, 97-114). Madrid: McGraw-Hill.

Giménez-Dasí, M., Mariscal, S. y Delgado, B. (Coords.) (2008). *Psicología del desarrollo. Desde la infancia a la vejez* (Vol.2). Madrid: McGraw-Hill.

Gimeno, A. (1999). *La familia: el desafío de la diversidad*. Barcelona: Ariel Psicología.

Golombok, S. (2003). New family forms: Children raised in solo mother families, lesbian mother families, and in families created by assisted reproduction. En L. Balter y C. Tamis-LeMonda (Eds.), *Child Psychology* (pp. 429-446). New York: Psychology Press.

Golombok, S. (2006). *Modelos de familia*. Barcelona: Graó.

Gómez-Granell, C. (2004). *Infancia y familias: realidades y tendencias*. Barcelona: Ariel.

González, E. (1999). *Mujeres separadas*. Madrid: Talasa.

González, J. J. y Requena, M. (Eds.). (2008). *Tres décadas de cambio social en España* (2 ed.). Madrid: Alianza Editorial.

González, M. (2000). *Divorcio. ¿Qué huella deja en los hijos?* Madrid: Edimat libros.

González, Mª. M. (2009). Nuevas familias, nuevos retos para la investigación y la educación. *Cultura y Educación*, *21*(4), 381-390.

González, Mª. M., López, F. y Gómez, A. B. (2010). Familias homoparentales. En E. Arranz y A. Oliva (Coords.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 101-120). Madrid: Pirámide.

González, Mª. M. y Morgado, B. (2009). Implicación de la figura paterna tras el divorcio. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 191-206). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

González, Mª. y Triana, B. (1998). Divorcio, monoparentalidad y nuevos emparejamientos. En Mª. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 373-397). Madrid: Alianza Editorial.

Goodman, S., Barfoot, B., Frye, A. y Belli, A. (1999). Dimensions of marital conflict and children´s social problem-solving skills. *Journal of Family Psychology*, *13*(1), 33-45.

Gottman, J. (1993). A theory of marital dissolution and stability. *Journal of Family Psychology*, *7*(1), 57-75.

Granado, M., Moreno, C., Jiménez-Iglesias, A., López, A., Rivera, F. y Ramos, P. (2009). Los hogares «monomadrentales» y «monopadrentales» desde una perspectiva transcultural: percepción de bienestar en niños y adolescentes. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 91-110). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Gray, J. D. y Cohen, R. (1990). Opposite sides of the same coin: former spouses` divergent perspectives in coping with their divorce. *Journal of Personality and Social Psychology*, *59*(6), 1180-1191.

Green, M. y Burrett, J. (2007). *Entre los dos. La educación compartida tras la separación*. Barcelona: Ceac.

Greif, G. L. (1997). *Out of tough*. Oxford: University Press.

Grych, J. y Fincham, F. (1990). Marital conflict and children´s adjustment: A cognitive-contextual framework. *Psychology Bulletin*, *108*(2), 267-290.

Grych, J. y Fincham, F. (1992). Interventions for children of divorce: toward greater integration of research and action. *Psychology Bulletin*, *111*(3), 434-454.

Grych, J. y Fincham, F. (1993). Children´s appraisals of marital conflict: initial investigations of the cognitive-contextual framework. *Child Development*, *64*, 215-230.

Grych, J., Seid, M. y Fincham, F. D. (1992). Assessing marital conflict from the child`s perspective: The children´s percepcion of interparental conflict scale. *Child Development*, *63*, 558-572.

Gunnoe, M. L. y Hetherington, E. M. (2004). Stepchildren´s perceptions of noncustodial mothers and noncustodial fathers: differences in socioemotional involvement and associations with adolescent adjustment problems. *Journal of Family Psychology*, *18*(4), 555-563.

Gutiérrez, F. (2004). *Teorías del desarrollo cognitivo.* Madrid: McGraw-Hill.

Guttmann, J. (1993). *Divorce in psychosocial perspective: theory and research*. London: Lea.

Guzzo, K. B. (2009). Maternal relationships and non-resident father visitation of children born outside of marriage. *Journal of Marriage and Family*, *71*, 632-649.

Hahn, R. A. y Kleist, D. M. (2000). Divorce mediation: Research and implications for family and couples counseling. *The Family Journal Counseling and Therapy for Couples and Families*, *8*(2), 165-171.

Handel, G. (Ed.) (1988). *Childhood socialization*. New York: Aldine de Gruyter.

Hanson, T. L. (1999). Does parental conflict explain why divorce is negatively associated with child welfare? *Social Forces*, *77*(4), 1283-1315.

Harden, K. P., Turkheimer, E., Emery, R. E., D'Onofrio, B. M., Slutske, W. S., Heath, A. C. y Martin, N. G. (2007). Marital conflict and conduct problems in children of twins. *Child Developmental*, *78*(1), 1-18.

Hardesty, J. L. (2002). Separation assault in the context of postdivorce parenting. *Violence Against Women*, *8*(5), 597-625.

Harold, G., Shelton, K., Goeke-Morey, M. y Cummings, M. (2004). Marital conflict, child emotional security about family relationships and child adjustment. *Social Development*, *13*(3), 350-376.

Harris, J. (2005). Social behavior and personality development: The role of experiences with siblings and with peers. En B. Ellis y D. Bjorklund (Eds.), *Origins of the social mind* (pp. 245-270). New York: Guilford Press.

Hatano, G. y Takahashi, K. (2005). The development of societal cognition: A commentary. En M. Barret y E. Buchanan-Barrow (Eds.), *Children´s understanding of society* (pp. 287-303). New York: Psychology Press.

Hawkins, A. J., Blanchard, V. L., Baldwin, S. A. y Fawcett, E. B. (2008). Does marriage and relationship education work? A meta-analytic study. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *76*(5), 723-734.

Hawkins, D. N., Amato, P. R. y King, V. (2006). Parent-adolescent involvement: the relative influence of parent gender and residence. *Journal of Marriage and Family*, *68*, 125-136.

Haynes, J. M. (1995*). Fundamentos de la mediación familiar*. Madrid: Gaia ediciones.

Hemrica, J. y Heyting, F. (2004). Tacit notions of childhood. An analysis of discourse about child participation in decision-making regarding arrangements in case of parental divorce. *Childhood*, *11*(4), 449-468.

Hernández, Mª. M. y Triana, B. (2002). *"La experiencia familiar y el concepto de familia en adolescentes"*. Poster presentado en el X Congreso de Psicología de la Infancia y de la Adolescencia (2- 4 de Mayo). Teruel, España.

Hernández, Mª. M. y Triana, B. (2006). *Changes after separation in custodial and non-custodial parents according adolescents and young adults*. Poster presentado en el 3rd International Congress of ESFR, Family Relations in Private and Public Contexts (28 - 30 de Septiembre). Darmstadt, Alemania.

Hernández, Mª. M., Triana, B. y Rodríguez, G. (2005). Variables personales y contextuales implicadas en la elaboración del concepto explícito de familia. *Infancia y Aprendizaje, 28*(2), 179-190.

Herrera, M. y Reicher, S. (2007). Categorización social y construcción de las categorías sociales. En J. F. Morales, E. Gaviria, M. Moya e I. Cuadrado, *Psicología social* (pp. 169-194). Madrid: McGraw-Hill.

Herrington, R. L., Mitchell, A. E., Castellani, A. M., Joseph, J. I., Snyder, D. K. y Gleaves, D. H. (2008). Assessing disharmony and disaffection in intimate relationships: Revision of the marital satisfaction inventory factor scales. *Psychological Assessment, 20*(4), 341-350.

Hetherington, E. M. (1989). Coping with family transitions: winners, losers and survivors. *Child Development*, *60*, 1-14.

Hetherington, E. M. (1992). Coping with marital transitions: a family systems perspective. *Monographs of Society for Research in Child Development*, *57*(2/3), 1-242.

Hetherington, E. M. (1993). An overview of the Virginia longitudinal study of divorce and remarriage with a focus on early adolescence. *Journal of Family Psychology*, *7*(1), 39-56.

Hetherington, E. M. (1999). *Coping with divorce, single, parenting, and remarriage. A risk and resilience perspective*. Mahwah, NJ: Earlbaum.

Hetherington, E. M. (2003). Social support and the adjustment of children in divorced and remarried families. *Childhood*, *10*(2), 217-236.

Hetherington, E. M., Bridges, M. y Insabella, G. (1998). What matters? What does not? Five perspectives on the association between marital transitions and children´s adjustment. *American Psychological Association*, *53*(2), 167-184.

Hetherington, E. M. y Clingempeel, W. G. (1992). Coping with marital transitions: A family perspective. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, *57*(2/3, Serial nº. 227).

Hetherington, E. M. y Kelly, J. (2005). *En lo bueno y en lo malo: la experiencia del divorcio. Cómo influye realmente la separación en la vida de padres e hijos*. Barcelona: Paidós.

Hetherington, E. M. y Stanley-Hagan, M. (1995). Parenting in divorced and remarried families. En M. H. Bornstein, *Handbook of parenting* (Vol. 3, 233-254). New Jersey: Lawrence Earlbaum Associates.

Hetherington, E. M. y Stanley-Hagan, M. (1999). *Stepfamilies. Parenting and child developmental in nontraditional families.* New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Hetherington, E. M. y Stanley-Hagan, M. (2002). Parenting in divorced and remarried families. En M. H. Bornstein (comp.), *Handbook of Parenting*. *Being and becoming a parent* (Vol. 3, pp. 287-315). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Higgins, T. y Eccles, J. (2005). Social cognition and the social life of the child: stages as subcultures. En J. Gavin y C. Lewis, *Developmental Psychology* (Vol. 1, 97-139). London: Sage publications.

Hill, W. (1976). *Learning a survey of psychological interpretations*. New York: Thomas Y. Crowell Company.

Hilton, J. y Desrochers, S. (2000). The influence of economic strain, coping with roles, and parental control on the parenting of custodial single mothers and custodial single fathers. *Journal of Divorce and Remarriage*, *33*(3/4), 55-76.

Hilton, J., Desrochers, S. y Devall, E. (2001). Comparison of role demands, relationships, and child functioning in single-mother, single-father, and intact families. *Journal of Divorce and Remarriage, 35*(1), 29-56.

Hilton, J. y Kopera-Frye, K. (2006). Loss and depression in cohabiting and noncohabiting custodial single parent. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families, 14*(1), 28-40.

Hilton, J. y Devall, E. (1997). The family economic strain scale: development and evaluation of the instrument with single-and two-parent families. *Journal of Family and Economic Issues*, *18*(3), 247-271.

Hirschfeld, L. A. (1993). Discovering social difference the role of appearance in the development of racial awareness. *Cognitive Psychology*, *25*(3), 317-350.

Hirschfeld, L. A. (1994). Is the acquisition of social categories based on domain specific competence or on knowledge transfer? En L. A. Hirschfeld y S. A. Gelman (Eds.), *Mapping the mind* (pp. 201-233). Cambridge: University Press.

Hirschfeld, L. A. (1995). Do children have a theory of race? *Cognition*, *54*(2), 209-219.

Hirschfeld, L. A. (2005). Children´s understanding of racial groups. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.), *Children´s understanding of society* (pp. 199-222). New York: Psychology Press.

Hoffman, L. W. (1988). Changes in family roles, socialization, and sex differences. En G. Handel (Ed.), *Childhood socialization* (pp. 299-324). New York: Aldine de Gruyter.

Houseknecht, S. H. y Hango, D. W. (2006). The impact of marital conflict and disruption on children´s health. *Youth & Society*, *38*(1), 58-89.

Hsueh, A., Rahbar Morrison, K. y Doss, B. (2009). Qualitative reports of problems in cohabiting relationships: Comparisons to married and dating relationships. *Journal of Family Psychology*, *23*(2), 236-246.

Iglesias de Ussel, J. (1998). *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Tecnos.

Iglesias de Ussel, J. y Ayuso, L. (2008). La familia. En J. Iglesias de Ussel y A. Trinidad (Coords.), *Leer la sociedad* (pp. 425-454). Madrid: Tecnos.

Iglesias de Ussel, J. y Meil, G. (2001). *La política familiar en España*. Barcelona: Ariel Sociología.

Instituto Canario de Estadística (ISTAC). En, http://*www.istac.rcanaria.es*/

Instituto Nacional de Estadística (INE). En, http://*www.ine.es*/

Instituto Nacional de Estadística (2001). *Indicadores Sociales*. Divorcios en la Unión Europea. 1991-2001.

Instituto Nacional de Estadística (2004). *¿Cuántos somos en casa? Cambios en la composición de los hogares*. Censos 2001.

Instituto Nacional de Estadística (2005). Anuario Estadístico. *Padrón municipal de habitantes*.

Instituto Nacional de Estadística (2007). *Familia y Relaciones Sociales*. Unión conyugal. 1991-2007.

Instituto Nacional de Estadística (2009). *Indicadores Demográficos Básicos*.

Instituto Nacional de Estadística (2009). *Familia y Relaciones Sociales*. Características del Hogar. 1991-2007.

Instituto Nacional de Estadística (2010). *Estadística de nulidades, separaciones y divorcios 2009*. Notas de prensa.

Instituto Nacional de Estadística (2010). *Población y familia*. Mujeres y hombres en España 2010. Encuesta de Población Activa.

Iriarte, L., Martínez-Pampliega, A., Sanz, M. y Cosgaya, L. (2009). Programas psicoeducativos para madres y padres en proceso de separación/divorcio. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 67-90). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Izquierdo, Mª. J. (2000). *Cuando los amores matan*. Madrid: Ediciones Libertarias.

Jackson, A. P., Brooks-Gunn, J., Huang, C. y Glassman, M. (2000). Single mothers in low-wage jobs: financial strain, parenting, and preschoolers` outcomes. *Child Development*, *71*(5), 1409-1423.

Jahoda, G. (1964). Children´s concepts of nationality: a critical study of Piaget`s stages. *Child Development*, *35*, 1081-1092.

Jahoda, G. (1979). The construction of economic reality by some Glaswegian children. *European Journal of Social Psychology*, *9*, 115-127.

Jahoda, G. (1998). Cultural influences on development. En A. Campbell y S. Muncer (Eds.), *The social child* (pp. 85-109). Londres: Psychology Press.

James, A. L. y James, A. (1999). Pump up the volume. Listening to children in separation and divorce. *Childhood*, *6*(2), 189-206.

Jekielek, S. M. (1998). Parental conflicto, marital disruption and children´s emotional well-being. *Social Forces*, *76*(3), 905-936.

Jescheke, J. M. y Kokko, H. (2008). Mortality and other determinants of bird divorce rate. *Behav Ecol Sociobiol*, *63*, 1-9.

Jiménez Godoy, A. B. (2005). *Modelos y realidades de la familia actual*. Madrid: Editorial Fundamentos.

Jiménez-Lagares, I., y González, Mª. M. y Morgado, B. (2005). Maternidad en solitario y conciliación de la vida familiar y laboral. *Meridiam*, *36*, 36-39.

Jiménez-Lagares, I., Morgado, B. y González, Mª. M. (2009). Familias de madres solteras solas: circunstancias, vivencias y ajuste psicológico infantil. *Cultura y Educación*, *21*(4), 403-416.

Johnson, P., Thorngren, J. y Smith, A. (2001). Parental divorce and family functioning: effects on differentiation levels of young adults. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *9*(3), 265-272.

Johnston, J. R. (2003). Parental alignments and rejection: An empirical study of alienation in children of divorce. *Journal American Academic Psychiatry Law*, *31*, 158-170.

Johnston, J. R. y Campbell, L. (1993). A clinical typology of interparental violence in disputed-custody divorces. *American Orthopychiatric*, *63*(2), 190-199.

Johnston, J. R. y Roseby, V. (1997). *In the name of the child*. New York: The Free Press.

Juby, H., Bourdais, C. y Marcil-Gratton, N. (2005). Sharing roles, sharing custody? Couples` characteristics and children´s living arrangements at separation. *Journal of Marriage and Family*, *67*, 157-172.

Jurado, T. (2008). Las nuevas familias españolas. En J. J. González y M. Requena (Eds.), *Tres décadas de cambio social en España* (2ª ed.) (pp. 59-88). Madrid: Alianza Editorial.

Kaczynski, K. J., Lindahl, K. M., Malik, N. M. y Laurenceau, J. P. (2006). Marital conflicto, maternal and paternal parenting, and child adjustment: a test of mediation and moderation. *Journal of Family Psychology*, *20*(2), 199-208.

Kalmijn, M. y Broese van Groenou, M. (2005). Differential effects of divorce on social integration. *Journal of Social and Personal Relationships*, *22*(4), 455-476.

Kapinus, C. (2004). The effect of parents` attitudes toward divorce on offspring`s attitudes: gender and parental divorce as mediating factors. *Journal of Family Issues*, *25*(1), 112-135.

Karevold, E., Røysamb, E., Ystrom, E. y Mathiesen, K. (2009). Predictors and pathways from infancy to symptoms of anxiety and depression in early adolescence. *Developmental Psychology*, *45*(4), 1051-1060.

Karmiloff-Smith, A. (1992). Beyond modularity. Cambridges: MIT Press (Trad. Cast.: *Más allá de la modularidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1994).

Katz, L. F. y Low, S. M. (2004). Marital violence, co-parenting, and family-level processes in relation to children´s adjustment. *Journal of Family Psychology*, *18*(2), 372-382.

Kelly, J. (2003). Changing perspectives on children´s adjustment following divorce. *Childhood*, *19*(2), 237-254.

Kelly, J. y Emery, R. (2003). Children´s adjustment following divorce: risk and resilience perspectives. *Family Relations*, *52*(4), 352-362.

Kelly, J. y Lamb, M. (2003). Developmental issues in relocation cases involving Young children: When, Whether and How? *Journal of Family Psychology*, *17*(2), 193-205.

Kenny, M. C. (2000). Working with children of divorce and their families. *Psychotherapy*, *37*(3), 228-239.

Kenyon, D. B. y Koerner, S. S. (2008). Post-divorce maternal disclosure and the father-adolescent relationship: adolescent emotional autonomy and inter-reactivity as moderators. *Journal Child Family Study*, *17*, 791-808.

King, V. (2006). The antecedents and consequences of adolescents` relationships with stepfathers and non-resident fathers. *Journal of Marriage and Family*, *68*, 910-928.

King, V., Harris, K. M. y Heard, H. (2004). Racial and ethnic diversity in non-resident father involvement. *Journal of Marriage and Family*, *66*, 1-21.

Kinsfogel, K. y Grych, J. (2004). Interpersonal conflict and adolescent dating relationships: integrating cognitive, emotional, and peer influences. *Journal of Family Psychology*, *18*(3), 505-515.

Kitson, G. C. y Holmes, W. M. (1992). *Portrait of divorce. Adjustment to marital breakdown*. U.S.A.: The Guildford Press.

Knoester, C. y Booth, A. (2000). Barriers to divorce. *Journal of Family Issues*, *21*(1), 78-99.

Koerner, S. S., Wallace, S., Lehman, S. J., Lee, S. y Escalante, K. A. (2004). Sensitive mother-to-adolescent disclosures after divorce: is the experience of sons different from that of daughters? *Journal of Family Psychology*, *18*(1), 46-57.

Koops, W. y Bosma, H. A. (2004). *Social cognition in adolescence*. Psychology Press: New York.

Kosslyn, S. M. y Kagan, J. (1981). Concrete thinking and the development of social cognition. En J. H. Flavell y L. Ross (Eds.), *Social cognitive development: frontiers and possible futures* (pp. 82-95). Cambridge: University Press.

Kozlowska, K. y Hanney, L. (2001). An art therapy group for children traumatized by parental violence and separation. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, *6*(1), 49-78.

Krantzler, M. y Krantzler, M. A. (1998). *The new creative divorce*. Massachusetts: Adams Media Corporation.

Krishnakumar, A. y Buehler, C. (2000). Interparental conflict and parenting behaviors: a meta-analytic review. *Family Relations*, *49*, 25-44.

Kroger, J. (1996). Identity, regression and development. *Journal of Adolescence*, *19*, 203-222.

Kuhn, D. (2003). Metacognitive development. En L. Balter y C. Tamis-LeMonda (Eds.), *Child Psychology* (pp. 259-286). New York: Psychology Press.

Kurdek, L. A. (1981). An integrative perspective on children´s divorce adjustment. *American Psychologist*, *36*(8), 856-866.

Kurdek, L. A. y Berg, B. (1987). Children´s beliefs about parental divorce scale: Psychometric characteristics and concurrent validity. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *55*(5), 712-718.

Kurdek, L. A. y Fine, M. A. (1993). Parent and Nonparent residential family members as providers of warmth and supervision to young adolescents. *Journal of Family Psychology*, *7*(2), 245-249.

Kurtz, D. (1995). *For richer, for poorer*. New York: Routledge.

Lafuente, Mª. J. y Cantero, Mª. J. (2010). *Vinculaciones afectivas*. Ediciones Pirámide. Madrid.

Lamb, M. (1999). Nonresidential fathers and their impacto n the children of divorce. En R. A. Thompson y P. R. Amato, (1999). *The postdivorce family. Children, parenting and society*. London: Sage.

Lamb, M., Chuang, S. y Cabrera, N. (2005). Promotoring child adjustment by fostering positive paternal involvement. En R. M. Lerner, F. Jacobs y D. Wertlieb (Eds.), *Applied developmental science* (pp. 179-200). Londres: Sage Publications Inc.

Lamberts, K. y Goldstone, R. L. (Eds.) (2005). *The handbook of cognition*. Londres: Sage Publications Inc.

Lansford, J. E., Malone, P. S., Castellino, D. R., Dodge, K. A., Pettit, G. S. y Bates, J. E. (2006). Trajectories of internalizing, externalizing, and grades for children who have and have not experienced their parents´ divorce or separation. *Journal of Family Psychology*, *20*(2), 292-301.

Laumann- Billings, L. y Emery, R. E. (2000). Distress among young adults from divorced families. *Journal of Family Psychology*, *14*(4), 671-687.

Leadbeater, B. J., Kuperminc, G. P., Blatt, S. J. y Hertzog, C. (1999). A Multivariate Model of Gender Differences in Adolescents' Internalizing and Externalizing Problems. *Developmental Psychology*, *35*(5), 1268-1282.

Lee, C. M. (2002). A model of children´s postdivorce behavioral adjustment in maternal- and dual-residence arrangements. *Journal of Family Issues*, *23*(5), 672-697.

Lee, C. M., Beauregard, C. y Bax, K. (2005). Child-related disagreements, verbal aggression, and children´s internalizing and externalizing behavior problems. *Journal of Family Psychology*, *19*(2), 237-245.

Lee, C. M. y Hunsley, J. (2001). Empirically informed consultation to parents concerning the effects of separation and divorce on their children. *Cognitive and Behavioral Practice, 8,* 85-96.

Lee, C. M., Picard, M. y Blain, M. D. (1994). A methodological and substantive review of intervention outcome studies for families undergoing divorce. *Journal of Family Psychology, 8*(1), 3-15.

Leite, R. W. y McKenry, P. C. (2002). Aspects of father status and postdivorce father involvement with children. *Journal of Family Issues*, *23*(5), 601-623.

Lerner, R. M. (2004). *Liberty: Thriving and civic engagement among America`s youth*. London: Sage.

Ley 30/1981 de 7 de Julio (1981). *Boletín Oficial del Estado*, nº 172, 20 julio de 1981.

Ley 15/2005 de 8 de Julio (2005). *Boletín Oficial del Estado*, nº 163, 9 de julio de 2005.

Lindner, M., Stanley-Hagan, M. y Brown, J. C. (1992). The adjustment in children nondivorced, divorced single-mother, and remarried families. En E. M. Hetherington y W. G. Clingempeel (Eds.), Coping with marital transitions: A family perspective. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, *57* (2/3, Serial nº 227).

Lindsey, E., Colwell, M., Frabutt, J. y Mackinnon-Lewis, C. (2006). Family conflict in divorced and non-divorced families: potential consequences for boys` friendship status and friendship quality. *Journal of Social and Personal Relationships*, *23*(1), 45-63.

Lo Coco, A., Inguglia, C. y Pace, U. (2005). Children´s understanding of ethnic belonging and the development of ethnic attitudes. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 223-250). New York: Psychology Press.

Logan, T. y Walker, R. (2004). Separation as a risk factor for victims of intimate partner violence: beyond lethality and injury. *Journal of Interpersonal Violence*, *19*(12), 1478-1486.

Long, N., Slater, E., Forehand, R. y Fauber, R. (1988). Continued high or reduced interparental conflict following divorce: relation to young adolescent adjustment. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *56*(3), 467-469.

López, A. (1985). Evolución de la noción de familia en el niño. *Infancia y Aprendizaje*, *9*, 94-104.

López, F. (2007). Hijos e hijas de familias no convencionales. En F. López (Coord.), *La escuela infantil: observatorio privilegiado de las desigualdades* (pp. 81-93). Barcelona: Graó.

López, F., Meléndez, M. y Rice, K. (2000). Parental divorce, parent-child bonds, and adult attachement orientations among college students: a comparison of three racial/ethnic groups. *Journal of Counseling Psychology, 47*(2), 177-186.

López-Larrosa, S. (2009). El sistema familiar ante el divorcio: factores de riesgo y protección y programas de intervención. *Cultura y Educación*, *21*(4), 391-402.

Lorenz, F., Simons, R. y Chao, W. (1996). Family structure and mother`s depression. En R. L. Simons y Asociados (1996). *Understanding differences between divorced and intact families. Stress, interaction, and child outcome*. London: Sage.

Low, S. M. y Stocker, C. (2005). Family functioning and children´s adjustment: associations among parents` depressed mood, marital hostility, parent-child hostility, and children´s adjustment. *Journal of Family Psychology*, *19*(3), 394-403.

Lucas, P. y Leroy, S. (2003). *El divorcio explicado a nuestros hijos*. Barcelona: El Aleph.

Luecken, L. J. y Appelhans, B. (2005). Information-processing biases in young adults from bereaved and divorced families. *Journal of Abnormal Psychology*, *114*(2), 309-313.

Luengo, D. y Coca, A. (2007). *Hijos manipulados tras la separación*. Barcelona: Viena Ediciones.

Lussier, G., Deater-Deckard, K., Dunn, J. y Davies, L. (2002). Support across two generations: children´s closeness to grandparents following parental divorce and remarriage. *Journal of Family Psychology*, *16*(3), 363-376.

Maccoby, E., Buchanan, C. M., Mnookin, R. y Dornbusch, S. (1993). Postdivorce roles of mothers and fathers in the lives of their children. *Journal of Family Psychology*, *7*(1), 24-38.

MacDonald, K. (1998). Evolution and development. En A. Campbell y S. Muncer (Eds.), *The social child* (pp. 21-49). Londres: Psychology Press.

MacDonald, W. L. y DeMaris, A. (2002). Stepfather-stepchild relationship quality. *Journal of Family Issues*, *23*, 121-137.

MacGregor, C. (2004). *El divorcio explicado a los niños*. Madrid: Obelisco.

Maier, E. y Lachman, M. (2000). Consequences of early parental loss and separation for health and well-being in midlife. *International Journal of Behavioral Developmental*, *24*(2), 183-189.

Marsiglio, W., Amato, P., Day, R. y Lamb, M. (2000). Scholarship on fatherhood in the 1990s and beyond. *Journal of Marriage and Family*, *62*, 1173-1191.

Martin, L. R., Friedman, H. S., Clark, K. M. y Tucker, J. S. (2005). Longevity following the experience of parental divorce. *Social Science and Medicine, 61,* 2177-2189.

Martín-Calero, V. y Fernández, E. (2003). *Padres separados con hijos pequeños: Superación del conflicto*. Madrid: Teleno Ediciones.

Martínez de Murgia, B. (1999). *Mediación y resolución de conflictos*. Barcelona: Paidós.

Martínez-Díaz, Mª. P. (2009). Relaciones coparentales en el proceso de divorcio. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 207-218). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Martínez Pampliega, A. (2009). *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio.* Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Masten, A. (2001). Resilience processes in development. *American Psychologist*, *56*(3), 277-238.

Mazur, E. (1999). Developmental differences in children´s understanding of marriage, divorce and remarriage. *Journal of Applied Developmental Psychology*, *14*, 191-212.

McGurk, H. y Soriano, G. (1998). Families and social development: The 21st century. En A. Campbell y S. Muncer (Eds.), *The social child* (pp. 113-142). Londres: Psychology Press.

McKay. G. D. y Maybell, S. A. (2006) *Cómo apaciguar los conflictos familiares.* Bilbao: Mensajero.

McKenry, P. C., McKelvey, M. W., Leigh, D. y Wark, L. (1996). Nonresidential father involvement: a comparison of divorced, separated, never married, and remarried fathers. *Journal of Divorce and Remarriage*, *25*(3/4), 1-13.

McKenry, P. C. y Price, S. J. (1991). Alternatives for support: life after divorce: a literature review. *Journal of Divorce and Remarriage*, *15*(3/4), 1-19.

Mehler, J. y Dupoux, E. (1992). *Nacer sabiendo. Introducción al desarrollo cognitivo del hombre*. Madrid: Alianza.

Meil, G. (1999). *La postmodernización de la familia española*. Madrid: Acento Editorial.

Mendoza, R., Triana, B., Rubio, A. y Camacho, C. (2006). La facilidad de comunicación parento-filial en la adolescencia: Diferencias de género y tendencias temporales observadas en España. *Anuario de Psicología*, *37*(3), 225-246.

Meyer, D. R. (1999). Compliance with child support orders in paternity and divorce cases. En R. A. Thompson y P. R. Amato, (1999). *The postdivorce family. Children, parenting and society* (pp. 127-157). London: Sage.

Mietzel, G. (2005). *Claves de la psicología evolutiva*. Herder: Barcelona.

Miranda, A., Jarque, S. y Amado, L. (1999). *Teorías actuales sobre el desarrollo: implicaciones educativas*. Málaga: Aljibe.

Mitcham-Smith, M. y Henry, W. (2007). High-conflict divorce solutions: parenting coordination as an innovative co-parenting intervention. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families, 15*(4), 368-373.

Morales, J. F. y Moya, M. C. (1996). *Tratado de psicología social* (Vol. 1). Madrid: Síntesis Psicología.

Morán, C. (2009, 18 de septiembre). Menos bodas…y menos divorcios. Vida&Artes. *El País*, p. 44.

Morant, I. y Bolufer, M. (1998). *Amor, matrimonio y familia*. Madrid: Editorial Síntesis.

Morgado, B. (2008). *Experiencia del divorcio parental y ajuste psicológico infantil*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla, Sevilla.

Morgado, B. y González, Mª. M. (2001). Divorcio y ajuste psicológico infantil. Primeras respuestas a algunas preguntas repetidas. *Apuntes de Psicología*, *19*(3), 387-402.

Morgado, B., Jiménez-Lagares, I. y González, Mª. M. (2007). Familias tras separación o divorcio. Experiencia y ajuste psicológico. *Letras de Deusto*, *115*(37), 93-107

Morgado, B., Jiménez-Lagares, I. y González, Mª. M. (2009). Ideas del profesorado de primaria acerca de la diversidad familiar. *Cultura y Educación*, *21*(4), 441-451.

Morrison, D. R. y Cherlin, A. J. (1995). The divorce process and young children´s well-being: a prospective analysis. *Journal of Marriage and Family*, *57*, 800-818.

Morrison, D. R. y Coiro, M. J. (1999). Parental conflicto and marital disruption: do children benefit when high-conflict marriages are dissolved? *Journal of Marriage and the Family*, *6*, 626-637.

Mott, F. L., Kowaleski-Jones, L. y Menaghan, E. G. (1997). Paternal absence and child behavior: does a child gender make a difference? *Journal of Marriage and Family*, *59*, 103-118.

Moxnes, K. (2003). Risk factors in divorce. *Childhood*, *10*(2), 131-146.

Mucha, M., Hernández, I. y González, R. (2009, 10 de mayo). «Lo siento, no tengo para pagar la pensión al niño». Crónica. *El Mundo*. Recuperado el 4 de marzo de 2010 en http://www.elmundo.es/papel/2009/05/10/cronica/14635436_impresora.html.

Mueller, R. E. (2005). The effect of marital dissolution on the labour supply of males and females: evidence from Canada. *The Journal of Socio-Economics, 34,* 787-809.

Musitu, G. y Allat, P. (1994). *Psicosociología de la familia*. Valencia: Albatros Educación.

Musitu, G. y Cava, Mª. J. (2001). *La familia y la educación*. Barcelona: Octaedro.

Myers, D. G. (2000). *Psicología Social*. Colombia: McGraw-Hill.

Nakhaie, M. R. (1993). Knowledge of profit and interest among children in Canada. *Journal of Economic Psychology*, *14*, 147-160.

Navarro, A. y Enesco, I. (1998). Las ideas infantiles sobre la movilidad socioeconómica: un estudio comparativo entre niños mexicanos y españoles. *Infancia y Aprendizaje*, *81*, 27-44.

Neale, B. (2002). Dialogues with children. Children, divorce, and citizenship. *Childhood*, *9*(4), 455-475.

Neff, L. A. y Karney, B. R. (2005). To know you is to love you: the implications of global adoration and specific accuracy for marital relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, *88*(3), 480-497.

Newman, J. L., Roberts, L. R. y Syré, C. R. (1993). Concepts of family among children and adolescents: effect of cognitive level, gender, and family structure. *Developmental Psychology*, *29*(6), 951-962.

Nielsen, L. (2000). Demeaning, demoralizing, and disenfranchising divorced dads. *Journal of Divorce and Remarriage*, *31*(3/4), 139-177.

Noller, P., Feeney, J., Sheehan, G., Darlington, Y. y Rogers, C. (2008). Conflict in divorcing and continuously married families: A study of marital, parent-child and sibling relationships. *Journal of Divorce & Remarriage*, *49*(1/2), 1-24.

O`Connor, T. G., Caspi, A., Defries, J. C. y Plomin, R. (2000). Are associations between parental divorce y children´s adjustment genetically mediated? An adoption study. *Developmental Psychology*, *36*(4), 429-437.

O`Leary, S. G. y Vidair, H. B. (2005). Marital adjustment, child-rearing disagreements, and overreactive parenting: predicting child behavior problems. *Journal of Family Psychology*, *19*(2), 208-216.

Oliva, A., Parra, A. y Antolín, L. (2010). Familias reconstituidas. En E. Arranz y A. Oliva (Coords.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 69-87). Madrid: Pirámide.

Olson, K. R. y Dweck, C. S. (2009). Social cognitive development: A new look. *Child Development Perspectives*, *3*(1), 60-65

Orbuch, T., Veroff, J., Hassan, H. y Horrocks, J. (2002). Who will divorce: a 14-year longitudinal study of black couples and white couples. *Journal of Social and Personal Relationships*, *19*(2), 179-202.

Overton, W. (1998). Developmental psychology: Psychology, concepts, and methodology. En W. Damon, *Handbook of child psychology. Theoretical models of human development*. New York: John Wiley & Sons.

Ozawa, M. y Yoon, H. (2003). Economic impact of marital disruption on children. *Children and Youth Services Review*, *25*(8), 611-632.

Páez, D., Morales, J. F. y Fernández, I. (2007). Las creencias básicas sobre el mundo social y el yo. En J. F. Morales, E. Gaviria, M. Moya e I. Cuadrado, *Psicología social* (pp. 195-211). Madrid: McGraw-Hill.

Pagés i Crivillé, M. (2002*). Hijos y divorcio. Consejos legales y ayuda emocional para parejas con niños*. Barcelona: Martínez Roca.

Palacios, J., Marchesi, A. y Carretero, M. (1985). *Psicología evolutiva 2. Desarrollo cognitivo y social del niño*. Madrid: Alianza Psicología.

Palacios, J., Marchesi, A. y Coll, C. (1996). *Desarrollo psicológico y educación I. Psicología Evolutiva*. Madrid: Alianza Editorial.

Papalia, D. E., Wendkos, S. y Duskin, R. (2001). *Psicología del desarrollo* (8ª ed.). Colombia: McGraw-Hill.

Parra, J. (2005). *Familia y desarrollo adolescente: un estudio longitudinal sobre trayectorias evolutivas*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla, Sevilla.

Patterson, G. R. (1986). Performance models for antisocial boys. *American Psychologist*, *41*, 432-444.

Patterson, J. M. (2002). Integrating family resilience and family stress theory. *Journal of Marriage and Family, 64* (2), 349-360.

Pellegrini, A. D. y Archer, J. (2005). Sex differences in competitive and agrressive behavior: A view from sexual selection theory. En B. Ellis y D. Bjorklund (Eds.), *Origins of the social mind* (pp. 219-244). New York: Guilford Press.

Peñas, S. (2009). Talleres psicoeducativos para menores con padres y madres separados: escuchando sus voces. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 323-328). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Pérez Pereira, M. (1995). *Nuevas perspectivas en psicología del desarrollo*. Madrid: Alianza Editorial.

Peris, T. S., Goeke-Morey, M. C., Cummings, E. M. y Emery, R. E. (2008). Marital conflict and support seeking by parents in adolescence: empirical support for the parentification construct. *Journal of Family Psychology*, *22*(3), 633-642.

Perret-Clermont, A. N. (1980). *Social interaction and cognitive development in children*. London: Academic Press.

Persson, S., Stattin, H. y Kerr, M. (2004). Adolescents` conceptions of family democracy: Does their own behavior play a role? En W. Koops y H. A. Bosma, *Social cognition in adolescence* (pp. 317-330). Psychology Press: New York.

Peterson-Badali, M., Abramovitch, R. y Duda, J. (1997). Young children´s legal knowledge and reasoning ability. *Canadian Journal of Criminology*, *39*, 145-170.

Pett, M. A., Wampold, B. E., Turner, C. W. y Vaughan-Cole, B. (1999). Paths of influence of divorce on preschool children´s psychosocial adjustment. *Journal of Family Psychology, 13*(2), 145-164.

Petterson, S. M. y Albers, A. B. (2001). Effects of poverty and maternal depression on early child development. *Child Development*, *72*(6), 1794-1813.

Piaget, J. (1928). *Judgement and reasoning in the child*. London: Kegan Paul.

Piaget, J. (1970). *Structuralism.* New York: Basics Books (Trad. cast. En Proteo, Buenos Aires, 1978).

Piaget, J. (1981). La teoría de Piaget. *Infancia y aprendizaje*. Monografía 2.

Piaget, J. e Inhelder, B. (1971). *Mental imagery in the child: a study of the development of imaginal representation*. London: Routledge & Kegan Paul.

Pickhardt, C. E. (1997). *Keys to successful step-fathering*. Hauppauge, New York: Barron's.

Plasencia, S. y Triana, B. (2006). El concepto de hermanastro en la infancia y en la adolescencia. En F. Bacáicoa, J. D. Uriarte y A. Amez (Eds.), *Psicología y Desarrollo Social*, (pp. 181-190). Bilbao: Psicoex.

Plasencia, S. y Triana, B. (2008). *Children and adolescents beliefs about the main problems in stepfamilies, according to their personal experience.* Póster presentado en el XXIX International Congress of Psychology, (20-25 de Julio). Berlín, Alemania.

Pons-Salvador, G. y Del Barrio, V. (1995). El efecto del divorcio sobre la ansiedad de los hijos. *Psicothema*, *7*(3), 489-497.

Poortman, A. (2005). How work affects divorce. *Journal of Family Issues*, *26*(2), 168-195.

Poussin, G. y Lamy, A. (2005). *Custodia compartida. Cómo aprovechar sus ventajas y evitar tropiezos*. Madrid: Espasa Calpe, S. A.

Poussin, G. y Martin, E. (2005). *Los hijos del divorcio. Psicología del niño y separación parental*. Sevilla: Trillas.

Pozo, J. I. (1994). El cambio conceptual en el conocimiento físico y social: del desarrollo a la instrucción. En Mª. J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 419-449). Madrid: Editorial Síntesis.

Pozo, J. I. (2003). *Adquisición de conocimiento*. Madrid: Morata.

Pozo, J. I. y Monereo, C. (Coords.) (1999), *El aprendizaje estratégico: enseñar a aprender desde el currículo*. Madrid: Santillana.

Pozo, J. I. y Rodrigo, Mª. J. (2001). Del cambio de contenido al cambio representacional en el conocimiento conceptual. *Infancia y Aprendizaje*, *24*(4), 407-423.

Prades, J. (2009, 20 de diciembre). Los hombres se casan dos veces. Sociedad. El País. Recuperado de, http://www.elpais.com/articulo/sociedad/hombres/casan/veces/elpepisoc/20091220elpepisoc_1/Tes.html.

Proulx, C. M., Helms, H. M. y Buehler, C. (2007). Marital quality and personal well-being: a meta-analysis. *Journal of Marriage and Family, 69*, 576-593.

Pruett, M. K., Williams, T. Y., Insabella, G. y Little, T. D. (2003). Family and legal indicators of child adjustment to divorce among families with young children. *Journal of Family Psychology*, *17*(2), 169-180.

Pryor, J. y Rodgers, B. (2001). *Children in changing families. Life after parental separation*. Oxford: Blackwell Publishers.

Quinn, P. (2003). Development of recognition and categorization of objects and their spatial relations in young infants. En L. Balter y C. Tamis-LeMonda (Eds.), *Child Psychology* (pp. 85-115). New York: Psychology Press.

Radovanovic, H. (1993). Parental conflict and children´s coping styles in litigating separated families: relationships with children´s adjustment. *Journal of Abnormal Child Psychology, 21*(6), 697-713.

Rakison, D. (2005). Infant perception and cognition: An evolutionary perspective on early learning. En B. Ellis y D. Bjorklund (Eds.), *Origins of the social mind* (pp. 317-353). New York: Guilford Press.

Ramírez, Mª. A. (2009). Ajuste de los hijos tras el divorcio: factores condicionantes. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y monoparentalidad: retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 119-130). Bilbao: ENCUENTROS de la REDIF.

Redorta, J. (2004). *Cómo analizar los conflictos.* Barcelona: Paidós.

Reher, D. (1996). *La familia en España. Pasado y presente.* Madrid: Alianza Editorial.

Renk, K., Phares, V. y Epps, J. (1999). The relationships between parental anger and behavior problems in children and adolescents. *Journal of Family Psychology*, *13*(2), 209-227.

Rice, F. P. (2000). *Adolescencia*. Madrid: Prentice Hall.

Riggio, H. R. (2004). Parental marital conflict and divorce, parent-child relationships, social support, and relationship anxiety in young adulthood. *Personal Relationships*, *11*, 99-114.

Ríos, P. (2010, 19 de abril). El Gobierno incumple la promesa de equiparar a madres solas y viudas. Sociedad. *El País*.

Rodgers, K. B. y Rose, H. A. (2002). Risk and resiliency factors among adolescents who experience marital transitions. *Journal of Marriage and Family, 64,* 1024-1037.

Rodrigo, Mª. J. (1982). La crisis de la noción de la estructura lógica: análisis experimental del estadio de las operaciones concretas. *Infancia y Aprendizaje*, *17*, 115-127.

Rodrigo, Mª. J. (1985). Las teorías implícitas en el conocimiento social. *Infancia y Aprendizaje*, *31*/*32*, 145-156.

Rodrigo, Mª. J. (Ed.). (1994). *Contexto y desarrollo social*. Madrid: Síntesis Psicología.

Rodrigo, Mª. J. y Correa, N. (1999). Teorías implícitas, modelos mentales y cambios educativos. En J. Pozo y C. Monereo (Coords.), *El aprendizaje estratégico: enseñar a aprender desde el currículo* (pp. 75-85). Madrid: Santillana.

Rodrigo, Mª. J., García, M., Máiquez, M. L. y Triana, B. (2005). Discrepancias entre padres e hijos adolescentes en la frecuencia percibida e intensidad emocional en los conflictos familiares. *Estudios de Psicología*, *28*(1), 21-24

Rodrigo, Mª. J. y Palacios, J. (1998). Conceptos y dimensiones en el análisis evolutivo-educativo de la familia. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 45-70). Madrid: Alianza Editorial.

Rodrigo, Mª. J. y Palacios, J. (Eds.). (2003). *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza Editorial.

Rodrigo, Mª. J., Rodríguez, A. y Marrero, J. (Eds.). (1993). *Las teorías Implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Aprendizaje Visor.

Rodrigo, Mª. J. y Triana, B. (1996). Parental beliefs about child development and parental inferences about actions during child-rearing episodes. *European Journal of Psychology of Education*, *11*(1), 55-78.

Rodrigo, Mª. J., Triana, B. y Simón, Mª. I. (2002). Cognitive variability in the development of the concept of family: a contextualist or a gradualist view? En M. Limón y L. Mason (Eds.), *Reconsidering conceptual change. Issues in Theory and Practice* (pp. 165-185). Netherlands: Kluwer Academic Publishers.

Rodríguez, G., Triana, B. y Hernández, Mª. M. (2005). La experiencia familiar y la atribución de roles parentales. *Psicothema, 17*(3), 363-369.

Rodríguez, M. R. y Triana, B. (2009). Colaboración de los adolescentes en las tareas domésticas y otras actividades cotidianas en las familias biparentales y monoparentales. En A. Martínez Pampliega (Ed.), *Divorcio y Monoparentalidad: Retos de nuestra sociedad ante el divorcio* (pp. 171-189). Bilbao: REDIF.

Rodríguez, N. (2003). *¡Socorro! Papá y mamá se separan. Cómo afrontar con inteligencia una separación sin traumas.* Barcelona: Océano Ambar.

Rodríguez, N. (2009). *No quiero ir contigo*. Ceac: Barcelona.

Rogoff, B. (1993). *Aprendices del pensamiento: el desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.

Rogoff, B. (1998). Cognition as a collaborative process. En W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology* (Vol.2). New York: Wiley.

Rojas, L. (2008). *La pareja rota*. Madrid: Espasa.

Rosenthal, R. y Rubin, D. B. (1982). A simple, general purpose display of magnitude of experimental effect. *Journal of Educational Psychology*, *74*(2), 166-169.

Ruiz, D. (1999). *Después del divorcio*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid: XXI.

Ruiz, D. (2008). La percepción social del divorcio en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, *123*, 187-208.

Rusby, J. (2010). Effect of childhood age in foster care on the incidence of divorce in adulthood. *Journal of Family Psychology*, *24*(1), 101-104.

Rydell, R. J. y McConnell, A. R. (2006). Understanding implicit and explicit attitude change: a systems of reasoning analysis. *Journal of Personaliy and Social Psycholgoy, 91*(6), 995-1008.

Salamanca, A. (2009, 11 de mayo). Menos divorcios, pero más conflictivos. Los costes de la ruptura del matrimonio. Sociedad. *El Mundo*. Recuperado el 4 de marzo de 2010 en, http://www.elmundo.es/elmundo/2009/05/10/espana/1241962233.html

Sanders, M., Halford, W. y Behrens, B. (1999). Parental divorce and premarital couple communication. *Journal of Family Psychology*, *13*(1), 60-70.

Sandfield, A. (2006). Talking divorce: the role of divorce in women`s constructions of relationship status. *Feminism y Psychology*, *16*(2), 155-173.

Sandler, I., Tein, J. Y., Metha, P., Wolchik, S. y Ayers, T. (2000). Coping efficacy and psychological problems of children of divorce. *Child Development*, *71*, 1099-1118.

Sandler, I., Wolchik, S., Davis, Ch., Haine, R. y Ayers, T. (2003). Correlational and experimental study of resilience in children of divorce and parentally bereaved children. En S. S. Luthar (Ed.), *Resilience and vulnerability*. Adaptation in the context of childhood adversities, (pp. 213-240). USA: University Press.

Sbarra, D. A. y Emery, R. E. (2005). Coparenting conflict, nonacceptance, and depression among divorced adults: results from a 12-year follow-up study of child custody mediation using multiple imputation. *American Journal of Orthopychiatry*, *75*(1), 63-75.

Sbarra, D. A. y Emery, R. E. (2008). Deeper into divorce: Using actor-partner analices to explore systemic differences in coparenting conflict following custody dispute resolution. *Journal of Family Psychology*, *22*(1), 144-152.

Schaffer, H. (1984). *El mundo social del niño*. Madrid: Aprendizaje Visor.

Schulz, M., Waldinger, R., Hauser, S. y Allen, J. (2005). Adolescents` behavior in the presence of interparental hostility: Developmental and emotion regulatory influences. *Development and Psychopathology*, *17*, 489-507.

Segrin, C., Taylor, M. E., Altman, J. (2005). Social cognitive mediators and relational outcomes associated with parental divorce. *Journal of Social and Personal Relationships*, *22*(3), 361-377.

Selman, R. L. (1980). *The growth of interpersonal understanding*. New York: Academic Press.

Selman, R. L. (1989). El desarrollo sociocognitivo. Una guía para la práctica educativa y clínica. En E. Turiel, I. Enesco y J. Linaza (Comps.) (1989). *El mundo social en la mente infantil*. Madrid: Alianza Editorial.

Selman, R. L. y Adalbjarnardottir, S. (2000). Developmental method to analyze the personal meaning adolescents make of risk and relationship: the case of "drinking". *Applied Developmental Science*, *4*, 47-85.

Seltzer, J. (1991). Relationships between fathers and children who live apart: the father`s role after separation. *Journal of Marriage and Family*, *53*, 79-101.

Seltzer, J. y Brandreth, Y. (1994). What fathers say about involvement with children after separation. *Journal of Family Issues*, *15*, 49-77.

Shanks, D. R. (2005). Implicit learning. En K. Lamberts y R. L. Goldstone (Eds.), *The handbook of cognition* (pp. 202-220). Londres: Sage Publications Inc.

Shapiro, A. (2003). Later-life divorce and parent-adult child contact and proximity. *Journal of Family Issues*, *24*(2), 264-285.

Shatté, A. J., Seligman, M. E. P., Gillham, J. E. y Reivich, K. (2005). The role positive psychology in child, adolescent, and family development. En R. M. Lerner, F. Jacobs y D. Wertlieb (Eds.), *Applied developmental science* (pp. 61-80). Londres: Sage Publications Inc.

Shulman, S., Cohen, O., Feldman, B. y Mahler, A. (2006). Emerging adult men and their mothers in divorced families: A typology of relationship patterns. *Journal of Social and Personal Relationships*, *23*(3), 465-481.

Siegal, M. (1988). Children´s knowledge of contagion and contamination as causes of illness. *Child Development, 59*, 1353-1359.

Siegler, R. S. y Crowley, K. (1991). The microgenetic method: direct means for studyin cognitive development. *American Psychologist*, *46*, 606-620.

Simón, M. I. (2000). *El concepto de familia: una perspectiva socioconstructivista*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de La Laguna, Tenerife.

Simón, M. I. y Triana, B. (1994). *The social construction of the roles of the family members*. Póster presentado en el XIIIth Bienal Meetings of ISSBD, Amsterdam, 28 junio-2 julio, 1994.

Simón, M. I., Triana, B. y Camacho, J. (2001). La construcción del concepto de familia: de las concepciones implícitas a las explícitas. *Infancia y Aprendizaje, 24*(4), 425-439.

Simón, M. I., Triana, B. y González, Mª. M. (1998). Vida familiar y representaciones de la familia. En Mª. J. Rodrigo y J. Palacios (Coord.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 297-315). Madrid: Alianza Editorial.

Simons, R. L. y Asociados (1996). *Understanding differences between divorced and intact families. Stress, interaction, and child outcome*. London: Sage.

Skopp, N. A., McDonald, R., Manke, B. y Jouriles, E. N. (2005). Siblings in domestically violent families: experiences of interparent conflict and adjustment problems. *Journal of Family Psychology*, *19*(2), 324-333.

Smart, C. (2003). Introduction. New perspective on childhood and divorce. *Childhood*, *10*(2), 123-129.

Smith, A. B., Taylor, N. J. y Tapp, P. (2003). Rethinking children´s involvement in decision-making after parental separation. *Childhood*, *10*(2), 201-216.

Sobolewsky, J. M. y King, V. (2005). The importance of the coparental relationship for nonresident fathers` ties to children. *Journal of Marriage and Family*, *67*, 1196-1212.

Solé, C. (2008). La mujer en España. En S. Del Campo y J. F. Tezanos (Eds.), *La Sociedad* (pp. 217-234). Madrid: Biblioteca Nueva.

Sommers-Flanagan, J. y Barr, L. (2005). Three constructive interventions for divorced, divorcing, or never-married parents. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *13*(4), 482-486.

Sorensen, E. y Zibman, C. (2001). Getting to know poor fathers who do not pay child support. *Social Service Review*, 75, 420-434.

Spriger, K. y Keil, F. C. (1989). On the development of biologically specific beliefs: the case of inheritance. *Child Development*, *60*, 637-648.

Stahl, P. M. (2000). *Parenting after divorce*. California: Impact Publishers.

Stamps, K., Booth, A. y King, V. (2009). Adolescents with non-resident fathers: Are daughters more disadvantaged than sons? *Journal of Marriage and Family*, *71*, 650-662.

Stanley, S. M., Amato, P. R., Johnson, C. A. y Markman, H. J. (2006). Premarital education, marital quality, and marital stability: findings from a large, random household survey. *Journal of Family Psychology*, *20*(1), 117-126.

Stewart, A. J., Copeland, A. P., Lane, N., Malley, J. E. y Barenbaum, N. B. (1997). *Separating together*. New York: The Guildford Press.

Stewart, S. D. (1999). Nonresident mothers` and fathers` social contact with children. *Journal of Marriage and Family, 61*, 894-907.

Stewart, S. D. (2003). Nonresident parenting and adolescent adjustment. *Journal of Family Issues*, *24*(2), 217-244.

Stocker, C. M. y Youngblade, L. (1999). Marital conflict and parental hostility: links with children´s sibling and peer relationships. *Journal of Family Psychology*, *13*(4), 598-609.

Størksen, I., Røysamb, E., Holmen, T. y Tambs, K. (2006). Adolescent adjustment and well-being: effects of parental divorce and distress. *Scandinavian Journal of Psychology*, *47*, 75-84.

Story, L. B., Karney, B. R., Lawrence, E. y Bradbury, T. N. (2004). Interpersonal mediators in the intergenerational transmission of marital dysfunction. *Journal of Family Psychology*, *18*(3), 519-529.

Strohschein, L. (2005). Parental divorce and child mental health trajectories. *Journal of Marriage and Family*, *67*, 1286-1300.

Sturge-Apple, M. L., Davies, P. T. y Cummings, E. M. (2006). Impact of hostility and withdrawal in interparental conflict on parental emotional unavailability and children´s adjustment difficulties. *Child Developmental*, *77*(6), 1623-1641.

Sun, Y. y Li, Y. (2001). Marital disruption, parental investment, and children´s academic achievement. A prospective analysis. *Journal of Family Issues*, *22*(1), 27-62.

Sun, Y. y Li, Y. (2002). Children´s wellbeing during parents` marital disruption precess: a pooled time series analysis. *Journal of Marriage and Family*, *64*, 472-488.

Sun, Y. y Li, Y. (2009). Parental divorce, sibship size, family resources, and children´s academic performance. *Social Science Research*, *38*, 622-634.

Sweeney, M. M. (2002). Remarriage and the nature of divorce. *Journal of Family Issues*, *23*(3), 410-440.

Sweeper, S. y Halford, K. (2006). Assessing adult adjustment to relationship separation: the psychological adjustment to separation test (PAST). *Journal of Family Psychology*, *20*(4), 632-640.

Tamborero, R. (2001*). Matrimonio, separación, divorcio…Todo lo que necesitas saber sobre el derecho de familia.* Barcelona: Plaza y Janes.

Taniguchi, H. y Kaufman, G. (2007). Belated entry: gender differences and similarities in the patterns of nontraditional college enrollment. *Social Science Research, 36,* 350-568.

Tein, J., Sandler, I., MacKinnon, D. y Wolchik, S. (2004). How did it work? Who did it work for? Mediation in the context of a moderated prevention effect for children of divorce. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *72*(4), 617-624.

Tein, J., Sandler, I. y Zautra, A. (2000). Stressful life events, psychological distress, coping, and parenting of divorced mothers: a longitudinal study. *Journal of Family Psychology*, *14*(1), 27-41.

Terhell, E., Broese Van Groenou, M. y Van Tilburg, T. (2004). Network dynamics in the long-term period after divorce. *Journal of Social and Personal Relationships, 21*(6), 719-738.

Tezanos, J. F. (2008). La inmigración en España. En S. Del Campo y J. F. Tezanos (Eds.), *La Sociedad* (pp. 93-138). Madrid: Biblioteca Nueva.

Thelen, E. y Smith, L. B. (1994). *A dynamic system approach to development of cognition and action*. Cambridge: MIT Press.

Thelen, E. y Smith, L. B. (1998). Dynamic systems theories. En W. Damon y R. M. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology. Theoretical models of human development*. New York: John Wiley & Sons.

Thompson, R. y Amato, P. R. (1999). *The postdivorce family. Children, parenting and society*. London: Sage.

Thompson, R., Lizardi, D., Keyes, K. M. y Hasin, D. S. (2008). Childhood or adolescent parental divorce/separation, parental history of alcohol problems, and offspring lifetime alcohol dependence. *Drug and Alcohol Dependence*, *98*, 264-269.

Thompson, R. y Siegler, R. S. (2000). Buy low, sell high: the development of an informal theory of economics. *Child Development*, *71*(3), 660-677.

Thomson, E., Hanson, T. y McLanahan, S. (1994). Family structure and child well-being: economic resources vs. parental behaviors. *Social Forces*, *73*(1), 221-242.

Torres, E. (1994). La construcción psicológica de la nación: el desarrollo de las ideas y de los sentimientos nacionales. En Mª. J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 345-383). Madrid: Editorial Síntesis.

Triana, B. (1991). Las concepciones de los padres sobre el desarrollo: Teorías personales o teorías culturales. *Infancia y Aprendizaje, 54*, 19-39.

Triana, B. (1993). Las creencias de los padres sobre la infancia y la educación. En M. J. Rodrigo, A. Rodríguez y J. Marrero (Eds.), *Las teorías implícitas* (pp. 183-210). Madrid: Aprendizaje Visor.

Triana, B. (2005). *The concept of divorce in adolescents*. Póster presentado en el XIIth European Conference on Developmental Psychology (24-28 de Agosto). Tenerife, España.

Triana, B. (2006). *Conflicto entre los progenitores: consecuencias para los hijos*. Actas del I y II Simposium sobre la Guarda y Custodia de los hijos. Formato CD. Editado por la Fundación Canaria. Centro de Atención a la Familia.

Triana, B., Castañeda, J. y Correa, N. (2006). La atribución de causas a la ruptura de pareja. En F. Bacáicoa, J. D. Uriarte y A. Amez (Eds.), *Psicología y Desarrollo Social* (pp. 477-486). Bilbao: Psicoex.

Triana, B., Castañeda, J. y Hernández, J. A. (2003). *Changes in parents after separation: three-generation analysis*. Poster presentado en el Vth IAG European Congress of Gerontology (2-5 de Julio). Barcelona, España.

Triana, B. y Hernández, J. A. (2002). Opiniones de los adolescentes sobre la separación familiar. Psicología de la Infancia y de la Adolescencia. Nuevos retos, nuevas respuestas. En M. I. Fajardo, A. Ventura, F. Vicente y J. A. Julve (Comp.), *Psicología de la Infancia y de la Adolescencia. Nuevos retos, nuevas respuestas* (pp. 159-173). Teruel: Psicoex.

Triana, B. y Hernández, J. A. (2003). *Los cambios que sufren los progenitores tras la separación, vistos por los adolescentes*. Poster presentado en la 1ª Feria de Difusión de Resultados de las actividades de I+D+I en Canarias (25-27 de Abril). S/C de Tenerife, España.

Triana, B. y Piñero, L. (2010). *La percepción de los maestros y de los estudiantes de magisterio sobre la adaptación y necesidades de alumnos pertenecientes a diferentes estructuras familiares*. Comunicación presentada en el symposium, Nuevas estructuras familiares y desarrollo psicológico: investigación e intervención, en el II Congreso Internacional de Convivencia Escolar: Variables Psicológicas y Educativas Implicadas (16-19 de marzo). Almería, España.

Triana, B. y Plasencia, S. (2003). *Las creencias de diferentes generaciones acerca de los efectos del divorcio en los hijos.* Comunicación presentada en el XI Congreso de Psicología de la Infancia y de la Adolescencia (INFAD) (19-22 de Noviembre). Fuerteventura, España.

Triana, B., Plasencia, S. y Hernández, J. A. (2003). *Different generation´ beliefs about the effects of divorce on children*. Poster presentado en el XI European Conference on Development Psychology (27-31 de Agosto). Milán, Italia.

Triana, B., Plasencia, S. y Hernández, J. A. (2009). Representaciones sociales acerca de las figuras de padrastro y madrastra. *Cultura y Educación*, *21*(4), 417-428.

Triana, B. y Rodrigo, Mª. J. (2010). Modelos y estrategias de intervención ante la diversidad familiar. En E. Arranz y A. Oliva (Coords.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 121-142). Madrid: Pirámide.

Triana, B. y Simón, M. I. (1994). La familia vista por los hijos. En Mª. J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 271-304). Madrid: Editorial Síntesis.

Trinder, L., Kellet, J. y Swift, L. (2008). The relationship between contact and child adjustment in high conflict cases after divorce or separation. *Child and Adolescent Mental Health, 13*(4), 181-187.

Trost, J. (1990). Do we mean the same by the concept of family? *Communication Research*, *17*(4), 431-443.

Tucker, J., Friedman, H., Schwartz, J., Tomlinson-Keasey, C., Criqui, M., Wingard, D. y Martin, L. (1997). Parental divorce: effects on individual behavior and longevity. *Journal of Personality and Social Psychology*, *73*(2), 381-391.

Tudge, J. R. y Scrimsher, S. (2002). Lev S. Vygotsky on education. En B. J. Zimmerman y D. H. Schunk (Eds.), *Educational psychology*. Mahwah, NJ: Erlbaum.

Turiel, E. (1989). Dominios y categorías en el desarrollo cognitivo y social. En E. Turiel, I. Enesco y J. Linaza (Comps.) (1989). *El mundo social en la mente infantil* (pp.37-70). Madrid: Alianza Editorial.

Turiel, E., Enesco, I. y Linaza, J. (Comps.) (1989). *El mundo social en la mente infantil*. Madrid: Alianza Editorial.

Turner, H. A. y Kopiec, K. (2006). Exposure to interparental conflict and psychological disorder among young adults. *Journal of Family Issues*, *27*, 131-158.

Twaite, J. A., Silitsky, D. y Luchow, A. K. (1998). *Children of divorce. Adjustment, parental conflict, custody, remarriage and recommendations for clinicians*. London: Jason Aronson.

Vandervalk, I., Spruijt, E., DeGoede, M., Larsen, H. y Meeus, W. (2008). Family traditionalism and family structure. *European Psychology*, *13*(2), 83-95.

Vandervalk, I., Spruijt, E., DeGoede, M., Meeus, W. y Maas, C. (2004). Marital status, marital process, and parental resources in predicting adolescents` emotional adjustment. A multilevel analysis. *Journal of Family Issues*, *25*, 291-317.

Van Tilburg, T. y Broese van Groenou, M. (2002). Network and health changes among older Dutch adults. *Journal of Social Issues*, *58*, 697-713.

Vygotsky, L. (1962). *Thought and language*. Cambridge, M. A: MIT Press.

Vygotsky, L. (1978). *Mind in Society. The development of higher psychological processes*. Cambridge: Harvard University Press (Trad. Cast. En Barcelona: Crítica, 1979).

Vygotsky, L. (1984). Aprendizaje y desarrollo intelectual en la edad escolar. *Infancia y Aprendizaje*, 27/28, 105-116.

Walker, R., Logan, T., Jordan, C. E. y Campbell, J. C. (2004). An integrative review of separation in the context of victimization. *Trauma, Violence, y Abuse*, *5*(2), 143-193.

Wallerstein, J. S. y Blakeslee, S. (2003). *What about the kids? Raising your children before, during and after divorce*. New York: Hiperion.

Wallerstein, J. S. y Kelly, J. B. (1980). *Surviving the breakup.* New York: Basic Books.

Wallerstein, J. S. y Lewis, J. M. (2004). The unexpected legacy of divorce, report of a 25-years study. *Psychoannalytic Psychology, 21*(3), 353-370.

Wallerstein, J. S. y Lewis, J. M. (2005). The reality of divorce. *Psychoanalytic Psychology*, *22*(3), 452-454.

Wallerstein, J. S. y Lewis, J. M. (2007). Sibling outcomes and disparate parenting and stepparenting after divorce. *Psychoanalytic Psychology*, *24*(3), 445-458.

Wallerstein, J. S., Lewis, J. M. y Blakeslee, S. (2001). *El inesperado legado del divorcio*. Barcelona: Atlántida.

Walzer, S. (2008). Redoing gender through divorce. *Journal of Social and Personal Relationships*, *25*(1), 5-21.

Wang, H. y Amato, R. P. (2000). Predictors of divorce adjustment: stressors, resources, and definitions. *Journal of Marriage and Family*, *62*, 655-668.

Webley, P. (2005). Children´s understanding of economics. En M. Barrett y E. Buchanan-Barrow (Eds.). *Children´s understanding of society* (pp. 43-68). New York: Psychology Press.

Weigel, D. J. y Donovan, K. A. (2006). Parental alienation Syndrome: Diagnostic and triadic perspective. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, *14*(3), 274-282.

Weiss, R. S. (1975). *Marital separation*. New York: Basic Books.

Wellman, H. M. y Gelman, S. A. (1992). Cognitive development: foundational theories of core domains. *Annual Review of Psychology*, *43*, 337-375.

Wertsch, J. V. (1985). Adult-child interaction as a source of self regulation in children. En S. R. Yussen (Ed.), *The growth of reflection in children*. New York: Academic Press.

Whiteside, M. F. y Becker, B. J. (2000). Parental factors and the young child`s postdivorce adjustment: a meta analysis with implications for parenting arrangements. *Journal of Family Psychology*, *14*(1), 5-26.

Whitton, S. W., Rhoades, G. K., Stanley, S. M. y Markman, H. J. (2008). Effects of parental divorce on marital commitment and confidence. *Journal of Family Psychology*, *22*(5), 789-793.

Wisdom, S. y Green, J. (2002). *Stepcoupling*. New York: Three Rivers Press.

Wolchik, S. A., West, S. G., Sandler, I. N., Tein, J., Coatsworth, D., Lengua, L., Weiss, L., Anderson, E., Greene, S. y Griffin, W. (2000). An experimental evaluation of theory-based mother and mother-child programs for children of divorce. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 68*(5), 843-856.

Wolfinger, N. (2000). Beyond the intergenerational transmission of divorce. *Journal of Family Issues*, *21(*8), 1061-1086.

Wu, J., Capaldi, D. M., Kim, H. K. y Owen, L. D. (2006). Relationship separation for young, at-risk couples: Prediction from dyadic aggression. *Journal of Family Psychology, 20*(4), 624-631.

Yárnoz-Yaben, S. (2010). Hacia la coparentalidad post-divorcio: percepción del apoyo de la es pareja en progenitores divorciados españoles. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *10*(2), 295-307.

Yates, T., Dodds, M. Sroufe, L. y Egeland, B. (2003). Exposure to partner violence and child behaviour problems: a prospective study controlling for child physical abuse and neglect, child cognitive ability, socioeconomic status, and life stress. *Development and Psychopathology*, *15*, 199-218.

Yates, T. y Youniss, J. (1998). Community service and political identity development in adolescence. *Journal of Social Issues*, *5*, 495-512.

Yodanis, C. (2005). Divorce culture and marital gender equality. *Gender y Society*, *19*(5), 644-659.

Young, M. E. y Wasserman, E. A. (2005). Theories of learning. En K. Lamberts y R. L. Goldstone (Eds.), *The handbook of cognition* (pp. 161-182). Londres: Sage Publications Inc.

Youniss, J. y Smollar, J. (1985). A*dolescent relations with mothers, fathers and friends*. Chicago: University of Chicago Press.

Yuil, N. (1993). Understanding of personality and dispositions. En M. Bennett (Ed.), *The child as psychologist: an introduction to the development of social cognition*. New York; Harvester Wheatsheaf.

Yussen, R. (1985). *The growth of reflection in children*. New York: Academic Press.

Zagorsky, J. (2005). Marriage and divorce`s impact on wealth. *Journal of Sociology*, *41*(1), 406-424.

Zhou, Q., Sandler, I. N., Millsap, R. E., Wolchik, S. A. y Dawson-McClure, S. R. (2008). Mother-child relationship quality and effective discipline as mediators of the 6 year effects of the new beginnings program for children from divorced families. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *76*(4), 579-594.

Zhou, Z., Bray, M., Kehle, T. J. y Xin, T. (2001). Similarity of deleterious effects of divorce of Chinese an American children. *School Psychology International*, *22*(3), 357-363.

Zill, N., Morrison, D. y Coiro, M. (1993). Long term effects of parental divorce on parent-child relationships, adjustment, and achievement in young adulthood. *Journal of Family Psychology*, *7*(1), 91-103.

Zimet, D. y Jacob, T. (2002). Influences of marital conflict on child adjustment: review of theory and research. *Clinical Child and Family Psychology Review*, *4*(4), 319-335.

Capítulo14. Anexos

Facultad de Psicología

Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Tfo. 922-317539 Fax 922-317461
Email: btriana@ull.es

A la atención del Director/a del centro ……..

La Laguna, a ……

Estimado Sr/Sra.,

Me dirijo a usted para solicitar la colaboración de su centro en un estudio que estamos realizando desde la Universidad de La Laguna. Concretamente, pertenezco al área de Psicología Evolutiva y de la Educación, y soy la responsable de una investigación sobre las creencias que poseen distintas generaciones sobre el divorcio y sus consecuencias.

En las últimas décadas se ha incrementado considerablemente el número de rupturas familiares. Esta realidad requiere importantes esfuerzos de adaptación en los diferentes miembros de la familia para poder ajustarse a la nueva situación familiar. El grado de conocimiento que poseen las personas sobre la separación y/o el divorcio, y las creencias asociadas a dicha realidad, van a repercutir en el modo en el que éstas se enfrentan a dicho evento vital, si se ven abocadas a experimentar esa circunstancia. La información que se elabora respecto a la separación/divorcio puede venir determinada por factores como la madurez cognitiva que posee la persona, o también, por el grado de experiencia que se tiene en relación con la ruptura familiar. Por ello pretendemos explorar qué creencias sostienen distintas generaciones sobre el divorcio y sus efectos sobre los hijos y sus progenitores.

En este momento, nuestro esfuerzo se dirige hacia participantes con edades comprendidas entre los 6 y los 12 años, procedentes tanto de familias intactas como no intactas. La recogida de la información la llevarán a cabo dos entrevistadoras, pudiendo realizarse parte de ella de forma grupal.

La tarea consistirá en rellenar un cuestionario de datos sociodemográficos y contestar a una pequeña entrevista abierta que explora las creencias sobre los posibles efectos positivos y negativos de la separación y/o divorcio de los padres sobre los hijos. El tiempo requerido para informar sobre el estudio, rellenar el cuestionario socio-demográfico y contestar la entrevista, no suele superar los 20 minutos.

Le estaríamos muy agradecidas si pudiéramos contar con el apoyo del centro que usted dirige. Quedo a su disposición para cualquier consulta que desee hacerme sobre el estudio. Esperando recibir su pronta respuesta a nuestra petición, reciba un cordial saludo de mi parte.

Fdo. Beatriz Triana Pérez
Profesora del área de Psicología Evolutiva y de la Educación
Facultad de Psicología. Universidad de La Laguna

Facultad de Psicología

Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Tfo. 922-317539 Fax 922-317461
Email: btriana@ull.es

La Laguna, a ……

Estimados padres,

Me dirijo a ustedes para solicitar la colaboración de su hijo/a en un estudio que estamos realizando desde la Universidad de La Laguna. Concretamente, pertenezco al área de Psicología Evolutiva y de la Educación, y soy la responsable de una investigación sobre **las creencias que poseen distintas generaciones sobre el divorcio y sus consecuencias, y las variables que afectan a dicho conocimiento.**

En Canarias el índice de separaciones y divorcios se ha incrementado considerablemente en los últimos años, por lo que creemos necesario hacer una investigación sobre el tema que ayude a analizar las interpretaciones o creencias que tiene la población al respecto, ya que éstas pueden tener importantes consecuencias en los niveles de adaptación personal y social de quienes lo viven, y a su vez, la información recabada puede ayudar y orientar a los profesionales que trabajan en el campo de la intervención familiar.

Así nuestro propósito es contactar con un grupo de chicos y chicas con edades comprendidas entre los 6 y los 12 años que pueden haber vivido o no la experiencia de la ruptura familiar. La recogida de información consistirá, fundamentalmente, en responder a unas preguntas abiertas sobre el tema en estudio, las cuales nos permitirán acercarnos al grado de conocimiento que poseen los menores sobre los efectos de la separación y/o divorcio en los hijos y en sus progenitores.

Rogamos que si están de acuerdo con la participación de su hijo/a, rellene el apartado que se le presenta más abajo y nos lo hagan llegar a través del profesor/a en el plazo más breve posible.

Agradeceríamos sinceramente que permitieran la colaboración de su hijo/a en la investigación, por el interés del estudio. Comentarles, además, que los datos recabados serán tratados con absoluta reserva y confidencialidad por parte de las investigadoras.

Sin otro particular, y esperando sus pronta respuesta, les enviamos un cordial saludo de nuestra parte.

Beatriz Triana Pérez

Profesora del área de Psicología Evolutiva y de la Educación

Facultad de Psicología. Universidad de La Laguna

……..…

¿Permite que su hijo/a colabore en este estudio? SI ( ) NO ( )

Nombre de su hijo/a……..……..……..

Firma del padre/ madre:

CUESTIONARIO SOCIODEMOGRÁFICO

INICIALES DEL NOMBRE DEL PARTICIPANTE: ……

TELÉFONO DE CONTACTO: ……

EDAD DEL PARTICIPANTE: …….. **SEXO**: Masculino ( ) Femenino ( )

ESTUDIOS QUE CURSA: ……

SEÑALA TU ESTRUCTURA FAMILIAR BIOLÓGICA (Padres biológicos e hijos tenidos en común)

PERSONA	EDAD	SEXO	ESTADO CIVIL	NIVEL DE ESTUDIOS	PROFESIÓN
MADRE					
PADRE					
1er HIJO/A					
2º HIJO/A					
3er HIJO/A					
4º HIJO/A					
5º HIJO/A					
6º HIJO/A					

Sexo: Masculino (**M**) o Femenino (**F**)
Estado Civil: (**1**) Soltero/a; (**2**) Casado/a- Pareja de hecho; (**3**) Separado/a-divorciado/a; (**4**) Viudo/a
Nivel de Estudios: (**1**) Sin estudios o Estudios primarios; (**2**) Bachiller, F.P. o Estudios secundarios; (**3**) Diplomado/a; (**4**) Titulado/a superior.

¿Conoces algún caso próximo a ti de familias separadas/divorciadas? SI ( ) NO ( ). **En caso afirmativo,** rellena el siguiente cuadro:

TIPO DE RELACIÓN	**¿QUIÉN?** (señala con una "X" o pon el parentesco cuando proceda)	**¿CUÁNDO SE PRODUJO LA SEPARACIÓN?**	**GRADO DE CONTACTO CON LA PERSONA SEPARADA Y GRADO DE CONOCIMIENTO SOBRE DICHA EXPERIENCIA DE SEPARACIÓN**	
TUS PADRES			**PADRE**	
			MADRE	
TUS HERMANOS				
FAMILIA EXTENSA PRÓXIMA (p.e.: tios/as, abuelos/as, primos/as)				
FAMILIA EXTENSA LEJANA (p.e.: tío/a o prim segundo/a, padrino, madrina, etc.				
AMIGOS/AS O SU FAMILIA; NOVIO/A O SU FAMILIA				
OTROS				

IMPORTANTE: Si tus padres biológicos están separados, te pedimos por favor que contestes a las siguientes preguntas:

1.- Respecto al **progenitor custodio** (el que convive normalmente con los hijos):

a) ¿Quién es? **PADRE** ( ) **MADRE** ( )

b) **El progenitor custodio**, ¿ha rehecho su vida sentimental tras la separación? SI ( ) NO ( )

c) En caso afirmativo, ¿desde hace cuánto tiempo? …….....

d) Cita a continuación las personas que viven con tu **progenitor custodio** en su hogar:……...
……

……

e) Grado de contacto que sostienes con tu **progenitor custodio**…….
……

……

2.- Respecto al **progenitor no custodio** (el que se fue del hogar):

a) ¿Ha rehecho su vida sentimental tras la separación? SI ( ) NO ( )

b) En caso afirmativo, ¿desde hace cuánto tiempo? …….....

c) Cita a continuación las personas que viven con tu **progenitor no custodio** en su hogar:……
……

……

d) Grado de contacto que sostienes con tu **progenitor no custodio**:……...
……

……

3.- Señala a continuación, con un círculo, el grado de conflicto percibido por ti, respecto al clima familiar experimentado tras la separación de tus padres (durante los primeros seis meses después de la separación):

Ningún Conflicto						Alto grado de conflicto
0	1	2	3	4	5	6

4.- Señala a continuación, con un círculo, el grado de conflicto percibido por ti, respecto al clima en las relaciones con los miembros de tu familia biológica (padre, madre y hermanos) en la actualidad:

Ningún Conflicto						Alto grado de conflicto
0	1	2	3	4	5	6

IMPORTANTE: Continuar respondiendo al cuestionario, tanto en el caso de que los padres estén separados o no

ENTREVISTA ABIERTA SOBRE LAS PRINCIPALES CONSECUENCIAS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS/AS Y EN LOS PROGENITORES

Reflexiona sobre cómo afecta la separación o divorcio en los distintos miembros de la familia (por ejemplo, a nivel personal, en sus relaciones sociales, en su trabajo, etc), y contesta a los siguientes apartados:

1. En relación con **los hijos**:

1.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en los hijos tras la separación/divorcio de sus progenitores?

1.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en los hijos tras la separación/divorcio de sus progenitores?

2. En relación al **progenitor custodio** (adulto que se queda con los hijos):

2.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en el progenitor custodio tras la separación/divorcio?

2.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en el progenitor custodio tras la separación/divorcio?

3. En relación al **progenitor no custodio** (adulto que se va del hogar donde residen los hijos):

3.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en el progenitor no custodio tras la separación/divorcio?

3.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en el progenitor no custodio tras la separación/divorcio?

INSTRUCCIONES PARA LA REALIZACIÓN DE LA ENTREVISTA ABIERTA SOBRE LAS PRINCIPALES CONSECUENCIAS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS/AS Y EN LOS PROGENITORES (PARA NIÑOS Y NIÑAS DE INFANTIL Y PRIMARIA)

A) PREGUNTAS GENERALES.

A.1) ¿Cómo te llamas?

A.2) ¿Qué estabas haciendo ahora en clase?

A.3) ¿Te gusta el colegio? ¿Qué es lo más que te gusta hacer cuando estás en clase?

A.4) ¿Tienes muchos amigos? ¿Cómo se llaman?

A.5) (…)

B) PRESENTAR PRIMERO LOS PERSONAJES.

"Ahora te voy a enseñar unos dibujos. Ellos son una familia (Se les presenta los cuatro dibujos que representan a los miembros de la familia). De los cuatro dibujos, ¿me podrías decir quién crees tú que es el padre? ¿y la madre? ¿y la hija? ¿y el hijo?. Muy bien. Bueno, tú sabes que por lo general, las familias viven juntas en la misma casa (se juntan los dibujos de los cuatro personajes). Pero cuando un papá y una mamá ya no se llevan bien y se quieren separar uno de ellos se suele ir de la casa y el otro se queda con los hijos en el hogar (se separan los dibujos para que los niños/as observen la situación, pero sin entrar en más detalles para no condicionar la respuesta del menor).

C) INICIO DE RECOGIDA DE INFORMACIÓN.

A continuación se les hace las preguntas propias del estudio.

ENTREVISTA ABIERTA SOBRE LAS PRINCIPALES CONSECUENCIAS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS/AS Y EN LOS PROGENITORES (PARA NIÑOS Y NIÑAS DE INFANTIL Y PRIMARIA)

1) ¿Con quién se quedan los niños cuando los papás se separan?

2) Al papá/mamá (según haya elegido) que se queda con los niños:
2.1) ¿Qué cosas buenas le pueden pasar al papá/mamá después de que se separe o divorcie?

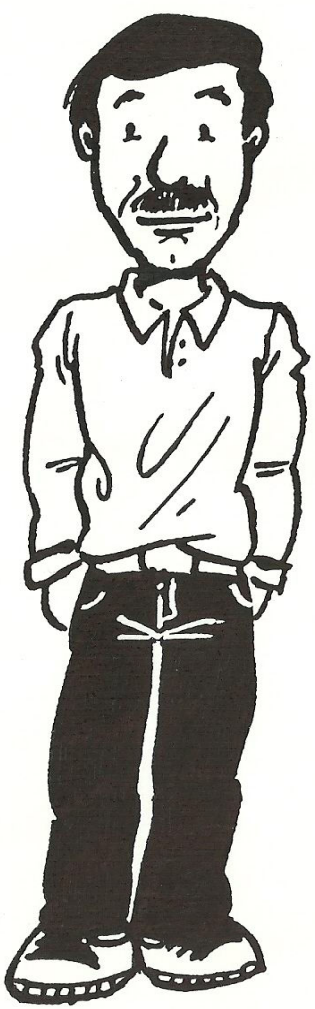
2.2) Por el contrario, ¿qué cosas malas le pueden pasar al papá/mamá después de que se separe o divorcie?

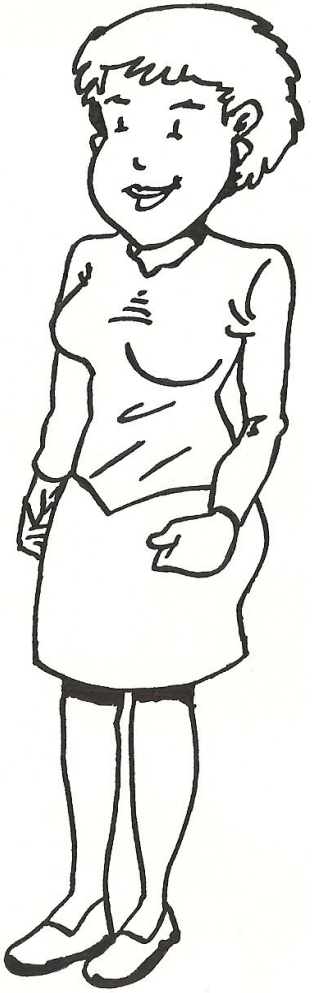
3) Bien, dijiste que (el papá/mamá) es quien se va de la casa:
3.1) ¿Qué cosas buenas le pueden pasar al papá/mamá después de que se separe o divorcie?

3.2) Por el contrario, ¿qué cosas malas le pueden pasar al papá/mamá después de que se separe o divorcie?

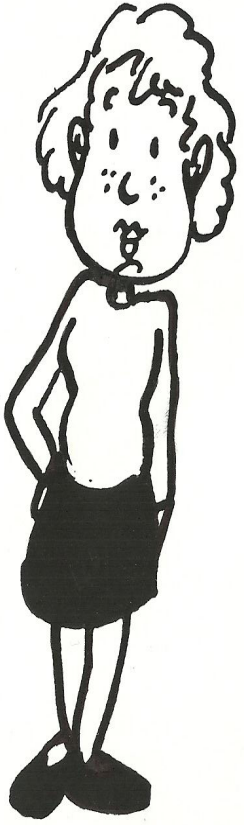
3) En relación con los hijos:
3.1) ¿Qué cosas buenas le pueden pasar a los hijos después del divorcio de sus papás?

3.2) Por el contrario, ¿qué cosas malas le pueden pasar a los hijos después del divorcio de sus papás?









Facultad de Psicología

Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Tfo. 922-317539 Fax 922-317461
Email: btriana@ull.es

Estimados/as colaboradores/as,

Estamos realizando una investigación sobre las creencias que tienen los adolescentes y los jóvenes respecto a los efectos que causa el divorcio en los hijos y en sus propios progenitores. Sabemos que cuando una pareja rompe, son numerosos los cambios a los que se enfrentan los miembros de la familia. De ahí que necesitemos tu colaboración, para explorar qué opina la gente de tu edad respecto al tema en cuestión.

Por ello, la información que nos aportes será de gran utilidad y de sumo interés para desarrollar nuestro estudio. Te garantizamos la más absoluta confidencialidad respecto a la información que nos proporciones.

TE AGRADECEMOS ENORMEMENTE TU COLABORACIÓN

INSTRUCCIONES PARA LA CUMPLIMENTACIÓN DEL CUESTIONARIO SOCIODEMOGRÁFICO Y LA ENTREVISTA ABIERTA

(Para adolescentes y jóvenes)

1º) DATOS SOCIO-DEMOGRÁFICOS Y DE EXPERIENCIA DE RUPTURA FAMILIAR.

Rellena los datos socio-demográficos en su totalidad, porque dicha información es de gran utilidad en nuestro estudio. A continuación, señala tu experiencia con situaciones de ruptura familiar que puedas conocer. Si tus padres están separados, entonces responde al tercer bloque de cuestiones en relación con tu situación familiar actual. Si tienes alguna duda, nos llamas para resolvértela. De cualquier modo, nos acercaremos a ti para comprobar que has entendido el modo de resolver la tarea.

Es importante que rellenes el cuestionario en el orden siguiente:

2º) ENTREVISTA ABIERTA SOBRE LAS PRINCIPALES CONSECUENCIAS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS/AS Y EN LOS PROGENITORES.

Para rellenar las preguntas, te pedimos que cojas folios en blanco y escribas en ellos para que puedas contestar con la máxima libertad posible y sin limitaciones de espacio. Para ello, te aconsejamos que pongas el número de la pregunta y a continuación tu respuesta. Por ejemplo: 2.1 y seguidamente la respuesta, y así con el resto.

Es importante resaltar que si no sabes contestar a alguna de las preguntas por el motivo que sea, escribas "NO SE", puesto que si la dejas en blanco no sabremos cómo analizarla (puede ser que te la saltaras por despiste, que no estuviera clara, etc.).

Te recordamos que el cuestionario se tratará con total confidencialidad y los datos serán manejados solo por los responsables del estudio en cuestión.

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN

CUESTIONARIO SOCIODEMOGRÁFICO

INICIALES DEL NOMBRE DEL PARTICIPANTE: ……

TELÉFONO DE CONTACTO: ……

EDAD DEL PARTICIPANTE: …….. **SEXO**: Masculino ( ) Femenino ( )

ESTUDIOS QUE CURSA: ……

SEÑALA TU ESTRUCTURA FAMILIAR BIOLÓGICA (Padres biológicos e hijos tenidos en común)

PERSONA	EDAD	SEXO	ESTADO CIVIL	NIVEL DE ESTUDIOS	PROFESIÓN
MADRE					
PADRE					
1er HIJO/A					
2º HIJO/A					
3er HIJO/A					
4º HIJO/A					
5º HIJO/A					
6º HIJO/A					

Sexo: Masculino (**M**) o Femenino (**F**)
Estado Civil: (**1**) Soltero/a; (**2**) Casado/a- Pareja de hecho; (**3**) Separado/a-divorciado/a; (**4**) Viudo/a
Nivel de Estudios: (**1**) Sin estudios o Estudios primarios; (**2**) Bachiller, F.P. o Estudios secundarios; (**3**) Diplomado/a; (**4**) Titulado/a superior.

¿Conoces algún caso próximo a ti de familias separadas/divorciadas? SI ( ) NO ( ). **En caso afirmativo,** rellena el siguiente cuadro:

TIPO DE RELACIÓN	**¿QUIÉN?** (señala con una "X" o pon el parentesco cuando proceda)	**¿CUÁNDO SE PRODUJO LA SEPARACIÓN?**	**GRADO DE CONTACTO CON LA PERSONA SEPARADA Y GRADO DE CONOCIMIENTO SOBRE DICHA EXPERIENCIA DE SEPARACIÓN**	
TUS PADRES			**PADRE**	
			MADRE	
TUS HERMANOS				
FAMILIA EXTENSA PRÓXIMA (p.e.: tios/as, abuelos/as, primos/as)				
FAMILIA EXTENSA LEJANA (p.e.: tío/a o prim segundo/a, padrino, madrina, etc.				
AMIGOS/AS O SU FAMILIA; NOVIO/A O SU FAMILIA				
OTROS				

IMPORTANTE: Si tus padres biológicos están separados, te pedimos por favor que contestes a las siguientes preguntas:

1.- Respecto al **progenitor custodio** (el que convive normalmente con los hijos):

a) ¿Quién es? **PADRE** ( ) **MADRE** ( )

b) **El progenitor custodio**, ¿ha rehecho su vida sentimental tras la separación? SI ( ) NO ( )

c) En caso afirmativo, ¿desde hace cuánto tiempo? …….....

d) Cita a continuación las personas que viven con tu **progenitor custodio** en su hogar:……...
……

……

e) Grado de contacto que sostienes con tu **progenitor custodio**…….
……

……

2.- Respecto al **progenitor no custodio** (el que se fue del hogar):

a) ¿Ha rehecho su vida sentimental tras la separación? SI ( ) NO ( )

b) En caso afirmativo, ¿desde hace cuánto tiempo? …….....

c) Cita a continuación las personas que viven con tu **progenitor no custodio** en su hogar:……
……

……

d) Grado de contacto que sostienes con tu **progenitor no custodio**:……...
……

……

3.- Señala a continuación, con un círculo, el grado de conflicto percibido por ti, respecto al clima familiar experimentado tras la separación de tus padres (durante los primeros seis meses después de la separación):

Ningún Conflicto						Alto grado de conflicto
0	1	2	3	4	5	6

4.- Señala a continuación, con un círculo, el grado de conflicto percibido por ti, respecto al clima en las relaciones con los miembros de tu familia biológica (padre, madre y hermanos) en la actualidad:

Ningún Conflicto						Alto grado de conflicto
0	1	2	3	4	5	6

IMPORTANTE: Continuar respondiendo al cuestionario, tanto en el caso de que los padres estén separados o no

ENTREVISTA ABIERTA SOBRE LAS PRINCIPALES CONSECUENCIAS DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS/AS Y EN LOS PROGENITORES

Reflexiona sobre cómo afecta la separación o divorcio en los distintos miembros de la familia (por ejemplo, a nivel personal, en sus relaciones sociales, en su trabajo, etc), y contesta a los siguientes apartados:

1. En relación con **los hijos**:

1.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en los hijos tras la separación/divorcio de sus progenitores?

1.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en los hijos tras la separación/divorcio de sus progenitores?

2. En relación al **progenitor custodio** (adulto que se queda con los hijos):

2.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en el progenitor custodio tras la separación/divorcio?

2.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en el progenitor custodio tras la separación/divorcio?

3. En relación al **progenitor no custodio** (adulto que se va del hogar donde residen los hijos):

3.1. ¿Cuáles crees que son los **cambios positivos** en el progenitor no custodio tras la separación/divorcio?

3.2. ¿Cuáles crees que son los **cambios negativos** en el progenitor no custodio tras la separación/divorcio?

Facultad de Psicología

Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Tfo. 922-317539 Fax 922-317461
Email: btriana@ull.es

A la atención del Director/a del centro ……..

La Laguna, a ……

Estimado Sr/Sra.,

Me dirijo a usted para solicitar la colaboración de su centro en un estudio que estamos realizando desde la Universidad de La Laguna. Concretamente, pertenezco al área de Psicología Evolutiva y de la Educación, y soy la responsable de una investigación sobre las creencias que poseen distintas generaciones sobre el divorcio y sus consecuencias.

En las últimas décadas se ha incrementado considerablemente el número de rupturas familiares. Esta realidad requiere importantes esfuerzos de adaptación en los diferentes miembros de la familia para poder ajustarse a la nueva situación familiar. El grado de conocimiento que poseen las personas sobre la separación y/o el divorcio, y las creencias asociadas a dicha realidad, van a repercutir en el modo en el que éstas se enfrentan a dicho evento vital, si se ven abocadas a experimentar esa circunstancia. La información que se elabora respecto a la separación/divorcio puede venir determinada por factores como la madurez cognitiva que posee la persona, o también, por el grado de experiencia que se tiene en relación con la ruptura familiar. Por ello pretendemos explorar qué creencias sostienen distintas generaciones sobre el divorcio y sus efectos, y el grado en que los factores anteriormente citados les afectan.

En este momento, nuestro esfuerzo se dirige hacia participantes con edades comprendidas entre los 14 y los 18 años, procedentes tanto de familias intactas como no intactas. La recogida de la información la llevarán a cabo dos entrevistadoras, pudiendo realizarse parte de ella de forma grupal.

La tarea consistirá en rellenar un cuestionario de datos sociodemográfico; contestar a una pequeña entrevista abierta que explora las creencias sobre los posibles efectos positivos y negativos de la separación y/o divorcio de los padres sobre los hijos; y posteriormente resolver un cuestionario estructurado que versa sobre el mismo tema. Los chicos y chicas que

pertenezcan a familias separadas tienen también que resolver posteriormente otro cuestionario sobre su propia experiencia de separación familiar. Los dos últimos instrumentos señalados se deben resolver en días diferentes a la entrevista inicial. Así, los participantes pueden resolverlos en sus casas, y entregarlos posteriormente al centro, donde miembros de nuestro equipo lo recogerán en la fecha convenida.

El tiempo requerido para informar sobre el estudio, rellenar el cuestionario socio-demográfico, resolver la entrevista, y aclarar dudas sobre los siguientes instrumentos no suele superar los 20 minutos.

Le estaríamos muy agradecidas si pudiéramos contar con el apoyo del centro que usted dirige. Quedo a su disposición para cualquier consulta que desee hacerme sobre el estudio. Esperando recibir su pronta respuesta a nuestra petición, reciba un cordial saludo de mi parte.

Fdo. Beatriz Triana Pérez
Profesora del área de Psicología Evolutiva y de la Educación
Facultad de Psicología. Universidad de La Laguna

Facultad de Psicología

Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Tfo. 922-317539 Fax 922-317461
Email: btriana@ull.es

Estimados padres,

Me dirijo a ustedes para solicitar la colaboración de su hijo/a en un estudio que estamos realizando desde la Universidad de La Laguna. Concretamente, pertenezco al área de Psicología Evolutiva y de la Educación, y soy la responsable de una investigación sobre **las creencias que poseen distintas generaciones sobre el divorcio y sus consecuencias, y las variables que afectan a dicho conocimiento.**

En Canarias el índice de separaciones y divorcios se ha incrementado considerablemente en los últimos años, por lo que creemos necesario hacer una investigación respecto al tema que ayude a analizar las interpretaciones o creencias de la población sobre tal evento, ya que esto puede tener importantes consecuencias en los niveles de adaptación personal y social de quienes lo viven, y a su vez, la información recabada puede ayudar y orientar a los profesionales que trabajan en el campo de la intervención familiar.

Ya hemos iniciado la recogida de información en otros grupos de edad. Ahora pretendemos completar la muestra con adolescentes. Para ello queremos contactar con un grupo de chicos y chicas, que pueden haber vivido o no la experiencia de la ruptura familiar, para conocer sus creencias sobre los efectos positivos y negativos del divorcio sobre los hijos. La recogida de información consistirá, fundamentalmente, en responder a unas preguntas abiertas y a un cuestionario semiestructurado sobre el tema en estudio.

Rogamos que si están de acuerdo con la participación de su hijo/a, rellene el apartado que se le presenta más abajo y nos lo hagan llegar a través del profesor/a en el plazo más breve posible.

Agradeceríamos sinceramente que permitieran la colaboración de su hijo/a en la investigación, por el interés del estudio. Comentarles, además, que los datos recabados serán tratados con absoluta reserva y confidencialidad por parte de las investigadoras.

Sin otro particular, y esperando sus pronta respuesta, les enviamos un cordial saludo de nuestra parte.

Beatriz Triana Pérez

Profesora del área de Psicología Evolutiva y de la Educación

Facultad de Psicología. Universidad de La Laguna

……..…

¿Permite que su hijo/a colabore en este estudio? SI ( ) NO ( )

Nombre de su hijo/a……..……..……..

Firma del padre/ madre:

CUESTIONARIO ESTRUCTURADO SOBRE LOS CAMBIOS QUE VIVEN LOS HIJOS/AS TRAS LA SEPARACIÓN DE SUS PADRES

A continuación se presenta una relación de posibles cambios, tanto positivos como negativos, a los que podrían enfrentarse los **hijos e hijas tras la separación de sus padres**. Tu tarea consiste en señalar, **según tu opinión**, en qué grado crees que pueden ocurrir cada uno de dichos cambios. Para ello guíate de la escala de "0 a 7" puntos, donde "0" u otras puntuaciones bajas indican que ese cambio no ocurre nunca o bien que ocurre muy poco, y las más altas que ocurren con bastante frecuencia o muy frecuentemente. Las puntuaciones intermedias se utilizan para mostrar una frecuencia moderada.

	POSIBLES CAMBIOS EN LOS HIJOS E HIJAS TRAS LA SEPARACIÓN DE SUS PADRES	No ocurre							Es muy frecuente
1	Se enfrentan a menos peleas y discusiones porque mejora el clima familiar	0	1	2	3	4	5	6	7
2	Se vuelven más egoístas y caprichosos	0	1	2	3	4	5	6	7
3	Tienen problemas de adaptación a la nueva situación (p.e., tienen que repartir su vida entre dos hogares)	0	1	2	3	4	5	6	7
4	Pasan más tiempo solos, sin la compañía y orientación de algún adulto	0	1	2	3	4	5	6	7
5	Con la separación evitan posibles casos de maltrato	0	1	2	3	4	5	6	7
6	Aceptan la separación de sus padres	0	1	2	3	4	5	6	7
7	Mejoran su rendimiento en los estudios	0	1	2	3	4	5	6	7
8	Mejoran su relación con el progenitor con el que conviven (p.e., hablan más, se comprenden más, el afecto es más fuerte)	0	1	2	3	4	5	6	7
9	Se sienten culpables de la separación de sus padres	0	1	2	3	4	5	6	7
10	Se hacen más independientes de su familia tras la separación	0	1	2	3	4	5	6	7
11	Apoyan más a sus hermanos o éstos a ellos	0	1	2	3	4	5	6	7
12	Ahora sienten menos admiración por sus padres, viéndoles menos perfectos (o a alguno de ellos)	0	1	2	3	4	5	6	7
13	Tienen más experiencia sobre el divorcio y lo afrontarán mejor si ellos pasan por la misma circunstancia en el futuro	0	1	2	3	4	5	6	7
14	Tienen más problemas emocionales (p.e., se sienten más tristes, inseguros, con menor autoestima, mayor soledad..)	0	1	2	3	4	5	6	7
15	Muestran problemas de carácter (p.e., rebeldía, irritabilidad, mal comportamiento, agresividad)	0	1	2	3	4	5	6	7
16	Mejoran su relación con el progenitor que se fue del hogar (p.e., hablan más con él, tienen más confianza, se comprenden más, el afecto es más fuerte, etc.)	0	1	2	3	4	5	6	7
17	Aceptan con facilidad a las nuevas parejas de sus padres o madres, al igual que a sus hijos	0	1	2	3	4	5	6	7

	POSIBLES CAMBIOS EN LOS HIJOS E HIJAS TRAS LA SEPARACIÓN DE SUS PADRES	No ocurre							Es muy frecuente
18	Sostienen menos contacto con el progenitor que se ha ido del hogar	0	1	2	3	4	5	6	7
19	Se hacen más maduros (p.e., se preocupan por sus padres, son más responsables y conscientes de los problemas)	0	1	2	3	4	5	6	7
20	Se aislan de los compañeros (p.e., hablan menos con ellos, salen menos con ellos)	0	1	2	3	4	5	6	7
21	Observan que los padres se vuelven más permisivos y consiguen más cosas de ellos (o de alguno de ellos)	0	1	2	3	4	5	6	7
22	Se unen mucho al progenitor que vive con ellos, y no quieren separarse de él/ella	0	1	2	3	4	5	6	7
23	Piensan que son distintos a los hijos que conviven en el mismo hogar con su padre y con su madre	0	1	2	3	4	5	6	7
24	Se sienten confusos y molestos porque los jueces toman decisiones importantes sobre ellos y su vida	0	1	2	3	4	5	6	7
25	Se enfrentan ahora a nuevos problemas (p.e., cada progenitor quiere ser el preferido de ellos, y les presionan)	0	1	2	3	4	5	6	7
26	Se aferran a los estudios para olvidar los problemas de la separación	0	1	2	3	4	5	6	7
27	Adquieren nuevos vicios (p.e., consumen alcohol o drogas, fuman, …)	0	1	2	3	4	5	6	7
28	Rechazan más el matrimonio y desconfían más de la relación de pareja	0	1	2	3	4	5	6	7
29	Ahora saben mejor cómo resolver los problemas y las discusiones que surgen con otras personas	0	1	2	3	4	5	6	7
30	Sienten que se les quiere menos y que están de sobra cuando algún progenitor consigue una nueva pareja	0	1	2	3	4	5	6	7
31	Observan que sus padres se vuelven más autoritarios y controladores (o uno de ellos)	0	1	2	3	4	5	6	7
32	Pierden un modelo a quien imitar y con quien identificarse, al irse de casa uno de los progenitores	0	1	2	3	4	5	6	7
33	Tienen ahora una mejor economía que antes	0	1	2	3	4	5	6	7

CUESTIONARIO SOBRE LOS CAMBIOS VIVIDOS POR LOS HIJOS TRAS LA RUPTURA PARENTAL Y GRADO DE AFECTACIÓN

Ahora la tarea es distinta. Te pedimos que valores la frecuencia con que te han ocurrido los siguientes cambios que te presentamos, tras la separación de tus padres, y el grado en que te han afectado en tu vida personal, bien de forma positiva +, o bien de forma negativa -.Ten en cuenta que los valores respecto a la frecuencia y al grado de afectación no tienen por qué coincidir. Señala además con una "X" en la columna **N.P.** aquellos cambios sobre los que no procede contestar, porque responden a circunstancias que no se han dado en tu vida personal (p.e., si tus padres no han rehecho su vida afectiva, no cabe contestar por la relación con su nueva pareja o familia).

	TIPO DE CAMBIO TRAS LA SEPARACIÓN DE MIS PADRES	N. P.	FRECUENCIA CON QUE ME HA OCURRIDO	GRADO EN QUE DICHO CAMBIO ME HA AFECTADO (POSITIVA + O NEGATIVAMENTE)
1	Me he enfrentado a menos peleas y discusiones, porque ha mejorado el clima familiar		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
2	Me he vuelto más egoísta y caprichoso/a		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
3	He tenido problemas de adaptación con las nuevas situaciones (p.e., he tenido que repartir mi vida entre dos hogares)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
4	He pasado más tiempo solo, sin la compañía y orientación de algún adulto		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
5	Con la separación, he evitado posibles casos de maltrato		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
6	He aceptado la separación de mis padres		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
7	He mejorado mi rendimiento en los estudios		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
8	He mejorado mi relación con el progenitor custodio (p.e., hablo más con él, nos comprendemos más, el afecto es más fuerte)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
9	Me he sentido culpable de la separación de mis padres		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
10	Me he hecho más independiente de mi familia tras la separación		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
11	He apoyado más a mis hermanos o ellos a mí		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7

	TIPO DE CAMBIO TRAS LA SEPARACIÓN DE MIS PADRES	N.P.	FRECUENCIA CON QUE ME HA OCURRIDO	GRADO EN QUE DICHO CAMBIO ME HA AFECTADO (POSITIVA O NEGATIVAMENTE)
12	Ahora siento menos admiración por mis padres; les veo menos perfectos (o a alguno de ellos)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
13	He ganado experiencia sobre el divorcio y creo que estaré más preparado para afrontar dicha circunstancia		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
14	He tenido problemas emocionales (p.e., me he sentido más triste, inseguro, con menor autoestima, mayor soledad)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
15	He mostrado problemas de carácter (p.e., rebeldía, irritabilidad, mal comportamiento, agresividad)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
16	He mejorado mi relación con el progenitor que se fue del hogar (p.e., hablo más, tengo más confianza, nos comprendemos más, el afecto es más fuerte)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
17	He aceptado con facilidad a las nuevas parejas de mi padre o madre, al igual que a sus hijos		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
18	Ahora sostengo menos contacto con el progenitor que se ha ido del hogar		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
19	Me he hecho más maduro (p.e., me preocupo por mis padres, soy más responsable y consciente de los problemas)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
20	Me he aislado de mis compañeros (p.e., hablo menos con ellos, salgo menos con ellos)		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
21	Mis padres se han vuelto más permisivos y consigo más cosas de ellos		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho
22	Me he unido mucho al progenitor que vive conmigo, y no quiero separarme de él/ella		No ocurre 0 1 2 3 4 5 6 7 Muy frecuente	+ Nada - 0 1 2 3 4 5 6 7 Mucho

	TIPO DE CAMBIO TRAS LA SEPARACIÓN DE MIS PADRES	N.P.	FRECUENCIA CON QUE ME HA OCURRIDO	GRADO EN QUE DICHO CAMBIO ME HA FECTADO (POSITIVA O NEGATIVAMENTE)
23	He llegado a pensar que soy distinto a los hijos que conviven en el mismo hogar con su padre y con su madre		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
24	Me he sentido confuso y molesto, porque los jueces han tomado decisiones importantes sobre mi vida		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
25	Me he enfrentado a nuevos problemas (p.e., cada progenitor quiere ser mi preferido y me presionan)		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
26	He llegado a aferrarme a los estudios para olvidar los problemas de la separación		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
27	He adquirido nuevos vicios (p.e., consumo alcohol y/o drogas, fumo …)		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
28	Ahora rechazo más el matrimonio y desconfío más de la relación de pareja		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
29	Ahora se mejor cómo resolver los problemas y las discusiones que surgen con otras personas		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
30	He sentido que se me ha querido menos y que he estado de sobra cuando alguno de mis progenitores ha conseguido una nueva pareja		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
31	He observado que mis padres se han vuelto más autoritarios y controladores (o uno de ellos)		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
32	Me he sentido más perdido al no tener el modelo del progenitor que se fue		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7
33	He tenido mejor economía que antes		No ocurre Muy frecuente 0 1 2 3 4 5 6 7	+ Nada Mucho - 0 1 2 3 4 5 6 7

Tabla Anexo L. Correlaciones bivariadas entre la Frecuencia real de ocurrencia de cada cambio/efecto y el Grado de afectación

ITEMS	1 GA	2 GA	3 GA	4 GA	5 GA	6 GA	7 GA	8 GA	9 GA	10 GA	11 GA
1F. Ha mejorado el clima familiar	**.60(**)**	.08	-.11	.12	.29(**)	.13	.08	.09	-.02	.12	.18(*)
2F. Me he vuelto más egoísta y caprichoso	.18(*)	**.53(**)**	.09	.21(**)	.15(*)	.11	.26(**)	.26(**)	.19(**)	.21(**)	-.01
3F. He tenido problemas de adaptación	.05	.05	**.67(**)**	.09	-.06	-.17(*)	.12	-.12	.08	-.10	.10
4F. He pasado más tiempo solo	.15	.16(*)	.10	**.76(**)**	.19(**)	.15(*)	.19(**)	.22(**)	.18(*)	.39(**)	.21(*)
5F. He evitado el maltrato	.26(**)	.13	.01	.19(**)	**.75(**)**	.06	-.01	.13	.17(*)	.01	-.04
6F. He aceptado la separación	.09	-.15(*)	-.15(*)	-.07	-.07	**.11**	0	.03	-.10	-.05	-.06
7F. He mejorado en los estudios	.12	.15(*)	.15(*)	.04	.06	.08	**.57(**)**	.22(**)	.08	.16(*)	.20(*)
8F. He mejorado relación con p. custodio	.10	.08	-.05	.04	.10	.16(*)	.09	**.65(**)**	.04	.06	-.03
9F. Me he sentido culpable de la separación	.08	.17(*)	.25(**)	.21(**)	.17(*)	.08	.16(*)	.13	**.68(**)**	.24(**)	.20(*)
10F. Me he vuelto más independiente	.20(*)	.12	.03	.30(**)	.05	.16(*)	.16(*)	.20(**)	.08	**.76(**)**	.22(*)
11F. He apoyado más a mis hermanos	.10	-.02	.17	.14	-.06	-.04	.07	.08	.09	.20(*)	**.74(**)**
12F. Siento menos admiración por padres	.05	.18(*)	.06	.26(**)	.13	.04	.10	.15(*)	.14	.32(**)	.10
13F. He ganado más experiencia en divorcio	.20(*)	.01	.02	.14	.05	.09	.09	.13	.04	.27(**)	.02
14F. He tenido problemas emocionales	.10	.23(**)	.19(**)	.34(**)	.18(*)	.02	.17(*)	.09	.36(**)	.20(**)	.22(*)
15F. He tenido problemas de carácter	.17(*)	.30(**)	.16(*)	.32(**)	.23(**)	-.03	.13	.14	.25(**)	.16(*)	.16
16F. He mejorado relación con p. no custodio	.12	-.01	.27(**)	0	.03	.01	.13	.07	.24(**)	.13	.21(*)
17F. He aceptado a las nuevas parejas	.11	-.07	.01	0	-.04	.03	-.08	.05	-.04	-.03	-.10
18F. Tengo menos contacto con no custodio	.15	.11	-.02	.18(*)	.05	.16(*)	-.01	.14	.01	.08	-.08
19F. Me he vuelto más maduro	.21(**)	.08	.03	.25(**)	.03	.21(**)	.18(*)	.32(**)	.04	.29(**)	.31(**)
20F. Me he aislado de amigos	.12	.18(*)	.01	.18(*)	.19(*)	.02	.10	.02	.19(*)	.08	.07
21F. Consigo más cosas de padres	.15	.20(**)	.09	.22(**)	.02	.14	.27(**)	.13	.13	.18(*)	.12
22F. Me he unido mucho al p. custodio	.19(*)	.20(**)	.02	.09	.13	.16(*)	.14(*)	.43(**)	.09	.07	.19(*)
23F. He sentido que soy diferente a otros	.06	.30(**)	.18(*)	.33(**)	.20(**)	.10	.01	.20(**)	.44(**)	.15(*)	.16
24F. Me he sentido molesto con jueces y otros	.20(*)	.15(*)	.21(**)	.24(**)	.21(**)	.02	-.03	.09	.32(**)	.12	.24(**)
25F. Me he enfrentado a nuevos problemas	.16(*)	.20(**)	.15(*)	.25(**)	.23(**)	.07	.22(**)	.14	.34(**)	.18(*)	.15
26F. Me he aferrado a los estudios	0	.16(*)	.15(*)	.13	.05	.07	.34(**)	.11	.04	.15(*)	.17
27F. He adquirido nuevos vicios	.15	.18(*)	.05	.26(**)	.22(**)	.01	.14	.03	.16(*)	.22(**)	.09
28F. Rechazo el matrimonio	.16	.13	.06	.21(**)	.18(*)	.15(*)	.06	.04	.19(**)	.20(**)	.13
29F. Se resolver mejor los conflictos	.11	.08	.05	.02	-.02	.15(*)	.18(*)	.21(**)	.05	.24(**)	.14
30F. He sentido que se me quiere menos	.12	.27(**)	.22(**)	.33(**)	.17(*)	.03	.19(*)	.13	.20(**)	.13	.06
31F. Mis padres se han vuelto más autoritarios	.10	.15(*)	.11	.08	.14	-.01	.11	.15(*)	.27(**)	.01	.03
32F. He perdido un modelo de identificación	.05	.30(**)	.17(*)	.34(**)	.21(**)	.09	.10	.18(*)	.25(**)	.26(**)	.19(*)
33F. Tengo mejor economía que antes	.12	.31(**)	.04	.06	.22(**)	.06	.27(**)	.21(**)	.17(*)	.23(**)	.22(*)

Tabla Anexo L. Correlaciones bivariadas entre la Frecuencia real de ocurrencia de cada cambio/efecto y el Grado de afectación (Continuación).

ITEMS	12 GA	13 GA	14 GA	15 GA	16 GA	17 GA	18 GA	19 GA	20 GA	21 GA	22 GA
1F. Ha mejorado el clima familiar	-.04	.21(**)	.05	.09	-.05	.11	.08	.21(**)	.10	.01	.13
2F. Me he vuelto más egoísta y caprichoso	.29(**)	.05	.34(**)	.43(**)	.15	.18(*)	.27(**)	.11	.24(**)	.37(**)	.32(**)
3F. He tenido problemas de adaptación	.01	.01	.14	.22(**)	.22(**)	-.01	.01	-.11	.01	.02	-.02
4F. He pasado más tiempo solo	.28(**)	.07	.33(**)	.28(**)	.13	.15	.23(**)	.27(**)	.28(**)	.31(**)	.19(**)
5F. He evitado el maltrato	.04	.03	.19(**)	.26(**)	.03	.04	.20(**)	-.03	.24(**)	.06	.08
6F. He aceptado la separación	-.18(*)	.08	-.16(*)	-.21(**)	-.06	.02	-.14	.11	-.10	-.23(**)	-.16(*)
7F. He mejorado en los estudios	.04	.13	.08	.05	.20(**)	.09	-.13	.21(**)	.08	.12	.15(*)
8F. He mejorado relación con p. custodio	-.03	.11	-.08	.04	.03	.12	.04	.27(**)	-.02	.07	.39(**)
9F. Me he sentido culpable de la separación	.13	.02	.45(**)	.33(**)	.33(**)	.10	.01	.01	.12	.15(*)	.03
10F. Me he vuelto más independiente	.24(**)	.31(**)	.13	.21(**)	.20(**)	.19(*)	.03	.32(**)	.15(*)	.20(**)	.10
11F. He apoyado más a mis hermanos	.08	.05	.18(*)	.08	.13	-.05	-.05	.24(**)	.07	-.04	.07
12F. Siento menos admiración por padres	**.80(**)**	.17(*)	.37(**)	.40(**)	.15(*)	.15	.27(**)	.15(*)	.29(**)	.18(*)	.15(*)
13F. He ganado más experiencia en divorcio	.09	**.71(**)**	.04	.08	.17(*)	.25(**)	-.05	.28(**)	-.03	.04	.02
14F. He tenido problemas emocionales	.39(**)	.08	**.81(**)**	.52(**)	.22(**)	.10	.19(*)	.09	.31(**)	.25(**)	.21(**)
15F. He tenido problemas de carácter	.36(**)	.15(*)	.43(**)	**.86(**)**	.17(*)	.23(**)	.12	.19(*)	.25(**)	.28(**)	.25(**)
16F. He mejorado relación con p. no custodio	-.06	.15(*)	.05	.11	**.63(**)**	.05	-.18(*)	.07	.01	.10	-.15(*)
17F. He aceptado a las nuevas parejas	-.18(*)	.08	-.16	-.08	.03	**.16**	-.18(*)	.01	-.14	-.12	-.07
18F. Tengo menos contacto con no custodio	.29(**)	-.01	.17(*)	.18(*)	-.16(*)	.03	**.60(**)**	.10	.11	.13	.28(**)
19F. Me he vuelto más maduro	.10	.33(**)	.10	.16(*)	.12	.20(*)	.12	**.67(**)**	.10	.09	.18(*)
20F. Me he aislado de amigos	.24(**)	-.01	.26(**)	.17(*)	.12	.04	.07	.08	**.53(**)**	.19(**)	.23(**)
21F. Consigo más cosas de padres	.18(*)	.02	.28(**)	.36(**)	.25(**)	.04	.06	.08	.16(*)	**.67(**)**	.21(**)
22F. Me he unido mucho al p. custodio	.09	.09	.17(*)	.21(**)	.04	.08	.17(*)	.21(**)	.14	.17(*)	**.74(**)**
23F. He sentido que soy diferente a otros	.27(**)	.07	.43(**)	.38(**)	.22(**)	.05	.13	.06	.32(**)	.20(**)	.17(*)
24F. Me he sentido molesto con jueces y otros	.08	.06	.26(**)	.44(**)	.17(*)	.05	.13	.04	.10	.18(*)	.13
25F. Me he enfrentado a nuevos problemas	.21(**)	.14	.34(**)	.38(**)	.25(**)	.09	.14	.05	.29(**)	.37(**)	.24(**)
26F. Me he aferrado a los estudios	.13	.13	.13	.15(*)	.23(**)	.15	-.04	.15(*)	.15(*)	.14(*)	.11
27F. He adquirido nuevos vicios	.30(**)	.15(*)	.20(**)	.28(**)	.12	.11	.11	.04	.20(**)	.21(**)	-.01
28F. Rechazo el matrimonio	.15(*)	.14	.31(**)	.30(**)	.11	.16(*)	.15(*)	.11	.24(**)	.15(*)	.13
29F. Se resolver mejor los conflictos	-.04	.42(**)	-.04	0	.21(**)	.09	-.03	.29(**)	.07	-.02	.11
30F. He sentido que se me quiere menos	.32(**)	.08	.40(**)	.38(**)	.19(*)	.23(**)	.18(*)	.10	.32(**)	.23(**)	.07
31F. Mis padres se han vuelto más autoritarios	.07	.07	.18(*)	.14	.07	.16(*)	.03	.03	.22(**)	.14(*)	.18(*)
32F. He perdido un modelo de identificación	.38(**)	.04	.43(**)	.42(**)	.14	.19(*)	.25(**)	.13	.27(**)	.22(**)	.26(**)
33F. Tengo mejor economía que antes	.16(*)	.16(*)	.11	.25(**)	.09	.11	0	.06	.05	.25(**)	.16(*)

Tabla Anexo L. Correlaciones bivariadas entre la Frecuencia real de ocurrencia de cada cambio/efecto y el Grado de afectación (Continuación).

ITEMS	23 GA	24 GA	25 GA	26 GA	27 GA	28 GA	29 GA	30 GA	31 GA	32 GA	33 GA
1F. Ha mejorado el clima familiar	.05	.10	.02	.01	.10	.11	.01	-.04	.16(*)	.06	.12
2F. Me he vuelto más egoísta y caprichoso	.34(**)	.23(**)	.38(**)	.18(*)	.15(*)	.21(**)	.18(*)	.27(**)	.19(*)	.26(**)	.27(**)
3F. He tenido problemas de adaptación	.14	.15(*)	.19(**)	.19(**)	.10	.04	-.04	.20(**)	-.02	.05	0
4F. He pasado más tiempo solo	.25(**)	.14	.24(**)	.22(**)	.31(**)	.09	.11	.19(*)	.10	.28(**)	.20(**)
5F. He evitado el maltrato	.14	.15(*)	.14	.11	.18(*)	.16(*)	-.04	.09	.10	.15(*)	.05
6F. He aceptado la separación	-.15(*)	-.21(**)	-.14	-.18(*)	-.17(*)	-.09	.08	-.24(**)	-.12	-.18(*)	-.11
7F. He mejorado en los estudios	.04	0	.02	.25(**)	.02	.11	.19(**)	.14	.17(*)	.02	.27(**)
8F. He mejorado relación con p. custodio	-.02	-.03	.03	-.03	-.08	-.12	.14	.07	.09	-.04	.20(**)
9F. Me he sentido culpable de la separación	.37(**)	.33(**)	.34(**)	.14	.14	.15(*)	.03	.34(**)	.16(*)	.19(**)	.09
10F. Me he vuelto más independiente	.06	.07	.05	.16(*)	.15(*)	.12	.22(**)	.13	.07	.20(**)	.26(**)
11F. He apoyado más a mis hermanos	-.01	.09	.06	.14	.13	.10	.10	-.02	.01	.12	.15
12F. Siento menos admiración por padres	.33(**)	.18(*)	.23(**)	.29(**)	.37(**)	.22(**)	.12	.33(**)	.08	.44(**)	.21(**)
13F. He ganado más experiencia en divorcio	.05	.07	.02	.14	.02	.09	.28(**)	.08	.01	-.04	.14
14F. He tenido problemas emocionales	.41(**)	.25(**)	.30(**)	.29(**)	.20(**)	.28(**)	.09	.41(**)	.15(*)	.31(**)	.20(**)
15F. He tenido problemas de carácter	.43(**)	.39(**)	.35(**)	.29(**)	.32(**)	.28(**)	.15(*)	.36(**)	.15(*)	.39(**)	.28(**)
16F. He mejorado relación con p. no custodio	.06	.06	.02	.11	.05	-.05	.16(*)	0	.02	-.06	.11
17F. He aceptado a las nuevas parejas	-.09	-.12	-.05	-.10	-.01	-.20(*)	-.10	-.14	-.02	-.11	-.14
18F. Tengo menos contacto con no custodio	.20(**)	.11	.19(*)	.02	.16(*)	.11	-.08	.20(**)	.04	.21(**)	.04
19F. Me he vuelto más maduro	-.02	0	.01	.13	.10	.07	.21(**)	.05	-.01	.11	.17(*)
20F. Me he aislado de amigos	.24(**)	.07	.22(**)	.25(**)	.16(*)	.23(**)	.06	.22(**)	.16(*)	.20(**)	.14
21F. Consigo más cosas de padres	.25(**)	.22(**)	.30(**)	.20(**)	.16(*)	.09	-.04	.17(*)	.03	.23(**)	.19(**)
22F. Me he unido mucho al p. custodio	.09	.09	.11	.12	0	.10	.04	.17(*)	.07	.21(**)	.21(**)
23F. He sentido que soy diferente a otros	**.78(**)**	.40(**)	.41(**)	.20(**)	.27(**)	.36(**)	.10	.32(**)	.18(*)	.41(**)	.16(*)
24F. Me he sentido molesto con jueces y otros	.43(**)	**.82(**)**	.37(**)	.03	.10	.19(*)	.05	.14	.17(*)	.24(**)	.17(*)
25F. Me he enfrentado a nuevos problemas	.36(**)	.40(**)	**.74(**)**	.32(**)	.17(*)	.26(**)	.08	.30(**)	.19(*)	.27(**)	.19(*)
26F. Me he aferrado a los estudios	.17(*)	.13	.19(*)	**.64(**)**	.20(**)	.31(**)	.16(*)	.23(**)	.15(*)	.30(**)	.20(**)
27F. He adquirido nuevos vicios	.24(**)	.12	.14	.29(**)	**.72(**)**	.17(*)	.04	.14	.08	.24(**)	.08
28F. Rechazo el matrimonio	.32(**)	.23(**)	.18(*)	.33(**)	.19(*)	**.68(**)**	.07	.20(**)	.11	.28(**)	.10
29F. Se resolver mejor los conflictos	0	.04	.01	.16(*)	-.01	.06	**.61(**)**	.08	.07	.01	.11
30F. He sentido que se me quiere menos	.34(**)	.23(**)	.30(**)	.43(**)	.21(**)	.19(**)	.17(*)	**.75(**)**	.13	.19(**)	.15(*)
31F. Mis padres se han vuelto más autoritarios	.21(**)	.13	.19(*)	.18(*)	.10	.17(*)	.05	.21(**)	**.76(**)**	.20(**)	.26(**)
32F. He perdido un modelo de identificación	.48(**)	.29(**)	.29(**)	.40(**)	.29(**)	.35(**)	.15(*)	.30(**)	.20(**)	**.84(**)**	.29(**)
33F. Tengo mejor economía que antes	.22(**)	.14	.19(*)	.19(*)	.07	.06	.04	.12	.23(**)	.26(**)	**.62(**)**